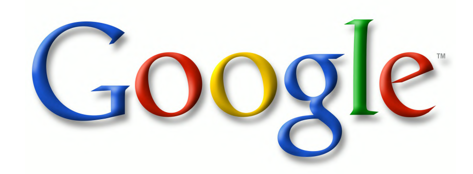




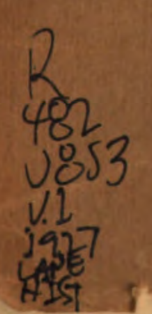
Rafael Schiaffino
Profesor Agr. de la Facvltad de Medicina
Miembro del Institvto Historico y Geografico

Historia de la Medicina en el Vrvgvay

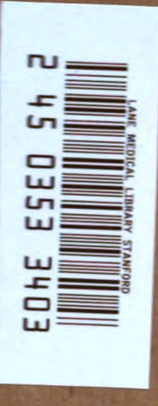
Tomo I



MCMXXVII







RAFAEL SCHIAFFINO
PROFESOR AGR. DE LA FACVLTAD DE MEDICINA
MIEMBRO DEL INSTITVTO HISTORICO Y GEOGRAFICO

HISTORIA DE LA MEDICINA EN EL VRVGVAY

TOMO I



MCMXXVII



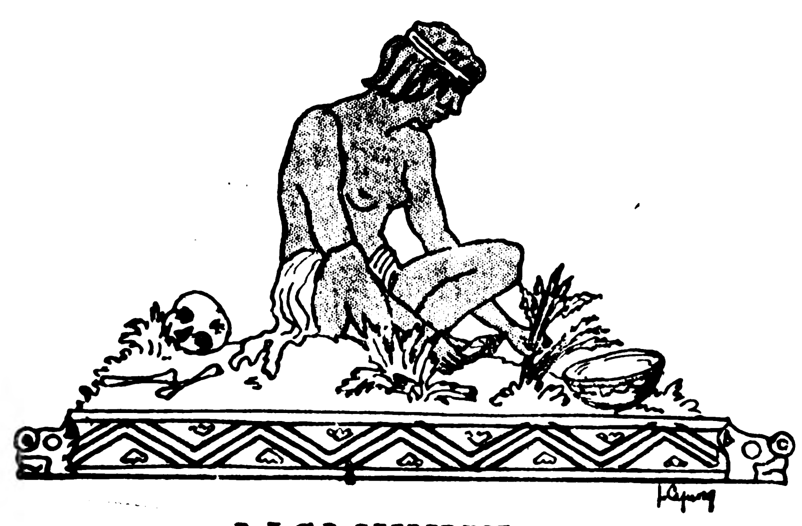
RAFAEL SCHIAFFINO

PROFESOR AGR. DE LA FACVLTAD DE MEDICINA

MIEMBRO DEL INSTITVTO HISTORICO Y GEOGRAFICO

HISTORIA DE LA MEDICINA EN EL VRVGVAY

TOMO I



MCMXXVII

Impreso en los talleres de la Imprenta Nacional — Montevideo

HISTORIA DE LA MEDICINA EN EL URUGUAY

« escrito de fecha Diciembre 28 de 1925, de continuar
« su trabajo hasta nuestra época y espera de que ese
« complemento se presente a la Facultad de Medicina
« dentro del más breve plazo posible. — Y, para cons-
« tancia, firman la presente acta, que será elevada a
« las autoridades de la Facultad. — Firmados: *Elías Re-*
« *gules. — Américo Ricaldoni. — Eduardo Acevedo. — José*
« *Scoseria. — Alfredo Navarro. — Daniel García Acevedo. —*
« *Miguel Lapeyre. — Francisco Pollero*, Prosecretario. »

Aprovecho la oportunidad para felicitar a Ud. por tan merecida distinción a que se ha hecho acreedor el importante trabajo presentado por Ud. a dicho concurso.

Saluda a Ud. muy atentamente.

MANUEL QUINTELA,
Decano.

Miguel Fourcade,
Secretario.

HISTORIA DE LA MEDICINA EN EL URUGUAY

LIBRO I

LA MEDICINA EN ESPAÑA

CAPÍTULO I

La medicina española en la época del descubrimiento de América

SUMARIO: España en 1492. — La toma de Granada y el descubrimiento de América. — El espíritu religioso. — La expulsión de los judíos. — Su importancia bajo el punto de vista médico. — La medicina judía y su influencia en la edad media. — El Clasicismo: Hipócrates, Aristóteles y Galeno. — El reinado de Galeno, sus causas. — La Iglesia, los judíos y los árabes. — La medicina árabe. — Albucaris. — Avicena. — Avenzoar. — Averroes. — La escuela arabista española: los monjes Abelardo y Raimundo Lulio. — Su decadencia en los siglos XV-XVI. Sus causas. — La medicina en el reinado de Fernando e Isabel. — Leyes y fundaciones. — Médicos y cirujanos. — Medicina y nigromancia. — El licenciado Torralba.

Con la toma de Granada, Fernando e Isabel daban cima gloriosa, a la lucha secular de la reconquista. Conseguida la unidad política, terminada la posesión territorial, podía España gozar de la paz para su engrandecimiento, pero la inquietud de su carácter forjado en la lucha, la llevaba detrás de nuevos campos de acción, buscando, en Italia, nuevas empresas, cuando el descubrimiento de América, le ofreció un mundo en que emplearse, digno escenario para que no desmayaran las fuerzas pletóricas de la raza, templadas en una cruzada ocho veces secular. En ella se había formado el temperamento y se habían fraguado las grandes virtudes de ese gran pueblo, el patriotismo y la fe, acicateados de generación en generación, contra los enemigos herejes; la ambición, el orgullo, el amor a la gloria y a la fortuna. Por otra parte de sus propios enemigos, habían adquirido las condiciones singulares de la raza árabe.

El fanatismo mulsumán, acaso, influyó más que la lucha en la exaltación del sentimiento religioso de España y los sentimientos caballerescos y la hidalguía, que animaba a los hijos del Cid eran reflejos de análogos y no menos acusados rasgos de nobleza de los agarenos; ellos les inculcaron sus costumbres y sus aficiones refinadas, su amor a la poesía, su inclinación a las ciencias, sus gustos artísticos, sus tendencias señoreales y sensuales; legáronles todas las virtudes que habían constituído su grandeza y con ellas también, el gérmen de los vicios que les trajera la ruina.

Obedeciendo a ese intransigente espíritu religioso, poco después de la toma de Granada, los Reyes Católicos expulsaban del territorio de España a toda la población judía, alrededor de unas 400.000 almas, todo un pueblo inteligente, laborioso, pacífico, gran amigo de las ciencias y de las letras, tanto como de las industrias y del comercio.

Buscaban con ello los reyes calmar, quizás, las inquietudes religiosas, concluyendo con una aversión doblemente fundada, ya que el interés de los bienes de los expulsados, no dejaba de entrar por mucho en el ánimo de sus enemigos: pero, no pensaron que, al dejar su oro, llevaban en cambio los tesoros de su intelecto, sus maestros y sus sabios, sus libros y sus bibliotecas.

Entrados en España en épocas remotas, mientras los descendientes de los godos, empleaban sus esfuerzos todos en la reconquista, esta raza inteligente, poco amante a la violencia, se contraía al estudio, tenaz y concienzudamente.

Aprendieron las lenguas griega y latina, cultivando la española y la árabe como la suya propia, de modo que leyendo los originales de las obras clásicas, sin esfuerzo, hacían meticulosas versiones, extendiendo así los conocimientos de la época. Su afición a los viajes y su dedicación al comercio los tenían al corriente de lo que pasaba en todo el mundo.

Se dedicaron muy especialmente a la medicina. Su carácter se prestaba admirablemente para ello: además el interés los impulsaba, puesto que había oro detrás de la profesión, y honores e influencias poderosas, que les eran necesarios para poder luchar con la secular antipatía, que inspiraban en las clases populares.

Fueron así médicos eminentes, llegando a las cámaras de los Reyes de toda Europa: Izchag, fué el físico de confianza de Alfonso VII de Castilla, escribiendo un famoso tratado sobre las fiebres; Mosca ocupó el mismo cargo en la corte de Alfonso el Sabio, y sabio como él, también poseía el árabe y el latín; era asimismo astrólogo consumado, quedando de él una versión al castellano de una célebre obra arábiga sobre las piedras y los signos celestes; hebreo, fué también el físico de Fernando IV, especialista al parecer en la asistencia de reales personas ya que escribiera sobre "La Medicina castellana Regia", o método de curar las enfermedades de los magnates de Castilla; Abenzarzal fué llamado para consulta, por Don Pedro el Cruel, y terminada su labor de médico respecto del real cliente, pidióle éste que le dijera su horóscopo, anunciándole el judío, su trájico fin, que no tardó en llegar muriendo a manos de su hermano, el de Trastamara, en la tienda de Montiel.

Los Reyes Alfonso XII y Enrique III, llamado este último por sus achaques el Doliente, siguieron la tradición de los médicos judíos; y no sólo en Castilla tenían tan honroso ascendiente, sino también en Aragón donde el Rey Don Juan, llamaba a un hebreo para que le operara de cataratas dobles, lo que realizara con todo éxito. Y salvando las fronteras de la península, los médicos judíos eran llamados de España, lo mismo para las Cortes de Carlo Magno, que para el Sultán de Egipto, para los Reyes de Turquía, como para los sumos Pontífices: así Julio II, Julio III, León X, Clemente VII y Pablo III, tuvieron médicos hebreos; y Francisco I le escribía a Carlos V pidiéndole un físico israelita.

No sólo fueron los judíos profesionales eminentes, sino también verdaderos maestros. Ellos enseñaron la ciencia a los árabes, obteniendo discípulos maravillosos, y ellos organizaron el ejercicio de la profesión, siendo los primeros que hicieron el distingo de los títulos en Licenciados y en Doctores, exigiendo para estos últimos más severos y más completos exámenes.

Perdióse pues, con la expulsión de los judíos, al par que un pueblo laborioso, todo un conjunto de médicos y maestros

sabios, que hubieran servido admirablemente para emplearlos en el mundo, que pocos meses después, abriera Colón para la conquista de España.

Concordando con estas ideas un criterio eminente afirma: "La medicina fué siempre estudio predilecto de los hebreos y aún la monopolizaron durante la Edad Media, por lo menos hasta el siglo XVI, en que tan amargamente se quejaba nuestro Arnoldo de Villanova de que reyes, obispos y conventos, fiasen su salud a aquellos diabólicos enemigos de nuestra Santa Fe, contra lo prevenido en los Cánones. Maimónides fué tan gran médico como filósofo y logró no pequeña gloria reduciendo a epítome las obras de Galeno y aclarando los lugares contraditorios. Judíos fueron los que dilataron en Europa el conocimiento de las doctrinas y experiencia médica de Avicena, Abenzoar, Rásis y Averroes. Judío el anónimo autor de "Medicina Castellana regia", y uno de los primeros ensayos de topografía médica. Y en general, puede afirmarse que entre la ciencia árabe y en la de los cristianos occidentales, hay siempre un mediador, truchimán o intérprete judío." (1)

Así mientras en el resto de Europa, eran los frailes en los claustros los que conservaban, con las otras ciencias, el recuerdo de la medicina galénica, en España fueron los judíos y los árabes los que la enseñaron, y los monjes, que a ella luego se dedicaron, de manos judías la recibieran.

Se ha dicho que la Iglesia en medicina, como en el resto de las ciencias, fué la que detuvo el pensamiento en la larga noche medioeval, más justo sería decir que fué el espíritu religioso de aquella edad, ya que en el mismo orden que ella, judíos y árabes empleaban análogos métodos.

Ya el antiguo testamento, ya el Alcorán, ya el dogma católico, eran incontrovertibles, descansaban sobre la fe, y escapaban al análisis razonador. La Teología era la reina de las ciencias, la Filosofía no era su hermana, sino su esclava. Toda su misión era la de deducir las consecuencias de premisas indiscutibles: la lógica fué su fuerte, y el silogismo, su ca-

(1) Menéndez y Pelayo — Historia de los Hetereodoxos Españoles.

ballo de batalla. Toda la fuente de su inspiración debía partir de alguna verdad revelada, desapareciendo así la observación de la naturaleza, el análisis investigador y las grandes síntesis generadoras de las leyes universales. Así como los libros sagrados proveían de las verdades religiosas necesarias para que las rumiase la filosofía escolástica, fué necesario proveerla de un conjunto de verdades médicas, y ese código fué la obra de Galeno. Contaba Galeno, además de su mérito indiscutible, con su adhesión estrecha a Hipócrates. Reforzando, pues, su valor con el del Padre de la Medicina, no podía haber en toda la antigüedad quien pudiera medirse a su lado.

Como si esto no fuera bastante, era Galeno peripatético decidido. El entusiasmo por la filosofía aristotélica, que había desalojado a la de Platón en las academias, le atraía la voluntad de todos los hombres de ciencia, ya que en aquel entonces los filósofos todos, disertaban sobre medicina y en la que todos los médicos eran filósofos.

Aristóteles había sido el elegido para hacer la fusión de la filosofía griega con el espíritu cristiano y admitido poco menos que el número de los santos padres. Llevaba pues, de refuerzo a Galeno toda la autoridad de los dogmáticos. San Gregorio y San Gerónimo hacían los elogios de sus doctrinas, los judíos las traducían y las difundían por Europa; y los árabes, escolásticos decididos, las comentaban sagazmente.

Así fué como España se familiarizó antes que ningún país de Europa con los conocimientos médicos de la antigüedad, gracias a las enseñanzas de los judíos, y a la de sus discípulos los árabes.

El pueblo árabe, intelectual y artista por excelencia, tan maravilloso en sus monumentos arquitectónicos, como por los estudios de sus sabios, abarcó todas las ciencias, todas las artes y con el mismo maravilloso éxito. Creó lo mismo matemáticos que arquitectos, literatos que artistas, alquimistas que astrólogos, músicos y poetas, médicos, teólogos y botánicos. Raramente se encuentra, entre ellos, un sabio que se dedicara exclusivamente a una sola rama del saber.

Sus reyes fomentaban la instrucción con especial cuidado.

La Academia de Córdoba tenía en el siglo X la mejor biblioteca de Europa con 250.000 volúmenes, tenían 5 academias más de Medicina, aunque no tan celebrada como aquella; y fuera de ellas había aún en la península más de 70 bibliotecas.

En las ramas médicas se distinguieron en los estudios de la Botánica, de la Mineralogía, de la Química (en la que confundían la Alquimia), y de la Higiene a la que consagraban un especial cuidado. En Materia Médica descubrieron los purgantes suaves como el ruibarbo, el sen, el tamarindo, la cassia, el mirabolanos, emplearon los primeros el almizcle y el alcanfor, y eran muy afectos al empleo del agua fría.

Sus estudios se basaban en los de Hipócrates y Galeno, a los que comentaron ampliamente; aunque su esfuerzo se desarrollara también, en el estudio de enfermedades nuevas como la Viruela, el Sarampión y los tumores del mediastino.

Lástima que con disposiciones tan notables, por sus trabas religiosas les estuviera vedado el estudio de la anatomía en el cadáver, lo que indudablemente retardó sus progresos.

Entre ellos los cirujanos eran considerados como inferiores, carecían de instrucción y eran simples ordenanzas de los médicos. Estos en cambio abarcaban toda la ciencia de su época.

Políglotas, dominaba como sus maestros los judíos, el griego y el latín, el hebreo y el español; practicaban la alquimia; y discutían de Teología; herborizaban. y comentaban a Aristóteles; asistían a los enfermos y vaticinaban el porvenir. No es de extrañarse pues, que merecieran las mayores consideraciones políticas y sociales, desempeñando los más altos cargos y recibiendo los honores más eminentes.

Entre ellos se destacaron algunos que han dejado su nombre en la historia de la medicina española y otros salvando sus límites, en la de las ciencias y de las letras universales.

Fué *Albucasis*, natural de Córdoba, (muerto en 1560) el más eminente, tal vez, de sus cirujanos. Dejó su obra "Metodus medendi" dividida en 32 volúmenes. Entre sus postulados señala la necesidad del estudio de la Anatomía, no sólo para la Cirujía sino también para la Medicina, atribuyendo el fracaso de las operaciones al desconocimiento de aquélla.

Hizo la trepanación del cráneo, estudió las hernias, practicó la talla, extirpó las amigdalas, reglamentó la paracentesis, describió los tumores del estómago, dando los procedimientos para su operación explicando, todo, con la más minuciosa atención.

De Córdoba fué también *Avicena,* considerado como uno de los padres de la Medicina arábiga, jefe de una escuela, rival de la de Averroes, pero no menos eminente: dejó escritos algunos libros de cirujía, alquimia y materia médica. *Avenzoar,* era sevillano: hijo de un médico ilustre dedicóse desde muy temprano a la ciencia, consagrándose primeramente a la farmacia, luego estudió medicina y contra la costumbre de sus tiempos y la opinión paterna, estudió conjuntamente la cirujía, entonces en manos de los barberos y gente de poca monta, siendo el primero, a la vez, médico y cirujano. Fué eminente como médico y como operador. Entre sus obras trata la parálisis del esófago, los abscesos del mediastenio, el cáncer del estómago, las hernias, las fracturas, además publicó estudios sobre la viruela, el sarampión etc. Cuentan que vivió 135 años.

De la sabia Córdoba fué uno de los más eminentes sabios árabes, conocido por el nombre de *Averroes.* Estudió en las Academias, primero filosofía, luego jurisprudencia y finalmente medicina, logrando sobresalir en alto grado en las tres ramas. Como jurista sucedió a su padre, que era magistrado y reformó las leyes y la jurisprudencia de la época, organizando tribunales y sistemas administrativos, en el cargo de Gobernador de Mauritania.

Como filósofo, entusiasta de la teoría aristotélica, dejó su nombre a un sistema que formó luego una secta heterodoxa llamada Averroismo, padeciendo por ello la pérdida de sus empleos y dignidades y siendo castigado por sus originales doctrinas, no de acuerdo en un todo con el Código arábigo: estudió la astrología y las matemáticas y escribió sobre ellas, así como sobre lógica, física, metafísica, moral, política y retórica.

En medicina fué discípulo Averroes, de Avenzoar, y comentó a Avicena. Redactó 78 obras, de las cuales son de medicina

8, entre éstas: Tratatus de Teriaca, de Veneris, de Regimine Sanitatus, de Febribus, de Balneis, Comentaria cantica Avicena.

Muchas de sus obras se perdieron en la toma de Granada, en la quema de la Biblioteca ordenada por el Cardenal Cisneros, convertidas en cenizas con otros 5.000 volúmenes originales.

Un escritor moderno le achaca a la civilización árabe la falta de originalidad. "Su filosofía, su ciencia, casi toda su cultura y hasta cierto punto su poesía misma, parecen un reflejo y trasunto del saber de los judíos y de las civilizaciones de los pueblos indogermánicos. En Oriente de los indios y de los persas. Grecia influyó también con extraordinario bien en el desarrollo intelectual de los mulsumanes. Sin Aristóteles y Platón, acaso nunca los mulsumanes hubieran filosofado. Sin Hipócrates y Galeno, no hubieran tenido buenos médicos; ni hubieran comprendido nada de las ciencias exactas y naturales, sin Euclides, Ptolomeo y el Estagirita". (1)

El reproche resulta un elogio, conocer las civilizaciones más altas cuando la Europa vivía en la ignorancia, es ya de suyo un mérito altísimo; tomar maestros tan insignes, es prueba de superioridad y el ser maestros de los españoles como lo fueron, haría que recayese sobre estos mismos el injusto juicio del eminente escritor español.

"Durante toda la dominación muslímica, dice Skack hubo en España una viva luz intelectual que brilló ora más, ora menos, pero que no se extinguió nunca".

Entre los discípulos de la ciencia agarena, lo que podríamos llamar la Escuela Arabista española no podemos dejar pasar dos de los intelectos más brillantes del medioevo; tales fueron Arnoldo de Villanova y Ralmundo Lulio.

Nació Arnoldo en uno de los pueblos de Cataluña que no es posible precisar, adonde aprendió la Teología, el Hebreo y el Arabe.

"Nadie de aquel tiempo, penetró como él los secretos de

(1) Juan Valera. — Prólogo. — Tradución de «Poesía y Arte de los árabes», por H. F. Schack.



la Naturaleza''. Dedicóse a la medicina y a la alquimia. Como químico se le ha atribuído la extracción del espíritu de vino, del aceite de trementina, de las aguas de olor, y entre sus operaciones de alquimista hay quien declara que ''llegó a hacer barras de oro''. Prescindiendo de sus dudosos títulos químicos, en la medicina práctica fué eminente. Sus libros están llenos de observaciones clínicas sagaces y exactas, dándole asimismo, gran importancia a la higiene. ''Entre los médicos cristianos de la Edad Media apenas hay un nombre que obscurezca el suyo'' (1).

Sus méritos extraordinarios hicieron que se le llamara para enseñar en la célebre Facultad de Montpellier; y que el Rey de Aragón Pedro III, que le llamaba su amado Físico, le donara su Castillo de Ollers. Bajo el reinado de Alfonso III, fué ya no sólo físico, sino hombre de estado ''venerable y amado consejero'', y embajador en la corte de Francia.

Estuvo luego en la corte de Bonifacio VIII, donde escandalizó con sus doctrinas teológicas, predicando la venida del Anticristo, por lo que fué encarcelado e impuesto al silencio perpetuo en cuestiones teológicas.

''Me quisieron para la salud temporal y no para la espiritual'', decía Arnoldo y Bonifacio VIII de acuerdo con él, en ese punto, pero prendado del saber de su médico, le advertía, cada vez que sacaba los pies del plato, en cuestiones teológicas: ''Intromitte te de medicina et non de theología et honorabimus te''.

Murió Arnoldo, perseguido por sus opiniones extravagantes en 1313, aproximadamente; y fué enterrado en Génova. Los escritos teológicos de Arnoldo fueron condenados después de su muerte.

Fuera de ellos, dejó alguna obra de alquimia, que no es posible distinguir de las apócrifas que corren con su nombre.

También dejó 9 tratados sobre química y más de 52 volúmenes de medicina, sobresaliendo entre ellos los de Higiene, un compendio de medicina práctica sobre las fiebres, la gota,

(1) Menéndez y Pelayo, «Historia de hetereodoxos españoles».

la epilepsia, la lepra y hasta sobre "el húmedo radical" al cual hace referencia el Dr. Pedro Recio de Tirteafuere médico del Gobernador de la Insula Barataria, en la novela inmortal de Cervantes.

Si Arnoldo de Villanova, le cupo el ser perseguido por sus heterodoxas ideas en cuestiones de teología, a su discípulo Raimundo Lulio en cambio, por su celo ortodoxo, por sus virtudes y por su muerte por la fe, le cupo ser elevado a los altares.

Es novelesca la vida de Raimundo: natural de Mallorca donde naciera en 1235, llevó en los primeros años de su juventud una vida disipada, sin que lo detuviera en ese camino, ni su alto cargo de Senescal, ni su matrimonio celebrado por orden del Rey. Fueron del más alto lirismo, sus amores con Ambrosia o Leonor del Castello, principalísima y hermosa dama genovesa, llegando en su pasión hasta seguirla a caballo dentro de la Iglesia, con el escándalo consiguiente. La dama honesta, para enfriar tan desordenado amor, lo llama a una cita y le enseña el pecho, que él imaginaba de rosas y jazmines, roído por un cáncer; y Raimundo recibe una impresión tal, que abandona sus devaneos, su familia y su posición y viste el hábito de fraile, consagrándose a la penitencia el resto de sus días. Aprende el árabe y funda una escuela de lenguas orientales, para convertir a los agarenos y se embarca para el Africa con ese objeto.

De vuelta a Europa, enseña en Paris y se dedica a combatir a los Averroistas; y entre la ciencia y la predicación pasa su vida, muriendo apedreado en 1314 por los mahometanos a quienes pretendía convertir. Fué tanta la celebridad alcanzada por Raimundo Lulio que dió motivo en su tiempo, a este adagio, bien curioso: "3 sabios tuvo el mundo, Adan, Salomón y Raimundo Lulio."

Fué Lulio retórico eminente, escribió sobre asuntos musicales y fué también poeta sentimental y tierno. Fué su amor puramente teosófico: Raimundo Lulio, dice uno de sus críticos, fué uno de los grandes místicos de la Edad Media. Su corazón era casa de amores, como el mismo dice: para él cantaba siempre el pájaro en los verjeles del amado. Para él, el

amor místico era "medio entre ciencia e inteligencia, entre fe y ciencia". (1)

Fuera de sus obras teológicas y de sus controversias ante-averroistas, dejó Raimundo Lulio, importantes obras de química y de Medicina entre las primeras hasta 60, siendo universal su reputación como químico; fué de los primeros que emplearon la química en medicina con magníficos resultados. Entre sus obras de medicina figuran: "Pulsibus et urinis" muy estudiada en las universidades medioevales: Ars medicinal, Ars curatoria, y el Ars de principiis et gradibus, en la que distingue la verdadera, de la falsa experimentación, habla de la relación de las enfermedades entre sí, clasificándolas según su nosología.

Lástima que ese admirable talento de Raimundo Lulio viviera de la exclusiva especulación, no dedicándose a la práctica clínica, en la que su sutil ingenio hubiera podido cosechar tan espléndidos resultados para la ciencia médica.

Después de Arnoldo y de Raimundo, el impulso dado a la ciencia médica se detiene. En los siglos XIII y XIV hay una verdadera decadencia. Los discípulos de ellos, tanto en filosofía como en ciencias, se dedican a comentar tan excelsos maestros, así como a Averroes, a Galeno y a Hipócrates, convencidos que no era posible llegar más allá de lo que llegaron tan eximios ingenios. Esta parálisis de la observación y de la experimentación fué mortal para el progreso. Además para salir de los caminos trillados, así en ciencias como en Filosofía y Teología, se requería una firmeza de espíritu extraordinario en aquella época, donde no sólo actuaba la condenación moral de la sociedad en que vivía, y la de los sabios, sino que el brazo secular de la Inquisición velaba porque toda nueva teoría no estuviese en oposición con los libros santos, con los padres de la Iglesia, o con las disposiciones de los concilios. Por otra parte, la omnisciencia, de moda entonces, era un obstáculo para el progreso de cualesquiera en particular. Por el afán de aprender toda la suma de conocimientos, no era posible profundizar ninguno.

(1) Menéndez y Pelayo. — Obras cit.



Agregamos a estos principios básicos la falta de estudios serios de anatomía y de fisiología, vedados por los prejuicios religiosos, de que ya adolecía la ciencia árabe, lo que no permitió un progreso como merecían los talentos de Villanova y Lulio, quienes si lograron descollar fué debido a condiciones intelectuales excepcionales; pero desde el punto de vista médico su sistema, como todo el de su tiempo, fallaba por la falta de una base sólida de anatomía y fisiología, desde luego, y por falta de una experimentación sistematizada verdaderamente científica.

Sin los talentos superiores de aquellos, sus discípulos se pasan en absurdas polémicas escolásticas, haciendo disquisiciones filosóficas sobre tal o cual sentencia, con teorías puramente metafísicas en un campo ideológico, extraño en absoluto a la patología vivida en la cabecera del enfermo.

Después del esplendor que dieron Arnoldo y Raimundo a la escuela llamaba arabista, no se destacó en los siglos siguientes ningún ingenio digno de mencionarse.

Había en España Universidades en las que enseñaban las ciencias médicas como las Lérida (1300); la de Valladolid, fundada por Alfonso XI (1346) la de Huesca (1354); en el siglo siguiente la de Valencia (1411) y la de Barcelona (1450); las de Zaragoza (1474) y la de Mallorca (1483); a fines del siglo XIV don Juan I. instituía los exámenes de Médicos y Cirujanos: en 1409 se fundaba el primer Manicomio en Valencia y poco después lo instalaban Zaragoza y Sevilla.

A fines del siglo XV en Mallorca se establecen las cuarentenas o mosberios (1475) siendo las primeras establecidas de Europa y se reglamentaban las mancebías exigiendo a las asiladas el examen facultativo.

Por la misma fecha se quitaban del cuidado de los frailes las leproserias, entregándolas en manos de médicos competentes.

Los Reyes Católicos (1488) dieron facultad al Hospital de Santa María de la Gracia para anatomizar los cadáveres y al mismo tiempo, velando por el ejercicio profesional, imponían penas a los que se ocupasen de Medicina sin títulos

para ellos, prohibiendo que los especieros y cirujanos recetacen por su cuenta, ni administrasen medicinas, sin la firma de un titulado. Débese, igualmente, a esos reyes la institución del Tribunal del Protomedicato, aun cuando hay noticias de que funcionaron bajo los anteriores reyes de Castilla. A la reina Isabel se atribuye la creación de los primeros hospitales de campaña en el sitio de Granada.

Caracteriza esa época, tanto en España, como en toda Europa, el divorcio absoluto entre los médicos y los cirujanos, que como ya hemos visto, databa del tiempo de los judíos, y que conservaron los árabes.

Las disposiciones legales impedían a los cirujanos el "ordenar, ni dar jarabes, ni ningunas laxativas" sin orden del médico, bajo pena de 300 sueldos, además de las disposiciones legales; había un desprecio profundo de parte de los médicos a la cirugía, la que quedaba, de hecho, entregada en manos de los barberos y charlatanes. En parte influyó en este sentido la idea religiosa, la que consideraba que no debían mancharse las manos con la sangre humana, prohibición dirigida a los sacerdotes, pero que tuvo influencia, después, en todos los profesionales.

Los árabes manifestaron no menor repugnancia por la cirugía rompiendo con escándalo esa norma Avenzoar, como hemos visto. Este prejuicio influyó para impedir, no sólo el adelanto de la cirugía, sino aún el de la medicina, que remontábase entonces en el terreno filosófico, alejándose del contacto del enfermo, y del estudio práctico de la anatomía en el vivo.

Desgraciadamente fueron necesarios que pasaran todavía algunos siglos para que el prejuicio desapareciera, dando a la cirugía el lugar importantísimo que debía ocupar dentro de las ciencias médicas.

Las clases populares fueron las más perjudicadas por este hecho y las colonias sobre todo, pues en ella reclutaban su clientela los cirujanos más o menos diestros, y a su sombra los que, sin título, se dedicaban a la curación de enfermos, pues si bien en América, algunos de ellos prestaron reales servicios, por lo general eran improvisados y aunque perse-

guidos por los Cabildos, la necesidad obligaba a las poblaciones a recurrir a sus únicos servicios.

Tal era el estado de la medicina española en la época del descubrimiento: para completar ese cuadro, así como el espíritu del siglo, haremos el bosquejo del doctor Torralba, nacido a fines del siglo XV, médico y sabio, pero sobre todo célebre por sus prodigios como nigromante. Joven aún, dirigióse a Italia a estudiar medicina y filosofía sobresaliendo por su talento, al mismo tiempo que abandonaba sus creencias religiosas y se dedicaba a las ciencias ocultas. Hizo relación allí con un fraile, el que también practicaba la nigromancia; y como éste le debiera muchos y señalados servicios, le pareció que era el mejor modo de pagarle, el regalarle a Zequiel, un espíritu que tenía a sus órdenes "gran sabedor de las cosas ocultas, que las revelaba a sus amigos o no, según le venía en talante". Como Metistófeles, se le apareció a nuestro doctor, vestido de rojo y negro, realzando con ello, la blancura y gallardía de su semblante, mientras le decía: "Yo seré tu servidor mientras viva". Parece que Zequiel era un espíritu de buena índole, puesto que lo aconsejaba bien, le enseñaba las propiedades de las plantas, sacándole, en su profesión, con fortuna de los casos apurados, y aun cuando a nuestro doctor Torralba le faltaba algún dinero, le facilitaba cantidades, sin el más módico interés: gracias a sus inspiraciones pudo Torralba anunciar al Cardenal Cisneros acontecimientos de una importancia tal, como la muerte de García de Toledo y la de Fernando el Católico, apenas producidas, bien que pasaran muy lejos de Madrid.

Cuando la entrada en Roma del Condestable de Borbón en 1527, le pidió el Doctor a Zequiel que lo llevara y lo llevó por el aire, presenciando la catástrofe y el saqueo feroz del Condestable y tres horas más tarde, se hallaba de vuelta en Valladolid, caballero en un palo muy recio y ñudoso. (1)

Cervantes refiriéndose a este pasaje pone en boca del Quijote: "Acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba, a quien llevaron los diablos en volandas por el aire: ca-

(1) CERVANTES. — «Don Quijote de la Mancha», cap. XLI.

ballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó a Roma y se apeó en la Torre de Nona que es una calle de la ciudad; y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbón y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que había visto".

La autoridad de Cervantes y la de don Marcelino Menendez y Pelayo a quien tomamos esta relación, reflejan el espíritu superticioso de la época, así como el carácter ambiguo, con ribetes de misterioso, que conservaban los médicos en aquel entonces. (2)

Como el Tribunal de la Inquisición no dormía, en cuanto se enteró de las extravagancias de Torralba, quien por otra parte no las ocultaba, lo llamó a cuentas; fué sometido a tormento, pero ni aún así el hombre declaraba que tenía pacto con Zequiel, quien era, decía, solamente un espíritu bueno y amigo servicial; pero por eso, y por ciertos barruntos de teorías materialistas y excépticas, llegaron a condenarle a San Benito y a algunos años de cárcel, con prohibición absoluta de llamar y de oir a Zequiel. No estuvo en la prisión, a pesar de todo, más que cuatro años, volviendo a ser, luego, el médico del almirante de Castilla, D. Fradique Enriquez, a quien curaba a maravillas, con la ayuda de Zequiel, por supuesto, como había hecho, cuando era el médico de la reina viuda de Portugal, Doña Leonor.

No conocemos más de la vida original de este extravagante nigromático galeno, que basta por sí sola para caracterizar aquella época extraordinaria y que ha servido de tema a un hermoso poema de Campoamor. (2)

---

(1) MENÉNDEZ Y PELAYO. — Ob. cit.

(2) *El licenciado Torralba.* — Poema en 8 cantos (1888).

CAPÍTULO II

La medicina en España en el siglo XVI

SUMARIO: Grandeza de España en el siglo xvi. — El Cardenal Cisneros y Carlos v. — Las Universidades. — La reacción anti-galénica. — El médico filósofo Gómez Pereira. — El anatomista Andrés Versalio. — Miguel Servet y la Circulación de la sangre. — Los doctores Andrés Laguna y Juan Valverde. — La Materia Médica. — Los mercuriales. — Los leños de las Indias. — Nicolás Monardes. — Los Protomédicos de Felipe ii. — Francisco Valles y Luis Mercado. — Francisco Hernández. — La vuelta a la escolástica y al galenismo. — La medicina en el arte. — Berruguete, Hernández y el Montañez.

Consumada la unidad política de la península, ciñendo la corona de Austria, señora de Flandes, dueña de América, dominadora de Italia, reunió España en el siglo XVI un poder sólo comparable al de Carlomagno y bien pudo su orgulloso Emperador, decir que el Sol no se ponía en sus Estados. Arbitro de los destinos del mundo, se sació España de gloria: El Gran Capitán, don Juan de Austria, Alejandro Farnesio, paseaba sus pendones victoriosos por toda Europa: en Pavía y en San Quintín humillaba a Francia, en Lepanto hundía el poderío Turco, batía en Mülberg a los alemanes, clavaba en Túnez su enseña, saqueaba a Roma con Borbón, y en la América lejana repetían Hernán Cortés y Francisco Pizarro las hazañas fantásticas de los semidioses de la fábula. El oro, la plata y las especies, todas las riquezas del Nuevo Mundo se derramaban en sus puertos, afluían a su corte los tapices de Flandes y las alfombras de Túnez, y los cuadros y vasos de Italia. Levantaban sus arquitectos alcázares y monasterios y templos fastuosos. Herrera imprime al Escorial. la majestad gloriosa y austera de Felipe II, dan vida a la

materia Berruquete y el Montañez en magníficas esculturas: el divino Morales impregna de misticismo y de dulzura sus Madonas, y el Greco destaca vigorosas y severas sus figuras descarnadas y amarillas, trasunto fiel el alma mística de su época enfermiza y magnánima, cruel y visionaria. Santa Teresa de Jesús se desborda en amor divino y lo traduce en el más divino idioma. Fray Luis de León y Fray Luis de Granada dan a la prosa castiza una elegancia no conocida. Gracilano rivaliza con el verso italiano y Lope de Vega y Cervantes, inician su carrera que había de culminar las cumbres de la más alta gloria literaria. Florecen las industrias, brillan las artes, deslumbran los ingenios y recorre el mundo todo el nombre de España con un álito de grandeza.

El Cardenal Cisneros funda en 1500 la famosa Universidad de Alcalá de Henares, émula de la de Salamanca, dotándola magníficamente, y llamando a los mejores maestros para dictar las cátedras, comprendiendo en sus estudios las Ciencias Médicas, que ya se enseñaban en todas las viejas universidades y se incorporaban a todas las que se proyectaban. Ya Cisneros había tenido, respecto de ella, una señalada preferencia reservando para su biblioteca unos 300 libros de Medicina, los únicos que salvó de la magnífica biblioteca de Granada, que entregara a las llamas, a raíz de la entrada de los reyes Católicos, en la maravillosa ciudad árabe.

Más tarde, Carlos V fundó en Granada otra Universidad; y Santiago, Barcelona y Oviedo siguieron su ejemplo: adquieren una reputación merecida el Colegio de Medicina de Zaragoza; y no hay en el transcurso del siglo ciudad importante, que no tenga su centro de estudios, pasando de veinte las universidades creadas en esa época. Ese florecimiento de las universidades había de dar sus frutos; si bien es cierto que no era la inclinación a las ciencias, lo que señalaba las preferencias del carácter español, no habiendo llegado en ellas a destacarse, como en las demás ramas del saber humano, es indudable que en el siglo XVI, se notó una tendencia manifiesta a sus progresos, tendencia en la que intervinieron conjuntamente con la enseñanza, factores de otra índole.

Al morir Isabel, en 1498, quedó con las riendas del Gobier-

no, de hecho, el Cardenal Cisneros, quien, siguiendo el sistema de la Reina, marcó hasta su caída los rumbos políticos del reino. Entraba en el programa del fraile - ministro, un rigor extraordinario, cada vez más estrecho, sobre las ideas religiosas. Nadie se escapaba al examen, al análisis meticuloso en su prédica o en sus escritos, sobre todo los que se destacaban o pretendían marcar rumbos nuevos: era necesario confrontar cada idea que surgía, para ver si se adaptaba a los Cánones, si no reñía con los Santos Evangelios, si los padres de la Iglesia no se habían pronunciado en su contra. Toda novedad, pues, filosófica, teológica o científica, hasta verificado un maduro y escrupuloso análisis, era sospechosa de heregía, y todo el que por ese camino se aventuraba, necesitaba un más que denonado valor. Y no era sólo esa desconfianza a las ideas, producto intelectual de la época, el castigo con que la sociedad aislaba al innovador; más práctico el Cardenal daba una mayor influencia cada día al Tribunal de la Inquisición, abríale cada vez más amplio campo de acción, hasta convertirlo en el más terrible instrumento político que se ha conocido, destinado teóricamente para la defensa de la pureza de la fé, y empleado prácticamente, como poderoso medio de tiranía y de dominación, ahogando todo sentimiento de independencia, a la par que todo progreso científico.

Hemos visto que durante el medioevo, los conocimientos eran universales, se poseía toda la ciencia, excluyéndose las especializaciones, de modo que los médicos eminentes eran teólogos y astrónomos y alquimistas conjuntamente. Así, cuando no era posible perseguir directamente al investigador por sus estudios, se recurría a investigar sus ideas filosóficas, cuando no su vida, hasta encontrar causa suficiente que diera asidero a la condena del Santo Oficio. Se vivía con horror a la heregía; toda idea debía estar de acuerdo con la ortodoxia y tanto se fué el espíritu amoldando a ese criterio, que se generalizó el estancamiento, convenciéndose que todas las verdades estaban dichas. Aristóteles y San Agustín en filosofía, Santo Tomás en teología, la Biblia en todo; y aún dentro de la Medicina, eran Hipócrates y Galeno, los santos padres con los cuales no era posible estar en desacuerdo, ni te-

nía derecho a estarlo la misma naturaleza: de ahí nació la rémora científica medioeval en todo Europa, que se prolongó en España más de lo regular, ahogando todo progreso científico.

Sin embargo, aún en ese orden de ideas hubo un alto saludable que dió la sensación de un resurgimiento en el siglo XVI. Ello fué debido al advenimiento de Carlos V que dió en tierra con el sistema de Cisneros. Al llegar a España en 1517, el joven heredero no conocía de su reino, ni el idioma: se había criado en la corte de Flandes, en la tolerancia y la opulencia de aquella libre región y se aflojaron todos los resortes de la política española de Isabel, con la caída del Cardenal Cisneros, dando lugar a más humanos procedimientos. Por otra parte, su ascención al Imperio de Austria, obligóle luego a abandonar con frecuencia la península, y a recorrer la Europa por sus guerras o para visitar sus estados, dejando cierta libertad al reino de España, a quien entregó en manos de Ministros flamencos que no obraban de acuerdo con la política anterior.

A esa libertad relativa, se añadió para fomentar el progreso científico, el contacto con otros pueblos más adelantados. Al llegar a España llevó Carlos V de Flandes lo más selecto de sus varones y de sus sabios: basta decir que con él venía el primer anatomista de su siglo el gran Vesalio, y lo mismo, al recorrer la Europa, llevó luego consigo a los más celebrados médicos de España, y así Laguna tuvo una cátedra de Medicina en la Universidad de París, en tanto que Valverde enseñaba Anatomía en Roma.

Fué, pues, el espíritu tolerante con que inició su reinado Carlos de Austria, así como el contacto en que puso los espíritus superiores de España, con los grandes maestros de Europa, lo que dió el impulso a las ciencias que se observa en este siglo, ya preparado por la fundación de las universidades, con que se satisfacía el ánimo de aprender que manifestaba España.

Ese período de libertad que respiró el reino a principio del reinado de Carlos V fué fructífero. En el orden político, los castellanos se rebelaron reclamando sus fueros y la magnífica revolución de los comuneros, una de las más simpáticas protestas populares, cayó con la cabeza de Padilla, en Villalar, para no resurgir por más de dos siglos. Sin más

éxito que los comuneros de Castilla, en el orden científico, se rebelaron contra la tiranía de Aristóteles y de Galeno tres figuras que llenan el siglo científico de la España de Carlos V. Fueron éstos: Antonio Gómez Pereira, Andrés Versalio, y Miguel Servet, glorias no ya sólo peninsulares sino también de la ciencia universal.

Admirable como filósofo y como médico, en ambos caracteres, Gómez Pereira arremetió denodado la obra del filósofo de Estigira, y la del Padre de la Medicina, y fué tan acertada su dirección, que a haber sido posible su enseñanza, habría España adelantado cien años, sobre la ciencia de Europa. Desde el punto de vista filosófico, precedió en 70 años a Descartes, declarando que los anormales no eran racionales, echando por tierra la doctrina del Peripateto.

Razonador vigoroso, tenaz, eficiente, deja de su obra la impresión de uno de los más sólidos talentos de esa época. Como médico, con no menor independencia, atacó las doctrinas de Hipócrates y Galeno sobre las fiebres, después de condenar el sistema que los eregía en maestros indiscutibles, poseedores de la sapiencia suma. Véase por sus palabras, cuán valientemente impugnaba a los ídolos incontrovertidos de la ciencia médica: "Es un dolor que nuestros antecesores, y aún nuestros contemporáneos, encargados de enseñar la lógica, la física y la medicina, estén tan obsecados con las doctrinas de dichos escritores (Hipócrates y Galeno) y consideren sus autoridades como oráculos, refutando como heréticas todas las opiniones que de las de aquéllos se apartan, aun cuando conozcan a las claras que son frívolas o falsas".

Respecto de las fiebres, sostiene sagazmente que el calor febril no difiere del natural, si no es por el grado de intensidad y que no es un calor distinto como sostenía la escuela peripatética; expone sus teorías luego; recorre los distintos orígenes; clasifica y describe los diversos tipos; y termina con un capítulo tratando de la Viruela y el Sarampión, con una tan admirable descripción que un crítico observa que "apenas hay una observación de interés en los programas escritos de Sydenham que no se encuentran en dicho autor". (1)

---

(1) CHINCHILLA. «Historia de la Medicina».

No se conoce la fecha de su nacimiento, ni de su muerte; trabajó en su profesión en Medina del Campo, donde descansan sus restos, alejado de la corte, por la independencia de su espíritu, de la que dió pruebas también, no buscando padrinos encumbrados para sus libros, como en aquella época se usaba. No obstante eso, era llamado para consultas en la corte mismo, mandándole buscar el propio Felipe II, para asistir al Infante Don Carlos.

Débese a Carlos V, el que figure en la historia científica de España, Andrés Vesalio (1514 - 1564) nacido en Flandes. Hijo de un farmacéutico y nieto de varias generaciones de médicos, dedicóse, en Lovaina, desde muy joven, entusiastamente al estudio de las lenguas, profundizando el griego, el latín y el árabe, al mismo tiempo que cultivaba las ciencias físicas y leía los clásicos de Medicina. Para perfeccionar sus conocimientos marchó, primero a Montpellier, célebre por sus estudios médicos y luego a la Universidad de París, donde estudió la Anatomía con Fernel y luego con Silvius. Era su entusiasmo tal, por la disección, que para adquirir huesos y miembros rondaba, de noche, por el cementerio de los Inocentes, luchando a veces por una presa, que arrebataba a los perros, en los estercoleros.

Al estallar la guerra entre Francia y España volvió a Lovaina, donde dió lecciones de Anatomía y allí fué donde consiguió, aunque con muchas dificultades, adquirir un esqueleto completo.

Carlos V llevóle entonces, joven de 20 años, de cirujano de su ejército y, como tal, le acompañó a Italia en la campaña contra Francisco I, y tan a satisfacción del Emperador fueron sus servicios, que le honró con el título de Médico de la Real Cámara. Conservándole a su lado al volver a España, fué ya, en carácter de Cirujano del Emperador, que volvió a Paris en 1535, donde pudo por primera vez abrir un cadáver.

Luchando con esa dificultad para la práctica de la disección pasó a Italia, donde pudo hacerla con relativa frecuencia. Obtuvo allí permiso para disecar los cadáveres de los ejecutados, estudiando con los grandes anatomistas y po-

niendo más empeño que sus propios maestros. El Senado de Venecia le dió la Cátedra de Anatomía en Padua, donde dió por espacio, de 7 años, sus lecciones y también en Bolonia y en Pisa, donde la protección de Cosme de Médicis le facilitaba los cadáveres.

Fué, entonces, que tuvo ocasión de observar las diferencias entre las relaciones de Galeno y sus propias disecciones, y asombrado en un principio, confirmóse plenamente luego, enseñando corregida la anatomía de aquél y publicando más tarde su obra maravillosa "De Corporis humanae fábrica" (1539) obra destinada a revolucionar la anatomía y a ser el soporte de esa ciencia en el futuro. Su maestro Silvius horrorizado del atrevimiento de su discípulo al disentir con el maestro Galeno, y desconcertado por otra parte de que se atreviera a señalarle los errores que había estado enseñando toda su vida, lo impugnó violentamente en un folleto titulado "Silvius, Vesalio calumnias depulsandur".

No le contestó Vesalio, pero como Eustaquio le atacara también, llamó a sus enemigos a Padua, donde les demostró triunfalmente sobre el cadáver la verdad de su doctrina. ¿Y cómo no habían de ser exactas sus rectificaciones a Galeno, si éste sólo había disecado monos, como el mismo así lo confiesa en el prólogo de su original, el que, en las ediciones posteriores se había suprimido, dando lugar así al asombro de Vesalio y de sus coetáneos?

En 1543 siguió al Emperador a España y se estableció allí. Conocióse entonces entre el elemento intelectual de la península su anatomía y se aficionaron a los estudios de disección, que con mucha dificultad podían realizarse, gozando algunos establecimientos, como el Hospital - Monasterio de Guadalupe, el privilegio de abrir cadáveres para reconocer las causas de la muerte.

El entusiasmo despertado por Vesalio dió gran impulso a la Anatomía. Guevara consigue que se cree en 1550 la primera cátedra en Valladolid, tocándole regentearla, en la que enseñaba sobre el cadáver como el maestro de Flandes. Andrés Laguna y Valverde se destacan entre sus discípulos honrando luego el nombre español fuera de su patria, desde

las cátedras de Paris y de Roma, siendo el primero, el médico de los Papas Paulo III y Julio III.

En las ciencias naturales sobresalió también, Andrés Laguna nacido en 1499 en Segovia y doctorado en Medicina en París; vuelto a España fué catedrático en Alcalá de Henares, donde tradujo algunas obras latinas y escribió el Método Anatómico. Pasó luego a Londres y a Gante y más tarde a Lorena donde prestó grandes servicios en la epidemia de peste que azotaba a la sazón a esa ciudad; de allí se dirigió a Colonia, traduciendo en ella los libros de las plantas de Aristóteles y comentando a Dioscórides.

Dedicado a los estudios de las ciencias naturales, sus obras fueron el evangelio en la Península y en América durante varios siglos. Más tarde fué a Roma siendo Médico del Papa Julio III; yendo a concluir sus días en España en 1557. Juan Valverde, otro de los más famosos discípulos del maestro flamenco, estudió medicina en Padua, dedicándose a los estudios de Anatomía, dejando una obra de Higiene y su anatomía del Cuerpo Humano, obra muy meritoria traducida en seguida al italiano, inspirada en la obra de su maestro Vesalio.

Pero con todo, el medio fué hostil al sabio flamenco; su calidad de extranjero, su gran reputación científica, su amplitud de ideas, atrajéronle los recelos del pueblo y las envidias de sus rivales. Se le atribuía el haber divulgado después de la autopsia la enfermedad de que falleciera, la que fuera favorita de uno de los magnates; corrió el rumor de que al abrir el cadáver de un caballero, latía aún el corazón. Dícese que, a consecuencia de ésto la Inquisición intervino, condenándole a expíar su falta en peregrinación a Tierra Santa. No está probado que el Santo Oficio le hubiera condenado, pero sea ello, sea que fuera, como quieren otros, a realizar un voto, el hecho es que marchó con la flota de Paolo Malatesta a Chipre, y luego a Jerusalem. Allí el Senado de Venecia mandóle buscar, ofreciéndole la Cátedra de Anatomía en Padua, que ya había ocupado antes, la que se encontraba vacante entonces, por la muerte de Falopio, que había sido su discípulo. Halagado, y no deseando volver a España, embarcóse, pero con tan mala suerte, que naufragó, pudiendo alcanzar a salvarse en un is-

lote, tregua sólo a su infortunio, pues encontrándolo desierto y no recibiendo auxilios, hubo de morir miserablemente de hambre.

Compañero de estudios de Vesalio en la Universidad de Paris, en la Cátedra de Silvio y en la campaña con Carlos V en Italia, fué Miguel Servet, nacido en Navarra en 1507 y graduado de maestro en Artes y Doctor en Medicina en aquella celebre Facultad. Se había señalado desde muy joven por su afición a los estudios teológicos, interpretando la Biblia de acuerdo con sus originales doctrinas, que no concordaban con la de los maestros protestantes Lutero, Zwilglio y Calvino con quienes se puso en contacto y polemizó.

Respecto de sus compatriotas escribió: que eran de buena disposición para las ciencias, pero estudian poco y mal y cuando son semi doctos se creen ya doctísimos, por lo cual es mucho más fácil encontrar un español sabio fuera de su tierra, que en España. Forman grandes proyectos pero no los realizan y en las conversaciones se deleitan en sutilezas y sofisterías. Tienen poco gusto por las letras, imprimen pocos libros y suelen valerse de las que vienen de Francia. Es gente muy templada y sobria los españoles, pero la más superticiosa de la tierra. (1)

Dedicóse, luego, al estudio de la Astronomía en París, siendo acusado ante el Parlamento, quien lo absolvió, permitiéndole el estudio "sin tocar en los particulares influjos de los astros".

En 1537 había tenido un gran éxito con la publicación de un tratado de Terapéutica, del que se reeditaron cinco ediciones en once años.

Atacaba en él las doctrinas de Averroes y señalaba: "Que la digestión es única, que las enfermedades son perversión de las funciones naturales, y no la introducción de elementos nuevos en el cuerpo y que el quilo se forma en las venas del mesenterio."

Pero su mayor gloria es el descubrimiento de la circulación de la sangre, expuesta en 1553 y cuya prioridad está hoy

(1) Menéndez y Pelayo — «Historia de los Hetereodoxos» ya cit.

plenamente demostrada: "El espíritu vital, decía, (sangre ar-
"terial) es el que por anastomosis se comunica de la arteria
"a las venas, en las cuales se llama espíritu natural (sangre
"venosa). Tiene su origen en el ventrículo izquierdo del cora-
"zón, ayudando mucho los pulmones para su generación. Se
"engendra de la mezcla, hecha en los pulmones, del aire ins-
"pirado con la sangre elaborada, que el ventrículo derecho
"del corazón comunica al izquierdo: la comunicación no se
"hace por la pared media del corazón, como se cree vulgar-
"mente, sinó con grande artificio por el ventrículo derecho
"del corazón, cuando la sangre sutil es agitada, en largo
"circuito por los pulmones. Ellos la preparan; en ellos toma
"su color y de la vena artificial pasa a la arteria venosa,
"en la cual se mezcla, con el aire inspirado y por la expira-
"ción se purga de toda impureza".

"Y luego: De la misma suerte que en el hígado se hace la
"transfusión de la vena porta a la vena cava, en cuanto a la
"sangre: se hace en el pulmón la transfusión de la vena ar-
"terial a la arteria venosa, en cuanto al espíritu (sangre
"arterial) que desde el izquierdo ventrículo al corazón se
"derrama a las arterias de todo el cuerpo".

Lástima que esas magníficas disposiciones de espíritu, fueran distraídas del estudio de la ciencia, a la que hubiera podido dar nuevas conquistas, por la pasión reformista que había de perderlo. Así fué en efecto. Después de ejercer la Medicina con gran resultado, volvió a sus disquisiciones teológicas, poniéndose en abierta pugna con Calvino, de quien había sido amigo y que se empeñaba para llevarlo a la ruina. Le delató primero en Viena a la Inquisición que le siguió un juicio, logrando escapar, pero al pasar por Ginebra, de viaje a Italia, fué reconocido por Calvino, acusado y sometido al Consejo de los Cantones, siendo condenado a la hoguera conjuntamente con sus libros, el 27 de Octubre de 1553. Triste destino de este hombre superior, que en su patria se salva de las intransigencias de sus compatriotas y cae en el extranjero, sobre la hoguera que le encienden los reformadores como él, por no estar conforme su credo en un todo con el de sus intransigentes rivales.

En lo que respecta a su influencia en España, fué nula, viviendo siempre fuera de ella, tanto que al hacer la relación de sus 16 obras, escribe un crítico español que no las puede apreciar, puesto que España desgraciadamente no posee ninguna obra de Servet.

Por otra parte, respecto de su teoría de la sangre, no fué recogida, cayendo en el olvido para reaparecer definitivamente establecida por Harvey, noventa años después.

No menos importante, que por la iniciación de la Anatomía con Vesalio y la teoría sanguínea de Miguel Servet, fué el siglo XVI por el desarrollo de los estudios de materia médica. Entre los medicamentos cuyo uso se debe a los médicos españoles, de los muchos que divulgaron en este siglo, se halla el empleo de los mercuriales.

A raíz del descubrimiento de América se extendió la Sífilis por toda la Europa; y si no está probado que fueron los españoles quienes la difundieron, fueron sin duda, sus médicos los primeros en aplicar sus remedios. Ya los médicos árabes empleaban el mercurio como paraciticida, sobre todo en la sarna y aún cuando no se puede precisar, ni indicar el primero que lo usó, ello es que muy pronto después de la aparición de la enfermedad, se comenzó en España la aplicación de las fricciones mercuriales y la injestión del mercurio, hasta provocar el ptialismo, y hasta fijando las libras de babas, que se necesitaba arrojar para curarse.

En América los indios enseñaron a los españoles para la curación de las bubas, el empleo del Guayaco o Palo Santo, la Tuna, el Sarsafrás, etc., lo que por otra parte apoyaría la opinión, de los que creen que los indios conocían desde mucho antes la dolencia, a lo que se agrega el que les atacara a los indígenas, con menos intensidad que a los europeos.

Y así como el empleo de esas yerbas para curar las Sífilis, aprendieron de los médicos indios infinidad de productos que provocaron la publicación de obras en toda Europa, a las que contribuyeron en primer término las aparecidas en España. Sobresalieron entre estas las del sevillano Nicolás Monardes, pero no hemos de ocuparnos de ellas ahora, ya que le consagraremos un capítulo más adelante, bastándonos en esta

circunstancia con señalar el aporte considerable que llevaron a la terapéutica, los médicos españoles del siglo XVI, así como la afición que despertaron en todo el mundo al estudio y a las aplicaciones de la Botánica. Del mismo modo estudiaron las piedras, minerales, y animales tomando de ellos, con frecuencia, aplicaciones para la curación de enfermedades.

Tales fueron los puntos culminantes del progreso en las ciencias médicas en la España de Carlos V; desgraciadamente el espíritu de liberalidad con que se inició su reinado, fué decayendo después del derrumbe de los comuneros de Castilla, que abatió la libertad política para no alzarse en tres siglos; más tarde cuando decepcionado el de Austria se redujo a vivir en la península, el espíritu de la vieja política le fué dominando, acentuándose la tendencia política con la llegada al Trono de Felipe, encarnación implacable del sistema que se marcaba cada vez con tintes más oscuros, a medida que este sombrío Rey envejecía, quedando a su muerte en 1598, señalada indeleblemente la decadencia de España, aniquilada financieramente, envilecida y aferrada al sistema que debía llevarla a la más desgraciada ruina.

Las mismas oscilaciones de la libertad, el progreso y el bienestar del pueblo, se reflejaron en el progreso de las ciencias, las que al final del siglo van decayendo hasta llegar al estado en la que veremos al comenzar el siglo XVII.

No eran ya los tiempos en que el espíritu flamenco de Carlos de Austria abría España a todos los sabios y llevaba a los castellanos por toda Europa, haciendo correr las nuevas y fecundas tendencias de su época. Ya en los últimos años de este Monarca y sobre todo durante Felipe II se había cerrado la Península estrechando la censura filosófica y cortado toda tendencia individualista. Así mientras Ramus batía en París formidablemente las teorías aristotélicas y las rémoras medioevales, éstas se refugiaban en España, donde se atrincheraban en la corte del ceñudo Monarca.

Francisco Vallés y Luis Mercado eran sus primeros médicos de Cámara. Ambos gozaban de la más alta consideración profesional, catedráticos de ciencias médicas y autores

celebrados y guías y maestros de las nuevas generaciones médicas.

El primero, Protomédico, llamado por su real cliente el Divino, entre muchas obras médicas, sagaces algunas y otras útiles, como la reglamentación de las farmacias, comentaba en una obra grande, todo lo que en la Biblia se refería a las cosas físicas y escribía sobre filosofía, lo mismo que sobre Galeno. Protomédico, también Mercado, no era menos dado a la escolástica filosófica; respecto de sus obras dice un crítico: "Los españoles se adhieren mucho al escolasticismo y a la doctrina de los árabes: una prueba de esta verdad son las obras de Luis Mercado, Médico de Felipe II, porque, efectivamente es imposible imaginarse hasta qué punto este escritor llevó el escolasticismo sin adoptar el menor orden científico en sus trabajos, introduce infinitas cuestiones inútiles, a las cuales unas veces responde afirmativamente, otras negativamente: en una palabra, no lo puedo caracterizar de otro modo que llamándolo el Santo Tomás de Aquino de la Medicina y el primero de todos los médicos escolásticos." (1)

Valles tenía un mérito positivo como pensador, señalándose como un precursor del sistema que Descartes había más tarde de instituir en filosofía. En sus cbras de Medicina se señalan por sus sagaces comentarios sobre Hipócrates; obteniendo unas y otras en atención a su mérito, el haber salvado la fronteras de España.

Mercado, desde el punto de vista médico, dejó una monografía de valor sobre las fiebres en la que estudia las intermitentes; y hace la descripción del Garrotillo por vez primera en sus "Consultas". Sin desconocer su alto valor como Médico, es indudable que su sistema contribuyó a la decadencia de los estudios médicos, como veremos más adelante.

Médico de Cámara de Felipe II, Francisco Hernández fué comisionado por aquél para estudiar en América las tres ramas de Historia Natural; empeñóse en su labor con ahinco, permaneciendo 7 años en Méjico y llevando a España una obra monumental que desgraciadamente permaneció arrum-

SPRENGEL — «Historia de la Medicina».



bada en el Escorial, publicándose, en su época, sólo extractos de ella.

Se había vuelto, pues, al finalizar el siglo a la filosofía escolástica, con el mismo ardor que en lo mejor del medioevo, cuando ya iban cayendo sus últimos baluartes en Europa.

Pero si la Ciencia en el orden político y en el orden filosófico daba al finalizar la centuria, un paso atrás, en la literatura y en el arte se elevaba para culminar en el siglo sisiguiente.

A principios del siglo se hace sentir la influencia italiana del Renacimiento que encuentra discípulos admirables.

Torrigiano (1470 - 1522) émulo y discípulo de Miguel Angel, enseña su arte en Andalucía con el más brillante resultado. Su San Jerónimo, considerado por Goya como una de las obras maestras de la escultura moderna, es sorprendente por el estudio preciso de la anatomía; la musculatura se destaca valientemente por debajo de la piel magra del cuerpo, y las extremidades óseas, las apófisis y la red venosa dan la impresión del movimiento vital, agitándose al través de la pálida epidermis. Otro italiano Juan de Juni, discípulo de Miguel Angel, también llevaba la influencia de su arte al Norte de España, como aquél la había llevado al Sur, y daba a sus Cristos y a sus Madonas el realismo de la escuela del Renacimiento. Contribuyó a la difusión de la escuela italiana, Berruguete, discípulo de Miguel Angel, quién dejó magníficas obras en las que a imitación de su maestro hace destacar atrevidamente la muscultura y las actitudes atormentadas al modo del gran florentino. Hernández y el Montañés se disputaban al finalizar el siglo la gloria de la escultura, caraterizándose por la originalidad de sus temperamentos netamente españoles.

En la pintura, Greco lleva a la paleta con una poderosa y original concepción, el idealismo español de la época. Los cuerpos se adelgazan, se afinan, huyen debajo de las ropas, los semblantes se alargan, pierden el colorido de la salud y de la vida, las pupilas tienen un brillo extraño y detrás de ellas y de los rostros enjutos y cetrinos, queda sólo la idea del "pintor de almas", vigorosamente destacada, en la que

está no sólo el espíritu del extraño personaje, sino la del propio pueblo de aquella época austera, mística y fanática.

Hay un extraño y sorprendente parecido, entre esas figuras largas, flacas y amarillas, de ojos apagados y severos donde brilla escondido el fervor apasionado, con la descripción cervantesca del ingenioso hidalgo, triste y sombrío, en cuyo semblante adusto y contraído escapa la locura genial del círculo severo, que las más altas virtudes le han ceñido. Acaso ninguna encarnación más apropiada hallaría el héroe manchego que el marco del Greco, y esa impresión de hermandad espiritual entre el pintor genial y el genial literato, no es más que el mismo motivo tomado del mismo ambiente y traducido por el pincel y por la pluma, por los dos espíritus más penetrantes de su época.

CAPÍTULO III

La Medicina en el Siglo de Oro

SUMARIO: La España del Siglo xvii. — La expulsión de los moriscos. — Su importancia desde el punto de vista médico. — Decadencia de la medicina española. — La pragmática de Felipe III sobre la enseñanza de los estudios médicos. — Juan de Villareal; la Angina sofocante. — Simón y Maroja. — Juan de Vega introduce la Quina de América. — La asistencia pública; Cristóbal Pérez de Herrera. — El soldado, el sabio, y el filántropo. — La Medicina en la literatura. — Cervantes: El Bálsamo de Fierabrás. — El doctor Pedro Recio de Tirteafuera. — La locura de don Quijote y la del Licenciado Vidriera. — La Medicina en el arte. — El bagaje médico de los Conquistadores en América; Vargas Machuca. — Su Milicia Indiana.

Al morir Felipe II, su reino pasó por una crisis intensa, ya iniciada en sus últimos años, pero que hubiera necesitado para conjurarla herederos de una capacidad tan grande, y de un carácter tan tesonero como el suyo. Ni Felipe III, ni Felipe IV, ni el degenerado Carlos II, fueron capaces de soportar el peso de su herencia gloriosa, dejando todos el gobierno en manos de favoritos omnipotentes, como el de Lerma, el de Olivares y el segundo don Juan de Austria, que, si bien no excentos de capacidad, no se hallaban a la altura que las circunstancias exigían, para poder luchar contra el derrumbe que amenazaba a España.

Las finanzas estaban agotadísimas, el crédito desprestigiado, llegándose al extremo de pedir limosna para el Rey; eso no obstante el derroche de príncipes y privados no se detenía, ni cesaban las empresas guerreras, en las que en nada iba el provecho de la nación.

El nombre de España ya no causaba temor más allá de sus fronteras. Si aún sus lanzas brillaban victoriosas en Breda, si el empuje de su infantería todo lo arrollaba en Nordinga, si sus galeras con don Fradique abatían la escuadra de Holanda en Gibraltar, caras pagaban esas glorias; y las pérdidas de Holanda y Portugal, del Rosellón, de la Jamaica y del Franco Condado abatían su poderío, mientras levantamientos regionales, como el de Cataluña, conmovían los cimientos mismos de su sociedad política.

Acaso detrás del interés, en tan difíciles circunstancias o bien obedeciendo a la sugestión religiosa o por ambos motivos, Felipe III, empeoraba en los comienzos del siglo la situación interna de la Península, con la expulsión de los moriscos.

Formaban éstos la parte más preparada, más industriosa y más trabajadora de las clases populares. Cultivaban los campos, atendían las industrias, ejercían la medicina, eran químicos y herboristas y artistas, filósofos y poetas, puesto que fueron los maestros de la cultura hispana. Pero pudo más la ceguera y la codicia, y el Rey se desembarazó de un pueblo entero, pues hay quien eleva hasta 900.000 los expulsados, "sin agregar los que perecieron antes de embarcarse, asesinados por los cristianos viejos o muertos de hambre y de fatiga o exterminados en la sedición de Valencia".

Quedó España, luego, con nueve millones escasos de habitantes, con sus telares vacíos, sus tierras yermas, sus campos despoblados. Cada vez se hacía más angustioso ese estado, pues se agregaron a los que se expulsaron, los que corrían detrás de la gloria y el botín en los campos de batalla de Europa, los que la sed de oro y de aventuras llevaba a América, los que el misticismo empujaba dentro de los claustros (hasta 32.000 en solo dos órdenes religiosas) y finalmente y en una parte no despreciable, los que morían de las pestes frecuentes y terribles, que azotaban sus ciudades y pueblos, indefensos ante los ataques de esos males desconocidos e imprevistos.

Poco oportuna era, pues, la expulsión del pueblo que se señaló por su amor a las ciencias médicas. Ya un siglo antes

habían sido arrojados los judíos con sus médicos, ahora arrojaban con los suyos a los árabes, en tanto que faltaban profesionales en toda España para defenderse de las plagas; y en América, misioneros y conquistadores, sucumbían a los ataques unidos, de la guerra, del clima, de la intemperancia, y de las pestes sobre todo, sin contar con facultativos hábiles que les prestaran sus servicios, para defenderlos con resultado de los más elementales de esos peligros.

En el orden científico, en tanto que la Europa del Siglo XVII se caracteriza por la introducción en las ciencias de los métodos experimentales, España daba un paso atrás. La vuelta del escolaticismo, que representaron en el siglo anterior Valles y sobre todo Mercado, fué de funestos efectos. Desaparecidos los maestros, corrían en manos de los estudiantes sus apuntes, considerados como la sapiencia suma; y la disquisición filosófica vino a sustituir a la enseñanza sobre el cadáver y a la de la clínica, hacia la que la habían dirigido los médicos de Carlos V.

Ocurrió entonces, que el descrédito y la decadencia en que habían caído los estudios médicos, produjo entre los profesionales y legos una tal grita, que llegó a la corte, viéndose el Rey Felipe III en la necesidad de investigar las causas de un tal estado de cosas, a cuyo efecto solicitó informes de las principales Universidades de España, los que, sometidos a sus protomédicos, dieron por resultado la promulgación de la real pragmática en 1617. En esta se atribuía el descenso de la profesión: "a haber abandonado las lecciones de Hipócrates, de Galeno y de Avicena, sustituyéndolas por las lecciones escritas de los profesores, que circulaban de mano en mano entre los estudiantes, como las instituciones o apuntes de Mercado, los que aquellos aprendían de memoria".

En consecuencia el Rey ordenaba: "que se volvieran a explicar, Hipócrates, Galeno y Avicena; que se suprimieran los cuadernos; que se examinaran por las doctrinas de los antedichos, y no por las instituciones de Mercado, aprendidas de memoria." A estas disposiciones, agregaba otras, como las de prohibir los títulos de Bachiller en las Universidades donde no se estudiaba medicina, no pudiendo examinarse de

médicos, los bachilleres egresados de esas instituciones. Finalmente, a fin de evitar el abandono profesional, obligaba a todo médico, que ejerciera fuera de la corte por más de dos años, a que volviera a dar examen antes de trabajar de nuevo en Madrid.

Pero no bastaba una pragmática real para corregir tan complejos y tan arraigados vicios. Así todo el siglo siguió inficionado de peripatetismo. Era necesario el estudio de la naturaleza, la anatomía en el cadáver y la clínica sobre el enfermo, en vez de teorizar sobre las sentencias de los maestros y de hacer filosofía, considerando el enfermo como una entidad y sujetándolo a premisas.

Un crítico, que se caracteriza por su pasión patriótica, dice, no obstante refiriéndose a esa época "al espíritu hipocrático, al gusto por los comentos de las obras del sabio griego, sucedió la afición a las sutilezas galénicas y aristotélicas; a la sencillez y pureza del lenguaje castizo, la barbarie, el desaliño, el espíritu contencioso, los títulos pomposos y extravagantes de las obras, el fárrafo indigesto de textos latinos, sacados de la teología y el aristotelismo para probar las verdades médicas".

Con todo, no faltaron algunos espíritus, que dados a la observación, influyeron en el progreso de la ciencia española. Juan de Villarreal, catedrático de Alcalá de Henares, publicó en 1608 una monografía señalando, el primero, los caracteres del Croup, adelantándose en más de un siglo a las descripciones de Hume de Edimburgo y de Clini. Le llamaba enfermedad sofocativa o angina sofocante y daba los caracteres de las falsas membranas. Al mismo tiempo Alfonso Limón, publicaba sus estudios sobre las aguas minerales de la península, y Cipriano Marojo, ensayaba el sublimado para combatir la Sífilis.

La Quina, llevada de América por Juan de Vega, médico del Conde de Cinchón, Virrey del Perú, encontró en España ardientes partidarios en Bravo, Barba y Heredia.

Fué rico ese siglo en la fundación de Hospitales y Albergues, datando de entonces el Hospital General, contribuyendo en grado sumo, a la asistencia hospitalaria, el espíritu filan-

trópico y la constancia tesonera de Cristóbal Pérez de Herrera, figura singular que puede caracterizar el espíritu español de esa época; varón celebre por sus hazañas guerreras y por su sagaz espíritu científico, tanto como por su piedad con los desgraciados.

Nació en 1558, fué discípulo de Vallés y se doctoró en Salamanca, ingresando en su profesorado, siendo, luego, llevado a la Corte como examinador, y nombrado más tarde, Protomédico de las Galeras, ejerciendo doce años este empleo, en el que manifestó bien pronto sus raras condiciones militares siendo celebradísimos sus ardides, para burlar al enemigo.

En la batalla de los Azores, donde pereció Felipe Strizzi, se batió como un héroe, y terminada la lucha, saltaba a tierra para instalar afanoso el hospital. Retiraba los heridos de las galeras, en la toma de la Isla de Fayal, defendiéndolos espada en mano, cuando fué herido de un arcabuzazo que le atravesó el pecho. Restablecido, tocóle, en Cadiz, una furiosa epidemia de tabardillo , atendiendo solo a tres mil atacados. pues los tres médicos que con él estaban habían fallecido.

Con el adelantado de Castilla, se halló en la toma de Benezicar, y Zangazan, en Barberia, conquistando él mismo dos banderas a los turcos, cuerpo a cuerpo, sobre sus mismas galeras, como ya había arrancado dos a los holandeses, dos a los ingleses y una a los franceses en la Rochela. Ellas adornaron su escudo que llevaba como lema "Non armis obstant literae".

No sólo sus hazañas lo hicieron acreedor a la consideración de sus contemporáneos. Su obra sobre el "Amparo de los legítimos pobres y reducción de vagabundos", obra madurada en seis años, impulsó al Rey Felipe a concederle el fundar el primer refugio, llamado "Albergue real", para el que él recogió de limosna, hasta cincuenta mil ducados.

El éxito de esta obra, hizo que el Rey lo designara "Protector y Procurador General de los Albergues del Reino".

Como médico dejó escritas cuarentas obras, ocho de ellas de medicina, de las cuales dos en castellano. La mayor parte de sus escritos, están inspirados en esa obra de la protección

a los desgraciados, a los niños, a las mujeres, y a los enfermos, así como a los soldados inválidos. Sus ideas, a este respecto eran avanzadas, pues trataba de dar trabajo a los niños y a los mendigos; el que cada lugar tuviera un albergue para los inválidos y sus casas de labor para mujeres delincuentes. A todo ésto perseguía a los desocupados tenazmente, proyectaba casas de convalescencia; conseguía un impuesto de dos maravedises en las Comedias, para el sustento de galeras y niños desamparados, haciendo que se ocuparan en diferentes oficios como hacer pasamanos, tejer tafetanes, rasos, terciopelos, y otras telas.

Consagró Pérez de Herrera cincuenta años a la propagación y el fomento de sus obras caritativas, empleando para el éxito de ellas, su pluma, en libros y memoriales; su influencia en la corte; su trabajo profesional; su prestigio en conseguir recursos y limosnas, hasta el punto que puede considerársele como uno de los primeros propulsores de la asistencia de los menesterosos, de los reformatorios de menores, de las casas de corrección para mujeres, problemas todos, que supo encarar con tanto celo y caridad, como talento, y que constituyen, hoy aún, la preocupación de los sociólogos, criminalistas, médicos y filántropos.

Pero si mal encaminado el espíritu de investigación, fracasaban las ciencias en España en ese siglo, la plétora de vida y el talento de la raza daban en literatura y en artes las más altas pruebas de vigor, llamándose el siglo de oro de las letras españolas.

Siguiendo una ley constante, cuando declinaba el apogéo político, se levantaba a su mayor altura la gloria intelectual, en el pueblo español.

Tirso de Molina, Calderón, Lope, Alarcón, daban vida en la escena a los hijos de su imaginación, en creaciones que salvaban las medidas del tiempo y de la patria para ser universales y eternas; Solís describía galanamente las hazañas de Cortés, Quevedo, cuyo ingenio es más conocido por su gracejo que por sus obras de aliento, daba en la novela y en la historia páginas maestras; Argensola y Góngora inmortalizaban

la poesía española y Cervantes publicaba el Quijote, obra inmortal, escrita como pasatiempo y que encierra toda la ciencia de su época, que persigue la crítica de una manía y que es el retrato vivo de toda España, desde la corte real hasta la posada ruin; que pinta en su caballero y en su paje, el alma también de su pueblo, con todas sus grandes virtudes y todas sus fallas y caídas, y que siendo tan eminentemente española, es inmensamente humana, porque su autor es el filósofo más grande y ha hecho en el estudio de sus tipos y de su época la más intensa síntesis de la especie toda.

No podemos menos de señalar en su obra los puntos de medicina literaria más interesante, tal el famoso Bálsamo de Fierabrás, formado de simples como aceite, vino, sal y romero, los cuales mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio de tiempo, se ponían una vez en su punto, en una alcuza o redoma acompañándolos de padre nuestros, avemarías, salves y credos, siguiendo a cada palabra una bendición; hecho todo lo cual era el remedio infalible para todos los males.

No se puede pedir un cuadro clínico más realista y una crítica más sagaz de la medicina caballeresca en los efectos producido en el escudero, con el bálsamo famoso. A su fino ingenio no se escaparon tampoco el tipo de médico de su época. La descripción del doctor Pedro Recio de Tirteafuera, (1) es maravillosa, y contundente el juicio de Sancho gobernador, de no dejar en toda la ínsula médicos, que él entienda que son ignorantes, pues a los sabios prudentes y discretos los pondrá sobre su cabeza, honrándolos como a personas divinas.

Al cuadro de la medicina doméstica y al de la medicina académica, podría agregarse la sintomatología, etiología, marcha y curación de la locura de Don Quijote. No es posible extendernos sobre este tema, al que dedicamos un estudio en otra oportunidad, (2) pero es indudable que Cervantes con su perspicacia, supo tomar de modelos vivos la parte substancial

(1) *Don Quijote*, Ia parte cap. XVII.

(2) RAFAEL SCHIAFFINO. — Don Quijote de la Mancha, «Centenario del Quijote». Diario del Plata, 1916.

de locuras genéricas, tan caracterizadas como las del Licenciado Vidriera y las del hidalgo manchego, tan bien sistematizadas, tan regulares, tan típicas que son como fieles trasuntos de casos clínicos.

No menos famoso que su literatura, fué en el siglo de oro, el arte español. Alonso Cano y Hernández, siguen la tradición de Herrera y del Montañés, en la escultura religiosa tan mística y tan pasional a un mismo tiempo: en la arquitectura abandonando el plateresco, marca la transición al estilo de Churriguera que había de señalar el fin de ese siglo y el principio del siguiente. Pero lo genial en la España del diecisiete fué la pintura.

El nombre sólo de Velázquez bastaría para llenar una época. Por su pincel, como por la pluma de Cervantes, pasa toda España, la España viva que es color y luz, que se agita y que respira, la que se adivina en los ojos de los retratos, en los semblantes adustos, en los cráneos degenerados. Es magnífica como una epopeya su tela de las lanzas, inmortalizando la rendición de Breda; en la de las Hilanderas palpita la vida; hay belleza y color en la carne joven de la Venus del espejo, y son sus retratos todos, historias fijadas en unos rasgos que no se olvidan una vez vistos. ¡Cómo no pensar ante estas telas soberbias de la corte de España, en la suerte del reino, recorriendo los rostros de sus reyes, donde cada vez se pronuncian más los rasgos de la degeneración, como si fuera un crepúsculo que lentamente va cerrando la sombra! ¡Que maestría admirable, al señalar los rasgos que traducen las tinieblas interiores! ¡Que perfecta impresión nos producen esos seres deformes, en los que ha sabido marcar con su pincel el penacho de sus condiciones psíquicas características! Allí está acurrucado entre dos calabazas, cruzadas las manos sobre las rodillas, la boca sonriente, entre risa de idiota y sarcasmo de malvado, con los ojos estrábicos, cruzados por la deformidad y por la malicia, el loco de Cosia, Calabacillas, el bufón de Felipe IV, terror de los cortesanos, encanto de un Rey degenerado también y al que ha marcado, igualmente, en tantos retratos, con mano segura, con los estigmas de la raza, el belfo abultado y caído, sensual y flojo, la mandíbula de Carlos el

Temerario; y de Carlos V en total ruina, la tez pálida y enfermiza, la color rubia, los ojos sin vida, lasos e inexpresivos, típica fisonomía, eslabón que enlaza la debilidad mental de Felipe III y la idocia total de Carlos II. Y a medida que el Rey envejece se va notando en los retratos los progresos de su miseria moral, en su rostro decrépito precozmente, al través del cual se adivina esa marcha descendente paralela a la ruina de España, atada por su destino, al destino de la real familia psiquícamente enferma.

El mismo realismo despiadado señala en las Meninas, junto a la figura aristocrática e ingenua de las princesitas, la cara grosera y brutalmente deforme de la enana, con su cabeza grande y abultada y sus rasgos señalados, como tipo de bajas pasiones y miserias; junto a ella, el enanito, jugetón, alegre y confiado y entre todos el perro, de una raza fuerte y noble, el único que no ha degenerado. No menos realista es el de los borrachos, donde la intoxicación alcohólica da un brillo especial a las pupilas, donde las bocas se estiran en un rictus de satisfacción sensual, donde el color de las mejillas se arrebata, apagando en toda su expresión la llama espiritual, hasta dónde pudieran tenerla los toscos sujetos que forman la reunión.

Realista también Ribera, sin alcanzar los procedimientos de Velásquez, es un pintor vigoroso y personal. Los torsos magros de sus hermitaños, las caras enjutas de sus santos, los brazos tensos de sus anacoretas, dejan entrever la anatomía de músculos enérgicos, contraídos, con violencia a menudo; las extremidades óseas salientes y agudas, obteniendo con ellas un efecto de contracción dolorosa y de sufrimiento dramático, admirables. Ponía en su ejecución dice un crítico, "una especie de exactitud quirúrgica, ahondando las carnes con su pincel como un escalpelo, llegando a un tal grado de sorprendente imitación, que su pintura desafiaba a la misma realidad". No dejaremos de citar el niño del pie Bot, del Museo del Louvre, con su alforja en la cintura y su muleta al hombro, pidiendo limosna, con su traje raído y basto, su cara sonriente, donde se señalan los oyuelos en una risa infantil, como si su deformación, fuese más bien que una causa de sufrimiento o in-

utilidad, un recurso para ablandar con el ánimo, el bolsillo de los poderosos.

Zurbarán, menos amante de la anatomía, esconde los cuerpos bajo las telas rápidas, o los hábitos de una blancura deslumbrante de sus monjes, buscando en las expresiones de los rostros, la vida interior, ya del éxtasis, ya de la oración, ya de la lucha interior, pasional y sombría de aquella época de fe ardiente, con las torturas del remordimiento, del terror sobrenatural, de las visiones de los castigos de ultratumba, de los cuerpos lacerados y exhaustos que no han conseguido apagar la concuspiscencia de la pobre humana naturaleza, ni con el ayuno, ni con la disciplina, ni con la oración y que con un esfuerzo doloroso retuercen todo su espíritu, implorando el auxilio divino para sus flaquezas punzadoras y violentas. Discípulo de Caravaggio, hay más alma en su pintura que en la de su maestro, fijando en sus telas la psíquis de la vida claustral de la España de su siglo.

Murillo es el pintor de las vírgenes idealizadas, pero sabe también ser bien realista, pintando las andaluzas de porte gallardo, de tez morena, de cabezas finas, medio moras, medio gitanas, y con un encanto indefinible siempre, como en Eleazar y Rebeca.

¿Cómo podríamos no recordar el bebedor rozagante que lleva a sus labios la copa en un sensualismo refinado, mientras sostiene la botella en la otra mano en ademán egoísta, coronada la frente de pámpanos y el rostro iluminado y sonriente? (1)

De un poderoso realismo es su Santa Isabel de Hungría, del Museo del Prado. La reina santa lava la cabeza de un joven tiñoso, que la inclina sobre una amplia vasija de metal, el torso semicubierto; otro niño, rubio, también, se rasca la cabeza y el pecho con ademán expresivo, aguardando el baño consolador: en el primer plano un leproso venda sus úlceras cuidadosamente y un viejo se inclina suplicante hacia la santa que le mira con lastimosa simpatía.

(1) *National Gallery.*

Hay un arte exquisito en esa tela y no se podía suponer que es el mismo pintor místico de la Asunción: es que retrata con tanta verdad y tanto colorido y tanto cariño como las Vírgenes inmaculadas, a los pordioseros, a los miserables y a los leprosos.

Con tan gloriosos artistas como Velázquez, Ribera, Zurbarán, Murillo, con literatos como Cervantes, Calderón, Tirso de Molina, con poetas como Argensola y Ercilla, puede España consolarse si en ese siglo de decadencia política y económica, de reacción filosófica y científica, caía su poderío, pues a pesar de ello, siempre será el siglo XVII, el siglo de oro de las letras castellanas y mientras quede una tela de sus pintores o una página de sus ingenios, vivirá el nombre de España y será más pura y más grande, la gloria del siglo XVII, que la gloria política del siglo anterior, cuando se imponía a la Europa con sus tercios acuchillados o dominaba el mar con las galeras de Don Juan de Austria.

Pero si España cubría su decadencia ante la Europa con el manto de su gloria artística y literaria, el abandono de sus colonias en América era de todo punto lamentable. Puede dar una idea, en lo que a los servicios médicos se refiere, la obra de un soldado, aparecida a principios de ese siglo, fruto de una larga estada en las Indias, y que fué considerada en aquel entonces como el breviario del soldado en el Nuevo Mundo. Nos referimos a La Milicia y Descripción de las Indias del Capitán Vargas Machuca, en la que como un complemento a sus descripciones, y a sus advertencias de orden técnico dirigidas a los que debieran partir para aquellas latitudes, agrega un capítulo en el que trata de "La Prevención de Medicina y su aplicación", fruto de su experiencia, de la que nos cuenta que le ha hecho hacer curas muy particulares, amén de las que los indios le enseñaran, como tan grandes herbolarios, aconsejando al soldado ambos métodos para la salud de sus soldados, y añadiendo a guisa de disculpa "que adonde no hay médicos todos podemos tener voto, y aún adonde los hay, por ser simples los medicamentos que aplica, creyendo que sólo los compuestos requieren un particular estudio".

No excluye, el autor, la intervención del Cirujano, pero en la descripción de las enfermedades y los simples que aconseja, hace caso omiso de su intervención, lo que bastaría para dar la más pobre idea de la preparación de los que en aquel entonces acompañaban a los tercios coloniales, si no fuera bastante, la relación de las penurias, como veremos luego, que durante siglos. pasaron los pobladores de las Indias.

No es muy copiosa su nosología: En lo que a la cirugía se refiere, señala las heridas de yerba, (envenenadas) y sin ella, las quemaduras, las llagas, las picaduras de Raya y de culebras. En la parte de medicina anota los envenenamientos con yerbas, los resfríos, las cámaras de sangre, las calenturas, las Bubas, el mal del Bazo, apretamiento del pecho con frío, dolor de hijada, mal de ojos, dolores del cuerpo, de oídos, de cabeza y "la del monte".

Como tratamientos para las heridas con yerbas y picaduras envenenadas aconseja mandar al cirujano, alzar la carne de la herida con un anzuelo, y luego cortarla con una navaja, teniendo cuidado de no cortar los nervios, aplicándole, luego, una masa de harina de maíz tostado, pólvora, sal, ceniza y carbón, a lo que se puede agregar con resultado otra de sebo y solimán crudo.

Acompaña esta cura local, con la suministración de una triaca hecha de almeja de río molida y desleída en chicha, o los cogollos de guamas, o el zumo de la raíz del cordoncillo, teniendo cuidado que el herido permanezca el tiempo de la cura a dieta de mazamorra.

Para los accesos de fiebre terciana o cuartana confirmada, recomienda como un heroico remedio, el polvo de pellejo de culebra desleído en caldo o chicha, el que se tomará colado en un cedazo, a lo que se puede agregar para el mejor resultado de la cura un purgante, de cocimiento de tabaco, el que se tomará caliente, después de agregarle aceite de comer; para los resfríos receta el azufre con miel, unas cataplasmas de membrillo, con hojas de romero, yerba buena e incienso y almáciga: para el dolor de hijada señala los polvos de grillos tostados; para el mal de Bazo, más crudo era el remedio, que consistía en beber durante nueve días, el pa-

ciente, sus propios orines; extraordinario el procedimiento para calmar el dolor de muelas consistente en atar al cuello del dolorido el nervio, que en el venado va, desde la oreja izquierda al corazón, aunque añade que si el dolor es producido por estar dañada la muela, lo mejor es sacarla.

Estas muestras del bagage medicinal de Vargas Machuca, en donde van mezcladas las medicinas populares de España y las de los indios, había de ser por más de doscientos años el codex medicamentorum de soldados y colonos; y sus rastros se conservan aún en los rincones de nuestra campaña ignorando los curanderos, por cierto, tan remoto origen.

Por otra parte, esa medicina, tuvo su primera aplicación desde los tiempos de la conquista, y no mejores médicos tuvieron las tropas gloriosas de Cortés, ni de Pizarro al someter a las banderas de España los más florecientes imperios del Nuevo Mundo.

CAPÍTULO IV

La medicina en el reinado de los Borbones

SUMARIO: La España del Siglo xviii. — Protección a las ciencias y a las letras. — El espíritu francés y el espíritu italiano. — Felipe v, Fernando vi y Carlos iii. — La expulsión de los jesuítas. — Florecimiento literario y artístico. — Moratorio y Goya. — Las Academias y Círculos Médicos. — Los polemistas. — La apología del agua. — El doctor Sangrado del «Gil Blas». — La inoculación de las Viruelas. — La fiebre amarilla. — El P. Feijoó y el doctor Martín Martínez. — Solano Luque y el estudio clínico del pulso. — Los Médicos italianos y Franceses. — Antonio Gimbernat, anatomista y Cirujano. — Francisco Puig. — Las Escuelas de Cirugía de Cadiz y Barcelona. — Su importancia para América. — Las expediciones científicas al Nuevo Mundo. — Jorge Juan y Antonio de Ulloa. — Ruiz y Pavón. — Alejandro Malaspina. — Balmes y la Vacuna. — Los principios del Siglo xix. — La reforma de los estudios. — La supresión del Protomedicato. — La invasión napoleónica. — Estado de España, en los principios del siglo xix. — La revolución americana.

La vieja rivalidad entre la casa de Austria y la de Borbón culminó con la muerte de Carlos II. Toda Europa entró en la lucha y el Duque de Anjou necesitó 14 años para entrar en la posesión tranquila de la corona que le dejara, por testamento, el Hechizado.

La Paz de Utrech (1713) y el tratado de Rastad (1714) quitaban a España, los Países Bajos, Milán, Cerdeña y Sicilia, pero en cambio, debía comenzar para España una nueva era.

No era el resplandor genial del siglo XVI, pero era la detención de la decadencia, era la entrada de principios de go-

biernos metódicos, el orden administrativo, la impulsión a la industria, el equilibrio económico, el fomento científico.

Si políticamente, no resultara exacto, el "ya no hay pirineos" no los hubo en realidad para el comercio ideológico. La influencia feliz de María Luisa de Saboya y sobre todo la de la Princesa de los Ursinos, abrieron las puertas a la filosofía y a la literatura francesas, entrando en España, el espíritu de la Enciclopedia, con las costumbres y con los hombres de ciencia, que acompañaron a Felipe V.

Por otra parte, el apoyo que el Rey prestaba al desarrollo intelectual, se manifestaba con la fundación de la Real Academia Española (1714) la publicación del Diccionario de la lengua, la institución de la Biblioteca Nacional, la de la Real Academia de Historia y la del Seminario de Nobles de Madrid. Y es curioso cómo el Rey, que había abierto las puertas de España al espíritu investigador de Francia, se contagió a su vez del misticismo de los últimos reyes de Austria, pasando sus postreros años dedicado a la devoción, mientras, su segunda mujer Isabel Farnesio, manejaba los intereses públicos, más en beneficio de su casa, que en el de su reino. Cesó su política, con el advenimiento de Fernando VI, quién hizo un culto de la paz, y fué tal su dedicación al bienestar de España que puede decirse, que ésta no fué nunca tan feliz como bajo su reinado. El Marqués de la Ensenada prestaba un apoyo decidido al progreso intelectual. Como Felipe V, el progresista ministro traía de Francia e Inglaterra, botánicos e ingenieros, naturalistas y mecánicos para la enseñanza en su país y enviaba a los grandes centros de cultura una buena parte de la juventud estudiosa. Fomentaba al mismo tiempo los estudios de toda naturaleza, desde el de los Manuscritos árabes en el Escorial, a los de investigación de las antigüedades españolas; lo mismo los de construcciones navales, que los de la observación astronómica.

Como instituciones, se alzaron bajo Fernando VI, la Real Academia de Nobles Artes, la de Latín y la de Historia Eclesiástica. Al ejemplo de las de Madrid, se fundaban similares en Barcelona y Sevilla, y en todo el país se extendían las sociedades científicas y literarias. El espíritu de investiga-

ción no tenía ya trabas. La inquisición se batía en retirada, tolerada por Felipe V, fué contenida por Fernando VI, para ser puesta a raya por Carlos III. Al hacerse cargo éste, del Gobierno, encontró a España en una época magnífica de prosperidad, la industria floreciente y hábil, las finanzas sabiamente regidas, la administración en un orden meticuloso, la marina poderosa, protegidas las artes, alentadas las ciencias.

El nuevo Rey inteligente, laborioso y gran administrador, supo llevar adelante con brillo personal la obra buena de la administración borbónica. Con él, entraron, el espíritu progresista de Italia y una tolerancia franca, en todo terreno ideológico.

Fué de trascendencia durante su reinado el decreto de expulsión de los jesuítas. Si motivos hubo, para proceder contra ellos en España, cosa que nunca se ha sabido de un modo terminante, es indudable, que si el trono perdió un sólido apoyo en la institución de los hijos de San Ignacio, mucho más sensible fué el desamparo en que quedaron con su expulsión, las Misiones de América: centenares de miles de indios, súbditos del Rey, fueron abandonados en las manos de administradores ineptos, y con ellos riquezas grandes de producción se perdieron, para desaparecer al final, todo: sus industrias, sus pueblos y los indios mismos, los que sin protección alguna, huían a los bosques o caían flagelados por las epidemias.

Así no ha quedado de aquellas magníficas reducciones más que montones de ruinas de lo que se llamó enfáticamente el Imperio Jesuítico.

La literatura si bien no llegaba a la altura del siglo anterior se conservaba dignamente representada en Moratín, Jovellanos, Cienfuegos, el Padre Islas, Samaniego, Iriarte y Quintana. En pintura ejercía una dominación absoluta, Rafael Mencks, sin poseer las excepcionales dotes de Goya, la figura más destacada de su siglo y uno de los más originales pintores de todas las épocas. Pintor de la familia real, va a buscar en el pueblo, también, su inspiración, dejándonos las magníficas aposturas de las manolas, en las que el derroche

de luz y en lo atrevido del dibujo, revelan su mano extraordinaria. Sus escenas campestres, sus retratos nos representan su visión del mundo exterior, y junto a ellos nos presenta las imágenes fantásticas y monstruosas de su imaginación, como engendros de pesadilla, con no menos vigor y más desconcertante talento.

En ese apogeo que señaló para la prosperidad nacional el reinado de los borbones y conservando el sello impreso de su época, correspondióle a las ciencias médicas, una era no menos fecunda en su desarrollo.

No es el impulso científico de la medicina en tiempos de Carlos V, donde la grandeza del siglo impulsaba todos los resortes del espíritu, pero es la introducción de la metodología moderna, el levantamiento del nivel profesional, el mejoramiento de los estudios, y la propagación de las escuelas, de acuerdo con los progresos realizados en los pueblos más adelantados.

Felipe V, al iniciar su reinado (1701), por real cédula, confirmaba y protegía la Academia médico - quirúrgica de Sevilla, célebre Institución que debía su nacimiento a la protección de Felipe VI, en el final de su reinado. La laboriosidad, que había dado renombre a esa Academia, fué premiada por reales órdenes posteriores del mismo Felipe V, de Fernando VI y de Carlos III.

A su ejemplo y modestamente, los Médicos madrileños fundaron con sus colegas cirujanos y boticarios en la pieza de una librería, la Tertulia Médica, que pronto había de tomar un impulso poderoso, obteniendo la aprobación de Felipe V en 1734, siendo nombrado Presidente y protector de ella don José Cervi, médico de la real cámara, cambiando entonces su nombre por el de Academia de Medicina, Cirujía y Ciencias Auxiliares, nombre que conservó hasta 1830.

Barcelona no obtuvo un análogo resultado, sino después de ganarlo esforzadamente. En tiempo de Fernando VI, un grupo de entusiastas profesionales solicitó la instalación del colegio médico, pero se les negó: obteniendo más tarde (1770) el establecimiento de Conferencias Médicas semanales. Tanto y tan bien trabajaron, que Carlos III le dió el título de Real

Academia, le concedió la condecoración, y a su primer ministro, el Conde de Florida Blanca, como protector de ella. Al mismo tiempo que las Academias, se inauguraba la Escuela de Medicina práctica, en el Hospital de Madrid, sistema que se generalizó más tarde a las escuelas del resto del reino.

Han quedado de estas Academias, la publicación de trabajos, que son el reflejo del espíritu de la época, publicaciones, que no siempre pudieron hacerse de un modo regular, como las de los de Madrid y Barcelona, pero que tendrán siempre interés para el estudioso de la evolución de las ciencias médicas.

Si no puede decirse que las Academias abrieran nuevos caminos a las ciencias en su época, sirvieron no obstante, para plantear los problemas del momento, llamándolos al estudio; para levantar ante el público el concepto del médico, concepto, que por otra parte bien necesitaba de esa ayuda, dado que entonces y por muchos años después, todo el que tenía y aún el que no tenía alguna ilustración se creía capaz de discutir diagnósticos, combatir sistemas o imponer tratamientos.

Si la ciencia no debió un gran impulso a los estudios de la época, débese ello, al resabio del escolasticismo que había infiltrado en el espíritu español el gusto de las controversias filosófico-médicas, desviándole de la observación clínica.

Así vemos correr todo el siglo en polémicas interminables como la del sarandeado tema del uso de las aguas de bebida en gran acopio, como remedio universal, agitándose en las sutilezas de si debía ser caliente o fría, natural o helada, si convenía para ciertas dolencias o si su poder benéfico era el mismo para todas en general. Ocurrió con esto, que a fuerza de discusiones entre los letrados, el público se apasionase por el sistema y de ahí "nació aquel atroz desprecio a la medicina y a sus profesores, hasta el extremo de tener que cerrarse gran número de boticas, hasta en la misma corte, pues solamente se llamaba al facultativo, cuando los enfermos no podían ya tomar el agua fría ni caliente. (1)

(1) Hernández Morejón.

El más interesante retrato de la ciencia médica de la época, es el festivo de Gil Blas de Santillana, en la figura del doctor Sangrado, maestro de Gil Blas, en el universal método de curación de las enfermedades por el sistema del agua pura, panacea eficaz de los más diversos y tenaces males. Acaso mereciera Sangrado una mención especial, en la propaganda antialcoholista, que con tanto empeño y tan buena intención nos viene de la gran república del Norte.

Con todo, de esa polémica al parecer estéril, resultó la afición que trajo hacia el estudio de las aguas minerales, de España, llevandc al análisis muchas de ellas, haciendo conocer las propiedades de sus Termas, el uso benéfico de sus baños, no habiéndose dejado fuente surgente, que no se reconociese hasta en las más apartadas provincias.

Más interesantes y no menos discutidos fueron los temas de la inoculación de la viruela, el de las sangrías y el de la fiebre amarilla.

Establecido en Londres el primer hospital para la inoculación de viruelas benignas, sistema que trajeran de Constantinopla Lady Wortley, el sistema se extendió por los países del Norte de Europa y por América, encontrando resistencia en los países latinos: Francia lo discutió con calor y llegó a España en 1771, levantando apasionadas e interminables controversias que duraron hasta la época de la vacuna Jenneriana.

Al mismo tiempo y con no menos entusiasmo arremetían contra la Sangría y el uso de los Medicamentos, dividiéndose en partidarios de uno y otro sistema para luchar en la palestra con gran derroche silojístico.

La aparición de la fiebre amarilla dió un nuevo motivo a la discusión. Dicho sea en honor de la verdad, la importancia del mal merecía un interés semejante. Aparecida en España en 1725, se calcula que produjo en 14 años, medio millón de víctimas. Lástima que la profundidad de los estudios, no estuviera de acuerdo con su extensión, lo que dió motivo a Hernández Morejón para afirmar que la polémica se llevó a un falso terreno, porque no siempre la sinceridad y buena fe sirvieron de antorcha, y porque algunos profanos de

la ciencia, tal vez animados por un excesivo celo, salieron a la pública palestra, adhiriéndose a una u otra de aquellas opiniones.

No tienen pues, más interés que el histórico, esas disertaciones sobre las causas originarias del mal, sobre si su contagiosidad existía o no; o sobre las causas naturales, cuyos efectos sobre el organismo trataron de explicar por teorías más o menos abstractas. Por otra parte esas disquisiciones son las mismas de todos los médicos de su época, y en todos los países.

Tenían de particular, en España, que en ellas intervenían los extraños a las ciencias médicas. Así el Padre Feijoó, distinguido filósofo y literato, se ocupaba en su "Teatro Crítico" sobre régimen y curación de enfermedades, discutía los procedimientos adoptados entonces, arremetiendo denodadamente contra los médicos. Por demás está decir, que la publicación de su obra levantó una nube de contrincantes, destacándose, entre éstos, Martín Martínez, el "águila de los médicos españoles", como le llamaba Feijoó, anatomista y clínico y escritor castizo. Del mismo modo, aunque no con tanto brillo, se ocuparon de cuestiones médicas otros religiosos como Fray Martín Sarmiento y Antonio Rodríguez, lo que no es mucho de extrañar, cuando la gran mayoría de los escritores médicos, incluso el mismo Martínez, se dedicaban a la Filosofía y hacían literatura elegante y poética, al ocuparse de temas profesionales. Andrés Piquer, médico eminente, trataba en su Filosofía Moral, de las pasiones humanas: Casal, epidemiólogo sobresaliente, imprimía una topografía del reino de Asturias; y Antonio Capdevila era conocido como buen médico, como naturalista y como matemático.

No podemos dejar de señalar a Solano de Luque, investigador y observador sagaz, que hizo interesantes estudios sobre el pulso, siendo el primero que enseñó a diagnosticar la crisis por medio de él, publicando su Lapis Lydon Apolinis, que fué más conocido y apreciado en el extranjero que en España.

Al lado de los médicos españoles, contrarrestaban sus tendencias, la falange de profesionales distinguidos, que lleva-

ron los reyes borbones y aún los que en la guerra de sucesión fueron con los ejércitos, de los que muchos se establecieron en Madrid.

Así figuraron honrosamente Cervi, italiano, que después de distinguirse como catedrático en Parma, pasó con Isabel de Farnesio, siendo nombrado Protomédico del reino de España: Higgins, irlandés, médico de Montpellier, que llegó a ser médico de la cámara Real, y como ellos Beaumont, Michelet, Burlet, etc., etc.

Como Cirujanos se destacaron Romero, que se atrevía a abrir el pericadio, realizando repetidas veces con éxito su operación: Pedro Virjili, operador atrevido y fundador del Colegio de Barcelona, pero sobre todo Antonio Gimberant, cuya descripción del anillo crural, lo inmortalizó en el ligamento, que lleva su nombre y que tan distinguido operador como anatomista, obtuvo un éxito lisonjero en Londres, donde se aplaudió su sistema de operación de las hernias crurales, recorriendo toda Europa su obra; y finalmente mencionaremos a Francisco Puig, Catedrático y escritor, operador distinguido, unido a nuestras regiones por el recuerdo de haber sido el primer Cirujano en la gran expedición que trajo el primer Virrey del Río de la Plata, Don Pedro de Cevallos.

Pero no sólo fué brillante la cirugía española, llegando a salvar las fronteras y el tiempo, quedando vinculado su nombre a la Medicina General, debémosle también la renovación de la enseñanza, la creación de las escuelas de Cirugía, que preparaban muchas generaciones de cirujanos habilísimos que dieron facultativos a su ejército y a su marina, los que se distribuyeron por todos los pueblos de la península y luego por toda América, y los que bien que modestos en su mayor parte, fueron los primeros profesionales, los iniciadores de la medicina en tiempos de la colonia y entre los que se destacaron los maestros primeros de la enseñanza en estos países.

Débese a Pedro Virjili, Cirujano de Cámara de Fernando VI, tan feliz iniciativa. "Penetrado, dice Hernández Morejón, de la imperiosa necesidad de dar impulsos a esta interesantísima parte de la medicina, expuso a S. M. que el medio más seguro de conseguir tan importante objeto y de arre-

glarle de un modo conveniente y estable, era el de crear colegios especiales e independientes para su enseñanza.

Habiendo oído con gusto S. M. esta indicación, después de consultarlo con personas de saber y probidad, y de haberse convencido del deplorable estado en que se hallaba tan útil ciencia, eclipsada por la sombra de la ignorancia, accedió a los ruegos del expresado cirujano: rompió las cadenas que ligaban a esta profesión y mandó que se estableciera un Colegio de Cirugía Médica en Cádiz, para servicio de la Marina y de los naturales de Ultramar". Así se inauguró el Colegio Médico Quirúrgico de Cádiz en 11 de Noviembre de 1784.

Dotado de 10 Profesores y con 100 alumnos, con el afán de hacer cada vez mejor la enseñanza se "escogieron algunos alumnos distinguidos por su educación en las lenguas sabias, humanidades y ciencias físicas, que estando medianamente versados en Anatomía, Filosofía, Medicina y Cirugía, fueron envíados por cuenta del Gobierno a perfeccionarse en las Cortes extranjeras, debiendo emplearse después de profesores en la misma escuela, como en efecto se realizó los que llevaron las miras del Gobierno. Arreglado el colegio bajo el mejor plan, y empezadas las lecciones con los más lisonjeros auspicios, no han cesado, desde entonces, los profesores de este literario establecimiento de crear facultativos hábiles, de que se han provisto las escuadras, los departamentos, las islas, las provincias de América y los pueblos occidentales marítimos de la península. (1)

Obteniendo tan hermoso resultado y entusiasmado con su éxito, resolvió Carlos III encomendar a Virjili para que en unión de Pedro Perchet, su cirujano de Cámara, fundaran otra escuela análoga en Barcelona, donde se construyó un magnífico colegio en el interior del Hospital, con un amplio anfiteatro para Anatomía, siguiendo el procedimiento de enviar a los más capaces a especializarse en el extranjero.

Los resultados dados por las Escuelas de Cádiz y de Bar-

(1) Hernández Morejón.—Ob. cit., t. VI.

celona, trajeron como consecuencia la fundación del Colegio de San Carlos, en Madrid en 1787, dirigido por Gimbernat y Rivas.

Tomaron éstos, de las otras escuelas, los más distinguidos catedráticos y fué tan brillante su éxito, como el obtenido por los dos de la provincia. La cuarta escuela la fundó Francisco Puig en 1790, ya entonces Profesor jubilado del Colegio de Barcelona, por comisión de su majestad, en Palma de Mallorca y luego se crearon análogos colegios en Santiago de Galicia, Salamanca, Burgos y Málaga.

Es preciso conocer, como hemos de señalar, lo que había sido la asistencia médica en América, por lo menos en el Río de la Plata, desde el descubrimiento y la conquista hasta el siglo XVIII, para poder apreciar lo que significó la fundación de los colegios de Cirugía, la gran obra médica de los Borbones, que vino a desalojar del medio americano la ignorancia de los curanderos y de los charlatanes, el empirismo indígena y la superstición criolla, únicos guías que hasta entonces habían reinado señorialmente en el abandono, que hasta entonces se había dejado a las colonias, desde el punto de vista de la asistencia profesional. Casi un siglo, los colegios de Cirugía, proveyeron a nuestros países de facultativos, pues muchos años después de nuestra independencia, seguían afluyendo los médicos españoles de la marina, radicándose en nuestro suelo, que les aseguraba una hospitalidad franca y un bienestar económico no despreciable.

Aún llegaron a nuestra época algunos de los últimos representantes, honrando por cierto la medicina de España y su hidalguía caballeresca.

Una especial protección, prestaron los Borbones, a las expediciones que con fines científicos se dirigían al nuevo mundo. En tiempo de Felipe V, su pariente Luis XV, se le dirigió solicitando autorización para que pasasen al reino de Nueva Granada, varios miembros de la Academia de Ciencias, con objeto de medir algunos grados de meridiano, en las proximidades del Ecuador, juzgando que era a la altura de Quito donde la idea era más fácil de llevar a la práctica. El Rey de España propuso el caso a su Consejo de Indias, y aprobada

que fué la idea, quiso que la expedición que condujera a los sabios franceses, fuera organizada por España y que llevara su bandera y no contento con eso, puso a su frente dos hombres singularmente preparados para estudios de esa naturaleza, eligiendo a Don Jorge Juan a la sazón de 21 años y a Don Antonio de Ullóa que contaba 29, Juan debía de ocuparse de los trabajos de Astronomía y Geodesia, mientras Ullóa llevaba la misión del estudio de las costumbres, historia, situación comercial y política de los países que debieran visitar. Zarpó de Cádiz la expedición el 26 de Mayo de 1735, en las fragatas: Incendio y Conquistador, llegando a Cartagena, donde aguardaron 5 meses a los comisionados franceses Carlos María de la Condamine, Bouger y Godín. De allí se dirigieron por Panamá al Pacífico y cumpliendo su misión en Quito, pasaron a Lima, donde el médico de la Expedición francesa murió asesinado, recorriendo, luego, las costas hasta las Islas de Juan de Fernández, luego por el Cabo de Hornos sin detenerse en Buenos Aires, ni en Montevideo, Juan se dirigió a España, mientras Ullóa marchó hacia las Antillas, siendo apresada "La Deliberance" en la que iba, por dos fragatas inglesas y conducido prisionero a Inglaterra.

Aprovechó Ullóa su estada en Londres, para completar sus estudios, volviendo a España donde fué honrado como sus méritos lo merecían.

Cúpole a su vuelta ser solicitado por el Rey para la reforma de los colegios de Medicina y Cirugía.

El viaje de Juan y Ullóa duró 11 años. A su vuelta publicaron en 1748 los resultados de su empresa en 4 gruesos volúmenes, ricos en láminas en las que hacen la relación de los países visitados, sus condiciones geográficas y climatéricas, su historia natural, usos y costumbres de las poblaciones, etc., enriqueciendo la literatura colonial con sus sagaces observaciones.

Aparte de esa obra entregaron al Rey un memorial "Noticias secretas sobre América", en el que señalan valientemente los vicios de la administración colonial, la inmoralidad de los Gobernadores, la situación angustiosa de la raza indígena, la relajación de las costumbres, proponiendo los remedios

que juzgaban debían adoptarse para corregir esa situación. Ullóa publicó además las "Noticias Americanas" llenas de relaciones históricas de los países que visitara.

En 1777, Hipólito Ruiz y Antonio Pavón, se dirigían a América con objeto de estudiar su flora; venían con ellos el francés Dombey y los dibujantes José Brunete, quien murió antes de regresar y Gálvez. La expedición llegó en 1778 al Callao, rumbeando luego a Lima y más tarde a Chile. Recogieron 53 cajones de colecciones botánicas, las que desgraciadamente se perdieron en las costas de Portugal al regresar en 1786.

Más tarde en 1788, hicieron un segundo viaje llevando 29 cajones de especies vegetales nuevas, dejando a Pulgar y a Tafalli, sus compañeros, para que siguieran sus investigaciones, enviándoles, como lo hicieron, sus resultados. Ruiz y Pavón publicaron como fruto de sus estudios, la "Flora del Perú" (1794) con hermosas láminas constituyendo su obra una de las de más valor realizada durante la dominación española en América. Ruiz publicó más tarde la "Quinología" (1792) y con Pavón el "Sistema vegetal de Perú y Chile" (1798) obra que habían planeado en 8 tomos, pero de los que sólo llegaron a publicarse 4.

Asimismo dedicó Ruiz algunos estudios especiales sobre la Ratania, la Calaguala, la Raíz de la China, la Canela, la Canchalagua, el Bujuco de la Estrella, el Yalloy, etc., etc.

Al mando de Alejandro Malaspina, salieron de Cádiz en 1789, "la Descubierta" y la "Atrevida", esta última capitaneada por don José Bustamante y Guerra, que había de ser más tarde Gobernador de Montevideo.

Venían en la expedición Antonio de Pineda y Luis Nec como naturalistas y Rabenet y Brambila como pintores. Fondean las corbetas en Montevideo levantando el Mapa del Río de la Plata, recorriendo luego la costa patagónica y las Malvinas, pasaron el Cabo de Hornos y siguen la costa de Chile remontando hasta el Perú, Guayaquil y Panamá, hasta Acapulco.

Salieron en 1791 buscando el estrecho indicado por Ferrer

Maldonado, y no encontrándolo hasta los 60° volvieron a Acapulco, de allí a las Filipinas y Nueva Holanda, regresando a Lima y dirigiéndose hacia el Sur, desandando el camino y pasando por Buenos Aires para dirigirse a España. En la isla de Luzón murió don Antonio de Pineda, siguiendo Nec con sus investigaciones naturistas. La obra de Malaspina permaneció inédita en España, publicándose sólo en grabados los dibujos de Rabenet y Brambila que constituyen una colección interesantísima.

Señala el principio del siglo XIX, la introducción de la vacuna en España. Realizada en 1796 por Jenner la primera vacunación en Londres, 4 años después se realizaban las primeras inoculaciones en la península, contando con el apoyo más decidido de Carlos IV. Satisfecho éste de los resultados que se comprobaron en todo su reino, decidió que tan benéfica obra se extendiera a sus colonias de ultramar y así lo dispuso en 1803, encargando de tan humanitaria misión al doctor Francisco Javier de Balmis, a quien acompañaban algunos facultativos y practicantes y 22 niños con sus nodrizas, los que se iban inoculando de brazo en brazo, durante el viaje, a fin de conservar el virus. La expedición partió en Noviembre de 1803 de la Coruña haciendo escalas en Canarias, Puerto Rico y Caracas.

De allí partió una subcomisión con Francisco Salvany rumbo a Lima, mientras Balmis se dirigía hacia la Habana y Méjico.

Realizada su misión en aquella parte de nuestro continente, salió Balmis para Filipinas, de allí se dirigió a la China, regresando luego a Lisboa, siendo nombrado a su regreso a Madrid, Inspector General de la Vacuna.

La obra grande realizada por Balmis, difundiendo la vacuna alrededor del mundo mereció ser cantada dignamente por el astro grandilocuente de Quintana en la Magnífica Oda "Virger del mundo, América inocente" España cumplía con esa difusión del virus Jenneriano, con un deber de reparación con la América, en la que tan mortíferos efectos había causado la viruela, arrasando con las poblaciones indígenas por millones en tres siglos de su dominación. La expedición de

Balmis no llegó al Río de la Plata, donde como referiremos luego, la Vacuna fué introducida del Brasil primero a Montevideo y luego a Buenos Aires.

Por lo que respecta a la enseñanza de la medicina, se señaló el principio del siglo XIX, por la supresión del arcaico divorcio de la Medicina y Cirugía, haciendo obligatoria la fusión de las escuelas y la obligatoriedad de los estudios de ambas ramas para obtener el título académico. Realizada esta disposición en 1799, se confirmó en 1827, si bien transando en algún modo, creando los Sangradores, que al menos en las colonias, siguieron reemplazando a los Cirujanos y Médicos. Con ella terminó la posición de inferiodidad manifiesta, vestigio del medioevo que ocuparon secularmente los cirujanos respecto a los médicos.

Al mismo tiempo caía la vieja institución del Protomedicato, creándose las Juntas de Facultativos, que fueron el modelo al que se han ceñido nuestras primeras juntas de Higiene y de las cuales conserva muchos rasgos aún, nuestro Consejo de Higiene.

Esas iniciativas del principio del siglo pasado tuvieron repercusión en países de América: luego la situación interna de España, ahogó toda iniciativa de progreso y de estudio. La alianza con Francia, que costó a España la pérdida de su poderío marítimo, en Trafalgar, señala el comienzo de la larga serie de sus tribulaciones. La invasión de Napoleón origina cinco años de guerra y de trastornos, entre los cuales se destaca el resurgimiento del pueblo español, que se alza como un solo hombre, sin rey y sin gobierno, contra la dominación extranjera y señala en el 2 de Mayo, todo el aliento que escondía aquel pueblo oprimido por largos siglos de un régimen opresor.

El resurgimiento del pueblo hizo que en la reposición de Fernando VII se contara con un nuevo factor político: por otra parte las ideas de la revolución francesa habíanse introducido en España a la sombra de las águilas, y expulsados los intrusos, las ideas fermentaron, originando la lucha por la constitución que proclamada en 1812 en Cádiz, había de ser la manzana de la discordia por muchas décadas.

Luego la guerra de sucesión que no era más que una variante de la lucha entre el viejo régimen y el Gobierno constitucional, ensangrienta pueblos y ciudades; y de 1810 a 1828 la revolución americana consume las energías y priva del oro a la España exhausta, terminando en Ayacucho, con la pérdida del dominio colonial.

El libre comercio con el mundo, hizo luego variar el rumbo de la enseñanza y de las ideas médicas en los nuevos países, apartándose en los nuestros de la vieja escuela española, buscando nuevas fuentes de ilustración; y el resurgimiento de la vida intelectual científica de la madre España a fines del pasado y a principios de este siglo, ha hecho recién volver a mirar con simpatía sus progresos médicos, como admiramos siempre su nunca extinguida fuente en el arte, en el teatro, en la literatura.

Pero no nos es dado entrar a tratar de la gloriosa resurrección de la ciencia médica en España, pues tan vasto como interesante tema quedaría fuera de esta reseña histórica, que hemos juzgado indispensable encabezamiento, para historiar la medicina en la América colonial en el Río de la Plata.

LIBRO SEGUNDO

La medicina en la conquista

LIBRO II

LA MEDICINA EN LA CONQUISTA

CAPÍTULO V

Los Médicos del Descubrimiento

SUMARIO: LOS FÍSICOS PAOLO TOSCANELLI Y GARCÍA HERNÁNDEZ ALIENTAN Y AYUDAN A COLÓN EN SUS PROYECTOS. — MAESE ALONSO Y MAESE JUAN, MÉDICOS DEL PRIMER VIAJE DE COLÓN. — MUERTE DE MAESE JUAN EN LA ESPAÑOLA. — EL SEGUNDO VIAJE: EL DOCTOR ALVAREZ CHANCA. — UN FÍSICO, UN BOTICARIO Y UN HERBOLARIO DESTINADOS AL 3.° VIAJE. — MAESE BERNAL, FÍSICO DEL 4.° VIAJE. — SU ACTUACIÓN. — GARCÍA HERNÁNDEZ VIENE A AMÉRICA CON LOS PINZONES. — CABRAL DESCUBRE EL BRASIL TRAYENDO A MAESE EMMENELAUS FÍSICO Y ASTRÓNOMO. — SOLÍS DESCUBRE EL RÍO DE LA PLATA. — VIAJE DE MAGALLANES Y EL FÍSICO JUAN DE MORALES. — INSTRUCCIONES SANITARIAS DEL REY AL PILOTO. — SEBASTIÁN GABOTO. — LA EPIDEMIA DE SANTA CATALINA. — EL HAMBRE EN SAN GABRIEL. — LA OPINIÓN DE LUIS RAMÍREZ SOBRE LAS CONDICIONES SANITARIAS DEL URUGUAY. — LOS CIRUJANOS DE GABOTO: ALCAZAR, MOLINA, MAESE PEDRO DE MESA Y MAESE JUAN.

Cuando Colón iniciaba su larga peregrinación de corte en corte, exponiendo su genial proyecto, entre el excepticismo y la burla de los necios, debió recibir, como un bálsamo, la palabra de simpatía y de aliento de un hombre sabio y bueno que desde Italia le enviaba a Lisboa, en donde a la sazón se encontraba, las dos cartas preciosas que nos ha legado la historia.

Era éste un médico de Florencia, Paolo Toscanelli, que en 1474, cuando esas cartas escribía, tenía 77 años y había adquirido justa fama como físico y como astrónomo en su siglo. Ha conservado su nombre el Gnomon que dirigió en la Iglesia de Santa María, la Novella, en su patria, en 1408.

Aplaude Toscanelli, en su carta, la idea de pasar a las Indias

5.

por el levante, juzgando que sería más corto el camino, como lo puede señalar "con la esfera en la mano haciendo ver como está el mundo", pero como lo ha de hacer, a la distancia, le envía a Colón una carta náutica, pintada por su mano y en la que le señala el derrotero a seguirse, y hasta las leguas que es necesario recorrer para llegar a los lugares de especería y piedras preciosas. (1)

Esta carta adjunta en su respuesta a Colón, es la copia de una que había escrito al Canónigo Martínez, para enseñársela a los Reyes de Portugal, y la precede diciendo que se la envía viendo "el noble y gran deseo de querer pasar adonde nacen las especerías."

En la segunda misiva, le alaba el designio de navegar a occidente y le agrega, que está persuadido, como habrá visto por su primera carta, que el viaje que desea emprender no es tan difícil como se piensa; antes al contrario, la derrota es segura, por los parajes señalados: le alienta luego, diciéndole que se persuadiría enteramente, si hubiere comunicado como él con muchas personas, que han estado en esos países; engrandécele la empresa de ponerse en relación con aquellas lejanas tierras, para instruirlas en la religión y en las ciencias, por lo cual, concluye, no se admira que tenga tan gran corazón, como toda la nación portuguesa, en la que siempre ha habido hombres señalados en todas las empresas.

No puede ser más simpática la intervención noble y generosa de este médico - astrónomo, en los preliminares de la magna empresa.

Pero aún no estaba cercano el momento, pues pasaron quince años y aún el genovés genial recorría la Europa solicitando una limosna para su heroica expedición.

Una noche, era en 1491, llega Colón cansado, llevando a su hijo de la mano, a la portería del Convento de la Rábida pidiendo un pedazo de pan y un vaso de agua para el niño, Fray Juan Pérez lo recibe, dirigiéndole la palabra con cariño, le pregunta quién era, y a dónde va: Colón le cuenta sus proyectos y se acercan a oirle muchas gentes que estaban en el Convento, que no lo creían y que se mofaban de él;

(1) NAVARRETE. – Viajes y Descubrimientos. Tomo I.

pero el fraile le creyó: y llamó entre los concurrentes a otro hombre de corazón y que conocía también el arte astronómico y éste era el físico García Hernández, natural de Palos, que a la sazón, tenía 32 años y le pidió que hablara con Colón y que "diese razón de este caso de descubrir". Siguióse a éste una plática entre el marino, el fraile y el físico, de la que resultó que eligieran a un hombre que llevara una carta a la Reina Doña Isabel, escrita por Fray Juan Pérez que era su confesor y ese hombre fué Sebastián Rodríguez, piloto de Lepe. Entretanto, entretuvieron a Colón hasta que se obtuviese la respuesta.

A los 14 días, la Reina escribió al fraile agradeciéndole y mandándole que en seguida compareciera a la Corte, dejando a Colón aguardando a que ella le escribiera.

Recibida la carta, antes de la media noche, secretamente y caballero en un mulo, salía del Monasterio Marchena y se presentaba a la Reina, con la que concertaba que se le dieran 3 navíos para descubrir, al genovés.

Escribió la Reina a Colón enviándole 20.000 maravedís en florines, que entregó un mensajero a García Hernández y éste a Colón, a fin de que vistiera honestamente, comprara una cabalgadura y fuese a la corte como lo hizo.

Tal fué la actuación de este otro físico, simpático y noble también, en los preliminares del descubrimiento y si nos hemos detenido a describrir la escena de la Rábida, es por seguir su propia relación, en las declaraciones que luego de producido el descubrimiento, hubo de hacer ante la justicia, en la causa a Diego Colón en 1515, declaraciones llenas de verdad, y de honestidad, que hablan bien alto del carácter moral del físico de Palos y del compañero de Colón en la noche histórica en que pidiendo un pedazo de pan y un vaso de agua, llamó a la portería de la Rábida, humilde asilo en el que había de decidirse la suerte del que tanto había rodado en las cortes suntuosas.

Lástima que en esta empresa García Hernández, que más tarde había de venir, no acompañara a Colón. Vemos no obstante dos físicos en su expedición, físicos humildes, cuyos apellidos se han perdido y que han pasado a la historia con

los nombres de Maestro Alonso, físico y de Maestro Juan, Cirujano. El primero figura entre el personal de la Nao Santa María (1) ocupando en la lista el cuarto lugar, después de Colón, de Juan de la Cosa y de Sancho Ruiz, piloto.

Cual fuera el concepto que tuviera el almirante de sus médicos, lo vemos en esta impresión, fijada en su diario refiriéndose a las tierras por él halladas, "Certifica a Vuestras Altezas que debajo del Sol no me parece que las pueda haber mejores, en fertilidad, en temperancia de frío y calor, en abundancias de aguas buenas y sanas y no como los ríos de Guinea que son todos pestilencia, porque, loado sea Nuestro Señor, hasta hoy de toda mi gente no ha habido persona que le haga mal la cabeza, ni estado en cama por dolencia, salvo un viejo de dolor de piedra, de que estaba toda mi vida apasionado, y luego sané al cabo de dos días. Esto que digo, es de todos tres navíos. Así que placera a Dios que Vuestras Altezas enviaran acá o vendrán hombres doctos y verán después la verdad de todo". (2)

Todo hace suponer, pues, que nuestros dos Maestros Alonso y Juan no fueron sino prácticos y de aquellos que se empleaban en tan lejana época para el uso de los navíos, tanto más humildes cuanto más peligrosa y lejana fuese la expedición. Fernando de Oviedo, refiriéndose a Maese Juan le llama hombre de bien, buena persona, y gentil Cirujano (3) y nos refiere cómo le dejó Colón para prestar sus servicios al Capitán Rodrigo de Arana y a los 38 hombres que quedaron bajo sus órdenes, en tierras del Cacique Coacanajari en Guacanari (La Española) cuando el almirante volvió a España a dar cuenta de sus descubrimientos.

Mientras Maese Alonso volvía a España, tocóle al "gentil Cirujano" Maese Juan, compartir la triste suerte del Capitán de Arana y de su gente, los que lejos de emplear con los indios, los procedimientos de comedimiento y dulzura, que tan encarecidamente les recomendara Colón, se hicieron tan

(1) Fernández Luro.—La Nao Santa María.
(2) Navarrete.—Obra citada, Diario de Colón.
(3) Fernández de Oviedo.—Historia General de las Indias. I. Libro II. Cap. XII y VI.

pesados y odiosos a ellos, que, hartos de sus depredaciones, concluyeron con todos, quedando en la tierra de América los huesos de nuestro buen Maese Juan, con los de sus infortunados e imprudentes compañeros.

En el segundo viaje de Colón aparece además de un Cirujano, un Médico de reputación, tal era el Doctor Diego Alvarez Chanca. Era éste el físico de la Princesa, como consta en una carta a la Reina ordenando se le pidan sus honorarios del año anterior, que él estimaba en 68.750 maravedíu los que se le abonaron. (1) Al año siguiente y conocido el resultado del descubrimiento, el Doctor Alvarez Chanca quiso pasar al continente nuevo. Con ese motivo solicitó real permiso que se lo concedieron los Reyes Católicos en 25 de Mayo de 1493, el que dice así:

El Rey y la Reina. Doctor Chanca: Nos habemos sabido que vos con el deseo que tenéis de Nos servir, habéis voluntad de ir a las Indias e porque en lo hacer nos serviréis, e aprovecharéis mucho a la salud de los que por nuestro mandado allá ván, por servicio nuestro que lo pongáis en obra, e vayáis con el nuesro Almirante de las dichas Indias, el cuál vos hablará en lo que toca a vuestro asiento para allá, y en lo de acá Nos vos envíamos una carta para que vos sea librado el salario a ración de que nos tenéis en tanto que allá estuvierades. De Barcelona 23 de Mayo de noventa y tres.

El salario que se fijó fué de 50.000 maravedís al año, lo que hace suponer que no fué la asignación lo que le indujo a hacer el viaje, ya que como hemos visto con la asistencia de la Princesa real, obtenía mucho más. Hace notar un crítico el hecho de que Alvarez Chanca no fué enviado con objeto de hacer exploraciones científicas como lo pedía Colón, sino a cuidar la salud de la Colonia con omisión de todo otro cometido. (2)

El cronista Pedro Martír, al referir como en una ocasión

(1) NAVARRETE.—Tomo III. Cédula 7 de Julio de 1492.
(2) ALEJANDRO SAN MARTÍN.—Conferencias en el Ateneo de Madrid (1892).

un rayo le quemara la cara a nuestro médico, mientras dormía con su mujer, le llama "eximio médico de Sevilla" y al pasar explica la venida a América del físico "a quien la autoridad del prelado, y juntamente la codicia del oro, le indujeron a dejar la vida tranquila de su patria." (1)

Respecto a su actuación encontramos en una Memoria del Almirante a 30 de Enero de 1494, en la que dice al Rey el trabajo que realizaba con la afluencia de tantos dolientes, a los que agregaba la estrechez de los acontecimientos, a pesar de lo cual, realizaba su labor con gran diligencia y caridad en todo lo que cumple a su oficio. Agrega que allí no puede cobrar a nadie, por lo que resulta que no saca de su oficio lo que obtiene en Castilla, amén de vivir de otro modo, por lo que pedía además de sueldo, que se le concediera un día del sueldo de toda la gente de la Colonia, de acuerdo con una disposición referente a los Médicos en reales comisiones. A ésta contestó el Rey que esa disposición, sólo era vigente cuando los médicos partían a expediciones con el Rey en persona, por lo que se debía conformar con el sueldo que había aceptado. (2)

No obstante creemos que a él se refiere y en forma muy contradictoria una exposición muy posterior de la Colonia en esta forma: "El Rey de gloriosa memoria, dicen que mandó dar cincuenta mil maravedíses a un médico porque residere en esta ciudad de Santo Domingo e curare los enfermos de ella, e tuviere a cargo de sus hospitales. En algunos años que no se han pagado, porque el médico que tenía el partido no los ha pedido, e aún también porque ha sido negligente e descuidado en cumplir su oficio, según se dice, e al presente está aquí el licenciado Barrera médico, e desea asentar en esta ciudad e pide que le den los dichos cincuenta mil maravedíses que al otro médico se daban. Vea Vuestra Reverendísima Señoría que mande que se haga: porque en

(1) Pedro Martín. Décadas III. Libro VI. Capítulo II.
(2) Navarrete. — Obra cit.

la verdad esta tierra tiene necesidad de médicos especialmente para los que meramente venimos a ella." (1)

En sus relaciones refiere Chanca que a poco de su llegada fueron llamados él y el Cirujano para ver al Cacique Guacamarí, de quien se sospechaba que había muerto a los españoles que quedaron del primer viaje, y daba que pensar que no se conseguía que apareciera, diciendo que estaba enfermo de una herida. Llevado fuera de la tienda, el Cirujano le desligó, diciendo entonces el cacique que no era herida, sino una pedrada, llegando a la conclusión después de palparlo que "no tenía más mal en aquella (pierna) que en la otra, aunque él hacía el reposo que le dolía mucho".

Y efectivamente comprobó luego su simulación, con el objeto de ocultar su participación en aquel crimen.

Pero aparte de su actuación como físico, tuvo Alvarez Chanca el cargo de Escribano de las Indias.

En ese carácter se conserva una relación del segundo viaje de Colón, dirigida en carta a la ciudad de Sevilla, su patria. En ella hace la descripción de la tierra, sus producciones, habitantes, usos y costumbres.

No reviste su relación, fuera de la natural curiosidad, ningún carácter científico, y aún más, sorprende la escasez de su espíritu de observación, ante una naturaleza nueva, tan profundamente distinta, de la que él conocía. Comparando su relación, con la de Colón dice el señor San Martín: (1) "Colón menos instruído, veía más claro, pensaba con más libertad y discernía novedades sin cuenta en el mundo que había logrado con su genio".

Por otra parte, esta es la única relación suya, su nombre se oscurece luego, a pesar de dar lugar a creer que permanecía por muchos años en la "Española".

En la real instrucción respecto del tercer viaje (1498) del Almirante, formada por los Reyes en 1497, encontramos una anotación que dice: "Asimismo debe ir un físico, e un Boticario, e un Herbolario e algunos instrumentos e músicos para

---

(1) NAVARRETE. — Obra cit.

pasatiempos de las gentes que allá han de estar". No obstante no hay documentos, ni relaciones, que nos permitan afirmar si esa disposición llegara a cumplirse. No así en el cuarto viaje realizado, (1502). Llevaba en éste cuatro barcos: las carabelas "la Capitana", "el Santiago" y los navíos "Gallego" y "Vizcaino". En la capitana figura entre los escuderos, Maestre Bernal, Físico.

Del proceder de este facultativo se ocupó el mismo Colón presentándole en términos severos: "Allá diz Camacho y Maestre Bernal que quieren ir: las criaturas por quien Dios haz pocos milagros: ellos más van si fueren, para dañar que non a hacer bien. Poco pueden, porque la verdad siempre vence, como hizo de la "Española", que rebeldes ficieron con sus falsos testimonios, que non si hubiere fasta agora provecho de ella. Este Maestre Bernal se diz que fué el comienzo de la traición: fué preso y acusado de muchos casos, que por cada uno dello merecía ser fecho cuartos. A ruego de su tío y de otros fué perdonado, con tanto que por la más pequeña palabra que más fablare con mi y mi estado que non le valga el perdón y se da por condenado... Diego Méndez muy bien conoce a Maestre Bernal y a sus obras. El Gobernador le quiere prender en "la Española", y le dejó a mi causa. Diz que allí mató a dos hombres con medicinas por venganza de manos de tres fabas. (Sevilla 1504?). (1)

Como se ve, el ejemplar que le cuadró, en esta ocasión, al Almirante, no dejaba nada que desear. Quien había conocido en la pobreza, espíritus tan generosos como Paolo Toscanelli y García Hernández debía sentirse, después de su gloria y al bajar la pendiente, como herido de una serpiente, ante un hombre, físico esta vez también, de la calaña de Maese Bernal. Diego Méndez, el leal y generoso amigo de Colón nos cuenta de este último viaje una anécdota en la que hubo de figurar como físico, pero sin obtener resultado alguno.

Trataba de conquistar una tribu salvaje, reacia a todo regalo y a todo halago. Con infinitas dificultades consiguió acercarse a la tienda del cacique, pero allí lo detuvieron di-

(1) NAVARRETE. — Obra cit.



Cristóbal Colón, de una medalla de la época (*De la colección del autor*)

ciéndole que tenía una llaga en la pierna; fingióse entonces cirujano, sacó una pomada haciendo señas expresivas de los resultados maravillosos, pero cuando esperaba el éxito de su inventiva fué rechazado a empellones, debiendo recurrir a otros procedimientos, de los que obtuvo más halagüeños resultados.

En cuanto a García Hernández adicto a los Pinzones, más que al Almirante, cuando surgieron las disidencias entre ellos, acompañó a Vicente Yáñez Pinzón en el último viaje (1499) en el que llegó hasta el Amazonas, descubriendo a nombre de España, en carácter de Escribano, pues así figuraba en la dotación con los 3 escribanos de los otros barcos. Tocóle dejar una reseña de su viaje, así como las descripciones a que hemos hecho referencia más arriba en el proceso que el Fiscal levantó a Don Diego, el hijo del Almirante en 1515.

Algunos meses después de Vicente Yáñez, inopinadamente Alvarez Cabral, desviando su rumbo, pues iba a la India, tocó en las costas del Brasil a la altura de los sitios donde habían estado Pinzón y Lepe, siguió hacia el Sur y clavó la cruz, tomando posesión para el Rey de Portugal en Porto Seguro (Abril 22 de 1500) denominándole Isla de Vera Cruz. Con Alvarez Cabral, venía como cirujano, Maese Juan Emenelaus, físico de su alteza el Rey Don Manuel de Portugal. Maestre Juan, que era castellano, además de sus funciones médicas, tenía conocimientos profundos de Astronomía. Bajó a tierra algunos días después que Cabral, el 27 de Abril y su primera ocupación, fué la de precisar por medio del astrolabio, la posición astronómica de la Tierra descubierta. Así le escribía con detalles a su Rey, todos los cálculos de sus medidas, señalando, también, con todo cuidado las constelaciones, haciendo hincapié en la Cruz del Sud, que había de ser después el punto de mira de los navegantes. En esa misma interesantísima carta, publicada por el Instituto Histórico Geográfico del Brasil (1) nos relata el porqué de su tardanza y el no

(1) *Revista del Instituto Histórico Geográfico de Río Janeiro*, tomo V, pág. 342. Copia de la Carta de Emenelaus archivada en la Torre de Tombo en Lisboa.



haber podido asistir a la misa que celebraban en tierra el Domingo 26, por Fray Enrique, en una pequeña isla de la Ensenada, porque "a causa de una pierna que tenía muy mala, que de una cosadura, se le había hecho una llaga mayor que la palma de la mano" lo que ha dado motivo a un médico brasilero para decir que fué el primer profesional médico que pisó el territorio brasileño, y que fué también el primer doliente. (1)

A la muerte de Américo Vespucio, primer piloto mayor del Reino de España, éste nombró para sustituirle a Juan Díaz de Solís (1512), natural de Lebriga quien ya había navegado con aquél por América en 1508: y ese mismo año, se dispuso a partir con una expedición de tres naves que por dificultades hubo de retardar hasta Octubre de 1515, en que salió de Lepe, tomando rumbo a Santa Cruz de Tenerife, de allí a la Costa del Brasil, que reconoció desde el Cabo de San Roque hasta Río de Janeiro: avistó luego el Cabo de las Cananeas y tomando rumbo al Sudoeste para la Isla que llamó de la Plata (Santa Catalina), de allí recorrió la costa hacia el sur hasta dar la vista a la Isla de Lobos, entrando luego al Puerto de la Candelaria 35° (Maldonado).

Allí pisó tierra y tomó posesión en nombre de la Corona de España y siguiendo su rumbo entró en una gran abra de agua dulce que llamó mar Dulce, y luego le pareció río, llamándole río de Solís.

Llegó, por él, hasta una isla (San Gabriel) sorprendiéndose de las caras de los indios que poblaban la ribera, en la que éstos le contemplaban como embelesados. Bajó a tierra confiado y los dueños del suelo lo recibieron con una nube de flechas, matando a Solís, al factor Marquina, al contador Alarcón y seis personas más. Era el estreno de los Charrúas, que habían de derramar por más de tres siglos tanta sangre española, como costara toda la conquista de América. (2) Los compañeros de Solís, contaron que los indios habían cortado los cuerpos en pedazos y que después de asarlos los habían

(1) Alfredo Nascimento. — *Anales de la Academia de Medicina*, tomo 82, pág. 261.
(2) Según dice Azara.

comido con cruel ferocidad. La expedición volvió al mando de Francisco de Torres a España, quedando prisionero entre los indios Francisco del Puerto.

Pedro Martír, el primer cronista de América, se hace eco del relato de los compañeros de Solís, que repiten luego, los viejos cronistas. Lozano y Funes la aceptan sin retricción; sin embargo, el mismo Francisco del Puerto a quien recoge Gaboto, es un testimonio vivo contra la antropofagía de los charrúas: más aún, Luis Ramírez y Diego García que vinieron al tiempo de Gaboto y tuvieron frecuentes tratos con los aborígenes, declaran que al contrario de los guaraníes, los charrúas no comían carne humana: y si no fuera bastante todos los cronistas posteriores y las largas guerras sostenidas, que llegaron hasta la independencia, comprobarían plenamente que no eran afectos a la carne humana.

Es sensible que la falta de publicación de la documentación del descubridor, sobre todo del proceso que se inició después de su muerte, nos prive de fuentes, para aclarar muchos puntos de tan interesante viaje.

Después de Solís, penetra en el Río de la Plata, Hernando de Magallanes que se había empeñado en pasar a los mares indios, descubriendo un pasaje por el sur. Salió de San Lucar de Barrameda con 5 naves: "La Trinidad", "La Concepción", "Victoria", "Santiago" y "San Antonio" en el año 1519.

En la Nao "Trinidad" que era la Capitana, venía con Magallanes, el cirujano Juan de Morales, a quien otras veces dan el título de Bachiller, el que era el único cirujano de la expedición, la que se componía en total de 239 hombres, en las cinco naves.

En la provisión de "la Trinidad" figuraba un almirez (mortero de bronce) con su mano, para las cosas de botica que había costado 653 maravedíes, asimismo las cosas de botica y medicinas, ungüentos, aceites, aguas destiladas que importaban 13.027 maravedíes. (1)

---

(1) NAVARRETE. — Obra cit.

Magallanes llegó al Cabo de San Agustín, en el Brasil después de pasar las Canarias y las islas de Cabo Verde, se dirigió, pasando por Río Janeiro, al Río de Solís, recorriendo la costa: el 10 de Enero enfrentó al Cabo de Santa María, de allí adelante siguiendo "la tierra arenosa" encontró una "montaña hecha como un sombrero" a la cual le puso el nombre de "Monte Vidi", que luego se llamó "Santo Video corrutamente", encontróse, siguiendo sin interrupción, con el río de Solís donde despachó uno de los buques "el Santiago" para que investigare si había paso, el que tardó 15 días en volver; recorrió la costa del sur, pasó de nuevo por Monte Vidi y luego tomando su derrota hacia el sur, hasta llegar a San Julián donde invernó. Castigó allí severamente una sublevación de sus segundos y perdió la Nao "Santiago" que había salido en exploración hacia el sur, a la que un temporal hizo naufragar en la costa. Salvóse el cargamento y su gente, regresando a San Julián. Después de 5 meses, siguió su viaje, llegó al Cabo de las Vírgenes y penetró en el estrecho, de donde se separó la Nao "San Antonio" en la que Esteban Gómez se sublevó, volviendo con la nave a España. Con las tres restantes al cabo de veinte y dos días desembocó en el otro mar el 17 de Noviembre de 1520. Reconoció luego las Islas de los Ladrones (Marianas) y luego las Filipinas.

Allí murió en lucha con los reyezuelos del país, quedando al mando Sebastián de Elcano, que se dirigió a la Isla de Borneo. A todo esto hubo que quemar "la Concepción" por inservible, edificando en Tidore, una casa donde guardaron el material que pudiera servir. De allí se separaron Elcano con "la Victoria", que había de seguir viaje triunfalmente llegando a España, después de 3 años, menos 14 días, de su salida del mismo puerto, con sólo veinte y dos hombres entre sanos y enfermos. A su vez "la Trinidad" salió de Tidore y debía seguir rumbo a Panamá, llevaba a su bordo 54 hombres con el Cirujano y el material sanitario, pero a poco de su salida en los 42° comenzó a enfermarse la gente y sospechando que el mal fueran las lombrices "abrieron el primer hombre que murió y no hallaron más que una" la enfermedad continuaba, reduciéndose con los muertos la tripulación

hasta el extremo de quedar reducido a 24 hombres. Como encontraron un buque portugués, solicitaron auxilios de Antonio Brito que había llegado a Tidore después de ellos, recibiéndolos efectivamente, más para comenzar una larga cadena de prisiones, vejámenes e infortunios, recorriendo todas las prisiones portuguesas de las Indias, hasta el extremo de llegar a Lisboa sólo tres prisioneros. En cuanto al Licenciado Morales falleció a bordo de la Trinidad durante el viaje al Pacífico el 25 de Noviembre de 1522. (1)

Digno por cierto de mejor suerte, quien con espíritu muy superior a su época, en las penalidades de su viaje, ante una epidemia, se animaba, contra las costumbres, a ejecutar una autopsia, para interrogar las causas de una extraña enfermedad que diezmaba a sus compañeros. Y poco en relación con el salvajismo del Gobernador portugués, Antonio Brito quien escribía cínicamente a su Rey "en lo que toca al Maestre, al escribano y piloto yo escribo al Capitán mayor que será más servicio de V. A. mandarles cortar las cabezas que enviarlos allá. Detúvelos en Maluco, porque es tierra enferma, con intención de que murieran allí, no atreviéndome a mandárselas cortar porque ignoraba si daría a V. A. gusto en ello". (2)

Cuán distinto era el trato que para ellos pedía su Rey en las instrucciones que diera a Magallanes que no resistimos a transcribir: "asimismo vos mandamos e encargamos que con toda diligencia sea de vos tratada toda la gente bien amorosamente e que aquellos que adolecieran o por causa de guerra fueren feridos sean muy bien curados, e por vuestras personas visitadas, haciéndoseles todo el beneficio que vieredes que cumple a personas que van en nuestro servicio, no consistiendo a físico, ni cirujano, que lleve dineros por la cura que en ellos hiciere". (3)

Asimismo les recomendaba que al llegar a cualquier tierra desconocida, en los dos primeros días, tomaran y bebieran de lo que a bordo llevaban "porque muchas veces acontece estar emponzoñada el agua o los manantiales que dan". Sabia y

(1) José Toribio Medina. — El Descubrimiento del Océano Pacífico, pág. 105
(2) Navarrete. — Tomo IV. — Carta de Antonio Brito al Rey de Portugal.
(3) Navarrete. — Tomo IV. — Id. id.

juiciosa disposición que se completa con la siguiente, de un sentimiento humanitario dudoso: "y para saber esto es bien que los mantenimientos que nuevamente se tomaren los den primero a comer e beber a los que van desterrados, porque se vea si hay en ellos alguna ponzoña o daño". (1)

Venían en la armada 3 barberos: Hernando Bustamante, (Victoria) Pedro de Olaverrieta (Sn. Antonio) y Marcos de Bayas que falleció en el viaje (Trinidad). (2)

En el año 1526, fletó el Emperador para estas regiones dos expediciones, la primera a cargo de Diego García, destinada, con la cédula del gobierno, para el Río de la Plata, que salió en Enero; y la segunda enviada a las Molucas que dirigía Sebastián Gaboto, Piloto Mayor, que había sucedido a Solís, quien desamarró de San Lucar el 3 de Abril.

Con todo llegó Gaboto antes a Santa Catalina, donde se detuvo tres meses, entablando conversación con los náufragos de la expedición de Loaisa, que años antes había fracasado en el estrecho de Magallanes. Resultado de los relatos que los náufragos le hicieran, fué que el Piloto, ilusionado con las riquezas que le pintaban en el Río de Solís, resolviese por su cuenta y riesgo, cambiar el rumbo que le fijara su soberano, y correr la aventura de la búsqueda de la fortuna, internándose en estas desconocidas regiones. Como se opusieran algunos de sus jefes, los dejó en tierra y marchó hacia el cabo de Santa María. Luis Ramírez uno de los tripulantes, relator de esta jornada, nos cuenta las novedades sanitarias que hubo en Santa Catalina. Fueron allí presa de una epidemia que atacó a toda la gente: "que era la tierra tan enferma que a todos los llevó por un rasero". Agrega, como dato, lo repentino de la invasión morbosa, que según la gente cayó de golpe, bien pensamos que peligrara la mayor parte."

Refiere luego la gravedad de un hijo suyo pequeño, que era tal, que creyó que moría; pondera los trabajos que pasó con él, a causa del "poco refrigerio que había" y hace el recuento de las víctimas, que fueron 4 hombres antes de salir, amén de algunos que murieron en el viaje, de los que lle-

(1 Navarrete. — Loc. cit.

(2) José T. Medina. — El Descubrimiento del Océano Pacífico, pág. CCLIV — VIII — CCCCXIX.

vaban enfermos. Respecto de él, que había gozado siempre de buena salud, que ni aún le había dolido la cabeza, nos refiere que el mismo día de abandonar el puerto, fué tan grande la enfermedad que le invadió, que pensó había llegado su fin: la enfermedad fué larga y a la falta de refrigerio de que hablaba se agregaba, el poco abrigo que tenía en el barco, pero con todo, llegaron a San Gabriel el 6 de Abril de 1527, no sin haber pasado en el río, mil peripecias debido a su falta de conocimiento de los canales navegables. (1)

Encontráronse allí con Francisco del Puerto, el teniente de Solís, quien les habló también de las riquezas que había en el interior de los ríos. Gaboto se confirmó con ello, en su resolución de permanecer en estas tierras; dejó sus provisiones en San Gabriel con una guardia, remontando el Uruguay levantó una construcción en estos lugares, el fuerte de San Salvador "primer monumento de la conquista", a orillas del río que lleva su nombre. Dejóle una guarnición y dispuesto a reconocer los ríos, encomendóle a Alvarez Ramón, la inspección del Uruguay, mientras él con las naves pesadas recorría el Paraná.

Poca suerte tuvo Alvarez, pues a poco andar una tormenta lo echó a la orilla encallando definitivamente su carabela. Dirigióse entonces costeando el río, para refugiarse en San Salvador, no sin ser advertido por los charrúas, que no desperdiciaron la oportunidad, atacándolo violentamente, poniendo su gente en derrota, echándose al río los vencidos, menos Alvarez Ramón y un buen número de los suyos que quedaron muertos sobre el campo de batalla. Era el segundo combate de los aborígenes y cúpole al teniente Gaboto, análoga suerte que a Juan Díaz de Solís.

Entretanto los que quedaron en San Gabriel no lo pasaban mucho mejor: Ramírez el cronista, nos relata sus penurias: allí el enemigo fué el hambre, se alimentaban con yerbas y cardos que tenían que ir a recoger a dos y tres leguas de distancias, ocurriendo a veces, como un sarcasmo de la na-

(1) CARTA DE LUIS RAMÍREZ.—TRELLES.—*Revista de la Biblioteca de Buenos Aires*, tomo I, pág. 103.—BAUZÁ. Doc. prueba, tomo I.



turaleza, que los hallaban sólo en el agua, donde no los podían tomar, conformándose con mirarlos, en un suplicio semejante al de Tántalo. De los dos perros que tenía la expedición, en su extrema penuria, resolvieron comerse uno; y con una fruición de gourmet, relata que cuando podían atrapar algunos ratones, los saboreaban "pensando que eran capones"; para finalizar la temporada, naufragaron en un bote, en el que iban en busca de alimentos y pasaron cuatro días sin tomar bocado, hasta que volvió una de las barcas de Gaboto, con socorros.

Así se inició el hambre en los conquistadores, y fué tan constante compañera de ellos, en estas tierras, que bien pudo darle su nombre, en vez del mentiroso de Río de la Plata.

A todo esto apareció Diego García, con la consiguiente sorpresa, de encontrar en sus dominios nuevos, a los que suponía en las Molucas: contrariado, comprendió, no obstante, que su rival era más fuerte y se sometió.

Entretanto Gaboto, después de enviar cuatro de sus hombres al mando de César a buscar el camino para el Perú, los mismos que habían de dar lugar a la famosa leyenda de la ciudad de los Césares, había remontado el Paraná, levantando el fuerte de Santi Spíritu y había vencido a los indios agases, arrebatándoles las abundantes hojas de plata que habían tomado como botín a Alejo García y a sus compañeros de vuelta del Perú.

Alejo García, era un portugués que se internó desde San Vicente al Paraguay con un gran número de indios del Brasil, consiguiendo llegar hasta el Perú, donde luchó con los pobladores indígenas arrebatándoles abundantes riquezas. Vuelto al Paraguay despachó dos de sus compañeros al Gobernador Don Vicente Martín Alfonso de Souza, pidiéndole refuerzos y en tanto que los aguardaba fué muerto por los indios con todos sus hombres, quedando solamente vivo un hijo menor, al que encontraron después los conquistadores. Esas riquezas que tomó Gaboto a los agases, eran las traídas del Perú, pues no se conocían entre los guaraníes, pero enviadas a España sirvieron a sus designios, abonando en favor de su causa, quedando desde entonces el nombre de Río de la Plata,

al que producía tan tentadoras joyas, siendo el incentivo que promoviera más tarde, las expediciones de los Adelantados. Partieron los embajadores llevando en nombre del Piloto Veneciano las muestras de la abundancia argentífera de los nuevos descubrimientos y los indios cautivos, que atestiguaban el esfuerzo del descubridor. Sin embargo la gestión de hacer reconocer el derecho de Gaboto no era fácil, amén de que los trámites de la corte se caracterizaban por su lentitud.

A todo eso los charrúas acechaban el fuerte de San Salvador, irritados por los malos tratos de la gente de García y cuando lo consideraron presa fácil, le llevaron un ataque tan violento que sus defensores horrorizados ganaron los bergantines que estaban en el puerto, los desamarraron y escarmentados y sin verse con su jefe, emprendieron directamente el viaje para España.

Aburrido Gaboto de esperar después de tres años de estada en el Plata, resolvió ir a la corte a terminar sus asuntos, llegando a Castilla en Julio de 1530.

Respecto de las condiciones sanitarias de la tierra se expresa así el cronista: "Nuestro mantenimiento en esta tierra es y ha sido desde postrero de Mayo al dicho año que nos faltó el mantenimiento de España, cardos, pescado y carne y estos bentregadas (abundantes) el pescado de la tierra es mucho y mui bueno: es tal y tan sano que nunca los hombres vieron, combenir todos a los más enfermos y achacados de diversas maneras de enfermedades, con tener dieta con pescado y agua hasta artar; en menos de dos meses que allí llegamos, estábamos todos buenos y tan frescos, como cuando salimos de España y mientras en esta tierra habemos estado no adolecido ninguno de nosotros. Es la tierra mui sana y mui llana sin arboledas".

Para terminar tomaremos de Ramírez dos datos el uno terapéutico y el otro de carácter agrícola. Al llegar al Río Paraguay como no fueran muy abundantes los víveres, saltaban en las islas y "como lobos hambrientos" comían en las primeras hierbas que encontraban, sin mirar si eran o no buenas, las cocían con sólo agua, pasándoles con frecuencia de venir algunas personas y "haciendo vascas (arcadas) y

echando cuanto en el cuerpo tenían de haber comido alguna farta como si fuera ponzoña: y le davan luego aceite que bevieren con lo cual se le amansaba''. Respecto a la fertilidad de la tierra dice que es muy sana y de muchos frutos que se sembraron para probar si daba trigo y de cincuenta granos cogieron por cuenta 550 gramos, en tres meses, de manera que se da dos veces al año.

Partido Gaboto, la gente que dejara guarneciendo a Sancti Spíritu no tuvo más suerte que la del San Salvador. El Cacique de los Timbués, Siripo, enamorado de la española Lucía Miranda, asaltó y tomó a sangre y fuego el fuerte, quedando su cadáver entre los de la guarnición española, de la que no se salvaron sino las mujeres llevadas prisioneras. Los españoles que quedaron, marcharon en barcos improvisados a la costa del Brasil, donde se instalaron en la Cananea, muchos de ellos volviendo luego al río de la Plata.

Así terminó la primer tentativa de colonizar el Río de la Plata. Gaboto consiguió a la larga en España, el gobierno de estas regiones, pero no se le permitió la vuelta a ellas.

En cuanto al personal sanitario de la expedición de Gaboto, figuraban el Bachiller Hernando de Alcázar que aparece en los documentos con ese título, o con los de Físico, o Cirujano de la nave Trinidad.

En la ''Santa María del Espinal'' Hernando de Molina, como Cirujano.

Y en la Capitana Pedro de Mesa, Cirujano que aparece otras veces como Barbero y Maese Juan, cuyo apellido no figura, y al que vemos más tarde cambiar su puesto por el de Alguacil, y que probablemente como Maese Pedro no era más que barbero. (1)

---

(1) J. T. Medina. — El veneciano Sebastián Gaboto. — Tomo I, pág. 105, tomo II, pág. 108. 309, 320.

CAPÍTULO VI

Conquistadores y Médicos

SUMARIO: La expedición del primer Adelantado. — Las Capitulaciones de don Pedro Mendoza y Carlos v. — El Físico Hernando de Zamora. — La Fundación de Buenos Aires. — «La pestífera hambre». — La sífilis de don Pedro de Mendoza. — Su muerte en el viaje de regreso. — El 2.° Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca. — Su preparación medicinal. — La Medicin malgré lui. — Alvar Núñez Cirujano. — Su viaje notable de Santa Catalina a la Asunción. — El viaje de Hernando de Rivera al Amazonas y la epidemia de «Calenturas de frío». — Enfermedad de Alvar Núñez. — El Paludismo. — Gobierno de Irala, 3.° Adelantado. — El 4.° Adelantado. Juan Ortiz de Zárate. — El hambre en Santa Catalina. — Recibimiento de los Charrúas. — El Emperador Médico Yamandú. — Su plan estratégico. — Zapicán y Abayubá. — Triunfos y derrotas de los Charrúas. — Garay. — Muerte de Ortiz de Zárate. — El curandero Pedernera. — Hemandarias. — Intervención de los Misioneros. — Fin de la conquista por las armas.

La vuelta de Gaboto y sus compañeros a la corte fué de beneficiosos efectos para estos países. El empeño que ponía el veneciano por obtener un resultado favorable para su causa, hizo conocer estas regiones, llamó sobre ellas la atención y excitó al mismo tiempo, que el espíritu de empresa, de que había derroche en la tierra hispana, la codicia, acicateada por las joyas y metales que llevara el Piloto Mayor; joyas que como hemos dicho eran originarias del Perú, pero que sirvieron para engañar sobre las riquezas del Río de Solís, desde entonces llamado Río de la Plata.

Decidióse Carlos V, a colonizar y explotar esas tierras, y entre los muchos aspirantes que se presentaron, obtuvo la

concesión Don Pedro de Mendoza, de Gaudix, Caballero principal que se había distinguido en las campañas de Italia, habiéndose enriquecido en el saqueo de Roma a las órdenes del Condestable de Borbón.

El equipo de la expedición corría por su cuenta, y en cambio el Rey concedíale el título de Adelantado y el Gobierno de estas provincias, para él y sus descendientes, con la obligación de abrir el camino para el Perú; fundar tres fortalezas, traer 100 caballos y yeguas para facilitar la conquista, y acompañar a la expedición, para la conversión de infieles, ocho religiosos de cualquier orden.

Es interesante la cláusula 4.ª de las capitulaciones de Don Pedro de Mendoza con el Emperador: Por ella se le exigía "que debiese tener en sus provincias, Médico, Cirujano y Boticario, con las medicinas necesarias para la curación de los enfermos, por cuya falta habían en otras partes perecido inútilmente muchos españoles y ya la experiencia había enseñado la necesidad de estas prevenciones". Y haciendo honor a la cláusula 4.ª de las Capitulaciones, venía provista la expedición de Médico, Cirujano y Boticario a los cuales se les había asignado, por año, como salario: al físico 50.000 maravedís, al Cirujano otros 50.000" que eran los salarios corrientes a los facultativos que vinieron a América en las expediciones anteriores, como hemos visto, y al boticario 25.000 a contar desde la fecha que se hicieren a la vela". En la lista de pasajeros a la expedición aparece el nombre del físico Hernando de Zamora, hijo de Antonia de Córdoba y Luis Fernández. (1)

Tal fué el primer médico venido al Río de la Plata, pues en las expediciones anteriores, de Solís y de Gaboto no figuran los nombres de ninguno, aunque debieron traerle, sin duda alguna. La actuación de Zamora en la empresa de Mendoza es desconocida. Ninguno de los cronistas hace referencia a ella, en las mil tribulaciones que relatan y no tenemos datos, tampoco, sobre el destino corrido en estas playas para el profesional primero, que puso en ellas, sus pies.

(1) *Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias*, cap. XXII, página 358.

Se llamó por pregón en Sevilla y al son de las cajas militares, al enganche para el Río de la Plata, y fué de tal eficacia, que hubo que elegir, entre la muchedumbre de voluntarios. Salió en 1534 la escuadra de Sevilla, en 14 barcos en los que iban 2.500 españoles y 150 alemanes, con un lucido estado mayor, en el que formaba algunos de la buena nobleza de España, Mayorazgos y Comendadores, con sus nobles consortes e hijas, muchos de ellos. Venían también, de acuerdo con las capitulaciones, algunos frailes.

Llegó la escuadra a Río, donde ocurrió el asesinato de Osorio, segundo de Mendoza, ultimado por orden de éste. De allí se dirigió al Río de la Plata, deteniéndose en San Gabriel. Como no le pareciera de bastante abrigo el puerto, temiendo por otra parte la ferocidad de los charrúas, y con el fin de acercarse más al Paraná para internarse en la vía al Perú, resolvió cruzar la ribera, en la que su cuñado, Sánchez del Campo, respirando con fruición, dió el nombre a la tierra y en seguida se "principió para tantos mayorazgos y comendadores, para tantas matronas y doncellas, una ciudad de chozuelas pajizas, puestas al amparo de la Emperatriz de los Cielos y la tierra, bajo la adoración de Santa María de Buenos Aires. (1) Febrero 2 de 1535."

La provisión de alimentos no había sido muy prolija, los indios suplieron en el primer momento las necesidades proveyéndolos de vituallas, pero como un día fallaran, Don Pedro resolvió escarmentarlos y envió a su hermano Don Diego al frente de una parte de sus tropas.

Los indios fueron reducidos, pero la batalla de Matanzas, costó tanto a los españoles, que en realidad fué un desastre. Entre las muertes, la que más afectó al Adelantado fué su propio hermano, caído en el primer encuentro. A esta calamidad siguió otra más cruel aún: el hambre. Concluídos los víveres, acabaron con los gatos, ratones, culebras y otros animales inmundos y luego se comieron los zapatos y otros cueros. (2)

(1) GUEVARA. — Col. de Angelis.
(2) ULDRICO Schmidel.

No podemos prescindir de la interesante y poética descripción del Arcediano Centenera, cantor de tan crueles padecimientos:

.............la perra
Pestífera cruel hambre canina
A todos abandona y los arruina.

La gente ya comienza a enflaquecerse
Las raciones se acortan cada día
No puede el padre al hijo socorrerse
Que cada cual su muerte más temía:
Y aunque es muy natural el condolerse
Y cada cual del otro se dolía
Empero más de su vida procuraba
Y caridad de si la comenzaba.

Un hecho horrendo, digo, lastimoso
Aquí sucede: estaban dos hermanos:
De hambre el uno muere, y el rabioso
Que vivo está, le saca los livianos
y bofes y asadura, y muy gozoso
los cuece en una olla por sus manos,
Y cómelos: y cuerpo se comiera,
Si la muerte del muerto se encubriera.

Comienzan a morir todos rabiando
Los rostros y los ojos consumidos
A los niños que mueren sollozando
Las madres les responden con gemidos·
El pueblo sin ventura lamentando,
A Dios envía suspiros doloridos:
Gritan viejos y mozos, damas bellas,
Perturban con clamores las estrellas.

Es hambre enfermedad la más rabiosa,
Que puede imaginar ningún cristiano:
La mano está temblando temerosa,
No quisiera de tal ser escribano.

No hizo ella jamás tal otra hazaña
En Roma, ni en Judea referida
Como ésta: de dos mil que se contaron
Con la vida doscientos no escaparon. (1)

Hay alguna exageración indudablemente en la mortandad que atribuye. Centenera a la peste.

Para obtener recursos y aliviar a la población mandó el Adelantado a Gonzalo de Mendoza a buscar víveres al Brasil, y una expedición a cargo de Ayolas con 500 hombres para que se internase por el Paraguay esperando él, a unos y otros. Llegó Ayolas cuando Don Pedro estaba por soltar las amarras, ya desilusionado, pero con los víveres recibidos, cambió de parecer. Salió entonces con la mayor parte de su gente, dejando en Buenos Aires a Ruiz Galán, y con la gente exhausta y dejando la mitad muerta en el camino fué a juntarse con Alvarado, a quién dejara Ayolas río arriba, en el fuerte de Corpus Christi con cien hombres; encontróse a éste con la mitad de la gente muerta y el resto consumido por el hambre. Resolvió Don Pedro instalarse allí; edificó una casa para él y despacho a Ayolas y a Martínez de Irala, para seguir el descubrimiento del Paraguay. Pero se cansó de esperar noticias de ellos y volvióse a Buenos Aires, encontró la ciudad en una situación horrible, la mayor parte de la gente muerta y la demás que había quedado, tan acabada y flaca de hambre que se temía no quedase ninguna de ella con vida. (2).

Por suerte llegó entonces Don Gonzalo de Mendoza que venía de su comisión del Brasil, bien provisto de víveres, trayendo además en dos barcos, la gente de Gaboto que como hemos dicho, se había retirado a Santa Catalina. Con ellos venían muchos indios amigos del Brasil, además de sus mujeres e hijos. Este nuevo refuerzo de gente baqueana y bien armada, pues habían asaltado un buque francés, tomándole todo su material, fué una nueva inyección de vida, para la nueva colonia.

---

(1) *La Argentina*, Martín del Barco Centenera. *Col. de Angelis.*
(2) Ruiz Díaz de Guzmán. *Argentina. — Col. de Angelis.*

Así terminó el flagelo de aquella hambre célebre, una de las más espantosas que señala la Conquista. El hecho de que Centenera le llame pestífera ha dado motivo a que un escritor distinguido (1) la señale, como la primer epidemia ocurrida en estas regiones. No se deduce tal cosa, de la relación del Arcediano, sino que fuera un hambre con todos sus horrores. Por otra parte la acepción pestífera, fuera del sentido de enfermedad típica y del de epidemia, tiene un significado mucho más lato. Así la Academia incluye también esta definición "Enfermedad que se extiende y propaga mucho, causando gran número de muertos sin que sea contagiosa" y "esta u otra cualquier cosa perniciosa". En este sentido se deduce que la empleara Centenera, como se encuentra empleada, con frecuencia, en los autores españoles de la época.

Igualmente en su descripción, Schmidel se refiere únicamente al hambre. Con todo podría más bien resultar tal carácter de la relación de Ruíz Díaz de Guzmán: "la falta de comida y la harina podrida causó tan gran pestilencia que corrompidos morían muchos" y luego: "Cada día la pestilencia iba creciendo con el hambre y la necesidad", pero a pesar de esto, el carácter de hambre predominante y casi exclusivo está señalado en estos términos: "En este tiempo padecían en Buenos Aires cruel hambre, porque faltándoles totalmente la ración, comían sapos, culebras y las carnes podridas que hallaban en los campos, de tal manera que los excrementos de los unos, comían los otros, viniendo a tanto extremo de hambre como en tiempo de Tito y Vespasiano tuvieron cercada a Jerusalem: comieron carne humana: así le sucedió a esta mísera gente, porque los unos se sustentaban de la carne de los que morían y aún los ahorcados por justicia, sin dejarles más de los huesos, y tal vez hubo hermano que sacó de la asadura y entrañas a otro que estaba muerto para sustentarse con ella: finalmente murió casi toda la gente.

Como se ve parece que Ruíz Díaz, conociera y siguiera la pintura que nos hace el Arcediano confirmándola en un todo.

---

(1) Trelles.—Revista patriótica del pasado argentino, tomo I, pág. 18.

Emplea como él la palabra pestilencia y agrega que corrompidos morían muchos.

No es aceptable, pues, la suposición de un historiógrafo argentino al suponer que fuera una peste traída de España por Mendoza, de las muchas que allí había, en primer lugar porque en el largo viaje se hubiera declarado abordo y no es dable suponer tan larga incubación, en ninguna de las conocidas. Ni siquiera suponer, que como Gaboto, hubiera traído la enfermedad de Santa Catalina, región permanentemente insalubre.

Lo natural y lo lógico, por los datos que nos suministran los cronistas, es suponer que, en ese ataque formidable del hambre, que les obligaba a comer alimentos descompuestos y sustancias no comestibles, se originaran los casos de Escorbuto que trae consigo toda hambre, de carácter absoluto y prolongado como la que pasó Buenos Aires en los albores de su fundación (1)

Volviendo al Adelantado, despachó a Gonzalo de Mendoza y a Zalazar, para que se enterasen de Ayolas y dejando al Capitán Francisco Ruíz Galán, como su teniente general de Buenos Aires, resolvió embarcarse para España. Estaba su ánimo muy abatido. La muerte de su hermano Don Diego le afligió profundamente, la mortandad que había concluído con su brillante expedición, reduciéndola a un puñado de hombres, enflaquecidos y hambrientos y el poco resultado que había obtenido de su conquista, no era por cierto, a propósito para levantar su espíritu acongojado. A su abatimiento mortal, se unían las taras de su organismo. Su salud estaba quebrantada visiblemente. Ya en el viaje de venida, estaba continuamente enfermo, encogido de nervios y muy débil (2) hasta el punto de nombrar, como segundo a Osorio mismo, que hizo apuñalear a los pocos días, temeroso de que le arrebatara el cargo, resolución por otra parte que acusa una profunda

(1) PENA, en un trabajo presentado en 1893 a la Facultad de Medicina de Buenos Aires, atribuye a alteraciones gastro-intestinales, dependientes de un régimen vicioso sobre todo a la Disentería, la interpretación de esta peste. «Anales de la Universidad de Buenos Aires», tomo IX.

2) SCHMIDEL.—Loc. cit.

alteración patológica, la que, acaso, sea lo único, que pueda servirle de disculpa.

Sus padecimientos si algún alivio experimentaron en el mal que traía, no fué duradero, pues poco después de llegar contrajo la Sífilis.

"Don Pedro que este tiempo hubo enfermado
Del morbo que de Galia, tiene nombre. (1)

El carácter de su enfermedad fué de los más violentos, en efecto a los cuatro años de estada en el Río de la Plata se hallaba tan enfermo que no podía mover pie, ni mano. (2) A los accidentes secundarios de forma reumatismal, al parecer siguieron las ulceraciones, le "aparecieron 6 o 7 llagas: cuatro en la cabeza y una en la pierna y otra en la mano que no lo dejaba escribir, ni aún firmar". (3)

Tal serie de padecimientos se acompañaba de la más extrema pobreza, hasta el punto de declarar a Ayolas, a quien dejaba sus últimas atribuciones "ya sabéis que no tengo que comer en España, sino es la facienda que tengo que vender", y pidiéndole en consecuencia que si Dios le diera "alguna joya o alguna piedra" no dejéis de enviármela porque algún remedio tenga de mis trabajos y de mis llagas". Le recomendaba a Ayolas, el gobierno de la Colonia aconsejándole trasladara la gente de Buenos Aires al Paraguay, para protejerla mejor y encomendándole todos los asuntos, agregábale "mucho quisiera poder hablaros antes que me partiera, más mi dolencia y el tiempo no han dado lugar que espere más de lo que he esperado." (4)

Dejó pues, estas lastimosas instrucciones cerradas, bajo sobre, para Ayolas, de quien no tenía noticia y en tan desolado estado de ánimo, y en tan quebrantado estado de salud se embarcó para España. Pero sus desgracias no habían concluído;

(1) Centenera.
(2) Schmidel. — Loc. cit.
(3) *Archivo de Indias.*—Documentos inéditos, Carta de Mendoza a Ayolas, tomo X, pág. 534.
(4) Documentos inéditos del Archivo de Indias Doc. cit.



en el camino faltáronle otra vez las provisiones y acosado por el hambre, fuéle forzoso matar una perra, que llevaba a bordo, la que dicen estaba en celo, y comiendo de ella tuvo tanta inquietud y desasosiego que pareció que rabiaba, de suerte que dentro de dos días murió: lo mismo sucedió a otros que de aquella carne comieron. (1)

Entre tanto Ayolas emprendía la conquista del Paraguay, dominaba a los indios y los sometía, y convertía la ciudad indígena, la Lambaré, en su residencia, con el nombre de Asunción (1536) cayendo finalmente en una emboscada de los indios, quedando Irala con el mando.

La gente que saliera con Mendoza, llegó a España en 1537 y el Rey envió con víveres para dos años y 200 hombres a Alonso Cabrera, el que llegó a Buenos Aires después de acaecida la muerte de Ayolas, por lo que después de reunir a los capitanes, confirmó en el mando a Martínez de Irala, como que era el que tenía más méritos. La primer disposición de éste fué despoblar a Buenos Aires, llevándose la gente hambrienta y abatida a la nueva ciudad de la Asunción. No tiene interés para nuestra relación las luchas intestinas y los combates con los indios del valiente guerrero; hasta que vino en 1540 el segundo Adelantado, Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Era éste, natural de Jerez, nieto de Pedro del Vera el Conquistador de las Islas Canarias y había sido de los pocos que habían sobrevivido, de la expedición desgraciada de Pánfilo de Narvaez en la Florida. Diéronle las penurias sufridas en aquella ocasión, un conocimiento profundo del medio indígena y una prudencia extraordinaria, que tuvo ocasión de desplegar, en su actuación como Adelantado.

Había estado prisionero de los indios, en aquellas regiones y en la relación que de sus cautiverios no hace, adivinamos sus tendencias hacia la penetrante observación de las dolencias y de sus medios terapéuticos. Así nos refiere que ha poco de estar cautivo, les dió a los indios "una enfermedad de dolor de estómago" de la que murió la mitad de ellos, a tanto

(1) Ruiz Díaz de Guzmán. — Loc. cit.

que pensaban, que eran los cristianos la causa de ello y los quisieron matar, (1) pero que haciéndoles la reflexión, que los cristianos también se morían de la misma causa, resolvieron salvarle la vida, haciendo de médico, para que los curase. La opción no era difícil y Alvar Núñez "medecin malgré lui" entró en ejercicio de sus funciones facultativas. Pronto le llegó la ocasión de mostrar sus habilidades, con motivo de los trastornos digestivos que les ocasionaron las moras de zarza, de las que hubieron de alimentarse durante un mes.

La terapéutica, del que fuera después nuestro Segundo Adelantado, no era muy complicada: soplaba al que estaba enfermo, le decía un Pater nostro y un Ave María y los santiguaba, con lo cual quedaban curados; es cierto que a veces les aplicaba medios más expeditivos como "los cauterios de fuego" a los que eran muy afectos y "de los que recibían gran beneficio". Con el ejercicio de su nueva profesión, consiguió que los indios le tuvieran un gran respeto y le dieran bien de comer. Aprendió con ellos el conocimiento de la flora medicinal, en los seis años que duró su cautiverio, haciendo el canje, con los indios, de las plantas medicinales, que recogía en los montes, por lo que lo dejaban andar libremente, consiguiendo de este modo escapar de su larga cautividad.

Ruíz Díaz, cuyo padre había venido con el 2.° Adelantado, de quien era sobrino y que por lo tanto podía conocer las aventuras de éste, por la tradición de familia, va más lejos que su propio causante, en la discripción de las maravillosas curas que hiciera en la Florida. Dice nada menos que tenía el don de hacer milagros, como sanar enfermos, dar vista a los ciegos, y lo que es más llegar a resucitar a un muerto con sólo la acción de tocarlo en nombre de Dios, a lo que agrega que los indios lo veneraban por Santo.

Mas si en la descripción de su actuación como médico, Alvar Núñez en su modestia atribuye sus éxitos a la intervención divina, por ella misma vemos que su sagacidad se aguzaba en el cuidado de los enfermos; así nos relata una intervención quirúrgica que realizara en un indígena.

(1) *Archivo de Indias.* —Relación de Cabeza de Vaca, tomo XIV.

Era este un hombre "que hacía mucho tiempo que le habían herido con una flecha por la espalda derecha y tenía la punta de la flecha sobre el corazón. Decía que le daba mucha pena y que por aquella causa siempre estaba enfermo. Yo le toqué y sentí la punta de la flecha y ví que la tenía atravesada y estaba muy mala de sacar; torné a cortar más y metí la punta del cuchillo y con gran trabajo en fin la saqué. Era muy larga y con un hueso de venado: usando de mi oficio de medicina le dí dos puntos y dados se me desangraba y con raspa de un cuero le estanqué la sangre"... y otro día le corté los dos puntos al indio y estaba sano y no parecía la herida que le había hecho sino como una raya de la palma de la mano y dijo que no sentía dolor, ni pena alguna. (1)

La habilidad del Adelantado Cirujano queda expuesta en esta descripción, la palpación haciendo el diagnóstico de la posición de la punta de la flecha, la incisión amplia repetida, la extracción del cuerpo extraño; los dos puntos de sutura; el empleo del hemostático ocasional, la cicatriz lineal coronando la feliz operación, que dió fin a las molestias del paciente, completan este caso, que dió entre los indios una reputación bien merecida al guerrero operador, venido de atrás de los mares.

Lo que es indudable es que su prudencia, su sagacidad y su trato afable le conquistaban las simpatías: y que sus conocimientos de la patología americana, le hicieron un higienista superior a su época: sólo así se explica su marcha admirable a través de los indios.

Llegado a Santa Catalina, con 700 hombres, y con un brillante estado mayor, como temiera los desasosiegos del mar, resolvió entrar a la Asunción por tierra. Despachó dos barcos, con las mujeres y hasta unos 30 hombres, que habían enfermado en Santa Catalina y se internó, resueltamente, con 500 hombres y 20 caballos: ocho meses duró el viaje, recorriendo 400 leguas: al final del cual llegó a la capital paraguaya sin haber perdido un solo hombre, pasando a tra-

(1) ALVAR NÚÑEZ.—Naufragis, cap. XXIX.

vés de caminos abiertos en los bosques a fuerza de hacha, cruzando los ríos, subiendo los montes y arreglándose de tal modo con los indios que ocupaban el trayecto que fué respetado y aún socorrido por ellos sin excepción.

No es nuestra intención extendernos en el elogio de tan singular hazaña, pero sí el hacer notar, lo extraordinario que significa el haber resistido a la par que, a los enemigos y a las fieras, a las causas naturales patógenas, tan frecuentes en aquellas regiones y aquí hemos de ponderar la sagacidad higiénica del Adelantado, buen naturalista y experto conocedor de los peligros, como que su largo aprendizaje y actuación en el medio indígena de la Florida, le había hecho familiarizarse con la naturaleza de estas regiones, con sus peligros, con su patogenia y con los procedimientos preventivos y curativos, que usaban los habitantes primitivos, para preservarse de los males que les rodeaban.

Por lo demás, en esta expedición, no se encuentran rastros de que hubiera venido provista de ningún profesional.

Pero ni la prudencia sabia de Alvar Núñez, era corriente en aquella época, ni sus conocimientos de patogenia y de profilaxis eran comunes a sus tenientes, pagando las consecuencias de su imprevisión, bien claramente. Así la excursión realizada por el Adelantado al Puerto de los Reyes y conducida con buen éxito, fué motivo de consecuencias patógenas desagradables por la desobediencia imprudente de uno de sus oficiales. Habíale encomendado, al Capitán Hernando de Rivera, que al frente de 80 hombres remontase el Paraguay en uno de los bergantines hasta llegar al país de los Xarayes, haciéndole presente que en ningún caso pasase de los límites de él. Llegó Rivera a su destino y quedó encantado de la esplendidez con que le recibiera el Rey, quien le alojó principescamente, le proveyó de víveres frescos y abundantes, y le regaló con joyas de oro y plata, despojos del botín tomado en la guerra en que venciera a las Amazonas. Hízole, con este motivo, una descripción fantástica de las guerreras del Brasil, cuyos maridos las veían 3 o 4 veces al año solamente, y una vez madres, después de criados los varones, los restituían a sus padres, quedándose con las hem-

bras, a las que quemaban el seno derecho, ya como señal de la tribu, ya para que pudiera manejar con más soltura el arco: exaltó luego la imaginación del fogoso Capitán ponderando las riquezas inmensas que poseían y encendió de tal modo el deseo de éste, que olvidando las instrucciones recibidas, resolvió partir de inmediato, pidiendo sólo al Rey Xaraye, que le concediera algunos súbditos, como guías y servidores.

Concedióselos el Rey y le previno las dificultades enormes que tendría que sufrir, dado que toda la provincia, a consecuencia de un invierno sumamente lluvioso, se hallaba inundada, pero todo fué en vano, a Rivera se le hacían siglos la demora de pelear con las fantásticas guerreras y por conseguir un botín doblemente magnífico. Marcharon pues, y a poco de andar encontraron los campos llenos de agua: ocho días y ocho noches, caminaron con el agua hasta las rodillas, cuando no les llegaba a la cintura.

Erales necesario, para hacer fuego, levantar unas estacas, que clavaban en el fondo y en cuyos extremos colocaban la leña y la olla para cocer sus alimentos, ocurriéndoles, frecuentemente, que fuego y olla y comida caían al agua. Los mosquitos los incomodaban no dándoles descanso. Al cabo de esos días, anduvieron siete en el agua, con la variante que esta agua era caliente, como si hubiera estado al fuego, y como no hallaban otra, se veían precisados a beber de ella.

Llegaron finalmente a la región de Urtuesa. Encontraron allí que la población indígena era presa de una peste cruel originada por el hambre, debida ésta, a que la langosta por dos años seguidos, había destruído sus sementeras. Temerosos por la peste, y desanimados con los datos que les daban los indígenas, de que necesitaban aún un mes, para llegar a las Amazonas, resolvieron volverse, no sin recibir de los galantes Urtueses, regalos preciosos de plata y oro.

El viaje de vuelta fué semejante al de ida, agravado con la escasez de vituallas, consistiendo su alimentación únicamente de las raíces agrestes que encontraban en el camino. Llegaron pues a los Xarayes y allí la mitad de la gente cayó volcada por una epidemia.

Castigados por su imprudencia, fueron solícitamente atendidos por los Xarayes, quienes les prestaron asistencia médica. No es de extrañarse este caso, pues que no trayendo médicos los conquistadores, tenían necesidad de recurrir en casos semejantes a la habilidad de los curanderos indígenas. Los que se hallaron restablecidos, se adelantaban hacia el punto de partida, donde los recibió el Adelantado colérico, y hubiérales castigado por su desobediencia imprudente, a no haberse amotinado la tropa, imponiendo el olvido de la falta.

Pero no evitaron las consecuencias. El mismo Adelantado cayó atacado de calenturas muy fuertes, que le tuvieron en cama por espacio de dos meses, calenturas muy frecuentes en esa región, situada bajo el trópico y en donde los indios al decir de uno de los expedicionarios no pasaban de 40 o 50 años, tan malsana era la tierra. Mejoróse el Adelantado, pero quedó toda la gente tan flaca y enferma, que hubieron de retirarse a la Asunción. Repitióle allí la calentura a Alvar Núñez, quedando en cama por dos semanas más, y a Schmidel cronista de esta aventura, atacóle la hidropesía como consecuencia de la jornada a Urtuesa, en la que como resultado final, de 80 que cayeron enfermos, sólo sanaron 30. (1)

Esta descripción, no obstante los datos poco concluyentes, permite suponer que se tratase en el caso del Adelantado, así como los de la mayoría de la gente, de fiebres palúdicas. La situación tropical de la región, la estada en los terrenos inundados, la enorme cantidad de mosquitos, la continuidad de la fiebre y su repetición, todo hace presumir que no fuera otra la causa. Más difícil es explicar, la hidropesía, que como consecuencia de su enfermedad, declara el soldado alemán, que padeció a la vuelta. Con todo no da asidero, desde que sólo él se hallaba con la complicación, a suponer que era una característica de la enfermedad, como lo supone un distinguido escritor médico argentino, quien no se decide ni

(1) Schmidel. — Ob. cit.

por una anemia, ni por el Beriberi para explicarlo. (1) — Para nosotros, la epidemia no es otra cosa que Paludismo; en cuanto a la hidropesía del soldado, cabría preguntarse si la permanencia prolongada en el agua, no le hubiera hecho adquirir el Anquilostoma, que en esas regiones se desarrolla admirablemente, trayendo en su sintomatología la anemia y algunas veces el edema generalizado.

Si quedara alguna duda respecto al carácter palúdico de la dolencia que aquejara en esa ocasión a los expedicionarios, el propio Adelantado, en sus Memorias, la aleja, cuando nos dice, que a la vuelta de Hernando de Rivera, él y toda la gente, se hallaban enfermos de "calenturas con fríos" designación que en esa época y aún mucho después, señala la característica del escalofrío, del paludismo. El mismo establece la relación entre las inundaciones que duraban en esa región 4 meses al año "hasta el punto de cubrir la tierra cinco o seis brazas en alto". Viéndose la gente precisada a andar en canoas, y las calenturas que enfermaron a toda la gente en los tres meses que estuvieron allí, creciendo cada día la enfermedad al mismo tiempo que las aguas, las que trajeron consigo "tantos mosquitos de todas maneras, que de noche, ni de día les dejaban dormir, ni reposar, con lo cual se pasaban un tormento intolerable que era peor de sufrir que las calenturas". (2)

En la Relación General (3), insiste en que "mucha gente estaba asimismo adolecida con *calentura con frío*, en dicho tiempo, durando la enfermedad casi tres meses, sin ver mejoría en mí, ni en ellos".

No puede quedar al respecto la menor duda, pues sobre el carácter del paludismo, de la enfermedad de que adoleció en ese entonces el Adelantado y su tropa.

Respecto del Río de la Plata cabe señalar el intento que tuvo Alvar Núñez en repoblar a Buenos Aires, intento que fracasó por el hambre como la primera vez, encontrando un

(1) Penna. — Loc. cit.
(2) Álvar Núñez. — Relación de los naufragios y comentarios, cap. 72 y 73, t. I.
(3) Alvar Núñez. — Tomo II, LXXX, XC.

7.



refuerzo que envió el Adelantado a los nuevos pobladores a punto de perecer. Gonzalo de Mendoza que fuera el que llevara el socorro, tuvo que alzar la gente, y volverse a la Asunción (1542).

Desavenencias con su gente dieron fin al gobierno de Alvar Núñez, siendo enviado a España prisionero, por los conspiradores, los que dieron el mando otra vez, a Martínez de Irala, quien sin tener las sabias condiciones del 2.° Adelantado, poseía, en cambio, el dominio del mando, que lo hizo respetar siempre de sus rebeldes capitanes, haciendo obra grande y buena durante su largo y accidentado Gobierno. Fué suya la iniciativa, respecto del Río de la Plata, de repoblar la costa uruguaya, siendo el sitio señalado próximo al arroyo San Juan. Para este fin fué comisionado el Capitán Romero, quien con 120 hombres, fundó pomposamente la ciudad de San Juan, nombrando competentes oficiales y regidores.

No duró mucho la nueva colonia, pues los Charrúas emplearon el mismo sistema que les había dado tan buenos resultados en San Slvador, destruían las sementeras, les vigilaban para asaltarlos en oportunidad, con lo que les tenían en continua zozobra y les condenaban al hambre: a los dos años que duró este estado, reclamó Romero y envió Irala al Capitán Alonso Riquelme con un navío y 60 hombres a recoger a los infortunados habitantes de la malograda ciudad uruguaya (1552).

No es nuestro intento seguir la larga actuación de Domingo Martínez de Irala, en el Paraguay, que gobernara, sino de un modo intachable, con política siempre eficaz y progresista hasta el año 1556 en que acaeció su muerte. (1) Ocurrió que saliendo a verificar un obraje de los indios, "adoleció de una calentura lenta, que poco a poco le consumía, quitándole la gana de comer, de que le resultó un flujo al vientre, que le fué forzoso venir a la ciudad en una hamaca, porque no podía de otro modo: y habiendo llegado, se le agravó el achaque, tanto que luego trató de disponer las cosas de su conciencia

(1) Guevara. — Historia del Paraguay.

lo mejor que pudo y era menester, "muriendo a los siete días de llegar a la ciudad". (2)

Sucedió a Irala Don Juan Ortiz de Zárate, el que nombrado Adelantado por la Audiencia de Charcas, partió para la Corte a proveerse de un título más seguro. Hizo allí un contrato con el Rey, semejante a los de los primeros Adelantados, y comenzó el apronte de una expedición que duró tres años, consiguiendo al fin poner a la vela 6 naves en las que traía 600 hombres, con religiosos, colonos y peritos en varios oficios. Entre ellos venía por Capellán el Arcediano Centenera que había de ser el cronista de la conquista. Salió el Adelantado de San Lucar, en 17 de Octubre de 1572. Batido por la tormenta, llegó a Santa Catalina. Allí aguardaba el hambre a los expedicionarios: Centenera, testigo y actor en esta emergencia relata así los padecimientos:

Pues los que están acá en crudo llanto
Están, y tan mudados y trocados
que sólo con mirarles dan espanto
y están de verse tales admirados.
A muchos el pellejo como manto
les cubre aquellos huesos descarnados
en otros agua, humor, corrupto viento
entre pellejo y huesos han asiento.

Hoy mueren diez, mañana mueren veinte
. . . .
que la tirana, cruel, rabiosa perra
a barrido lo lleva todo a tierra...
. . . .
Así se van ya todos acabando
que es lástima de ver tamaña ruina...

Y luego prosigue con la pintoresca relación de los alimentos variados y extraños, así como los de la preparación que el ingenio acicateado por el hambre, encontraba para satisfacerla:

(2) Ruy Díaz. — Loc. cit.

El triste lamentar y las endechas
que cada cual cantaba de su modo
a la falta de pan iban derechas
que en tratar de comer estaba todo.
Las carnes consumidas y deshechas
los rostros de color de puro lodo
perdió el amor su fuerza aquí de hecho
que cada cual miraba su provecho.

Culebras quien hallaba era dichoso
y de padres y hermanos envidiado
lagartijas pequeñas yo bien oso
decir, que las comí mal de mi grado;
Y sé que me hallaba deseoso
de tener abundancia, que probado
su sabor ricamente me sabía
y más que de cabritos parecía.

Algunos en cazar a los ratones
tan diestros y tan hábiles estaban
que en trueco de una, o dos, o más raciones
un número tasado concretaban:
También había una especie de lirones
que a modo de conejos se guisaban
y aunque faltaba aceite y vino añejo
la gran hambre prestaba salmorejo.

Prosigue, luego, contando, como saboreaban los sapos ponzoñosos e hinchados, y los nocivos escuerzos y como a algunos les sabía tan a gusto, que los juzgaban superiores a las ranas. Finalmente, en el horror de la desesperación, cómo comieron los soldados las entrañas de un ahorcado, royendo luego hasta los huesos.

Remedió tan afligente situación el Adelantado, que había partido en demanda de víveres al interior, llegando, no sin ser batido de nuevo por la tempestad, a San Gabriel, donde la nave capitana desmantelada, fuera arrojada a la costa.

Los charrúas lejos de emplear con ellos la táctica adoptada

con Solís y con Alvarez Ramón, los recibieron del modo más hospitalario y cordial, dándoles las primicias de sus alimentos usuales, venados, avestruces y dorados sábalos. Este cambio de política era debido a la astucia de Yamandú, según la leyenda de Centenera, imposible por otra parte de contralorear.

Era Yamandú, el Emperador (título con que lo adorna el poeta) cuyos dominios abarcaban toda la cuenca del Plata, del Paraná y Uruguay, siendo el asiento de su gobierno las islas de la desembocadura del Uruguay. Su parentesco con Cayú, timbú del Paraná hace suponer que lo fuera también, pero le prestaban tributo los Querandíes y los Timbúes, los Guaraníes de las islas y los Charrúas. Su nombre era hereditario, significando su alto cargo, y era descendiente de un Rey sabio: era elocuente, alto de estatura, de facciones semejantes a los españoles, vestido con un sayo de algodón y cubierta la cabeza con un sombrero, reflejaba su figura distinción y continencia.

Manejaba con elegancia su rico lenguaje en su oratoria contenida y convincente: y cautivantes y engañadores sus palabras y modales. Su talento, su sagacidad y su astucia doblaban todas las voluntades y la sumisión a su poder era absoluta. Desconocedores los españoles de su profunda mentalidad, atribuían a hechicería, un dominio, que él afirmaba ser como la luz del Sol, que alumbraba a toda la gente. La llegada de Juan Ortiz de Zárate, le hizo organizar un vasto plan diplomático y estratégico, siempre de acuerdo con la leyenda del poeta cronista.

Los charrúas debían vigilar el momento oportuno para destruir su gente; como este trabajo, forzosamente, debía de ser lento, dada la cantidad de españoles, era necesario aislar esa tropa, de Garay, a la sazón en Santa Fe. Para inmovilizar y si fuera posible destruir a éste, encomendó a Teru, una tarea semejante a la que tenía Zapicán, con el ejército del Adelantado. Finalmente para evitar que pudieran socorrerse y aún tener noticias uno de otro, tomó el atrevido partido de llevar él en persona la correspondencia, de uno al otro, la que entregaría en momento oportuno y fuera de peligro, y lo

que dándole, además, acceso franco al campamento enemigo, le hacía apreciar las fuerzas y el estado de ánimo de los cristianos.

Quedó cautivado Garay, con Yamandú, y concediéndole su amistad y confianza, le entregó las cartas para Zárate, en las que manifestaba, que conociendo su arribo, se ponía a sus órdenes. El Indio guardó ese documento para su ocasión propicia.

En esas condiciones se rompieron las hostilidades. Fué la causa la prisión de Abayubá, sobrino de Zapicán, a quien cogieron los españoles con motivo de haber dado asilo, los Charrúas, a un desertor español. El cange se efectuó, pero los Charrúas retiraron los víveres. Atraídos por el hambre al interior del país 40 hombres de Zárate, Zapicán los dejó internarse y cayó a tiempo sobre ellos, con tal decisión, que sólo dos salvaron, gracias a sus piernas, quedando uno prisionero.

Para vengarles el Adelantado mandó a Santiago y a Pinedo al frente de 100 hombres; el combate fué rudo, los Jefes y cien soldados quedaron muertos en el campo de batalla. Con tan rudos golpes abandonó Zárate la costa y se retiró a la Isla de San Gabriel, al abrigo de los Charrúas, los que destruyeron el pueblo y le amenazaban desde la costa.

Llególe en esta ocasión al general, un refuerzo con Ruiz Díaz Melgarejo, quien le traía víveres, al tiempo que levantaba su quebrado espíritu.

A todo esto Terú desarrollando el plan de Yamandú atacaba a Garay denodadamente, pero a pesar del valor de los indígenas fué vencido. El hábil plan del indio - Emperador había terminado. Era el momento oportuno, para entregar las cartas de Garay y señorialmente se presentó en San Gabriel, saludado con continencia a Zárate y cautivándolo con la misma facilidad que a Garay, con lo que el Adelantado le contestó por su intermedio.

La visita a Zárate tenía además otro móvil y era estudiar el estado de las defensas para atacarlo de sorpresa por mar, por medio de canoas. Efectivamente, después de la visita rodearon los indios a las naves, y no pudiendo realizar la

sorpresa, disimularon su venida, repartiendo víveres y retirándose tranquilamente.

Garay, entre tanto venía en auxilio del Adelantado. Bien sabía Yamandú lo que significaba su unión. No lo había podido impedir Terú, la sorpresa marítima había fracasado, era pues el caso de tomar la ocasión de sorprender a Garay en cuanto tomara tierra y quedó a cargo de Zapicán otra vez la empresa. Este no tardó en llegar, Garay naufragó en el Uruguay y consiguió tomar pie en San Salvador y con las ropas mojadas todavía, resistió el violento empuje de los bravos charrúas y fué tal su denuedo y se multiplicaron de tal modo sus 30 soldados que consiguieron rechazar a los charrúas quienes dejaron su mejor sangre en el campo, Zapicán, Abayubá, Tabobá, Magaluna y hasta doscientos indios de lo más granado. Si la suerte no fué favorable esta vez a Zapicán, si Garay lo venciera, como venciera a Terú, si la sorpresa de Yamandú a Zárate la hizo fracasar la delación, con todo no podemos dejar de admirar la magnífica y sagaz estrategia de Yamandú, digna por cierto de mejores elementos, para secundar planes tan sabiamente preparados.

Triunfante, no Zárate, sino Garay, de los inmensos peligros que le amenazaran y con el refuerzo de Melgarejo, el Adelantado pobló otra vez la costa del San Salvador, con el auxilio de los indígenas de Yamandú, quien filosóficamente ofreció su concurso, dando tiempo a la preparación de nuevos planes.

Dos años duró esta población, no pudiendo resistir la hostilidad de los charrúas, como no habían podido resistir los primeros pobladores, lo mismo que los de San Juan que fundara Romero por cuenta de Irala.

Completaremos la biografía de Yamandú, con sus altísimas gestiones diplomáticas y guerreras.

Garay y Melgarejo que habían recorrido devastando las islas Guaraníes del Uruguay y Paraná, dominios de Yamandú, habían tomado prisionero a un hijo del cacique Cayú. El diplomático señor de los dominios, visitó a Garay pidiendo su libertad y como este no se la concediera, se presentó a Zárate quien como ya se había percatado de la fuerza del indio a

quien creyera hasta entonces un cacique adicto, tomó la coyuntura para prenderlo. Con admirable serenidad soportó el indio su suerte adversa y hábil en recursos, solicitó el bautismo, sin que esto consiguiera aflojar sus cadenas.

Hizo saber entonces a Cayú, el peligro que corrían su hijo y él, si intentaba cualquier represalia, y a fin de disimular mejor, predicó elocuentemente la paz, halagando a los conquistadores, con tono sacerdotal, declaraba que los oráculos habían manifestado que los conquistadores dominarían esta tierra, por lo que no debía resistírseles más. Adormecidos los españoles con su tranquilidad, aprovechó la alegría de éstos con motivo de la venida de víveres, para alcanzar la libertad y poner en ejecución sus nuevos planes de resistencia.

Su vigilancia sobre Garay, dió por resultado la sorpresa de éste por los Minuanos, (tribu de la familia Charrúa) y su muerte, bien sensible por cierto, pues llena la conquista con sus triunfos brillantes, y deja las fundaciones de las ciudades de Santa Fe, (1573) y Buenos Aires (1580) como recuerdo imperecedero de su nombre.

Finalmente termina su carrera Yamandú con un vasto plan sobre Buenos Aires, en que llevó coaligados, Querandíes, Charrúas y Guaraníes de las islas, quienes después de un combate tenaz fueron vencidos.

Desde entonces se esfumó la silueta del Rey de las Islas y del Emperador elocuente y sagaz, del estratega hábil y del diplomático, fértil en recursos y soluciones, grande siempre y sereno, en la prosperidad y en la desgracia.

Hace doblemente interesante la figura de Yamandú, su carácter de hechicero. Es sabido que bajo este nombre encerraban los conquistadores las funciones de sacerdote y de médico, que se juntaban en los indígenas de América, colocando a los que las ejercían en un nivel superior, en Yamandú se unían además de su condición de cacique, "Emperador" según la versión de Centenera, llegando por lo tanto a la mayor suma de prestigio en la cuenca de los ríos, aumentado aún con sus excepcionales dotes de talento y de carácter. Era una hermosa silueta del gran caudillo indígena, refiriéndose a este tópico, dice un ilustre publicista "Yamandú, conse-



jero errante, juez a providencia de las agrupaciones nómades, médico y sacerdote, que cura a los enfermos, e ilumina a los sanos, pues posee la ciencia de las hierbas y el secreto de la predicción astrológica.'' (1)

Lástima que la descripción de Centenera, no nos ilumine en esta faz interesantísima del intelecto del médico o hechicero Yamandú. En cuanto a Zárate poco después de fundado San Salvador se dirigió a la Asunción a tomar asiento en ella, pero no gozó mucho de la tranquilidad que esperaba. En efecto, poco después cayó postrado en cama. Lo asiste un curandero viejo, Pedernera, único recurso médico, que para vergüenza de los conquistadores tenían sus Adelantados y aconséjale este, como un remedio saludable para curar sus males, una contrayerba que deshace en el caldo, y cuyos efectos fueron tales, que poco después fallecía el 3.er Adelantado.

Veinticuatro años pasaron desde la despoblación de San Salvador sin que los españoles volvieran a poner sus pies en nuestra tierra. El 4.° y último Adelantado, Juan Torres de Vera y Aragón, se despreocupó en absoluto del Uruguay. A los Adelantados sucedieron los Gobernadores. Uno de estos, Hernán Darias, en 1610 trata de nuevo de conquistar el Uruguay, aproximándose a su territorio con algunas tropas. Algunos historiadores dicen que sufrió una espantosa derrota salvándose, únicamente él mismo y a uña de caballo.

No hay ningún documento que permita afirmar un desastre tal que hubiera de haber tenido por su importancia, señalada repercusión; en cambio el P. Del Techo se limita a decir que: ''aterrado por lo que oía contar de los indios, volvió sin hacer cosa de provecho, desesperando de poder sujetar a los bárbaros'' por lo que solicitó la ayuda de los misioneros, ''la cruz había de conseguir lo que no pudieron las armas''.

Lástima que ese recurso hubiera sido empleado después de una harto dolorosa experiencia, pues de haberse adoptado desde un principio se habría conseguido traer a la civilización estas tierras doscientos años antes, amén de la sangre que de conquistadores y de indígenas los procedimientos pacíficos hubieran ahorrado.

---

(1) ANTONIO BACHINI. — Revista Histórica, Montevideo, tomo I.

Por otra parte si la conquista espiritual dióles el resultado que esperaban con los guaraníes y algunas de las otras tribus de nuestro suelo, fué inútil en absoluto con los charrúas, que fieles a su tradición hubieron de sucumbir, finalmente, al hierro, en los albores de nuestra independencia, ultimados por las tropas de la patria.

CAPÍTULO VII

Los Leños de Indias

SUMARIO: Factores que contribuyeron en la conquista al estudio de las plantas de América. — Los herbolarios quichúas y los aztecas. — Primeras descripciones de las plantas americanas por Colón y Alvarez Chanca, Yañes Pinsón y Américo Vespucio. — El cronista Pedro Mártir de Angleria. — La Historia Natural de las Indias, de Fernández de Oviedo. — García de Orta y Cristóbal Acosta escriben sobre las plantas de las Indias Orientales. — Nicolás Monardes. — El primer tratado de las plantas americanas. — El Padre José Acosta: su Historia Natural de los Indios. — El cronista Herrera y su Historia General. — Fray Agustín Farfán, Médico y Naturalista. — Agustino publica la primer obra medicinal en Nueva España. — La gran obra de Francisco Hernández se publica incompleta 30 años después de escrita; el compendio de Fray Francisco Ximénez ve la luz en Méjico. — El de Nardo Antonio Recchi. — El Príncipe de Nassau pasa al Brasil llevando a Guillermo Pinsón y Jorge Marcgrave. — La obra de éstos. — Su importancia científica y su relación con la flora del Río de la Plata. — La parte naturalista. — La Ipecacuana y el Jaborandi. — La parte médica Santiago Bontins. — Las obras de Pinsón y de Bontins y las de los misioneros jesuítas.

Uno de los móviles de la expedición que diera por resultado el descubrimiento del nuevo mundo, era el de encontrar una vía más corta, hasta las tierras que producían la espececería, las que creyó descubrir Colón, muriendo sin desengañarse de su error. No es de extrañar, así, el interés, con que tanto él, como los que lo siguieron muchos años después, describían las plantas del nuevo continente, tratando de encontrar aquellas, cuyo valor significaba, entonces, una fuente de riqueza.

Agregóse, luego, la necesidad en que se vieron los colonos, de hacer uso de las variedades alimenticias que empleaban los indígenas, las frutas desconocidas, las plantas de propiedades raras y curiosas, exaltadas por el ambiente de la época, que despertaba la curiosidad, hacia todo lo que presentaba visos de extraordinario.

Más tarde, encontrada por Magallanes la ruta de la Especería, nuevos motivos solicitaron la atención de los conquistadores, en el empleo obligado de las plantas medicinales, que debieron aprender de los aborígenes, en el abandono de recursos terapéuticos, en que siempre se encontraron, en sus expediciones y en sus empresas de conquista.

El éxito obtenido con los leños sudoríficos, en el tratamiento de las bubas, dió mayor impulso aún, y llegó a interesar vivamente a los médicos y a los botánicos por la flora de las tierras de Indias.

Tratóse de conciliar los conocimientos clásicos con las enseñanzas que de los indígenas recibieran, organizando importantes expediciones de hombres de ciencia con ese objeto, de las que no se sacó, por cierto, toda la utilidad que su esfuerzo hubiera hecho esperar.

Los indios, viviendo en su estado de rudimentaria cultura, en su íntimo contacto con la naturaleza, concedían la mayor importancia al uso medicinal de las plantas, como que era el único recurso que se hallaba en su mano para defenderse de los peligros que de todas partes les rodeaban.

Había esa manifestación de la lucha por la vida, aguzado el espíritu de observación, con el que recogieran, sin duda, provechosas enseñanzas. Así, no es de extrañarse, que en todos los pueblos del nuevo mundo, fuera general su empleo, sobresaliendo, naturalmente en aquellos, que habían alcanzado un grado de cultura más elevado.

Así uno de los más sabios Incas, expresaba en una sentencia, la gran simpatía con que sus reyes miraban esa rama de su saber. Así decía Pachacutec, nieto de Manco Capac: "*El Médico o herbolario que ignora las virtudes de las Yerbas o que sabiendo las de algunas no procura saberlas de todas, sabe poco o nada. Conviénele trabajar hasta conocerlas*

todas, así las provechosas como las dañosas, para merecer el nombre que pretende". (1) Sentencia digna de un Rey, digna de un sabio y que no desdeciría en la civilización de nuestra época, ni en los labios del más alto de los actuales pontífices de la ciencia. Los Médicos Incas, respondieron a la confianza que depositaban en ellos. "Los hubo grandes herbolarios, muy famosos, que conocían las virtudes de muchas yerbas, que las enseñaban por tradición a sus hijos y que atendían a la curación de sus reyes y grandes señores". (2)

No menos importancia concedían los aztecas al estudio de las plantas. Poseían "la más rica y abundante flora que se conoce en país alguno del globo, debido a los distintos y opuestos climas, y estos diversos productos fueron sistemáticamente coordinados por los aztecas, que conocían sus propiedades y las colocaban en planteles más extensos que ninguno del antiguo mundo. No es imposible, que fueran ellos, los que sugiriesen la idea de esos jardines botánicos o de plantas que se introdujeron en Europa pocos años después de la conquista". (3)

Formaban parte de sus artículos de comercio, las yerbas medicinales, las que se vendían en las ferias, que realizaban cada cinco días.

A este respecto nos relata Herrera: en los mercados había yerbas, raíces y semillas, así para la comida como para medicina, tanta y de tal variedad que no se puede contar y que para conocerlas, es menester gran curso y ser muy diestro herbolario, aunque por la mayor parte, los hombres, mujeres, y niños, en su gentilidad conocen muchas yerbas, porque en la pobreza y necesidad las buscaban para comer y curar sus dolencias; que poco gastaban en médicos, aunque los tienen, los cuales curan con cosas simples y de ellas se saben maravillosos efectos. Hacen y han hecho en algunos castellanos curas muy señaladas. Sacábanse al franqueo ungüentos, jarabes, aguas y otras cosas de enfermedades: casi

(1) Garcilaso.—Tomo II, cap. XXXVI.
(2) Garcilaso.—Tomo II, cap. XXV.
(3) Prescott.—Conquista de Méjico, cap. V.

todos los males los curan con yerbas, tanto que aún para matar los piojos, tienen yerbas propias y bien conocidas. (1)

La riqueza enorme de la materia medicinal americana llegaba ya, en tiempos de Felipe II, a tres mil variedades, contando las que aportó Hernández en su obra, que permaneció tanto tiempo inédita.

Es necesario historiar los naturalistas y cronistas españoles que se han ocupado de ellas, para poder conocer en conjunto la materia médica indígena y la entrada de las distintas plantas de indios en el dominio de la ciencia médica universal.

Cristóbal Colón en la relación de su primer viaje, decía ya, que no se cansaban sus ojos de ver tan famosas verduras, y tan diversas de las de España, creyendo que había en ellas muchas yerbas y muchos árboles que valdrían mucho en España para tinturas y para medicinas de especería, agregando humildemente que él no las conocía de lo que llevaba gran pena. (2) Creyó con todo reconocer especies del Linaloe, la Almáciga, el Ruibarbo y el Arrayán, aunque equivocando en general las especies. (3)

No estuvo a la altura de su carácter profesional, el doctor Alvarez Chanca sevillano, médico y cronista del 2.° viaje del almirante, respecto de las plantas medicinales. Más bien que estudiar las especies de la nueva flora que se ofrecía a sus ojos, trataba de encontrar los productos de especería que más se cotizaban en Europa, provenientes del Asia, errando por lo general, dejando malparada su reputación de botánico. Supuso encontrar el Gengibre, una especie de Canela, el Mirabolano y el Linaloe del que ya había hablado Colón.

Pedro Mártir de Angleria, con escasos conocimientos, no hace más que citar y de una manera vaga, las propiedades de algunas plantas y sin conocer por lo general el nombre. Así nos habla de la Jaruma, parecida a la higuera cuya fruta de buen sabor es saludable para curar heridas, (4)

(1) Herrera. — Tomo I.
(2) Cristóbal Colón. — Relación del primer viaje. Navarrete.
(3) Colmeiro. Ateneo de Madrid. Conferencias. 149?.
(4) P. Martir. — Tomo I, década VII, libro I, cap. I.

y para confirmarlo, cita el caso de un español que recibiera un tajo, que casi le quitó el hombro y el brazo, sosteniéndose apenas el miembro, bajo la piel exterior, por los tendones y que en ese estado, acudió a una india, la que aplicándole la medicina del árbol, a los pocos días lo dejó sano y bueno.

Cita asimismo cierta yerba, llamada Guay, que comiéndola o bebiendo su zumo, los que padecen "pesadez agria de bilis" les provoca vómitos y pronto se ponen buenos. Para los que padecen calenturas y los que sufren heridas siempre que sean curables, añaden que usan los indios otras yerbas. (1)

Para los que sufren de la molesta enfermedad de las pupas (Sífilis) indica la madera común en la española, llamada Guayacán, y refiere las propiedades del Manzanillo, de sombra mortífera.

Yáñez Pinzón en los viajes del Brasil, señala la caña fístola y el árbol del Anime, el Sinamono y el Enebro blanco.

Américo Vespucio hace mención de la Coca (sin darle el nombre) y describiendo su uso con toda minuciosidad, siendo la primera descripción conocida. (2)

Pero el primero que hizo un capítulo de plantas medicinales, describiéndolas, acompañándolas de dibujos y señalando sus virtudes curativas, fué Gonzalo Fernández de Oviedo, primer cronista oficial de América, quién desde 1515, hasta la fecha de la publicación de la primera parte de su historia, había atravesado 8 veces el Atlántico, desempeñando puestos importantes en las posesiones españolas de tierra firme.

Aun cuando él declara "que no quiere que nadie se cure por sus palabras, ni desea tal crédito en medicina, pues que no la estudió, ni es de su profesión, ni ejercicio, sino de los que viven probando a curar o a matar", (3) lo cierto es que no está por debajo de ninguno de los herboristas titulados de todo su siglo. Describe con minuciosidad las plantas, las acompaña con diseños de su "mal dibujo", indica detalladamente el modo de preparar la medicación, las dolen-

(1) P. Martir. — Década VII, libro III, cap. VIII.
(2) Viajes de Américo Vespucio por Navarrete. Viaje II.
(3) Fernández de Oviedo. — Libro X, cap. III.

cias y el período en que conviene usarlas, el régimen a seguirse y las cosas que deben evitarse; en una palabra, que siendo médico de su época, no lo hubiera hecho mejor.

Además, a pesar de su declaración, él se delata en sus aficiones médicas; así nos cuenta al pasar, que ha curado él, y hecho curar en su casa, muchos indios y esclavos negros suyos, y aún algunos cristianos, los que han sanado bien; y "en verdad, algunos de ellos, de tales llagas, que les costaran muchos dineros del Cirujano y que duda todavía si las supiera curar y que de esa manera sin darle penuria ni gracia se curan". (1)

En otra ocasión nos refiere cómo saltando junto al mar, lo hizo con tal desgracia que la punta de una peña abrióle el pie, por la parte de la planta, casi de los dedos al calcañar, (talón) y como no teniendo recursos, ni un cirujano, hizo que los indios caletasen tocino, con el que una vez hervido, le quemasen la herida, que tenía más de un dedo de hondo, lo que no bastó para restañarle la sangre". A todo esto, una negra le dijo que los indios usaban en esos casos el aceite del cacao, y como lo llevaba en sus provisiones, derritiólo, empapó unas hilas y llenando con ellas la llaga, púsole encima paños mojados de los mismos. Al cabo de veinte y cinco días estaba cerrada y sana la llaga, quedándole sólo una cicatriz dolorosa, que siguió tratando con el cacao, con lo que en dos meses se deshizo la dureza de la cicatriz y desapareció el dolor. (2)

El agudo ingenio del cronista, su espíritu sagaz de observación, y las necesidades por que hubo de atravesar en aquellas tierras, favoreció su afición a la curación de los males, a su estudio y al conocimiento de los medios naturales, que los indios emplearon. De ese modo, nos ha dejado los interesantes capítulos de materia médica americana, que pude decirse, que son los primeros estudios en esa materia.

Del libro VII al XI los dedica el autor al estudio de las plantas alimenticias, árboles y plantas medicinales. De entre

---

(1) Fernández de Oviedo. —Libro XI, cap. XV.
(2) Fernández de Oviedo. —Libro VIII, cap. XXX.



Américo Vespucio, de una medalla de la época
(*De la colección del autor*)

ellos sacamos las siguientes, de las que señala con virtudes curativas:

Arbol con que sueldan las quemaduras.

Guayacán, con que se curan las buas.

Arbol del bálsamo.	Naguey.
Avellanas para purgar.	Nuzor.
Higuera del infierno.	Cacao.
Yerba Y.	Ciruelo de Nicaragua.
Goaconak (bálsamo).	Guayabo.
Perecebuc	Jaruma.
Curiá.	Hicacos
Perotica.	Xagua
Goygaraca.	Caymito.
Hobos.	Piña americana.
Guao.	

En 1563, publicó en Goa, el "Coloquio de simples y drogas e cousas medicinales de India", el portugués García de Orta muy popularizado en la vieja España, por Cristóbal Acosta y conocido con el nombre de Huerta. Médico y botánico había permanecido muchos años en las Indias portuguesas, adquiriendo una gran pericia, de los conocimientos naturales y en sus aplicaciones medicinales. Su obra va acompañada de dibujos y es muy rara, conociéndose por las impresiones que en España amplió y completó Acosta.

Era éste un médico de Burgos, nacido en Africa, y que había viajado por las Indias, China y Persia, encontrándose en aquéllas con García de Orta, con quien intimó, viendo un estímulo en la obra de éste, para publicar la suya, como lo hizo en su patria en 1578, llamándola "Tratado de drogas y medicinas de las Indias Orientales con sus plantas dibujadas al vivo".

Aún cuando uno y otro, escribían sobre las plantas medicinales de las Indias Orientales, se encuentran entre ellas algunas especies como el Palo de culebra, el Ananás, o piña americana, etc., etc. Su obra de mucho valor, tuvo una gran influencia en la península sobre los escritores que se ocupa-

ron de América, tomando como tipo sus descripciones, para encontrar las variedades americanas. Por ello, incluímos sus nombres en este capítulo.

Después de Fernández de Oviedo, en las relaciones de Alvar Núñez, (1555) Vargas Machuca (1599) (1) y sobre todo Sahagun (1575), encontramos algunas referencias a plantas medicinales, el último dando los nombres mejicanos de ellas, pero hay que llegar a Monardes para encontrar al padre del Herborismo Americano.

Era Nicolás Monardes (1493-1588?) un médico sevillano, que ejercía su profesión en esa ciudad, la que era, entonces, el puerto obligado de los buques que arribaban del Nuevo Mundo. Su marcada afición a las plantas americanas, fué bien pronto conocida, y por sus relaciones con los marinos y sus correspondencias con los españoles radicados en este continente, logró formar un pequeño museo, con las plantas que les enviaban, el primer herbario del nuevo mundo. Respecto a las propiedades de ellas, si bien declara que las había empleado para conocer sus efectos, no hay duda que las tenía, por lo común, por las referencias de los viajeros.

En 1565 publicó su obra: Dos libros: el libro de las cosas que traen de nuestras indias occidentales, y el otro, que trata de la piedra bezaar y de la yerba escorzonera, los que se publicaron en 1574, en la edición que conocemos, conjuntamente con el Diálogo del hierro y su grandeza, y el Tratado que trata de la nieve y de sus propiedades.

El tratado de las plantas de las Indias lo divide en 3 libros.

En el primero trae: El Anime y el Copal. — La Taruchana; La Caraña; Aceite de la Higuera del Infierno; Betumen; Liquidambar; Bálsamo; Guayacán y Palo Santo; Raíz de la China; Pimienta de las Indias; Cañafístola; Avellanas purgantes; Piñones purgativos; Havas purgativas; Leche del Piripirichí; Mechoacan; Sulfur bino y Palo aromático.

En el segundo: Tabaco; Salsafrás; Cardo Santo; Cuentas de Santa Elena; Guacarane; Cevadilla; Epístola del Perú;

(1) Obras cit.
(2) VARGAS MACHUCA. — Descripción de las Indias.

Sangre de Drago; Armadillo; Flor del Mechoacan; Fruto del Bálsamo; Pimienta luenga; Zarzaparrilla de Guayaquil; Ambar Gris.

En el tercero: Canela de Indias; Gengibre; Ruybarbo; Piñas; Guayabas; Cachos; Flor de Sangre; Corteza de árbol para reumas; Pacal; Payco; Yerba para el mal de los riñones; Fruta que se cría debajo de la tierra; Leucoma; Cuentas jaboneras; Cangrejo de aquella tierra; Cardones; Yerba para los quebrados; Verbena; Mastuerzo; Lechuguina silvestre; Licor ámbar; Arbol que muestra si uno ha de morir o no; Granadilla; Yerba sol; Betumen que se saca debajo de tierra; Piedras bezaares; Higueras del Perú; Coca; Colores diversos de la tierra; Cazavi; Cañutos para el Asma; Carao Santo; Piedra para la madre; Cañafistola en conserva; Bálsamo de Tolú.

En el libro que trata de dos medicinas excelentísimas contra todo veneno, se ocupa de la Piedra Bezaar y de la Yerba Escorzonera; repite respecto de la primera, la leyenda de la reina de los venenos; y respecto de la segunda, cuenta las propiedades de esa yerba, llamada así, por que las empleaban en Cataluña contra las mordeduras de una clase especial de escuerzos.

El libro de Monardes fué, durante la dominación española, el maestro obligado de todos aquéllos que se ocuparon de yerbas medicinales, como que era el primer tratado publicado en esa materia; las diferentes ediciones que se hicieron, propagaron la obra, que ocupa en la historia herbolaria americana un lugar distinguido.

Tuvo su obra el mérito de reunir todo lo que entonces se conocía y de un modo metódico y regular, agregando un gran número de plantas que no se habían señalado hasta entonces.

No muy celoso de la nomenclatura, de algunas no da el nombre, indicando sólo, los rasgos generales y las propiedades.

Fiel a su época, es crédulo en lo maravilloso y nos cuenta la virtud de la planta que indica si uno ha de morir o no, cree a pies juntos en las piedras bezaares, si bien es cierto que esa creencia estaba, por siglos, arraigada. Algunas veces

confunde las plantas, como al tratar del tabaco, al que le aplica las propiedades conocidas de la coca; finalmente no es muy exacto, en lo que a datos históricos se refiere.

Así al hablarnos de las propiedades del Palo Santo y Guayacán, nos afirma, muy suelto de cuerpo, que las buas o sífilis, se propagaron de los indios e indias que llevó Colón a Nápoles, en donde se encontraban los reyes católicos a la vuelta de su primer viaje,

Después de Monardes, se ocupó de las cosas de América, el Padre Jesuíta José Acosta, quien publicó en 1590 su obra "Historia Natural y Moral de las Indias" en dos tomos, obra en parte histórica, dedicada a relatar los acontecimientos de los Aztecas y de los Incas, en parte naturalista, geográfica, etc. Tuvo la publicación un gran éxito, que dió a su autor el elogioso apodo de "Plinio de las Indias". En lo que a plantas medicinales atañe, está muy lejos de ser apropiado el título. En efecto, sólo refiere al pasar los nombres y las propiedades de las más señaladas, remitiendo a los que desean más datos, a la obra del doctor Monardes y a la obra insigne del doctor Francisco Hernández, que aunque inédita, se conocía entonces por un extracto en italiano, del doctor Nardo Antonio.

Herrera, en su Historia General de las Indias (1601-1615) resume todos los conocimientos adquiridos hasta la fecha, pero en su carácter de cronista, sin la decidida afición que ponía Fernández de Oviedo.

Corresponde al fraile agustino y médico Agustín Farfán el haber sido el primer naturalista que imprimiera una obra de carácter médico en América, la que apareció en Méjico en 1610, aunque datara de 1596, el derecho de imprimirla. Fué publicada después de su muerte, por el Virrey de Nueva España, Don Luis de Velazco y se titulaba "Tratado breve de medicina y de todas las enfermedades", hecho por el P. Fray Agustín Farfán, doctor en Medicina, y religioso indigno de la orden de San Agustín en la Nueva España."

Escribe su obra no para los médicos, sino para los enfermos que se encontraran en poblaciones, donde carecieran de médicos y boticarios. Se ocupa en su trabajo de las enferme-

dades propias del clima de Nueva España, y recomienda el uso de los leños sudoríficos y en caso de no obtener resultado aconseja el empleo circunspecto de las unturas mercuriales.

Antes de Acosta, de Herrera y de Farfán había escrito su obra, el doctor Francisco Hernández, natural de Toledo y Médico de Cámara de Felipe II.

Había sido comisionado Hernández, por su real cliente, para pasar a América, en la primera expedición con carácter científico, a fin de estudiar las cosas naturales de ella, dedicándose a esa tarea durante 7 años (1571-1577) y llevando como resultado de su misión, diez y siete grandes volúmenes, "con descripciones, grabados e índices, no sólo de las plantas, minerales y animales de aquel país, sinó también la topografía del reino de Méjico, sin perdonar las antigüallas".(1)

Esa obra valiosísima del médico de Cámara de Felipe II, no fué sin embargo publicada en España, permaneciendo sus manuscritos arrinconados en el Escorial y lo que es más raro fueron entregados por el Rey a un médico napolitano, Nardo Antonio Recchi, protomédico en su país, para que los publicara. No cumplió éste fielmente su misión, mutilando el original y excluyendo la mayor parte de las materias, concretándose a copiar, solo, lo que a las cuestiones médicas se refería. De este modo trunca, compendiada, y vertida al italiano, conoció el mundo científico, la labor del gran naturalista español, en tanto que los originales, con sus dibujos y figuras, fruto de tantos años de trabajo en Indias, permanecían olvidados en la Biblioteca del Escorial, sufriendo las injurias del incendio habido en 1671. La obra de Hernández había costado 60.000 ducados y describía en ella 1.200 especies de plantas.

La obra de Nardo Antonio no se publicó hasta 1651, pero los originales, revisados por el doctor Valle y con su firma, vinieron a las Indias "por extraordinarios caminos" a manos de un fraile, de la orden de los predicadores, radicado en Méjico y muy dado al estudio de las plantas y sus propieda-

(1) Gómez de Ortega. — Prólogo.

des. Era éste Fray Francisco Ximénez. Según el nos lo declara, leyó y releyó muchas veces la obra de Hernández y ejercitó las propiedades indicadas en el Hospital de Oaxtepec.

Resultado de esos estudios y de esos ensayos fué la obra publicada en Méjico en 1615, la que el fraile dominicano publicaba, en el deseo de dar a conocer la verdadera medicina de la tierra, siendo tan necesaria, pues toda ella está despoblada y con mucha necesidad, para los que viven en las estancias y minas donde no hay médico, ni Botica adonde acudir por remedio. La obra se intitulaba "Cuatro libros de la Naturaleza y virtudes de las plantas y animales".

La obra de Ximénez fué, pues, lo primero que se conoció de Hernández; además el hecho de publicarse en América hizo que su difusión en nuestro continente fuera general, marcando una segunda etapa, después de los primeros estudios de Monardes. La obra de Recchio, en italiano, publicada mucho después, no tuvo una influencia práctica en la medicina americana, siendo la de Ximénez durante mucho tiempo el Vademecum de técnicos y profanos para la cura de enfermedades.

Posteriormente a fines del siglo XVIII (1790) y sólo en parte, se pudo conocer por Gómez de Ortega en Madrid, las descripciones originales de Hernández. Dos siglos había guardado España escondida la obra de uno de sus sabios de América.

La obra de Hernández se refería a la flora de Méjico, abarcando como la de Monardes y los cronistas Fernández de Oviedo y Herrera, la tierra firme y el Perú. Débese a Bontius y a Pisón y Marcgrave el estudio de la flora brasilera hasta tocar en nuestras regiones.

Santiago Bontius, o Boncio, como le llamaban los españoles, era hijo de un médico distinguido de Leyde, en donde naciera en 1599; ejerció primero la medicina en su ciudad natal, siendo, luego, nombrado Inspector Cirujano de las Indias, escribió varias obras sobre "Medicine Indorum" (1642) "Historia naturalis et Medicine orientalis" publicada por Pison (libro IV) "Indis-utriusque re naturali et Medicine (1658), ocupándose de muchas variedades de la flora americana. Mu-



rió en Java en 1631, y más que por sus libros, se conoció en América, por las referencias de Pisón.

Al ser nombrado Capitán General de las posiciones holandesas en América, en 1636, el Príncipe Juan Mauricio de Nassau, muy afecto a los estudios naturalistas, de los que dejó dos volúmenes en folios, representando los animales notables de la América del Sud, dibujados e ilustrados por su mano, trató de traer consigo, dos naturalistas distinguidos para poder compartir sus aficiones. Fueron éstos Guillermo Pisón, médico y naturalista holandés, y Jorge Maregrave, alemán, médico, matemático y naturalista, los que llegaron a América en 1637, recorriendo durante 6 años las costas del Brasil, desde Pernambuco hasta el Sud del Río Grande.

Como resultado de sus estudios, publicaron conjuntamente sus dos obras, en latín, en un gran tomo, con grabados de plantas y animales. La obra de Pisón se titulaba "De Medicina Brasiliensi" y la divide su autor en 4 partes: I.—De Aere, Aquis et locis. II.—De Morbis Endemis, III.—De Venenatis et Antidotis. IV. — De Facultatibus simplicium.

Es doblemente interesante la obra de Pisón, desde el punto de vista clínico y del de la materia médica indígena.

En el estudio de las enfermedades endémicas, refiere los síntomas y aspectos clínicos de las afecciones propias de las regiones cálidas americanas, siendo el primer estudio serio, sobre tan interesante tema. Esta parte de su obra la divide así:

I. — De Febribus, Putridus, Tertiana.—De cartilaginis, oculorum vitüs. — De spasmo. — De stupore. — De catarris. —Prolapsus cartilaginis micromatae. — Obstructionibus visrecum naturalium—Oppilatione hepatis et lienis.—Hidropis. Lumbrices.—Ventris fluxibus. — Tenesmo. — Cólera. — Disenteria. — Fluxis albi hepático. — Ulcere et inflamationis ani. — De morbis mulieris et infantibus familiaris. — Morbis contagiosis. — De lue venerea. — De vulnerabis et ulceribus. — De Papulis et impetigione. — De externis malis.

Trata en este trabajo de toda la patología indígena: las fiebres pútridas (tifoidea) y la Terciana, la vasta nosografía intestinal: Disenteria, flujos, obstrucción intestinal, ulceracio-

nes anales, etc., las afecciones venéreas; los parásitos, desde las lombrices hasta el bicho dos pes, las afecciones de la piel, las oculares, las que se relacionan con las mujeres y niños, indicando en cada una de ellas, los medicamentos vegetales del país, apropiados para su curación.

No menos interesante, es la parte consagrada a la Medicación vegetal, en la que trae 54 especies, en la cual además de muchas ya tratadas, trae variedades y plantas nuevas.

Se destaca entre las últimas por su importancia *la Ipecacuana,* bastando este sólo hecho, para que tenga Pisón, buen título al recuerdo, con la descripción primera, de las propiedades del más usado de los vomitivos. Transcribimos a este respecto traduciendo del latín, lo que escribe:

De Ipecacuana. — Finalmente el orden nos induce a tratar de las decantadas y salutíferas raíces, que además de sus facultades purgantes por las vías superiores e inferiores, es el eximio antídoto de todo veneno. También creo ser indicado como remedio contra muchas enfermedades originadas de larga obstrucción, principalmente en la medicación de los flujos del vientre, tan fáciles de contraer en estas tierras.

Existen dos variedades: ni una ni otra descrita por nadie, que yo sepa, y cuyas cualidades eximias, se hayan dado a luz.

Ambas están indicadas para los mismos usos, pero en distinto grado y facultad, y en el aspecto y en el nacimiento de las hojas difieren, una de ellas escondida bajo la tierra crece muy poco en los prados, es semejante al *Pulegio,* pero los tallos de las hojas brotan apeñuscados; la raíz es gruesa, filosa, blancuzca, por lo que los portugueses la llaman para diferenciarla: Ipecacuana blanca. Por sus efectos activísimos, es valiosísima como contraveneno, pero está, por lo mismo, contraindicada, en las mujeres embarazadas y en los niños.

La otra, es de un tamaño de medio codo, adornada de hojas triples o quíntuples, ama los sitios oscuros, y crece en los bosques más densos. Junto al tallo, produce unas pocas frutillas negras. La raíz es tenue, tortuosa, nudosa, de color oscuro, de sabor ingrato, cálida y acre. Desecada y guardada muchos años conserva activas sus propiedades.

Reducida a polvo, su dósis es un dragma; en infusión uno o dos dragmas, aproximadamente.



Dr. Rafael Schiaffino

HISTORIA NATVRALIS
BRASILIAE,
Auſpicio et Beneficio
I. MAVRITII CO.M.
In qua
Non tantum Plantæ et Animalia, ſed et Indigenarum morbi, ingenia et mores deſcribuntur et Iconibus ſupra quingentas illuſtrantur.

LVGDVN. BATAVORVM,
Apud Franciſcum Hackium,
et
AMSTELODAMI,
Apud Lud. Elzevirium 1648.

Portada de la obra de Pison y Marcgrave, 1648, 1.ª edición, Amsterdam

Una y otra, se usan diariamente, tomándose, también, en infusión, pues dejándola una noche hasta el alba en maceración, bajo la acción del agua, comunica sus ricas virtudes médicas el licor.

Quitándole luego, las cabezas muertas, el licor preparado de este modo, se emplea en todos los usos, es tal vez menos eficaz como purgante y como vomitivo, pero mucho más, como astringente.

Así como la raíz, sus hojas no sólo desprenden la materia mórbida de la parte afectada, por tenaz que sea y la expulsa por las vías superiores, sino que también restituyen el tono visceral como astringente.

Además de su uso en los flujos de vientre y en otras enfermedades, es el antídoto de los venenos, que ya de cualidad oculta, ya manifiesta, los expele activamente por vómitos, de inmediato.

Por eso los indios la consideraban como cosa sagrada y ellos fueron los primeros que nos hicieron conocer sus virtudes. (1)

No es menos interesante su descripción del Jaborandi, "Tenido por panacea por los indios, que a los lusitanos y a nosotros revelaron las cualidades de sus raíces, que son de un uso eximio en medicina, pudiendo suplir a los otros antídotos. La infusión de sus raíces frescas, tomada en vino generoso, expele el veneno por sudores y por la orina, lo que tuvimos ocasión de verlo, entre los bárbaros, en presencia del Exmo. Señor Conde de Nassau". Indica luego sus propiedades como estornudatorio y contra los catarros nasales y oculares. Confundido con varias especies, se le dió definitivamente el nombre de Pilocarpus matus por el Dr. Coutinho (de Pernambuco) del que más tarde extrajera, Hardoy la Pilocarpina.

En cuanto a la obra de Marcgrave, se refiere puramente a la Historia Natural: Historiae Rerum naturalium brasiliae: y consta de 8 libros: los tres primeros se relacionan a las

(1) PISÓN, MARCGRAVE. — *Medicina brasilera.*

plantas, entre las cuales cita 90 especies, los siguientes tratan de los animales: Peces, Aves, Cuadrúpedos e Insectos.

Las obras de Pisón y Marcgrave como la de Bontius además de su gran valor intrínseco, tiene otro grande para nosotros. Hemos dicho que los escritores anteriores sólo se habían ocupado de la patología y de la flora de la tierra firme, de Méjico y de Perú. Pisón y Marcgrave, llegan hasta nuestra frontera, hacen el eslabón entre aquella flora y aquella patología y las nuestras, y son los que facilitan y hacen adaptables a nuestra zona, los conocimientos americanos en esa materia. Como maestros son los intermediarios entre Monardes y Hernández, y los naturalistas de nuestras Misiones, forman la transición que preparan el camino a los naturalistas misioneros, los que a su vez son los padres y guías de Azara, De Moussy, D'Orbigny y Larrañaga, hasta llegar a nuestro días. Por otra parte, la reputación consagrada de sus autores hizo que su obra fuera leída en toda Europa, siendo las plantas estudiadas por ellos las primeras incorporadas a la terapéutica científica.

Continuación de la obra de Pisón y de Bontius es la Historia Natural Misionera, a la que consagraremos un capítulo especial.

CAPÍTULO VIII

Las epidemias importadas por la conquista

SUMARIO: **La Viruela:** — Su introducción a la Española en 1518. — La lleva Pánfilo de Narvaez a Méjico en 1820. — Los negros africanos como vehículo. — Pasa al Perú después de la conquista. — Invade de allí a Chile en 1561. — Su extensión al Tucumán. — La opinión de Falkner. — Del Tucumán corre al Chaco y al Paraguay. — Carácter de la Viruela entre los indios. — Su periodicidad. — Aspecto clínico en las diferentes razas. — Su gravedad. — Enormes mortandades que ocasionó. — Medios de preservación y del tratamiento entre los indígenas. — **El Sarampión:** — Es importado con la Viruela. — Su frecuente asociación con ella en las epidemias posteriores. — Gravedad con que atacaba a los indios. — Los sistemas de curación. — La cura al aire libre y al abrigo. — **Las Fiebres Pútridas y Malignas:** — El Tabardillo. — La epidemia en Santa Catalina entre la gente de Gaboto en 1526. — Su entrada al Río de la Plata con Luis Ramírez. — El Chavalongo en Chile. — La epidemia en 1554. — El Matlazahuatl en Méjico en 1545 y 1570. — Su mortandad. — La descripción de Francisco Bravo. — Diferencia entre el Chavalongo, el Matlazahuatl y el Tabardillo de nuestros países. — Tifus Exantemático y Fiebre Tifoidea.

A fines del año 1518, gobernando la isla "La Española" los Jerónimos, hizo en ella su aparición la Viruela. Los frailes gobernadores, en carta a su Majestad, fechada en 10 de Enero de 1519, dábanle cuenta de esa ocurrencia, en estos términos: "Ahora ha acontecido, que ya que estaban (los indios) para salir de las Minas en el mes de Diciembre del año pasado e ir a sus pueblos, ha placido a Nuestro Señor de dar una pestilencia de Viruelas en los dichos indios que no cesa, en la que se han muerto o mueren hasta

el presente casi la tercera parte de los dichos indios. E crea Vuestra Alteza que se les ha hecho e faze todo el remedio posible.'' (1)

Hacen notar la distinta gravedad del contagio entre los colonos y los indígenas, pues en tanto que éstos caían en su casi totalidad, eran sólo heridos de ella ''algunos poquillos de los españoles e no han fallecido''. De La Española se extendió a la isla próxima de San Juan, según la misma carta.

Amplían los datos suministrados por ese documento, las reales informaciones levantadas sobre la despoblación de aquella isla en 1520, (2) así como la de los servicios prestados por el adelantado Rodrigo de Bastidas (1521) quien gozó de la concesión de las rentas del Almojarifazgo en los años 1519 - 1521. (3)

De ellas se deduce: Que la epidemia de Viruela se prolongó en los primeros meses del año 1519.

Que la mayor parte de los indios murieron a consecuencia de la peste y los que salvaron quedaron tan endebles que para nada servían.

Que en ese entonces reinaba la peste en la Villa de San Lucar de Barrameda, la ciudad de Jerez, en el Puerto de Santa María y en el condado y Reino de Portugal.

Que los buques destinados a América, se despachaban y hacían a la vela del puerto de San Lucar de Barrameda, en el que se realizaba todo el movimiento de mercaderías y el de esclavos negros.

Que las autoridades de la Ciudad de Santo Domingo en La Española, justamente alarmadas por la epidemia, enviaban al Alcalde y a un Escribano a bordo de las naves que arribaban, para investigar si llegaba algún enfermo, en cuyo caso le impedían la entrada, dejando en otros los sospechosos cuatro o cinco días en observación. No obstante esas medidas, la epidemia se extendió rápidamente a las islas veci-

(1) *Documentos inéditos del archivo de Indias*, I, página 367.
(2) *Documentos inéditos del archivo de Indias*, II, página 570.
(3) *Documentos inéditos del archivo de Indias*, II, página 386.

nas y en forma tal que nos dice Fernández de Oviedo que dejaron "Estas islas y las comarcanas San Juan, Jamaica y Cuba, asoladas de indios y con tan pocos que pareció un juicio grande del cielo. (1)

Finalmente de las declaraciones de algunos testigos como Fernando de Gorjón, se deduce que en dicha ocasión, se agregó a la epidemia de Viruela, las de Sarampión y de Romadizo y aún otras enfermedades que atacaron a los indios. (2)

No tardó mucho la epidemia en llegar a tierra firme. Pánfilo de Narvaez enviado por Diego de Velázquez a batir a Hernán Cortés, salió de la Isla de Cuba en Marzo de 1520, llevando un negro esclavo entre sus tropas, atacado de Viruela, el que al desembarcar fué alojado entre los indígenas, propagándose el contagio con una rapidez y una grevedad que en algunas partes morían todos y en otras la mitad de la gente. (Gomara) (3)

Se ha dicho que la Viruela fué introducida en América por los negros esclavos. Respecto de la propagación a Méjico (1520) es indiscutible, en cuanto a la entrada en La Española es probable que así fuera, pero no está probado. Según Anderson (4) los primeros africanos fueron llevados a esa isla en el año 1508. No debió ser muy notable ese comercio„ ya que los Jerónimos en 1518, solicitaban reiteradamente del Emperador, el envío de esclavos para los trabajos de campo, faltos de brazos, con la disminución de la población indígena, que ya se empezaba a acentuar, incapaz de resistir al trabajo forzado a que era sometida; en los años siguientes el privilegio fué concedido al Gobernador de Bresa, Lorenzo de Grosover, quien lo vendió a un mercader genovés Gaspar Centurión. Por la real autorización se permitía la introdución de 4.000 esclavos en 8 años, (5) levantando la consiguiente protesta, pues los concesionarios a fin de no abarro-

(1) Fernández de Oviedo. — Libro IV. capítulo II.
(2) *Declaración y Memorial* de Fernando de Gorjón. — Doc. inéditos, I, pág. 429.
(3) López de Gomara. — Conquista de Méjico.
(4) *History of the Commerce.*
(5) *Documentos inéditos.* — Tomo I, pág. 371.

tar la plaza los enviaban en pequeñas partidas, sosteniendo así los altos precios. Este comercio se hacía en el Puerto de San Lucar, como hemos visto, y es posible, por lo tanto, que fueran ellos los vehículos de la Viruela, aun cuando el viaje no fuera realizado todavía, en las malas condiciones en que lo hacían los portugueses al Brasil, y como los realizaran más tarde los mismos españoles.

Así en el Brasil por la misma época, según señala uno de los Jueces de la Española, (1) los esclavos eran tantos que una viuda solo, tenía a su servicio 800, bien es cierto, que los portugueses desde 1488, se ocupaban de ese tráfico y que los primeros negros fueron llevados por Alvarez Cabral, según observa el Visconde de Porto Seguro. (2)

El carácter de estas primeras epidemias, como por otra parte, las que les sucedieron después, era su rápida propagación y su extinción, en muy poco tiempo, por falta de combustible.

Así de la Española, no pasó de los primeros meses del año 1519. (3) Se explica de este modo que necesitase nuevas infecciones, para propagarse a las nuevas conquistas que realizaban los españoles.

En el Perú, donde entrara Pizarro en 1535, pasaron muchos años antes que se conociera la Viruela. Ni Cieza de León ni Garcilaso, que escribieron poco después de 1550, hacen mención de ella. Lozano refiere que en 1589 ya existía, pero como una peste habitual. (4)

El historiador García declara que "las Viruelas fueron introducidas en el Perú mucho tiempo después de la conquista, añadiendo sólo, que fueron muy fatales para los habitantes del país". (5)

No hemos encontrado la fecha de la primera invasión en

---

(1) *El Licenciado Zuazo.* — « Carta al Emperador », Doc. archivo de Indias, tomo I, pág. 293.

(2) *Historia Geral do Brazil.* — Tomo I, pág. 219.

(3) Declaración de Jerónimo do Campo. — Doc. inédito del archivo de Indias, tomo II, pág. 391.

(4) Lozano. — *Historia de la Compañía*, Biografía del P. Diego de Torres.

(5) García. — *Origen, etc.*, página 88, citado por Robertson.

aquel reino, pero debemos presumir con esos datos, que no fuera, sino poco tiempo anterior a su entrada en Chile, en donde un cronista de la época, manifiesta que se introdujo en el año 1561. Es este Alonso de Gongora, el que refiere que nombrado Gobernador de Chile Don Francisco de Villagra para suceder a Don García de Mendoza, le halló el nombramiento en la ciudad de los Reyes (Lima) al principio de 1560, en la que se aprestó, reuniendo dineros y hombres, para marchar a su gobierno, perdiendo un año en esos menesteres, conseguidos los cuales, zarpó para el Callao a principios de Mayo de 1561, desembarcando con su gente en la Serena el 5 de Agosto del mismo año; en seguida "se infeccionó el aire de tal manera, que dió en los indios una enfermedad de Viruelas, tan malas, que murieron muchos a toda suerte: que fué pestilencia muy dañosa y por ello decían los indios de guerra, que Villagra no pudiendo sustentarse contra ellos, como hechicero, había traído aquella enfermedad para matarlos, de que cierto murieron muchos de los de guerra y de paz. (1)

No ha faltado quien discuta esa fecha, como la de la entrada de la Viruela en Chile, siguiendo el historiador Córdoba y Figueroa, quien dice que en 1554 y 1555, el contagio de Viruela mató un sinnúmero de gente (2), mencionando luego como una segunda epidemia la de 1661.

Ahora bien, esa epidemia de 1554, la describe también Gongora, pero diagnosticándola Chavalongo, y especificando su sintomatología, de un modo que no deja lugar a dudas, como que fué testigo presencial de esos sucesos, en tanto que Córdoba escribía más de un siglo después.

El ilustre historiador de Chile, Barros Arana, se declara por la opinión de Gongora, manifestando que si se hubiera tratado de Viruela, enfermedad que le era bien conocida al viejo historiador, no la habría descrito con un nombre distinto, creyendo que en esa primera epidemia se tratara de

(1) Alonso de Gongora y Marmolijo. — *Historiadores de Chile*, tomo II, pág. 94.
(2) Pedro de Córdoba y Figueroa. — *Historiadores de Chile*, pág. 87.

Tifoidea, y así a la de 1561 la etiqueta: Primera aparición de la Viruela en Chile. (1)

Tiene una singular importancia esa fecha por lo siguiente: Según el distinguido autor de la Historia de la Medicina en Córdoba (2), el P. Tomás Falkner afirmaba que la Viruela llegó a Tucumán acompañando a los Jefes y Oficiales que tomaron posesión de esa región y que fué de esa provincia que se propagó a las comarcas inmediatas, llegando hasta las Misiones y el Paraguay.

Declaramos que aunque no hemos podido encontrar esa cita en la descripción de la Patagonia del ilustre médico jesuíta, admitimos la lógica de esa conclusión. Como veremos después, la epidemia en 1589 no fué de Viruela y sólo en 1610, encontramos en las Misiones las primeras alusiones a esa peste, y éstas, hechas en forma tal, que se refieren a una enfermedad habitual y no a un flagelo nuevo. La carencia de datos en esa fecha (1561) se explica bien, ya que antes del ingreso de los primeros jesuítas (1589) la documentación a este respecto, es todavía hoy, bastante deficiente. Así, pues, debemos presumir que en aquella fecha se propagó de Chile al Tucumán y Paraguay, partiendo la infección del Perú, de donde la sacara Don Francisco de Villagra.

La mortalidad de las primeras epidemias de Viruela en América fué formidable. Rodrigo de Fonseca, (3) ilustre médico portugués, contemporáneo de Colón escribía de la primera epidemia: "Esta plaga nunca ha sido conocida sino en las Indias Orientales, sabemos que en América un millón de indios fué destruído por la Viruela no hace muchos años, no atacando la epidemia a ningún español. Esta enfermedad fué introducida por un negro".

Dobrizhoffer comenta la cita del médico lusitano diciendo: "Está fuera de discusión que la Viruela es la verdadera

(1) Diego Barros Arana. — *Historia de Chile*, tomo II, págs. 62 y 303.

(2) Gastón Maceda. — Tomo II, pág. 74.

(3) Nicolao Antonio, en su Biblioteca Scritorum Hispaniae, tomo II, pág. 225, trae la enumeración y el elogio de sus obras (murió en 1622). La cita la señala Dobrizhoffer, tomo II, cap. XXIII, *Historp of the Abipones*.



El Jaborandí *(Dibujo de la obra de Pison)*



La Ipecacuana (*Dibujo de la obra de Pison*)

peste de los Americanos y que fué introducida por los europeos o los negros, de aquí la justa lamentación de los indios: Los europeos, dicen, son sin duda muy buena gente! nos han querido compensar liberalmente, dejándonos la Viruela en cambio de la cantidad infinita de oro y plata que nos han llevado! y agrega: "Es un hecho bien conocido, ciertamente, que el, número de indios que han muerto de estas enfermedades (agrega a la Viruela, el Sarampión) durante las dos últimas centurias desafía todo cálculo."

Discute luego lo que asevera Rodrigo de Fonseca: el que los españoles y otros europeos en América estén exceptuados de contraer la Viruela, afirmando que no es exacto, aun cuando no puede ponerse en duda, que los indios la contraen más pronto y que más a menudo mueren a consecuencia de ella.

De la gravedad del mal hace un distingo, de todo punto interesante: hemos visto como el ilustre jesuíta dividía a los indios de nuestras regiones, en ecuestres y pedestres, colocando entre aquellos los Abipones Mbayas, etc. alcanzando ese grupo todos los Guaycurúes, o chaqueños y la gran familia Charrúa; entre los pedestres están todas las razas guaraníes. Pues bien, dice que los pedestres, tienen menores fuerzas para resistir o expeler el veneno de la Viruela, por su género de vida, por su alimentación sin sal, ni alcohol: por andar con la cabeza descubierta, por el uso constante del maíz, que causa una fermentación en sus cuerpos, motivos todos que contribuyen a que a menudo les resulte fatal la Viruela; no así los Abipones, y demás ecuestres, los que no estando trabajados por aquellas miserias, tienen generalmente la viruela en una forma de mediana intensidad.

Para probar su aserto refiere que en la epidemia de 1765, en tanto que murieron 12.000 guaraníes en las misiones jesuíticas, en el Chaco aunque todos cayeron atacados, ese mal no causó estragos semejantes, murieron sólo 20, de muchos centenares que padecieron las enfermedades en el pueblo de San Joaquín, salvados a su juicio por el vigor de su constitución. Además del valor de la constitución física, hace notar la diferencia del tratamiento que empleaban unas y otras tribus. Así mientras los Guaraníes atacados permanecían junto al

Da una gravedad seria al ardor de garganta, acompañada de tos y de una especie de esquinencia que produce, considerándola generalmente como fatal. Respecto de la recidiva declara: puede asegurarse que los americanos que han tenido la Viruela genuina, no temen la recidiva; refiere que él mismo, tuvo a los 5 años una viruela de carácter leve, creyendo que bastó eso, para preservarlo toda su vida, no obstante haberse encontrado tantas veces cuidando día y noche centenares de indios atacados.

Agrega a esta descripción que es sin duda la más completa de su época, sino la única, el terror con que los indios temían el flagelo: los indios han aprendido por la experiencia de sus antepasados a temer a esta enfermedad como a la muerte, así en cuanto tienen la menor sospecha de que el mal se acerca, huyen por cualquier camino en precipitada fuga, con la curiosa particularidad, de no emplear en esta retirada la línea recta, sinó haciendo mil rodeos y revueltas, quizás por tratar de engañar al mal que los persigue, como si fuese alguna cosa animada. Tal era el sistema de los Lules, Isistines, Videlas, Hemoampas y Chinipies, que dejaban detrás de sí, en tales ocasiones a sus padres o a sus hijos, abandonándolos en el monte con un cántaro de agua y un pan de maíz, entregados a su suerte.

A diferencia de ellos, los Abipones, si bien es cierto que huían a los montes, lo hacían en línea recta y trasladando sus familias y sus enfermos y atendiéndolos humanamente. Cabe preguntarse, si en estos casos, la conducta de estos indios, más que producto de un deber de humanidad, como hace suponer la descripción del jesuíta, no se debiera a que siendo entre ellos, menos grave la Viruela, como él afirma, no tuvieran los motivos del terror pánico a la peste, que tenían los Guaraníes y demas indígenas, tan bien fundado por una larga y dolorosa experiencia.

En cuanto a los tratamientos que empleaban los Abipones, como la generalidad de los indios, era sumergirse en el agua cuando tenían el ardor de la fiebre. Cuenta Dobrizhoffer que uno de sus neófitos en el período de la erupción, después de tomarse un cuerno lleno de aguardiente, cruzó un río a nado

y se instaló en el campo con sus compañeros, encontrándolo con gran sorpresa suya, cuando iba a darle los últimos sacramentos, completamente restablecido. Recomienda el jesuita como medicamento, el agua con limón y azúcar como refrescante, la decocción de plátanos, para lavar la garganta y los ojos, y como hemos visto, se declara partidario de la cura al aire libre, que seguían en sus pueblos, contra el sistema guaranítico en la cabaña cerrada, cubiertos de mantas y con el fuego permanentemente encendido en sus ranchos. (1)

Montenegro aconsejaba para facilitar la erupción la contrayerba o Taropé, el Tamanduai mirí o calaminta mayor y el eupatorio americano o Guaco.

Sarampión. — De la declaración de Hernando de Gorjón, como testigo en la información hecha en 1520 en Santo Domingo, sobre la despoblación de la isla y del memorial sobre el mismo tema, ya citado, se deduce que juntamente con la Viruela, apareció en 1518, el Sarampión. Esta asociación era frecuente, como veremos más tarde en las epidemias de las Misiones. Cabe señalar que hasta la terminación del dominio jesuítico, no se conocía aún la escarlatina, incluída como otras fiebres eruptivas, bajo el rótulc de Sarampión, pues aunque databa la individualidad clínica de la Escarlatina, de la descripción de Sydenham en 1675, publicadas las obras de éste 50 años después, tardaron en conocerse en España y podemos decir que no llegó a diagnosticarse en nuestras regiones durante la dominación española.

Respecto de sus caracteres epidemológicos y gravedad nos dice Dobrizhoffer: Aparece por intervalos y se propaga atacando fuertemente las muchedumbres en América. Refiere una epidemia en San Joaquín, donde no quedó ningún indio en pie y en la que sobre 2.000 atacados, murieron doscientos, con la particularidad que eran casi todos adultos.

En las epidemias misioneras, como veremos a su tiempo revestía entre los Guaraníes no menor gravedad y el número de decesos era frecuentemente elevado.

---

(1) DOBRIZHOFFER. —History of the Abipones, año II, 238.





El tratamiento era semejante al de la Viruela, empleándose entre los Guaraníes la cura al abrigo y entre los Chaqueños al aire libre y el agua.

Las mismas yerbas que empleaban para la Viruela, las aplicaban para facilitar la erupción del sarampión.

Las Fiebres pútridas. — El Tabardillo y el Chavalongo.— No es fácil separar en el complexo de la de Fiebres pútridas, las enfermedades infecciosas comprendidas bajo esa denominación: en ese grupo preferentemente se encontraban el tifus exantemático, y la fiebre tifoidea. Desde 1557 se conocía en España con los nombres de Fiebre punticular, Pintas, Tabardillo, Tabardete, también como con los de Fiebres pútridas y malignas. En las relaciones americanas las encontramos citadas por los misioneros con este último nombre o con el de Tabardillo.

La primera epidemia de ese género se remonta al final del año 1526 en Santa Catalina, durante los tres meses que en ella permaneció Gaboto quien zarpó para el Río de Solís en 15 de Enero de 1527. Luis Ramírez refiere que hubieran partido antes, sino hubiera interrumpido la conclusión de una galeota que estaban fabricando, el que hubiera caído toda la gente enferma, pues "era tan enferma la tierra que a todos los llevó por un rasero: murieron allí 4 hombres y en el viaje algunos más". Juanito el hijo de Ramírez, salvó con grandes cuidados y el mismo cronista enfermó al salir, pasando enfermo todo el tiempo del viaje que duró tres meses. La gente "cayó de golpe", dice, haciendo temer que peligrara la mayor parte.

No da Ramírez más detalles, pero la gravedad de la fiebre, su duración, la infección en masa de la gente, la estación en que se produjo, la falta de otros caracteres específicos, erupciones, etc., nos hace pensar que se tratara en este caso de una epidemia de Fiebre Tifoidea.

Además el hecho de ser en estas regiones una enfermedad endémica hace probable que remontara a tan lejana época. Debemos suponer que las fiebres malignas que atacaron a los primeros misioneros y de la cual murieron algunos de ellos como el P. Urtazú (1613) y otros, fueron igualmente

el Tabardillo. La primera vez que encontramos esta denominación en el Río de la Plata, es en Jarque, quien refiriéndose a la peste de Viruelas en 1620, dice: "complicóse la enfermedad, con otra no menos maliciosa de ardiente tabardillo, de la cual aunque sangrados murieron otros diez." (1)

De acuerdo con las condiciones actuales de nuestra vida, podría parecer de una violencia extraordinaria que la Fiebre Tifoidea pudiera hacer estragos tales en forma de peste, pero si se recuerda que el Tabardillo por esa época se presentaba con no menor gravedad en España y que aún en nuestros días en tiempo de guerra, toma la Fiebre Tifoidea en los campamentos el aspecto de una violenta y mortífera epidemia, no es de extrañarse que en las condiciones de higiene de aquel entonces se presenta con tal malignidad.

Por otra parte, dentro de la clasificación de Tabardillo o Fiebre maligna, se incluía en esa época el Tifus exantemático, que aún después de los trabajos de Louis, en 1835 trataban en Francia de reducir a una sola afección Gaultier y Claubry, en un trabajo coronado por la Academia de Medicina. Solamente a mediados del siglo pasado la distinción se hizo general y unánime. No es posible presumir que se tratara en nuestras regiones de Tifus exantemático, afección extraña y desconocida en ella, pero no así, en otras zonas donde actualmente se encuentra establecida de un modo definitivo.

Así por ejemplo hemos visto que en 1554, se desarrolló en Chile con una gravedad excepcional una epidemia general entre los indios, al entrar la primavera, a la que ellos llamaban Chavalongo, término que en su lengua equivale a dolor de cabeza y que, según Góngora, los derribaba enseguida, matando tantos millares que quedó despoblada la mayor parte de la provincia, al punto que de un millón de indios no quedaron seis mil, "tantos fueron los muertos que no parecía por todos aquellos campos persona alguna, y en repartimiento que había más de doce mil indios no quedaron treinta." (2)

---

(1) Jarque. — *Vida de Ruiz de Montoya*, libro I, cap. VII.
(2) Gongora Marmolejo. — *Historiadores de Chile*, tomo II, pág. 57.



Como hemos visto no ha faltado quien atribuyera esta epidemia a la Viruela, pero la designación de Chavalongo se admite por la generalidad de los historiadores chilenos como sinónimo del Tabardillo español (Briseño, Gómez de Vidaurre, Lenz, P. Félix, etc., etc.): Martín Gusinde (1) en un trabajo sobre la medicina araucana llega a idéntica conclusión.

Barros Arana cree que es equivalente a Fiebre Tifoidea. (2) Gómez de Vidaurre al hacer la descripción del Chavalongo, le da la etiología colonial atribuída al Tabardillo. Recordamos a ese respecto, que en nuestra infancia las abuelas, de viejo cuño colonial, amonestaban cuando con la cabeza descubierta, salían sus nietos al campo diciéndoles: "Niños, pónganse el sombrero que van a tomar un tabardillo". Para nosotros pasaron muchos años, sin que alcanzáramos otro significado al término que el de insolación. Conocido después el significado del mal, no pudimos ligar la relación entre el adagio familiar y la fiebre clásica, hasta leer a Gómez de Vidaurre, quien explica su etiología atribuyéndola al lavarse la cabeza y después no usar alguna precaución, pues con la cabeza bañada salen al sol y al aire. (3)

El Chavalongo siendo idéntico al Tabardillo, es preciso preguntarse si la epidemia en 1554, era en realidad una Fiebre tifoidea o Tifus exantemático. No es el caso del Río de la Plata donde este último ha sido siempre desconocido. En Chile por el contrario, "ha existido esporádica y endémicamente y con recrudecencias epidémicas en el país, desde tiempos inmemoriales y sin interrupción alguna hasta el presente. (4)

Este hecho que señalado por el doctor Laval y documentado por nuestro distinguido colega el doctor Atria (5) nos lleva a creer que realmente se tratara de esta última enfer-

---

(1) M Gusinde. — *Medicina e higiene de los antiguos araucanos, Publicaciones del número de Etnología p Antropología de Chile*, números 2, 3, 4 y 5, pág. 179.
(2) *Historia de Chile*, tomo II, pág. 63.
(3) Gómez de Vidaurre. — *Historiadores de Chile*, tomo XIV, pág. 49.
(4) Enrique Laval. — *M. Diagnóstico del tifus exantemático*, Santiago, 1919.
(5) Cita de Laval — *M. Diagnóstico del tifus exantemático*, Santiago, 1919.

medad, cuya gravedad estaría más de acuerdo, en la mortalidad que le atribuye Góngora a la epidemia de 1554, si bien con algún fundamento, tachada de exagerada por don Diego Barros Arana.

Un último problema sería del caso proponer: ¿Fué el Tabardillo importado de España o existía en América antes del descubrimiento?

En España el Tabardillo aparece por vez primera en 1489, en el sitio de Granada, describiéndolo Francisco Bravo en 1570 y Luis Mercado en 1774, pero no es posible creer que fuera desconocido en Europa, ya que las viejas obras de los griegos, desde Hipócrates, señalaban las Fiebres pútridas y nerviosas, de análogos caracteres.

En cuanto a su primera irrupción en América, debe reconocerse en el Matlazahualt mejicano, que diezmó la población indígena en 1545, en la que según el cálculo exacto formado por los Virreyes, perecieron 800.000, reapareciendo en 1570 y 1576, muriendo en esta última 2:000.000 de indios.

A pesar de todos los argumentos que el doctor Penna amontona pretendiendo probar que se trataba de Viruela, es indudable que no era más que el Tabardillo: De la epidemia de 1570 ha quedado una preciosa descripción de Francisco Bravo, médico de la Universidad de Osuna, el que radicado en Méjico, asistió al desarrollo de la peste, haciendo un minucioso y fiel análisis clínico que no deja lugar a la más mínima duda.

Hernández Morejón al hacernos la biografía de Bravo, añade: Habiendo la fiebre conocida con el nombre particular de Tabardete, pasado a la América por medio de nuestras naves, acometió tan intensamente a la expresada ciudad de Méjico donde se hallaba este facultativo, que los muchos casos que le proporcionó su práctica, le movieron a escribir un libro sumamente raro "sobre ese tema". (1)

Garrison en el mismo orden de ideas refiere que la enfermedad de los aztecas (Matlazahualt) se ha demostrado por Stam 1861, ser idéntica al Tabardillo. (2)

(1) HERNÁNDEZ MOREJÓN. — Historia de la Medicina en España, III, pág. 165.
(2) GARRISÓN. — Historia de la Medicina, I, pág. 243.



Demostrada la identidad del Matlazahualt y el Tabardillo por la descripción de Bravo, más que la Fiebre tifoidea, resulta el Tifus exantemático, pues entre sus características señala este autor: 1.° que es contagioso, 2.° que mueren la mayor parte de los atacados, 3.° que no guarda época, manifestándose tan intensamente en una como en las otras estaciones del año, 4.° que presenta erupciones y pústulas, cuyo caracteres asegura que ya en el año 1553 había observado en Sevilla, cuando empezaba a practicar, siendo tan intensa y maligna en esta ciudad y haciendo unos estragos tan espantosos, que apenas había tiempo para aplicar a los enfermos medicina alguna, 5.° que las pintas que aparecen en este mal son una verdadera crisis, etc.

Hernández Morejón asegura que fué introducida de España, Bravo la considera producida por las emanaciones de las lagunas próximas a la ciudad de Méjico. No hay noticia de esa peste, anterior a la entrada de los españoles, tratándose, pues, en el mismo caso del Chavalongo de Chile. Las acepciones en las lenguas aborígenes parecería indicar su familiaridad, pero bien pudiera ser que esas denominaciones fueran aplicadas al ingreso del mal, refiriéndose sólo a su sintomatología.

Dentro, pues, de la misma denominación de Tabardillo, debemos separar al Matlazahualt y el Chavalongo, como tifus exantemático, de la epidemia de Santa Catalina de 1526, que a nuestro modo de ver no fué sino una fiebre tifoidea, y si puede haber alguna duda al respecto de la importación de las primeras desde España, por más que es probable que así sea, no cabe ella respecto de la última, producida entre españoles, traída de la península en la tripulación del marino florentino, ya en forma ambulatoria, ya por portadores de gérmenes, que cobraron una virulencia mayor en el insaluble clima de la isla, pues no hace referencia alguna Ramírez a que la población indígena estuviera atacada del mal.

CATPÍULO IX

Las epidemias autóctonas

SUMARIO: La Fiebre Amarilla. — El primer tributo pagado por los descubridores en la Isabela. — El clima mortífero del Darien. — Las mortandades de los conquistadores de la Tierra firme. — Las relaciones de Mártir, de Oviedo, de Herrera, de López de Gomara, de Las Casas. — Conclusiones de Finlay. — Propagación tardía de la Fiebre Amarilla a las costas del Atlántico.
La peste de las Bubas. — Discusión del posible origen americano.—La versión de Ruy Díaz de Islas.—Preexistencia de la Sífilis en la Europa medioveal. — Importancia y gravedad de la epidemia Europea de 1493. — Opiniones sobre sus causas. — El mal entre los indígenas. — Primeras noticias de su extensión en el Río de la Plata.
Las Fiebres perniciosas. — Su conocimiento por los indígenas del Perú. — Las referencias de la Quina en el Tucumán de Fray Reginaldo. — Descripciones de las Fiebres Intermitentes por los misioneros del Paraguay. — Su carácter general. — Su gravedad entre los europeos. — Frecuencia entre la población autóctona. — El mal do bicho. — La descripción de Pisón.
Las Epidemias de Catarro. — La de la Española importada de España. — Noticias de flagelos precolombrianos en el Perú. — Gravedad que presentaban para los indios. — Algunas invasiones al Río de la Plata en la conquista.

La primera epidemia sufrida por los españoles, en el Nuevo Mundo, ocurrió en el segundo viaje de Cristobal Colón, y es el mismo Colón, el que hace una sucinta relación de ella, en el memorial que dirige a los reyes en Enero de 1594, en el que le da cuenta, que no ha podido recoger más oro, porque "la mayor parte de la gente, que con él estaba cayera súbitamente doliente" lo que no le permite enviar más hombres a descubrir, ya que los que habían salido, con ese objeto "los



más cayeron dolientes, después de vueltos, y algunos se hubieran de volver del camino'', por lo que ''era también de temer que otro tal, conteciese a los que agora irían destos sanos que se hallan''. Atribuía el Almirante la causa de esa pestilencia ''tan general en todos en el mudamiento de aguas y de aires, porque a todos veía que arreo se extiende, y peligran pocos, por consiguiente la conservación de la sanidad, después de Dios, estaba, a su juicio, en que la gente sea proveída de los mantenimientos que en España se acostumbraba''. En cuanto a la importancia del flagelo, dice que ''se consumieron y gastaron la mayor parte de las medicinas que de allá (España) trajieron, por la muchedumbre de los muchos dolientes''. Señala a los reyes ''el trabajo del doctor Chanca con la afluencia de tantos dolientes y aún la estrechura de los mantenimientos, ''pidiendo que por ello se le mejore la asignación que percibe''. Con todo a pesar de la generalización del mal, se muestra optimista respecto de su gravedad pues espera ''que esta gente convalescerá presto.'' (1)

El mismo Colón cayó enfermo, según nos refiere su hijo, quedando inhabilitado desde el 1.° de Diciembre hasta el 13 de Marzo de 1494 (2) de lo que resulta que el memorial anterior lo escribiera durante su enfermedad. No parece por la relación de Colón, que la mortalidad fuera elevada, desde que en ninguna de sus referencias, menciona los muertos de esas dolencias.

Más tarde, en 1596 al visitar Colón, en Santo Domingo las tropas que había dejado en la Vega Real encuentra que habían muerto de la dolencia 300 hombres. Vuelto, poco después, a España el Almirante, durante el mando de su hermano Bartolomé, caen enfermos en la Ysabella otros 300 de diversas enfermedades, que aquél reparte en distintos castillos en la isla.

Si el origen de estas epidemias pudiera parecer dudoso, no pasa lo mismo, con las que empezaron a azotar a los expedi-

---

(1) NAVARRETE. — *Viajes de Cristóbal Colón.*
(2) FERNANDO COLÓN. — *Historia del Almirante*, cap. L.

cionarios en la tierra firme. Pedro Mártir hace una magistral descripción de las causas climatéricas del clima del Darien, que no deja lugar a dudas: "la situación del lugar, dice, es enfermiza y pestífera, más perniciosa que el clima de Cerdeña; todos se ponen pálidos como los que tienen ictericia. Y no consiste en la naturaleza de la región, puesto que en muchos lugares, bajo los mismos grados de latitud de los signos, se encuentran saludable y benigna clemencia del aire, es a saber, donde la tierra cría sus fuentes cristalinas, o donde los ríos tienen cauces corrientes y no cenagosas, y principalmente cuando habitan en los collados, y no en los valles; pero el sitio aquel que está en la orilla del río Darien, está colocado en un valle profundo, rodeado por ambas partes, de ásperos collados, por lo cual recibe los rayos meridionales del sol casi perpendiculares sobre la cabeza..." "También es pestilente el lugar por la naturaleza del suelo, por pantanoso que es, y rodeado de fétidas lagunas. Más aún: la misma población es un estanque". "Además, donde quiera que cavan palmo y medio brotan aguas, insalubres todas y corrompidas por la naturaleza del río, que corre hacia el mar en medio de un valle profundo, por alveo perezoso y encenagoso: por este motivo tratan de cambiar de sitio. A los primeros la necesidad los precisó a fijarse allí, pues se veían tan necesitados, los que primero llegaron a aquellas tierras, que no se cuidaron de mudarse de sitio: y así, el dañino asiento del suelo les perjudica por los rayos solares: la condición más nociva de las aguas y del aire corrompido por las emanaciones palúdicas les pone malos."

La relación de Mártir no puede ser más completa, no le faltaría más que acusar la presencia de los mosquitos, que señalan Las Casas y Herrera, y hasta señala la similitud con el clima de Cerdeña, una de las regiones más palúdicas de Italia. No es posible creer que se refiriera a la Malaria, bien conocida en Europa en aquel entonces, más aún señalando, como lo señala, que una de las características de las pestilen-

(1) Pedro Martir de Angleria. — Libro VI, cap. III.

cias, es la que se ponen pálidos como *los que tienen ictericia.* López de Gomara nos dice corroborando esos asertos, que esa tierra "probó a los españoles con muchas dolencias, de las cuales dos fueron perpetuas: bubas, que hasta entonces no sabían que mal era, y mudanza de su color en amarillo, que parecían azafranados. Ese color, agrega, piensan que les vino de comer culebras, lagartijas y otras muchas cosas malas y no acostumbradas". (1) El mismo señala el color de tiriciados de los hombres de Hojeda con "la ruin vida o los aires de aquella tierra". Y más adelante al referirnos por qué se despobló la Antigua, nos dice: "Por ser muy enfermo, húmedo y caliente... Y poníanse los españoles, añade, de color de tiricia o mal amarillo, aunque también toman ese color en toda la tierra firme y Perú". Puede ser que el deseo que tienen al oro en el corazón se les haga en la cara y cuerpo de aquel color." (2)

Fernández de Oviedo, refiere que los primeros españoles que fueron en busca de oro, volvían a España "con el color de él, pero no con aquel lustre, sino hechos azamboas, o de color de azafrán o tericia y tan enfermos que luego o desde a poco que allí tornaban se morían". (3)

Herrera refiere que "por la falta de vituallas que hubo en la Española, el comer los castellanos muchas viscosidades y lo que padecieron en Indias, por causa de no sembrar, causó en todos nuevas enfermedades. Pusiéronse primero tan amarillos que parecían azafranados y esto les duró muchos días." (4)

En cuanto a las proporciones que alcanzaban esas pestilencias, señalaremos que Herrera, hace llegar a 40.000 el número de españoles que sucumbieron en Panamá, antes de terminarse la conquista del Perú. El mismo cuenta que en la expedición de Pedrarias Dávila en 1514 al Darien, la mayor parte de los soldados cayeron enfermos y era tal el número

(1) *Historia General de las Indias*, tomo I, XXII - LVIII.
(2) *Historia General de las Indias*, tomo LXVI.
(3) Fernández de Oviedo. — *Historia General de las Indias*, libro II, cap. XIII.
(4) Herrera. — *Decada*, I, libro I, cap. II.

de los que a diario morían, que se enterraban todos en una gran fosa y si por si acaso no se llenaba esperaban, en la seguridad de que en pocas horas, habría nuevos cadáveres, para cerrarla. En un mes murieron 700 hombres y el mismo Pedrarias cayó atacado del mal.

Refiriéndose a esa expedición de Pedrarias a Tierra firme, escribía en 1518, el Licenciado Zuazo, desde Santo Domingo: "Como el Darien donde aportaron, es tierra muy húmeda y anegadiza e llena de ciénagas o anegadizos, de que salen muy gruesos vapores e muy enfermos, comenzaron a morirse, e morieron los dos tercios de toda la gente, que ni les valía seda, ni aun el brocado. E los que quedaron muy enfermos..." (1)

Nicuesa, Enciso y Balboa no fueron más afortunados, viéndose en la necesidad de cambiar de continuo de tierras para evitar la mortandad en sus tropas, ya que las malas condiciones del terreno les había enseñado que era el único remedio para conjurar el mal. Así fué que la primera fundación de la Isabela se trasladó a Santo Domingo; que se despobló Puerto Rico, donde nos cuenta Oviedo que todos los hombres se ponían pálidos y enfermos, y no se podían criar los niños, que rehusaban el pecho materno, anunciándose la muerte por el mal color que tomaban, viéndose precisados a cambiar de sitio; análogos cambios vemos en el Darien, donde los descubridores recurren con frecuencia al único medio de evitar las pestilencias del clima. (2)

No menor era la mortandad entre la población indígena. Herrera atribuye, al hambre, la humedad de los ríos y a las montañas, junto a las que tienen los indios sus moradas, la causa de una gran enfermedad que se extendió hasta 1496, y que concluyó con la tercera parte de la población de la isla de Santo Domingo. (3)

Por el conjunto de estas descripciones, que señalan el carácter general de la pestilencia atacando al mismo tiempo a

(1) *Colección de Documentos Inéditos del Archivo de Indias*, tomo I, pág. 305.
(2) Oviedo. — Libro I, cap. III.
(3) Herrera. — *Década I*, libro I, cap. X.

indígenas y españoles, su localización en las Antillas, en la Tierra Firme y hasta el Perú, por la extensión del mal, y por la uniformidad de su carácter de colorear a los atacados del tinte azafranado, no queda duda de que la Fiebre Amarilla era la que se hallaba en causa.

Más tarde, en 1586, los ingleses en la escuadra de Francisco Drake, en Santo Domingo, pagan su tributo a lo que denominan la calentura; y los franceses al instalarse en Guadalupe en 1635, son atacados del mal de barra, caracterizado "por una bilis amarilla que se reparte por todo el cuerpo y de una melancolía que se ampara del espíritu de los enfermos y los lleva a la tumba". (1)

Ese carácter de tomar a los recién llegados, hizo que se empleara después, corrientemente el nombre de Chapetonada, o enfermedad de los chapetones, como se les llamaba a los europeos, entre los criollos. Juan y Ulloa que hacen una descripción de las epidemias del Vómito prieto o violento, en Cartagena en 1729 y 1730, nos dicen, sin embargo que era desconocida allí antes de esa fecha, bien que acentúan el carácter de la chapetonada, que hace mayores estragos entre los europeos recién llegados, respetando las gentes del país que se han habituado después de un tiempo largo, señalan también, la influencia de los enfriamientos y la de las indigestiones, en su producción, así como la de la mala alimentación, atribuyendo a ella la frecuencia de los casos en los buques que arribaban a los puertos infectados. (2)

Hay sin duda alguna exageración en las afirmaciones de Juan y Ulloa, pues más conocedor el Abate Gilij que había permanecido muchos años de misionero en el Orinoco nos dice que la Ictericia, es entre los indios de la región "un mal común pero no peligroso" refiriéndose a la Ictericia común. Los indios, se ponen amarillos cierto tiempo (con esta) pero no se extiende la Ictericia, ni se propaga a los otros, como los vómitos y la Disenteria" diferencia fundamental que le permite separar esta Ictericia de la de la Fiebre Amarilla,

(1) Dutertre. — *Histoire General des Antilles Francaises*, tomo I, pág. 81.
(2) *Viaje a la América Meridional*, libro I, tomo I, cap. V.

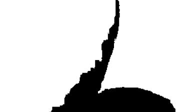
a la que sin darle este nombre describe así: "Además de la disentería común, y con sangre, la hay con feísimos vómitos amarillos y negros, mortal para los Orinoquenses como los más temibles males." (1)

Finlay llega a las siguientes conclusiones después de estudiar los orígenes de la Fiebre amarilla: 1.° — Que era endémica en las costas del Mar del Norte de Nueva España (Veracruz en particular) y en Tierra firme (Darien, Nombre de Dios). 2.° — Que los indios caribes de las Islas, en sus frecuentes excursiones a las costas, hubieron de recoger los gérmenes de la pestilencia que llevarían a sus respectivas islas (las Antillas menores). 3.° — Que la isla de Santo Domingo no ha debido ser invadida hasta el año 1595, habiéndose contagiado el Almirante, el año anterior en las costas de Higuey, quedando desde entonces allí constituída. 4.° — Que la isla de Cuba estuvo libre de Fiebre Amarilla hasta el año de 1649, en que destruyó la tercera parte de sus habitantes. (2)

Si tardía fué la invasión del flagelo a la Habana, si hemos de aceptar la opinión de Finlay, fué tan tenazmente endémica desde entonces, que constituyó el foco más peligroso de la Fiebre Amarilla, siendo su puerto el origen de casi todas las epidemias europeas. (Dr. Mellier)

No sería de extrañar que así fuera, puesto que un caso análogo ocurrió con los puertos del Brasil, en los que entrara tardíamente, constituyéndose luego, en endemias que parecían imposibles de desarraigar, antes que los trabajos de Finlay, no pusieran sobre la vía de la profilaxis. En efecto, sólo en el año 1686, hizo el Vómito Negro su primera aparición en la provincia de Pernambuco, al parecer traído en un buque que provenía de Santo Tomé, un año después pasó a Bahía, sentando mucho después sus reales en Río Janeiro a principios del siglo pasado (1811) de donde, como veremos más tarde, llegaron las rachas epidémicas que azotaron el Río de la Plata y el Paraguay en la segunda mitad de ese siglo.

(1) GILIJ. — Saggio di Storia Americana, libro II, cap. IX, tomo II, pág. 61.
(2) CARLOS FINLAY. — *Trabajos Selectos*, Habana, 1912. — *Apuntes sobre la Historia primitiva de la Fiebre Amarilla*, pág. 107.





La Peste de las Bubas. — Ruy Díaz de Isla, en 1538, fué el que primero lanzó la versión del origen americano de la Sífilis, relatando que a la vuelta del primer viaje de Colón sus compañeros infestaron la ciudad de Barcelona; que de allí pasara a Italia, en donde la contrajeron las tropas de Carlos VIII, propagándose luego por toda Europa, con todos los caracteres de una verdadera y grave epidemia; González de Oviedo, Herrera, Gomara y Monardes se hacen eco de esa versión, que no ha resistido el examen de una crítica seria: es sorprendente, desde luego, que un acontecimiento de esa magnitud pasara inadvertido a los primeros y escrupulosos cronistas que nos refieren con toda minuciosidad, los más mínimos detalles, de las sorprendentes cosas, de las nuevas tierras descubiertas. Entre ellos es decisivo Pedro Mártir, en una de cuyas cartas fechada en 1488 y dirigida a Arias Barboza, profesor de Salamanca, lo consuela por haber caído enfermo del mal que los españoles llaman bubas y los italianos gálico, dando detalles inconfundibles de su sintomatología. Y bien, el mismo Mártir al escribir años después, con lujo de detalles, las cosas del nuevo mundo, nos cuenta como los españoles buscaban en él remedios para las bubas y los prodigiosos resultados de los leños de Indias. (1).

En el romance trovado, que sobre la Historia y Medicina de las Bubas escribiera en Salamanca en 1498 el Licenciado Villalobos, no se hace tampoco, la más mínima referencia a ese supuesto origen americano, siendo como es en todo extremo detallista. Se encuentran por otra parte noticias del mal en los autores antiguos: Sudhoff menciona una receta contra el mal franzoso del año 1468, Garrison afirma que de los manuscritos de los Uffizi parece desprenderse que la Sífilis era endémica en Italia ya antes de 1429. Por otra parte la epidemia famosa del sitio de Nápoles que atacara a las tropas de Carlos VIII, según el mismo Sudhoff no fué sino una epidemia de fiebre tifoidea, y según afirma Guicciardini, no hubo tal sitio de Nápoles, limitándose el Rey Carlos a atravesar la ciudad sin ninguna resistencia.

(1) No ha faltado quien pretende probar que esa carta de P. Mártir es apócrifa, aunque sin presentar pruebas decisivas.

Ese carácter epidémico de la Sífilis por otra parte es aún hoy un punto no aclarado, Morejón (1) sostiene con mucha verosimilitud, que se confundiera a menudo con la Lepra, arguyendo que a la erección de hospitales de venéreos, sucedió la ruina de las 19.000 leproserías u hospitales de Lazarinos que llegó a haber en Europa, desde que se comenzó a tratar a unos y otros por medio de mercurio.

Garrison atribuye el origen colombiano de la Sífilis maligna, al resultado corriente, del contacto entre las razas civilizadas y las primitivas, como en el "León Negro" de la guerra peninsular, o en la sífilis de Méjico, del Japón o del Mar del Sur." (2)

Pero si parece poco probable que la epidemia que azotó la Europa de 1493, fuese de origen americano; si el mal de la sífilis puede considerarse en aquel continente anterior al descubrimiento de América, es indudable la frecuencia de esa enfermedad entre los indígenas, los que dieron a los conquistadores los métodos de curación, que tanta boga tuvieron en ese siglo.

Las primeras noticias que de las bubas, aparecen en el Río de la Plata, hemos visto que son las referentes al mal de Don Pedro de Cevallos, que en malos versos relata Centenera, diciendo que la adquiriera en estas tierras. Más tarde en 1590, Reginaldo de Lizarraga, en la descripción de su viaje, dice que en esta provincia "es la tierra muy abundante del mal francés, y proveyóles Nuestro Señor del palo que llaman sancto, en mucha cantidad..." (3)

Es indudable por otra que la población indígena sufría menos por los efectos de las bubas que los españoles. Es interesante a este respecto la diferencia que establece Pisón, entre las bubas indígenas y las europeas. "Esta peste, dice, es endémica en esta región y la llaman Bubas los españoles y brasileños. Y así como se cura solamente con remedios indígenas, así contamina más pronto que la otra, que vulgarmen-

(1) Morejón. — *Historia de la Medicina en España*, tomo I.
(2) Garrisón. — *History of the Medicine*.
(3) Lizarraga. — *Descripción Colonial*, tomo II, pág. 246.



te llaman Peste Gálica, y que aquí se trae a los naturales del país. No es mi propósito, agrega, tratar de ella, sino de la otra, que si bien en algo conviene con ella, con todo en la cura y accidentes difieren máximamente." (1)

LAS FIEBRES PERNICIOSAS

Las calenturas intermitentes eran bien conocidas de los médicos españoles, como que constituían la enfermedad dominante en el sur de la península, siendo endémica en las provincias de Murcia y Valencia, hasta el punto que el Real Protomedicato en el siglo XVIII, declaraba que era la más frecuente y común de las dolencias en el reino (2).

Luis Mercado en 1586, les aplicó el nombre de perniciosas con que se conocieron mucho tiempo, haciendo a la vez la desrripción clínica más completa de su época, seguida religiosamente, por todos los escritores que le sucedieron en la España colonial.

Los descubridores no sintieron los efectos funestos del paludismo en el nuevo mundo, hasta que no emprendieron la conquista de la tierra firme, en cuyas costas tenía carácter endémico. Los aborígenes tenían un conocimiento bastante amplio para su estado primitivo, de esta enfermedad. Conocían respecto de su profilaxis, los desastrosos efectos de las costas pantanosas y así vemos que todos los pueblos de la costa del Pacífico, los levantaban sobre las mesetas, adonde no llegaba su acción malsana: y cuando se establecían en las regiones de los lagos, preferían construir sus viviendas en el interior de éstos, que en sus orillas, evitando así el alcance de la fiebre.

Respecto de su diagnóstico, en la costa del Pacífico era conocida con el nombre de Chucho, el escalofrío, nombre quichúa que ha quedado incorporado como sinónimo en nuestro léxico criollo, aun cuando en nuestras regiones del Río de la Plata,

(1) Pisón y Marcgrave. — *De Medicina Brasiliensis*. — De lue venerae.
(2) Morejón. — Tomo II, pág. 136.

sea desconocida la fiebre intermitente: esa denominación de Chucho, era en su origen la etiqueta de aquella dolencia, que según nos refiere Garcilaso, fué la causa de la muerte del inca Huayna Capac padre de los últimos reyes Huascar y Atahualpa.

"Aconteció que estando en los últimos días de su vida, dice, se metió en un lago a bañar por su recreación y deleite, de donde salió con frío, que los indios llaman Chucchu, que es temblar: y como sobreviniese la calentura, la cual llaman rupa, que es quemarse, y otro día y los siguientes se sintiese peor y peor, sintió que su mal era de muerte, como efectivamente pasó." (1)

Los Guaranies llamaban al escalofrío Kyry, cuyo significado es análogo al de Chucho, que es temblar.

A las nociones precisas de su profilaxis y diagnóstico, añadían desde el Perú al Tucumán, la del conocimiento de la Cascarilla o Quina, de la que ya nos refiere Lizarraga que se empleaba en Tucumán en 1590, cincuenta años antes de que fuera divulgada por la Condesa del Cinchón, Virreyna del Perú.

Lozano señala su presencia en los Valles en Catamarca y de Salta, en la provincia del Tucumán y en el Río Negro de la provincia del Río de la Plata y afirma que los indios la usaban para expeler las fiebres tercianas, pero que por odio a los españoles les recataron mas de un siglo, con obstinación su noticia, porque no se valieran de ello para su provecho. (2)

En la conquista del Río de la Plata, es Alvar Núñez el primero que señala las "calenturas con frío" que atacó a la tropa de Hernando de Rivera, en la expedición a los Xarayes, en la que fué menester que pasaran los días y las noches, en los campos inundados, mortificados por nubes de mosquitos, y bebiendo el agua caldeada de los pantanos: el mismo Adelantado contrajo la fiebre en una expedición al norte, poco tiempo antes de su deposición (1545).

(1) Garcilaso — *Comentarios reales*, libro IX, cap. XV.
(2) Lozano — *Historia de la conquista*, tomo I, pág. [illegible]

En la costa del Atlántico, Pisón señala en el Sur del Brasil las fiebres intermitentes, tercianas y cuartanas observando la rareza de las cuotidianas, si bien agregando que son menos graves que en Europa.

En la literatura misionera son escasas las noticias sobre el Paludismo, lo que no es de extrañar ya que la zona que abarca el paludismo endémico está limitada en su parte inferior por la isoterma de los 20° que después de descender de norte a sur, pasando por el este de las ciudades de Jujuy, Salta, Tucumán y la Rioja, se dirige hacia el noroeste atravesando la provincia de Santiago, Norte de Santa Fe y Corrientes, tomando sólo la parte septentrional de las misiones, observándose, no obstante, con carácter epidémico en algunas ocasiones hasta la de los 15° en pequeños focos. (1)

Así Montenegro, sólo nos refiere al tratar de la Verbena, que se emplea eficazmente contra la fiebre terciana y cuartana; y lo que es más raro, no hace mención en su tratado, de las virtudes de la Cascarrilla o Quina ya divulgadas desde el año 1634, es decir casi tres cuartos de siglo antes de que escribiera su obra el Hermano Misionero, lo que acusa, más que otra cosa, la poca necesidad que se sentía de su empleo.

No así en las regiones del Tucumán y del Chaco en donde las describe Dobrizhoffer con su precisión habitual: la Fiebre terciana, dice, se extiende algunas veces como un contagio entre los indios, pero es más incómoda, que peligrosa, y solamente predomina en aquellos sitios, en los que están en uso constante las aguas de hediondos pozos. Por la misma razón la Terciana prevalece en muchos pueblos españoles, especialmente en Tucumán.

«En la colonia de Concepción, sobre las riberas del Río Inespú, que provee a los habitantes de aguas dulces y muy saludables, jamás ninguna persona fué atacada por la fiebre: en cambio en las colonias de San Fernando y del Rosario, que estaban rodeadas de lagunas y pantanos; los Abipones, que las habitaban, estaban desprovistos de agua de río y en con-

(1) Penna y Barbieri. — *El paludismo y su profilaxis en la República Argentina.*



secuencia, casi nunca exentos de Terciana. En la del Rosario dominó por espacio de algunos meses, en tal forma "que ninguno escapó de ella, ni aún yo mismo, aunque otras veces había estado libre, entre personas atacadas de esa enfermedad". En esa ocasión atendiendo a los atacados, cogió la fiebre pero en forma cuotidiana mientras los indios tenían la terciana "la fiebre aumentaba diariamente al caer el sol, prosigue, y no me abandonaba hasta la mañana. Estos accesos febriles duraron 27 días, al cabo de los cuales fueron sucedidos por los de la terciana, de los que felizmente me repuse después de dos accesos". (1)

No nos dice nada el Misionero de los Abipones de sus remedios, ni menciona la Cascarilla o Quina en esta relación, como no la incluye tampoco, en la lista de los productos vegetales de la región. Y no puede menos de causar extrañeza ese hecho, cuando encontramos que en la descripción del viaje de Fray Reinaldo de Lizarraga, que realizó desde el Perú a Tucumán en 1589, nos refiere que en los alrededores de la Plata (Chuquisaca) hay entre los árboles tres, muy conocidos y salubérrimos: el Tarco, los Molles y la Quina-quina. De ésta se expresa en estos términos: destila una goma muy olorosa, remedio principal: sahumándose con ella, contra toda tos o catarro y apretamiento de pecho. He conocido personas, a lo menos un religioso nuestro, que cortaba una rama y en la punta colgaba un calabacillo, de suerte que la rama estuviese enarcada: destilaba el bálsamo. Este árbol llora unas pepitas grandes como habas y más largas, llenas de goma, de las cuales se aprovecha para mil enfermedades: tuve la memoria de ellas, no se que se me hizo; sahúmanse con ella contra la tos y para la jaqueca no hay remedio más eficaz; tarda en destilar, tiempo. (2)

Sánchez Labrador, contemporáneo de Dobrizhoffer nos refiere que un viaje que realizó en 1766 desde Belén a San Estanislao en las proximidades de este pueblo, le enseñaron como el árbol del bálsamo o del Auguay, el Iberá-Payé, pero

(1) DOBRIZHOFFER. — *History of the Abipones*, XXIII.
(2) LIZARRAGA. — *Descripción colonial*, tomo I, pág. 252.

que según su opinión, visto el fruto, es que es del árbol llamado Quina-quina, la famosa Cascarilla: por lo que se inclina que este árbol del Auguay es distinto del que en el Paraguay, se conoce con el mismo nombre. (1)

El silencio de Montenegro (1710) y Dobrizhoffer y las dudas de Sánchez Labrador (1766) son inexplicables dada la antigüedad de una de las regiones del Tucumán, que donde todos ellos habían estado y más inexplicable aún, dado que los últimos debieron conocer la obra de Lozano, en la que hace la más categórica afirmación de la existencia de la quina, en estas provincias, un siglo antes del descubrimiento del Conde de Cinchón, Lozano en lo restante toma la descripción del P. Fontenay en las cartas curiosas y de edificación, que reproduce en su obra.

LA DISENTERÍA O PESTE DE CÁMARAS

Desde los primeros tiempos del descubrimiento y la conquista, sufrieron los españoles, atribuyendo a la mala alimentación y a las aguas impuras, los efectos de la Disentería o Cámaras, enfermedad habitual entre los indígenas. El abate Gilij, al hacer el bosquejo de la patología de los indios del Orinoco, después de dar por sentado, que a pesar de no estar éstos, sujetos a ninguna de las enfermedades que padecen los españoles, declara que no hay una nación más enfermiza que la de los indios que describe, entre cuyos males habituales coloca en primera línea la Disentería. "Uno de los síntomas, dice, que acompañan a menudo la fiebre de los Orinoquenses, es la relajación del vientre, procedente, quizás, de las frutas que comen, o del agua insalubre que beben, a consecuencia de lo cual, en pocos días se consumen, quedando reducidos a la piel únicamente, casi como "*spirante cadaveri*". Y si como a menudo acontece, a la común relajación del vientre, va unida, además, la pérdida de sangre, es entonces un verdadero milagro sobrevivir uno solo." (2)

---

(1) SÁNCHEZ LABRADOR. — *El Paraguay Católico*, tomo II, pág. 246.
(2) GILIJ. — *Saggio di Storia Americana*, libro II, cap. IX.

Análoga a la de Gilij, es la relación de Pisón en su viaje al Brasil, en la que nos dice, que a consecuencia de las fluxiones del vientre, "a menudo se ven caminar personas débiles y descoloridas como cadáveres ambulantes," sin embargo, el mismo declara, que la Disentería, no la ha visto nunca con carácter epidémico en el Brasil, ni que haya alcanzado a otras partes, bien que sea tan común allí, como en todas las Indias.

Vargas Machuca, como hemos visto, coloca la Disentería entre las enfermedades habituales de las Indias, después de haber pasado 20 años en América, a fines del siglo XVI.

Gongora Marmolejo, cronista de la conquista de Chile señala ya en 1562 una epidemia de Cámaras entre los Araucanos, mientras sitiaban el fuerte de Arauco, en un riguroso invierno. (1)

En las provincias del Río de la Plata, las primeras descripciones las tenemos por Ruiz de Montoya, quien ya en su Arte y Vocabulario señala las Cámaras de sangre, con su desinencia en Guaraní. El mismo nos refiere la epidemia que sufrieron en el éxodo de los pueblos, en 1631, cuando huyendo de los Mamelucos, llegaron a la altura de los saltos del Paraná y el providencial remedio que halló la facundia indígena en el Aguay o perejil marino, con el que encontraron, al mismo tiempo, un lenitivo para el hambre que los afligía. Esta yerba cocida con la carne, escribe, fué remedio a la Disenteria que arrebatadamente los llevaba. Vióse con ella mudada la figura de muerte y palidez del rostro, que tenían todos. (2)

En 1637, nos refiere el P. Dorda, una nueva epidemia de Disenteria en las Misiones, y dos años después hace referencia a otra el P. Domenech, en carta al P. Ruiz de Montoya. (3)

Montenegro describe en 1702, la que azotó a la tropa guaranítica que sitiaba a la Colonia del Sacramento, relatándonos la cura que obtuvo, con el Guayabo enano, que se encuentra en los alrededores de aquella ciudad. En su obra, hace continuas referencias a las Cámaras, ya blancas, ya sanguinolentas, ha-

(1) *Historiadores de Chile*, tomo II. — GONGORA MARMOLEJO. — Pág. 112.
(2) RUIZ DE MONTOYA. — *Conquista Espiritual*, cap. XXXIX.
(3) PARTELLS. — Tomo II, pág. 21.



ciendo una clasificación, según sus causas etiológicas. Así nos habla de los flujos de vientre colérico o de calor, entre los cuales, coloca los flujos de sangre del hígado. En otra ocasión señala los que provienen de la corrupción del aire o por comer y beber malos mantenimientos; el frío entra también entre esas causas "por las muchas lluvias y poco abrigo y por no tener más que carne, y aquella flaca."

Hace notar, Montenegro, la frecuencia de la intervención del hígado, en la Disentería llamado *Flujo hepático del hígado,* cuando con fiebre ardiente hay cámaras de más sangre que excremento, enfermedad, agrega, muy ordinaria en estas tierras de Misiones, en los indios por ser muy sanguíneos, y cuando llegan a caer malos, casi toda la sustancia del hígado está perdida, y así prorrumpe en sangre, para alivio; y si al principio no se cura con un par de sangrías y tales medicinas que preservan de la corrupción, casi todos mueren y muy raro escapa." (1)

Una referencia dedica a los parásitos intestinales como causa posible de las relajaciones del vientre cuando trata la Camalea, planta que aconseja como teniendo una especial virtud para las "Cámaras originadas por gusanos".

La frecuencia de la Disentería entre los indios de las Misiones, de que nos da noticia Montenegro, la confirma a cada paso en su obra por la cantidad de yerbas que declara haber empleado con resultado. Entre estas anotamos: Carachira, Palo de Culebras, Almáciga o Caaisi, Arrayán, Arazá Guazú y Miri, Mburucuyá, Ninfea, Llanten, Caarurú, Caropé, Achicote, Torocaa, Guabiyu, Ayuiñandi, Cururu, etc., etc.

Distingue Montenegro, la rectitis de la Disentería, diciéndonos que a veces se le parecen y no son sinó llagas del intestino recto que dan Cámaras de sangre con flujo y tenesmo (que es gana de regir y no poder).

Señala igualmente el famoso "*Mal do bicho,* que llama el portugués"; y los españoles, mal de Loanda: en otras partes el mal de gusanillo y en las partes del norte y clase médica escorbuto", del que Pisón nos hace una detallada descripción

---

(1) MONTENEGRO. — *Carachira mirí.*

(1) señalando el cuidado con que los médicos, en toda infección intestinal indagaban la disposición del ano, "y no contentos con eso los curanderos del país, reconocían el ano *de visu et tactu,* por si resultaba algo fuera de lo normal".

Distingue el primitivo del que sigue a la disentería, y señala "la inflamación que carcome el esfinter y las bocas de las venas hemorroidales. De ahí que mane un flujo sanguíneo y penetre hasta las túnicas de los intestinos, tomando un aspecto tan deforme, que el ano completamente abierto aparece a manera de cloaca, de color lívido y plomizo". (2)

LA EPIDEMIA DE CATARRO

Conjuntamente con la Viruela y el Sarampión del año 1518, en la Española, vemos figurar, por la vez primera, en el Nuevo Continente la peste del Catarro o Romadizo, familiar a los españoles, pues en Europa se hallaba caracterizada desde fines del siglo XII.

Nelter en el artículo, Grippe, del Tratado de Medicina (3) refiere que en América, fué la primera de que se hace mención la que afligió a Europa en 1627. Los documentos a que hemos hecho referencia al tratar de la Viruela, por cierto, incontrovertibles, señalan la primera data en 1517.

Pero hay más aún, el Catarro o Romadizo, Influenza o Grippe, como se la llamó después, preexistía en nuestro suelo antes de la conquista, considerándola los viejos escritores, como una de las pestes habituales en los indígenas. La primera noticia en ese sentido la debemos a Lizarraga (1590), (4) quien nos cuenta que en la Ciudad de los Reyes, alcanzó a algunos conquistadores viejos, a los cuales oyó decir, que llegados a este valle, les parecía imposible morirse, aunque también habían oído a los indios, que no fueran poderosos a conquistarlos, si pocos años antes, no hubiera venido *una enfer-*

(1) Pisón. — De *Medicina Brasiliensis,* Cap. XVI.
(2) Id. íd. — Cap. XVI.
(3) Brouardel y Gilbert. — *Traite de Medicine,* tomo I.
(4) Lizarraga. — *Relación Colonial,* tomo I, pág. 141.

medad de romadizo y dolor de costado que consumió la mayor parte de ellos. "El mismo nos declara que las enfermedades cuotidianas eran allí, en alcanzando algún nortecillo, romadizo, catarros, juntamente con dolor de costado". (1)

El dolor de costado a que hace referencia el fraile limeño, acompañando la epidemia de romadizo o catarro y que con frecuencia daba el nombre a los flajelos, no puede responder sino a lo que hoy denominamos bronco - pneumonias grippales, que en los últimos años, hemos visto con tanta frecuencia acompañar a las epidemias de la post - guerra.

Pudo, pues, la epidemia de 1518 de las Islas, ser importada de España con la viruela y el sarampión, pero el dato de los viejos conquistadores del Perú (1535) que recogieron de los indios de tiempos anteriores a la conquista, cuando toda relación con las islas de los Caribes, era en absoluto imposible, prueban suficientemente su carácter autóctono.

Si no fuera bastante, están en apoyo de esta aserción las referencias unánimes de los escritores hispanos de toda la época colonial.

Así en la descripción que de los indígenas escribía Vargas Machuca en 1599 nos dice "es gente tan miserable en enfermedades, que se dejan morir de tristes: y así de un cocoliste o dolor de costado, catarro, viruelas y cámaras de sangre, que son los males más generales, cuando les dan, muere gran número, y si fuera tierra donde diera una pestilencia confirmada, como en estas partes (España) no escapara ninguna, por ser gente de poco ánimo". (2)

Al penetrar los jesuítas en la región del Amazonas, para catequizar a los indígenas de esa región, nos refiere el P. Figueroa que en 1656, "los hallaron apestados de un catarro o dolor de costado maligno, con que tuvo el Padre bien que hacer con los moribundos, que parece no esperaban más que al Padre y recibir el santo bautismo para volar a la otra vida".

(1) LIZARRAGA. — *Relación Colonial*, tomo I, pág. 141.
(2) VARGAS MACHUCA. — *Historia y Descripción de las Indias*, edición 1892, tomo II, pág. 93.



El mismo misionero nos refiere que después tenían casi de continuo "pestes de catarro, moquillo o dolor de costado". (1)

Dobrizhoffer para probar el origen europeo de la viruela, nos dice: "todo el mundo está de acuerdo en que no había epidemias en América, y si algún historiador afirma lo contrario, recuerden que mientras el catarro, la fiebre intermitente y la diarrea, por tan largo tiempo tan predominantes y extendidas, eran llamados la peste por las clases bajas de los españoles: la viruela y el sarampión eran a su vez denominados con propiedad "la peste" por los indios. (2)

Juan y Ulloa en su viaje por el Pacífico consideran el catarro endémico, desde Chile hasta Quito; atribuyendo a los vientos fríos del sureste, la epidemia de los inviernos: nos cuentan que en Quito, los llamaban pechugeras y que revestían con frecuencia los caracteres de epidemias mortíferas, como ocurrió en los años 1742 y 43, en los que declaran como testigos, que el rigor del invierno ocasionó en Lima "constipaciones y fluxiones, de que murió mucha gente, de modo que parecía contagio: y aunque son estos muy comunes en semejante tiempo, no tan peligrosas, como en aquel año." (3)

Con todo, no es sino mucho más tarde que encontramos bien caracterizado, el primer azote de catarro en las provincias del Río de la Plata.

Cuenta Dobrizhoffer que coincidió con un bólido que se vió en todas estas regiones, (el que según Sánchez Labrador pasó en el año 1750) una epidemia de catarro mortal, que predominó sobre el Tucumán y en dos años mató un gran número de españoles y negros. Esta peligrosa pestilencia, añade, visitó todas las ciudades sin distinción y cree que donde explotó con particular violencia fué en los lugares que se encuentran ubicados Córdoba y Santa Fe." (4)

Esta epidemia alcanzó en esa fecha como veremos a su

(1) P. Figueroa. — Relación de las Misiones de la C. de J. en el país de los Maynes Número X.
(2) Obr. cit. tom. II Cap. XXIII.
(3) Juan y Ulloa. — *Relación de viaje*, tomo III, párrafo 153.
(4) Dobrizhoffer. — Capítulo XXIII.

tiempo, a la entonces naciente Ciudad de Montevideo, habiendo dejado constancia de su enorme contagiosidad el entonces comandante de la plaza, don Francisco de Gorriti. (1)

Fuera de la enorme frecuencia con que se acompañaba con la puntada de costado, que a veces era el signo predominante, y del temor que el simple catarro epidémico se transformase en una epidemia grave, como dice Gorriti, no encontramos en la literatura colonial ninguna descripción de esa afección, que en estos últimos años una dolorosa experiencia mundial ha vuelto a poner sobre el tapete.

---

(1) GORRITI. — *Carta del Gobernador de Buenos Aires*, Archivo de *La Nación*, Buenos Aires.

LIBRO III

Los aborígenes

LIBRO III

LOS ABORÍGENES

CAPÍTULO X

Guaycurúes y Guaraníes

SUMARIO: Habitat de los Charrúas, Yaros, Chanás, Bohanes y Guenoas. — Los Minuanos. — Líneas de separación entre Tapes y Charrúas — Censo de la familia Charrúa. — Origen de los indígenas del Uruguay: La teoría del Panguararismo. — Condiciones morales. — Influencias del clima. — La habitación. — Constitución física. — El habitus. — Caracteres de los Charrúas. — Unturas. — Las mutilaciones. — El tembetá. — Las incisiones. — La sección de las falanges. — El tatuaje núbil. — El Scalp. — Género de vida. — La natación y el remo. — La canoa Charrúa. — La pesca y la caza. — Las armas. — Los Charrúas y el caballo. — Sus juegos de destreza. — Idioma de los Charrúas. — Charrúas y Chaqueños. — Los indios jinetes de Dobrizhoffer. — La raza Pampeana de D'Orbigny. — La clasificación de Lafone Quevedo. — Los Guaycurúes de Schuller.

La provincia del Uruguay estaba poblada, en los primeros tiempos de la conquista, por dos grupos de razas completamente distintas: en la región que hoy forma el Estado de Río Grande, avanzaba lo que podríamos llamar la vanguardia de la gran familia Tupí-guaraní, formada de oeste a este por los Guaraníes, los que por las Misiones se daban la mano con los del Paraguay; por los Tapes, guaraníes también pobladores de las sierras del Tapé; y sobre la laguna de los Patos, por los Arachanes, del mismo origen guaranítico.

11.

El límite inferior de los Tupí - guaraní, según la relación de los misioneros puede fijarse en el Ibicuí hacia el oeste, luego por el límite inferior de las Sierras del Tapé, que viene a a continuar a aquél casi en línea recta, más al este, esa línea se desvía hacia abajo costeando la laguna de los Patos, asiento de los Arachanes.

Tribus sedentarias y agrícolas, ocupaban, pues, tierras de condiciones bien diferentes, sobre el Uruguay, zonas boscosas; en el Tapé, sus pueblos se alzaban sobre las sierras; y eran costeras, sobre la laguna, las tribus de los Arachanes. Formaba, pues, en conjunto, ese límite un arco, cuyas dos puntas se fijaban, una en las bocas del Ybicuí y la otra en el extremo sur de la laguna de los Patos.

En el otro confín de la provincia, desde el Paraná hasta la costa del Atlántico, estaban los Charrúas, formando un arco de concavidad hacia arriba cuyos extremos eran: el Río Corriente al desembocar en el Paraná, y sobre el mar, el Cabo Santa María, señalado por los cronistas como el extremo oriental de las líneas charrúas. En treinta leguas a partir de la costa, fija Azara el ancho de los dominios de éstos.

Los charrúas, como vemos, estaban separados en su parte oriental de sus enemigos los arachanes por una vasta zona, que les era necesario recorrer para sus guerras; la que probablemente, para la mutua tranquilidad, se hallaba deliberadamente despoblada.

El arco charrúa estaba reforzado en su parte interna desde el Río Corriente hasta la desembocadura del Uruguay, por varias tribus, de semejanza racial manifiesta, ya enemigas, ya aliadas de nuestros charrúas, colocadas a ambos lados del Río Uruguay, como montadas sobre él, en contacto unas con otras y sistematizadas de Sur a Norte, en esta forma: desde la boca del Uruguay a la del Río Negro los Yaros; en las bocas de éste, sobre el Paraná a menudo sobre las islas y finalmente, radicados en Santo Domingo de Soriano, los Chanás; y entre el Río Negro y el Cuareim, los Bohanes, y los Güenoas, separados por lo tanto, por una especie de zona neutral de los Guaraníes, como lo estaban en el este, los Charrúas de los Arachanes.

Alejados por los extremos de esas dos curvas, esas razas enemigas, por las concavidades centrales lo estaban más aún en una vasta zona de praderas, deshabitada, debido a que ni una ni otra de las razas, era, a ellas, afecta.

El primer carácter que resulta del *habitat* de las tribus sudeñas, es su condición exclusivamente costera. Los charrúas, los más numerosos y más fuertes habían escogido, como tales, la parte más ventajosa, la costa toda del estuario del Plata hasta el mar, y aún la margen izquierda del Paraná, dominando igualmente la desembocadura del Río Uruguay, lo que para un pueblo, pescador por excelencia, era la zona más rica para su sustento, y que para una raza eminentemente guerrera tenía el recurso, de asegurarse la mobilidad fácilmente delante de enemigos, y siempre asegurada su retirada. Menos numerosos, si bien fuertes también, Yaros Bohanes y Güenoas, hubieron de colocarse sobre el Uruguay, sin perder nunca el contacto con ambas orillas, por análogos motivos.

Todas esas tribus se movían dentro de esas zonas, indudablemente excesivas para su población, con relativa facilidad, ya que no estaban constituídas en pueblos como los Tupís-guaraníes; que no los retenían las cosechas, ni sus ligeras habitaciones; sin tener, no obstante ese carácter completamente nómade, que se les atribuyó después, y con el que no está conteste el material enorme que se encuentra en sus paraderos.

Poco después de la conquista ese arco Charrúa, hubo de ceder, por razones de índole distinta: fué primero el dominio del río por los españoles, en el que ya no les era posible defenderse con sus canoas. Más tarde, la fundación de la Colonia por los portugueses, que partió por el medio, el arco empujándolo hacia arriba, lo mismo que después, las fundaciones de Montevideo y Maldonado, a las que llegaban, no obstante, con demasiada frecuencia, en son de guerra y ávidos de botín.

Agregóse a esas dificultades, para defender sus costas, un hecho fundamental que quitó a ellas una gran parte de su valor, y fué la introducción del ganado a fines del siglo XVI.

El vacuno ofrecióles alimentación fácil y abundante, dejando, ya, de constituir, para ellos, un problema la manutención de sus familias; por otra parte, el caballo, les dió un medio de locomoción y de pelea más fácil que las canoas. Así no es de extrañarse que perdieran sus caracteres de marinos, de pescadores y de costeros, tan típicos antes, y que se hicieran, sobre todo, hombres de praderas, internándose en el centro del país, por el que no demostraran antes preferencia alguna.

Ese empuje de abajo a arriba, lo vemos acentuado ya en 1680 en la época de la fundación de la Colonia. Así en las cartas levantadas por Sansón de Albebile, Blans y otros, que nos cita Luis Cerdeño, (1) aparecía el Río Negro naciendo en "las montañas de los Charrúas", y corriendo todo él por la provincia de éstos.

Del Río Negro se va elevando en los años siguientes llegando en la época de Azara a las Misiones jesuítas, invadiendo más hacia el este la provincia de Río Grande; así no es de extrañarse, el que figuren en los mapas ríograndenses, como ocupando una zona comprendida entre Bagé y Pelotas y que el Padre Teschauer nos asegure "que ninguna de las armas de los charrúas se encuentran en otra parte del territorio del Brasil, en tanto que abundan en los campos de Río Grande", (2) declaración análoga a la de Von Ihering (3)

La explicación de esa preferencia a remontarse por el este, empujando por ese lado a los Arachanes, fué debida al obstáculo que les creó la fundación de las reducciones del lado de costa del Río Uruguay. Las Misiones a su vez extendían la jurisdicción de sus dominios hasta alcanzar las estancias de Yapeyú, el límite del Río Daymán y la parte superior del Río Negro, como vemos en el mapa levantado en 1712. (4)

Ese descenso de la línea guaraní, por una parte, y por otra las frecuentes expediciones guerreras de los indios misioneros, ya para pelear contra los portugueses de la Colo-

(1) Pastells. — Tomo II, Informe de Luis Cerdeño, 2135.
(2) Carlos Teschauer S. J. — «Historia de Río Grande do Sul», tomo I, pág. 18.
(3) *Revista del Museum Paulista.* — Vol. I, San Panlo, 1895.
(4) Mapa publicado por Pastells en el tomo II

nia, ya para acompañar en sus viajes a los padres hasta Buenos Aires, ya para ayudar a levantar las primeras fortificaciones de Montevideo, ya para luchar contra los Charrúas, ya para arriar el ganado hasta las puertas de Montevideo, hicieron que los guaraníes de los Jesuítas, conocieran palmo a palmo nuestro territorio, que dieran los nombres de sus accidentes geográficos, de su fauna y de su flora a los misioneros, los que hablando su idioma, los publicaban en sus cartas, los referían en sus documentos oficiales, y los entregaban al dominio de los colonos, quedando así definitivamente incorporados a la tierra de los charrúas, mientras que éstos, hablando una lengua que ellos solos entendían, reacios a las reducciones y por otra parte menos numerosos que los guaraníes misioneros, cuya población llegó en nuestra banda a 50.000 indios, no dejaron más rastros de su idioma que algunos escasos nombres de cacique. Así sólo por excepción, nos encontramos con algunas desidencias, en Charrúa, Minuano o Chaná en las acepciones geográficas de nuestra tierra.

Expulsados los jesuítas, continuaron los guaraníes las relaciones con los españoles, al iniciarse las guerras de la independencia, siguieron con Andresito las huestes de Artigas, y más tarde, con no menor devoción, las de Rivera, quedando la mayor parte de ellos radicados en nuestro país, por lo que no es de extrañarse que predomine su sangre más vivamente en nuestra campaña, en la que se ven tipos de un corte tape genuino, en tanto que el tipo Charrúa ha desaparecido casi por completo.

De ese modo sustituyó al idioma aborigen, de los charrúas salvajes, el de los guaraníes reducidos, lo que por otra parte fué fácil, dado que en el mismo idioma estaban las mismas disidencias y para análogos empleos en Río Grande y en las provincias de la Mesopotamia argentina, en el Paraguay y en el Brasil.

(2) En las *Actas Cabildo* (20 Dic. 1731 - 24 Nov. 1733 - 25 Dic. 1735), se quejan los Cabildantes que tropas de tapes autorizados por los Superiores Jesuitas les llevan todo el ganado de las estancias.



Hasta principios del siglo XVIII, no figuran más que las tribus antedichas, pero desde esa fecha vemos aparecer las de los Minuanos. Refieren algunos historiadores, que pasaron de la otra banda del Uruguay en esa fecha, radicándose desde entonces entre los Charrúas, con los que presentan una muy marcada analogía y con los que en adelante, los vemos convivir, en la más perfecta armonía. El hecho es que, tampoco en las referencias de los cronistas figuran los Minuanos, anteriormente, en la otra margen del Uruguay. El Padre Lozano al hacer referencia a la muerte de Garay por las gentes del cacique Manua, llama a sus secuaces los manuaes, lo que ha dado motivo para que algún escritor crea identificarlos con los minuanos. El mismo Lozano, dice que en su época los charrúas vivían retirados entre los dos ríos Paraná y Uruguay, dejando la tierra desde el Uruguay hasta el mar, a la nación güenoa, que los españoles de Santa Fé y Buenos Aires suelen llamar, corrompido el vocablo, Minuanos. (1) No parecería muy lógica la corrupción de un vocablo en otro tan distinto, sino fuera que en la diversidad de modificaciones al nombre de los Güenoas, no hubiéramos visto llamarlos Güenianos.

Sin embargo la afirmación de Lozano, no pasa de una mera hipótesis. Todo induce por lo contrario a creer, que Güenoas y Minuanos representaban dos tribus distintas, si bien de una misma familia. Por otra parte refiriéndose a la venida de los Minuanos de la otra banda del Uruguay, Cervera afirma que a consecuencia de la guerra de 1715 se retiraron de Santa Fé hacia el norte en 1718, que algunos de sus caciques resistieron por algún tiempo frente a la actual ciudad de Victoria, pero que vencidos en una acción de guerra en 1720, en el sitio que aún se llama Matanza, y muertos los más, el resto se retiró, pasando el río, hacia nuestra banda, ocupando el Río Negro, donde se unió con las otras tribus charrúas. (2)

La fecha señalada por Cervera corresponde bien a la aparición de los Minuanos en nuestro suelo.

(1) Lozano. — Historia de la Conquista, tomo I, pág. 26.
(2) Cervera. — Historia de la Ciudad y Provincia de Santa Fé, I, Pág. 493.

La desaparición de los Güenoas, si bien coincide con esa fecha, no permite apoyar la hipótesis de Lozano. En efecto, en 1683, como veremos, los Güenoas se hallaban en las proximidades de los pueblos misioneros, sufriendo ya la presión que la fundación de la Colonia del Sacramento significaba; por otra parte, la guerra con los Yaros de la otra banda del Uruguay los alejaba del río; por arriba las Misiones impedían su marcha. En esa situación muchos cedieron a la palabra de los jesuítas incorporándose a las reducciones, y en cuanto al resto todo hace suponer que tomando la única vía de salida, se dirigieran hacia el noreste para internarse en el territorio de Río Grande, que era el único punto débil de la línea, después de las violentas irrupciones de los Mamelucos, que hasta mediados de ese siglo, arrastraron en esa zona centenares de miles de indios para venderlos como esclavos; los mismos jesuítas levantaron los pueblos y los trasladaron hacia la costa del Uruguay contribuyendo, así también, a despoblar esa región. A los Güenoas que eran los más nordeños de nuestros indígenas tocóles iniciar la marcha que después habían de seguir una buena parte de los Minuanos y Charrúas.

Esa sería la explicación del por qué encontramos sus huellas en la Provincia de Río Grande. Von Ihering en uno de sus mapas coloca en efecto a los Güenoas simultáneamente en dos zonas bien distantes, entre el Cuareim y el Ibicuí que para nosotros era su ubicación primitiva y en las nacientes del Uruguay, a la altura de la actual ciudad de Florianópolis, sin duda su última residencia, en su emigración hacia el Noreste, obedeciendo a la presión del Sur. (1)

La última vez que vemos mencionar a los Güenoas, es en la obra de Montenegro en 1710 en que nos habla de un médico de esa tribu, sin duda alguna de los conversos del P. García, o descendiente de ellos, radicado en alguna de las reducciones.

Azara ni los menciona, y muchos de nuestros historiadores no hacen ninguna referencia a ellos.

(1) Herman von Ihering.—A Anthropogia do Estado de São Paulo, 1906.

CENSO DE LA FAMILIA CHARRÚA

No es posible determinar la cifra de los Charrúas. El hecho de que Schmidel, al llegar en 1535 al Río de la Plata encontrara un pueblo de Charrúas en el que había 2.000 indios. ha dado pie para que se fijara en ese número su población en los tiempos de la conquista. La cifra parécenos exigua; no hay, tampoco, por qué suponer que al arribo de Mendoza estuvieran todos los Charrúas juntos, en un punto determinado. Encontramos, en cambio, que en una carta que dirige el Gobernador de Buenos Aires a su Magestad, fechada en 1690, le dice: "que los Charrúas de la otra banda del Paraná, en número de más de 2.000 familias, sostienen guerra con los Güinoanos, que son en menor número, a quienes divide sus tierras el río Uruguay". (1)

En una memoria publicada por el Padre Pastells, la que con todo fundamento se supone sea del año 1612, y en la que se hace el censo de las diversas naciones de indics del Río de la Plata, al referirse a los indígenas próximos a la ciudad de Buenos Aires, calcula el número de los Charrúas en 4.000; como en ella no se hace referencia alguna a los de la Provincia del Uruguay, cabe suponer que esa cifra sólo represente a los que se hallaban vecinos al Paraná. (2) A esta cifra debería añadirse, los de esta banda del Uruguay, lo que indudablemente doblaría la cifra, la que no sería por otra parte exagerada, si se tiene en cuenta que Centenera señala en 800 hombres, los que presentó el ejército Charrúa en el combate de San Salvador contra Garay.

Además, si tenemos en cuenta que después de pelear casi trescientos años contra los españoles, en luchas continuadas durante la colonia, con las ciudades de Montevideo, Santa Fe, contra los Indios Misioneros, contra las tribus de Yaros, Güenoas, Chanás y las del litoral del Paraná, debieron ir reduciendo su número en forma creciente, agregándose

(1) PASTELLS. — Tomo I, pág. 387.
(2) PASTELLS. — Tomo IV, Carta de don José de Herrera y Sotomayor a S. M., 1537.



Cráneo Charrúa *(De la colección del Dr. A. Gallinal)*

a ellas las bajas por las epidemias horrorosas de viruela, que hacían tabla rasa con todas sus tribus y de las que nos da una idea el Padre Cattaneo, y de las que encontramos referencias en las actas del cabildo de Montevideo. (1) Si con todo eso, Azara calcula en su tiempo que su población estaba representada por 400 hombres de armas, que ya hacen suponer más de 2.000 personas, y que el General Díaz cuenta en 1812 en el Campamento del Santa Lucía 647 individuos de los que 297 eran hombres de armas tomar, y finalmente que en la última batalla que marcó la extinción de la raza, presentaban de 150 a 200 hombres de lanza, (2) no nos parece aventurado el suponer que pueda calcularse el doble de la cifra que señala el Gobernador de Herrera: en 4.000 familias, es decir unos 10.000 individuos.

Más reducido, dice él mismo, era el número de los Güenoas, e inferiores, sin duda, era el de los Yaros y el de los Bohanes, aunque mayor que el de los Chanás. En tiempos de Azara no pasaba de 100 hombres el contingente bélico de los Yaros, y un número igual es el que calcula a los Chanás, cuando estaban ya absorbidos por los Charrúas, los Bohanes , y los Chanás españolizados. Posiblemente esas cuatro tribus llegaran en tiempo de la conquista a un número no inferior al de los Charrúas.

ORIGEN DE LOS INDÍGENAS URUGUAYOS

Uno de los puntos más interesantes del estudio de nuestras razas primitivas, es el que se relaciona con su origen. El asunto, en discusión todavía, necesita del aporte de nuevos datos, y de más completos estudios para ser resuelto de un modo definitivo. Hasta ahora son tres las teorías, que se disputan su solución. La teoría *Pan-guaranítica,* que pretende englobar, todas las razas del Sud en un origen común, haciendo de razas tan diversas y lejanas, ramas más o me-

(1) *Acta del Cabildo* de 2 Dic. 1762. — El cacique Cinnandat refiere que los más de los indios se hallan con Viruelas.

(2) Antonio Díaz. — Historia de las Repúblicas del Plata, II, pág. 84.

nos modificadas de un solo tronco. *La Pampeana,* que separa las tribus sudeñas de la gran familia Tupí-guaraní, y finalmente la que separa de éstas, con otras, nuestras razas aborígenes, haciendo un grupo distinto: la raza Chaqueña o *Guaycurú.* Trataremos de exponer el estado actual de la cuestión, sin pretender resolverlo en una obra de esta naturaleza.

La teoría del Pan-guaranismo — Casi todos nuestros historiadores se han inclinado a creer, más o menos resueltamente, en el origen guaranítico de nuestros Charrúas y tribus vecinas. Hoy mismo, que el aporte de nuevos datos ha hecho alguna luz en el problema, con gran entusiasmo defiende esa teoría, el sabio paraguayo Bertoni, el adalid del pan-guaranismo.

Sin embargo, hay muchos y muy serios argumentos en contra de esa hipótesis. En primer lugar hemos visto cómo el *habitat,* no favorece la procedencia de nuestras razas del norte. En efecto, separadas por una gran zona despoblada, en un extremo únicamente se hallaban en contacto, Charrúas y Arachanes y sólo para estar en constante guerra. En cambio, la relación con las razas del oeste fué siempre sostenida, aún a pesar de los grandes obstáculos naturales que representan los ríos más caudalosos de América, y si bien había sus luchas, con frecuencia estaban en trato constante, y las vemos de continuo luchar juntas en la historia de la conquista, o trasladar de una a otra orilla sus residencias, como miembros de una misma familia.

El dato arqueológico — Hicimos mención igualmente del dato arqueológico, que tiene una grande importancia: el hecho de que los utensilios de piedra, de origen charrúa desaparecen en el Brasil, más allá de Río Grande, según los testimonios de Von Ihering y del Padre Teschauer. No es dado suponer, en razas cuyo estado de cultura era tan rudimentario, una alteración tan fundamental en los escasos elementos elaborados por sus manos: en cambio, semejantes o iguales armas y objetos se encuentran entre los *clan* del oeste.

Condiciones morales — "Los indígenas uruguayos —

dice Bauza, eran en la época de la conquista, buenos, de carácter leal, de usos sencillos. Los indígenas brasileños, en la misma época, eran antropófagos, geófagos y pederastas." (1) Esta opinión está fundada ampliamente en los primeros cronistas. "Son, dice Rui Díaz, muy osados en el acometer, y crueles en el pelear, y después muy humanos y piadosos con los cautivos". (2) Del Puerto y Ramírez, dan fe de ello.

De una descripción, que de ellos hace Lizarraga, tomada de un mozo, que entre los charrúas estuviera cautivo durante diez años, transcribimos: "Los charrúas son hombres que guardan palabra y quieren se les guarde". Refiere, luego, cómo el cautivo, obtuvo de su jefe el permiso para ir a Buenos Aires, dando su palabra de que volvería; y que volvió con ellos porque: "entre aquellos indios es gran falta, faltar a la palabra". El mismo cautivo le contó que: "los viejos, de cuando en cuando, se juntaban con los mozos, y les avisaban que no hicieran agravio, ni mal a nadie, no fuesen holgazanes y viviesen de su trabajo". "Es, agrega entre estos indios gran maldad el adulterio, empero conciértanse con el marido y fácilmente da licencia a su mujer que vaya a servir por tantos días al que se la pide; esta es, concluye, mucha ceguera, y no nos habemos de espantar que hombres, sin lumbre de fe, no tengan el adulterio, con esta condición, por pecado, ni infamia". (3)

Nadie puede hoy admitir que los charrúas hayan sido antropófagos, y no deja de tener sus visos de verosimilitud, la suposición de Lafone Quevedo, que sea posible que los que hubieran devorado a Solís, fueran los vecinos guaraníes de las islas, que como todos los de su raza eran antropófagos. (4) Esa característica de la antropofagía, es entre las condiciones, que separan a unos y otros, del mayor valor.

No menos distinta es la condición de su género de vida. Los Tupí - guaraníes, sedentarios y agricultores; y nuestros

(1) BAUZÁ. — Historia de la Dominación Española en el Uruguay, tomo I, pág. 180.
(2) RUIZ DÍAZ DE GUZMÁN. — Col. De Angelis.
(3) FRAY REGINALDO DE LIZARRAGA, — Descripción Colonial, libro II, cap. XIX.
(4) LAFONE QUEVEDO. — Los Indios Chanases 1897.

indios semi-nómades y dedicados exclusivamente a la caza y a la pesca. Aquéllos habitantes de una zona cálida, éstos de la zona templada, y finalmente, el carácter eminentemente acuático de los costeros charrúas, no coincide con los terrestres del norte.

Influencia del clima — D'Orbingy expone la teoría de la influencia de la temperatura, sobre la mayor o menor docilidad del hombre americano, suponiendo que ha actuado más, sobre él, que sus disposiciones morales naturales. (1) Sin embargo, a renglón seguido, él mismo afirma, que "todos los pueblos meridionales desde los 34° de latitud sur, hasta su extremidad, no se han sometido jamás: en cambio, los de los llanos calientes del Chaco comprendidos entre los 20° y los 32° sur, han quedado independientes a pesar de las tentativas numerosas que se han hecho para someterlos, en tanto que los Quichúas y los Aymarás que por los platillos elevados que habitan pueden ser considerados como habitantes de zonas templadas y mismo frías se sometieron a los españoles desde que éstos se presentaron". Esta especie de contradicción que él llama aparente, es al contrario de un real valor, desde que se trata de razas diferentes, que como él mismo lo prueba, no obedecen a las variaciones de la temperatura.

La adaptación de las razas a los climas distintos, es un hecho admitido, cuando en la emigración de las razas ha influído la ley de la necesidad, imperiosamente, como en los pueblos del Asia o en las invasiones de los bárbaros, pero siempre los vemos de los climas fríos hacia los cálidos. Además en América dado el escaso número de sus habitantes para la enorme extensión de su territorio, no se puede menos de admitir, sino una muy lenta trasposición de lugares extendiéndose de preferencia hacia un clima análogo al que se deja, más que por razones de temperatura, por las de las producciones y del género de vida, tanto más difíciles de modificar cuando el estado de cultura es menor, por no poder suplir tradicionales medios de alimentación y de vida.

(1) D'Orbigny.—L'Homme Americaine, pág. 14.

Así vemos la raza guaraní extenderse en toda nuestra América por las zonas cálidas con producciones análogas, siendo el único esbozo de su implantación en el sur, el de los guaraníes de las islas.

Por otra parte, vemos que la raza guaraní, de acuerdo con esas disposiciones climatéricas, guarda en su límite inferior, una línea que se dirige de arriba hacia abajo y de oeste a este, desde la confluencia del Paraná y el Paraguay hasta la laguna de los Patos, siguiendo el paralelismo de las líneas isotérmicas, que, como ya lo hacía notar Martín de Moussy, se van elevando desde el mar a medida que se aproximan a la cordillera de los Andes. Más abajo, a su turno, las razas no guaraníes, siguen una línea semejante, obediente a una análoga disposición.

Agregáse a las diferencias de temperatura, las de las condiciones geográficas. Los guaraníes ocupan en toda la América las zonas cálidas, llenas de bosques de exuberante vegetación; los pampeanos son los hombres de las llanuras de inacabables horizontes, que apagan su sed con la sangre de los animales para defenderse de las enormes sequedades de su territorio; los charrúas en cambio y las razas afines pobladores de los ríos, no se apartan de su riberas.

A veces es tan marcada la adaptación a esas condiciones naturales, que los indígenas no resistían al cambio del elemento natural; así los Caiguás, morían lo que eran arrebatados del monte, para ser transplantados a terrenos donde sufrían los rayos del sol, y si se observan excepciones a esa ley del clima como parecería ser la de los charrúas, que abandonaron su condición de pobladores de los ríos para hacerse hombres de las praderas, hay que tener en cuenta los factores de orden social, tan fundamentales como los que hemos enumerado, como el de la alimentación, y el de la nueva cualidad de ginetes, que adquirieron después de la conquista, añadido a la toma de sus antiguos territorios por los españoles y portugueses, y aún así al desplazarse lo hicieron sin apartarse grandemente de las condiciones climatéricas, y dirigiéndose hacia zonas más cálidas.

Esas disposiciones del clima, es preciso admitir que fue-

ran desde muchas generaciones sostenidas, para que influyeran, como influyeron en el color de la tez de esas tribus. Los Caiguás, absolutamente selváticos tenían la color blanca; amarillenta era la de los guaraníes, y el tinte más negro era el del charrúa, sometido de continuo a la influencia del sol y al reflejo del mar.

Es preciso tener en cuenta, que no es tanto el factor de la temperatura media, lo que constituye la diferenciación del clima en estas regiones, como la amplitud entre las máximas y las mínimas, dominante en ellas, en contraposición con la uniformidad, cada vez mayor a medida que se aproximan al trópico. El primero en experimentar esos efectos de nuestro clima fué, sin duda, Lópe de Souza, quien nos refiere los fríos que pasara en el Río de la Plata, en el verano, pues su estada, correspondió al mes de Diciembre.

La adaptación del Charrúa como la de todos los guaycurúes, a esas condiciones, fué sin duda extraordinaria, si tenemos en cuenta sus tiendas de esteras o semicubiertas de cueros, o del todo desprovistas de techo, en tanto que los guaraníes en su clima cálido, tenían sus chozas siempre cerradas y en las que, al menor frío, encendían brasas debajo de sus hamacas.

Refiriéndose a las casa de los Güenoas, dice Jarque que estaban formadas de esteras de juncos que ataban a unos palos clavados en el suelo y que esas esteras servían también de techo y de colchón, según las necesidades. (1)

Constitución física — La gente de esta tierra, decía Lópe de Souza, "son hombres muy nervudos y grandes, de rostro son muy feos; traen el cabello largo; algunos de ellos se perforan las narices, y en los agujeros llevan metidos pedazos de cobre muy lucientes; todos andan cubiertos con pieles, duermen en el campo donde les anochece, no llevan consigo otra cosa que sus pieles y redes para cazar".

El mismo, al referirse a los Chanás, no hace más diferenciación que la que se relaciona con las mujeres "eran muy hermosas, los cabellos largos y castaños, traían unos aros

(1) PASQUE. — Insignes Misioneros.

en las orejas y sobre la cabeza unos gorros de pieles de onza, con los dientes y todo.'' (1)

Los cronistas posteriores son poco explícitos en su descripción física. Es necesario llegar a Félix de Azara: ''su talla media, dice, me parece pasar de una pulgada sobre la de los españoles, pero es más igual: son ágiles, derechos y bien proporcionados, y no se encuentra uno solo que sea demasiado grueso, demasiado delgado o contrahecho. Tienen la cabeza levantada, la frente y la fisonomía abierta, signos de su orgullo y aún de su ferocidad: su color se aproxima más al negro que al blanco, casi sin mezcla alguna de rojo: los trazos de su cara son muy regulares, aunque su nariz me parece un poco más estrecha y hundida entre los ojos. Estos ojos son un poco pequeños, brillantes, siempre negros, nunca azules, y jamás enteramente abiertos: pero tienen, sin duda, la vista doble, más larga y mejor que los europeos. Tienen, también el oído muy superior al nuestro.

Sus dientes están bien colocados, son muy blancos hasta la edad más avanzada, y jamás se les caen naturalmente. Sus cejas son escasas; no tienen barba y escaso pelo en las axilas y en el pubis: tienen los cabellos espesos, muy largos, gruesos, brillantes, negros y nunca rubios. Nunca se les caen, ni se llegan a poner más que medio grises hacia la edad de ochenta años. Sus manos y sus pies, son más pequeños y mejor formados que en Europa, y la garganta de sus mujeres me parece ser menor que la de las otras naciones indias.''

''Nunca se cortan los cabellos. Las mujeres lo llevan colgando; pero los hombres se los amarran y los adultos se ponen sobre el nudo que los reune plumas blancas colocadas verticalmente''. Es probable que esas plumas tuvieran un significado análogo al de algunas de sus cicatrices, así como en los Payagúas, dice Azara, que por cada enemigo que mataban colocaban una pluma verticalmente sobre la frente.

A este respecto haremos notar de paso, lo incongruente que resultan las reconstrucciones del peinado charrúa desde

(1) LOPE DE SOUZA. — Loc. cit.

las estatuas de Blanes (hijo) que les adorna la cabeza a lo Motezuma, hasta las de nuestros jóvenes escultores que les cubren la frente con un abanico de plumas, como si de pieles rojas se tratara.

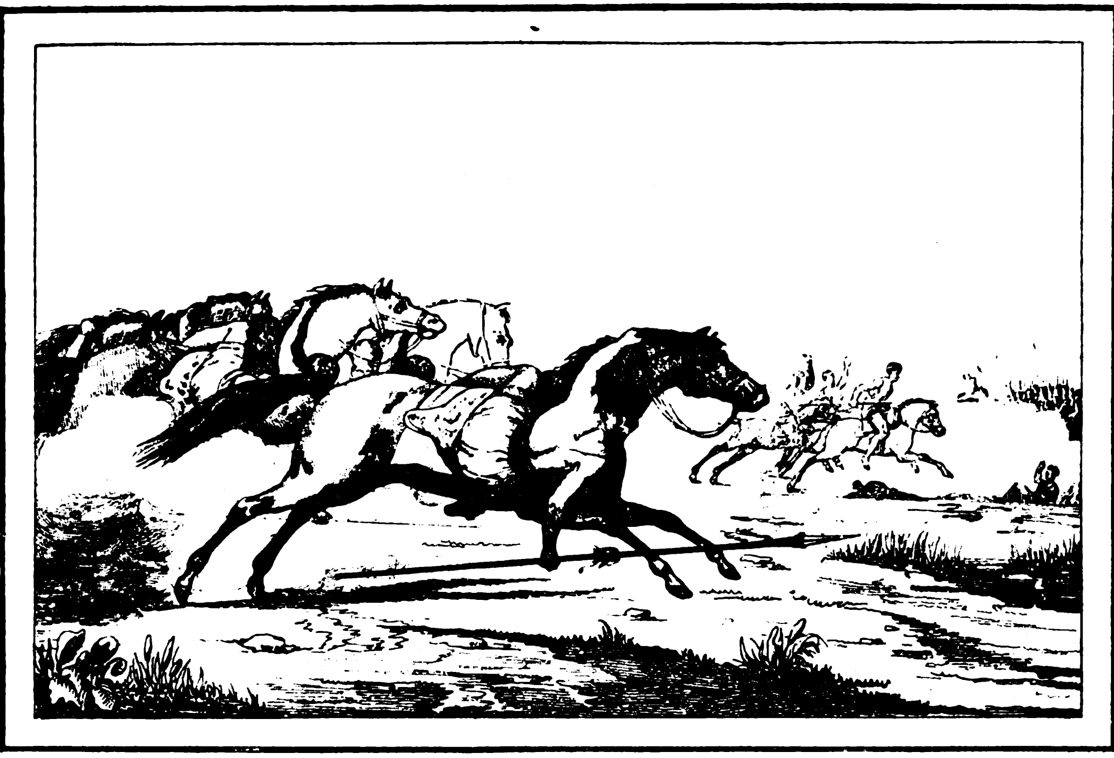
En cuanto a su vestido condice Azara, con la descripción de Lópe de Souza, en que estaba formado por cueros: "En tiempo de frío hacen, dice, con pieles suaves y aún con las de jaguareté, una camiseta muy estrecha, sin cuello, ni mangas, que les cubre, apenas, las partes, y esto no siempre."

En lo que a su constitución morbosa se relaciona, no ha advertido "que estuvieran sujetos al mal venereo ni a ninguna otra enfermedad particular", y su vida, le parece más larga que la de los españoles. Agrega que tenían muchos piojos, y eran muy afectos al alcohol y al juego, al que dedicaban las noches enteras.

De la constitución física de Yaros, Bohanes y Chanás, no trae dato alguno, no así respecto de los Minuanos: "Su talla, dice, es semejante a la de los españoles; además, me parece, que sus mujeres tienen el seno más grueso. Su cuerpo es menos carnoso, su cara más triste, más sombría y menos espiritual (que los charrúas): su carácter, menos altivo, menos orgulloso y menos entero; pero se asemejan completamente en el color, las facciones, los ojos, la vista, el oído, los dientes, los cabellos, el pelo, la falta de barba, la mano, el pie, la seriedad, el tono de la voz, la costumbre de no reir nunca, la suciedad y el barbote". (1)

Las pequeñas diferencias que señala Azara entre Minuanos y Charrúas, en su *habitus*, no condice bien con la descripción que nos hace a ese respecto Larrañaga: "Su estatura es procer y membruda, su color americano o de bronce; su pelo negro, grueso y largo, un poco cortado por la frente; la barba muy escasa y solamente la tienen en el labio superior, formando largos bigotes y muy pocos pelos en la perilla o barba; los ojos negros algún tanto oblicuos y no tan chicos como se ponderan; la cara es más bien larga que ancha; la parte inferior del rostro estrecha; y anchas las espaldas; los

(1) FÉLIX DE AZARA. — Viaje a la América Meridional, tomo II.



Una carga de Guaycurúes (*De la obra de Denis*)

dientes bien conservados y muy iguales; boca y labios regulares; nariz un poco aguileña; pies y manos pequeños: en una palabra, no tiene nada de montruoso, ni deforme, los primitivos del país que ocupamos y que eran los verdaderos dueños de esta campaña" (1).

Cree Larrañaga y en esto está de acuerdo con Azara, que las mujeres llegan a ser adultas, antes que las otras mujeres: en cuanto al vestido en ellas, como en los hombres, es de pieles de ternera, muy trabajadas y pintadas por dentro, en lo que concuerda con los dibujos que trae en su obra Pernetty.

Jarque dice, respecto al uso de las pieles: cúbrense con las pieles de los animales que cazan y que curten malamente con cenizas y grasa, hasta que están flexibles para adaptarse al cuerpo. No les sacan el pelo, para estar más abrigados en el invierno, aplicando el lado de los pelos al cuerpo, en tanto que cuando hace calor, lo vuelven para afuera, mudando así el mismo vestido según las estaciones, el cual les sirve también de cobertor durante las noches. (2)

En cuanto al carácter, dice Larrañaga, que el de las mujeres es triste, al contrario de los hombres que le parecieron alegres.

D'Orbigny, en su bosquejo, se acerca más al tipo que Azara pinta: "Su color más oscuro que el de los Patagones, es de un bruno-oliva, a menudo oscuro o marrón. Es, tal vez, la nación americana, que por la intensidad de su color se acerca más al negro; ella contrasta, bajo este aspecto, de una manera sorprendente, con sus vecinos los guaraníes."

"Hemos tenido ocasión de ver, en 1829, en Montevideo, muchos charrúas; no nos han mostrado una talla que pareciera sobrepasar de un centímetro la de los españoles: El más alto que vimos, no tenía más de 1 metro 76 centímetros, y su talla mediana no nos ha parecido más de 1 metro 68 centímetros: como en los puelches, las mujeres son tan grandes y tan robustas como los hombres; ellas tienen 1 metro 66 centímetros".

(1) Obras de Larrañaga, publicadas por el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, tomo III.

(2) Jarque. — Insignes Misioneros.

"Las formas de los charrúas son, como las de los puelches, en extremo sólidas, siempre muy carnosas, sin tener jamás la obesidad de los guaraníes: sus hombros son anchos, su cuerpo sin salientes, sus miembros fornidos, sus manos y sus pies pequeños. Las mujeres, en las mismas proporciones, tienen la garganta bien hecha, el cuerpo ancho, sin que la cintura sea jamás más estrecha que el resto del cuerpo.

"Los charrúas tienen la cabeza grande, la cara alargada; los pómulos un poco salientes; la nariz bastante estrecha en su base, hundida en esa parte, gruesa, narinas separadas y abiertas; las cejas salientes, fuertemente arqueadas, poco provistas, los ojos pequeños, negros, hundidos, quizás un poco bridados, pero horizontales, los labios gruesos, la boca grande, los dientes bellos y que nunca se les caen; la barba rara; el labio superior y el mentón abajo, están únicamente provistos de pelos rectos y no rizados; sus cabellos son largos, negros, gruesos y achatados. El conjunto de sus rasgos da la figura más seria y de un aspecto duro y feroz; raramente se encuentra, entre los jóvenes ese aire alegre y abierto, que se ve en otros países; se podría decir que, bajo este aspecto, no tienen juventud. Su porte es siempre triste y taciturno." (1)

En cuanto al vestido menciona esa especie de camiseta sin mangas, de cuero, y el cabello levantado, sobre el que colocan algunas plumas blancas.

El general Díaz no trae mayores referencias sobre su constitución física. De su vestido nos cuenta que cuando no andaban desnudos, se cubrían con el Quiapí, que era un cuero corto, especie de taparrabo, o con el chepí que era una especie de pampanilla o tonelete comúnmente de piel de ciervo, de aguará o de jaguareté: nos dice asimismo que iban con la cabeza descubierta, y que algunos, se ceñían la frente con un trapo en forma de vincha, y otros se ataban el pelo con un tiento.

Respecto del carácter, apartándose de los antedichos juicios agrega que "aunque de índole feroz, eran, por lo co-

(1) D'Orbigny. — L'Homme Americaine - Nation Charrua, pág. 224.



mún de genio alegre y estaban continuamente riéndose". (1) Bien es cierto, que nos han prevenido antes, que para reirse abren muy poco la boca, no haciéndolo nunca a carcajadas, con lo que está de acuerdo con Azara y D'Orbigny.

De las reseñas antedichas resulta que entre los Charrúas y los Minuanos había algunas diferencias, las poco precisas que señala Azara, y las de Larrañaga que se refieren a la forma de la nariz "un poco aguileña" en vez de la nariz hundida en la base y de narinas dilatadas, y abiertas que constituían una de las características más resaltantes de los charrúas; así como en lugar de los labios gruesos de éstos nos dice que los Minuanos tenían labios regulares; además el color era en los últimos, el americano, no siendo el negro subido de los charrúas. Respecto de las otras tribus de nuestro suelo, no hay datos que permitan hacer una diferenciación.

En cuanto a las diferencias entre las razas de nuestro suelo, y las razas guaraníes, D'Orbigny las resume así: Raza Brasilio guaranítica: color amarillento, mezclado de un poco de rojo muy pálido. Talla mediana, 1 metro 62 centímetros. Formas muy fuertes. Frente no huyente. Cara llena, circular. Nariz corta, estrecha. Narinas estrechas. Boca mediana, poco saliente. Labios delgados. Ojos oblicuos, siempre levantados en su ángulo exterior. Pómulos poco salientes. Rasgos afeminados. Fisonomía *dulce*.

Schmidel, ya observaba que los guaraníes eran pequeños y gordos. Azara, dice que eran "más pequeños, más cuadrados y más feos", (1) el mismo D'Orbigny señala la desproporción del ancho de los hombros en relación a la talla, que es tan característica entre los tapes, y el ancho desmesurado del cuello. Su color era menos subido, tirando al amarillo (Azara) o al rojo (D'Orbigny).

Es de señalar entre las diferencias de ambas razas, los ojos inclinados, los labios más delgados, la mayor canti-

(1) Descripción del General A. Díaz, publicada por Eduardo Acevedo Díaz en la Revista Nacional.

(1) SCHMIDEL.—Cap. XX.

dad de vello en el cuerpo y un poco más de barba en los guaraníes.

Caracteres tan fundamentalmente distintos, excluyen todo comentario, bastando como lo hace el ilustre sabio, para formar una raza aparte. Aunque al referirse a los charrúas no hace notar nada respecto de la frente, basta observar un cráneo charrúa para darse cuenta del carácter de frente huyente, que presenta, y de un modo resueltamente marcado.

Unturas — Don Antonio Díaz relata que los indios, diariamente, se frotaban el cuerpo con grasa de potro, la que salía por los poros, por lo que casi todos, sobre todo en invierno estaban sujetos a una condición herpética, que les hacía más repugnantes y contribuía a las emanaciones pestilentes, en términos de hacerse insoportable la inmediación de uno de los salvajes, a diez varas de distancia colocados en dirección al viento, cuyas ráfagas nauseabundas eran de un efecto horrible. Estas unturas, cuando no se había introducido todavía entre ellos el caballo, cuyo aceite era de preferencia, se hacían con grasa de avestruz, aguará, peludo, tigre, iguana y pescado, cuyas carnes exceptuando las de tigre y de aguará, les servían de alimento, después de lo cual, se tendían al sol para que el aceite penetrase mejor en sus carnes. (1)

Bauzá supone que se hacían esas fricciones con grasa de lagarto, carpincho u otras análogas, para defenderse del reumatismo y de las picaduras de insectos. (2) Estas costumbres de untarse la piel no eran por otra parte una característica de la raza charrúa, encontrándosela en otros pueblos de América, seguramente para defender la piel de las inclemencias del clima.

Así el Padre del Techo nos dice de los Guaycurúes que "los hombres se pintarrajean desde la cabeza a los pies, con sustancias que despiden un olor nauseabundo, para inspirar terror con su aspecto. (3)

Dobrizhoffer, también nos refiere los prodigios que entre

(1) Antonio Díaz. — Historia de las Repúblicas del Plata, tomo II.
(2) Tomo I, pág. 162.
(3) Del Techo. — Descripción de los Guaycurúes, libro III, cap. XXXVII.

sus Abipones hacía con la grasa de tigre en la curación de un sin número de enfermedades, creyendo, él mismo que era un remedio que no fallaba jamás en los gusanos de los animales y de los hombres, atribuyéndolo, a que aquellos abandonaban las cavidades, desalojados por el olor nauseabundo que despedía la grasa del tigre. No sería, pues, sin motivo el suponer que, emplearan esas grasas, con un objeto análogo nuestros Charrúas, pero la más, satisfactoria explicación es preciso buscarla en su carácter de pueblos acuáticos, para conservar su piel del contacto prolongado del agua.

Azara, se expresa de un modo análogo sobre el olor de los Charrúas, atribuyéndolo a la falta de lavado, así dice que no se puede encontrar nada más sucio, y por consecuencia olor más apestoso.

Respecto del olor de los indios, D'Orbigny se pronuncia diciendo que es *sui generis,* renunciando a dar idea de él, concretándose a señalar que es un olor muy particular diferente del del negro y menos fuerte. Cita en su apoyo la opinión de Thibault que dice de los Caribes que todos tienen un olor fuerte y desagradable. (1)

Las mutilaciones — Una de las características de la raza Charrúa, era la de las mutilaciones; de estas se describen, la sección de las falanges, las heridas en el cuerpo y el tembetá o barbote.

La costumbre de mutilarse, en señal de duelo, no era exclusiva de los charrúas. Lozano refiere que los querandíes, la practicaban y Luis Ramírez la describe en los Timbúes, si bien en las mujeres solamente. Lope de Souza, Centenera, Jarque y Lozano la hacen general a los parientes del muerto, hombres y mujeres; el mismo General Díaz no hace distinción al respecto. Así el primero dice, que vió muchos hombres viejos, que no tenían sino el dedo pulgar; Azara, al que sigue D'Orbigny atribuye sólo a las mujeres esa costumbre ritual. El P. Cattaneo, dice al respecto que esta costumbre comenzaba en su época (1730) a abolirse. (2)

(1) D'Orbigny. — Obr. cit., pág. 43.
(2) Muratori. — Loc. cit.



Era igualmente general en ellos las incisiones de la piel, ya como las mutilaciones, en señal de duelo, ya para señalar en los hombres el número de enemigos muertos a sus manos. Estas las hacían perforando la piel de la mitad superior del cuerpo, atravesando a veces los brazos de una a otra parte por medio de cañas o de pedazos de maderas duras, como el quebracho, otras veces con la lanza o con las flechas. "La mayor parte de los charrúas, dice Díaz, tenían el pecho y la espalda, y algunos de ellos hasta la cara misma llena de cicatrices muy unidas, hechas con las puntas de las flechas, y formando varias figuras y bordados". (1) Azara, al referirse a los Minuanos, relata igualmente sus ceremonias de duelo, diciendo que eran análogas a las de los charrúas, pero que duraban la mitad del tiempo, y en vez de clavarse pedazos de caña en los brazos, se perforan, con una espina gruesa de pescado, las piernas y los muslos, por delante y por detrás, así como los brazos, hasta el codo, pero no el hombro. Clavan la espina por un lado y la sacan por el otro, como una aguja de coser, y esto al menos de pulgada en pulgada". (2)

El mismo nos cuenta una análoga costumbre entre los Payaguás, los que en sus fiestas después de borrachos "se pellizcan unos a otros en los brazos, los muslos y las pantorrillas, cogiendo la mayor porción de carne que pueden, y se clavan de parte a parte una astilla de madera o una espina de Raya de las más gruesas. Repiten de tiempo en tiempo esta operación hasta la noche, de modo que se encuentran todos acribillados del mismo modo, y de pulgada en pulgada en ambos muslos, ambas pantorrillas y ambos brazos, desde el puño hasta el hombro". Respecto de su explicación, nos refiere "que dicen ingenuamente que no conocen otra, que el deseo de demostrar que son valientes".

Esta costumbre la vemos descrita por el P. Del Techo entre los Guaycurúes: «Afean el rostro con cicatrices, nos dice, cuyo número indica el valor de las personas". Y agrega que los niños se ejercitan clavándose espinas y agujas, y que

(1) Díaz. — Loc. cit.
(2) Azara. — Loc. cit.



para ser admitidos en la milicia, han de sufrir sajaduras con una saeta en los muslos, pantorrillas, lengua y otros miembros, sin quejarse en lo más mínimo". (1)

Schmidel dice que los Timbúes "tenían las caras heridas y sangrientas". Los Guaycurúes del Brasil acostumbraban igualmente a señalarse la cara con heridas. (2)

Respecto de la costumbre de usar el tembetá o barbote, el acuerdo de los cronistas no es tan unánime: así Lope refiere que los indios que encontró en San Pedro (Montevideo) "*algunos de ellos* tenían perforadas las narices, y en los agujeros metidos pedazos de cobre muy lucientes" y que las indias chanás tenían aros, que les tomaban las orejas "pero no hace referencia alguna al tembetá. Lozano tampoco lo menciona al tratar de los charrúas. Es Azara el que nos describe en ellos esa costumbre de perforarse el labio inferior para pasar por él un trozo de madera, costumbre muy difundida entre las tribus guaraníes y no guaraníes. D'Orbigny sigue claramente en este caso como otras veces la relación de Azara. A ese respecto el General Díaz es bien explícito· No he visto a ninguno con el labio inferior horadado, según dice el señor Azara que lo hacían en general. Sería costumbre hacerlo así en el tiempo en que él los vió".

En cuanto a la afirmación de Lope de Souza de las perforaciones de la nariz y de las orejas no las volvemos a ver citadas por ninguno de los cronistas posteriores, costumbre por otra parte eminentemente timbú.

El P. Cattaneo, narra en su carta de 1730, que "se reconoce, fácilmente a los principales de la nación por algunos pequeños pedazos de vidrio que ellos llevan embutidos en el mentón". Talvez en esto se encuentre la explicación del por qué, sólo en algunos de ellos vió las perforaciones Lope de Souza, y también esa divergencia en cuanto al uso del tembetá. Por otra parte es digno de notarse, el que todas esas mutilaciones, que compartían los clan chaqueños, se encuentran, exageradas al acercarse a su lugar de origen, así vemos cómo la perforación de las narices, da el nombre a los

(1) Del Techo. — Libro III, cap. XXXVII, Costumbres de los Guaycurúes.
(2) Denis. — Geographie du Bresil.

Timbúes, la exageración del barbote a los Lenguas, las de las orejas a los orejones, las mutilaciones en el cuerpo mismo llegan a su mayor grado en los Payaguás, los que además de las acostumbradas por los Charrúas, las extienden a la lengua, al miembro, etc. Otro tanto veremos que ocurre con los tatuajes, generales en los Mbayas, Abipones, Payaguás mientras que en los charrúas, sólo se conserva, como residuo de esa costumbre las rayas núbiles en el rostro de las doncellas, y las pinturas por las bandas blancas de las carretillas en los Minuanos, y esas mismas, veremos cómo se fueron perdiendo a poco de convivir con los charrúas. No es posible el poder resolver si en esos pueblos, salidos de un tronco común indudablemente, fueron los que quedaron en el Chaco los que exageraron las costumbres primitivas o si fueron los charrúas los que al alejarse, fueron olvidando aquéllas. Un caso análogo cabe poner, respecto a las mutilaciones que como hemos visto compartían, Charrúas, Minuanos, Timbúes y Querandíes, y que no hallamos en las tribus más nordeñas.

En lo que respecta al uso del tembetá entre las tribus del Brasil, en un interesante estudio, Simch, llega a las siguientes conclusiones, en primer lugar separa el tembetá, del uso de los adornos nasales y auriculares, no juzga tampoco que los adornos en forma de T puedan considerarse como tembetás, finalmente llega a la presunción, que ni unos, ni otros, son de origen guaranítico sosteniendo que "tanto unas como otras de estas variedades llevan a creer en la existencia de un pueblo desaparecido en el Brasil anteriormente a la aparición de los Tupí guaranís. (1)

Todas estas costumbres eran, pues, comunes entre los clan de esa misma familia guaycurú. Acaso la única costumbre propia de los charrúas, que no encontramos entre los pueblos vecinos, sea el *scalp*, arrancando el cuero cabelludo a los vencidos a semejanza de los pieles rojas.

El tatuaje tan extendido entre los guaraníes, no era conocido o por decir mejor sólo tenía un lugar, en sus rituales,

(1) F. B. Simch.—Revista do Instituto Historico e Geographico do Rio Grande do Sud 1924 III-IV trimestre.

dedicado a las doncellas cuando llegaban a la edad de la pubertad, señalándolas, entonces, el rostro con tres rayas verticales, de color azul, "que les caen verticalmente desde el nacimiento del pelo hasta el extremo de la nariz y otras dos que les cruzan las mejillas" (Azara). Los Minuanos usaban unas rayas análogas pero en sentido inverso que pasaban de una a otra mejilla; algunos se embadurnaban de blanco las mandíbulas, habiendo perdido muchos esa costumbre, con el contacto con los charrúas (Azara). Esas rayas núbiles, eran igualmente un rito entre los Payaguas, "en ellas, estas pinturas, dice Azara, se reducen a una banda o raya que parte del nacimiento del pelo y se prolonga en línea recta sobre la nariz hasta el extremo de la barbilla, pero exceptuando el labio superior; además, se ven salir de la raíz de sus cabellos, siete o nueve líneas verticales que cortan la frente y el párpado superior" etc., a las que agregaban otras aún. Lo mismo que las de los charrúas esas señales eran indelebles, hechas por medio de picaduras, pero en vez de ser azules, eran violetas. La diferencia pues, en este signo de la nubilidad entre payaguas y charrúas, era sólo el agregar a la línea central de la frente a la nariz, otras secundarias en los primeros, de acuerdo con el carácter más generalizado de los tatuajes y pinturas en todas esas tribus del norte. En cuanto al color, el tono sólo puede ser atribuído a la condición del material tintoreo empleado, por lo común cenizas, y a veces tinturas vegetales.

Género de vida — La constitución vigorosa de los charrúas, se sostenía, en un entrenamiento perpetuo, en los ejercicios físicos más a propósito, para hacerlos fuertes y ágiles. Eran éstos la natación y el remo, la carrera y la caza, y los ejercicios de destreza.

La natación y el remo — Los primeros visitantes de nuestras costas, los encuentran "en almadías o canoas de 10 o 12 brazas de largo y media de ancho, hechas de cedro, en las que iban de pie, hasta 40 indios, utilizando unos remos largos adornados los cabos con plumas". Respecto de sus aptitudes como remeros, nos dice el cronista portugués "remávanse tanto, que parecía que voaban". (1) Luis Ramírez sale en

(1) Pero López de Souza. — Diario cit.

una canoa de los indios, desde el puerto de San Lázaro, y recorre doce leguas, hasta las casas de ellos, a buscar comida. (1) Centenera narra en su canto XI que cuando la gente de Zárate se refugió en la isla de San Gabriel, tuvo noticia:

Que Zapicán su ejército mudaba
Al Uruguay, que es río muy crecido
Al tiempo que el cristiano reposaba,
Con su gente y canoas ha subido. (2)

Diego García, cuenta que subiendo el Uruguay arriba, en la región de los Charrúas, salió a su encuentro Antón de Grajeda, teniente de Gaboto, "con cientas canoas de indios y él con batel armado". (3)

Mucho después a principios del siglo XVII, Hernan Darías encuentra en el río Santa Lucía, "algunas canoas de los naturales de aquella costa, lo que le permitió sondarlo a su satisfacción". (4)

Insistimos en estas citas, para dejar bien sentado su carácter de marinos, por lo menos hasta el siglo diez y siete, que coincidió con la entrada del ganado en nuestro suelo, que, como hemos visto, cambió por completo el género de vida de la raza. Solo así puede explicarse el que D'Orbigny, se atreva a decir que los charrúas a semejanza de los Pampas, sean habitantes de los llanos y de los países enteramente descubiertos, y el que como aquellos sean vagabundos, y no vivan más "que de la caza, sin conocer la pesca, la navegación, y la cultura.

Casi con seguridad asienta ese error confiado en el silencio de Azara, su guía, a ese respecto. (5)

El tipo de las canoas de los charrúas, de que nos habla Lope, se asemeja al de las de los Payaguás, quienes usaban, además de unas pequeñas, para las necesidades de la pesca y pequeñas excursiones, unas grandes, capaces hasta para 40 per-

(1) Luis Ramírez. — Loc. cit.
(2) Ceulener. — Canto X.
(3) Diego García. — Loc. cit.
(4) *Documento publicado por el* P. Salaberry, en su obra Los Charrúas y Santa Fe.
(5) L'Homme Americaine. Nation Charrua.

sonas, para los usos de la guerra, (1) y al de las de los Timbús de 80 pies de largo y tres de ancho, las que según Semidel las manejaban con remos, al modo de los pescadores de Alemania".

Al igual de unos y otros eran nadadores extraordinarios: Lope dice que "nadaban como golfinhos" y que "nadaban tanto como nos andavamos"; los Yaros cruzaban a nado el caudaloso Uruguay para perseguir a sus enemigos (2); en la batalla de San Gabriel el charrúa Kaytúa, se lanza al río en persecución de un soldado español, y en el agua lo ultima con su lanza (3). De las excelencias de la natación de los Payaguas dícese, que "vivían en el agua en la que pasaban días enteros, pescaban a brazo, empeñándose en seguir a nado a los peces más veloces y atacaban "a los barcos por debajo del agua, quebrándoles la quilla a golpes de hacha hasta hacerlos naufragar, sin que los ocupantes de ellos pudieran ni siquiera verlos". (4)

Respecto de sus condiciones de pescadores, negadas por D'Orbigny, nos dice el mismo Lope de Souza: "mandaron (los charrúas) una almadía por pescado, y fueron y volvieron, con tanta brevedad, que todos nos quedamos espantados" y nos dieron mucho pescado" de los chanás dice igualmente que les llevaron al bergantín, pescado. Por otra parte todos los primeros cronistas están acordes, en afirmar que vivían de la caza y de la pesca, y no podría admitirse de otro modo, con la abundancia de pesca, en nuestras costas, que le proporcionaba una alimentación más fácil de conseguir que la misma caza.

No eran por cierto menos extremadas sus aptitudes en la carrera:

Tan sueltos y ligeros son que alcanzan
Corriendo por los campos los venados

(1) Dobrizhoffer. — Tomo I, pág. 117.
(2) Lozano. — Tomo I, pág. 411.
(3) Centenera. — Canto X.
(4) Fray Pedro, José de Parras, diario publicado por Trelles en la «Revista de la Biblioteca de Buenos Aires», tomo IV.



Tras fuertes avestruces se avalanzan
Hasta de ellos se ver apoderados:
Con unas bolas que usan, los alcanzan
Si ven que están a lejos apartados
Y tienen en la mano tal destreza,
Que aciertan con la bola en la cabeza

A cien pasos que es cosa monstruosa
Apunta el charrúa donde quiere
Y no hierra ni un punto aquella cosa
Que tira: que do apunta allí la hiere

Centenera, canto X

No menos expresivo que el cantor de la conquista, se muestra Del Techo, de sus habilidades cinegéticas, cuando nos dice que los Charrúas y los Yaros "usan hondas y con tal habilidad las manejan, que matan un pájaro al vuelo y derriban animales corpulentos". (1)

La misma destreza (que para el tiro de bolas) dice Lozano, tenían en la flecha, haciendo certísima puntería a cien pasos de distancia. (2)

Tanto los embargaban los cuidados de la caza y de la pesca que "no llevaban consigo otra cosa sino sus pieles y sus redes" para pescar, y las de cazar venados". No siempre empleaban, pues la honda, la que no fué en un principio más que "un *pilouro* de piedra del tamaño de un *falcao,* del que salía un cordel de una brasa y media de largo, en el cabo del cual llevaba una borla de plumas de avestruz grande".(3)

Según el historiador Díaz, cuando se hicieron ecuestres la mejoraron, aumentando primero una bola y después dos, convirtiéndose entonces en arrojadiza, y útiles para sujetar los caballos y demás animales ariscos en el campo. (4)

La boleadora, era al mismo tiempo, una de sus armas favoritas de guerra. Usaban también las flechas pequeñas, que

(1) Del Techo. — Libro VII, cap. VII.
(2) Lozano. — Loc. cit.
(3) Pero López de Souza. — Loc. cit.
(4) A. Díaz. — *Historia de las Repúblicas del Plata,* tomo II.

llevaban en un carcaj plano, en la espalda, abiertos los cabos de las flechas en abanico, formando un arco de varios colores por delante hacía muy bella vista. (1)

Empleaban, la lanza larga, como un pino, al decir de Centenera, y de unos doce pies, según Azara. En su arsenal bélico estaban igualmente representadas como en otras tribus la macana, de piedra también, y el rompe cabezas.

La introducción del caballo, si les hizo alejarse de la costa, y perder su calidad de marinos, los convirtió en centauros formidables, como por otra parte, a casi todas las tribus guaycurúes, "Montaban en pelo y llevaban una lanza larga con cuyo apoyo saltaban del suelo sobre el caballo, y de éste al suelo, con suma ligereza, en lo más precipitado de la carrera. En la misma se echaban a un lado manteniéndose ocultos en el cuello del caballo, que parecía que andaba solo y sin jinete. Finalmente, volaban, paraban, revolvían y hacían lo que parecía imposible" (2) "un palito servía de bocado, al freno, y dos pedazos de cuerno hacían de alacranes".

Uno de los misioneros refiere el asombro con que se encontró, con un indiecito guenoa, en nuestra campaña en 1730, el que tenía la cabeza apoyada sobre el cuello del caballo y las piernas cruzadas sobre las grupas, "en esta postura, dice nos miraba con mucha atención. Después de mirarnos, durante algún tiempo, se enderezó y desapareció como un relámpago. Quedamos tanto más admirados, exclama, de la ligereza de su carrera, cuanto que no tenía montura, ni estribos, ni espuelas, ni siquiera una fusta de mano para conducir su caballo. (3) Los charrúas, según todas las descripciones, siempre montaron así, en pelo y sin espuelas, sin más freno que un simple bocado. (4)

Mr. Denis, en su geografía trae una lámina en la que reproduce una carga de guaycurúes, la que se adapta perfectamente a la descripción de Azara: el indio con su mano izquierda se sujeta a la crin del caballo, con la pierna del mis-

(1) AZARA. — Viajes inéditos publicados por el GENERAL MITRE, pág. 175.
(2) AZARA. — Id., íd.
(3) CATTANEO. - Cartas del apéndice de la obra de Muratorid.
(4) GENERAL DÍAZ. — Loc. cit.



[pro]mo lado, se apoya en las grupas del animal y con la otra le oprime el vientre, en tanto que en su mano derecha lleva la larga lanza, en bélica actitud.

Esta aptitud de todos los guaycurúes para el caballo, era tan típica, que le sirve a Dobrizhoffer, para hacer su clasificación de las tribus en ecuestres y pedestres.

No es de extrañar, pues, la opinión de este jesuíta, sobre la raza guaycurú, en esta exposición que hace de los Abipones, y que cuadra a nuestros Charrúas, como a todas ellas. "El cuerpo de los Abipones, dice, es musculoso, robusto, ágil y extremadamente resistente a las inclemencias del cielo. El ejercicio diario del caballo les impide el engordar, pues, como las abejas, están siempre en movimiento, lo que en consecuencia trae una tal constitución corporal y una salud, tan sólida, que la mayor parte de los europeos envidiarían. (1)

Agrégase a esos menesteres, el que dedicaran sus ocios a extremar su destreza en juegos, como los que nos describe el General Díaz, que consistía: en enredar un tiro de bolas de dos ramales, en una estaca, clavada a una distancia de treinta pasos, la que tenía solamente una cuarta fuera de la tierra. Reputábase muy hábil, dice, el que lograba su intento. Eran diestrísimos en este juego, agrega, pues según pudo él mismo comprobarlo, no era fácil acertar con la estaca. (2)

Idioma — Lope de Souza refiere en su diario, la entrevista de su intérprete Francisco de Chaves, con uno de los Charrúas; diciendo, que sólo pudo entenderle dos o tres palabras en guaraní, pues como quisiera seguir interrogándole en guaraní comprendió que el indio no le entendía, sacando solo en limpio que decía: que él era Begoa chaná y que se llamaba Ynaandú.

El padre del Techo al narrar el viaje que el padre Roque González realizó desde la Concepción a Buenos Aires a través de la tierra uruguaya, a quien acompañaban Hernando de Zayas, conocedor de la lengua guaraní y del carácter de los indios, y los más atrevidos hombres de la Concepción, cuenta que yendo de camino, de todas partes, salían a verlos

(1) Dobrizhoffer. — Loc. cit.
(2) General Díaz. — Loc. cit.

indios, que hablaban idiomas distintos, todos ellos de carácter feroz, y dice: "nuestros religiosos los excitaban a ser cristianos, ya de palabra, ya con gestos". (1)

Hervás, que es, sin duda, la autoridad más competente, a este respecto y que tuvo ocasión de tomar los datos de los Jesuítas misioneros, después de la expulsión de la orden, nos dice a este respecto: "La lengua guenoa se habla por una nación del mismo nombre que vive errante por los campos y bosques que están al oriente del río Uruguay, y al sur de las misiones de los guaraníes".

"El señor Sánchez, agrega, me escribe, que en la misión guaraní de San Francisco de Borja, quedaron en el año 1767, algunos manuscritos en lengua güenoa, para utilidad de los misioneros; y el señor Camaño, me ha enviado un brevísimo catecismo en dicha lengua, y habiendo yo observado, atentamente, sus palabras, no he hallado ninguna que tenga afinidad con las de los idiomas paraguayos, de que tengo gramáticas y vocabularios. Los indios yaros, continúa, son tribu de la nación güenoa, y se cree que también lo sean las naciones de los minuanos, bohanes y charrúas, las cuales viven errantes por gran espacio entre los ríos Uruguay y Paraná. Los minuanos y los charrúas tienen lengua algo diferente de la que hablan las tribus de la nación güenoa. (2)

Azara refiriéndose a los charrúas y minuanos afirma que; "hablan alguna cosa de guaraní, pero tienen, agrega, idioma particular muy gutural". (3)

D'Orbigny dice que la lengua de la nación Charrúa es "dura y gutural, y que se aproxima a la de los Puelches y la de las otras naciones de los llanos, tales como los Mbocobis o los Tobas; pero es la única analogía que se le encuentra, pues es, por otra parte, muy diferente". (4)

No encontramos, ni entre los cronistas, ni entre los misioneros, uno solo, que sostenga que los Charrúas hablasen el guaraní, ni un dialecto de esa lengua, sin embargo, encontra-

(1) Del Techo. — Obra cit., lib. VII, cap. XXXII.
(2) Hervás. — Catálogo de las Lenguas, tomo I, cap. II.
(3) Azara. — Viajes inéditos, pág. 177.
(4) *L'Homme Americaine*, loc. cit.

mos que nuestros historiadores se empeñan en que ha de ser así, y actualmente un distinguido panguaranista se esfuerza por demostrar que nuestros Charrúas, hablaban ese idioma, a pesar de los trabajos de Lafone Quevedo, de Schuller, de Outes, etc. La publicación de la gramática Chaná de Larrañaga y del Catecismo Güenoa, a que hacía referencia Hervás, y que se encuentra en la Biblioteca de Londres, han servido para aclarar, aunque no del todo lel problema del lenguaje de las tribus Charrúas.

La lengua de los chanás por su contextura, no se asemeja en lo más mínimo al guaraní, y en cuanto a los escasos conceptos del catecismo güenoa, nadie podrá encontrarle un parentesco, ni remoto siquiera, con el idioma paraguayo, más aún, según la opinión de Outes, hay una afinidad entre el chaná y el güenoa (1). En cuanto a los términos escasos que se conservan de términos Charrúas, no pueden admitirse todos sin control, desde que siendo nombres propios, los que como todos los nombres de indios representan por lo general animales, muchas veces los españoles, que no conocían su idioma los recibían de los intérpretes guaraníes ya traducidos a aquel idioma, como otras veces se los traducían al español, llamando, por ej., a uno el cacique Venado, como lo vemos en los documentos de la época. No es de extrañarse así que los nombres que cita Centenera pudieran ya estar traducidos al guaraní.

Además de los nombres de Centenera a que hemos hecho referencia, y de los tres que cita Martínez, están los de los últimos charrúas: Vaimaca Perú, Senanqué, Tacuabé y Guyunusa, Naybí, y Sepé; Masalana, Vencel, Napegúa; Adeltía y Ocalión; (2) Naigualve, Gleubilbé, Doimalejé, nombres de los caciques vencidos por Vera Mujica en Santa Fe (3), los nombres minuanos Baumahate (4) Cumandat, Quiritó, Comiray, Tacú, Betete. (5)

---

(1) OUTES, FÉLIX A. — Sobre las lenguas indígenas rioplatenses, Revista de la Universidad de Buenos Aires, N.° 99, 1913.

(2) *Del Telégrafo Mercantil.* — Narración de la expedición del Capitán Pacheco, I, 2, 1801, pág. 251 y Bauzá, II, pág. 342.

(3) P. SALLABERRY. — Los Charruas y Santa Fe, pág. 267.

(4) Citado por el General Díaz.

(5) *Revista del Archivo Administrativo. Actas del Cabildo de Montevideo,* II, 357 - 591.

Los Charrúas *De la obra de Ferrario*)



De éstos, si algunos, como decíamos, puede tener sabor Guaraní como Tacú y Sepé el resto desafían toda semejanza.

Pero no basta el convencimiento absoluto de la no comunidad lingüística charrúa-guaraní, es necesario un mayor aporte de datos, para relacionar el idioma de los Charrúas a las razas, que por sus semejanzas, por su género de vida y por su historia, vemos actuar, como de una misma familia. Queda, pues, a los lingüistas la última palabra en este asunto para reconstruir los elementos dispersos de esas tribus afines. Puede, igualmente esperarse mucho de la Arqueología, y de la Antropometría, que hasta ahora no ha sufrido un estudio serio, ni para la que se han reunido, tampoco los elementos suficientes.

Charrúas y Chaqueños — Hemos visto que no hay ni un solo punto de contacto entre Guaraníes y Charrúas y al contrario las profundas analogías entre éstos y los Chaqueños. El primero en establecer esa relación fué Dobrizhoffer, profundo conocedor de una y otra raza, ya que antes de fundar la reducción de los Abipones, de la que nos ha dejado su maravillosa historia, había sido doctrinero en las Misiones guaraníes. El jesuíta húngaro divide las razas desde el Paraguay al Río de la Plata, en pedestres, que son los Guaraníes, y en ecuestres o chaqueñas; entre estos últimos hace una división entre los que habitan en el Chaco y los que residen fuera de él. Su clasificación es completa, pues se basa en las condiciones de carácter, en las costumbres y hasta en la fortaleza de su constitución física, como ya hemos visto.

"Entre las naciones ecuestres, fuera del Chaco, dice, el primer lugar lo ocupan los Güenoas, que residen entre los ríos Uruguay y Plata, y el Océano Pacífico (sic) sin tener, sin embargo residencia fija. Esta muy numerosa nación, comprende: los Charrúas, los Yaros, Bohanes, Minoanos y Costeros, todos de a caballo y de las más bárbaras costumbres." (1)

Vemos como Dobrizhoffer coloca los mismo que Hervas, a todas nuestras tribus en la familia Güenoa. Sorprende la inclusión entre ellos de los Costeros. No es posible saber a qué

(1) Account of the Abipones, tomo I, pág. 129.

tribu se refiere. Por otra parte hemos encontrado la misma denominación en uno de los mapas de la época, caso análogo a los manchados, de los que Schuller cree que pueda ser un nombre genérico, que vemos figurar en otros mapas. (1)

Que todas nuestras tribus pertenecieran a una misma familia, parece probarlo el hecho de sus alianzas continuas, a pesar de las guerras, que entre ellas, se producían de tanto en tanto. No creemos que las más pequeñas, fueran exterminadas por los charrúas, ya que en el año 1751, encontramos haciendo fechorías juntos, en nuestra campaña, a los Charrúas, con los Minuanos y los Bohanes (2) y que por el año de 1765, en Santa Fe, vemos citados entre otros, los charrúas-Yaros y los charrúas-Bohanes, (3) los que no nos parece que sea una cruza, sino más bien el nombre de la tribu agregado al de la familia. La desaparición de las tribus más pequeñas, se debió a su absorción por los Charrúas, ya que la disminución de su número por epidemias, guerras y aún por los rescates, llegó a hacer necesaria esa concentración.

Lozano asocia a los charrúas, por la semejanza de sus costumbres, a los yaros, los martidanes y los güenoas.

La raza pampeana de D'Orbigny — La clasificación del sabio francés separa netamente la raza Brasilio-guaranítica de la raza Pampeana, agrupando sin embargo, ésta, en tres ramas, los Pampas, los Chiquitos y los Moxos. Entre los Pampas coloca: los Patagones, los Puelches, los Charrúas, los Mbocobís, los Mataguayos, los Abipones y los Lenguas. La agrupación de D'Orbigny se resiente, en algunos caracteres fundamentales, así por ejemplo, coloca a los Charrúas de frente huyente, en una rama de tribus de frente *bombé*, como los Patagones, dando, sin embargo, ese carácter de la frente, como uno de los signos distintivos de esa rama. No tiene en cuenta, tampoco, las costumbres distintas en un todo, y finalmente desconoce la calidad de indios costeros,

(1) CATTANEO. — Loc. cit., y Mapa del Atlas de De Mussy.
(2) Revista del Archivo Administrativo, tomo II, 337.
(3) P. SALLABERRY. — Los Charrúas y Santa Fe.

marinos y pescadores de los charrúas, suponiendo que siempre fueron indios de los llanos, si así puede llamarse, nuestro territorio lleno de cerros, colinas y arroyos, tan distinto de la Pampa.

Por otra parte D'Orbigny incluye a Yaros, Bohanes Chanás, Minuanos, Güenoas como tribus de la misma familia Charrúa. (1)

Aceptando la clasificación del autor francés, Lafone Quevedo, separa nuestros chanás para formar un subgrupo especial, con los chanás de la otra orilla, con los Timbúes, Caracarás, etc., en tanto que en otro subgrupo coloca a los Charrúas, Yaros y Bohanes.

La familia Guaycurú de Schuller — Este autor en el profundo estudio, con que prologa la obra de Azara, rompe con la tradición pampeana, creando la familia Guaycurú, la que subdivide en Guaycurús del Norte y Guaycurús del Sur. Coloca en los del Sur, que él denomina los Manchados a los Charrúas, Yaros, Minuanos, Güenoas, Chanás, Bohanes, con los Timbués, Caracarás, Artidanes, etc., dejando en los nordeños, en tres subgrupos, a los Abipones, Mbocobís, Tobas, Lenguas, Payaguás, etc. (2)

La clasificación de Schuller, es a nuestro modo de ver la más natural, la que contempla mejor las afinidades de las distintas tribus, obedeciendo a una base más amplia que la de D'Orbigny, basada sólo en los caracteres físicos.

Vemos por otra parte como está de acuerdo con la que naturalmente, y basado sólo en el profundo conocimiento, adquirido por la vida convivida entre ellos, había hecho el Padre Dobrizhoffer, y a la que hemos hecho referencia.

---

(1) D'ORBIGNY. — L'Homme Americaine.

(2) SCHULLER. — Geografía Física y Esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones Guaraníes, por Félix de Azara, Montevideo, 1904.



CAPÍTULO XI

La alimentación

SUMARIO: El problema de la alimentación en América. La Agricultura rudimentaria y la falta de animales domesticados. — Los alimentos vegetales. — Las harinas y el pan de los indios. — La Mendioq; el Abatí (maíz) y las patatas y patatas: Cabú y Yetí. — Otras harinas. — Los porotos, Cumandá; los Zapallos. Ya: El Mandubí o Maní. — Yerbas. — Condimentos. — La sal, Yuquí. — Los Ajíes, Quiyí. — Los Aceites, Tarumá y Ayuinandí y Aque. — Azúcares. Eí. — De miel de caña y de molle. — Las frutas. — Alcoholes o chicha, Caguy. De maní, de papa, de algarrobo, de molle, de cagaguatá, de miel, etc., etc. Su uso. — Las aguas de bebida. — Las carnes. — La caza y la pesca. — Especies americanas. — El arte culinario. — Conservación de las carnes; el tasajo indio. — Alimentos de ahorro. — El chocolate, la Guaraná, la Yerba mate. la coca. — El tabaco. — Insuficiencia de la alimentación. — Comidas raras. — Los comedores de tierra. Su explicación patológica.

Puede decirse que el gran problema del indígena, fué el de su alimentación, problema individual y problema colectivo, alrededor del cual, giraban todas sus manifestaciones sociales. El arrojaba despiadadamente unas tribus contra otras, en guerra sin cuartel; disponía las emigraciones, originando la inestabilidad, que era la característica de las más; exigía su reducción, sacrificando a los inaptos; medía la multiplicación de la especie; y aguzaba el ingenio del hombre americano hacia el estudio práctico de los reinos vegetal y animal, exigiendo la búsqueda de todo lo comestible.

En el reino animal, su estado de civilización no lo había llevado a la domesticación de los animales, que hubieran podido servir a su alimentación, dedicándose a su crianza; tarea fácil, por otra parte, en los animales de América ya que

"casi todos son de un natural dulce, dócil y tímido, y que no hay sino pocos malhechores y casi ninguno temible", como afirma Buffón; siendo sólo el atraso salvaje, el que los alejaba hasta de la sociedad a las irracionales. (1) El mismo observa la escasez de las especies en América, y el menor desarrollo de los animales comparados con los del viejo mundo. El cuidado y la crianza, de los que fueran útiles, hubiera traído la selección, como en los que el hombre ha domesticado, si los indios hubieran sido capaces de poner en ello su empeño.

En las tareas agrícolas, llevaban en su contra, la falta de elementos para trabajar la tierra, por el desconocimiento del hierro, y por la ausencia de animales de labor, que les prestaran su ayuda, lo que les obligaba a realizar la más primitiva de las agriculturas, con el esfuerzo de sus brazos, únicamente.

Si la naturaleza exuberante del nuevo mundo, prestó al antiguo un número grande de nuevas y ricas sustancias alimenticias, es indudable que no podían en su calidad y en su número, competir con los que la experiencia había acumulado en Europa, secularmente, recogidas de todas las zonas del mundo conocido.

El hambre que sufrieron en América los españoles, sobre todo la que fué inseparable compañera de los Adelantados del Río de la Plata, no puede considerarse como un accidente de la conquista, sino como parte integrante del régimen natural del mundo descubierto.

Así, hemos visto por la referencia de Lizarraga, como los Charrúas poco después de las penurias que pasara Ortiz de Zárate, se encontraban en idénticas circunstancias, obligándose a enviar a sus prisioneros a la búsqueda de víveres, medida extrema que basta sólo, para darnos una idea de la escasez de sus recursos habituales. No bastaban, pues, la "caza y la pesca" como medio corriente de vida, y la alimentación con cardos que enseñaron a Ramírez, era para ellos un recurso de extrema necesidad.

---

(1) *Animales del nuevo mundo*, tomo V, 1846.

En casi todas las tribus, y aún en aquella francamente agrícolas era frecuente, en el centro del continente, según las descripciones de los misioneros, los horribles padecimientos del hambre, cuando la langosta, las secas o los temporales destruían las cosechas, aún entre los Guaraníes, reducidos ya, a la vida civilizada.

Fué objeto de la más viva curiosidad de los descubridores, retratada en las cartas de Colón y en las de Vespucio, así como en las narraciones de los cronistas, el régimen de alimentación de los Indios. Por más que los recién llegados trataran de buscar las semejanzas con los productos habituales en el viejo mundo, no encontraban ninguno de sus alimentos comunes y en cambio, toda una variedad de sustancias, con sus métodos de preparación, en un todo desconocidos para ellos.

Lo primero que llamó la atención de los españoles fué lo que llamaban el pan de los indios. Desprovistos de trigo, lo sustituían con granos y raíces, siendo generales en todo el continente, y los más usados la Yuca, el Maní y las papas.

Lo que los indígenas de tierra firme llamaban Yuca, era la Mandioca de los Guaraníes, "Mandiog" raíz extraída del Manduibá, árbol de la mandioca.

La leyenda guaraní atribuía a Santo Tomé la enseñanza del cuidado y de los usos de estas plantas. El sistema de cultivo, el mismo que se emplea, sin modificación, en la actualidad, y que según leyenda, divulgó el apóstol, consistía en clavar en el suelo tres trozos del árbol cruzados, y cubrirlos de tierra; en un año la planta se convertía en un arbusto, y procedían entonces a la cosecha de las raíces. Sus numerosas variedades se dividían, por sus propiedades, en dulces y bravas. Las dulces (pororó popirá) o Aypú, una vez secas, las tostaban y eran comestibles, no así las bravas (eté, tapoú, omaquyti, curupaí) que necesitaban un lavado previo, el que arrastraba las sustancias venenosas, produciendo el asombro de los españoles, que ese caldo tan nocivo, pudiera sacarse de un alimento tan saludable. De las raíces molidas hacían la harina de mandioca (jhuí o huí) y de las mismas ralladas, la

Pipiratá. El pan de esa harina que los caribes llamaban Cazabe, en guaraní se denominaba Mbeiú, que comían tostado en forma de bollos y que solían conservarlo muchos meses. Las raíces secas, Mandiog popí, las guardaban con mucho cuidado, pues no perdía sus condiciones nutritivas.

La harina de mandioca no ha perdido hoy su uso en América, haciéndose un gran consumo en las regiones del Brasil de donde nos la importan con el nombre de fariña, ya que en nuestra latitud no se presta el clima para su cultivo. De ella se extrae la tapioca, tan empleada por sus excelentes condiciones alimenticias.

Tan generalizado en el continente o aún más que la mandioca, pues que se adapta su cultivo a latitudes más altas era el maíz, o Abatí. El sistema de su plantación por los indígenas no era muy complicado: con un palo hacían un agujero en la tierra, en donde introducían el grano, recubriéndolo luego, repitiendo pacientemente la operación, según las semillas que destinaban al cultivo.

El maíz tierno, Abatí aquí, o Tateí, lo comían crudo o cocido simplemente en las mazorcas, Abatí - ací; el maíz duro, Abatí - ata, lo ponían al fuego a tostar con miel, llamándole pururú, lo mismo que hoy se llama pororó. Molido lo empleaban en la mazamorra Mbai - py o Cagüyyỳ, que comían condimentada en formas diversas; con verduras Mburei, con carne molida Mbai - py, o con miel. Del maíz duro hacían la harina Abatí-cuí, con la que formaban una masa Abatí rúú y el afrecho, Abatí rabiyú. Distinguían los guaraníes los tipos blanco, tí; amarillo, yú; y colorado, pytá. La humita o tamal la hacían con maíz tierno pisoteado y cocido con manteca, envuelto en la propia chala, Abatí robá.

"El pan de los indios es el maíz, dice Acosta (1), se ha hallado en todos los reinos de Indias occidentales, lo comen tostado o moliendo el maíz, y haciendo de su harina masa y de ella unas tortillas, que se ponen al fuego y así calientes se ponen a la mesa; han inventado hacer cierto modo de pasteles de esta masa, y de la flor de su harina con azúcar, bizcochuelos y melindres que así se llaman."

---

(1) *Historia nacionel de las Indias.*

Los Guaraníes llamaban Carú a las papas y Yetý a las batatas. Entre las primeras distinguían un gran número de variedades, Caraguazú, Carahembó, Caramyni, Caratí, y Carapipá y entre las batatas por su color caraú y peporeí, negras; mbitabog, amarillas; pytá, coloradas; blancas, guarea; yopotí tuyá, grandes; manduvi, chicas; tí, desabridas; manchadas, apyterú; moradas, caratúa; blancas por dentro, yopopeí. Por su forma a las chatas le llamaban carapá; a las largas, mandiog; largas y delgadas, tamanduatí; pelosas y blancas, ebirá; por su tamaño las distinguían: ceruí, muy chicas, guazú, grandes, etc. (1) Pasan de cien las variedades de papas americanas y eran desconocidas en la época del descubrimiento, en la América Central. Los Mejicanos no las conocían al arribo de Hernán Cortés.

Son originarias de la América del Sur. Fueron descriptas por Zárate Acosta, tesorero del Virreynato del Perú en 1514, llevándose en esa época a España.

Los españoles llamaban ajes a las papas, separándolas de las batatas, aunque por lo común, se encuentran confundidas en las relaciones de los cronistas. Los indios preparaban el chuño, en el Perú, dejando secar las papas, y enfriándolas a bajas temperaturas.

A semejanza de la mandioca y de las papas, empleaban los Guaraníes, otras raíces comestibles como: la Caguaguá (como las papas) Mbacucú, Mbagueró Tayá, Guareá, Guatiní, Piog, etc., etc. Taiaó, rapó, eran las raíces de unas coles indígenas, aptas para la alimentación.

Fuera de la harina de maíz y de la de raíces, usaban las harinas de algarrobo, (Ybopé cuí), la de piñones (Curí i huí), la de palmas (Ybaí cuí).

Entre las hortalizas recogían las que los españoles llamaban frísoles y que hoy llamamos porotos, como los quichúas, entre los cuales individualizaban los Araquicé, Chaí, y Cumandá.

Las aluaias, llamadas porotos tapes, constituían uno de los alimentos de nuestras tribus del Sur (2) fueron de los

---

(1) RUIZ DE MONTOYA. — *Arte p Voc.*
(2) JUAN PUEBLA. — «Telégrafo Mercantil», 1801.

productos ofrecidos a Solís por los charrúas para atraerlo a tierra. (1) Los guaraníes tenían las coles de tierra Tayaó, una especie de Achicoria, Caapé; los Urupé, variedad de hongos comestibles; algunos helechos, como el Amambaí; toda una serie de calabazas, Ya, como las Tembuquí, Apitarug, Cuatraú, Carapepé, Andai, Curuguá, entre las que se encontraban las variedades de los zapallos; una clase de verdolaga Caárurú y los cardos de comer Caraguatá ruá etc

El mandubí o maní; constituía un rico coadyuvante por su poder nutritivo en su alimentación.

Para condimentar sus comidas empleaban los Guaraníes varias especies extraídas de las plantas y sus frutas de las que obtenían: los aceites vegetales, ñandy, la sal yuquy, y los ajíes quyyí.

Entre los aceites los más usados eran el de laurel americano Ayuinandy, el de los cocos de palmas, Aque; pero sobre todo el que obtenían del tarumá, fruta semejante a la aceituna, del árbol Taruma, y el del mandubí o maní.

No poseyendo salinas en las zonas del interior acudían igualmente algunas tribus guaraníes, al reino vegetal, para suplir el cloruro de sodio, consiguiéndolo con los árboles Yuquy - rati, Yuquy - ruzú; llamando a la sal obtenida Yuquy, de donde a sus guisados denominaban Yuquyzy, o Yiquizí, de Yy, guisado o cocido y de quizí, menear o revolver.

Completaban sus especies culinarias con los ajíes o Quyyí, de los que los más usuales eran pimiento grande o ruzú, el verde, naquí, el oloroso aquá, el redondo aqua, el picante azí - tai y el más bravo el cumbarí, los que a fin de conservarlos los molían llamanda a su polvo nguí.

La sal que obtenían de los vegetales los proveía sólo de una pequeña porción atribuyendo a su falta de uso, el que cuando los españoles trajeron la sal de España, con su abuso los indios se enfermaban. Así, el condimento más común de sus comidas eran los ajíes, sobre todo los más picantes, de los cuales hacían un uso extraordinario, costumbre que continúa aún en casi todo el Brasil. "Es la principal

(1) Fernández de Oviedo. — I, cap. III.

salsa y toda la especería de los Indios; dice Acosta, empleaban el verde, el colorado, y el amarillo, el llamado Caribe, que era el más fuerte y otros tan suaves que los comían como alimentos". (1)

Conocían una especie de Canela, Ybyrápetaí, el Ygaí o perejil de ríos y el Azafrán de tierra, Urucú.

De los animales extraían asimismo algunos aceites o mantecas, como el Piráñandy, o manteca de pescado, el Taiá ñandy o manteca de puerco, y la manteca de las hormigas Yzá.

Azúcares. — Los azúcares, Eí, los obtenían de la miel de abejas que según sus variedades llamaban Eireté, Ybyrá ei; al de abejas negras Tata eí o Tapié eí; de las cañas dulces extraín el Tacuareé eí, y del molle una miel muy saludable. La miel de camoatí era uno de los recursos de los charrúas, que vemos que le ofrecían a los viajeros.

Frutas. — Los bosques naturales les convidaban "sin más trabajo de alzar la mano, con el dulce y sazonado fruto" de las especies americanas, tan sabrosas como las del Pacobaí, plátano, que los brasileños llamaron bananas, la del Caraguatá o piña americana, hoy Ananá, y el Abacayí, el Amambai y el Guapoy o higuera indígena, el Ybapurú, especie de uvas, el Mburucuyá o Pasionaria y el Yarabaí e Ybapitá o dátil silvestre, el Tatai o Moral, el Curíy o Piñón, el Yapurua y el Yba-hai, frutillas y otras variedades como el Guabirá, Araticú, Yba-yú, Yba-pihú, Yba-pomong, Yba-poroity, Yacaratiá, Amandibá, Añangapiré, butía, Arazá o Guayaba, etc., etc. Las últimas especies, que produce nuestro clima, servían a la alimentación del charrúa.

Alcoholes. — De las frutas, de los cereales, de la miel, obtenían los indígenas las chichas o alcohol. No había tribu en nuestra América latina que no tuviera su bebida. Refiere Roberston, que algunas de la América inglesa desconocían el uso del alcohol, al que se entregaron, por otra parte, con entusiasmo, cuando lo importaron los conquistadores, dedicándose desde entonces con fervor, hombres y mujeres,

(1) *Historia natural de las Indias.*

al uso de las bebidas espirituosas. No pasaba lo mismo en el Sur, donde el ingenio indígena, aguzó toda su facundia inventiva, para proporcionárselo de todo lo que fuera susceptible de fermentación. Los más comunes eran los obtenidos con las harinas de maíz, de yuca o de papas.

La chicha o vino de maíz, Abatí - Caguy, la conseguían humedeciendo la harina hasta que obtenía su máximum de fermentación alcohólica, guardándola luego en calabazas.

Pero para aumentar su poder, solían hacer mascar el maíz, para lo que empleaban con preferencia mujeres, y sobre todo viejas, con su boca en peores condiciones higiénicas, lo que daba una chicha más brava. (1)

Tan común como en nuestras razas guaraníes, era el uso de la chicha de maíz, entre los Araucanos y los Quichúas, llegando entre éstos a tal abuso, que fué objeto de una ley prohibicionista, de parte de los Incas, la que penaba a los que bebieran el Sora, nombre con que entre ellos era designada. (2) Los Guaraníes, llamaban Caguí Nduuhara, a los indios encargados de mascar el maíz, para el vino o Caguy.

De un modo análogo hacían el vino de raíces y patatas denominado Caracú y el de calabazas Curapepé - mbí.

Lo mismo lo obtenían de la harina de Algarrobo, Ibopé-Caguy, de la que fabricaban el pan, y era tan grato que Schmidel, que lo saboreó entre los payaguás, declara que "era tan delicioso como nuestro Mosto". (3)

El Caraguatá de nuestras regiones, especie semejante al Maguey Mejicano y que empleaban aquí como allá para sus chozas; del que extraían las fibras para los tejidos y las púas para agujas; que les daba un alimento nutritivo; miel y una bebida refrescante, era utilizado asimismo para la fabricación de vino y vinagre. Merece pues, el elogio que Prescott, consagra a la pita o Maguey: "La pita, era para los aztecas alimento, bebida, vestido y papel. Indudablemente

(1) Acosta. — *Historia Natural*, cap. XVI.
(2) Garcilaso. — Tomo II, cap. VIII.
(3) Schmidel. — Cap. XXIII.

jamás encerró la naturaleza en tan reducida materia, más elemento de gobierno y civilización". (1)

Del Molle o Aguaraybá, del que obtenían miel, extraían una chicha, que era la que tenían por más regalada, siendo de efectos más vivos que la del propio maíz.

Del zumo de las frutas fermentado, producían los Guaraníes, como los Tupíes, una especie de cidra o cerveza.

Según Américo Vespucio, tenían dos variedades en las costas del Brasil, blancas y negras como nuestros vinos, y la obtenían de una clase de manzanas indígenas, de las que da fe, pues las saboreó, encontrándolas tan saludables como sabrosas. (2)

Finalmente de la miel de abejas, del Camoatí, y de las cañas Tacuarembó, donde la deposita el Mangangá, hacían los Charrúas, como los guaraníes una chicha brava, la Ei-Caguy, Guaraní.

No deja de sorprender la inventiva aborigen, para obtener el licor espirituoso, y su generalización a todas las tribus, tan extendida y tan especial como su pan, bastando esto sólo para justificar, que tanto el uno como el otro, han sido compañeros inseparables del hombre, desde la cuna de la humanidad.

Lo curioso, de la costumbre indígena, era que el uso del alcohol estaba reservado, casi exclusivamente, para el sexo masculino; las mujeres que eran las encargadas de confeccionarlo, de guardarlo, y de servirlo, tenían la prohibición de beberlo, costumbre que en vez de halagar a Robertson, le da motivo para señalar la humillación en que vivía la mujer, por más que declara abominable el hábito de beber de los indígenas.

Por otra parte, el alcohol era en ellos, más que un alimento cuotidiano, la libación indispensable de sus asambleas guerreras o de sus festejos familiares. En esas ocasiones, se entregaban, sin medida, al licor que desarrugaba su ceño, siempre adusto, y perdían aquella grave circunspección que caracterizaba la fisonomía del hombre americano.

---

(1) PRESCOTT. — *Historia de la conquista de Méjico*, cap. IV.
(2) VESPUCIO. — Viaje 1.°, col. Navarrete.

El mismo autor cree encontrar la causa de ese amor del indio, al alcohol, en la excitación que lo levanta de su inercia habitual, y en el movimiento más rápido que da a sus espíritus, animándoles con mayor fuerza que el juego y el baile, añadiendo que el salvaje que no está en acción, es un animal triste y pensativo, pero que luego que bebe se manifiesta vivo y contento. Esta aserción que apoya, con la autoridad de Meléndez, si bien exacta, peca, por no ser una condición específica de la raza, sino de la humanidad entera, desde las remotas edades, ya que el sabio de los proverbios decía: "Dad cerveza a los afligidos, y el vino a los que tienen el corazón lleno de amargura. Beban éstos para echar en olvido su miseria y no acordarse más de su dolor". (1)

No era, pues, ni el uso del alcohol cuotidiano, ni la embriaguez un hábito, lo que por otra parte se explica fácilmente, por la falta del alcohol en cantidad suficiente para ello, ya que la previsión, no era una de las cualidades de la raza, ni su vida de movimiento, les permitía el almacenamiento de stocks considerables de su bebida predilecta.

Aguas de bebida. — No es de extrañarse ese hecho, ya que constituyó un problema para muchas tribus, aun, el abastecimiento de las aguas de bebida. En Méjico y en el Cuzco, ciudades establecidas y organizadas, habían procedido sus reyes, a la construcción de acueductos, proviniendo en las primeras del manantial de Chepoltepec (2) y el palacio real y el templo de los Incas recibían por cañerías de oro, el agua que surgía de sus fuentes. (3)

La abundancia de ríos y arroyos simplificaba, en el centro del continente, la provisión de agua para los indígenas, pero en las regiones secas del Chaco, de la Pampa y de algunas zonas del Brasil, el problema exigía apremiantes soluciones. Encontraban éstas, ya bebiendo el rocío que se acumulaba de noche en los cálices de unas flores, en forma de cartuchos, ya abriendo las cañas que contienen un líquido

(1) SALOMÓN. — *Proverbios*, XXI.
(2) PRESCOTT. — *Historia de Méjico*, cap. I.
(3) GARCILASO. — *Comentarios Reales*, tomo II, cap. VIII.

cristalino, ya mascando yerbas ricas en jugos; y agotados en el reino vegetal sus recursos, mitigaban su sed, los Querandíes, bebiendo la sangre de los animales de caza, con lo que obtenían su resultado de un modo sorprendente. (1)

La caza y la pesca — Predominaba en la alimentación de las tribus, vecinas a nuestros grandes ríos, el Paraná y el Uruguay, los productos de la caza y de la pesca. La más pintoresca descripción de la naturaleza, virgen todavía, de nuestras costas, la debemos a Lope de Souza, en el relato de su viaje en 1531. (2) Así al desembarcar junto al monte de San Pedro, (Cerro de Montevideo) dice: "No se puede describir la hermosura de esta tierra, los venados y gazelas, los aves truces y otros animales, del tamaño de potros nuevos y parecidos a ellos, son tantos, que está todo el campo cubierto de esta caza, al punto que nunca ví en Portugal tantas ovejas, ni cabras, como he visto venados en esta tierra". En el río Negro, "matamos cuatro venados, los más grandes que había visto nunca, y unos animales como raposas, que siempre andan en el agua que tienen un sabor semejante a los cabritos."

En la costa de Soriano entre los chanás, cazó "venados tamaños como bueyes."

No es menos expresivo respecto de las aves: junto al San Pedro (Montevideo), tomaron mucha caza, pues había muchos animales y muchas perdices y codornices y otras muchas aves y huevos de avestruces, y avestruces pequeños que eran muy sabrosos; al desembarcar junto a lo que hoy es la Colonia halló "muchas aves tan hermosas como nunca había visto. Aquí vió faisanes, como los de Portugal y eran tantas las aves, garzas y avutardas (perdices) que las mataban con palos."

En cuanto a la pesca en Martín García, cogieron "peces de la altura de un hombre, amarillos unos, y otros negros, con puntas bermejas, los más sabrosos del mundo", los charrúas que le hicieron un amistoso recibimiento enviaron una canoa a buscar pescado para ellos "y fueron y volvieron

(1) SCHMIDEL. — *Viaje al Río de la Plata*, cap. VII.

(2) LOPE DE SOUZA. — Diario, «Revista del I. Histórico y Geográfico». Río de Janeiro, tomo XXIV.

con tanta brevedad, que todos quedaron espantados y les dieron mucho pescado.''

En la costa del Paraná encontró tanto y tan buen pescado ''que sólo con él y sin ninguna otra cosa se podían mantener, aunque un hombre come diez libras, en acabando de comer parece que nada hubiera comido y vuelve a comer otras tantas.''

El optimismo del marino portugués es ilimitado, ''el agua es tan buena (en el Río Uruguay) y tan sabrosa que cuanto bebe un hombre tanto mejor se halla''. No es de extrañarse pues, que esta tierra fuese ''la más hermosa y apacible que jamás imaginara ver; no habría hombre que se hartase de contemplar los campos y su hermosura.''

Es indudable que el relato del marino lusitano, pasa los límites de una apreciación justa; hemos visto las penurias de hambre de los habitantes de la tierra pocos años después, y justo es recordar las estrecheces de Alvar Núñez, en su viaje de Santa Catalina a la Asunción, cuando le enseñaron los indios a comer gusanos de las cañas (1) a falta de mantenimiento de caza y pesca. Y sobre todo la descripción de Ramírez, que cuenta las angustias del hambre que pasaron en esos mismos sitios, teniendo que andar leguas para coger unas pocas hierbas. (2)

Entre los animales que la caza les proporcionaba, estaban el Anta, que los guaraníes llamaban Tapi, de donde el nombre de Tapir o bien Mborebí, el animal más grande de América, el elefante del Nuevo Mundo, (3) bien que no llegara al tamaño de una vaca; de costumbres acuáticas y nocturnas, comedor de yerbas y que desprovisto de defensa, no ofrecía más resistencia que el arrojarse al agua.

Comían los indios la carne y guardaban la grasa, aún cuando parece que no son muy apetitosas; (4) de su estómago extraían los indios las piedras bezaares. En nuestras regiones ha desaparecido hace muchos años.

El Capibara (Capi - Ybá) en guaraní, Cabiaí de Buffon, o

---

(1) Alvar Núñez. — *Comentarios*, cap. VIII.
(2) Ramírez. — Loc. cit.
(3) Buffón. — Tomo VI, *Le Tapir ou l'anta.*
(4) Marcgrave. — *Historia del Brasil*, pág. 229.

puerco marino, tan inofensivo como el anterior, que es el carpincho de nuestros campos, no presentaba mayores dificultades para cogerlo. Vive de yerbas; su carne grasa y tierna tiene más bien el gusto de un mal pescado que el de una buena carne, sin embargo la cabeza no es mala, y como el castor, sus partes anteriores tienen el gusto de la carne y las posteriores del pescado. (1) Nuestros paisanos lo encuentran muy agradable.

Los venados, Guazú de los indios, corresponden a los Mazama de Buffón, quien entre otros describe el Cuguazú-apará, de Marcgrave, o Guazú abará, venado de monte, de Montoya; y el Guguazú-eté, que corresponden al Mazama y al Temazama de los mejicanos. Montoya señala por su color y tamaño al Guazú-Pytá, colorado y grande, el Guazú-tí blanco, el Guazú-añurú de pescuezo negro y el Guazú-paratiyú o Tacuarembó-quytá, venados chicos (2) y el Guazú-bucú o ciervo. El mismo llama Guagí, a una especie de cabra montés.

El Tayazú o pecarí, impropiamente llamado jabalí o cerdo americano, con menos robustez y con defensas más cortas que el europeo, se encontraba en las zonas cálidas y templadas del continente, recorriendo en bandadas atacando y socorriéndose, en sociedad, de sus enemigos.

En el género de las liebres están el acutí o quererúa (L'agouti de Buffon), el tapití (Tapetí idem) el quiya o nutria. (Le Paca idem) el tapiti pag, una especie mayor que aquél, la vizcacha y el cuís (Cochón d'Inde); el apereá que es un roedor, ha sido colocado con frecuencia entre los conejos, no siendo ni conejo, ni rata, teniendo algo de los dos. (3)

Los tatús, de carnes sabrosas, ofrecían una serie de variedades que se conservan, el guazú, el eté, peba, apará, mirú; llamado armadillo por los españoles y conocido en su variedad más común por mulita.

Entre los anfibios mencionaremos los lobos marinos, y los de río a los que los guaraníes llamaban guai-carí; el yacaré o caimán, la tortuga, carumbé, los cangregos, uzá, etc., etc.

(1) Buffón. — Tomo VI, *Le Cabiai.*
(2) Ruiz de Montoya. — *Vocabulario, Guazú.*
(3) Buffón. — *Apereá*, tomo VI, 382.

Cazaban igualmente con fines comestibles, los lagartos, Teyú y las iguanas una especie de lagartija.

Los perezosos, el Unaú y el Aí, de caza fácil, ya que su ineptitud para el movimiento los entregaba indefensos en sus manos, ofrecían sus carnes a la alimentación, no del todo malas, según los naturalistas, bien que su escasa reproducción hiciera muy limitado su número.

Monos, tigres y otras. — Dice un explorador al respecto: "La carne de estos animales hace el papel de las gallinas en el desierto y en adelante la buscamos con empeño. He tenido ocasión de comer la carne desde el tigre hasta la Iguana, sin haber experimentado en mi salud la menor alteración y sin hallarla repugnante. No pude resolverme jamás a comer la del Sucurí (la gran serpiente) ni la del Yacaré (caimán); es muy blanca y suave, y los naturales tienen por la primera gran preferencia, en cuanto al Anta, su carne es agradable, pero nociva; produce una erupción repelente en el cuerpo humano cuando éste ha sufrido el mal venéreo. (1)

Aves. — Entre las aves, el ñandú era el que los empleaba más, tanto por su carne, como por su plumaje; varias clases de patos salvajes como el Mbiguá; el Ypeg y el guarimbé; unas especies de gallina, el urugú. Alvar Núñez refiere que los indios del Tape, le ofrecían patos y gallinas domesticadas; las perdices y las martinetas, Ynambú, Ynambú-guazú, Ynambú-tité, los faisanes, (pava de monte) Yacú y Mytú; las tórtolas Pycuí y Apycuí; las lechuzas Ybyyaú y Cuindág; las becasianas, entre muchas otras.

Comían igualmente los huevos de avestruces y los de perdices; empleando éstos para sus originales ayunos, los charrúas en sus ceremonias de duelo (2) en las que con el agua, eran el único alimento que ingerían por varios días; al igual que los huevos de aves, comían los de los Yacarés (3), los que los esconde en la arena en nidadas de 60 para que el sol los incube.

---

(1) Bartolomé Bosio. — *Viaje pintoresco por los ríos Paraná, Paraguay, etc.*, 1863, París.

(2) Félix de Azara. — *Viajes por la América Meridional*, col. Calpe, tomo II, cap. X.

(3) Félix de Azara. — Tomo II, cap. VIII.

14.

Los peces de los ríos estaban todos al alcance de sus redes y de sus flechas; la anguila, Mouzú; el bagre Mandií; la raya, Yabebui, el sábalo, Pirá etc., la vieja, Ymya; el dorado, Pirayú; la sarina, Ypiaú; el armadillo, Taguará; el Pareí, el Surubí, el Pacú, el Pati, Yatabotí, Yabirigua, etc.; respecto de los marinos todos aquellos que no exigen mayores trabajos de pesca. Entre los mariscos buscaban el caracol marino, Guatapí; los camarones, Potí; las almejas, Ytarambá; los mejillones, Tambá, etc., etc. Del pescado extraían y conservaban la manteca, Pirañandy, sobre todo del dorado, (1) que como la de hormiga y la del puerco Taiacú-ñandí, constituían, con los aceites, la base de su alimentación grasa. Fabricaban igualmente una harina especial de pescado, Piracú, con la que hacían una especie de pan, el que después de cocerlo lo prensaban y sacaban conservándolo de este modo mucho tiempo. (2)

Arte culinario — En la preparación de sus comidas el sistema más común era el asado. Llamaban Yî al asar, y tenían sus variedades, pues lo hacían simplemente al resoldo Ahecí-Tatá-mumumé, o empleado el asador, Mbae rezhîcaba, o la barbacuá, especie de parrilla de palos duros, mocaejhá, procedimiento comunes a charrúas y guaraníes; otro sistema era el cocer envuelto en hojas el alimento, que llamaban entonces Aypoqué; empleaban para el cocido el Amoí, especie de olla, y el Ymboyipirá, tenía las funciones de horno. El guisado guaraní Yuquycí, cuando estaba bien sazonado merecía su aprobación Amoingatú, y cuando el cocinero descuidaba su obra, decían Ypieché chebe, sabe a quemado. Hemos visto, como la mazamorra constituía la base de sus guisados, agregando trozos de carne, fruta etc., y como las humitas eran su preparación predilecta en la cocción de hojas.

Disecaban la carne y el pescado para conservarlo, a fuego lento, quedando duros como maderas (3) empleando para ello la Barbacuá, que Alvar Núñez nos describe: "esta Barbacuá es como unas parrillas y están dos palmas altas del

(1) Alvar Núñez — Cap. VII, *Comentarios*.
(2) Alvar Núñez.—Loc. cit.
(3) Moratori. — Cap. III, *Relation des Missions en Paraguay*, 1826, pág. 34.

suelo y son de palos delgados y echan la carne (de venados y puercos monteses) escalada encima y así la asan. (1) A esta carne disecada se refiere López de Souza cuando nos refiere que los Charrúas le trajeron tasajos y una pierna de oveja (probablemente venado o capibara). (2) Pero fuera de estos alimentos que consideramos comestibles, según nuestros gustos, estaban todos aquellos que la necesidad les obligaba a ingerir, en los casos de necesidad perentoria. En ese sentido el paladar indio, no era muy refinado. Los Chiriguanos comían ordinariamente langostas, chicharras, y larvas de avispas, tostadas o asadas. Los mataguayos, comían sin repugnancia, lagartos, langostas, grillos, ratones y toda clase de fruta o raíz silvestre, que no fuera venenosa, y los Guaraníes no eran más refinados. (3) Las víboras eran un alimento habitual, desde las Antillas hasta nuestras regiones, adoptado por todas las tribus; en una palabra, si de las yerbas, se resguardaban sólo de las venenosas, respecto de los animales, habían llegado al axioma que traduce fielmente el adagio de nuestros campesinos, cuyo orígen indio es evidente: "Todo bicho que camina va derecho al asador".

En el conocimiento experimental obligado, de todas las sustancias vegetales, habían encontrado los indígenas para aliviar las torturas del hambre, los alimentos de ahorro, constituídos por excitantes ricos en cafeínas o sus similares y que empleaban, en todo el continente, los aborígenes.

En Méjico y en las regiones vecinas llenaba esa función el cacao, que constituía la base de su bebida favorita: el chocolate. Molían el cacao, en partes iguales con la semilla de Pacholt, poníanle en una vasija y lo agitaban con un instrumento de madera, que los españoles, llamaban molinillo; quitaban luego la parte aceitosa de la superficie y ponían a cocer el resto con pasta de maíz; cuando había tomado punto, le agregaban la parte aceitosa, que habían retirado, y estaba pronto para beberlo, añadíanle a veces miel, vainilla y flores

(1) ALVAR NÚÑEZ. — Cap. 31, *Comentarios*.
(2) LÓPEZ DE SOUZA. — «Revista del I. Histórico y Geográfico» de Río de Janeiro tomo XXIV.
(3) *El Colegio Franciscano de Tarija*, 1864, págs. 43 y 537.

aromáticas. (1) Además de su acción cefeínica, el cacao constituye un alimento rico en grasas.

Los Guaraníes, los Tupís y aún los indígenas del mar de las Anttillas, empleaban como desfatigante el Guaraná, pasta que obtenían de la Paulinea Sórbilis, planta de una hoja análoga a la de la coca, cuyos frutos son de un hermoso color rojo. Empleaban las almendras maduras del tamaño de avellanas, para fabricarla. Para ello las tostaban previamente, quitada luego la cáscara, amasaban las pepitas en agua y colocaban la masa al calor formando bollos hasta que se secaban y endurecían como las piedras. Raspaban esos bollos y les agregaban agua, endulzándolo para evitar su sabor amargo. Contiene el Guaraná del 3 al 7 % de cafeína, siendo por tanto dos veces más activo que el té y cinco veces más que el café. Los Indios Guaraníes, lo empleaban también en sus marchas, llevando las semillas tostadas que mascaban en el camino.

Pero entre ellos la bebida predilecta era el Mate, que se usa hoy tanto en las regiones de la campaña, preparado con la Yerba - Mate, Caá, (Ylex paraguayensis) y tomada en infusión. A muy alto origen llevaban la tradición indígena el uso de la Yerba - Mate. Cuentan que Santo Tomás uno de los apóstoles, llegó a estas regiones a predicar después de la muerte de Cristo, cuando sus discípulos se repartieron por el mundo para enseñar a las gentes. A Santo Tomás le había tocado en suerte la América. Volviendo el Santo del Brasil de predicar, encontró a los Guaraníes, doblegados por una peste mortífera, y tomando las hojas de los árboles de Yerba, de los que estaba llena la región, y que hasta entonces habían sido consideradas como venenosas, las tostó, perdiendo así su poder nocivo, y se las dió a beber, curando todos sus males. (2) Ruíz de Montoya discute este poético origen afirmando que poco antes de la conquista se comenzó a usar la Yerba, al decir de los indios viejos. Entre los Charrúas, que eran aficionados al mate en sus últimos tiempos, nada

(1) Clavigero. — Libro VII.
(2) Montoya. *Conquista espiritual.*

hace presumir que tuvieran esa costumbre al llegar los conquistadores.

Hacían los Guaraníes dos clases de yerba mate, la común que explotaban los españoles, y una clase más fina, la Cáminí, que preparaban sólo, los indios de las Misiones, en sus Yerbales.

Usábanla con moderación los indios, llegándose a enviciarse los españoles, con el ejemplo, tomándola, luego, de una inmoderada manera.

Según el mismo autor, daba a los indígenas aliento para el trabajo y tanto vigor, que no les dejaba sentir la falta de alimento, viéndose con frecuencia trabajar a un indio todo el día, sin tomar otro alimento, que de tres en tres horas, uno o dos mates de yerba.

Hace notar, sagazmente, que les despeja los sentidos y que les ahuyenta el sueño, comparándole con el te de la China; semejanza que han comprobado los análisis que le dan una proporción de Cafeína de 1 a 4 %, además del ácido cafetánico 5 a 10 %, aceites esenciales, sales, etc., etc.

Si bien el uso de la Yerba Mate estaba también, extendido en el Perú, era allí sobre todo el alimento de ahorro la Coca (Erytroxilon coca), que usaban también los pueblos de aquende la cordillera, y del Brasil. (1) Mascaban los indios las hojas secas, aún cuando no las tragaban y apreciábanla tanto, que daba todas sus riquezas de oro y plata por un puñado de hojas. Trabajaban día y noche sin comer, no sintiendo la sensación del cansancio, mientras mascaban sus hojas predilectas. (2)

Objeto fué de vivas controversia entre teólogos y letrados sobre si debían arrancarse las chacras de Coca, (3) por su hechicería, atribuyendo a obra del demonio la virtud que le atribuían los indios, pero optaron por conservarlas, acaso contribuyendo, hacia esta solución, las pingües ganancias que producía la cosecha, pues sólo en Potosí daba medio millón de pesos su contratación, en tiempo del P. Acosta, quién

(1) A. Vespucio. — *Viajes.*
(2) Garcilaso. — Cap. XV, tomo II.
(3) Acosta. — *Historia Natural,* cap. XXII.

se inclinaba a creer que alguna propiedad había de tener, pues no podía ser efecto de pura imaginación, el caminar, doblando las jornadas, sin comer otra cosa, sólo por el efecto de un puñado de Coca. (1)

Para activar su función, la polvoreaban los indios con cenizas de huesos quemados y cal, que llevaban siempre en una calabaza la parte, (2) que llamaban Llipta y cuya propiedad era debida al álcali, que ponía en libertad el principio activo de la Coca.

Usábanla los indios, en sus sacrificios, como cosa preciosa, y fuera de su acción desfatigante, abusaban de ella sus adivinos, para ponerse en estado de desgarrar el velo del porvenir. Su uso, como todos los vicios de los indios, pasó a sus conquistadores, aun cuando no en el grado a que ha llegado hoy su alcaloide, volviendo al través de los siglos a su punto de partida en la leyenda indígena:

Habitaba al Oriente del Cuzco, una beldad inca, tan célebre por su hermosura, como por su vida licenciosa. Llegó a tal punto la liviandad de la cortesana de piel bronceada, que escandalizados, los poco remilgados habitantes quichúas, optaron por darle el más ejemplar castigo. Fué muerta la hermosa y enterrada en medio del campo. De su cuerpo brotó una planta; era la Coca. (3) Legaba así un don a sus hermanas lejanas en el tiempo y en la civilización y con él, el castigo de sus pecados; ya no serán más, las manos de los hombres, los que se mancharán con la sangre de las pecadoras, las que víctimas del propio don, que creciera sobre la tumba de la india, se agostarán como flores del vicio, realizándose el más real y el más triste simbolismo de la leyenda al través de los siglos.

Se ha confundido con las anteriores, el tabaco que los indios fumaban y mascaban, atribuyéndole Pedro Mártir virtudes semejantes, (4) llamándole "la Yerba que embriaga", con la que los boicios (o caciques) se ponían furiosos al

(1) Acosta. — *Historia Natural*, cap. XXII.
(2) A. Vespucio. — 1.° Viaje, Navarrete.
(3) Torres de Mendoza. — Cit. por Daniel Granada.
(4) Pedro Mártir de Anglería. — Déc. I, libro 8.





punto que "enseguida, dice, comienzan a ver la casa que se mueve poniéndose lo de arriba abajo y los hombres que andan al revés", creyendo que a todo aquel que lo tomaba, luego le quitaba el sentido.

No podría atribuirse tal efecto al tabaco, a menos que le mezclaran con otras yerbas. Los indios usaban el tabaco envuelto en una hoja, como hoy se hacen los cigarros y es lo curioso que después de haber enviciado al mundo entero, nos refiere un autor contemporáneo que los indios en Méjico y regiones vecinas que fueron cuna del vicio, es muy raro que hoy hagan uso de él.

Tales eran los medios que la facundia indígena había descubierto para su sostenimiento y para sobrellevar sus fatigas, como elementos de nutrición, como alimentos de ahorro, y como excitantes de su sistema nervioso. Pero no obstante el haber ensayado en los reinos animal y vegetal todo lo comestible, ya seo por el corto sentido de la previsión que caracterizaba a sus razas, ya porque las inclemencias del tiempo destruían sus cosechas, ya porque las plagas de langosta, tan frecuentes al este del Chaco andino, arrasaba como hoy, (1) sembrados, yerbas y árboles o porque en las excursiones de su vida nómade, las tribus cruzaran terrenos áridos y estériles en caza y pesca, ello es que el hambre fué una solícita compañera del indio, del Norte al Sur del Continente; Alvar Núñez nos cuenta cómo en los años que pasó huésped de los indios en la Florida, (2) era la estación de la riqueza, los tres meses en que no se comía más que higos de tuna; y él mismo en su travesía famosa de Santa Catalina a la Asunción, cuenta cómo terminados sus bastimentos, los indios que le acompañaban le enseñaron a comer los gusanos de las cañas, los que no le supieron mal. Pedro Mártir nos refiere cómo en las Islas comían con fruición las serpientes asadas; entre los Guaraníes los caimanes y las tortugas eran un plato de lujo, (3) y comían igualmente las lagartijas, los sapos y toda clase de sabandijas. (4)

(1) Schmidel. — Obra citada.
(2) Alvar Núñez. — Obra citada.
(3) Guevara.
(4) Robertson. — Cap. IV.

Los españoles tan poco previsores, como los indígenas, tuvieron que emplear procedimientos semejantes cuando en circunstancias análogas, tanto en sus expediciones en el Norte, como en Santa Catalina, San Gabriel y Buenos Aires, no encontraron naturales que les proveyeran de víveres.

A tales extremos llegaba a veces el hambre, que nos cuenta Alvar Núñez, que comían arañas y huevos de hormigas, gusanos y lagartijas, salamanquesas y culebras y víboras ponzoñosas, y tierra, madera y estiércol de venados y que si hubiera en aquella tierra, piedras, cree que las comerían. Guardaban las espinas del pescado, y los huesos de las culebras y los molían para comerlos después. (1)

Se ha atribuído con frecuencia a algunas tribus indias la costumbre de comer tierra. A veces no se trataba más que de un modo de condimentación, así en la preparación del mezquiquez, que es una fruta semejante al Algarrobo pero más amarga, empleaban los indios la tierra para que después de molida al agregarle agua, le absorbiere la parte amarga hasta quedar dulce la bebida; no comiéndose la tierra. (2) Respecto a nuestros Yaros y Bohanes, hay quien dice que se distinguían "por la cantidad de arcilla que comían mezclada con grasa de bichos", con lo que no sería de extrañar el hecho, que él mismo refiere de lo abultado de su vientre. (3)

Pero generalmente el hecho de comer tierra era debido a causas patológicas. Así en los portadores de parásitos intestinales, tan frecuente en los climas tropicales, es uno de los síntomas esa perversión del gusto. Al hablar del Anquilostoma, dos distinguidos médicos paraguayos, se expresan así: "El comedor de tierra que existe en nuestra población rural, es un enfermo que debe ser curado y no castigado. No es el comedor de tierra que se vuelve enfermo, es al revés; es el enfermo por el hecho de serlo, que tiene antojos que indican la depravación del gusto". (4)

---

(1) ALVAR NÚÑEZ. — *Náufragos*, cap. XVII.

(2) ALVAR NÚÑEZ. — *Náufragos*, cap. XVI.

(3) DOMINGO ORDOÑANA. — Conferencias sociales y económicas de la República O. del Uruguay, pág. 59, 1883.

(4) RECALDE y URBIETA. — *Campaña contra la Verminosis* en el Paraguay.

No es de extrañar, pues, que en épocas en que se desconocía esa patología, se tomara por una costumbre generalizada de ciertas tribus la Geofagia, que hoy se ha probado ser sólo un síntoma de una afección tan extendida, como hemos dicho, en las regiones de los trópicos.

CAPÍTULO XII

Venenos y contravenenos

SUMARIO: El conocimiento y el empleo de las substancias venenosas entre los indígenas: su uso para la guerra; para la caza; y para la pesca. — Como instrumento de venganza. — Las flechas envenenadas, su preparación: el Curare. La muerte de Juan de la Cosa, y la cura de Baltasar de Ojeda. — Diego de Rojas y los expedicionarios de Gonzalo de Mendoza y de Nuño de Chaves. — Los antídotos: el Solimán, y las contrayerbas. — La sombra y la fruta del Manzanillo. — La sombra de la Abuera. — El Caapé. — Los venenos animales. — Las ptomaínas cadavéricas en el Perú. — Los Barbascos de la Pesca: el timbó y el Caacamby. — La yerba de los Hechiceros: El Chamico. — — Las Contrayerbas. — El Macaguacaá o yerba del Charrúa y otras análogas. — Los contravenenos de Monardes, Pisón y Montenegro. — La Leyenda de las Piedras Bezaares en América.

Uno de los estudios más interesantes del naturalismo indígena, es el de su toxicología. Su género de vida, en relación constante con los elementos naturales; las estrecheces de su alimentacion; las necesidades de la caza y de la pesca; sus hábitos guerreros, aguzaron su espíritu de observación, que se dirigía constantemente a su alrededor, eligiendo cuánto pudiera auxiliarle contra sus enemigos constantes: el hambre, las fieras, las tribus enemigas.

El hambre llevóles a ensayar todas las yerbas, descubriendo las propiedades de éstas, separando las que tuvieran efectos tóxicos, que supieron emplear con sagacidad extraordinaria. Las necesidades de la caza y de la guerra, hicieron que emplearan los medios venenosos, para darles más eficacia a sus flechas, las que a pesar de que manejaban con extraordinaria maestría, no tenían la seguridad mortífera necesaria. La

pesca realizada con redes o con cuchillos de piedra, cuando la hacían a mano, o con flechas, no podían bastar a su provisión, y eso llevóles a emplear yerbas mortíferas con las que envenenaban el pescado; los odios de parcialidad, dieron pábulo al empleo de sustancias tóxicas para vengarse de sus enemigos; finalmente la observación de los medios que usaban los animales, fué motivo para que trataran de imitarlos en sus medios institivos de curación, hallando las supuestas contrayerbas o contravenenos, tan en uso entre todas las tribus americanas.

No todas éstas emplearon las flechas envenenadas. Esta costumbre es originaria de los indios caribes de las Antillas (1) y del Norte de nuestra América meridional, de allí se extiende hacia el Sur, empleándola los tupís y otras tribus del Brasil, usándose también entre los Guaraníes del Norte del Paraguay, pero no así en las tribus sudeñas, los Guaraníes de las islas; y eran desconocidas entre los Guaycurúes y tribus afines, Charrúas, Querandíes y Patagones

Las preparaciones del veneno para las flechas exigía manos experimentadas: elegían para ese objeto viejas, peritas en el arte, y encerrábanlas con los materiales necesarios en una alcoba durante dos días: si al cabo de ellos al abrir la puerta encontraban vivas a las elaboradoras, consideraban que no se había realizado en condiciones, puesto que la fuerza del veneno debía ser tal, que el sólo vapor de su cocción, fuera capaz de causarles la muerte; arrojaban entonces el veneno, reiniciaban la preparación hasta que esta causara la muerte de las preparantes (2) y sólo en ese caso lo consideraban digno de usarlo. Empleaban como materiales: "la yerba de ciertas raíces de mal olor, pardas, que se hallan en la costa del mar, quemábanlas en una cazuela de barro, haciendo una pasta con hormigas negras, del tamaño de escarabajos, tan ponzoñozas, que de una picada dan tan gran dolor que privan a un hombre de sentido; echaban arañas grandes, y gusanos peludos, largos como medio dedo, que pican-

(1) HERVAS. — *Catálogo de las Lenguas*, cap. V, tomo I.
(2) PEDRO MARTIR. -- Libro VIII, cap. II.

do dan el mismo dolor que las hormigas, y las alas del murciélago, y la cabeza y la cola de un pescado de mar, llamado Taborino, muy ponzoñoso, sapos y colas de culebras y la manzanilla de los árboles que se parecen a los de Castilla. Echadas todas estas cosas con mucha lumbre.'' (1)

Además de esta preparación, que variaba según las regiones, tenían otras especiales; una yerba que llevaba catorce cosas, otra veinte y cuatro, otra que mataba a los tres días y otra a los cinco, y según experiencias de los españoles, con algunas de esas preparaciones tantos días vivía el herido, cuántas hacía que la yerba estaba hecha. (2) El efecto de las flechas envenenadas era seguro ''bastaba que hiciera sangre, aunque no fuera más que como una picadura de alfiler'' de modo que muy pocos, o ninguno de los heridos de esta yerba dejaban de morir. (3)

Los Conquistadores cobraron horror a las flechas de los caribes. El cadáver de Juan de la Cosa, uno de los más distinguidos marinos que sucediera a Colón, fué hallado contra un árbol como un erizo asaetado, hinchado y disforme, con espantosas fealdades, a consecuencia de las heridas venenosas de los proyectiles indios. Ojeda, su compañero, impresionado y horrorizado a su vista, a la primera ciudad que funda, le da el nombre de San Sebastián, tomándole como abogado contra las flechas de las yerbas mortíferas. Su impresión transformóse en espanto al sentirse herido por una flecha que le atravesara el muslo. No perdió sin embargo la sangre fría, ni el coraje, el valiente castellano: mandó que pusieran a blanquear al fuego dos planchas de hierro, y al llegar a ese estado, ordenó al Cirujano que las aplicara a las heridas; como éste se resistiera, lo amenazó con ahorcarlo, con lo que el hombre le hizo el gusto, aplicando una en cada herida, con unas tenazas de madera, y tan a conciencia, que le abrazó el muslo y la pierna, y fué tal el efecto que "fué necesario gastar una pipa de vinagre, mojando sábanas y envolviendo

(1) Herrera. — *Décadas.*
(2) Herrera. — *Décadas.*
(3) Herrera. — *Décadas.*

todo el cuerpo, para calmar el exceso que había hecho el fuego." (1)

De la gente que envió Irala con Gonzalo de Mendoza a combatir al cacique Tabaré, volvieron a la Asunción 4 o 5 hombres, heridos de pequeñas heridas, que no eran de muerte, ni de peligro, uno de ellos con un sólo rasguño, que le hiciera una flecha en la naríz y todo murieron" porque las flechas traían yerba. (2)

Suerte semejante cúpole a la gente de Nuflo de Chaves, que salió de la Asunción en exploración hacia el Norte (1557) y al llegar a las tribus de los Chiquitos, estos le hicieron frente, teniendo envenenadas las puntas de sus dardos y picos, resistiendo atrincherados el ataque del valiente Chaves, el que sin embargo pagó cara su victoria, dejando muchos muertos, y perdiendo la mayor parte de los heridos y de los caballos" que poco después murieron rabiando del veneno. (3) Diego de Rojas que venía con Francisco de Mendoza, cuando éste partiendo del Perú llegó hasta el Río de la Plata murió en el camino, en los valles de Calchaquí, (1544) (4) a consecuencia de un flechazo "envenenado con yerba malísima que hace su obra, después de tres días de la herida y despacha al herido en otros siete, el que muere rabiando, comiéndose las manos a bocados y dando cabezadas por las paredes". (5)

Azara niega terminantemente el uso de flechas envenenadas por los Guaraníes, atribuyendo a meras invenciones de Ruy Díaz de Guzmán, para "honrar la memoria de su padre, de su abuelo y de su tío". (6) Sin embargo la muerte de Rojas, que refiere Ruy Díaz, la encontramos relatada en idéntica forma por Garcilaso, (7) muchos años antes de escribir aquél su historia. Por otra parte las relaciones de la gente de Gonzalo de Mendoza y de Nuflo de Chaves, no dejan

(1) HERRERA. — *Décadas.*
(2) ALVAR NÚÑEZ, — *Comentarios*, cap. XLII.
(3) RUY DÍAZ DE GUZMÁN. —*La Argentina*, cap. IV.
(4) RUY DÍAZ DE GUZMÁN. — Cap. VI, libro III.
(5) GARCILASO. — *Comentarios*, cap. XXXVII, tomo III.
(6) *Prólogo de la Historia del Paraguap*, etc.
(7) GARCILASO. — *Comentarios Reales*, libro III, cap. XXXVII.

[illegible]dicia de que algunas tribus de los Guaraníes hacían uso de la ponzoña en sus flechas.

Los españoles habían observado que los indios comían la carne de caza, y entre los antropófagos, las víctimas humanas que morían envenenadas, sin sufrir ningún trastorno, lo que demostraba su familiaridad con las propiedades del veneno.

Débese a Gumilla la denominación de curare (1) dada en 17[illegible] a lo que hasta entonces se había conocido con el nombre de veneno de flechas.

Raleigh importó a Francia, después del descubrimiento de la Guayana, en las propias flechas el veneno y sólo al final del siglo XVIII, Fontana lo estudió bajo el nombre de Ticura. (2)

Más tarde se importaba a Europa, en ollitas de barro y calabazas de la Guayana y del Brasil bajo la forma de una substancia resinosa, bruno-negruzca.

Esa preparación fué la que empleó Claudio Bernard en sus memorables estudios sobre el curare, llegando a la conclusión de que era un veneno que abolía las funciones del sistema nervioso motor central, de la periferia al centro, muriendo el animal por parálisis de los músculos respiratorios, evitándose la muerte, por la respiración artificial, hasta la eliminación del veneno que se produce rápidamente.

No se conocía entonces, la calidad del veneno empleado, inclinándose a que fuera un veneno animal, pues como los de las serpientes no mataba sinó inoculado, pudiéndose ingerir, sin peligro, siempre que no hubiera ulceraciones en la boca.

La actividad del veneno de la Guayana y la del Brasil era distinta. Se ha comprobado después el por qué de éstas diferencias, así como la naturaleza vegetal del veneno indio que, no es más que el extracto de una serie de variedades de los Strychnos: Guayana inglesa, Strychnos toxífera; Alto Amazona, Strychnos casteliniana; Guayana francesa; Strychnos Crevauxii.

(1) Hervás. — Doc. cit., tomo I, cap. V.
(2) Trousseau y Pidoux.

Conocedores experimentados, los indios, de las propiedades del veneno se defendían, según la leyenda, victoriosamente de él. Ya Pedro Mártir nos decía: mata al que hiere, pero no de repente; el remedio no lo ha averiguado ninguno de los nuestros, pero ellos lo saben. Y agregaba: el herido pasa muy mala vida, porque tiene que abstenerse de muchas cosas, que solían agradarle; en primer lugar de placeres carnales, por espacio de dos años a lo menos; y por toda la vida de beber vino y de comer, fuera de lo puramente necesario; y de trabajar. Como no se abstenga de ésto, mueren sin tardanza. (1)

Los frailes dicen que han visto muchos heridos, que se consumen en guerras unos a otros, y que no murió ninguno, más que una mujer, la cual no quiso pasar las penas de la cura "y los nuestros no pudieron nunca sacarles conque medicamentos se curan".

Herrera dice, que el antídoto de esta ponzoña, es el fuego y el agua del mar, la dieta y la continencia.

Fernández de Oviedo nos habla de otro antídoto, que descubrió un español, llamado Montalvo, el cual soñó que los indios lo habían herido, con una flecha envenada, y que se había echado polvos de Solimán, (2) con lo que en sueños había curado. Con esto decidió probar el remedio, que juzgaba obtenido por revelación divina. Como más adelante un compañero fuera herido, aplicóle el antídoto, con lo que curó.

Desde entonces usaban los castellanos el llevar en sus expediciones, Solimán molido, como el remedio contra el veneno de las flechas. Una vez heridos chupaban las heridas, las agrandaban luego, y las rellenaban con Solimán, vendándolas y cuidándolas del aire. A los 4 o 5 días "le sale de la herida una raíz, como uña o callo, y después el hoyo que queda se encarna y cura, como otra llaga o común herida". Es tanto el entusiasmo del cronista, sobre la virtud

(1) P. Martir. — Ob. cit., libro VIII, cap. II.

(2) Solimán. — Composición de azogue vivo mezclado con sal común, salitre y vitriolo calcinado humedecido con agua fuerte. — (Diccionario de la Academia). — La mezcla daba lugar a la formación del bicloruro de mercurio.



del Soliman, que afirma que después de Colón, no ha pasado a las Indias otro hombre más hábil para la conservación de los cristianos, que García de Montalvo, al que Dios le reveló en sueños las virtudes del Solimán. (1)

Pero no pasó mucho tiempo, sin que se enterasen, astutamente de los procedimientos de curación de los indios. A la muerte de Diego de Rojas, sus compañeros para salvar a sus heridos, clavaron una flecha en el muslo de un indio, y le dejaron libre, siguiéndole escondidos. Este buscó dos yerbas, de las cuales bebió el zumo de una. Abrió con un cuchillo las heridas, y sacó las púas de la flecha, que eran muy finas y frágiles, de modo que al arrancar la flecha quedaban dentro de las carnes.

Extraídas aquéllas, y abierta la herida, aplicó sobre ella la segunda yerba con lo que sanó. Imitaron los españoles el procedimiento, y sanaron todos aquéllos que pudieron sacar las púas de las flechas, y no así los que sólo aplicaron las yerbas. (2)

No sabemos que yerbas fueran éstas, pero es indudable que el procedimiento sería de una eficacia perfectamente comprobada, de acuerdo con la leyenda.

Hemos visto que en los componentes de la fórmula para las flechas, cita Herrera, el Manzanillo. La tradición de esta planta, se remonta al primer viaje de Colón, éste ya la nombra, y el Médico Alvarez Chanca, relator del segundo viaje, describe un árbol de manzanas dulces, pero muy nocivas (3) cuya sombra principalmente es mortífera, pues los que alguna vez han dormido bajo de ella, despertaron con la cabeza hinchada y del todo ciegos y si durmieron poco rato, después de algunos días recobraron la vista. (4)

La leyenda de la sombra mortífera del Manzanillo ha durado hasta nuestros días, no faltando quien creyera que era del todo fábula. Tal vez porque en la ignorancia de los conquistadores confundieron bajo el mismo nombre, especies

---

(1) Fernández de Oviedo. — Libro VI, cap. XLVIII.
(2) Garcilaso. — Cap. XXXVII, libro I, tomo IV.
(3) Navarrete. — Obras cit., libro I, cap. I, Década Segunda.
(4) P. Martir. — Loc. cit.

distintas de árboles con manzanas silvestres, como el Hippomano mancinella, el Comocladia propincua, de Cuba; y las variedades de Rhus Jugandiflora, radicans y toxicodendoon. El Rhus radicans, llamado *Sumaca* venenoso, estudiado por Fontana, es inofensivo a la ingestión, pero él mismo, en carne propia, pudo comprobar que no se puede tocar, sin que sobrevenga una alteración erisipeliforme de la piel, y Bulliard afirma, que basta exponerse a las emanaciones de la planta, aún sin tocarla, para experimentar los mismos accidentes.

Vans Mons realizó experimentos que lo llevaron a la conclusión de que esas emanaciones más o menos activas durante el día aumentan considerablemente su efecto durante la noche. (1)

La experimentación científica corroboró, pues una a una, las propiedades de la leyenda de los descubridores, a quienes los indios la enseñaron.

Asimismo la ingestión del Rhus, trae espasmos de la vejiga, con frecuencia de micción y tenesmo vesical (2) cosa que P. Martir relataba, diciendo que las manzanas provocaban la orina y la fermentación, hasta ponerla color de sangre. (3)

Una reputación, no menos extendida que la del clásico Manzanillo, goza en nuestras tierras la Aruera, una de las variedades de Molle o Lentisco, conservándose de preferencia el nombre de Aruera, de la desinencia portuguesa Aroeira, o arué, como le llama nuestro poeta, cuando dice que "tiene la hermosa sombra que envenena". Lo mismo que el Manzanillo, de dormir bajo él, se producen fenómenos, de hinchazón, con comezones acentuadas, y aún de pasar junto a su lado. "A unos, dice Daniel Granadal, les pone el cuerpo como si estuviera picado del Sarampión. A otros los llena de turgencias, dejándoles como lazarinos. Éntrales una fuerte comezón, hínchanse, dáles fiebre y mareo, tomáseles de sangre los ojos y núblaseles la vista. Entre los años 1877

(1) Trousseaux y Pidoux. — Tomo II, Rhus.
(2) Trousseaux y Pidoux.—Id.
(3) Mártir. — Libr. IV, cap. II, tomo IV.

y 1878 murió un individuo en Catalán, por la acción mórbida de la Aruera. Estuvo labrando un palo de Aruera, mientras uno de sus peones cortaba otros, con el objeto de hacer un galpón en su establecimiento. Enfermó con los síntomas ordinarios del mal de aruera, y antes de tres días dejó, de figurar en el número de los vivos". (1)

El mismo agrega que hay otro árbol en Corrientes, Misiones y Paraguay, cuya sombra (al decir de la gente de campo), da dolor de cabeza y produce náuseas. Llámanle Bitambó (voz guaraní) y pertenece a la familia de las leguminosas.

Respecto de la virtud del Manzanillo en las flechas envenenadas no parece que fuera muy activo. Vargas Machuca dice: "De la fruta del Manzanillo, hacen una yerba para las flechas en el río grande de la Magdalena, no fuerte, y así, por maravilla, no muere nadie de ella, salvo que se hinchan los cuerpos como odres, pero viene a aplacar en breve tiempo. De ésta, un soldado, que me hirieron en una ocasión, en el dicho río, aunque muy belicoso, quedó tan simple, como si lo fuera de su nacimiento. El que durmiere debajo de este árbol, saca muy mala disposición y de sólo estar a su sombra, la sacará también". (2)

Acaso los efectos que experimentaron los preparadores del veneno, no se debiera más que al Rhus radicans, o al Toxicodendon (de propiedades análogas) cuyos vapores son sumamente tóxicos.

El Curare o el Manzanillo era sustituído, a veces, por otras yerbas. Los Guaraníes solían emplear la Henula Campana, que llamaban Caapé; con cuyo sumo solían untar sus flechas y harpones, matando a los que eran heridos (3) sobre todo usadas para las faenas de la caza.

A estos venenos de origen vegetal, se agregaba en algunas regiones un nuevo auxiliar, las ptomainas cadavéricas. En el Brasil, en Santa Marta y en las Islas, tomaban los

(1) D. Granada. — Supersticiones del Río de la Plata, pág. 250.
(2) Vargas Machuca. — *Descripción de las Indias*, tomo II.
(3) Montenegro. — *Henula Campama*.

Indios la pierna de alguno de sus enemigos muertos en la lucha y la colgaban al aire y al sol, hincando en ella sus flechas, tantas como cabían en el miembro, dejándolas varios días, pasados los cuales las guardaban preservándolas del sol. Cuando invadieron sus tierras, los españoles, preferían las carnes de éstos a los de su raza, sobre todo los de cabello de color de azafrán, pues creían que eran más tóxicas, lo que dió motivo a que a los rubios venecianos, les aplicaran los castellanos un adagio "que eran buenos para hacer de ellos rejalgar".

Pero fuera de las necesidades de la guerra, empleaban sus venenos, "así para matar con él, presto o despacio, como para sacar de juicio y atontar a los que querían, y para afear en sus rostros y cuerpos, que los dejaban remendados de blanco y negro, y albarazados y tullidos de sus miembros, en suma, quedaban destruídos interior y exteriormente y todo el linaje vivía con mucha lástima de verlos así."

Era tanta la frecuencia con que se usaban en algunas provincias del reino de los Incas, que el conquistador Maytacapac, indignado, ordenó que se quemaran vivos los que habían empleado el veneno, y fué tal el éxito de esa medida, que la población denunció a los culpables, les quemó las casas y les destruyó y arrancó sus árboles, para que nada quedara de ellos. La severidad del castigo, causó tanto temor en la población, que "nunca más se usó de aquella maldad en tiempo de los reyes Incas, hasta que los españoles ganaron la tierra." (1)

Posiblemente el veneno a que se refiere no fuera otro que el Datura Stramonium, empleado en dosis continuada, "el veneno que enloquese", la yerba de los hechiceros".

Empleaban con éxito, también, sustancias venenosas, que simplificaban sus trabajos de pesca. Hay un género de Ceibas, dice Vargas Machuca, con cuya leche, cuando falta barbasco para pescar, se pesca, echándola en el río, con que los peces se emborrachan, y van huyendo el agua abajo, y dan en un canal o barbacoa que tienen hecho y allí los cogen".

---

(1) GARCILASO. — Libro II, cap. XIV, tomo I y libro III, cap. IV.

y luego refiere, que también hay otro bejuco que sirve para tomar el pescado, como la leche de Ceiba pero más en perfección, llámase Barbasco y se suele sembrar y beneficiar para el efecto. Este es menester a la orilla del agua, machacarlo sobre unas piedras, para que vaya río abajo, inficionando toda parte", y termina con una tercera planta de la cual, tomando entre 4 dos bejucos de orilla a orilla, a distancia de un tiro de arcabuz, aeercándose y arrastrando los bejucos a flor de agua, el pescado se viene juntando, por entrambas partes, al medio y luego que los cerca en tres o cuatro varas, lo matan y lo llevan. (1)

Entre los guaraníes eran muy loados los barbascos, para la pesca, empleándose sobre todo el Timbó (Enterolobium sp. Leguminosas Cesalpineas).

Refiriéndose al Timbó dice Pisón: Los pescadores de red, no sólo se sirven para untar y conservar sus redes, sino que lo emplean también interior y exteriormente para conservar el pescado. Yo los he visto muchas veces a la orilla de los ríos, arrojar al agua la yerba, tomando aquélla un color oscuro y una virulencia tal, que los peces al contaminarse, no mueren en seguida, pero vertiginosamente y como ebrios se precipitan en las redes. Es dañoso, añade, a las ovejas que beben en esa agua. (2)

Con el mismo fin, usaban los indios misioneros el Caá Camby (leche tres o jalapa) de la que empleaban la leche o los polvos, "echándola al río en el cebo que se empleaba, ya sea masa o afrecho o carne picada, con lo que volviéndose los pobres peces, panza arriba, van torneando por la superficie, sin volverse a hundir. y poniéndose a la corriente, se cogen en abundancia. Una vez cogidos se les sacan las entrañas, con lo que no hay peligro al comerlos". (3)

Son muchas las especies hoy conocidas de bejucos para la pesca, Robinson Mison, Brignonia Scandens, Paullinia Pmate, Teplídias Cinerea y Piscidea Erythrina, esta última la más conocida gracias a los estudios científicos que realizó en ella,

(1) VARGAS MACHUCA. — Loc. cit.
(2) PISÓN Y MARCGRAVE. — *De Medicina Brasiliensis*, Art Timbo.
(3) MONTENEGRO. — *Leche tres*.

Hamilton de Plymouth, el que comprobó su gran poder narcótico, ensayándola en el hombre, como hipnótico y analgésico. (1)

Acaso contribuyó mucho, para el conocimiento indígena de los venenos, la cantidad de reptiles ponzoñosos, que se arrastran por las partes interiores del continente, la variedad enorme de víboras, entre las que se destacan por su poder mortífero, la Yararaca, la serpiente de Cascabel, la Víbora de la Cruz y otras muchas variedades de las cuales hace una detallada descripción, Pisón, en su tratado de Medicina Brasiliensis, en el capítulo De venenis et antidotis, donde no solo describe las serpientes, sino también las arañas, algunas variedades de peces, de alacranes, de gusanos peludos y entre los peces, las rayas, los bagres, etc., etc.

Para estas picaduras usaban los indios una gran cantidad de yerbas, de las que haremos mención en el capítulo de Materia Médica de los Misioneros. Es curioso a este respecto el origen de las más conocidas de esas yerbas, la Macaguá Caá o Yerba del Macaguá, llamada así en el Paraguay por un pájaro que se dedica al deporte de cazar víboras y conocida con el nombre de Yerba del Charrúa en el Río de la Plata. Es digno de ver un combate entre estos animales, dice el P. del Techo: "el ave se defiende con el pico y las alas, la serpiente ondula en el agua para buscar un lado vulnerable y evitar los golpes del enemigo". (2) La serpiente preferida es una muy pequeña llamada Uguayapí, que tiene un veneno tan activo que mata en pocas horas. "El pájaro la embiste con su pico entremetido entre las plumas del ala, que le sirve de rodela y así la hiere fuertemente con el pico, al sentirse herido a su vez, busca unas matas de hierba "la yerba Macaguá" a la que el ave dió su nombre y picando en ella, vuelve al combate repitiendo la medicina, cada vez que se siente herido hasta que al fin "matando la víbora queda señor del campo y celebra por suya la victoria." (3)

Lo curioso de esta leyenda, que se remota a Ruíz de Monto-

(1) Trousseau y Pidoux.—Obr. cit.
(2) Del Techo. — Libro III, cap. XXX.
(3) Lozano. — *Historia de la Conquista*, cap. XIII, tomo 5.

ya, y que la repiten Del Techo, Lozano y Charlevoix, es que al llegar a Guevara, pone éste en duda su veracidad declarando que la hierba Macaguá Caá, no es conocida, y "así el que quisiera hacer creíble este específico antidotal, (exclama), sírvase de manifestar que yerba es y en donde se halla."(1)

No queda muy bien parada la competencia de Guevara, en lo que a hierbas se refiere, ya que el hermano Montenegro, bien versado en ellas, muchos años antes, la describía como el verdadero trisago de Dioscórides, aunque con algunas variedades y la dividía en blanca y negra, describiendo sus hojas, flores y raíces y creyendo, respecto de sus virtudes, más eficaz la negra. Señala el sitio de su crecimiento en laderas y lomas de Ytapúa, San Borja y Santo Tomé, refiriendo de paso la narración de Montoya. Es afirmativo respecto de su poder antivenenoso, diciendo que preserva del efecto todo aquel día que se ha tomado; y para mayor seguridad dibuja su estampa. Respecto de su colocación en la clasificación botánica creemos que es de Asclepis Campestris, de la familia de las Asclepidaceas. Acaso fué la observación del efecto que el instinto había enseñado al pájaro, lo que puso en manos de los indios tan seguro preservativo, que según hemos oído se emplea aún en nuestra campaña, aunque sus resultados no son eficaces como los de la contra-yerba, para las mordeduras de las víboras de veneno más activo.

A semejanza del Macaguá Caá, empleaban los Guaraníes, unas veinte variedades de yerbas antivenenosas, de las cuales trae una relación, Pisón, en el Brasil y Montenegro en las Misiones; Monardes (2) ya citaba la Theriaca, Lemania, Diptamo, Escordeo, la simiente de Cidra, algunas ya conocidas en Europa por sus propiedades; y haciendo capítulo de las leyendas alquimistas anotaba entre los contravenenos las piedras preciosas, las perlas, el jacinto, y sobre todo las esmeraldas, a las cuales se atribuía una influencia extraña, contra los tóxicos, en el medioevo, y como si no fuera bastante, preconizaba una mezcla de todas añadiéndole polvos de Unicordio, formando un específico infalible, según él. Es indudable, que

(1) GUEVARA. — Parte II.
(2) MONARDES. — *Libro de la Piedra Bezaar y la Yerba Escorzonera.*

los indios empleaban substancias, fuera de las plantas medicinales para estos usos; entre ellas, se citan los polvos de dientes de caimán, como de efectos curativos contra los venenos, pero de todos modos, ofrece sus dudas la veracidad de la aplicación de las piedras Bezaares.

Era antiquísima la leyenda de esta piedra famosa, "la reina de los venenos", como que data del tiempo de Plinio. Monardes pretende que trae su origen de los judíos, y se apoya en su etimología puesto que Bel en hebreo quiere decir Señor, y zaar, veneno, como si dijera "Señor de los venenos."

Fuera que recibieran la tradición de los judíos, o bien por el estudio de Plinio, al que vivían tan aficionados, ello es que los árabes continuaron la leyenda de la piedra Bezaar con entusiasmo. Rasis se ocupaba de ella y Avenzoar le dedicaba un libro; los arabistas Arnoldo y Raimundo Lulio creían en sus propiedades, y en los tiempos de la conquista permanecía entre los conquistadores, arraigada aún, la creencia de sus maravillosas cualidades. Respecto del origen de sus virtudes, cuentan, que los venados, al sentirse heridos por una serpiente, corren hacia el agua, dejando sólo fuera la cabeza, y allí se están hasta que cesa la acción de veneno. Cuando éste, se está aplacando, el venado derrama lágrimas abundantes, de las cuales se formaría la piedra Bezaar; la misma acción tendría lugar, cuando en vez de ser picados, ingerían las víboras. El hecho real, es que la tal piedra, no es más que una concreción que se forma en el primer estómago de algunos rumiantes, en cantidad y en forma variables, desde el tamaño de una aceituna al de una naranja; negras, blancas, aceitunadas y aún algunas como doradas; formadas de capas superpuestas, conteniendo en su centro alguna piedrecita, un trozo de madera o cualquier pequeño objeto, alrededor del cual se ha formado una especie de extractificación. Las empleaban en Italia y en España para la melancolía y el mal de corazón, para las calenturas pestíferas y para otros diversos males; molida y tomada, ya en vino, ya en vinagre, ya en agua de azahar (1) etc., por otra parte no tienen

(1) ACOSTA.—*Historia Natural de las Indias.*

ningún sabor. Respecto de la formación de la piedra en los venados, sostiene Vargas Machuca, que es condición que hayan pasado los animales de una tierra caliente a una fría; así dice, que picados los venados, mueren sin remedio, sino alcanzan el agua, y en los que habitan siempre una tierra caliente, no tienen en el buche piedras bezaares, de donde concluye que el frío, es el que hace que se forme la piedra, la que al entrar el venado en el agua condensa sobre sí el veneno. (1)

Encontráronse las piedras Bezaares entre los animales de América, en las Llamas, Antas o Tapires, Guanacos, Alpacas, Vicuñas y Venados americanos. Pedro de Osma, cuenta que los indios tenían aquellas piedras en mucho, y las ofrecían a sus Guacas, en los adoratorios donde tienen sus ídolos, afirmando "que son maravillosas contra todo veneno y contra todo género de ponzoña, comidas, o en otra cualquier manera; y en los males de corazón y en expeler y matar lombrices, y que en heridas envenenadas, hechas con yerba mortal, de que usan los Caribes, es el polvo de esta piedra, echado en ellas, gran remedio. Y así, dicen los indios, que esta piedra es contrayerba de la yerba mortal, que ellos usan para matarse unos a otros, y para matarnos a nosotros, que hartos de nuestros españoles han muerto de ella, rabiando y con grandes accidentes, sin hallar, ni saber ningún remedio; verdad es que en el Solimán han hallado algunos remedio, poniéndolo en la herida, pero si es fresca la yerba y recién puesta, aprovecha poco y mueren sin remedio. (2)

La tradición de las virtudes de la piedra Bezaar se conservó en América hasta mediados del siglo XVIII, pues Lozano al hablar de los Guanacos hace una larga disertación sobre ella, y nos cuenta cómo en su tiempo se dedicaban a la caza de esos animales, con el exclusivo objeto de extraerles las famosas piedras.

Estaba, pues, la leyenda de las piedras Bezaares, fuertemente arraigada en la época, entre los españoles, pero cabe

(1) Vargas Machuca. — Cap. VI.
(2) Pedro de Osuna. — 1568, Carta a Monardes, publicada en la obra de éste.

preguntarse, si los indígenas creían en sus virtudes con la misma fe. Es indudable que conocían las piedras Bezaares, Montoya en su "Arte Guaraní", trae la denominación de Mborebí itá, con esta traducción: "piedras del buche de los antas que sirven para mal de corazón". Es posible también, que ofrecieran a sus ídolos las piedras, y las conservaran como amuletos, ya que eran muy afectos a ellos, sobre todo las mujeres que guardaban las piedrecitas de los chupadores, para tener buen éxito en sus partos. Pero lo que no resulta tan bien probado, es el que le atribuyesen la famosa virtud antivenenosa de que nos habla Pedro de Osma. Si fueran exactas las virtudes que les atribuían, podría creerse que los indios hubieran llegado a su conocimiento por la observación, llegando a las mismas conclusiones que los conquistadores. No existiendo tales virtudes, no es posible suponer una falsa leyenda, repitiéndose entre los indígenas. El hecho es que éstos comprendiendo el alto aprecio que le daban los españoles, trataron de buscarlas para satisfacerlos, comerciando con ellas, y llegaron a falsificarlas con rara habilidad. (1)

La fe y el entusiasmo de los conquistadores, en la famosa leyenda, hizo, pues, que juzgaran compartida por los indios su apasionada creencia, atribuyéndoles el mismo entusiasmo, que nos pinta Pedro de Osma; por lo demás, el resto de los cronistas, al referirse a las célebres piedras alexifármacas, no afirman su empleo por los indígenas, contentándose por lo general, con señalar su existencia entre las nuevas especies animales del Muevo Mundo, estableciendo su inferioridad, respecto de las que venían de Oriente.

Fué destinado Ambrosio Paré a darle el golpe de gracia a la reputación de las piedras Bezaares; trajéronle una vez de España una hermosa piedra Bezaar y el que le hacía el regalo, señalaba sus propiedades admirables para la cura de los venenos.

---

(1) Estas piedras son muy finas y los indios las suelen hacer de tierra que lo parecen, y son muchos engañados con ellas — VARGAS MACHUCA. — *Descripción de las Indias.*

Como el anatomista declarase su absoluta ineficacia, el Rey quiso ponerla a prueba, haciendo la experiencia con un condenado a la horca, el que se prestó para ello. Le dieron un veneno muy activo y en seguida la piedra famosa. Intoxicóse de inmediato y a pesar de los socorros del cirujano, expiró entre crueles sufrimientos. La Bezaar estaba juzgada y fué arrojada al fuego. (1)

No terminaremos este capítulo sin hacer referencia al estudio de Pisón "De Venenis eorumque antidotis", en el que el sabio holandés hace la relación de todas las sustancias venenosas del Brasil, desde las yerbas como el Tangaraca y Curare, hasta los hongos; y en los animales recorriendo toda la serie de las serpientes, los cocodrilos, las escalopendras, los peces venenosos, las arañas, los escorpiones, etc., etc., ilustrando su relación con los dibujos de los animales y señalando al mismo tiempo los antídotos para cada clase de veneno.

En parte inspirándose en Pisón, y sobre todo recogiendo la experiencia de los Guaraníes, veremos la rica colección de yerbas antivenenosas que nos enumera Montenegro, en capítulo que consagraremos a la Materia Médica Misionera.

---

(1) A. CHRISTIAN. — Etudes sur le París d'autrefois.

CAPÍTULO XIII

El Médico Indígena

SUMARIO: Uniformidad del tipo del médico indígena en la América Meridional, al Oriente de la Cordillera.—Sus tripes funciones de Sacerdote, de Adivino y de Médico. — Observaciones de Fernández de Oviedo sobre la causa de esa Asociación. — Clasificación de los Hechiceros entre los Guaraníes, según el P. Lozano. — Diferenciación de las funciones. — Caciques y Hechiceros entre los Guaraníes. — Yamandú. — Rivalidades de las dos clases entre los Charrúas. — Las Indias médicas. — Uso indebido de la profesión. — Trasmisión de los conocimientos entre los Guaraníes: los Rapsodas de Guevara. — Escuelas originales de medicina entre los Piaches, los Manopos y los Machís. — — Diferencia del tipo de Machí chileno y el tipo de aquende los Andes. — Las primeras semblanzas de éste: las dos figuras de Pedro Mártir: el Piache y el Boncio de las Antillas. — Análogas pinturas de Oviedo y de Herrera. — Similitud del tipo Guaraní, por Lozano, Charlevoix y Guevara. — Los estudios de Sánchez Labrador y Dobrizhoffer. — El Nidienigi Mbayá y Keebet Abipón. — El tipo Charrúa. — Crítica: ¿Era el médico indio solo un embustero? — Falta de lógica de esa aserción general. — El Hechicero en la profesión. — El Doping en las curas. — El Datura y sus efectos. — Poco uso que de él hicieron por el sur. — Dos escuelas terapéuticas distintas: El Payé Chupador y el Payé Fregador. — Pedro Mártir y Ruiz de Montoya. — El Chupador y la Ventosa. — Comentarios de Sánchez Labrador, Bauzá y Granada. — Las Ventosas sajadas. — Psicología de la historia de la espina y del palito en la curación.

Es curioso, al leer las descripciones de los cronistas sobre los médicos indígenas, la similitud de todas ellas; no parece sino que estuvieran calcadas las unas sobre las otras. Desde

las primeras narraciones de Pedro Martir y Fernández de Oviedo, hasta las postreras de los Jesuítas Lozano y Guevara, y aún en las de los cronistas posteriores como Azara y D'Orbigny, se observa la identidad del tipo al través de los siglos, de las razas y de las latitudes, pues lo mismo se adapta cualesquiera de ellas, al Piache del Cumaná y al Zemí de las Islas, que al Payé tupí guaraní, que al médico querandí o al hechicero charrúa de nuestro Río de la Plata.

No es posible presumir, en cronistas que vivieron largos años en intimidad con la familia aborígen, que se impresionaran en sus relatos, con los de los escritores que les precedieran, es pues, preciso admitir esa constancia del tipo; atribuirla al estado embrionario de su vida social, que no marcaba sino leves diferencias de grado, en toda la parte oriental de lo Andes. Si es un argumento para hacer una raza desde las Antillas al Paraguay como admite D'Orbigny, esta semejanza del arquetipo médico, puede bien ser el fruto del atraso de todas ellas, desde el mar del Norte hasta las Pampas.

Del otro lado de la Cordillera, la incipiente civilización quichúa señalaba un carácter más elevado y aún el Machí araucano ofrece diferencias con sus colegas transandinos.

Ese tipo del médico de las razas Guaraníes y Guaycurúes, ofreciendo un carácter fundamental distinto sostiene, sin embargo, relaciones evidentes con el Quichúa y el Araucano. Constituye ese carácter la junción de las funciones médicas a las de la magia y aún a las sacerdotales, en lo que se asemeja el tipo americano, al de todos los pueblos en la infancia de su desarrollo.

Gonzalo Fernández de Oviedo, con su penetración habitual, observa sagazmente esa circunstancia y la comenta en forma que merece transcribirse. "Una cosa he notado entre esta gente, dice haciendo referencia a los indios de la Española, y es que el arte de adivinar o pronosticar las cosas del porvenir, o cuantas vanidades, los Zemíes (sus médicos), daban a entender a esta gente, andaba junto con la medicina y el arte mágico; lo cual parece que concuerda

con lo que dice Plinio, que bien sea el arte más fraudulento o engañoso de todos, ha habido grandísima reputación en todo el mundo y en todos los siglos".

"Ni se maraville alguno, agrega, que este arte haya adquirido tan grandísima autoridad, porque él sólo abraza en sí otros tres artes, los cuales todos tienen el imperio de la vida humana. Porque principalmente, nadie duda que este arte haya venido de la Medicina, como cosa la más santa y excelente, y en esta forma, a sus promesas muy deseadas y llenas de halagos, haberse juntado la fuerza de la religión. Y después que esto sucedió, juntóseles el arte Matemático (la adivinación), la cual puede mucho en los hombres, porque cada uno es deseoso de saber las cosas futuras o por venir y creen que verdaderamente se pueden entender del cielo. Así que tal arte, habiendo atado los sentidos de los hombres con tres nudos, ha llegado a tanta sublimidad o altura, que aún hoy ocupa la mayor parte de la gente; y en el Oriente manda a Rey de Reyes y sin duda nació de la región de Persia y fué el primer autor de este arte, Zoroastro, en lo cual todos los escritores concuerdan. Todo esto que he dicho, añade, es de Plinio, y volviendo luego a los Médicos indígenas aplica estos conceptos: que en estas partes de nuestras indias, está muy extendida esa tal vanidad, y que junto con la Medicina la traen y ejercitan los indios, pues sus Médicos principales son sus sacerdotes adivinos, y estos sus religiosos, les administran sus idolatrías y ceremonias nefandas y diabólicas.

Así, nos dice asimismo, que los Zemíes o adivinos, eran grandes herbolarios y tenían conocidas las propiedades de muchos árboles y plantas y yerbas, y que como sanaban a muchos con tal arte, eran tenidos en gran veneración y acatamiento, como a santos, lo mismo que entre los cristianos a los sacerdotes. (1)

El mismo concepto de Fernández de Oviedo, se desprende de todas las crónicas de cualquiera de nuestras regiones de América, de donde, el que fueran sinónimos los términos de

(1) *Historia General y Natural de las Indias*, tomo I, pág. 107.

Hechicero o Médico, con que se refieren los autores a los que se dedicaban al arte de curar.

Sin embargo, si en el concepto de Médico, entraba siempre el de Hechicero, había otras clases de magia, que no iban unidas a la medicina. Lozano descubre tres tipos de magia en los Guaraníes: la primera era la del Chupador, que coincide con las relaciones del Médico indio; la segunda era la que tenía tratos con el demonio y estaba destinada a dañar, como dicen aún nuestros paisanos, embrujando con raras ceremonias, dentro de una cueva, a determinados sujetos ausentes; y la tercera era la que el mismo demonio comunicaba dotando a sus servidores de un poder sobrenatural o comunicándoles el porvenir, la visión a distancia y otras no menos extraordinarias virtudes. (1)

Estas dos últimas artes de magia eran extrañas al ejercicio médico. Análoga a la de Lozano es la relación que hace el P. Acosta respecto de los quichúas. (2)

El Hechicero, Médico, o no, y el Cacique, eran las dos únicas funciones diferenciadas en aquella sociedad primitiva. Pero en ocasiones toda esa suma de poderes se congregaba en una sola persona. Así en la familia de Yamandú, nos cuenta Centenera, que se heredaban las prerrogativas de Cacique y de Hechicero, siendo tanto el padre como el hijo, consumados y habilísimos en este último arte.

Los Charrúas y Guaraníes separaban generalmente las autoridades de sus Caciques y de sus Hechiceros, los que por otra parte no marchaban muy a menudo de acuerdo. Así refiriéndose a nuestros aborígenes nos dice Lozano:

Tienen entre ellos algún séquito los hechiceros: pero no tanto que prevalezca a los Caciques, quienes según su antojo, contradicen a los magos, por más que se quieran hacer formidables, con amenazas de tempestades, secas, y semejantes castigos con que aterran al vulgo: pero son despreciados de los Caciques porque conocen su ningún poder y sus muchos embustes. (3)

---

(1) LOZANO. — *Historia de la Conquista*, I, pág. 401.
(2) P. ACOSTA. — *Historia Natural de las Indias*, tomo II, pág. 71.
(3) LOZANO. — *Historia de la Conquista*, pág. 411.

Con todo alguna vez entre los Charrúas se juntaban entrambas funciones. El último de los médicos Charrúas, Senanqué se hallaba en ese caso. Cacique y médico, asistió peleando, a la extinción de su raza en la batalla del Queguay, y llevado con sus compañeros Tacuabé y Vaimaca Perú, para ser estudiados en París, sucumbió en aquella ciudad. En el jardín de plantas se encuentra reproducida su figura del tamaño natural, sin más atavío que el clásico quillapy, con una corta lanza con moharra de hierro, en su derecha, y ostentando al pie un cartel que dice: "Senanqué. Cacique y Médico Charrúa".

No estaban excluídas del ejercicio de la magia médica, las mujeres. Garcilaso y el P. Acosta nos refieren lo frecuente que era en el Perú el que las mujeres viejas se dedicaran a ella; entre los Minuanos parientes cercanos de nuestros Charrúas, existía la misma costumbre. Curan a sus enfermos, dice Azara, chupándoles el estómago como los Charrúas, pero no son sólo los hombres los que ejercen la Medicina, habiendo también algunas mujeres de edad que se dedican a esta profesión. Consiguen a veces, agrega, persuadir a hombres que carecen de mujer de que ellas tienen en sus manos la vida y la muerte, inspirándoles así miedo consiguen casarse con alguno. (1)

Indudablemente las astutas magas Minuanas, mujeres ante todo, hacían un abuso evidente de su profesión. poniéndolo al servicio de un instinto bien femenino, en contra de los reacios celibatarios.

Entre los Charrúas, tampoco estaba vedado el ejercicio de la medicina a las mujeres, según el caso que nos refiere el General Díaz: "Yo oí, dice, en la toldería que por algunos días tuvieron en la costa de Santa Lucía Grande el año XII (1812), a una india anciana, que hacía, entre ellos, el oficio de *Médica*, la cual habia sido siete veces mutilada." (2)

El bagaje de conocimientos y ritos del arte se transmitían entre todas las razas por la tradición oral. Pedro Mártir

---

(1) FÉLIX AZARA. — *Viajes por la América Meridional*, ed. Calpe, tomo II, pag. 20

(2) GENERAL DÍAZ. — *Artículo en la Revista Nacional.*

cuenta que los isleños preguntados, de dónde habían sacado esos ritos vanos, a modo de contagio, respondían que los habían heredado de sus antepasados, y que así estaban referidos en rimas inmemoriales, que no era lícito enseñar a nadie más que a los hijos de los Caciques, los que las aprendían de memoria y las cantaban al pueblo en los días festivos, proponiéndolas como solemnidades sagradas. En estas supersticiones los imbuían sus augures a quienes llamaban Boicios, los cuales eran también sus Médicos. (1)

Del mismo modo, nos refiere Guevara, que entre los Guaraníes se conservaban las relaciones por medio del Rapsoda que repetía cantando, "para refrescar la memoria de sus antigüedades, que confundía y ofuscaba, con fabulosas novedades, el analista relacionero. Este tenía la incumbencia de repetir, al son de bárbaros instrumentos, las tradiciones de sus mayores y de instruir a otros en las noticias, para suplir su falta con el canto". (2)

Pero fuera de la enseñanza por la tradición oral de los Rapsodas, como con tanto énfasis los llama Guevara, en algunas regiones existía un esbozo de aprendizaje. El mismo P. Mártir detalla esa preparación, así, en Cumaná, los maestros diestros en el arte de la Magia, llamados Piaches, elegían entre los muchachos de diez y doce años los que aparentaban tener más condiciones y "como nosotros enviamos los nuestros a las escuelas de Gramáticos y Retóricos, dice, ellos mandaban los suyos a recónditos rincones del bosque".

Dos años duraba la enseñanza de sus rígidos preceptores, en una vida austera en las chozas, recibiendo una severa educación. Absteníanse de todas las cosas que tuvieran sangre y de todo acto y aún pensamiento venereo. No bebían sino agua. No recibían visitas ni de su familia, ni de sus amigos. De día no veían a sus maestros. Sólo por la noche se presentaban estos a dictar sus cursos, que consistían en cánticos y a la vez les enseñaban a curar a los enfermos. A los dos años la carrera estaba concluída y volvían a sus patrios lares, llevando

(1) PEDRO MARTIR. — *Décadas*, ed. 1892, tomo I, pág. 349.
(2) P. GUEVARA. — Libro I, cap. XVI.

el testimonio de los Piaches, de que habían aprendido la ciencia como los que han conseguido el título de doctor en las ciudades de Bolonia, Padúa o Perusia. Sin eso no se atrevería nadie a ejercer el arte médico. (1)

Más extravagante era la iniciación de los Manopos, que eran los médicos de las Manacicas, de origen quichúa. Para llegar a su lucrativa profesión, les era necesario combatir contra las fieras, sobre todo con los tigres, y llevar sobre su cuerpo, las señales de sus mordeduras o por lo menos de algún rasguño de sus zarpas. Después de pasar por esas rudas pruebas, los Manopos y en algunos otros pueblos los Caciques, tenían el derecho de curar los enfermos y eran preferentemente llamados por ellos. (2)

Entre los Puelches y Moluches se educaban los niños desde edad temprana para la profesión de hechiceros. Elegían para ello a los que se señalaban por su disposición a "condición femenina" (3) asemejándose en esta costumbre a los Machis araucanos, y en su cuidadosa enseñanza de largos años. (4)

Eran preferidos, asimismo, los que padecían de Epilepsia o de Corea, suponiéndolos poseídos por el Demonio, que les causaba las convulsiones. (5) Pero estas costumbres no eran las de nuestras razas primitivas, pues aquellos pueblos sudeños, descendían de las razas del otro lado de los Andes, en las que era habitual la inversión en el sexo de sus médicos-sacerdotes, y también esa enseñanza de los candidatos a quienes llevaban los viejos hechiceros, "a sus cuevas y lugares ocultos, en donde hablaban con los diablos y les enseñaban a hacer cosas aparentes que admiraban a los que las veían, porque en el arte mágico ponen todo su cuidado". Una vez concluída la instrucción, el hechicero que les enseñaba "los graduaba a lo último, y en público les da a beber sus brebajes y con ellos entraba el demonio en ellos y así con estas

(1) P. Martir. — Tomo IV, pág. 378.
(2) Muratori. — *Cristianessimo felice*, cap. IV.
(3) Falkner. — *Descripción de la Patagonia*.
(4) M. Gusinde. — *Revista de Etnología y Antropología de Chile*, tomo I, pág. 234.
(5) Falkner. — *Descripción de la Patagonia*.

y otras apariencias quedaban graduados en hechiceros y ordenados sacerdotes del demonio, haciendo luego pruebas y curando enfermos''. (1)

Estas características del Machí chileno no se encuentran entre los Guaraníes ni en los Charrúas, la feminidad no se encontraba desarrollada entre los primeros como en los pueblos del Pacífico y era desconocida entre los viriles Charrúas, los que mal hubieran podido tolerar tener sus augures, costumbre tan en pugna con sus hábitos de vida. Por otra parte esa iniciación cuidadosa que nos describe P. Mártir en los Piaches de Cumaná, y Rosales allende la cordillera, no la encontramos en las relaciones de los misioneros, lo que nos hace presumir que sólo fuera en los cantos de sus Rapsodas, como dice Guevara, que se trasmitieran toda la suma de sus conocimientos.

Difícil resulta hacer el análisis al través de las descripciones de la época, de la parte que en la labor del Médico-hechicero corresponde a su ciencia curativa, de la que sólo era rito, y aún el poder sugestivo consciente para obrar sobre el espíritu del enfermo.

Tomaremos las dos siluetas que nos hace Pedro Mártir, la de los Zemes o Boicios de las islas, y la de los Piaches de Cumaná.

Llamaban Zemes los isleños a unos pequeños ídolos que llevaban sus hechiceros, los Boicios, de donde el que a éstos se les aplicara también el nombre de sus dioses habituales: ''Si algún enfermo, dice Mártir, se pone bueno, le persuaden que lo ha conseguido por la merced del Zeme''.

''Los Boicios se obligan a ayunar y a purgarse, cuando se encargan del cuidado de algún principal, y comen una hierba que embriaga, la cual, cuando la sorben en polvo, poniéndose furiosos cual bacantes, se les oye decir que han oído de los Zemes muchas cosas.

''Al enfermo lo visitan tomando en la boca un hueso o una piedrecita y un pedacito de carne, y echan del hemiciclo a todos, excepto a uno o dos que el mismo enfermo escoge.

(1) Rosales, — Historiadores de Chile.

"El Boicio da tres o cuatro vueltas alrededor del personaje estirando la cara, los labios, las narices con feos gestos; le alienta en la frente, sienes y cuello, aspirando el aliento del enfermo; después de ésto, dice que extrae la enfermedad de las venas del paciente. Frotando luego al enfermo por los hombros, muslos y piernas, retira de los pies, las manos entrelazadas y con ellas, así juntas, sale corriendo a la puerta que está abierta, y abriendo las manos, las sacude y persuade que ha quitado la enfermedad, y que pronto quedará bueno el enfermo. Pero, acercándose por la espalda, le quita de la boca el pedacito de carne como un prestidigitador y grita al enfermo diciendo: Mira lo que habías comido sobre lo necesario, te pondrás bueno, porque te lo he quitado.

"Pero si quiere engañar al enfermo, aún más gravemente, le persuade que está enojado su Zeme, o porque no le construyó una casa, o no le dió bastante culto religioso o no le dedicó una finca. Si acontece que se muere el enfermo, sus parientes con hechizos hacen que el muerto declare, si murió por disposición del Hado o por descuido del Boicio, porque no ayunó integralmente o porque no dió al enfermo la medicina correspondiente. Si murió por culpa del Médico toman venganza en éste." (1)

Veamos ahora la descripción del Piache de quien ya hemos visto como se realizaba el largo y ascético aprendizaje.

"Si el enfermo padece de un dolor leve, tomando ellos ciertas hierbas en la boca, aplican los labios a la parte doliente y arrullándole, chupan con toda su fuerza hacia sí, el humor perjudicial; en seguida se salen de la casa, llevando hinchadas ambas mejillas, escupen y gargajean repetidamente, porque, con aquel chupar y aquel arrumaco, le han sacado de las venas la enfermedad.

"Pero si el enfermo padece más aguda fiebre, o dolor u otra cualquier clase de mal, hacen otra cosa: El Piache visita al enfermo, lleva en la mano un palito de un árbol que él conoce y que estimula fuertemente el vómito. En una

(1) P. Martir. — Tomo I, pág. 349.

fuente o plato lleno de agua, echa la varita para que se humedezca, se sienta junto al enfermo y dice que está poseído por el demonio. Los circunstantes se creen lo que dice; los parientes y criados ruegan al Piache que ponga de su parte para remediarlo; se acerca al enfermo lame y chupa, del modo que hemos dicho, todo su cuerpo, sin interrupción y hablando entre dientes, recita encantamientos; dice que de aquélla manera evoca al demonio de los tuétanos del enfermo y lo atrae a sí.

"Inmediatamente cogiendo el palillo humedecido se restrega el paladar hasta la campanilla, y luego se lo introduce hasta el gaznate, y provoca el vómito, y más y más lo estimula, hasta (echar) cuanto tiene en el estómago y junto a él; y con aliento anhelante, cuando tembloroso, cuando apagado, se pone todo convulso, dá voces y gemidos, mugiendo más agriamente que un toro banderillado en la plaza; le solloza el pecho, y por espacio de dos horas como la lluvia cae en los tejados, así le corre el sudor.

"Los frailes dominicos, dicen que lo han visto ellos y que les causó admiración cómo el Piache aquél no reventó con semejante agitación. Preguntado el Piache por qué sufre semejante tormento, dijo que es preciso pasar por eso para arrojar al Demonio, atrayéndole asimismo por medios de los encantamientos que hacen fuerza, y los chupetones, y arrumacos.

"Luego que el Piache se ha mortificado largo rato, con varios gestos violentos regoldando asquerosamente, vomita cierta materia de mucosidad viscosa, en medio de la cual hay envuelta una pelota muy negra, más dura. Recoge con la mano ese nauseabundo excremento, separan aquello negro, del restante humor, mientras el Piache yace medio muerto a su lado; se salen de la casa, tiran el bulto negro todo lo lejos que pueden, dando grandes voces y repitiendo estas palabras: Maitonaro quiaro, Maitonaro quiaro, que significan: Vete, demonio del nuestro, vete del nuestro.

"Hecho esto le pide al enfermo la paga de haberle curado. Este se cree que dentro de poco estará bueno y lo mismo se figuran los parientes y criados. Le dan grano de maíz y

comestibles en abundancia, proporcionada a la calidad de la dolencia y también placas de oro, para el pecho, si el enfermo es pudiente y muy grave la enfermedad.

"Y es digno de mención que los frailes predicadores y varones autorizados afirman que de los así curados por los Piaches, han muerto pocos." (1)

Como final de su descripción, nos dice P. Mártir que la recaída "la curan con medicinas y jugos de ciertas yerbas".

Las relaciones de Fernández de Oviedo y de Herrera no difieren de las transcriptas de Mártir, el primero agrega una especie de interrogatorio al enfermo. El Boratio o Hechicero preguntaba al enfermo qué le dolía o incomodaba, si decía la cabeza, por ejemplo, aplicábale a ella las manos, cerrándolas y abriéndolas y pasándoselas por encima, como quien junta alguna cosa. Por último cerrando apretadamente la mano derecha, soplaba en el puño, abríalo y decía: ¡Allá irás mal!

Herrera agrega una fábula, en la que incluye, que a los muertos les daban por la nariz y la boca, un compuesto de ciertas hierbas, con las uñas del finado, y sus cabellos de la frente, con los que hacían hablar al Demonio, quien hablaba por él, contándoles la causa de su muerte. (2)

Tales son las descripciones clásicas de los indios del Mar Caribe de las cuales las más completas son las del cronista Pedro Mártir.

Respecto de los Guaraníes, vamos a ver cómo encuadran perfectamente en aquéllas. El Padre Lozano dice: El que se preciaba de Hechicero, para ganar su vida y adquirir fama entre los suyos, fingía tener virtud de sanar las dolencias, chupando las partes doloridas; entraba muy formal y serio el chupador, informábase del ataque, y para llegarse a chupar, hacía primero varios gestos muy ridículos; después de chupar, vomitaba alguna espina, hueso o gusano muy feo, que llevaba oculto debajo de la lengua y como si le hubieran sacado del cuerpo del enfermo, le mostraba a los circunstan-

(1) P. Martir. — Tomo IV, pág. 381.
(2) Herrera. — *Décadas*, I, libro VII.

tes con espanto grande y grandes visajes, diciendo: ¿Cómo había de reposar este miserable, teniendo tal espina, hueso o gusano, que le estaba royendo las entrañas? (1)

Charlevoix no es más explícito (2) Guevara en una ampulosa descripción, después de referirnos cómo los hechiceros se preparaban para hacer sus profecías, gracias a los espíritus ardientes de la chicha, con la que bien bebidos, invocaban al Diablo, para que les revelase los arcanos futuros, nos repite la historia de la piedrecita o del gusano agregando sólo que obligaban a la familia del enfermo a observar un ayuno tan riguroso como el del paciente. (3)

Pero las monografías más completas al respecto son las de Dobrizhoffer y Sánchez Labrador. Nos refiere el segundo las ceremonias que empleaban los facultativos Guaycurúes o Mbayas. Estos antes de comenzar la cura, se encerraban en unos círculos de altas esteras, en donde invocaban a su divinidad Latenigi, para que les revelase el estado del enfermo y si había de curarse o no. Hecho esto, hacía entrar al paciente, al que echaba encima una piel de ciervo, de tigre o de otro animal: "puesto así, si es varón le descubre el Nigienigi desde la cara hasta los pies, quitándole la manta en que va envuelto. Si es mujer, la destapa hasta la cintura o poco más, como medio cuerpo. En esta diligencia no se dispensan ni por frío, ni por viento. Toma ya el Médico, en la mano derecha un palo de media vara de largo y casi una pulgada de grueso, aguzado en una punta, chupa en varias partes al enfermo y levanta la piel y carne con su brutal boca, como lo hiciera con una ventosa. Cada vez que chupa, hace mil ascos y como que quiere vomitar, con aquellas ansias, que en realidad, en otros causarían arcadas verdaderas. Arroja la saliva en un oyito que ya tiene hecho, descansa un rato, y con el mismo instrumento está dando siempre en el hoyo y como para enterrar la materia morbífica. Repite las chupaduras y el escupir en el hoyo, hasta que le parece tiempo de sacar a luz su pericia médica. Chupa la última vez: tiene de pro-

(1) Lozano. — *Historia de la Conquista*, tomo I, pág. 401.
(2) Charlevoix. — *Histoire du Paraguay*, tomo I, pág. 298.
(3) Guevara. — *Historia del Paraguay*, XI y XII.

pósito y con estudio, en la boca, un poco de paja, una espina y casco de ella, y aún de pescado, gusano u otra cosa. Escupe en su mano y muestra a los circunstantes lo que, envuelto en saliva, echó de su boca como extraído del cuerpo

Por lo común "chupan en la boca del estómago y mientras escupen y entierran la saliva, ponen en el mismo sitio la mano cerrada y aprietan con tanta violencia, que se hunde el puño ... Lo que casi no puede sufrirse pacificamente, es que no son más mirados con los niños tiernos. Tan desaforadamente cantan y chupan aturdiendo y estrujando el cuerpo delicado de un infantillo, como el de un indio Polifemo. (1)

Dobrizhoffer hace una relación análoga de los Abipones. Lo notable de sus médicos, dice, es que ellos curan cualquier clase de enfermedades con una sola y única medicina. Examinemos su método de curación: aplican sus labios en la parte afectada, escupiendo después de cada succión. Por intervalos toman aliento profundamente y cuando se han llenado hasta el fondo del pecho, soplan sobre la parte del cuerpo del enfermo, donde reside el dolor, y los soplidos se alternan repetidamente. Si todo el cuerpo padece, si arde con maligna fiebre, si está atacado por el Sarampión o la Viruela· cuatro o cinco de estas harpías, desuellan al enfermo chupándole y soplándole: uno hinca sus labios en el brazo, otra en el costado, el tercero y el cuarto en los pies. Si un niño llora o rehusa el alimento, la madre lo entrega al Hechicero para que lo chupe. Este método de curar es el que está en boga entre todos los salvajes del Paraguay y Brasil, que yo he conocido y según el Padre Grillet también entre los indios Caribes. (2)

Ese sistema que Dobrizhoffer reconoce muy acertadamente, que es el mismo desde el Mar Caribe hasta el Plata, comprendía igualmente a nuestros charrúas. Félix de Azara, nos dice que "cuando se ponían malos, tenían sus médicos. Estos no conocen más que un remedio universal para todos los

(1) SÁNCHEZ LABRADOR. — *El Paraguay Católico*, tomo VI, pág. 37.
(2) DOBRIZHOFFER. — *History of the Abipones*, chapter XXIV.

males, que se reduce a chupar con mucha fuerza el estómago del paciente para extraer el mal: tal cosa, agrega, han sabido hacer creer estos Médicos para procurarse gratificaciones. (1)

Gilig hace notar respecto de los Piaches del Orinoco, lo mismo que nos describían P. Mártir y Fernández de Oviedo ciento cincuenta años antes, el que unían las dos cualidades de Sacerdotes y Médicos.

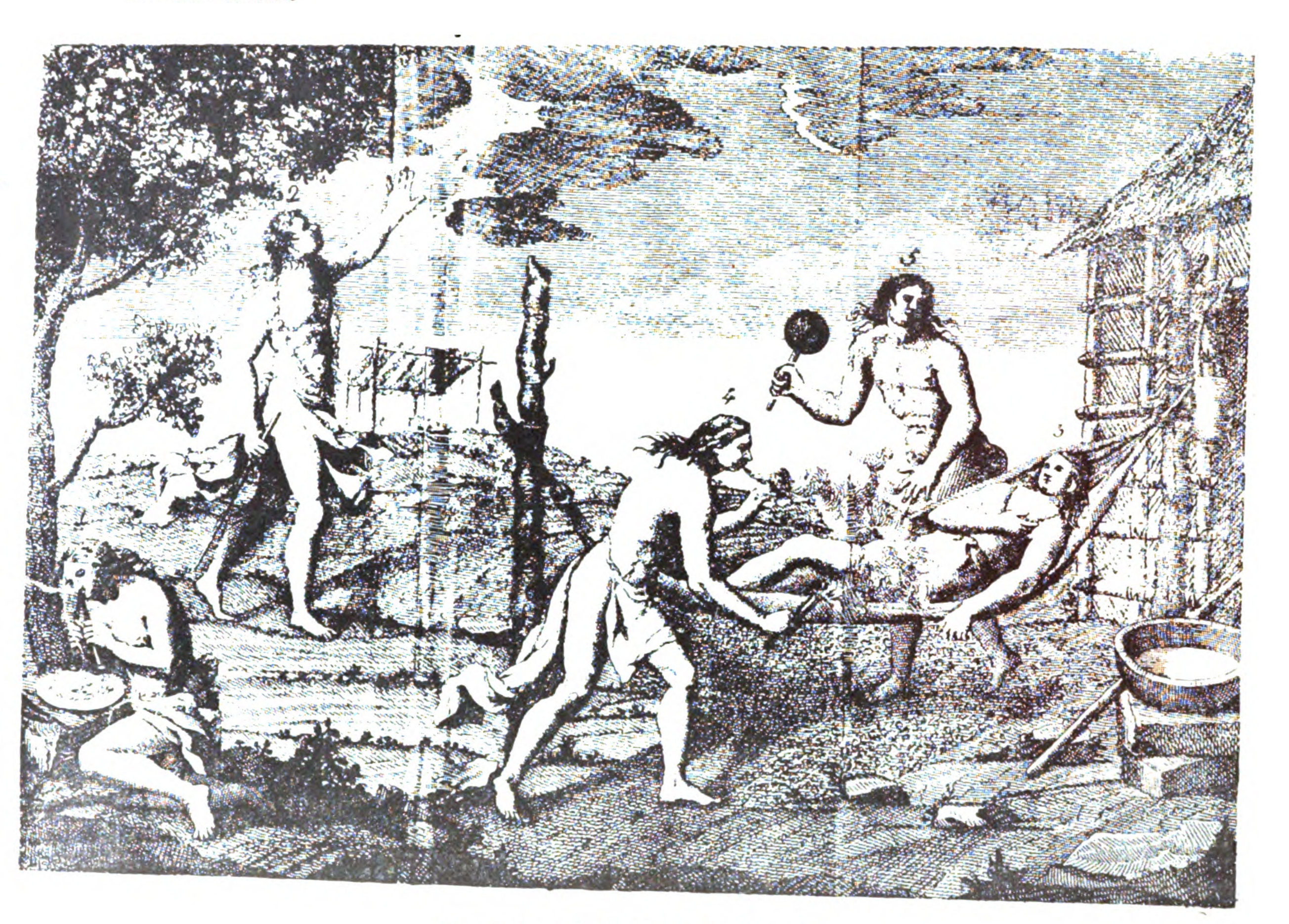
Nos refiere la alta autoridad de que gozaban, que eran elegantes, espirituales e ingeniosos en el hablar, usando el canto y la música de sus maracas o calabazas para las curas, las que eran hechas a base de succiones ya en la cabeza, ya en el brazo, ya en el pecho o en otra parte doliente del enfermo, fingiendo luego sacar de allí una piedrecita o una espina que de antemano llevaba en su boca preparada el Piache. En un interesante grabado nos representa la ceremonia de una de esas curas, en las que mientras un ayudante hace sonar la malaca, el Piache solemnemente arroja humo de Tabaco sobre el enfermo, recostado plácidamente en una hamaca. (2)

Todas estas descripciones concuerdan perfectamente y permiten fundar el aserto que el tipo del Médico Hechicero era uno sólo en nuestra América, por lo menos al oriente de los Andes; conviene cada descripción, en sus líneas generales, tan bien al Piache del Orinoco, como al Nigienigi de los Guaycurúes, al Keebet Abipon y al Payé guaraní como al Hechicero Charrúa, envolviendo el solo título la triple función sacerdotal, médica y adivinadora, como tan bien lo señalaba Fernández de Oviedo.

La opinión unánime de los cronistas es considerar a los Médicos indígenas como unos grandísimos farsantes, mereciendo al decir de uno de ellos "ser azotados cada día de su vida por Galeno irritado y fustigados por Esculapio, Hipócrates y toda la familia de los Médicos". No es de extrañar esa severidad de parte de los religiosos españoles de la época,

---

(1) FÉLIX DE AZARA. — *Viajes por la América Meridional*, tomo II, pág. 15.
(2) FILIPPO SALVATORE GILIG. — *Saggio di Storia Americana*, tomo II, libro II.



La cura de un Piace (*De la obra de Gilig*)

ya que en nuestros días, un escritor tan despreocupado, como Daniel Granada los califica "grandes bellacos que sólo trataban de engañar con aparato y farsas al enfermo y circunstantes". (1)

Hay en estos juicios un error evidente de psicología. La superstición ha sido y se conserva aún hoy inveterada en la humanidad. No puede suponerse que entre los indígenas fueran todos crédulos y temerosos de lo desconocido, menos sus Médicos Hechiceros.

Estos, como por otra parte, los sacerdotes de todas las religiones, no podían ser escépticos en un medio creyente, antes al contrario, es lo natural que fueran los primeros convencidos. Seguían en sus funciones un arcaico rito tradicional, cuya uniformidad en toda la América, prueba su remoto origen y lo empleaban en la cura de los enfermos con tanta fe, como la que puede tener un pontífice de cualquier religión. Parece que los cronistas no pretendieran en sus juicios, sino levantar la sagacidad de los Hechiceros, haciéndoles aparecer como espíritus superiores, poseídos de un escepticismo, digno de los enciclopedistas. El simple criterio lleva a considerarles, sólo, como elementos genuinos de su caótica sociabilidad, ingenuos, supersticiosos, primitivos, elegidos por su pueblo para las funciones Médico-sacerdotales, las que realizaban con tanta credulidad, como la que sus fieles y enfermos llevaban, cuando a ellos acudían en busca de consuelo y alivio para sus males.

Es indiscutible la buena fe con que los Hechiceros ejercían su sacerdocio en todas las tribus y de un modo análogo; con todo, había en sus procedimientos algunas diferencias. La primera que notamos en las descripciones transcriptas es el uso del *doping*, valiéndonos de la expresión inglesa, que se refiere el estado que se obtiene en los animales de carrera con la inyección o la ingestión de alguna substancia que actúe sobre su sistema nervioso con carácter de excitante.

Los cronistas P. Mártir, Oviedo y de Herrera nos cuentan que algunos tomaban unos polvos que aspiraban por las

(1) D. GRANADA. — *Supersticiones del Río de la Plata.*

narices, el P. Acosta refiere que para invocar al Diablo usaban en el Perú, echar en la chicha una yerba llamada Villca, Guevara atribuye a la sola chicha ese poder entre los Guaraníes. Afirman otros que encontraban en el tabaco esa especie de embriaguez, pero ni la chicha, ni el tabaco, bastarían por sí solos para explicar el estado de delirio que nos pintan Pedro Mártir y que entre las hierbas, sólo pueden estar de acuerdo con las propiedades del Datura Stramorium, conocida con el nombre de hierba de los hechiceros, o hierba del diablo, desde épocas remotas, y cuyas variedades americanas eran bien conocidas por los indígenas, la *Datura arborea* en Méjico; en el Perú, la *Datura sanguínea* con la que los quichúas hacían la *Tonga;* y entre los Guaraníes la conocida con el nombre de *Chamico.*

Sabemos que la Datura, después de un período de debilidad y de agotamiento muscular, de estupor ligero, produce trastornos de la vista, dilatación enorme de la pupila, agitación, espasmo, delirio furioso, alucinaciones contínuas sudores profusos, cuando no se produce diuresis, ni diarrea. El delirio es ya alegre, ya triste, pero se acompaña siempre de singulares alucinaciones, de fantásticas visiones. Luego se disipan estas, poco a poco, el delirio cesa y no queda de todo este formidable aparato de síntomas más que la dilatación de las pupilas, oscurecimiento de la vista y algunas veces una ceguera pasajera (Trousseau y Pidoux).

En algunas ocasiones, daban esas mismas hierbas a los enfermos o los embriagaban a fin de que señalaran mejor sus dolencias o el origen de ellas (1). Pero esta costumbre de *doparse* los médicos, parece que era más frecuente en las regiones del Mar Caribe que entre los Guaraníes: bien es cierto que Guevara nos refiere que, para descorrer el velo de lo venidero, tomaban chicha los augures, y también que conocían los efectos del Chamico, pero en ninguna de las relaciones de Lozano, ni en la misma de Guevara, ni en las de Sánchez Labrador, Dobrizhoffer, ni Azara, se hace re-

(1) ASTURIAS. - Loc. cit.

ferencia a que se pusieran los hechiceros en sus funciones médicas en estado de *doping*.

Desconociendo los efectos del tóxico, atribuían los cronistas los gestos, contorsiones, los visages extraños, la agitación del curandero, a embustes para engañar a los enfermos y se asombraban de la violencia extraordinaria de su ejercicio, que les producía profundos sudores, debidos más a la substancia ingerida, que a sus descompuestos movimientos, que otras veces suponían producidos por hallarse poseídos del demonio, al que invocaban.

Ese estado de delirio furioso no puede creerse que fuera buscado para engañar a sus semejantes, lo lógico es admitir que lo empleaban como un rito tradicional, obligados por la misión que le encomendaban, y que trataban de cumplir acabadamente, aún en perjuicio propio.

Prácticamente el resultado de ese estado no podía ser otro que multiplicar las fuerzas del robusto chupador, para que pudiera realizar su ímproba tarea en conciencia, sin que el cansancio restase la más mínima parte de sus energías en la cura.

Había, pues, los hechiceros que empleaban el *doping* y los que menos afectos, como los charrúas y guaraníes o no lo usaban o lo empleaban con ciertas reservas.

Pero hay una separación más original aún en sus procedimientos terapéuticos. Como hemos visto, casi todos los cronistas señalan el tipo del Chupador, llegando Guevara a darles a los hechiceros el nombre genérico de Chupadores. Sin embargo, notamos en las dos descripciones de Pedro Mártir dos tipos distintos, el Chupador y el Frotador: el Piache era chupador. el Boicio frotador; de éste nos dice que "frotando al enfermo por los hombros, muslos y piernas, retira de los pies las manos entrelazadas y con ellas así juntas, sale corriendo a la puerta, que está abierta y abriendo las manos las sacude y persuade que ha quitado la enfermedad y que pronto quedará bueno el enfermo".

Este tipo del Frotador, parece haberse perdido en las descripciones posteriores, sin embargo su autenticidad nos

superstición, como causa única y excluyente. Y sin embargo es lógica la observación de Bauzá y es gráfica la comparación del efecto de la ventosa. Como hemos visto no eran sólo los Charrúas, sino todas las tribus que empleaban la ventosa bucal, mal podía pues, ser un resultado de la observación de la naturaleza por parte de los Charrúas, en los que sólo era, como en las otras razas, una vieja observación ancestral de los efectos de la revulsión, que realizaban con toda conciencia. Mártir dice que "chupaban fuertemente". Dobrizhoffer, dice que desollaban al enfermo chupándolo, Sánchez Labrador que levantaban la piel y carne con su brutal boca como lo hiciera una ventosa; Luis de la Cruz, que los Machíes chupaban con la boca la parte dolorida tan fuerte, que extraían por allí porciones de sangre. (1) Éranles pues, perfectamente conocidas las propiedades calmantes de la revulsión, hasta el punto que Alvar Núñez nos hace saber que en la Florida hacían los indios "unas sajas donde tienen el dolor y chupan luego alrededor de ellas, (2) con lo que podía decirse que conocían igualmente el valor de las ventosas sajadas, aunque pareciera absurdo a Granada, ese rasgo de sagacidad indígena.

Vemos además, que empleaban la succión ya en una región limitada, ya en forma general; esta divergencia en las descripciones, sólo puede atribuirse fundadamente al carácter de las lesiones, si el dolor era acusado en un sitio determinado, en él se aplicaba el remedio, dejando el hacerlo en forma total, cuando la enfermedad no se señalaba en un punto definido; indicaciones análogas cabe suponer en los especialistas frotadores.

Lo que sobre todo llamaba la atención de los españoles, era la historia del palito, la espina de pescado, el huesecillo, el pedacito de carne, etc., que el Payé mostraba al enfermo, hecho que hace desatar las iras de los escritores. El efecto de la sugestión es evidente en esos casos y revela su insistencia todo el valor que su medicina otorgaba a ese medio

(1) Luis de la Cruz. — *Colección De Angelis.*
(2) *Naufragios*, cap. XV.

de curación. El más sereno de los críticos, Dobrizhoffer, no puede menos de reconocerlo. Mal podríamos por otra parte hacer su crítica, cuando conocemos casos de cirujanos distinguidos que han mostrado una rana u objetos similares para curar a un dispéptico, convenciéndolo de que los han extraído de su estómago.

Por otra parte, dado su régimen alimenticio, el más frecuente de sus trastornos era la indigestión, producida por la dificultad de digerir en sus comidas los huesos, espinas, etc., de ahí que se buscase el hacerles ver que suprimiendo la causa, desaparecieran los efectos.

Si la Medicina poseía pocos recursos en sus manos, es indudable que no se les había escapado un exacto conocimiento de la psiquis del enfermo.

CAPÍTULO XIV

La Terapéutica indígena

SUMARIO. — Crítica del método de curación que empleaban los Hechiceros. — Medios de curación: La Escarificación y las Sangrías. — La Cauterización. — La Dieta. — El ayuno religioso y medicinal. Su extensión a todo el continente. Su empleo en las ceremonias fúnebres en los Charrúas. — Dieta nubil. — Los sudoríficos. — Los Baños. — La Cirujía Indígena.—La Trepanación entre los quichúas. — La extracción de cuerpos extraños. — Las luxaciones y las fracturas. — El Herborismo. Su importancia entre los Charrúas. — El Parto. — Costumbres y posiciones originales.—La posición Nahona y la Guaraní. —El Aborto provocado y el infanticidio.

El único de los cronistas que juzga serenamente las ventajas terapéuticas, y que señala las fallas del método curativo de los Payés *Porozuhabara,* o Chupadores, es Dobrizhoffer: él reconoce y certifica, que ha visto casos en que los Chupadores, en una úlcera o en una herida sangrienta, obtenían un real provecho, "pues esas materias que hubieran traído la corrupción eran extraídas por esos medios"; y agrega, en abono del sistema, que "los españoles y los indios cuando son mordidos por una serpiente, piden a algún amigo que les succione la parte afectada, a fin de que el veneno pueda ser expelido antes de que se extienda por los miembros". Consecuente con estos resultados beneficiosos, se apresura a subrayar, que él no critica a los Abipones, (que como los Guaraníes o Charrúas) eran resueltos partidarios de esa escuela, por chupar heridas, úlceras y mordeduras de serpientes. Pero encuentra la falla, en que no admitan que el oficio de Chupadores, no pueda ser llenado, sino por los hechiceros, y en creer que esa virtud de curar les fué concedida por su abuelo Keebet, el diablo;

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Y [illegible] otra razón de carácter más general arguye

(1) [illegible] — History of the Abyssinians, chapter XXI.

sensatamente: por otra parte, no es de sorprender que después de varios días de succionar la parte doliente, el dolor se aliviase, pues éste podría haber desaparecido por su propia cuenta, beneficiado únicamente del tiempo transcurrido.

No duda del éxito indiscutido de sus rivales: "Yo no niego que los abipones generalmente recobran la salud, confiesa, pero para ello cuentan indudablemente con su natural fortaleza, más que con el Hechicero que los chupa. (1)

Reconoce, pues, el jesuíta, el efecto de la succión: 1.°, en las mordeduras de víboras, en las úlceras y en las heridas sangrientas; 2.°, en los males de origen psíquico; 3.°, en las enfermedades leves de los robustos abipones, pero con todo se le escapa el mayor beneficio del sistema que hoy hace que se emplee el uso de la ventosa en todas las lesiones inflamatorias, con positivos resultados.

Además no tiene en cuenta como no lo tiene ningún otro de sus contemporáneos los otros medios de curación que los Keebet, como los Payés empleaban.

¿Cuáles eran éstos? La escarificación y la sangría, la dieta, la Hidroterapia en casi todas las tribus, los purgantes y los vomitivos, y por fin el uso de hierbas, general en todas razas.

Charlevoix hace su juicio crítico del médico indígena en estos términos: Ellos satisfacen la imaginación de sus enfermos lo que es mucho hacer. Por otra parte, no se fatigan mucho y si bien no ayudan bastante a la naturaleza por lo menos la dejan actuar libremente: sino curan a los enfermos tampoco los matan. (2)

La escarificación y las sangrías. — Guevara nos refiere que en las tribus de los Lules, en lugar de Chupadores tenían los llamados Sajadores, para el ejercicio de sajar la parte dolorida o inflamada. (3)

Hemos visto cómo el mismo sistema lo describía en la

(1) Loc. cit.
(2) *Histoire du Paraguay*, tomo I, 299.
(3) GUEVARA. — *Historia del Paraguay*, col. Lamas.

Florida Alvar Núñez donde el médico "hace unas sajas adonde tiene el enfermo el dolor, chupándole luego alrededor de ellas".

En los guaraníes era común la sajadura, empleando para ello el Yaibaba o Iababa, especie de "lanceta o pedazo de pedernal con que se saja" según anota Ruiz de Montoya en su Arte guaraní.

El Sangrador merecía un título especial, era el *Porocutucara*, de *Poro*, que significa dedicación y *Catug*, *hicar*, como si dijéramos el Maestro Sangrador de los Guaraníes. El hábito de sangrar era común a todas las tribus de América, lo mismo que en los Guaraníes, la encontramos en los Abipones, en las islas Caribes y del otro lado de los Andes, entre los Quichúas.

De los Abipones nos refiere su historiador, que aunque el principal y casi el único método de cura en uso, es el de chupar, tienen alguna vaga idea de los remedios europeos, así "a veces cuando sufren del sol en la cabeza o se sienten invadidos por fiebres ardientes, ellos se sangran pinchando su brazo o su pierna con un cuchillo".

Ese cuchillo, o gubia de hierro en tiempo de los españoles, llamábanlo los Guaraníes el *Paratí*, nombre con que designaban antes de la conquista a "los dientes de Capibara (Carpincho) que les servía de cuchillo, o de otro animal que sirve de eso". (1)

En el Brasil, ya Vespucio relataba cómo los indígenas (los Tupíes) se sacaban muchas veces la sangre, no en los brazos (excepto en el sobaco) sino en los lomos y en las pantorrillas, (2) datos que repite Herrera en los mismos términos.

Más explícito Garcilaso, describe cómo los quichúas se sangraban en los brazos y en las piernas, eligiendo las venas más próximas al sitio del dolor que padecían. Cuando sentían mucho dolor de cabeza se sangraban en la junta de las cejas, encima de las narices. La lanceta, agrega, era una

(1) Ruiz de Montoya. — *Arte guaraní.*
(2) Vespucio. — 3.° viaje.

punta de pedernal que ponían en un palillo hundido, al cual lo sujetaban, ponían la punta sobre la vena y encima le daban un papirote, abriendo la vena, con menos dolor que con las lancetas comunes. (1)

Lo mismo que en el Perú, en Méjico y entre otros pueblos del Anahuac era corriente el uso de la sangría (Clavigero) lo mismo que entre los Nahonas (Asturias). Los Charrúas, que de todas las razas era la que tenía menos respeto a su piel, hacían de las sajaduras y las sangrías un deporte, hasta el punto de que en sus duelos familiares, se sometían voluntariamente a un doble tratamiento de dieta y sangrías, pasando hasta dos días sin probar bocado, y pasándose la lanza a través de los brazos y del seno, las mujeres; y los hombres haciéndose atravesar por gruesas cañas, de pulgada en pulgada y del puño al hombro, que conservaban algunas horas corriendo por los bosques, (2) o bien con varas de guayabo, levantándose con fuerza la piel y encajándola lo más cerca posible del hueso. (3)

Semejante al modo de sangrar de los Charrúas era el de los Mbayás. Nos dice su misionero cronista: "Algunas veces se dignan los médicos de manejar la lanceta. Pónese de rodillas el que necesita la sangría, si ésta ha de ser en los hombros o hacia la cabeza: siéntase si se le ha de picar en los muslos o en las pantorrillas. En esa postura, coge el médico un hueso de tigre con punta y pasa la carne de una a otra parte, cuantas veces gusta. Sustituye, también, el hueso por dos agujas o lesnas de hierro, y separada un poco la una de la otra, con las dos taladra la parte que punza. No sabía de qué admirarme más (exclama), si de la barbaridad del médico, o de la del enfermo. Aquél pica sin piedad, y éste sufre sin hacer el menor movimiento. Esto es a cuanto puede llegar la presunción que tienen los Guaycurúes de su valentía". (4)

Los Minuanos, primos hermanos de los Charrúas, alia-

(3) GARCILASO. — *Comentarios Reales*, cap. XXIV, tomo I.
(1) AZARA. — *Viajes por la América Meridional*, I, pág. 16.
(2) GENERAL ANTONIO DÍAZ. — « Revista Nacional ».
(3) SÁNCHEZ LABRADOR. — *El Paraguap católico*, tomo II, pág. 45.

dos y finalmente radicados como aquéllos en nuestro suelo, que tenían sus mismas costumbres de duelo, se distinguían en algo en sus procedimientos de sangrarse, pues en vez de clavarse pedazos de cañas, se perforaban con una espina gruesa de pescado las piernas y los muslos por delante y por detrás, así como los brazos hasta el codo, pero sin llegar al hombro. Clavaban la espina por un lado y la sacaban por el otro, como una aguja de coser y repetían la operación de pulgada en pulgada. (1) Análogo procedimiento seguían los bravos y marinos Payaguás (2) quienes llevaban su exceso hasta atravesarse la lengua y los otros órganos.

Los Tupíes se sangraban con dientes de Cutía o con una lámina de cristal de roca, correspondiendo esta función a ias viejas indias. (3)

Bien podemos, pues, decir que la costumbre de la sangría era no sólo de un uso, sino de un abuso general, entre las razas americanas, haciéndolo no sólo para aliviarse de sus males, sino también, para aligerarse facilitando así sus correrías, y aún, en sus fiesta solemnes, y en sus borracheras, como los Payaguás, y en sus ceremonias funerarias como entre los Charrúas, Minuanos, Querandíes y Timbúes.

Refiere Asturias en su Historia de la Medicina en Guatemala, que los Nahonas conocían el uso de las sanguijuelas. Es posible que su uso se extendiera a otras razas. Dobrizhoffer narra las invasiones en sus reducciones de estos insectos y las pellejerías en que se veían sus bravos abipones para evitar que se les prendieran en sus pies descalzos. En el Arte guaraní, Ruiz de Montoya nos da su nombre en aquel idioma, que es Ceboí, y en nuestra tierra podemos decir que no eran menos sabidas, así entre los pocos términos que el P. Larrañaga salvó de la lengua Chaná, se encuentra el que se refiere a la sanguijuela a la que los fundadores de Santo Domingo de Soriano, llamaban Buch.

La Cauterización. — Refiere Alvar Núñez que los indios

(1) Azara. — *Viajes etc.*, tomo I, pág. 21.
(2) Azara. — *Viajes etc.*
(3) Vizconte de Porto Seguro. — *Historia General do Brasil*, tomo I, pág. 49.

de la Florida "Daban cauterios a fuego, que es cosa, entre ellos, tenida por muy provechosa y que él mismo lo ha experimentado sucediéndole bien de ellos, y que después soplaban en el lugar, creyendo que con ello se les quitaba el mal". (1) Los Quichúas acostumbraban, para fortificarse las encías, aplicar sobre ellas unas raíces fuertemente calentadas que les hacían caer la mucosa, formándole una cicatriz más resistente. (2)

Los Tupíes, al decir del Vizconde de Porte Seguro, para cicatrizar las heridas las quemaban con fuego, provocando cierta inflamación e insensibilidad local, a fin de que salieran los humores, haciéndoles cicatrizar luego con el aceite de Copahiba. (3)

La dieta. — Hemos visto cómo en esa asociación de la religión y la medicina que caracterizaba su primitiva sociabilidad, los procedimientos terapéuticos se aplicaban indistintamente a sus enfermedades o a sus grandes actos religiosos. No es de extrañar esa generalización ya que desde remotísimas edades los pueblos del Asia hacían análogas trasposiciones, ofreciendo el ayuno para calmar a sus dioses y empleando el baño tanto para lavar las impurezas de sus enfermedades, como las manchas de sus pecados. Del mismo modo el ayuno era entre los indígenas método curativo y rito.

La dieta no era para el indio un esfuerzo, ya que frecuentemente era una necesidad impuesta. Américo Vespucio anota que cuando en las tribus de las costas del Mar Caribe, enfermaba gravemente alguno, sus parientes lo conducían a una selva distante, colocándole en una hamaca de redes de algodón, de las que empleaban para dormir, colgadas de los árboles. Bailaban un día entero alrededor de él, dejándole con qué sustentarse por cuatro o cinco días. Si el enfermo se restablecía, comía y bebía, y volvía por sí mismo a su familia que lo recibía con gran ceremonia y en caso de morirse, quedaba en su hamaca que le servía de tumba. (4) Agrega que usaban muy frecuentemente una dieta tan rigurosa que esta-

(1) *Naufragios*, cap. XV.
(2) Garcilaso. — *Comentarios Reales.*
(3) *Historia General do Brasil*, pág. 49, tomo I.
(4) Américo Vespucio. — Loc. cit.

ban sin comer, ni beber cosa alguna, por espacio de tres o cuatro días. Del mismo modo, Herrera, habla de la dieta, como de una costumbre generalizada entre los americanos. Los sacerdotes de Méjico y del Perú dedicaban al ayuno períodos prolongados todos los años, antes de sus grandes solemnidades haciéndolo con un excesivo rigor. (1)

Los Tupíes se curaban de sus dolencias usando con mucho rigor la dieta del Muigao (Mazamorra), y hasta la de una completa abstinencia (2); entre los Guaraníes, de la misma raza, la costumbre se conservaba hasta el punto, que refiere Muratori, que los misioneros aseguraban que la mayor parte de los enfermos morían más bien de hambre y de necesidad, que del mal de que estaban atacados. No les daban, sus médicos, agrega más que un puñado de maíz casi crudo, cada día, que a menudo rechazaban con disgusto. Todos los cuidados de la familia del paciente se dirigían a agasajar al sabio médico, el que sentado junto a su enfermo, comía tranquilamente las aves y la mejor caza que se le presentaba. (3)

Pero no siempre lo pasaba tan bien el Payé, pues en algunas tribus estaba obligado, cuando era algún cacique importante el cliente, a seguir la dieta y las mismas prescripciones que el enfermo, como para ayudar a su curación. Con más frecuencia aún, era toda la familia la que debía seguir el rigor del hambre por razones análogas.

El ayuno, como rito, era frecuente también entre los Guaraníes, "los que deseaban aprender las diabólicas artes de los hechiceros, dice Lozano, era forzoso observar rigurosísimos ayunos y se mortificasen con crudas penitencias corporales; y todo el tiempo que dedicaban a estos rigores habían de abstenerse de todo género de baños o lavatorios, aún de las manos; vivir desnudos y solos en lugares fríos y retirados de todo comercio; no gustar otro alimento sino cierto género de pimienta mortificante y unos granos de maíz tostado. (3)

El embarazo y parto exigían dietas especiales; las preña-

(1) P. Acosta. — *Historia Natural de las Indias*, cap. XVII, libro V.
(2) Visconte de Porto Seguro. — *Historia G. do Brasil*, I, pág. 49.
(3) Muratori. — *Cristianessimo felice*, cap. IV.
(4) Lozano. — *Conquista del Río de la Plata*, I, pág. 404.

das, nos dice el mismo escritor, observaban leyes tan estrechas sobre los manjares que no habían de probar como nocivos, que debía forzosamente su abstinencia ser muy austera; pero llegando el momento de dar a luz, era el marido el que ayunaba por quince días, con extraño rigor, sin probar carne, ni coger caza. (1)

La misma costumbre seguían los Tupíes. Al llegar a su primera menstruación sometían a las niñas a una extraña ceremonia, cosiéndola dentro de una hamaca, dejándole sólo una abertura por la boca, dándoles de comer con mucha tasa, por dos o tres días, (2) pasados los cuales la soltaban de su encierro y le permitían sus manjares habituales. Los Charrúas no eran menos afectos a la dieta. En sus duelos familiares, dos días pasaban desde la muerte del deudo "ocultos en su choza completamente desnudos, sin tomar casi alimento, y éste sólo puede consistir en carne o huevos de perdiz, pasados esos dos días dedicaban uno entero, a las sangrías a que hemos hecho referencia, y luego quitadas las cañas volvían a su tienda a descansar, pasando otros días, sin comer ni beber. A esta dieta absoluta, seguía una media dieta que se prolongaba por diez o doce días en los cuales sólo se les alcanzaba agua y perdices o sus huevos, aunque en pequeña cantidad. (3)

Sudoríficos — No habían llegado entre los pobladores de la América del Sur los baños de sudor, al grado de perfeccionamiento que habían alcanzado en el reino de los Aztecas y entre los Nahonas donde empleaban los Temazcalli o hipocaustos, especies de hornos, en que se colocaban a los pacientes, sometiéndolos a una sudación abundante, que aplicaban para la cura de la Sífilis, a los mordidos por animales ponzoñosos y a las recién paridas. (4) Pero no eran por eso menos conocido el principio por los Guaraníes. Los Tupíes (5) y Guaraníes, solían colocar debajo de las hamacas

(1) Lozano.—Loc. cit.
(2) Lozano.—Loc. cit.
(3) Azara. — *Viajes*, I, 17.
(4) Clavigero y Asturias. — Obs. cits.
(5) Porto Seguro. — Loc. cit.

de los enfermos, las brasas del fogón cerrando bien las puertas de sus cabañas. Hemos visto cómo ese sistema era al que se sometían con todo rigor los Guaraníes atacados de Viruela y Sarampión, al contrario de los Abipones y Charrúas que preferían la cura al aire libre y los baños fríos.

Llamaban los Guaraníes al baño de sudor, Cheryái. (1)

El baño de sudor era empleado asimismo entre los Charrúas. Refiriéndose a la médica de esa raza, a la que hemos hecho referencia, dice el general Días: "usaban también otros (remedios) como el de la "ceniza caliente", remedio que ví aplicar en la costa del Daymán a un mozo que al parecer sufría de un fuerte catarro; no pude conocer, agrega, el resultado a la operación, que era la de tenderlo en un montón de cenizas ardientes, producidas por una grande hoguera, que se había encendido sobre la arena de la costa: porque el mocetón no quiso o no pudo soportar el calor de tal remedio, pues apenas se había tendido, se levantó corriendo, y fuése a revolcar en el pasto seco, muy enojado al parecer con la curandera". (2)

No nos referimos al uso de las sustancias sudoríficas que hemos de tratar al estudiar la materia médica indígena al ocuparnos de la medicina misionera.

Baños — Refiriéndose a los Charrúas, dice Bauzá: Este medio terapéutico de las fricciones y los baños era la principal medicación que conocían, aplicándola a toda enfermedad en cualquiera de los dos sexos "echándose al agua la recién parida con su cría, y después de esta operación, la frotaba y calentaba contra el seno, mientras otras mujeres la friccionaban a ella. (3) Desmiente Granada, terminantemente esa aseveración, declarando que estuvieron muy lejos de conocerlos y usarlos, ni los Charrúas ni otra generación alguna de los indígenas. (4) No funda su aserción, bien difícil de documentar por cierto, pues antes al contrario la costumbre de los baños, era general en todas las tribus de

---

(1) MONTOYA.—*Voc. p Tesoro.*
(2) GENERAL DÍAZ — Loc. cit.
(3) BAUZÁ — Tomo I, pág. 144.
(4) GRANADA. — *Superstición*, etc., cap. V.

América y uno de sus métodos terapéuticos preferidos. Américo Vespucio ya escribía que había observado frecuentemente que cuando alguno de los indios tenía calentura, en el punto y hora en que la fiebre lo atormentaba con más rigor, lo metían en un baño de agua muy fría y después por espacio de dos horas le obligaban a correr y dar muchas vueltas alrededor de una gran lumbre hasta que llegaba a calentarse extraordinariamente y entonces lo llevaban al lecho, para que durmiese con cuya medicina vió sanar a muchos". (1) Herrera (2) repite casi los mismos términos: "Cuando el enfermo estaba en el mayor ardor de la calentura le metían en agua muy fría, y después le ponían junto a un gran fuego, y le tenían más de dos horas, hasta que estaba bien caliente y luego se echaba a dormir, y con esto escapaba y sanaban muchos. Pedro Mártir nos refiere las propiedades de los ríos Baho Zate, en los que bebiendo o lavándose, se curaban los que padecían de dolores de nervios y médula, los que tenían tumor en los pulmones, y los que le consumían las fiebres". El mismo nos refiere la leyenda de la famosa fuente de Juvencio, que con tanto entusiasmo buscaron los conquistadores, diciéndonos que un Yucayo criado de un Dean de la Florida, contaba que su padre atraído por la fama de aquellas aguas fué, ya viejo, a bañarse y beber sus aguas, volviendo a su casa con fuerzas viriles e hizo todos los oficios de varón, y que se casó otra vez, y tuvo hijos, entre los cuales, se contaba el relator. (3) En el Perú, los Incas tenían en su palacio baños de agua caliente y fría, y en Chile, empleaban los aborígenes las aguas de sus numerosas fuentes termales, (Galíndez).

Los Guaraníes usaban asimismo el baño caliente, pues Montoya, en su Arte trae sus desinencias: Baños de agua caliente: Itacúyabácaba y al sitio destinado a los baños: Ya-hucapé. Azara cuenta que los Charrúas no se lavaban las manos, ni la cara, ni el cuerpo "como no sea a veces

1) VESPUCIO. — *Viajes II.*
2) HERRERA. — *Década I.*
(3) P. MARTIR. — Libro VII, cap. I.

en los grandes calores, cuando se bañan; de manera, agrega, que no se puede encontrar nada más sucio, ni por consecuencia más apestoso". (1) Esta aserción no nos parece fundada, el olor especial del Indio ha sido descrito y explicado por D'Orbigny. Respecto del Charrúa recordemos que se untaban el cuerpo con grasa de animales, lagarto, carpincho, etc., y probablemente de tigre, todas mal olientes, cuyo objeto ya hemos expuesto.

Por otra parte nada más absurdo que suponer que los Charrúas evitaran el agua, cuando desde las primeras crónicas ya se relataban sus condiciones de anfibios, tan sobresalientes que Pedro López de Souza afirmaba que nadaban como golphinos, y que nadaban "tanto como nos andamos" costumbre que compartían los Yaros que cruzaban a nado el río Uruguay.

Respecto de nuestros ríos, gozaba fama de poseer en sus aguas propiedades curativas el Hum (Río Negro), Lozano que recoge la versión de fuente indígena, las atribuye por correr, desde su origen, por tierras muy abundantes en Zarzaparrilla. (2)

La Cirugía indígena — Los Guaraníes además de señalar con títulos los oficios de sus Payés chupadores y fregadores, tenían uno especial para sus Cirujanos a quienes llamaban Moro - pohanongaba.

Es indudable, que los conocimientos de todas las tribus en la curación de heridas y en el tratamiento de luxaciones y fracturas, así como en la extración de cuerpos extraños eran bastante completos. Se explica perfectamente dadas las continuas causas, que su vida accidentada, en lucha continua con las fieras, contra las tribus enemigas, y con las asperezas de los bosques y de las sierras, los ponía en contacto continuo con esa clase de lesiones.

Los españoles que realizaron la conquista, sin más médicos que los propios soldados, acudieron con frecuencia a los servicios de los cirujanos indígenas, quedando bien sa-

(1) *Viajes por la América Meridional.*
(2) Lozano. — *Historia de la Conquista*, I, pág. 30.

tisfechos de sus resultados. Recordemos que Hernan Cortés, en la noche de Otumba fué curado por un súbdito de los Aztecas, con un éxito irreprochable. Nuestros Charrúas, en la batalla de San Gabriel, contra Ortíz de Zárate, después de luchar bravamente contra Domingo Lares, lo rindieron con un brazo cortado, y en mérito a su bizarría, "le perdonaron la vida y lo curaron con esmero". (1)

Como una expresión de sus conocimientos de los Cirujanos indígenas, refiere Sánchez Labrador, que los Guaycurúes o Pitangas, no eran cirujanos, declarando que causaba lástima ver algunos pobres manando sangre por muchas llagas, sin que sus médicos los curaran, pues no se entretenían en las bagatelas de heridas y llagas; porque para su entendimiento era facultad despreciable la Cirugía. (2)

Es curiosa la relación de las operaciones que realizaba un hechicero de la Florida, según la relación de Alvar Nuñez. Elegía éste a un sujeto, y "le daba tres cuchilladas grandes con un pedernal muy agudo, ancho como una mano y de dos cuartas de largo, metía luego la mano por las heridas, sacábale las tripas y cortaba de una de ellas tanto como un palmo, que echaba luego al fuego. Otras veces les daba de cuchilladas en el brazo, eligiendo para lo segundo el sitio de la sangradura, desarticulando el codo que luego volvía a poner en su sitio y aplicando después las manos en las heridas, los daba por sanos". Para dar crédito a su versión, refiere el 4.° Adelantado, que le mostraron algunos de los operados "que lucían las cicatrices de las heridas del mago en los sitios que habían señalado" por lo que él se inclinaba a creer que se trataba de "un malo" y que estando él allí no habían de temer a aquel mal espíritu, pues lo ahuyentaría con la cruz". (3)

Lo curioso de esta narración y que la hace verosímil es su semejanza a la que realizaban los Machis, médicos de los Renguenches, próximos a la Cordillera en el Sur, de la misma raza de los pobladores de Chile.

---

(1) *Centenera, Canto XI y XII.* Lozano, I. pág. 146.
(2) Sánchez Labrador. — *El Paraguay Católico*, I. pág. 43.
(3) Alvar Núñez — *Naufragios*, cap. XXII.

Refiere Luis de la Cruz, que cuando "el dolor del enfermo era anterior", abrían el vacío, sacaban un pedazo de bofe, que daban de comer al enfermo, cosiendo luego con hilada de lana la abertura. (1)

La trepanación entre los Quichúas. — La más atrevida de las operaciones realizadas por los Cirujanos de la América precolombiana, es sin duda la trepanación, como puede observarse en los cráneos indígenas hallados en la costa del Perú, que presentan pérdidas de sustancia que denotan la intervención de los operadores quichúas.

Los grabados que conocemos de algunas publicaciones peruanas y del "American Museum" de New York, permiten separar en dos grupos esas operaciones de acuerdo con su configuración obedeciendo seguramente a causas patológicas distintas.

En un primer grupo se presenta la parte extraída, de forma irregular, generalmente redondeada, y al margen de una pérdida grande de sustancia como en el ejemplar $\frac{99}{3161}$ de Nueva York. En éste se conserva semiadherido un fragmento grande llenando la segunda cavidad. En otros la parte de hueso que debió llenarla ha desaparecido.

La interpretación en este primer caso es lógica: en presencia de una fractura de la bóveda del cráneo, con desplazamiento del fragmento y comprensión; el Cirujano ha buscado la trepanación junto a uno de los bordes a fin de levantar aquél para evitar los fenómenos comprensivos, habiéndolo obtenido, al parecer, en el cráneo que citamos.

Cuadra bien en este caso la explicación que aduce Charles W. Mead en un estudio sobre las momias peruanas: En el Perú dice, donde las piedras de honda y las macanas con cabeza de piedra y cobre eran las más comunes armas ofensivas, debían de haber sido muy comunes las heridas complejas del cráneo con depresión de los huesos planos. Así parece, no dejar lugar a dudas que la trepanación fué empleada como uno de los medios para aliviar tales fracturas y que se obtuvieran algunas curas con este tratamiento.

---

(1) Luis de la Cruz. — *Descripción de los Andes*, col. De Angelis, tomo I.

Es también probable, que en muchos casos, esa operación formara parte de alguna ceremonia religiosa, puesto que algunos de los cráneos trepanados de la colección muestran distinta orientación en la herida y no presentan indicios de la lesión. Herramientas de cobre y bronce y cuchillos de piedras obsidianas deben de haber sido empleados en estas operaciones que desmuestran haber sido realizadas con habilidad. (1)

Dejando de lado el supuesto de que se tratara de una operación religiosa que habría que demostrarlo, la hipótesis de Mead está de acuerdo con uno de los géneros de trepanación, pero no alcanza a todos como vamos a ver.

Hay en efecto, otros ejemplares en que la pérdida de sustancia, es uniforme y característica. Presenta esta la forma de un cuadrilátero perfecto de dos centímetros en cada uno de sus lados. Las líneas de éstos se prolongan un centímetro más alla del ángulo por un surco, acusando la huella de la piedra obsidiana, que fué mordiendo el hueso a manera de sierra, de mayor a menor. Estas trepanaciones a nuestro modo de ver deben haber sido efectuadas a fin de extraer los pedernales de las flechas, enclavados en los huesos del cráneo.

El etnologista americano ha olvidado en su relación de las armas de los peruanos, la flecha; su uso es bien conocido: Lo incluye Garcilaso en el arsenal de sus mayores: Las armas se hacían, dice, en las tierras que tenían abundancia de materiales para ellas; en unas hacían arcos y flechas, en otras lanzas y dardos, en otras hacían hondas y sogas de cargar, en otras paveses y rodetas; no supieron hacer otras armas defensivas. (2)

Los efectos de las puntas de las flechas sobre el aparato óseo, nos son bien conocidos. En el Museo de La Plata se encuentran en la sección de Etnología un gran número de ejemplares de inscrustaciones de puntas de piedras, en el

(1) *American Museum of Natural Fistorp. — Peruvlam Momles*, Nueva York 1907.

(2) GARCILASO. — *Comentarios Reales*, libro V, cap. II.

cráneo, en la mandíbula, en los huesos largos, en la pelvis, quedando enclavadas frecuentemente, como incrustadas en el tejido óseo. No hallamos en ese Museo ningún ejemplar de trepanación, pero bastan esos casos para dar una idea del efecto de los pedernales sobre el esqueleto.

Bien es cierto que para las razas guaraníes y guaycurúes, los efectos de un asta enclavada no eran lo mismo que para los quichúas. En éstos la gravedad era extremada por el uso corriente de las flechas envenenadas. La seguridad de la muerte del herido hacía, seguramente, que habilísimos en el arte de extraer los arpones, no trepidasen en conseguir su objeto sacándolo con un pedazo de hueso, en la imposibilidad de arrancarlo, por el impedimento que ofrecían las astas de los harpones. Era en ellos punto fundamental en la cura de las heridas de flechas, la extracción completa de las partículas de ésta. Así lo refiere Garcilaso, cuando nos da cuenta de cómo los españoles aprendieron esa cura, hiriendo a un indio con sus propios dardos para observar cómo se trataba el mismo. "Buscó, dice, dos clases de hierbas, bebiendo una y aplicando la otra en las heridas, habiéndolas primero abierto con un cuchillo, y sacado las púas de la flecha, que las hacen sutiles y puestas de manera que cuando arrancan la flecha de la herida se quedan las púas dentro, y es menester sacarlas para que aproveche la contrayerba; así lo hizo el indio y sanó". Los españoles, algunos murieron porque no pudieron sacar las púas de las flechas. (1)

Su sistema, pues, de curar las heridas de flecha, hace pensar que lo aplicarían igualmente al cráneo, venciendo al temor, la seguridad de la muerte del herido. Por otra parte, la uniformidad de las superficies extraídas todas del tamaño necesario para poder sacar una punta de la flecha, confirma plenamente esa hipótesis. No es posible suponer como quiere Mead que en este caso se tratara también de fracturas por golpes de macana. En éstas bastaba el orificio la-

(1) Garcilaso. — *Comentarios Reales*, libro II, cap. XXXVII.

teral al borde de la tabla ósea, desprendida como se ve en la figura, y su forma redondeada acusa sólo la pérdida necesaria para introducir el dedo a fin de levantarla para colocarla en su lugar.

No hemos encontrado, como decíamos, en el Museo de la Plata, ni conocemos que entre nuestras tribus se haya empleado la trepanación como procedimiento curativo, acaso se halla la explicación en la poca gravedad de las inclusiones óseas de las puntas de flecha sin venenos, usada por nuestras razas.

La extracción de cuerpos extraños. — Hemos visto la habilidad con que procedían para extraer las púas de las flechas los quichúas; la presencia de heridas de esa arma y por otra parte, la cantidad de parásitos que en la zona tropical se introducían bajo la piel del indio, a los que se agregaban las espinas de que son tan ricos los montes criollos, había desarrollado en ellos una pericia especial, que se ponía a prueba en la extracción de las niguas, por ejemplo, operación en la que era necesario no romper la minúscula bolsa a riesgo del fracaso de la cura. Dobrizhoffer nos refiere el arte con que se desempeñaban sus abipones. Los niños, escribe, son más capaces de descubrir al enemigo en su atrincheramiento, pues la buena vista que poseen los capacita para advertir la pequeña mancha roja que señala siempre el sitio. por donde el gusano ha entrado en la carne. La circunferencia de esa mancha, la pinchan con una aguja, abriendo generalmente la piel y la carne, y al fin haciendo saltar afuera toda la vejiga, con el pequeño gusano encerrado dentro de sus liendres. Luego la ponen al fuego reventando con un estallido como de pólvora. Pero si la vejiga se rompe en la operación, ocasionará nuevos sufrimientos, pues las liendres desparramadas criarán en el mismo sitio, nuevos gusanos. (1)

Sacado el *tung* o *pique*, empleaban los indios del Brasil, según él mismo, el aceite de las bellotas verdes del Acaju,

(1) Dobrizhoffer. — Cap. XXXII, tomo I.

otros ponían ceniza o tabaco, pues habían comprobado que sino, la herida hecha por el aguijón o infectada por el veneno del insecto, se ulceraba, criaba humor y por la inflamación o por el movimiento violento de los pies terminaba gangrenándose o con el fuego de San Antonio. (1)

Análoga pericia nos cuenta que empleaban para la extracción de los gusanos del Mbarigüí, refiriendo su asombro por la cura que hicieron con un perro suyo, oyendo de los indios, que era debido a que frecuentemente les pasaba el caso a ellos mismos. (2)

Puede decirse que esto constituía la especialización de los cirujanos indígenas de todo el continente.

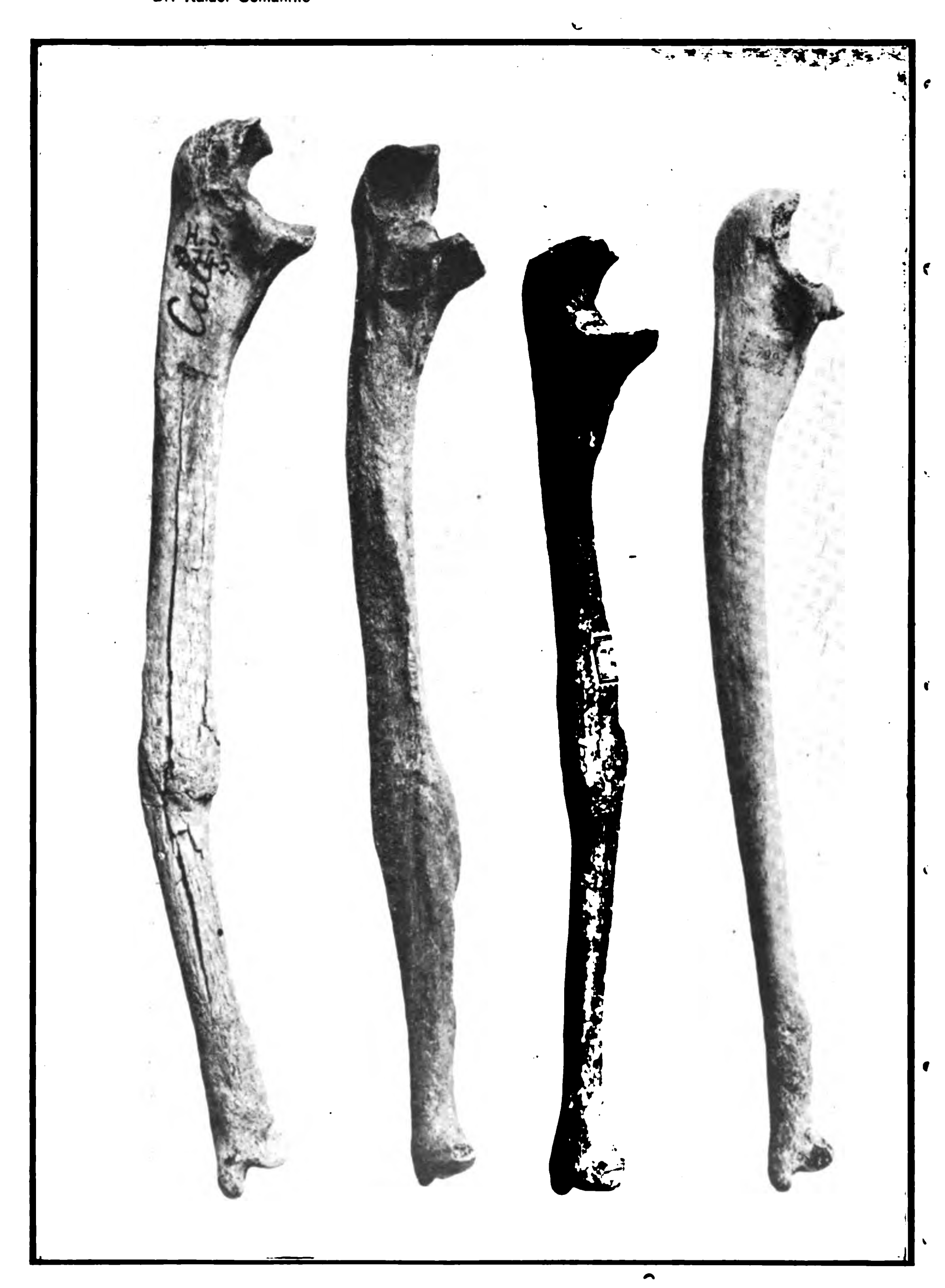
Fracturas y Luxaciones. — Los Chilenos daban a sus Machís el nombre de Gutaves, como quien dice los que alineaban los huesos quebrados, empleando para ello la inmovilización que conseguían, rodeando el miembro de una parte de hierbas sujeta con las hojas grandes y pajas de algún tejido. (Ferrer).

Análogos procedimientos se empleaban en todo el continente. Entre los Guaraníes, refiere Dobrizhoffer que no podía menos de admirar la destreza y los éxitos de un indio que hacía 8 años que actuaba de médico asistente en San Joaquín, llamado Ignacio Yaricá. "El componía un miembro roto, y lo curaba enteramente por medio de un vendaje con cañas y cuatro hierbecillas". Cuáles fueron éstos lo dice en seguida: "Las selvas de América, producen una clase de hiedra verde oscura que se enrosca alrededor de las ramas de los árboles, llamada por los españoles suelda consuelda. Esta planta cortada en pedacitos, hervida en agua y contenida con una venda en el miembro roto, pronto y felizmente lo consolida". (3)

Esta suelda-consuelda o Consuelda Mayor Indica, era el Caapitá Guazú, de los Guaraníes, los que la empleaban también, y con análogos fines entre otras el Ybyrá Caá Mirí o palitos de la yerba, el Gumí elemí; el Araiján, el Guabiyú

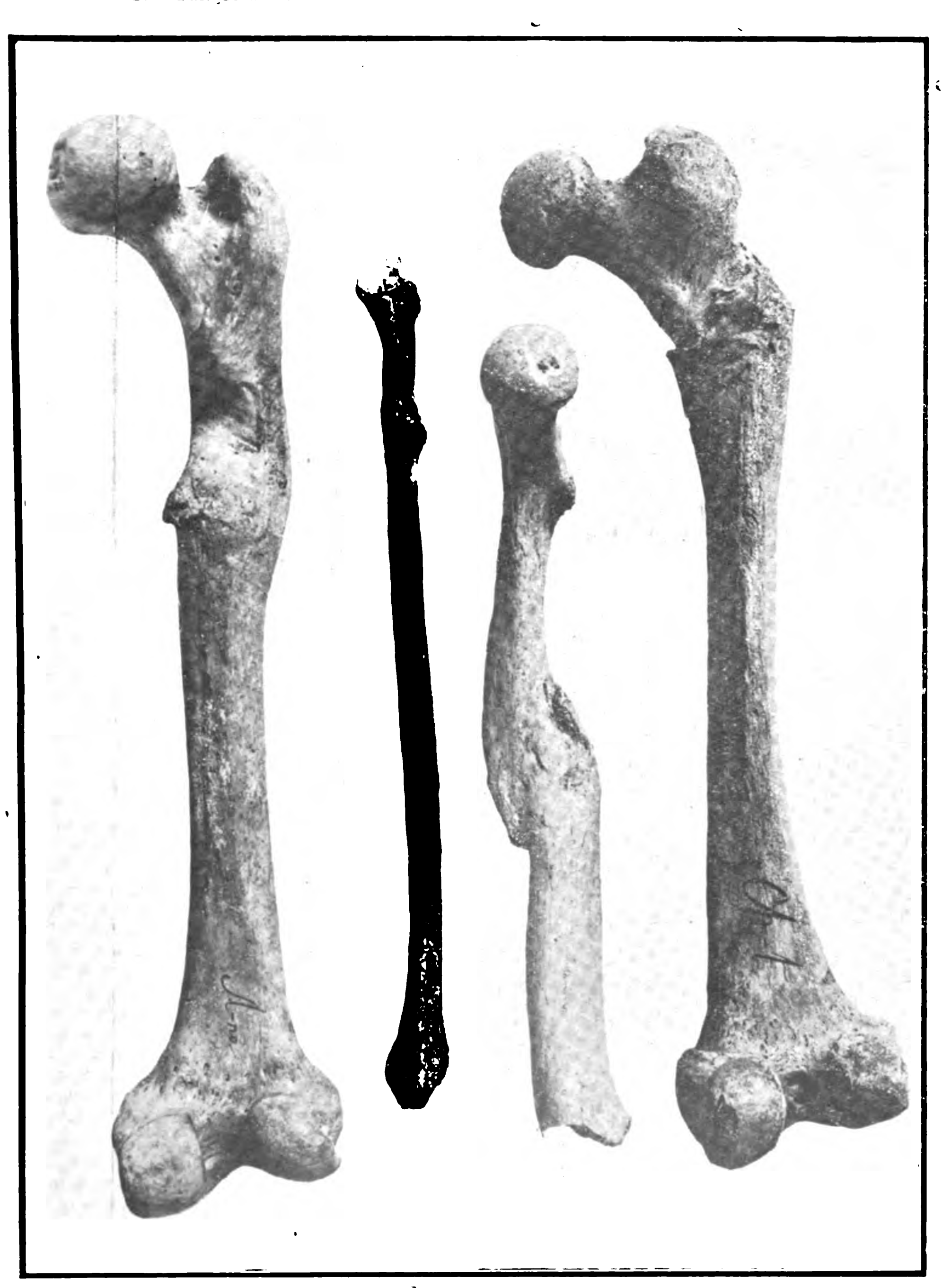
---

(1) Dobrizhoffer. — Cap. XXXII, tomo I.
(2) Dobrizhoffer. — Cap. XXXI.
(3) Dobrizhoffer. — Cap. XXXV.



Fractaras consolidadas de huesos indígenas (*Museo de La Plata*)

Dr. Rafael Schiaffino



Fracturas consolidadas de huesos indígenas (*Museo de La Plata*)

Mirí, el Ybopé Morotí o Algarrobo, el Mboicaá, el Molle negro, el Lentisco, el Cury o Pino americano, el Iugügreí o Sándalo, el Caaysy, el Caabó yuguí o Chilca y el Arrayán Negro menor. (1)

Los resultados de estas operaciones podemos verlos en las fracturas de huesos perfectamente consolidados que se encuentran en el Museo de La Plata, y de los que damos algunos en el grabado. Se ve en ellos la perfecta coaptación de los fragmentos y el callo bien proporcionado acusando sólo en algunos una pequeña disminución en la logitud del miembro.

El Herborismo. — Finalmente estaba en manos de los médicos indígenas el empleo de las hierbas en las que como hemos visto eran muy sagaces, habiendo enriquecido la terapéutica con sustancias, hoy de uso universal. Hemos de volver sobre este tema en la literatura misionera. Haremos notar aquí, que su uso estaba tan extendido entre los Charrúas como entre los Guaraníes, habiendo dado éstos su nombre a la hierba de la Vívora del Charrúa (Macagua Caá), a la hierba del Charrúa (Mboy Caá), como las nombra Aspesger. El mismo Montenegro nos refiere que "un médico de los Güenoas le dijo que empleaban entre ellos el Mbuy Mirí (Virga Aurea), para las cámaras de sangre, que juzgan ser de gusano o lombrices, (2) la que entre los indios misioneros se empleaba en el mismo fin".

Esta referencia nos hace suponer un conocimiento de las hierbas no menor en ellos, que entre los Guaraníes, los que por la amistad con los Misioneros, pudieron legarles sus conocimientos, en tanto que sólo algunas referencias, de los Charrúas aparecen, al pasar, en las narraciones de los Misioenros.

Prácticas en el embarazo y el parto. — En casi todas las tribus había sus ritos respecto del embarazo. Lozano nos dice respecto de los guaraníes: "Las preñadas observaban leyes tan estrechas sobre los manjares que no habían de probar como nocivos, que debía su abstinencia ser forzosamente

(1) MONTENEGRO. — Ob. cit.
(2) MONTENEGRO. — Virgo Aurea.

muy austera: para que no naciese el hijo con las narices disformes, no habían de comer la carne de la gran bestia (el anta) que eran sus delicias; aves pequeñas ni por la imaginación, porque decían, que saldría el niño de pequeña estatura. Finalmente, debían abstenerse de cualquier manjar que de cien leguas barruntasen podía hacer daño o malograr el fruto de sus entrañas". (1).

No debían tampoco matar fiera ninguna, ni entretenerse en la fabricación de armas para sus maridos.

Las indias daban a luz generalmente solas, aunque encontramos en algunas tribus mujeres que se dedicaban a esos menesteres. Montoya en su Arte y Vocabulario nos trae la desinencia *Mo - Membira hara* como la equivalente a partera.

Respecto de las actitudes para dar a luz, es conocida la de las Nahonas, que se colocaban boca abajo, sobre el suelo, con ambas rodillas plegadas bajo el vientre, produciéndose el parto posteriormente, conocida como posición nahona.

Respecto de las guaraníes, Bertoni, describe así su posición: "Elige de antemano un lugar adecuado y queda agarrada a un gajo o a una vara colocada expresamente, estando ella sentada y con el pecho y la cabeza bien levantados, y en esta posición, sale muy fácilmente de cuidado. Enseguida va a lavar al chico en el arroyo más próximo o fuente de agua y de allí viene tranquilamente a la casa grande, a presentarlo a sus parientes". (2).

Bauzá, refiriéndose a la mujer Charrúa dice: El parto no era para ella un incidente excepcional, y el cuidado y la alimentación del nacido no perturbaba las ocupaciones de la madre. En el acto de alumbrar, echábase la recién parida con su cría al agua, y después de esta operación, la frotaba y calentaba contra el seno mientras otras mujeres la friccionaban a ella. (3).

No conocemos la fuente de este dato, que no nos cuesta, por otra parte, admitir, dada su similitud con el que refiere

(1) Lozano.—Tom. I, pág. 398.
(2) Higiene y medicina guaranies. Conferencias. — 1927.
(3) Tom. I, pág. 145.

Azara de las Payaguás, a quien en tantos puntos se aproximaban los charrúas. "Apenas, dice, la mujer ha dado a luz, sus amigas se colocan en dos filas desde la casa al río, que está siempre muy cerca. Extienden sus ropas a los dos lados, como para interceptar el paso del viento y la que ha dado a luz, pasa por el medio y se arroja al agua para bañarse. (1).

Respecto de la posición de las charrúas para dar a luz, nos refería el doctor Rivet, que ha recogido minuciosamente todos los datos de los charrúas que en el año 32 fueron exhibidos en París, que al parir Guyunusa, según la relación, lo hizo en las rodillas del marido. No deja de ser interesante esa costumbre que encierra un profundo simbolismo.

El Aborto. — Una costumbre bastante generalizada en algunas tribus era la del aborto provocado. Sanchez Labrador nos la refiere de los Guaycurúes, reconociendo que era común a otras tribus, y que la practicaban casadas y solteras. Azara relata idéntica práctica entre los Mbayás y Guanás. Entre éstas, las madres mataban sistemáticamente a la mayor parte de las hijas que daban a luz a fin de conservar la situación de privilegio en que se encontraban las mujeres entre ellos, siendo de ese modo muy codiciades. Las mujeres Mbayás, no esperaban a que el parto se produjera, haciéndolo precozmente a fin de no deformarse, conservando solamente un hijo cuando presumían que podría ser el último. El aborto lo provocaban con medios violentos si bien hemos de creer que se servían de hierbas con ese objeto, dada la variedad que encontramos en la flora medicinal guaraní, que nos refiere Montenegro, de los que tenían esa virtud.

Era común, en casi todas las tribus, el dar la muerte a los hijos deformes y sólo así, se explica el que los españoles se sorprendieran, de no encontrar entre los indígenas, ninguno deforme, ni contrahecho. Análogo temperamento empleaban con los niños gemelos.

(1) AZARA.—Viajes.—Tomo I.

Esas costumbres explican la débil natalidad entre los aborígenes, que entre los guaraníes de las Misiones, que llegaron a ser los más numerosos de estas regiones, alcanzara solamente, un porcentaje de 3 a 4 hijos por matrimonio.

CAPÍTULO XV

Anatomía y Nosología guaraníes

SUMARIO: El Tesoro y Diccionario de Montoya. — Su valor como reflejo de la cultura guaraní. — La Anatomía. — Nomenclatura de las regiones. — Osteología y Artrología. — Miología. — Esplanología. — La Patología externa. — Piel. — Aparato digestivo. — Aparato respiratorio y circulatorio. — Sistema nernioso. — Aparato génito-urinario. — Obstetricia. — Fiebres. — Enfermedades contagiosas. — Organos de los sentidos. — Parásitos.

Una idea bastante aproximada a los verdaderos conocimientos de la Medicina guaraní, podemos obtenerla del Tesoro y Diccionario de Ruiz de Montoya. Aunque impresa su obra en España en 1639, ella fué escrita en el primer año de su estada en la provincia del Paraguay en 1611. Sirvióse para ello de la obra del franciscano Fray Luis de Bolaños y posiblemente de los Diccionarios Tupí, de los Jesuítas brasileros como el del P. Anchieta, ya que entre los primeros misioneros llegados en 1587, los que vinieron del Brasil eran peritos en la lengua tupí, aprendida en aquella región.

No podemos pretender que sea el Tesoro de una pureza absoluta, ni que refleje en su primitivo estado los conocimientos de la raza, la que, con 20 años de contacto con los misioneros, había introducido en el idioma una multitud de neologismos; por otra parte los Jesuítas se empeñaban más en traducir sus impresiones en la lengua india, que la de perpetuar las de sus conversos vertiéndolas al castellano. Respecto de las cuestiones medicinales, no es del todo fiel el Diccionario, en primer lugar porque aún cuando Ruiz de Montoya era un excelente enfermero y hacía las veces

de Médico en las Misiones, no tenía una preparación adecuada, ni su curiosidad se extremó por conocer el arte médico de los indios; además el fin primordial del Vocabulario y del Tesoro de la lengua Guaraní, era el de la conquista espiritual y se ve que todos sus cuidados los ha puesto en lo referente a las cosas dogmáticas y rituales, en especial respecto de la preparación de los confesores, precisando escrupulosamente todos los casos de vicios, faltas y pecados.

Un último problema es el saber si ha tomado los términos guaraníes en su pureza, o si ha tratado de buscar eufemismos para expresar en la lengua guaraní, nociones que no tenían palabras propias en aquel idioma.

El buen sentido nos lleva, en algunos casos, a admitir que sea así: por ejemplo, respecto de la Viruela y del Sarampión. Es sabido que estas enfermedades eran desconocidas antes de la conquista. Ambas aparecen traducidas al Guaraní. La primera en efecto, apareció en América en 1518, como hemos visto, el término que se le aplica es, pues un neologismo. Montoya traduce Viruela: Mbiruá Piruá, Curú, Si buscamos la significación de estas palabras, veremos que Mbiruá y Piruá son la aceptación genérica de "ampollas de la carne" palabras compuestas de *Pí*, piel y *ruá*, ampolla, rozadura, quiere decir pues, ampollas de la piel. Respecto de Curú significa, sarna· roñas y se aplica igualmente a la misma lepra: *Curú - bai.*

En cuanto al Sarampión lo designa igualmente por *Mbiruá* y *Piruá*, significando ampollas, a las que se le agregan el adjetivo *Mbeyú* que significa apeñuscado, de donde resulta Mbiruá, Mbeyú, ampollas apelluscadas. Salvados así algunos neologismos, creemos que en general puede dar una idea de la mentalidad anatómica y patológica de los Guaraníes el "Tesoro" de Montoya. Si la misma escasez de preparación del ilustre jesuíta puede ser en algún modo un inconveniente, es por otra parte un testimonio de fidelidad en la traducción de los conocimientos que encontraba en el medio ambiente. Empezaremos la relación anatómica de acuerdo con la contextura del idioma que nos obliga ir de afuera adentro. Los guaraníes con su riqueza de lengua y



con los accidentes que a diario estaban expuestos, con su piel descubierta, habían dado cuidadosamente nombre a todas las regiones y hasta los más mínimos detalles que al cuerpo humano siempre desnudo, tenían constantemente ante sus ojos. Conocido el nombre de la región, sobre él, formaban los vocablos que designaban los huesos que pertenecían a esa región, o los músculos, etc.

Regiones

Cuerpo humano	Teté
Cabeza	Ãcâ
Cuero cabelludo	Apira
Casco cabeza	Acacangüé
Mollera	Apiazuzú
Pelo	Aba
Mandibula	Tayîcá
Boca	Yurú
Labios	Tembé
Dientes	Tai
Muelas	Taingüeá
Raiz muela	Tairapó
Paladar	Apecú
Mejillas	Ratypy
Lengua	Cú
Frenillo de la lengua	Cû - zâ
Nariz	Tî
Cara	Tobá
Frente	Cybá
Sienes	A ti
Cejas	Tybytá
Ojos	Tezá
Párpados	Topé pi
Pestañas	Ropea
Lagrimales	Tezá - mbopy
Pupilas	Tezá - rati
Orejas	Nambi
Oido	Apyzacuá
Olfato	Mbo - retú

Carrillos	Tobapi
Papada	Yyrybi
Pescuezo	Ayura
Nuez	Ayura quytá
Garganta	Ahyó
Cerviz	Atúa
Pecho	Pytiá
Espalda	Atucupé
Costado	Yqué
Esternón	Pezuâ
Hombro	Atiy
Sobaco	Ybá güy
Brazo	Yybá
Codo	Yybangá
Muñeca	Pyapy
Mano	Po
Dedos de mano	Quá
Pulgar	Quá - guazú
Uñas de las manos	Puapê
Anular	Quá - irú - rendá
Meñique	Quá - mini
Entrededos	Quá - paú
Rabadilla	Tumbyquy
Tetillas	Quytá
Yema de dedos	Quá apyra
Uñas	Puapé
Nalga	Tumby
Ingles	Hacó - Tacó
Entrepiernas	Hapy - paú
Muslo	Uba
Cadera	Tumby
Rodilla	Tenypyá
Rotula	Penará
Empeine del pie	Pycybá
Garganta del pie	Cupy - yuá - miri
Pie	Py
Planta del pie	Pypyté
Talón	Pytá
Dedos del pie	Pyzá
Talle	Cuá

Ombligo	Puruá
Empeine	També
Uñas del pie	Pyzá pê

Secreciones

Lágrimas	Tezá - y
Saliva	Tendy
Orina	Ty
Sémen	Tay
Leche	Camby
Materias fecales	Tepotí
Bilis	Piá - upiá
Sudor	Tyái
Cerilla oido	Apizacuá quyà
Mocos	Ambyú

Osteología

La nomenclatura de la Osteología no era muy complicada, consistía en agregar el vocable cangüé que significa hueso, al nombre de la región a que pertenecía el que se quería denominar así.

Cráneo, era Acâ - cangüé.

Mandíbula, Tayicá - cangüé o hueso de la mandíbula.

Columna vertebral, Atucupé cangüé o hueso de la espalda.

Omóplato, Atiy cangüé o hueso del hombro.

Húmero, Ybá - cangüé o hueso del brazo.

Fémur, Ubacangüé.

Huesos mejillas, Tobapecangüé.

Tibia, Tety - cangüé; Rótula, Penará - cangüé; Falanges del pié, Pycangüé; Hueso del cuello, Ayura - cangüé; etc., et.

Artrología

La aceptación genérica de articulación era Yepocajhaba, que significa: Yé, recíproco; pocá=torcer, y jhaba=para; es decir: para torcerse.

Cangüé - yepocajhaba, es articulación ósea.

Así las junturas del cráneo eran: Acân - yepocajhaba.

Coyuntura de los dedos del pie, Picang - yepocajhaba.

Coyuntura de los dedos de la mano, Pocangüé-yepocajhaba.

Fuera de esta denominación estaba las de la cadera, codo, rodilla, que ya llevaba como en castellano, el nombre de la región, agregándose para precisar la palabra yepocajhaba o sea articulación.

Miología

Las masas musculares llevaban un nombre compuesto, del de la región y de *pytiá*, pecho, o *ñea*, corazón. Así el pulpejo del brazo o el lagarto como le llama Montoya en castellano antiguo, lo denominaba *Yyba nea*, o sea corazón del brazo, o bien *Yybá - pytiá*, pecho del brazo; del mismo modo las pantorrillas: *Retymá pytiá*, o pecho de las piernas. A los músculos del cuello los llamaban *Yyrybí rapopí*, o sea cuerdas de la garganta. Fuera de estas denominaciones en conjunto, no encontramos una nomenclatura individualizada para los músculos. A la carne muscular la llaman Zoó, si era carne humana *abaroó*, y es curioso que tratándose de antropófagos, que disecaban los cadáveres de los enemigos y los repartían entre la tribu para comerlos, no como manjar, sino como superstición, ya que a algunos sólo les daban un poco de caldo de enemigo, es curioso decimos que no tuvieran nombres para todas las masas musculares. Acaso la razón no sea otra que esa, que no consideraban la carne humana como un alimento ordinario, sino más bien un rito religioso, una especie de comunión agradable a sus dioses, y que los hacía más hombres, pues daban hasta a los niños una partícula de carne de enemigo.

Sin embargo se suele señalar los músculos de ciertas regiones con nombres especiales, agregando la palabra roó al de las regiones. Ejemplo: Pytiá - roó = Pectorales; Tumby - roó = Nalgas; Yybá - roó al Biceps.

Tejidos

Al tejido celular o grasa lo denominaban ***Quirá***, a los nervios y tendones ***Jhayygüé*** y a las venas ***Tayú***.

Esplanología

Corazón — Tiene dos denominaciones, una que lo confunde con el estómago e hígado y que podríamos decir que denotaba la región epigástica que es ***Pyá*** o ***Pyá-a*** y otra más precisa que es ***Nea*** o ***Neáng***. La primera expresa la parte material u orgánica del malestar, pesadez o dolor en una región, la segunda muestra acepción simbólica, como órgano de las pasiones y sentimientos. ***Neang*** se compone de ***ne***, recíproca, y ***ang***, alma, «dice cosa que se hace alma y es alma». Sin embargo, ***Neambá***, «corazón apretado», lo empleaban por congoja, angustia y desmayo.

Pulmones — ***Nea-bebuí*** o sea corazón liviano, donde vemos que confundidas en un principio las vísceras de la cavidad torácica en ***nea***, se introdujo luego la clasificación por la menor densidad de los pulmones.

Hígado (que comprendia también estómago, pulmón y corazón, y en general las vísceras)	Pyá
Cerebro	Apytuú
Estómago	Pyá
Bazo	Pereby
Riñones	Tipiquiri-i
Intestino delgado	Tyecué poi
Vejiga	Tyryrú
Laringe	Ajhyó
Garganta	Ajhyó
Campanilla	Ajhyó pia
Mamas	Cama-Camayai
Pezones	Camambú
Vulva	Tamatia

Vagina	Tambá - cuára
Clítoris	Tapypi
Capullón clitoris.	Cuñarambá
Penis	Tembó
Prepucio	Tembó acâ piré
Testiculos	Tayi
Balano	Apia
Pericardio	Pia aó
Peritoneo	Pia quyrá
Meninges	Acang pyquyrá

La Patología Externa

Es la más rica de la nosología indígena. Los accidentes de su género de vida, la caza, la pesca, las picaduras venenosas, las heridas de las piedras y las ramas en su piel desnuda, las heridas de las fieras, las de la guerra, exigían un cuidado continuo. Hemos visto la habilidad de los cirujanos indios, ella se demuestra una vez más, en los matices con que indicaban la clase y el estado de las heridas.

Señalaban de un modo distinto las heridas de cuchillo, de lanza y flecha, de golpes, de estocada. Tienen variedad para indicar el estado de las llagas, nuevas y viejas; supurantes y secas, podridas y sangrientas, el restañar la sangre y la sangre corrompida, la podredumbre o gangrena. Asimismo indican la herida que va curando o mejorando, como si dijéramos de buen aspecto y aún en las cicatrices las clasifican según sea de llaga o de herida.

Los abscesos comunes los llamaban ***Prurú***, y distinguían las adenitis comunes ***Chepia*** y las inguinales o incordios ***Tacó rurú***, ***Teñúa***, indicando su origen venéreo. La apertura o boca del absceso ***Tobapyú***, se compone de ***Tobacara*** o ***pyú blando*** o sea la parte blanda del apostema y la salida del tumor la llaman ***Mbéu***.

Respecto de las lesiones óseas indican las torceduras, las luxaciones. y las fracturas, y los defectos óseos como la joroba, los estevados, los pies bot, los cojos según sean del pie o de la parte superior del miembro. Las hernias o quebra-

duras tienen denominaciones propias, y los defectos del labio y éste según sea inferior o superior.

Herida golpe	Acandú, apiché
Herida estocada	Yecutú
Llaga.	Aí
Llaga nueva	Aí pyajhú
Llaga vieja	Aí tuyá
Llaga supurante	Aí ysy
Llaga podrida	Yau
Llaga sanando	Ai hobazai
Cicatriz	Peré
Sangre corrompida	Tugüy pochy
Restañar sangre	Amombytá tugüy
Cicatriz llaga	Peré - peré
Humor (pus)	Mbéu
Herida de lanza	Nunibó
Herida de cuchillo	Quycebó
Herida de flecha	Amboi
Lamparones abiertos	Ayú - Hayy
Absceso	Yatii
Quemadura de fuego	Tatabó
Apostema	Rurú - zuzuá
Boca de absceso	Tobapyú
Adenitis inguinal	Tacó rurú
Adenitis	Chepiá
Luxación.	Cangüé oñemo Ncarembába
Quebraduras huesos del pie . . .	Cangüé - pê
Rotura	Zoró
Pie torcido	Piapá
Recalcar pie	Py caráu
Pie lastimado	Py bai
Un dedo sobre otro	Pyzáyoá
Edema	Rurú
Cojo	Pari
Joroba	Atucupé - candú
Cojear con un talón	Pyta - a
Hernia	Tacozoró
Pie defectuoso de nacimiento . . .	Pycheque
Labio hendido de abajo	Tembé - bó

Enfermedades de la piel

Un complemento de las lesiones externas, es el de las afecciones de la piel, los arañones, las picaduras, las quemaduras de sol, las desolladuras, los estados objetivos: piel descolorida o anémica, piel colorada; los estados subjetivss: el escozor, la comezón, el dolor entre cuero y carne, los señalaban con nombres especiales. Las inflamaciones: ronchas. sabañones, vejigas en las manos o pies, las costras, los uñeros, las verrugas, los espinillos de la cara, hasta las pecas, todo tiene su precisa denominación.

Piel	Pi - piré
Quemadura de sol.	Pibû
Desolladura.	Piró
Quemadura de fuego	Caí
Piel descolorida	Chepiqué
Dolor entre cuero y carne	Pihû - racy
Ronchas	Pi mundá, Curuchai, Apitaá
Comezón.	Temoi
Picaduras de insectos	Ye yopi
Grieta del pie	Pybobog
Araños	Carâi
Sabañones	Py seboi
Lunar.	Maû
Empeine	Pyapé
Impétigo.	Apirypé
Piel colorada	Piré pytán
Zarpullido	Mbitai
Pecas en la cara	Pyrû apia
Espinillos en la cara.	Yarií jhú
Caspa.	Apicui
Costras	Apecué
Alopecia.	Acâpêró
Edema	Rurú
Vejigas en las manos	Po piruá
Vejigas en los pies	Pypiruá
Uñero de manos	Poapê-güyracy

Uñero del pie	Pyapê güyracy
Rasguño	Jhai
Escozor	Coô - Temói
Verruga	Quytâ

Aparato Digestivo

La Patología intestinal, a la cual rendían, por su género de alimentación desordenado, por la temperatura de la zona tropical y por la abundancia de parásitos, tan grande tributo las razas indígenas, está ampliamente representado en su Nosología siguiendo siempre su aspecto sintomático, desde la boca amarga y el mal aliento, al ardor y dolor de estómago; desde las naúseas y vómitos, al vientre hinchado, la revolución de estómago, la indigestión y el cólico; señalan las heces sanguinolentas, tan comunes en ese clima, los flujos de sangre y las almorranas.

Las afecciones del hígado sólo están representadas por las Ictericias. Señalamos en la nomenclatura las lombrices, tan generales entre los indios.

Tufo en la boca	Taibú
Náuseas.	Tendi tendi o pyá yeré
Revolución estómago	Pia pichibi - py
Vómitos.	Mboyeby
Vientre hinchado.	Tyé bú - Tyé rurú
Indigestión.	Apebú - Topebú, Pebú
Borborismo	Cheryé opururú
Cólico	Pyá cutú
Melenas.	Tepotí jhugüy - Tepotí pytá
Lombrices	Ceboi
Flujo de sangre	Tyé ugüy
Almorranas	Tebigûa - yeré
Boca amarga	Yururó
Ardor de estómago	Pyá Acubó
Calor de estómago	Pyá racú
Dolor de estómago	Pyá raci
Ictericia	Anembo obayú
Erutar	Eú
Erutar fétido	Urê
Hipo.	Yoyói
Gota.	Pyrurú

Aparato Respiratorio

Están representadas las afecciones de las vías superiores. La Coriza, la Laringitis, Faringitis, (Carrasperas y ronqueras) la tos, ya sea seca, ya fatigosa, la fatiga, las flemas y el dolor del pecho.

De las afecciones bronquiales señalan el asma: Las afecciones pulmonares y pleurales van comprendidas en el dolor de costado, que era generalmente la Broncopneumonia.

La Tisis tiene la misma significación en Guaraní que el vocablo ético tan común en el español antiguo: *Aba pirú tei* que quiere decir hombre que se seca.

Estornudo	Atta
Tos	Jhuú
Tos frecuente	Jhuú porará
Fatiga	Caneó
Dolor de costado	Yquérazy
Dolor de pecho	Pytiarazy
Tisis	Aba pirú tei - Ynangai boteí
Resfrio	Chacaracy, Che roia
Garraspera	Ajhyópy remói
Flemas	Tendi guazú - Tendi pytiá yy
Ronquera	Ajhyó pyáu
Tos seca	Jhuú - câ
Asma	Jhuú ai, Jhuú cororó

Aparato Circulatorio

No es grande la sintomatología: Los trastornos subjetivos se expresan en el dolor al corazón, las palpitaciones, la opresión, la congoja y el desmayo.

Tienen representación la Bradicardia, y la Tachicardia, la hidropesía y el edema de los pies, que señalamos aquí aunque pueda obedecer a variadas alteraciones orgánicas.

Dolor de corazón	Pyá racy
Congoja	Pyá anguecoy

Taquicardia	Pyaberá
Palpitación	Pya tytyi
Edema pie	Pyrurú
Opresión	Pyapy
Desmayarse	Chereda
Corazón tranquilo	Pyá guapy
Pulso	Tytyi
Hidropesia	Tyeguazú, Pungá, Ibique
Mal de corazón (desmayo)	Marió

Sistema Nervioso

Agrupamos en el sistema nervioso un conjunto de términos de su nosología bastante diversos, por no hacer enfadosa la clasificación de tan vagos conceptos. La cefalalgía, la jaqueca, los vahidos de cabeza, las palpitaciones en la cabeza, manifestaciones sintomáticas bien complejas; los calambres; la modorra, que acusa un estado de torpidez intelectual infecciosa, tóxica, y que a menudo debemos suponerlo, era debido a la anemia producida por los parásitos intestinales.

La Perlesía y la Parálisis, probablemente todas de origen sifilítico. La tartamudez y la sordomudez de nacimiento, lesiones de degeneración, de heredo-sífilis con frecuencia. La impotencia (signo de tabes) y las poluciones nocturnas.

Jaqueca	Acânrazy
Vértigos	Acangaú
Vahido de cabeza	Acang - pinday
Calambres	Yehú
Calambres de pie	Chepychú
Dolor de cabeza	Acanrazy
Latidos de cabeza	Acang - mymy tytyi
Modorra	Topé pizusa
Perlesia	Zuzú aba
Paralitico	I-yapaba
Boquiabierto	Yurugái
Tullido	Apa cangy
Sordo - mudo	Y ñeengú
Loco	Tarobi, Tarobá - bae

Tartamudez	Añee pyta - pyta
Impotencia	Nehe cy haba Yoairo ey
Polución nocturna	Otyquy rei - Chequé pape

Aparato Génito - Urinario

La incontinencia y retención de orina, la dificultad en la micción, la hematuria, la orina encendida, he ahí toda la sintomatología urinaria.

Es curioso que no esté señalada, al menos hemos podido encontrar los términos referentes, la Blenorragia, que era muy frecuente, así como a su complicación obligada la Orquitis; tanto más cuanto que en la sintomatología urinaria, encontramos la micción difícil y la retención, señales por lo común de estrecheces blenorrágicas. En cambio figura en su nosología la anorquidia y la castración. No tenían nombre genérico para el chancro que denominaban aí, llaga.

Orinar sangre	Aquarú tugüy
Deseo de orinar	Tyajhyi
Orina encendida	Ty pytá
Incontinencia	Typó
Micción difícil	Hacy pe - Acuarú
Retención	Quarú - Ndaicatui
Anorquidia	Nda Hupiai
Castración	Hapia ymbae

Obstetricia

Como un mentís a las afirmaciones de los cronistas, de los que la mayor parte han escrito, después de Montoya (1639) encontramos la acepción: Partera, que nos da la certeza de la dedicación de mujeres a los cuidados obstétricos, que por lo común rechazan aquéllos.

El embarazo reciente y adelantado, el parto de pies y de cabeza, con dolor y sin dolor, la par y las aguas tienen su puesto en la nosología, como el aborto.

Menstruación	Ny ney yacy guajhê
Embarazo reciente.	Y purúá ramó
Partera	Mo - Membyra hara
Parto cabeza	Oacabo
Pares	Yaupá
Embarazo	Mburuá, purúá
Parto	Membyrá-Omboá - Memby
Aborto	Membycuá
Parto de pie	Opybo aa-Ocupi boyau (1)
Parido	Ymemby rábae
Parto con dolor	Ymembyrá racy
Parto sin dolor.	Nda hacyi Ymembyrá
Agua de las paridas	Ayl
Par	Memby rupa

Fiebres

La denominación de la fiebre común es acañandú, la clasificación no es muy complicada, fiebre continua debemos suponer que correspondía sobre todo a las fiebres pútridas y malignas, tan comunes en las descripciones posteriores de esas regiones, Fiebre tifoidea comunmente; las calenturas con frío, correspondiendo a las Fiebres Palúdicas, dentro de las que emplea el término Quartana, el P. Montoya.

El escalofrío tiene también su propia denominación.

Calentura	Acanundú
Calentura continua	Acanundú tapia - Tapia ri
Calentura con frio	Acanundú roy
Escalofrio	Piú - Mbirí
Quartanas	Acanundú yrundy arabo guára

Enfermedades Contagiosas

El concepto del contagio estaba establecido en el idioma guaraní, aun cuando la agrupación la establecemos nosotros

(1) Dicen que el que nace de pie es dichoso. — MONTOYA.

de acuerdo con las ideas actuales, no supone pues, ni hay dato que permita establecer que cada una de estas enfermedades creyesen los guaraníes que era contagiosa.

La acepción Peste en general incluía todas las afecciones epidémicas. La Viruela y el Sarampión hemos dicho ya fueron importados por los españoles. Autóctonos del país era la Sífilis, la Sarna y la Lepra, probablemente también las otras enunciadas: la Tiña, las Boqueras y las Paperas; colocamos aquí el Cáncer, en alguna parte había que agruparlo, no porque supongamos probada su contagiosidad. Tan común el Cáncer en estos países, no era designado como enfermedad especial, sino representado por el aspecto del canceroso; aquí como en la Tisis significa consunción, pues *Coo apacuí,* se compone de Coo carne y Apacuí caerse, desmoronarse, es decir, carnes que desaparecen, flacura, consunción.

Enfermedades contagiosas . .	**Mbae - Ymandera - Amombúa**
Boqueras.	**Yurú Mbo piquy piquy-Yurú Mbopy zo rog**
Tiña	**Apirypé**
Sarna.	**Curú apere - Apecuí - Perebí**
Sarampión	**Mbirúá - Mbeyú, Mbeyú pirúa (ampollas apeñuscadas)**
Viruela	**Mbiruá - Puruá - Curú**
Sífilis (Bubas).	**Uya - Pia - Caruguá**
Lepra	**Curú, Curú bai - Pyrai (piel manchada)**
Peste (en general)	**Mbaa - Tacy ai**
Papera	**Ayú rayi - Tayy rurú - Ayú candú**
Cáncer	**Zoo Apacui - Yau apacui**

Parásitos

Las Niguas o Piques tan temidas de los españoles; las pulgas; piojo y aradores, con sus liendres forman la colección de los parásitos, para los cuales tenían procedimientos especiales de cura, los primeros que extraían con habilidad y al decir de Herrera "hasta para matar los piojos tenían yerbas especiales."

A este respecto es curiosa la desinencia de Peine: Quyguá o Quyquá, de quy y de guá, comer, que vale decir comedor de piojos, y lo mismo peinar, Abyquy, era equivalente a espulgar.

Nigua	Tung
Liendre nigua	Tung - rayrá
Piojo blanco	Quyti
Pulga	Tunguzú
Piojo	Quy
Liendre (piojo)	Quyrayi - quyti
Arador	Mbiemboi

Organos de los sentidos

De los oídos, nariz, tacto y gusto, apenas si hay las designaciones generales, no así en los ojos, donde señalan cuidadosamente los estados objetivos, los defectos como el estrabismo; la oftalmia, la ceguera completa o unilateral, los estados como la ictericia de los ojos, la conjuntivitis, los ojos turbios y ojos hundidos; la nube de los ojos, el lagrimeo y aún los defectos funcionales como la Miopía.

Patología ocular

Ojos enfermos	Tezá racy acy
Estrabismo	Tezábang
Miopia	Tezápoatá
Conjuntivitis	Tezázoó
Lagrimeo	Tezá y Zai
Legañas	Tezá peú
Ictericia ocular	Tezá i ya
Blanco del ojo	Tezá ibiti
Ojos colorados	Tezá pytá
Exoftalmia	Tezapó
Cuenca del ojo	Tezaguá
Tuerto o ciego	Nacherezai-Tezá tung
Ojos hundidos	Tezacuapy pucú
Ojos turbios	Tezacua - pyta

Orzuelo	Topepi-recó
Blesfaritis	Tezá piléu
Caranculas obstruidas	Tezá ycú
Niña del ojo	Tezá raíi
Ojo con nube	Tezatung
Cataratas	Teza ygau

Oidos

Oido	Apyzá
Sordo	Ndi yap y sai
Órgano del oido	Apyzá
Cerilla del oido	Apyzacua quyá
Ternilla del oido	Apyza quiá
Cartilago.	Nambi

Olfato

Oler	Ahetú
Olfato.	Mbo retú
Mocos.	Ambyu

Gusto

Sentido	He Andupaba
Gustar	Apaa Nga

Tacto

Tacto.	Pocog Po

LIBRO IV

La Medicina en las Misiones

LIBRO IV

LA MEDICINA EN LAS MISIONES

CAPÍTULO XVI

Los Misioneros y los Charrúas

SUMARIO: Dificultades para la reducción de los charrúas. — El fino ateísmo de ellos. — Relaciones de los indios con los españoles. — La resistencia a los hábitos agrícolas. —El sistema de reducción a la fuerza y el de los halagos. — Primeras tentativas de los Jesuítas. — Los padres Romero y Roque González. — Los Domínicos y los Franciscanos. — Los Chanás y los Charrúas. — Fundación de la reducción de Santo Domingo de Soriano.—Las de el Espinillo y Las Víboras. -- El jesuíta P. Richard funda la reducción de San Andrés con Charrúas y Yaros. — Los Charrúas la abandonan, dando sus motivos. — Real orden de 1677 sobre reducción de los indios. — La matanza de Guaycurúes del Gobernador Corbalán. — Insiste éste en la conversión de los Charrúas. — La reducción de San Antonio, de Güenoas. — La de Jesús María con Minuanos. — El Jesuíta Francisco García y sus misiones entre los Güenoas. — Su interesante narración. — La compra de los neófitos. — Las reducciones de Charrúas en el Paraná: la de Santa María de Astir y la de Cayastá. — El Cabildo de Montevideo dedica una zona en Minas para los Indios Minuanos. — Tratativas del Cabildo con los Cacique para su reducción en el Gobierno de Viana. — Cumanday representa a los indígenas y es recibido solemnemente por el Cabildo. — Tentativas del Virrey de Avilés en 1800. — Fundación de Belen y matanza de charrúas. — Fracaso de todas las tentativas y extinción de la raza.

Si la conquista espiritual, coronó los heroicos esfuerzos de los misioneros entre los guaraníes, estaba preñada, en

cambio, de dificultades casi insalvables, entre los guaycurúes. Los jesuítas, nos hablan del fino ateismo de los charrúas y güenoas, así como los de las tribus similares, como dando una explicación por el fracaso, de las tentativas de las reducciones, intentadas entre ellos. Algunas interesantes anécdotas, oportunamente relatadas, parecerían contribuir a aceptar esa hipótesis.

Refiere el Padre Cattaneo, que a algunos misioneros, que intentaron hablarles de religión a los charrúas, éstos les respondieron fríamente, que ellos tenían padres y que no podían abandonarles. Y que como uno de los Padres insistiera vivamente por convertir a un charrúa· diciéndole que si nó, se iría al infierno, éste le contestó: "Mucho mejor, así no tendré frío cuando me muera" (1) Los Yaros después de haber aceptado constituir una reducción, la abandonan y explicaban la razón diciendo: "No nos gusta tener un Dios que sabe y vé, todo lo que hacemos en secreto". (2)

No nos parece que los jesuítas se preocuparan mucho de conocer los sentimientos religiosos de los charrúas, para poder afirmar su ateísmo más o menos fino. La suposición que creyesen en Tupá y Añang, los dioses guaraníes, carece en absoluto de base.

Larrañaga se inclina a creer, dado que en idioma chaná no hubiera un término para expresar la idea de Dios, que la voz Dioi, que significaba entre ellos el Sol, "fuese la expresión correspondiente a Dios, nc por el parecido con la acepción en castellano, sino porque siendo el Sol la deidad de los quichúas, pudiera haberse extendido a ellos, y cree que siendo esa voz tetragrammaton, es posible que después de doscientos años de cristianismo, hubieran perdido los chanás sus viejas tradiciones dejando el término únicamente para el Sol". (3)

Centenera pone en boca de un charrúa el siguiente juramento, que estaría de acuerdo con esa adoración natural de

---

(1) Cattaneo — Muratori. — Loc. cit.
(2) Dobustroffer. — Tomo I, página 132.
(3) Larrañaga. — Tomo III.

los astros: "De parte a la Luna, a quien adoro, yo prometo guardar la fe que diere". (1)

Los ritos funerarios, por otra parte inclinan a creer que tuvieran sentimientos religiosos, pero de todos modos, no puede admitirse que fuera su ateísmo, la causa de su resistencia a los misiones.

El mismo P. Lozano, conviene en que los güenoas, "aunque fieros ateístas como los charrúas, no son tan pertinaces en su ceguedad, y se reducen más fácilmente a abrazar el cristianismo, especialmente cuando están en paz, que en tiempo de guerra, no les deja el odio de sus enemigos, atender a otro negocio que a la venganza de sus pasiones". (2)

Los charrúas no eran, sin embargo, tan reacios a recibir el bautismo, obteniendo franciscanos y jesuítas, en sus giras, cifras de nuevos cristianos halagadoras. 500 charrúas en 1610, (3) acudían a servir a Buenos Aires, de cuando en cuando, como los demás indios, y en las crónicas de Santa Fe, como en las de Montevideo, encontramos a cada paso, charrúas que llevan nombres de pila cristianos, aún cuando vivieran con el resto de la tribu; además, en las reducciones de los Guaraníes, se agregaban, con frecuencia, algunas familias charrúas.

No era el problema del bautismo, el que impedía las reducciones, ni la ferocidad de los indios, que vemos que van a servir de cuando en cuando a Buenos Aires, y que sostienen relaciones, ya comerciales con españoles y portugueses, ya políticas como aliados de algunas ciudades. Así en 1685, el gobernador de Buenos Aires remite a Santo Domingo de Soriano, a 200 pampas de todas edades y sexos, como lo había hecho, en su tiempo, don José de Garro, con una guardia de un Cabo y 15 hombres. Al cabo de tres meses, en una noche de tormenta los pampas degüellan a toda la guardia, al corregidor del pueblo y algunos indios chanás, escapando milagrosamente el cura con algunos indios. Con ese motivo se

---

(1) Centenera. — Canto XI.
(2) *Historia de la Conquista.* — Tomo I, pág. 413.
(3) Cervera. — *Censo de los Indios*, documentos, tomo I.

les dió noticias a los charrúas amigos, quienes les dieron caza, los mataron y cautivaron a toda la chusma. (1)

Menos aún, puede suponerse, como lo hace D'Orbigny, que fuera la diferencia de clima, la que señalara esa dificultad de reducirse, en las razas no guaraníes, pues, los guaycurúes son reacios, lo mismo en el Brasil que en Chaco, en Río de la Plata que en la Pampa, y en cambio los guaraníes de todas las zonas se someten con la misma facilidad, que los Quechúas, o que los Aztecas.

La única explicación aceptable es la que se relaciona con el género de vida, tan fundamental, que basta por sí solo a hacer la diferencia racial.

No se les escapó a los misioneros expertos, el valor de ese factor. Así vemos que recién iniciadas las primeras reducciones entre los guaycurúes del Paraguay, el padre Diego González, confiesa la esterilidad de las reducciones entre ellos, atribuyendo su fracaso a que: "son naturalmente cazadores, y por ésto, no están nunca de asiento, sino que andan siempre en continuo movimiento, con sus tabernáculos a cuestas, que son unas esteras, que para sustentarse mudan de lugares, porque la caza y pesca se les acaba o huye, y van a otros puestos a buscarla; y hasta que no se les enseñen a ser labradores no puede haber reducción, hasta que tomen sitio y casa de asiento, y no siga caza y pesca, sino labranza como los demás. Y así esta misión se habrá de dejar como inútil, porque no pueden consigo, dejar la natural inclinación de cazar y de pescar, ni darse al trabajo de la labor". (2)

Ante esa dificultad de obligarlos a tomar sitio y asiento, no dudaron los Gobernadores, aconsejados por los misioneros en emplear la fuerza, como suprema razón. En una carta al Rey, el doctor Suárez Cordero, desde la Asunción le dice, entre otras cosas, que los charrúas y chanaes y demás naciones de la otra banda del Río de la Plata, que vagan por la parte de Oriente, son domésticos y encomendados los más a

(1) Pastells IV—156 *Carta de don José de Herrera a S. M.*—Buenos Aires 5 de Diciembre de 1686.

(2) Pastells. — *Carta del Padre Diego González al Asistente de España en Roma*. — 13 de Mayo de 1612, tomo I pág. 240.

los vecinos de Buenos Aires, y que aunque tienen una reducción en su terreno que la sustentan los religiosos domínicos (?), con la libertad que se les ha permitido, andan retirados, vagando al modo de los Pampas, manteniéndose en su antigua idolatría; que es muy fácil su reducción y conquista, pues con 50 hombres que saliesen de Buenos Aires y otros tantos de Santa Fe y de las Corrientes y 500 indios amigos de las Misiones de los Padres de la Compañía con un Cabo español, los avasallarán en medio de su terreno y podrán ser reducidos, sin más gasto que el de las municiones y sin derramamiento de sangre, por ser gente doméstica y tratable, pues asisten en sus terrenos y ayudan en sus vaquerías al que se lo paga, pero fáltales doctrina, que es el interés mayor a que se debe atender. (1)

Este sistema de acompañar la fuerza a la persuación, no desagradó a los jesuítas, como vemos en un informe del Padre Tomás Dombidas, quien trata el punto desde el terreno teológico. Está de acuerdo, con el sentir de los doctores, de que no es lícito mover guerra a los gentiles, para obligarles a que reciban la fe; hace notar que todos los indios son vasallos de S. M. de acuerdo con la bula de Alejandro VI, quien obligó por ella a introducir la fe, salvando siempre el derecho a la libertad natural y racional.

Hace, luego, la distinción de los indios en dos clases: unos, labradores, con residencia fija, como los que hablan la lengua quichúa en el Tucumán, y los guaraníes en Buenos Aires y en el Paraguay; y otros, que andan vagando sin sitios ni sementeras determinadas, sustentándose con la caza, carne de yegua, pesquería y otras sabandijas, sin más población, que unos toldos y esteras que llevan consigo. De este género son los pampas, serranos, charrúas, güenoas, guaycurués, mbayas, payaguás y otros en diversas lenguas: y todos ellos viven brutalmente, sin conocer Dios, Rey, ni ley, enemigos del nombre español, atraidorados, haciendo todo el mal que pueden en ciudades, estancias y haciendas: que

(1) *Carta del doctor Gregorio Suárez Cordero a S. M. — Asunción 1678.* — PASTELLS III, pág. 161.

nunca han querido advertir la fe, y aunque dejan bautizar a sus hijos, es sólo por llamarse con nombres de cristianos, y otros motivos muy raseros, de donde se infiere que no merecen alabanza, sino reprensión los que los bautizan. A estos indios, se debe obligarlos con las armas a que vivan vida política, reduciéndolos a puestos determinados, donde estén seguros de no huirse: que una vez así, no será dificultoso que admitan la fe: y cuando no, la recibirán sus hijos y sucesores. Refuerza su tesis, diciendo que si San Francisco de Javier decía, que era necesaria la fuerza de las armas para reducir algunas de las naciones de las Indias, a la ley evangélica, con más propiedad se puede decir de estas Indias, donde se cumple lo de *compellere eos intrare* del Evangelio, y la fuerza que se les ha de hacer, es como la que se hace a los niños para obligarles a que reciban el bien que no conocen, y todos estos indios, son como unos niños grandes. (1)

La corte aprobó la doctrina, los gobernadores la llevaron en algunas ocasiones a la práctica y hemos de ver después los resultados del *compellere eos intrare*.

Desde los tiempos de Negrón que sucedió a Hernán Darias, vemos interesados a los Jesuítas por entrar en la conversión de los Charrúas: "Desea el Padre Juan Romero, que es Superior de esta residencia, escribía el Provincial Diego de Torres, tener compañeros para entrar a la misión de los charrúas, y en habiendo gente se les acudirá" (1611) y al año siguiente escribía el mismo: Pídeme el P. Valle, compañeros para la misión del Uruguay, donde hay muchísimos indios que jamás han admitido españoles. Es imposible acudirles, por ahora, por falta de obreros. (2)

Durante elgobierno de Góngora, solicitó éste, del Provincial de la Compañía que el Padre Pedro Romero "ducho en el trato de los indios" bajase hasta Buenos Aires, navegando por el Uruguay, para explorar la voluntad de los moradores próximos al río, y al mismo tiempo intentase redu-

(1) Informe que dió el Padre Tomás Dembidas, de la Compañía de Jesús, etc. — Madrid 10 de Agosto 1679. — Pastells, III, pág. 235.
(2) Pastells I, págs. 211 y 212.

cir a los yaros y fundar un pueblo en la desembocadura del río. Llegó el Padre Romero a Buenos Aires a fines del año 1623, y de allí se dirigió hacia la otra orilla acompañado de un español y algunos remeros, a convertir a los charrúas y a los yaros, los que al decir del cronista, "tenacísimos en conservar su antigua vida errante, sin freno de autoridad y sin dedicarse a la agricultura, solicitados para que recibieran la doctrina cristiana, se negaron con obstinación, prefiriendo sus antiguos hábitos" por lo que después de recorrer el alto Uruguay, con el mismo resultado, viendo que ninguno de aquellos pueblos se encontraba maduro para abrazar el cristianismo, regresó a Buenos Aires. (1)

Dos años más tarde, el Gobernador don Luis de Céspedes, se empeña de nuevo en obtener la reducción de los indígenas uruguayos, y encarga de esa misión al Padre Roque González, quien hacía siete años residía en el Pueblo de la Concepción, que había sido fundado por él, sobre el Paraná desde donde pretendía extender su acción sobre el Uruguay. El Padre González recorrió el mismo camino que su antecesor el Padre Romero, y si obtuvo más éxito entre los pueblos del Norte, no fué más afortunado con charrúas y yaros, puesto que "vió que no era posible la fundación de pueblos en el Uruguay, porque los habitantes de tal región ni sembraban, ni tenían residencia fija. (2)

Mientras los Jesuítas abandonaban desalentados la parte sur de la provincia, para dedicarse con todo entusiasmo, a la conversión en el alto Uruguay, los Domínicos y Franciscanos obtenían un hermoso resultado con la fundación de la reducción de Santo Domingo de Soriano.

He aquí como reconstruyó la leyenda, la pérdida de los documentos del Archivo del pueblo, en un incendio ocurrido en la primera mitad del siglo XVIII, como lo narra el Cabildo en un Memorial dirigido al Rey solicitando se le documenten sus viejos privilegios;

"Este pueblo se fundó treinta años después de la funda-

(1) Del Techo. — Cap. VII, Libro III.
(2) Del Techo. — Loc. cit.

ción de la capital de Buenos Aires, y en un principio fué del modo siguiente: Habiendo venido un religioso de Santo Domingo a anunciar la palabra de Dios a los infieles, redujo a pueblo una nación llamada charrúa, y catequizándola otro religioso, como les prohibiera varias supersticiones, el Cacique y todos sus súbditos en una noche se sublevaron, y remontaron. Distaba poco más de una legua, otra nación llamada Chaná y el Cacique de ésta advirtió por la mañana, que el religioso estaba solo; ya tocado de Dios le visitó, y le preguntó la causa de esa soledad, en lengua Charrúa, (que ya el religioso entendía). Respondió dándole relación de la causa, y el Cacique se ofreció a seguirle, y catequizarse con sus indios, los que quisieran seguirle: Vuelto a su toldería les habló en su natural lengua Chaná (que hasta hoy los patricios la conservan) el razonamiento siguiente: Hermanos queridos míos, el religioso que instruía a los Charrúas nuestros aliados, ha quedado solo, ya que esta gente se ha rebelado.

"Yo que deseaba ser instruído como ellos, no os he querido revelar mi deseo, temeroso de la contraria resolución vuestra; pero hoy me determino a seguir a este padre con los que me quisieren acompañar, advirtiendo que el que no quisiere perseverar, se quede o se vaya adonde se han ido los Charrúas. Y callando respondieron todos que querían seguirle. Este mismo día mudaron su habitación donde estaba el otro religioso, quien a los pocos días se embarcó con el Cacique y los indios más principales para la ciudad de Buenos Aires presentándose ante el señor Gobernador (que no se sabe quien entonces era) proveyóles de ropa, sal, yerba y en nombre de S. M. les concedió licencia para hacer su población. Esta relación que a V. M. participamos es en sustancia la tradición que los naturales tienen, y que cuentan según sus ascendientes en dicha lengua chaná". Este documento lleva la fecha de 1787. (1)

Análogas descripciones encontramos repetidas en el mismo expediente desde 1778 hasta 1800 concordando todos con la

(1) Archivo C. Administrativo.—Cabildo de Soriano. 1708, 1707, pág. 281.

que transcribimos. En general relacionan la fecha a 30 años después de la fundación de Buenos Aires. Hay una sin embargo, que afirma que la reducción se fundó en 1566 y agrega que los indios conversos se trasladaron a Buenos Aires a visitar, con su Párroco, al Gobernador Ortiz de Zárate. (1)

Es insostenible esa afirmación extravagante, pues la ciudad de Buenos Aires a esa sazón estaba despoblada, Ortiz de Zárate no era aún Gobernador, y sólo algunos años después llegó al Río de la Plata. Sin duda el cronista relacionó los treinta años, a la primera fundación de Buenos Aires y de allí esa versión disparatada.

Pero no puede tampoco aceptarse que la fundación de Santo Domingo de Soriano existiera en 1610. En efecto, en las visitas que el Gobernador Góngora (1622) realizó a todas las reducciones y de la que hace una minuciosa descripción a S. M. no menciona ninguna en la tierra de los Charrúas la que dá como despoblada. En ningún otro documento tampoco se hace referencia alguna a esa reducción.

La otra versión sobre la fundación de Santo Domingo de Soriano, la de don Domingo Ordoñana, basándose en las Actas del Cabildo de Soriano, y en un manuscrito del Padre Aldao. Como ese manuscrito no lo publicó el autor y nadie lo conoce, y como por otra parte las actas a que hace referencia, según hemos visto no podía poseerlas, dado que habían sido destruídas por un incendio antes de 1750, no tiene su narración, más valor que el de una tradición más.

Dice, este autor, que en el año 1620, los frailes dominicos y franciscanos solicitaron del Gobernador de Buenos Aires, la autorización para instalar reducciones en la Banda Oriental del Uruguay, y que congregados en Asamblea nombraron una comisión de ocho individuos que a cargo de Fray Bernardo de Guzmán, se hizo a la vela en el queche "Chaná Aranzazú"; que desembarcaron en las proximidades de la desembocadura del Río Negro, en el puerto de Yaguarí, y de allí al sitio en

(1) Archivo C. Administrativo.—La Villa de Soriano, Libro 70, pág. 73 a 82.

que se encuentra hoy el pueblo de Soriano, fundándolo el 4 de Junio del año 1624· es decir, "30 años después de refundada la ciudad de Buenos Aires".

Hacían parte de la misión, dice, los padres Villavicencio y Aldao y componían el personal civil de resguardo los individuos Juan Chamorro, José Albornoz, Pablo Pizarro, Miguey Oyola y un jóven querandí llamado Francisco Jara, que poseía la facultad de aprender en pocos días los variados idiomas y dialectos de los indios. (1)

La fecha que señala Ordoñana, la pone en duda con toda razón Fregeiro, fundándose en que no era posible que en esa fecha fuera autorizada la fundación por el Gobernador Céspedes, quien no se hizo cargo de su Gobierno hasta el mes de Octubre de ese año. (2)

Por las referencias del mismo Gobernador, parece deducirse que fuera en el transcurso del año 1725, las que confirma la carta de los dominicos a S. M. fechada en 21 de Mayo de 1626, en la que ponderan particularmente la reducción de los Charrúas y Chanás, "con bautizo de infinitas almas, a cuyo ejemplo los Caciques de la Sierra de Maldonado, Montevideo y Yaro y los de la Provincia remota del Uruguay, movidos de la solicitud y dádivas del dicho Gobernador Céspedes, han venido a dar obediencia a S. M. (3)

El mismo Céspedes escribía al Rey en 1628 que: "con el guardián de San Francisco, Fray Juan de Vergara, redujo los indios de la costa de aquel río, de la banda del Norte, que hacían mucho daño, y fundó dos reducciones· dejando religiosos en ellas. (4) Fray Vergara era en esa fecha el Provincial de los franciscanos, sucediendo a Fray Bernardino de Guzmán. Las reducciones a que hace referencia son sin duda las de El Espinillo y Las Víboras, que Ordoñana da por fundadas por Guzmán.

El Padre Lozano, dice que el Gobernador de Céspedes puso

---

(1) Domingo Ordoñana. — Conferencias Sociales y Económicas 1883.

(2) Clemente L. Fregeiro. — Consulta de la Junta de Soriano 1888, sobre la Fundación de Mercedes.

(3) Pastells. — Tomo I, página 418.

(4) Pastells. — Tomo I, pág. 418.

grande empeño para que se convirtiese a la fe de Cristo, la dilatada provincia del Uruguay. Primeramente ganó con caricias y regalos los ánimos de los charrúas confinantes con el Uruguay, para que le trajesen algún Cacique de aquella región y consiguiéndolo por este medio, le hizo extraordinario agasajo para atraer a los demás. Valióse, también, de los religiosos de la Orden Seráfica, que, con celo apostólico, entraron a esta conquista por la boca del Uruguay, dos religiosos con el R. P. Fray Bernardo de Guzmán, convirtiendo más de 1000 almas. Fundaron tres iglesias, de las cuales sólo permanece una, con su reducción de Santo Domingo de Soriano, en la boca del Río Negro. (1)

En la exposición que hace más tarde ante el Cabildo de Buenos Aires, el Gobernador Céspedes, hace referencia a "que con su buen modo y traza redujo al conocimiento del Santo Evangelio y Fe Católica y a la obediencia y servicio de Su Magestad a la Nación de los indios charrúas que existen en la costa deste río de la Plata, la banda del Norte, hasta las islas y sierras de Maldonado". (2)

La falta de religiosos detuvo entonces la obra comenzada como vemos por la carta que en el año 1631 escribía a S. M el Gobernador Céspedes: " todos los demás indios y particularmente los charrúas, que habitan en la otra banda deste gran río, están quietos y pacíficos, y acuden a servir a esta ciudad, pero háceles gran falta los padres de sus reducciones que son franciscos, porque desde que falta de estas provincias el Padre Fray Juan de Vergara, no ha habido religiosos en ellas, ni he sido poderoso para que vayan por los muchos pleitos y discordias que traen unos con otros". (3)

De la carta de los dominicos y de la afirmación del mismo Gobernador, se deduce que el sistema empleado era el de las dádivas y el del buen modo; todavía no había surgido la teoría del *Compellere eos intrare.*

---

(1) LOZANO. — Tomo III, pág. 414.

(2) *Acta del Cabildo de Buenos Aires.* — 30 de Julio de 1631, tomo VII, pág. 217.

(3) *31 de Agosto de 1631.* — Documentos sobre bandeiranismo do Archivo G. de Indias em Sevilla. — Archivo do Museu Paulista 1925, (San Pablo).

No fué muy próspera la vida de esas primeras reducciones en nuestra tierra; así nos lo demuestra el informe de la visita que realizara, en 1681, el Obispo de Buenos Aires, en el que sólo menciona la de Santo Domingo de Soriano, atribuyéndole como población unas "20 familias, aconsejando que sean trasladadas, con otras tantas de la del Baradero, al pueblo de Quilmes (1); y en 1725 se calculaba que tendría de 15 a 16 únicamente, (2) atribuyéndose a la mala administración de los regidores.

Por su pare los jesuitas, después de las excursiones de los Padres Romero y González, dedicaron todas sus actividades a la conquista de los guaraníes del alto Uruguay, más dóciles que los charrúas, y que confinaban con las reducciones del Paraná, lo que hacía más factible su obra, la que se resentía con frecuencia de la falta de misioneros.

En la segunda mitad del siglo vemos la primera tentativa de fundar una reducción, entre los Charrúas, por los jesuítas. "Mientras esto escribo", dice el Padre Del Techo, hay muchas esperanzas de que se conviertan dichas tribus (Yaros, Güenoas, Charrúas, etc.), gracias a los esfuerzos del Padre Francisco Richard, belga, quien está fundando el pueblo de San Andrés. (3)

No es posible precisar la fecha en que el autor escribiera esas líneas, pero dado que la aprobación de su obra lleva el año de 1671, es de presumir que fuera entre los años 60 y 70, y no como señala Dobrizhoffer a fines de ese siglo.

El sitio que ocupara la reducción de San Andrés, se encuentra señalado en el mapa jesuítico, que publica Pastells, sobre las puntas del Cuareim, con un signo que corresponde a reducciones destruídas, y debajo del nombre de San Andrés, se lee: Yaros y Güenoas.

En cuanto a su fundador el Padre Richard, belga, no puede haber duda que se trata del Padre Ricardo compañero del Padre Del Techo en treinta años de vida misionera, flamen-

(1) Pastells, III, pág. 508.
(2) Herrán. — Cit. por Pastells, I, pág. 286.
(3) Del Techo. — Tomo III, Lib. VII, Cap. XXXII.

co, como él, y que como a él, también, le castellanizaron el apellido, figurando en todos los documentos como el Padre Francisco Ricardo. Fué misionero en el pueblo de Mártires en 1644, en el San Francisco de Javier en 1657, y llegó en 1670 a Superior de las Provincias del Paraná y Uruguay, hasta 1680.

En cuanto al resultado de la reducción de San Andrés, nos lo describe así el Padre Cattaneo: Se había llegado a fundar una reducción entre los Charrúas bajo la invocación de San Andrés. Una mañana al tocar la campana para llamar el pueblo, a la iglesia, según la costumbre, vió con gran sorpresa el misionero que nadie acudía. Salió de su casa, no pudiendo comprender la causa de tan extraordinario acontecimiento, y se encontró con que todos los indios se habían escapado al monte, durante la noche". (1)

Dobrizhoffer, trae sobre ese suceso algunos detalles interesantes: "A fines del siglo pasado, dice, algunos padres de nuestra orden, obtuvieron por su bondad y elocuencia, que los bárbaros Yaros, que forman una gran parte de los Güenoas, se agruparan en un pequeño pueblo dedicado a San Andrés, por algún tiempo, a fin de instruirlos en la religión; pero por instigaciones de cierto famoso hechicero, se volvieron a sus viejas guaridas. Preguntados por la causa de esa fuga. "No nos gusta tener un Dios, dijeron, que sabe y que vé todo lo que hacemos en secreto. Es nuestra firme resolución y nuestro agrado, el gozar de nuestra antigua libertad, y pensar y hacer lo que más nos plazca". (2)

Sin embargo, pocos años después, se insistía en la conversión de los charrúas. En 1677, llegó a manos del Gobernador una real cédula de 22 de Mayo de 1675, en la que se le mandaba: que a los indios que no están en guerra, se les redujera por medio de misioneros y se les pusiera en doctrinas, y a los que hacen hostilidades se procediera a su conquista por medio de las armas. El Gobernador, a la sazón Felipe Reje Corbalán, trató de inmediato de llevarla a la práctica, apro-

(1) Carta III, Apéndice de Muratori.
(2) Dobrizhoffer. — Tomo I, pág. 128.

vechando la coyuntura de los trastornos que los Guaycurúes, promovían a los vecinos de la Asunción. A ese efecto los convidó a una fiesta con motivo del supuesto casamiento de uno de los suyos, con la hija del Cacique, y cuando estaban mareados por el efecto de las bebidas, los pasó a cuchillo, dejando 600 degollados; y 300 niños y mujeres prisioneros, sin una baja de su parte. (1) Festejó la victoria, atribuyendo a la especial protección del santo del día, San Sebastián, el feliz éxito, de lo que Lozano llama ingenuamente una estratagema, y que provoca la indignación honrada de Funes.

No sabemos si esos 300 de chusma, fueron a parar a manos de encomenderos, o si fueron a engrosar la reducción de Santa Lucía de Astor. Era esta una población fundada por Hernán Darias, sobre el río Astor o Astir que luego se llamó Santa Lucía en el ángulo que hace al desembocar en el Paraná. Allí, en el año 1618, *manu militari*, congregó una porción de indios Guaycurúes, bajo la custodia de los padres franciscanos, y como las enfermedades y las continuas fugas raleaban la reducción, se tenía cuidado de remitir a ella, a los vencidos, después de cada acción de guerra. De ese modo se encontraban alli reunidos, "pocos indios de muchas naciones y lenguas diferentes". (2) (1622) Marcelo Mendo envía para su fomento, en 1656, los prisioneros de una salida contra guaycurúes y calchaquíes.

Con frecuencia era esa reducción, igualmente, el destino de los charrúas capturados en las provincias. El Padre Parras en su diario, (3) nos da cuenta del estado de esa reducción en 1759: "Está este pueblo en muy buen paraje, y todo él murado, para defenderse de los infieles. Tendrá como cuarenta familias todas criadas en buena política, de la misma manera que luego diremos de los demás pueblos. Son de nación charrúa, y algunas familias son guaycurúes, y siendo dos naciones muy distantes, se han unido lindamente. Formóse

(1) Carta del Gobernador Rexe a S. M. — PASTELLS, tomo III, pág. 146.

(2) Informe del Gobernador Góngora. — Apéndice del tomo I de Cervera, Historia de Santa Fe.

(3) TRELLES. — Remite a la Biblioteca.

este pueblo con los ascendientes de los que hoy lo habitan, en el año de 1642.''

En cuanto a la fecha de la fundación, se refiere, sin duda, a la repoblación que hizo de la reducción, Don Mendo de la Cueva en 1639, agregándole un fuerte, después de haber castigado a los Caracaras, que la habían destruido. (1)

Pasados a cuchillo los Guaycurúes, que eran de los indios los que ofrecían más resistencia a la reducción, se empeñó el Gobernador en cumplir la otra parte de la cédula real, esto es, de la conversión de los indígenas, que no resistieran con las armas. Entonces vemos aparecer las clasificaciones a que hemos hecho referencia al comenzar este capítulo, entre las tribus domesticables, y las que necesitaban agregar a la predicación, el empleo de las armas.

Se dirigió, pues el Gobernador al Superior de los Jesuitas, que era a la sazón el Padre Nicolás del Techo, instándole a que enviara misioneros para reducir las tribus del Paraná, Payaguás, Guaycurúes, etc., etc. El Padre del Techo contesta al Gobernador Rexe, que les es imposible el dedicarse a esa obra por la falta de obreros, pues los elementos de que dispone no son bastantes para atender debidamente las Misiones del Paraná y del Uruguay y agrega que por esa causa, no le fué posible a su antecesor, atender el pedido que le hicieran en aquel entonces, los Caaguas, indios infieles del Paraná, ni los Yaros y Güenoas y otros gentiles del Uruguay, que querían reducirse a pueblos y convertirse a nuestra Santa Fe (2) (Marzo de 1778). El Gobernador se dirigió a S. M. transcribiendo el dato y solicitando el envío de Padres para atender esas necesidades.

Es curiosa esa preferencia de parte de Del Techo por los indígenas del Uruguay, pues en la exhortación del Gobernador no se hacía referencia a ellos, parecería que la empresa de convertirlos y reducirlos a reducciones no le parecía ardua, ni aún después del fracaso de la fundación de San Andrés, ensayada pocos años antes.

En el mismo orden de ideas, vimos que estaba el doctor

(1) CERVERA.—Loc. cit. I, página 366.
(2) PASTELLS.—III, pág. 153.



El dato de Azara, que los restos de la reducción de Jesús María pasara al pueblo de San Borja nos permite suponer que ésta se estableciera poco antes de 1690.

Tenemos, por otra parte, una narración interesantísima de los primeros trabajos realizados para la conversión de los Güenoas por el Padre Francisco García en el año 1683. Residía el padre a la sazón en el pueblo de santo Tomé, situado en la otra margen del Uruguay y un poco más arriba del sitio que ocuparía después San Borja, en esta margen. Salido de su pueblo cruzó el Uruguay, y entró en relaciones con los primeros güenoas que encontró, que eran unos ocho indios que llevaban algunas vacas para vender en el pueblo, comercio que hacían frecuentemente con los pueblos de Yapeyú, la la Cruz y Santo Tomé, llevando a acambio frutas de esos poblados. Los indios lo recibieron de muy buen talante, acompañándolo en su excursión, dejando para más adelante el negocio de las vacas; por el camino fuéronse juntando más indígenas, acompañados de su séquito de hechiceros y caciques, dando motivo para que el Padre García pudiera desempeñar con resultado su misión de conversión. Empleaba para el objeto de sus fines, los regalos; el atender a sus hijitos, pues reinaba entre ellos, una epidemia infantil de la que murieron algunos; la predicación; y aún la compra de los parientes de los caciques, cuyo precio, con ellos, se estipulaba.

El Padre Misionero les hablaba en su lengua, sin necesitar para ello de lenguaraz, lo que le facilitaba mucho la tarea, haciendo sus exposiciones ora en público, ora en conferencias particulares en sus esteras, que armaban cada vez que cambiaban de sitio. La parte más saliente de sus pláticas, la que producía más viva impresión entre sus oyentes era la descripción de las torturas del Infierno: no se contentaba, el misionero con hacerla en los términos más vivos, sino que agregando a los discursos, las demostraciones gráficas, les enseñaba unas láminas, en la que el artista había puesto toda su fantasía, en las expresiones de tortura del rostro de los condenados al fuego eterno, y de las que podemos formarnos una idea, con las que se imprimieron, en las mismas

Suárez Cordero cuando manifestaba, que los Charrúas y Chanás y demás naciones que estaban en la otra banda del Río de la Plata, eran gente doméstica y tratable, los más encomendados a los vecinos de Buenos Aires, por lo que sería muy fácil el reducirlos a pueblos, bien que añadía que era conveniente el hacerlo, con 150 españoles y 500 indios de los misioneros.

A pesar de las buenas disposiciones de ese momento, no hay datos de que se realizara ninguna gestión en ese sentido; probablemente la guerra con los portugueses, llevada por Garro poco después, distrajo la atención de las autoridades, y de los Jesuitas.

Es posible, también, que pudiera ser en ese período que se tentara la reducción de San Antonio, ubicada algo más al norte del sitio que ocupara la de San Andrés, y que vemos figurar en el mismo mapa que aquélla, como sitio de una antigua misión de indios, desaparecida, y que debajo del título figura que fué de "Güenoas".

La última tentativa jesuítica, de congregar a nuestros indígenas en pueblos, parece ser la que se tentó con los Minuanos o Güenoas sin que nos sea tampoco posible precisar la fecha. Llevaba el título de Jesús María, y estaba ubicada en las puntas del Ibicuy. A ella hace referencia Muratori, limitándose a decir: que con la de San Andrés se había conseguido fundar otra reducción entre los Güenoas bajo la advocación de Jesús y de María.

Azara hace igualmente referencia a ella: El Jesuita Francisco García, dice, comenzó a formar un poblado de Minuanos llamado Jesús María, cerca del Río Ybicuy; pero la mayor parte de los indios volvió a su primitivo modo de vivir y sólo quedó un pequeño número, que se reunió al poblado de guaraníes llamado San Borja. (1)

Probablemente ese contigente de Charrúas, Minuanos o Güenoas, que contribuyó a la formación del pueblo de San Borja en 1690, es el que da motivo para que el Vizconde de San Leopoldo afirme que fuera fundado con Charrúas.

---

(1) AZARA. — Viaje por la América Meridional. Cap. X, tomo II.

El dato de Azara, que los restos de la reducción de Jesús María pasara al pueblo de San Borja nos permite suponer que ésta se estableciera poco antes de 1690.

Tenemos, por otra parte, una narración interesantísima de los primeros trabajos realizados para la conversión de los Güenoas por el Padre Francisco García en el año 1683. Residía el padre a la sazón en el pueblo de santo Tomé, situado en la otra margen del Uruguay y un poco más arriba del sitio que ocuparía después San Borja, en esta margen. Salido de su pueblo cruzó el Uruguay, y entró en relaciones con los primeros güenoas que encontró, que eran unos ocho indios que llevaban algunas vacas para vender en el pueblo, comercio que hacían frecuentemente con los pueblos de Yapeyú, la la Cruz y Santo Tomé, llevando a acambio frutas de esos poblados. Los indios lo recibieron de muy buen talante, acompañándolo en su excursión, dejando para más adelante el negocio de las vacas; por el camino fuéronse juntando más indígenas, acompañados de su séquito de hechiceros y caciques, dando motivo para que el Padre García pudiera desempeñar con resultado su misión de conversión. Empleaba para el objeto de sus fines, los regalos; el atender a sus hijitos, pues reinaba entre ellos, una epidemia infantil de la que murieron algunos; la predicación; y aún la compra de los parientes de los caciques, cuyo precio, con ellos, se estipulaba.

El Padre Misionero les hablaba en su lengua, sin necesitar para ello de lenguaraz, lo que le facilitaba mucho la tarea, haciendo sus exposiciones ora en público, ora en conferencias particulares en sus esteras, que armaban cada vez que cambiaban de sitio. La parte más saliente de sus pláticas, la que producía más viva impresión entre sus oyentes era la descripción de las torturas del Infierno: no se contentaba, el misionero con hacerla en los términos más vivos, sino que agregando a los discursos, las demostraciones gráficas, les enseñaba unas láminas, en la que el artista había puesto toda su fantasía, en las expresiones de tortura del rostro de los condenados al fuego eterno, y de las que podemos formarnos una idea, con las que se imprimieron, en las mismas

Misiones en la obra del P. Nieremberg, "Lo Temporal y lo Eterno", en las que enormes culebras y monstruos se enroscan y devoran a los condenados, rodeados de llamas, los que se debaten en contorciones de la más impresionante desesperación.

El efecto de ese sistema producía un resultado al parecer, irresistible. Algunos de los buenos Güenoas pedían que les retiraran de la vista ese espectáculo, que no podían contemplar sin horror. No faltaba, con todo, algún hechicero, que en defensa de su sacerdocio, tomase con calma, y hasta con sangre fría la vista de esos suplicios, declarando "que el ya los había visto, una vez que había muerto, pero que allí mismo, en el Infierno, le habían asegurado que si otra vez volviese a morir, que él no quedaría allí".

Esos hechiceros, ponían a veces a prueba la sólida teología del misionero, con observaciones como ésta: Cómo Dios, siendo tan misericordioso, los había dejado tanto tiempo en la oscuridad y tinieblas de su infidelidad, permitiendo que se condenasen": otras veces solicitaban de él, que hiciese un milagro, para probarles la existencia de Dios, y otras veces le preguntaban si él era Dios. A todo esto el Jesuita repartía después de cada sermón, yerba y tabaco, no escapándosele que la concurrencia asistía más por esos regalos, que por sus sermones, puesto que él mismo afirma que uno de los caciques, sólo aparecía al final del sermón, cuando comenzaba el reparto del tabaco y de la yerba.

Varias veces quisieron alejar al misionero, diciéndole que dejarían para más adelante su conversión, una vez que terminaran la guerra con los Yaros, que entonces se hallaban en la otra margen del Uruguay y de los que habían recibido ofensas, que debían vengar.

El religioso quiso disuadirlos de esa empresa, dándoles a entender que los portugueses de la Colonia, estaban cerca de sus tierras y que podrían aprovechar la ocasión para atacarlos por la espalda. Debió de hacerles mucha impresión esa consideración, puesto que intervieron los hechiceros, al parecer interesados en aquella guerra, diciendo que en ese caso ellos harían caer truenos y rayos y levantarían tales tempestades,

que las aguas de los ríos habrían de desbordarse, y que incendiarían los campos para ponerlos a salvo de sus enemigos.

Ese poder supersticioso de las tormentas, sirvióle sin embargo al Padre, pues como hubieran resuelto su partida, en una ocasión, y se desencadenase una borrasca, aprovechó para decirles que era la voluntad de Dios que él se quedase, pues por amor a ellos y compadecido de sus miserias, le había hecho quedar, enviando aquella inesperada tormenta. Los indios aceptaron la voz del cielo y el misionero se quedó, no sin reponer la provisión de yerba y de tabaco, que ya se había agotado.

A la guerra de los Yaros, a las continuas demandas de esos artículos, a las observaciones de orden teológico, los Güenoas añadían la necesidad de meditar asuntos de tanta trascendencia. Agregábase a todo eso la presencia de algún desertor español, que sembraba la cizaña entre los indios, para impedir su conversión. Pero a pesar de los obstáculos, el trabajo del Jesuita prosperaba, si bien empleando la compra de los neófitos a los caciques, por el precio que ellos estipulasen.

No deja de sorprender este procedimiento de conversión. Es cierto que los Charrúas vendían con toda facilidad a sus enemigos y amigos, como lo acentúa muy bien el P. Salaberry, pero el hecho de que los jesuitas aceptasen ese sistema, era una autorización consagrada de su legitimidad.

Ese problema no dejó de llamar la atención de los gobernadores españoles. Así en 1690, el Gobernador de Herrera, ponía sobre el tapete el caso a S. M. en esta forma: "Que los charrúas de la otra banda del Río Paraná, en número de más de 2.000, sostenían guerra con los güeneanos, que son en menor número, a quienes divide sus tierras el Río Uruguay. Que antes que se hiciesen las ordenanzas por don Francisco de Alfaro, era costumbre que las personas que los charrúas apresaban a sus contrarios, las compraban los españoles; y discurriendo don Francisco Alfaro que esto daba fomento a las guerras de aquellas naciones, por este motivo lo prohibió en sus ordenanzas; pero resulta que, no pudiendo ser de nuestra parte admitir sus presas, bajo pena de la vida impuesta contra los que las comprasen pasan a cuchillo a sus enemigos así apre-

sados, sin excepción de edad ni sexo, porque al grande lo degüellan porque no se les vuelva a sus enemigos, y al pequeño, porque no lo necesitan para servirse de él, porque no es gente que tiene más familia que la que procede de ellos'' (1) por lo que el Gobernador proponía que los vecinos de Santa Fe, Corrientes, la Asunción, y los indios del Paraná y Uruguay, de las doctrinas del cargo de la Compañía de Jesús pudieran rescatar de los güenoas y guaycurúes, las piezas que éstos les diesen voluntariamente, apresadas de sus enemigos infieles, quedando encomendados por el término de cinco años.

Así pues, volviendo al Padre García, con las compras realizadas a los caciques, volvió a Santo Tomé con 26 personas a las que se agregaron 10 más después de su llegada al pueblo, recibiendo en los días siguientes las visitas de varios caciques, los que iban a darse cuenta de cuál era el género de vida que llevaban los cristianos; antes de volver con sus familias.

No nos dice el Padre García cual fuera el itinerario seguido por él, en el que empleó desle el 17 de Setiembre al 23 de Octubre, pero debemos suponer que recorrió más de 20 leguas en dirección hacia el Sur, hasta las proximidades del Cuareim, cruzando los ríos y arroyos que desembocan en el Uruguay, sin apartarse mucho de la costa, pues refiere que, en una ocasión quedando él, en un puesto llamado *Sacangi*, envió en comisión a unos soldados de su escolta, con su jefe guaraní Gaspar Guayurí, y que como tardasen en volver, los Güenoas entraron en sospechas de que los Yaros que habían pasado el Uruguay, se hubieran apoderado de ellos. (2)

Todo el trabajo preparatorio y la satisfacción del misionero, dejan creer que la fundación de una reducción estuviera madura, lo que nos permite circunscribir la fundación de Jesús María, entre los años 1684 y 1690.

En cuanto al fracaso de una y otra reducción, dice el Padre Cattaneo: Dos cosas contribuyen, sobre todo, para entre-

(1) PASTELLS. —IV, pág. 215.
(2) P. GAY. —Historia da República Jesuítica do Paraguay, pág. 195.

tener a los Yaros y Charrúas en su obstinación: una es el odio que tienen a los españoles, ellos saben lo que les ha costado antiguamente por defender su libertad, y por eso temen que se trate de reducirlos a la esclavitud; la otra es la vida desarreglada de los mismos españoles. Los bárbaros que viven con ellos en paz, van a comerciar con ellos a sus ciudades. La corrupción de las costumbres que ellos pueden allí observar, les sirve de pretexto para obstinarse más y más en su infidelidad. (1)

En estas apreciaciones está de acuerdo, con Dobrizhoffer, como veremos después.

Este hace la crítica del sistema empleado en la reducción de Cayastá, próxima a Santa Fe. Esta había sido fundada con 80 familias charrúas después de la derrota que les infringiera el Sargento Mayor Frutos por orden de Andonaegui, en 1750: al visitarla Parras, refiere que estaban dichos indios obedientísimos, muy instruídos en nuestra Santa Fe, y en las artes mecánicas y de agricultura, y que casi todos eran ya crisianos y los demás catecúmenos. (2)

En su sesudo estudio sobre los Charrúas y Santa Fe, el P. Sallaberri, publica las interesantes actas de la fundación de esa reducción.

Los Padres Franciscanos estaban a cargo de los charrúas reducidos, pero para seguridad de la estabilidad del nuevo pueblo, se trató de apoyar la acción de los misioneros con un piquete de soldados. Del resultado de este ensayo nos da cuenta el Cura de los Abipones, que conoció de cerca la marcha de la nueva reducción, en los siguientes términos:

"En 1750 los soldados de Santa Fe, para vengarse de sus frecuentes violaciones a las paces estipuladas, sorprendieron a los pérfidos charrúas, una madrugada, mientras ellos dormían en sus tiendas. Muchos fueron muertos y el resto con sus familias quedó cautivo. En la costa occidental del Paraná, se edificó un pueblo para ellos, a unas 20 leguas de la

(1) Cartas de Cattaneo. — Muratori, loc. cit.
(2) Trelles. — Revista de la Biblioteca, Diario de Parras, tomo IV.





ciudad. Un Cura les daba instrucción de religión y humanidades, y se agregó una guardia de soldados para asegurarle su seguridad personal y evitar sus peleas. Los salvajes se alimentaban sobre todo con carne de caballos salvajes que abundaban en los alrededores. Domesticados por el hambre y la miseria, los charrúas se aplicaron a la agricultura y se sometieron conformes a su Cura, el que, sin ningún temor por su propia seguridad, ni la de la colonia, quería que le retiraran la guardia de los soldados, pues encontraba que era completamente inútil su presencia para él y en cambio era perjudicial para sus neófitos. Este buen hombre, que era un franciscano, sabía que perdería su labor, si los indios observaban las costumbres y las razones de los soldados, tan opuestas a los principios de la iglesia. Por temor de una agresión hostil, los soldados eran enviados alguna vez, de la ciudad, para la defensa de la nueva colonia; pero nosotros temíamos más la venida de los soldados, que la de los salvajes, pues estos últimos por su licencia, hacían más daño a las mujeres, que todo el daño que pudieran hacer los salvajes a la colonia, con todas sus armas.'' (1)

El sistema preconizado de aunar la fuerza a la convicción, no dejó, pues, de tener sus inconvenientes, pues la soldadesca echaba por tierra la prédica evangélica, con la licencia de sus costumbres y con los atentados poco cristianos, que debían sufrirles los indios.

No dejaremos de señalar, las tratativas de reducción, iniciadas por el Cabildo de Montevideo y pactadas de igual a igual entre la autoridad comunal y los Minuanos, en el año 1762.

El año anterior, el Cabildo había destinado una zona de su jurisdicción, para formar una colonia con los indios Tapes que vagaban por la campaña, en la que se concedería tierras a todos los que la solicitaran, con el doble fin de evitar sus tropelías y de formar un pueblo que pudiera servir de defensa a la ciudad. Con ese objeto se les señaló el terre-

(1) Dobrizhoffer. — Tomo I, pág. 128.

no comprendido entre el Santa Lucía chico, el arroyo de la Vírgen y el de Carreta Quemada.

El Gobernador Viana, al abrirse la sesión de 29 de Marzo, expuso al Cabildo la venida de 4 indios minuanos, a cuya cabeza venía el Cacique Cumanday, quienes se presentaban para proponer la paz y buena armonía con la ciudad, y solicitándo se les dejara establecer en su jurisdicción: el Cabildo atento a lo que establecían las leyes de Indias respecto a las relaciones con los naturales, y a su reducción, resolvió hacerlos comparecer y emplear los medios conducentes para atraerlos a la paz, sin darles el más leve motivo a no abrazar ese temperamento, y hacerles ver las ventajas que a ellos les reportaría la misma paz, en el establecimiento que se proponían hacer. Acordaron para el mejor acierto, que concurrieran a la reunión, el Maestre de Campo don Manuel Domínguez y el Capitán don Juan Antonio Artigas, que se habían señalado por sus salidas contra los indios. Conferenciado el asunto con estos asesores, hicieron entrar a la delegación minuana, a la que invitaron a tomar asiento, sirviendo de intérprete el Maestre de Campo, que poseía el Guaraní, y "por entender, también, muy bien esta lengua, el referido Cacique" el que al parecer estaba en buenas relaciones con los Tapes de las Misiones, en las que tenía sus hijos. Expuso el Cacique su situación desairada por no haber participado en la guerra misionera con los Jesuitas, por lo que había resuelto buscar protección en la ciudad, con otros caciques que aguardaban el resultado de su gestión. El Gobernador por sí y en nombre de la ciudad le dió las gracias por haberse acogido a ella, declarándole en su nombre, que estaba dispuesta a tener con ellos una buena armonía, y que no sufrirían de parte de ella ninguna extorsión.

Pidióles luego le señalasen cual había de ser su camino de retorno a fin de que no fuesen molestados, para poder traer a sus familias, a cuyo fin impartiría las órdenes necesarias, ofreciéndoles trabajo para sus hijos y mujeres, con salario, para que pudieran atender a sus necesidades. Que eso se haría de acuerdo con la voluntad de ellos, pues en manera alguna, se pretendía usurparles el dominio y

mando que tenían en sus criaturas como padres de ellas, señalándoles que podrían colocarlas para que las educasen y vistiesen en casas como las del Gobernador, del Maestre de Campo y otras semejantes, y les invitaba cortesmente, que viesen si buenamente, y no de otro modo, querían por su sola libre voluntad abrazar nuestra Santa Fe."

Finalmente, que como tenía noticia que el indio Don José, uno de los cuatro, y hermano del Cacique, tenía su mujer en la ciudad, solicitaba de Cumanday le concediese la autorización para quedarse allí. "Si venía gustoso en ello, pues no se intentaba hacerle ninguna violencia, a lo que le respondió el Cacique, que no tenía en ello ningún reparo que hacer y que concedía gustoso la quedada de su hermano."

Le proponía igualmente el caso de si estaban dispuestos a admitir: que los indios que delinquiesen, fueran sometidos a la justicia de la ciudad, aceptando el Cacique ese temperamento, agregando que por otra parte él mismo los castigaría. Prometía el Cacique hacer conocer a los viejos de los suyos, tan buena acogida y amistad a fin de que ellos también vinieran con él a abrazar la paz. (1)

No se podía pedir un recibimiento más político, que demostraba a las claras todo el beneficio que reportaba para la tranquilidad de la ciudad esa paz con sus tenaces y porfiados enemigos.

Pasáronse sin embargo, nueve meses, sin que el Cabildo tuviese noticias de la vuelta de Cumanday. Con todo, presentóse éste nuevamente a fines del año a cumplir con lo prometido, acompañado por los caciques Quiritó y Lescano, declarando que la causa de su retardo, había sido debida al haber encontrado a los más de sus indios a su vuelta, con viruelas, y al haber caído enfermo él mismo; que había dejado a las familias en el Yí; que elegía para establecerse un arroyito próximo al río Santa Lucía; y que estaba dispuesto a cumplir la palabra que había empeñado la vez anterior.

La tercera visita de Cumanday, la realiza en el mes de

(1) Actas del Cabildo de Montevideo. — Revista del Archivo, III, pág. 289.

Marzo del año siguiente, esta vez acompañado de 8 caciques, y es recibido por el Cabildo, sirviendo de lenguaraz la india Petrona, hermana del cacique Don José, que era cristiana y que hacía tiempo que estaba radicada en la ciudad. En esta entrevista se repitieron los términos anteriores, concediendo a los indios la propiedad de los caballos que cogieran, que no pertenecieran a los vecinos de la ciudad, se les pedía su ayuda para perseguir a los ladrones de los campos, acompañando a las tropas de los vecinos en sus corridas, a lo que los caciques se mostraron dispuestos; y se les invitaba a que eligieran un Protector para que los representase ante las autoridades de la ciudad.

En Mayo del 64, finalmente, resuelve el Cabildo señalar la ubicación de la reducción en el Río de San Francisco, de la jurisdicción de la ciudad, seguramente el arroyo de ese nombre, "el arroyito" que habían elegido los minuanos sobre el Santa Lucía, que pasa por la hoy ciudad de Minas. Y para llevar a efecto su propósito, el Cabildo inicia en la misma sesión una colecta popular, a la que contribuyen la mayoría de los vecinos, con el fin de arbitrar recursos para la nueva fundación de los Minuanos.

Al finalizar el siglo XVIII, el estado de ánimo de los charrúas no variaba en absoluto al de las épocas anteriores. Así en 1785, escribía Doblas: "El buen natural de estos indios (los Minuanos) parece franquearía la entrada a su reducción y conversión; pero en nada menos piensan que en reducirse; y aunque no les es repugnante nuestra religión, les es la sujeción que ven en los indios de estos pueblos reducidos, y precisados a trabajar, lo que a ellos no sucede. Nadie determina sus operaciones, cada uno es dueño de las suyas; en el campo tienen su sustento en el mucho ganado que hay en él; y tienen pocas luces para conocer lo feliz de la vida civil, y mucha malicia para no dejarse sujetar al yugo de la reducción: A mí me parece que los minuanos jamás se reducirán con solo la persuación de la predicación evangélica. (1)

(1) Memoria Histórica de Gonzalo de Doblas.—Colección de Angelis.

La última tentativa de redución de los charrúas, se debió al Virrey, marqués de Avilés, el que en el año 1800, en vista de sus continuadas depredaciones, resolvió reducirlos, ya por los medios suaves o por los violentos. Para el primer procedimiento fué el encargado el Teniente Gobernador de Yapeyú, Francisco Bermúdez. Reservó para Bermúdez, dice Bauzá, la parte diplomática del plan, cometiéndole agotar todos los medios persuasivos para atraerse a los Charrúas y Minuanos, estableciéndolos en distrito determinado, donde pudieran entregarse con desahogo al trabajo; mientras que a Pacheco le encargó poblar cuatro villas: Belén, San Gabriel, San José y Cuareim, sobre la costa del Uruguay, entre el Arapey y el Cuareim; para lo cual ordenó se le habilitase con número suficiente de soldados, armamento y caballada de repuesto". (1)

Bermúdez encomendó a Juan Ventura Yfrán la tarea de buscar y de parlamentar con los indios, a cuyo efecto iba acompañado de una escolta de 50 hombres y de los Caciques charrúas Adeltía y Ocalión, ambos cristianos.

Después de una larga persecusión, pudo Yfrán conferenciar con los charrúas y con su Jefe Masalana, siendo inútil todo arreglo, debiendo volverse Yfrán, cediendo el puesto de acción al Capitán Jorge Pacheco, el que provisto de perros, y de un buen contingente de tropas, derrotó y deshizo a los Charrúas en el Arapey Grande, y en Arerunguá, haciéndoles una enorme matanza: Con todo, no pudo, falto de recursos, fundar más que la villa de Belén de las cuatro que estaban en el programa del Virrey.

No fué, pues, más afortunada esta tentativa civil que las empleadas por los religiosos, y el sistema de la fuerza no fué más eficaz que el de la persuación que emplearan los jesuitas, y así su falta de adaptación a la vida civil, hizo que esa raza, que no carecía de buenas condiciones, desapareciera por la fuerza de las armas, pasados a cuchillo sus últimos representantes en los primeros años de nuestra vida independiente (1832) en la jornada del Cuareim, la que Díaz llama enfáticamente las Vísperas Charrúas.

---

(1) **Historia de la Dominación Española. I, pág. 342.**

CAPÍTULO XVII

Las Reducciones Guaraníes

SUMARIO: La conquista espiritual. — Las primeras reducciones. — El P. Roque González funda san Nicolás. — Su martirio. — Los 7 pueblos orientales. — Los enemigos de los conversos: los Mamelucos. — Ruiz de Montoya. — El éxodo de 1642. — Los Guaraníes armados. — Sus victorias. — Campaña bajo las banderas del Rey. — En las guerras de la Independencia. — Otro enemigo de las reducciones: Las Pestes. — Sistema de Gobierno de los Jesuítas. — Sus ventajas y sus defectos. — Planta tipo de sus pueblos. — Institución de los cementerios. — Hospitales. — Las providencias de Higiene y las Instrucciones del P. Diego de Torres. — Elección sabia del terreno para los pueblos. — Condiciones sanitarias e higiénicas. — Construcción de habitaciones. — Sus defectos. — El índice de mortalidad adulta e infantil, en las reducciones. — Comentario de De Moussy.

Fracasada la tentativa del Padre Roque González de Santa Cruz, de reducir a los indios Charrúas, como había sido la del Padre Romero, dirigió aquel sus esfuerzos a la conquista espiritual de los que poblaban el alto Uruguay, logrando no sin repetidos esfuerzos, salir airoso en su empresa, con la fundación del pueblo de San Nicolás en el año 1626, cercano al pueblo de la Concepción, que el mismo había levantado en la otra margen del río seis años antes. A esta primera fundación siguieron la de la Candelaria en 1628 sobre el Ibicuy y algunas excursiones al Tape preparando el terreno para la fundación de nuevos pueblos. Del otro lado del río fundó también en aquel año de 1626, la que tan próspera vida había de tener: Yapeyú.

La labor del celoso misionero fué interrumpida, por el martirio, con sus hermanos de religión los P. P. Castillo y Rodríguez, consumada por los indígenas en 1628. Pero su

obra fué seguida con ardor por sus sucesores, congregando a los indios del Tapé en reducciones, que si no pudieron conservarse, por las irrupciones de los mamelucos, en sus primitivos asientos fueron trasladadas con sus moradores a las que estaban próximas al Uruguay.

Estas se constituyeron definitivamente, en los siete pueblos orientales: San Nicolás 1626, San Miguel 1632, San Borja 1690, San Luis Gonzaga 1691, San Lorenzo 1691, San Juan 1698, y Santo Angel 1706, teniendo por capital el pueblo de San Luis; llegando a tener estas poblaciones en sus mejores tiempos, alrededor de 30.000 almas.

La conservación de esa vasta organización misionera de los Jesuitas, debió sufrir las más rudas pruebas. No fué sólo la lucha obstinada con los indios no reducidos, los que como hemos visto, con frecuencia atentaban contra las poblaciones de los neófitos y aún sacrificaban a los misioneros, sinó que hubieron de padecer contra las invasiones en masa de los Mamelucos, mestizos de portugueses, de indios y de negros, que desde San Paõlo bajaban en gruesas expediciones, tentados por el botín de presas humanas; y que caían como avalancha sobre los pueblos para arrastrar a los indios cautivos, vendiéndolos como esclavos. Su dominio en las armas de fuego, hacía que fueran irresistibles y se calcula en más de un millón los Guaraníes que arrebataron, de los cuales, por otra parte sólo sobrevivieron unos 40.000.

A tal punto llegó la violencia de sus ataques, que fué preciso trasladar enteros, los primitivos pueblos, abandonándolo todo y retirándolos hacia el este del Paraná, y al Uruguay, para poner estos ríos, como barreras ante los bárbaros.

Ruiz de Montoya, el ilustre cronista y lingüista guaraní, alzó en 1632 los pueblos de Loreto y San Ignacio del Guayrá en 700 canoas embarcó 12.000 indios, como recurso extremo para huir de los terribles paulistas, llevándolos a los pueblos del Uruguay.

Mas ni aún así, en ellos, pudieron vivir tranquilamente: Los rudos mamelucos irrumpían en hordas devastadoras. Ruiz de Montoya pidió entónces, armas al Virrey de Perú para que los indios pudieran defenderse; se buscaron hermanos coadyutores que los preparasen en el ejercicio de las

bocas de fuego; y conseguido esto, partió para la Corte, a obtener la autorización real, la que después de largas gestiones se consiguió en 1635. Así fué como el hermano Bernal, portugués y antiguo soldado al servicio de España en Chile, antes de su ingreso en la compañía, y el hermano Domingo de Torres, se encargaron de la instrucción militar de los Guaraníes misioneros; y fué tan eficaz la obra de estos hermanos Capitanes, que las huestes mamelucas se estrellaron contra los escuadrones guaraníes en Jesús María en 1636, en Caazapamirí en 1638, en Caazapaguazú en 1639, sufriendo una sangrienta derrota y la más importante en Mboboré en 1641. Aún volvieron al año siguiente en Apiteribó y Mborica a probar fortuna, con mal resultado, siendo las últimas tentativas infructuosas las de 1651 y 1657.

Fueron también instructores y estrategas de los indios los hermanos Juan de Morales, Bartolomé de la Nube y Egidio de Stae.

Esas traslaciones funestas para los pueblos, las largas travesías, la falta de alimentos, y las enfermedades concluían con un gran número de indios, y una gran cantidad se extraviaba o huía a los bosques.

Con todo, la lucha tenaz sostenida contra los mamelucos, hizo resaltar las condiciones guerreras de los indios misioneros, que fueron utilizados, luego, por los gobernadores para cooperar en sus operaciones militares. Así el Gobernador don José del Garro, en 1680, pidió al Superior 4.000 hombres para la campaña contra los portugueses en la Colonia y partieron de Yapeyú en compañías de infantería, arqueros, lanceros, caballería y artillería. Llevando 500 bueyes para las piezas, 500 mulas para las provisiones, 4.000 caballos y un hospital bien provisto. Frente a la plaza, fueron disciplinados militarmente y llevaron el asalto con tal bizarría, que después de varias horas de combate, eran dueños de ella, contra las tropas aguerridas de Portugal encerradas en una buena plaza fuerte. Era la primera empresa en que intervenían y por toda la América repercutió la hazaña de los neófitos de la compañía. (1)

(1) Charlevoi X. — Histoire du Paraguay, Libro XIII.

En 1702 salió otra expedición contra los charrúas, derrotándolos en la batalla del Yi, compuesta de 2.000 indios que marcharon del Ibicuy al Yi con 4.000 caballos, 2.000 mulas y 2.000 vacas, víveres, artillería, etc. Los acompañaban seis jesuitas, de los que cuatro hacían de Capellanes y dos las funciones de médicos y enfermeros.

En 1705, se pidió otra vez su concurso, y 2.000 indios partieron en tres divisiones, dos por el río y una por tierra, que hizo 500 leguas, bajo el mando de cuatro Maestres de Campo, sus caciques, cuatro misioneros y cuatro hermanos cirujanos, trayendo 6.000 caballos y 2.000 mulas con el parque.

El Jefe del asedio, don Baltasar García y Ros, hace el elogio de sus condiciones guerreras, en el certificado en que declara que los considera muy dignos, beneméritos y merecedores de cualquier gracia, honras, mercedes y preminencias, que su Majestad fuera servida hacerles por sus especiales servicios. Los Portugueses en esta ocasión, ante la perspectiva de un nuevo asalto abandonaron la plaza. Formaban el Cuerpo de Cirujanos jesuítas, los Hermanos: Pedro Montenegro, Joaquín Zubeldía y Joseph Brassanelli. (1)

Cuando los Portugueses pretendieron sentar sus reales en la que hoy es Montevideo, 1724, Zabala solicitó de nuevo la cooperación de los indios misioneros, y otros 4.000 salieron para aquí, quedando dos mil, con la huída de los Portugueses, para levantar el fuerte Viejo y la obra de defensa de la nueva plaza, que Zabala se propusiera fundar.

Dos expediciones, una de 3.000 y otra de 6.000 salieron para sofocar las revueltas de la Asunción, la primera que llevó García Ros, al hacerse cargo de aquel Gobierno, que se había abrogado Antequera; y la otra en 1735, que conducía el Padre Segismundo Asperger, médico distinguido, contra los Comuneros sublevados.

Hemos de citar finalmente la guerra Guaranítica, sostenida en 1755, contra españoles y portugueses, por los neófitos, los que sufrieron el rigor de las armas de España, por querer ser fieles a su bandera y que vieron con horror que en

(1) *Documento 1.º del Archivo G. Administrativo.*

premio a sus servicios, les entregaron los españoles a sus enemigos de siempre.

La anulación del tratado de Madrid, dió la razón a los indios, que no deseaban separarse de España. Cuesta creer la inepcia de la diplomacia española de esa época, al entregar las misiones, que habían sido la muralla contra las pretensiones portuguesas, la barrera que no habían podido franquear, hasta el punto de establecerse en la Colonia haciendo un largo rodeo para evitar ese obstáculo. Además el fuerte contingente indio de combate, no era de despreciar y era el mayor error el entregarlo a sus naturales enemigos.

Corregido ese error, no sin haber previamente diezmado a los valientes y fieles guaraníes en Caybaté, donde cayó su jefe Nicolás Lagurú, sus mejores tenientes y 1.200 indios, otra real disposición trajo su decadencia definitiva. Tal fué la expulsión de los Jesuítas, decretada en 1767, llevada a cabo en 1768. Los administradores civiles empleados de la Corona no tenían el amor de sus neófitos, la producción descendió, la población se raleaba más y más, y sin tener quien vigilara por ellos, cayeron miserablemente en manos de los portugueses en 1801, sin un auxilio, ni una protesta de España.

Pero la nobleza de la raza resurgió en las luchas de la Independencia: Andresito, el teniente de Artigas los llevó por los campos bajo la bandera de la nueva patria, y su odio a los portugueses, los hizo defender palmo a palmo su suelo, hasta que vencido el héroe, arrazaron los de Portugal sus reducciones, reduciéndolas a escombros (1817).

Los últimos restos de los pueblos volvieron a agruparse de nuevo, a las órdenes de Rivera, el teniente de Artigas, en 1828, en sus gloriosas campañas de Misiones y al firmar el tratado de paz que reconocía nuestra independencia, hubo de abandonar Rivera su conquista, dando un adiós a los pueblos, que había de ser definitivo. Pero, si no pudo el caudillo llevar consigo aquel pedazo de tierra histórico, arrastró a sus pobladores, fundando con ellos dentro de nuestra frontera la colonia "Bella Unión". Fieles a su cau-

dillo, lo sirvieron denodadamente, quedando los huesos de los últimos misioneros en los campos de batalla de Arroyo Grande y de India Muerta, peleando por la libertad del Río de la Plata, contra la tiranía de Rosas.

Así concluyeron nuestras misiones; nuestras, porque si su territorio está anexado al Brasil, su historia es una parte de nuestra historia y en nuestras glorias y en nuestros desastres, se confundieron los indios guaraníes con nuestros gauchos. La posteridad seguirá llamándolas orientales como si aún nuestros límites pasaran sobre el Cuareim, para volverlas a abrazar.

Pero más mortíferos enemigos que mamelucos y portugueses tuvieron las misiones desde un principio en las pestes. La entrada de la Compañía de Guayrá, se señala como una de las más bravas. En 1588 se extiende ésta por campos y ciudades, causando millares de muertos, más de 100 por día, luego es la historia de las pestes inseparable de la de las misiones. Aparece en 1600 en el Guayrá; extendiéndose a todos los pueblos más tarde en 1597, 1613, 1615, 1618, 1622, 1635 (1) y luego periódicamente en el siglo siguiente en 1733, 1734, 1738 y 1762.

En todas esas ocasiones, era ímproba la tarea de los misioneros, dos padres generalmente se encargaban de los cuidados espirituales y de la asistencia de los enfermos; corrían a darle la extremaunción a los moribundos, enterraban los muertos, sangraban a los enfermos, consolaban a todos y con frecuencia caían ellos también atacados, dejando mártires, también, de su celo caritativo.

Hemos de volver al estudio de estas epidemias, desde el punto de vista médico, más adelante, señalando ahora la inmensa mortalidad que consumía a las poblaciones, reduciéndolas a veces a una mitad, a una tercera parte y en ocasiones despoblando, casi en absoluto, los pueblos florecientes.

Para completar esta rapidísima reseña histórica de las

(1) NICOLÁS DEL TECHO.—Historia de la Provincia del Paraguay.



Misiones, debemos señalar las características del sistema jesuítico, en sus reducciones, y las condiciones higiénicas de sus pueblos.

La base de la política jesuítica era el aislamiento, de sus pueblos de neófitos. Así como España cerraba las fronteras de sus colonias herméticamente, la Compañía lo hacía dentro de sus Misiones. En un principio enviaron los Gobernadores delegados, pero bien pronto consiguieron los Padres su retiro. Nadie penetraba en ese recinto, a no ser los Obispos en visitas, por cierto, bien espaciadas. Para hacer más absoluto el aislamiento, aprendían los misioneros el Guaraní, pero a los indios, no se les enseñaba el castellano.

Dentro de las misiones imperaba el régimen comunista, lo producido era bien de la comunidad, no luchándose por otra parte, con dificultades de parte de los indios, los que no hacían más que continuar en las condiciones de su vida salvaje, en la que no había "tuyo y mío".

El trabajo era obligatorio para todo el mundo; hombres, mujeres y niños, marchaban mañana y tarde a las plantaciones o a sus talleres al son de la campana, no escapando nadie a esta ley general.

La disciplina actuaba en todos los actos de la vida misionera, como en una escuela que se prolongaba toda la vida y de generación en generación. Alternaban sus trabajos con las prácticas de piedad, haciéndose sentir, para todo, la intervención de los directores; éstos casaban a los neófitos, cuando lo juzgaban conveniente, los dedicaban a los oficios a los que creían que tenían inclinación, y aún cuando nombraban autoridades indias, éstas no realizaban ningún acto de importancia, sin la intervención de los doctrinantes.

Por este régimen los Misioneros gobernaban 150.000 almas distribuídas en sus treinta y tres pueblos en la época de su esplendor.

Ese régimen absolutista de los jesuitas, que anulaba la personalidad individual del indígena, tiene en su disculpa el que no era más que el fruto de la época, era el fiel reflejo del sistema monárquico español, aplicado ampliamente en las reducciones guaraníes. Si trajo ventajas el sistema del comu-

nismo, el mayor de sus inconvenientes fué que quitó el estímulo a la producción individual y que la falta de un aliciente para mejorar el estado del individuo, no dejó prosperar la iniciativa, conservándose en el indio, la indiferencia que era la característica de su estado salvaje, para todo lo que fuera mejoramiento de su posición social.

El exceso de disciplina anuló la personalidad y así una vez dejados en libertad fueron incapaces de gobernarse a si mismos, tanto colectiva como individualmente.

El trabajo, generalizado a mujeres y niños, trajo el inconveniente de la desunión del hogar, al que no se le dió el calor de la familia, representado en el rancho vacío, sin un mueble, ni una silla, sitio que no convidaba por cierto a largas estancias, y al que sólo se recurría para dormir.

Así, si brillante fué el esplendor de las misiones en la época del predominio jesuítico, si grande fué la conquista espiritual, si representaba su obra el punto más alto, comparado con los conquistadores de espada; y su sistema el más humano al lado de los encomenderos, los defectos de su constitución hicieron que fuera su brillo efímero.

En su escuela aprendieron provechosamente los indígenas, pero después de un siglo y medio de enseñanza, eran niños todavía: la escuela no había hecho hombres.

Los Jesuítas para conservar la independencia de sus pueblos, trataron de fundarles lejos de las ciudades españolas, así se negaron a efectuar una reducción próxima a Buenos Aires. (1)

Por otra parte, buscaron la proximidad de los grandes ríos el Paraná y el Uruguay que les permitiese el acceso por vía marítima, a la vez que les proporcionaba un recurso contra las secas, para sus cultivos, y la provisión de agua potable abundante.

La construcción de los pueblos era tan semejante que al recorrerlos, "se llega a persuadir el viajero que un pueblo encantado lo acompaña por todas partes, siendo necesario

---

(1) Del Techo.

ojos de lince, para notar la pequeña diversidad, que hay hasta en los mismos naturales y sus costumbres. (1)

La planta en todos, era rectangular, de calles tendidas de norte a sur, y de este a oeste. En ancho de las calles, de diez y seis, a diez y ocho varas. Las casas eran grandes galpones de 50 a 60 hasta 100 de largo, de techo de paja generalmente, algunos de teja y rodeados de un corredor en todos sus costados de 3 varas de ancho. Estos galpones se dividían en superficies de 7 varas por 7, dentro de los cuales se separaban los dormitorios por medio de cueros o esteras; la construcción de las paredes era ya de piedra ya de ladrillo.

Los únicos muebles eran las hamacas donde dormían, debajo de las cuales en invierno, solían poner brasas en el suelo. (2)

En sus casas estaban sobre la hamaca o sentados en el suelo, abarcándose las piernas con los brazos que era su posición favorita. Algunas veces usaban unas sillas muy bajas. En esas habitaciones vivían muchos juntos, porque en un solo galpón, hacían la comida, se calentaban y alumbraban. (3) Cada habitación sólo poseía una puerta y una ventana pequeña, por las cuales recibían el aire y la luz, escasa por cierto, pues daban aquellas bajo un cobertizo, y como las piezas no tenían chimeneas, la salida del humo era de todo punto deficiente. Así lo reconoce el P. Hernández cuando declara que "es preciso añadir que las casas, aún en su último estado, presentaban un defecto notable contra la higiene y comodidad: el no tener más respiradero que la puerta y la ventana, careciendo de chimenea. (4)

Constituía el eje del pueblo invariablemente, la plaza, en una manzana de ciento cincuenta varas de cada lado, a la que enfrentaba la Iglesia, a uno de cuyos lados estaba situada la casa de los padres, y al otro, el cementerio, siempre cercado y lleno de naranjas, cipreses y palmeras.

Merece señalarse la instalación del Cementerio en las Mi-

---

(1) DIEGO DE ALVEAR. — Obras cit.
(2) MURIEL. — Cap. III. Costumbres de los guaraníes.
(3) GONZALO DOBLAS. — Relación histórica, 901. De Angelis.
(4) P. HERNÁNDEZ. — Organización social, tomo I, Las Casas.

siones, como una revolución dentro de las costumbres españolas.

Hasta entonces en España, lo mismo que en las ciudades coloniales, la costumbre era que los cadáveres fueran sepultados en los templos. Siguióse esa norma tradicional en un principio y debemos suponer, que lo que los obligó a modificarla, fué la aparición de pestes o epidemias que sobrevinieron en los primeros tiempos. Así Lozano nos refiere que en la célebre epidemia de 1588, el año del ingreso de los jesuítas, fué tanto el número de atacados, que no era posible enterrarlos dentro del sagrado recinto, viéndose los indios, atacados ya de la epidemia, forzados a cavarse su propia sepultura, fuera de la Iglesia, por no caber dentro los difuntos. (1)

No les pareció mal el procedimiento, ya que uno de los cronistas de la época refiere, que con ello se logró evitar la fetidez, que daban los cadáveres inhumados en los templos.

Así debió juzgarlo el Padre Torres, primer provincial del Paraguay, quien dió carácter permanente a la medida, en sus instrucciones para la fundación de los pueblos. Entre ellos, vemos que en el artículo 21 expresa terminantemente: "Haya (en cada pueblo), aparte cementerio cercado y cerrado, para que se conserve la Iglesia con la debida decencia". (2)

Desde la fecha de su promulgación, 1608, todos los pueblos tuvieron su cementerio, quedando sólo el recinto del templo para la inhumación de los padres misioneros. Funes comenta favorablemente la medida, señalando que "mucho después, discurrió la policía española, (una medida semejante) sin acabarlo de lograr". (3)

Junto al cementerio, estaba el refugio de las viudas o Catiguazú, destinado a albergar las mujeres, cuyos maridos debían, por sus ocupaciones, alejarse por terporadas prolongadas del pueblo; y las indias, que no teniendo un apoyo en su familia, vivían allí en comunidad, siendo sostenidas por el tupambaé o sea de los beneficios comunes.

---

(1) LOZANO. — Historia de la Compañía, tomo I.
(2) LOZANO. — Historia de la Compañía, tomo II, cap. XIV, libro ...
(3) FUNES. — Ensayo, tomo I, cap. XV.

Entre otros edificios públicos del pueblo, estaban los Colegios, los Graneros, los Talleres y el Arsenal.

Respecto de Hospitales, no los tuvieron de un modo permanente. Los que aparecen en los planos de algunos pueblos son de fecha posterior a la expulsión de los jesuítas. Charlevoix, que escribió en los últimos años de las Misiones, se quejaba de que en cada pueblo o a lo menos en cada cantón no hubiera un hospital y una buena farmacia, como tenían las reducciones de los moros, regenteados por los mismos jesultas, "pero dependiendo de la provincia del Perú". (1)

El erario real señalaba 100 patacones anuales para cada pueblo con destino a medicamentos, desde la real orden de Felipe III (2) pero para proveerse de medicamentos, debían recibirlos de las Boticas de Córdoba primero, y luego de la que los padres tenían en Buenos Aires.

Pero aun cuando no fuere permanente las instituciones hospitalarias, hubieron de recurrir a ellos los padres en casos de epidemias. Así refiere el Padre Boroa que fué el V Superior de las Misiones en 1637, que concluída la peste del Sarampión, como hubiera muchos enfermos de Cámaras, vióse precisado el Padre Gerónimo Porcel, ya experimentado con el trabajo que había tenido en la epidemia anterior, a procurarles un hospital, donde estuvieran los enfermos acomodados. Con ese objeto, habilitó una casa con sus repartimientos, la que proveyó de camas, encargando del cuidado de los enfermos a algunas personas caritativas que mirasen y velasen por ellos. Esta disposición facilitaba la vigilancia inmediata del padre. Fueron encargados de esa tarea los indios pertenecientes a una de las congregaciones religiosas. "Los Esclavos de Nuestra Señora", quienes tendían las camas y los vigilaban, en tanto que las indias hacían lo propio con la repartición de mujeres "barriendo toda la casa, fregando los platos y pucheros donde comían, lavando las alhajas de los que morían, con grande admiración y edificación de ellos mismos".

(1) CHARLEVOIX. — Libro V, tomo II.
(2) DEL TECHO. — Tomo II, libro IV, cap. XXXV.

Del mismo tipo de este hospital fué el que se instaló en Candelaria, pueblo del Uruguay, en esa época con 5 000 almas, donde "tenían los congregantes de la Vírgen, el hospital tan limpio y aseado que causaba devoción ver el consuelo y alegría con que les acudían trayéndoles leña y agua y de comer, con mucho cuidado y siendo los enfermos a veces doscientos". (1)

Pero fuera de estos casos el hospital no existía, siendo la asistencia de enfermos domiciliaria, como veremos luego, y aún afirma Xarque "los indios tenían una gran repugnancia a ser conducidos al hospital por su gran amor a la familia. (2)

Para los trabajos de la administración de estos pueblos: las tareas espirituales, cuidado de enfermos, la dirección de talleres, trabajos agrícolas, etc., tenía cada pueblo un Capellán y un hermano compañero; el primero para los trabajos espirituales, el segundo para los temporales, si bien había una especie de Cabildo formado de autoridades indias, el que no tenía facultad para resolver ningún asunto de importancia sin el beneplácito del Cura del Pueblo.

En la época del florecimiento de las Misiones, se agregaron hermanos coadyuvatores, especializados en la enseñanza de los talleres, en medicina, policía y hasta en los ejercicios militares.

Tales eran las condiciones de los pueblos de las Misiones. Revisten interés especial las disposiciones que con la higiene pública tienen referencia, en las instrucciones del P. Torres, para la fundación de los pueblos a las que ya hemos hecho alusión.

Respecto a la elección del terreno para su instalación, dice: "Antes de fundar un pueblo, se considera mucho el asiento de él; que sea capaz de contener muchos indios; de buen temple; buenas aguas; a propósito para tener sustento con chacras, pescas, y cazas, con lo cual se deben informar muy despacio de los mismos indios, principalmente de

(1) Boroa. — Citado por Hernández, Organización social.
(2) Xarque. — Vida de Ruiz de Montoya.

los caciques, teniendo atención a que estén apartados de otros, con quien traigan guerras", (artículo 1.°). En otra circular dice respecto al mismo asunto: "Escogerán el puerto que tuviere mayor y mejor la comarca y de mejores caciques y en el sitio más a propósito hagan la reducción y población, advirtiendo primero que tengan agua, pesquería, buenas tierras y que no sean todas anegadizas, ni de mucho calor, sino buen temple y sin mosquitos, ni otras incomodidades, en lo cual ellos mismos darán el mejor parecer y siguiendo el del Licenciado Melgarejo espero se acertará en ello como en todo lo demás"...

"El pueblo se trace al modo de los del Perú, o como más gustare a los indios o pareciere al Licenciado Melgarejo, con sus calles y cuadras, dando una cuadra a cuatro indios, un solar a cada uno, y que cada casa tenga su huertezuela y la Iglesia y casa de los padres en la plaza, dando a la Iglesia y casa el sitio necesario para Cementerio, etc., etc. (1)

En el artículo 2.° respecto de la repartición de tierras: "Funden el pueblo con trazas y orden de calles dejando a cada indio el sitio bastante para su huertezuela". En lo que se refiere a asistencia. "En todo ayuden a los indios como padres y pastores y los curen en sus enfermedades, con todo cuidado y amor.

Artículo 3.° Los enfermos que hubiera peligro se han de visitar todos los días por alguno de los padres: y en casa todos los días se hará una buena olla para repartir a los enfermos con un buen pedazo de pan.

El artículo 21 referente a Cementerio: "Haya cementerio cerrado y cercado para que se conserve la Iglesia con la debida decencia". (2)

No hemos de juzgar el grado de adelanto higiénico de los pueblos misioneros, comparándolos con los de la época actual, pero si paragonándolos con las primeras poblaciones espa-

---

(1) Instrucción del P. Provincial Diego Torres para los padres José Cataldino y Simón Mazeta, quienes salen de la Asunción para emprender la conversión de los infieles del Guayrá, 1608.

LOZANO. — Historia de la Compañía, tomo II, libro V, cap. XIV.

(2) LOZANO. — Historia de la Compañía, loc. cit.

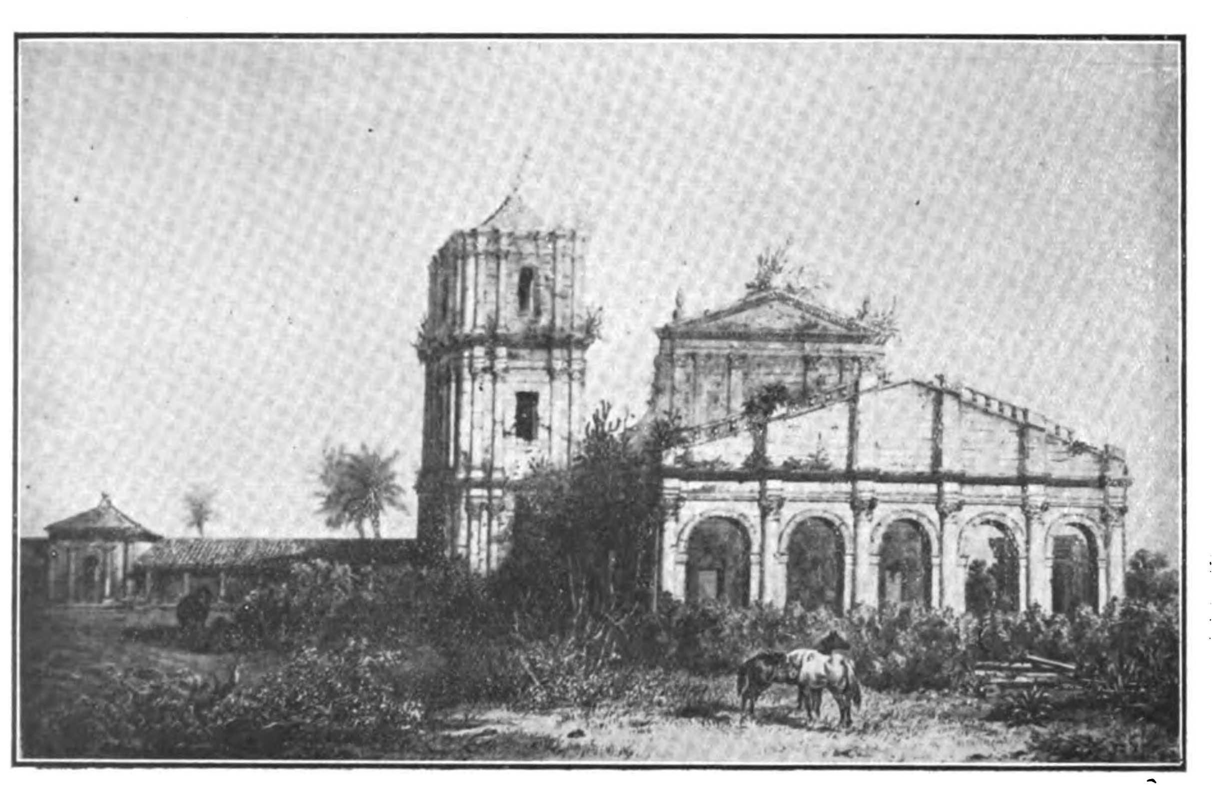


ñolas de la colonia, y en este caso se señalan por características propias. La elección del terreno de ubicación estaba juiciosamente estudiada. Todos los pueblos, después del traslado de los de San Ignacio y Loreto estaban planeados al margen de los grandes ríos, el Paraguay y el Paraná y sobre todo a una y otra margen del Uruguay. El río era todo para ellos; desde el punto de vista político era la barrera que los separaba de los Mamelucos, y su defensa, y al propio tiempo que los separa de sus enemigos, era la comunicación y el camino con los pueblos amigos de la Asunción o de Buenos Aires: era su provisión, con los peces de sus aguas y la caza de sus montes: era la fuerza industrial que utilizaban en sus molinos de agua: De Moussy, nos refiere haber visto en San Xavier los pilares ruinosos de algunos de ellos; los montes profusos de sus orillas les proveían de combustible excelente y abundante, y desde el punto de vista higiénico, era el río su baño y su lavatorio, la fuente de sus aguas potables, la pileta donde las indias lavaban sus ropas y el regadío de sus chacras y el abrevadero de sus ganados. No fué, pues, para sus pueblos, un problema el del agua como se presentó en la mayoría de las poblaciones españolas, incluso Montevideo, en los primeros tiempos de su fundación.

Atendido ese primer principio de la proximidad de los ríos caudalosos, con que cumplían las instrucciones: "Buenas aguas a propósito para tener sustento, pescas y cazas". lograban proveer la prescripción del "buen temple" sin distanciarse mucho del río, buscando a una legua de él generalmente las cuchillas más pintorescas: en la costa occidental del Uruguay, sobre un terreno ondulado estaba Yapeyú; sobre una colina de asperón colorado "La Cruz"; en colinas cubiertas con una selva casi impenetrable Concepción y Santa María la Mayor; y San Javier sobre una barranca (De Moussy). (1)

No menos bien situadas estaban los de nuestras misiones orientales: San Miguel sobre una colina roja, suave y despe-

(1) De Moussy. — Mémoire historique sur la décadence et la ruine des Missions des Jésuites.



Ruinas de la Iglesia de San Miguel (*según Demersay*)

jada: San Luis dominaba campañas sin término, con algunas manchas de bosques: San Juan sobre una lomita, roja también, tenía su colegio sobre un terraplén de cuatro varas, del cual se divisaba la campaña a larguísimas distancias. "La alegría de esta particularidad servía de motivo para que los Padres enfermos, después de haberse medicinado en San Carlos, cuyas aguas tenían mucha fama, pasasen a San Juan para convalecer. (Azara). (1)

La posición del resto de los pueblos era semejante y no es que todos fueron fundados en tan magníficas posiciones, si no que cuando alguna de las reducciones, sea por falta de defensa, sea por la pobreza del suelo, ya por las malas condiciones higiénicas, no podía prosperar, los padres resueltamente levantaban las casas con sus indios, muebles y ganados y buscaban más adecuadas y hospitalarias regiones.

A la proximidad de los ríos, y a su sede en colinas, exigían la contigüidad de los bosques frondosos, tan comunes en las márgenes de aquéllos; con ello llenaban la necesidad del comestible, la provisión de maderas y el recurso de la caza: además fuera de los bosques naturales, plantaban en las proximidades montes de árboles frutales, y los inmensos yerbales que constituían su riqueza; más lejos, extensas zonas estaban destinadas a las estancias de cada pueblo, ricas en millares de cabezas de ganado, que llegaban en nuestro país hasta las márgenes del Queguay por el Sur y por el Este hasta las proximidades del Río Negro. (2)

Fué acertada y sagaz, pues, la ubicación de los pueblos y llenaba las exigencias higiénicas satisfactoriamente: la planta de los pueblos con sus plazas, con su calles, rectilíneas y dejando "a cada indio el sitio bastante para sus suertezuelas" nada dejaba que desear.

En cuanto a las condiciones higiénicas de las poblaciones, hemos visto que eran defectuosas; con todo, pasado los primeros tiempos introdujeron reformas importantes respecto a los materiales de construcción, el techo pajizo que facili-

(1) AZARA. — Viajes inéditos, 1873.
(2) Plano de PASTELLS, tomo I.

taba los incendios fué sustituido por el de teja, la pared de barro por el ladrillo y la piedra; y acaso el tipo de construcción hubiera mejorado sino hubiera encontrado una traba formidable en el sistema comunista que exigía la igualdad y pobreza de las habitaciones, no dejando nada a la iniciativa privada, no fomentando el amor a las comodidades, no procurando iniciarles en el uso del mobiliario, sin los cuales no podían adelantar; pero el principio de la pobreza individual era la base del sistema y a él se sacrificó, como en cosa de mayor monta, también, el progreso, continuando secularmente la habitación desnuda y oscura, trasunto en su nueva vida, de la choza del bosque en que vivieron antes de que el misionero los trajera a la vida civilizada.

Una observación semejante cabe respecto del vestido que sólo se distinguía en los indios que tenían empleos, y destinado únicamente para los días festivos. El uso del calzado era desconocido en todos los pueblos.

Respecto de servicios sanitarios nos parece superfluo hablar, ya que ni en las ciudades coloniales, ni en las españolas existía; mal podía pretenderse, pues, que tuvieran alguna noción en las reducciones. No hay ninguna cita al respecto, lo que nos deja presumir que se seguiría la ley natural, de satisfacer las necesidades donde éstas los tomaran.

Si ahora desde el punto de vista práctico, hubiéramos de comprobar el resultado higiénico, no es posible atribuir a sus condiciones especiales los desastres epidémicos, pues el factor del terreno, virgen en los indios, los predisponía mayormente, por otra parte aún esas epidemias en otro elemento, como en España, arrasaron la península con una impiedad semejante y cuando en épocas posteriores en nuestras ciudades se introdujeron, no fué menor el estrago.

Como un dato que pueda dar el índice de su estado sanitario, tomamos la mortalidad en las misiones Paraguayas el año 1767 (1), el último que estuvieran bajo el dominio jesuítico.

En los pueblos de esa zona había entonces 42.050 almas y

(1) Hervás. — Catálogo de las Lenguas, I, tomo I.

hubo ese año 537 defunciones de adultos y 1.025 de niños, lo que reducido a la mortalidad por 1.000 habitantes, nos da un 37 por mil de mortalidad general y un 24 por mil de mortalidad infantil.

Las estadísticas, si bien incompletas de los misioneros, nos permiten apreciar grosso modo, las dificultades con que debieron luchar para conservar esos pueblos contra los factores de la elevada mortalidad infantil, las epidemias, el hambre y la débil natalidad.

Así vemos que en el siglo XVIII, la población del total de las Misiones, va en creciente aumento, llegando a su apogeo en el año 1732, con 141.242 almas, habiendo aumentado desde 1715 cerca de 24.000 habitantes.

Las epidemias de los años posteriores, de viruela, de sarampión, de disentería, y de escarlatina (según De Moussy) a las que siguió el hambre, diezmaron sin piedad los pueblos decreciendo su población año tras año, llegando en el de 1740 a 73.910, en los períodos siguientes la situación mejora obteniendo en 1752, 101.142, y oscilando alrededor de esa cifra hasta el año de la expulsión de los padres en 1768.

Damos las cifras de la población del período 1731 - 1744, que recoge De Moussy; anotando conjuntamente la mortalidad infantil, según las cifras que publicara Muratori.

Años	Nacimientos	Defunciones	
1731	138.000	3.623	
1732	141.389	4.160	
1733	126.389	12.933	Año de peste
1734	116.250	6.094	
1735	108.228	3.047	
1736	102.721	3.969	
1737	104.473	1.459	
1738	90.287	6.216	Año de carestía
1739	74.159	5.423	Año de peste
1740	73.910	2.194	
1741	76.960	2.269	
1742	78.929	3.265	
1743	81.355	2.905	
1744	84.606	2.501	

No es posible relacionar esa cifra de la mortalidad infantil al número de los nacimientos que no conocemos; en su relación con el número de habitantes está representada en una mortalidad infantil de 44 por mil habitantes.

De Moussy da, también, un interesante cuadro de los nacimientos y defunciones en las Misiones Orientales, en los 7 años de la ocupación portuguesa 1752 - 1760, que reproducimos:

Años	Nacimientos	Defunciones
1752	1.476	990
1753	1.810	1.006
1754	1.711	1.220
1755	1.835	1.895
1756	221	320
1757	1.199	855
1758	1.330	1.312
1759	1.252	1.211
1760	1.465	1.017
	12.319	9.826

Lo que señala una disminución en el número de habitantes en esos años, de 2.493.

La población total en los siete pueblos era en el 1.° de Enero de 1752 de 29.191, y de 27.247 en la misma fecha de 1761.

Se había perdido en esos 9 años la cifra de 1.944 habitantes.

Si calculamos la población de esos 9 años como un promedio de 28.000 almas nos da un porcentaje de 49 por mil de población, en los nacimientos y 39 por mil, de defunciones.

Expulsados los Jesuitas, la población fué disminuyendo cada vez más. En 1785 Doblas la calculaba para todos los pueblos en 70.000 almas y en tiempos de Azara, la apreciaba éste en 54.388 para el total y en las Misiones orientales, daba a los siete pueblos 16.590.

Terminaremos con la transcripción del comentario de De Moussy.

"En las Misiones del Paraná y del Uruguay era sobre todo,

al flagelo de la Viruela que se debía esa alta mortalidad. El crecimiento que la población alcanzaba en diez o doce años se detenía de pronto a consecuencia de una epidemia que venía a arrasar con ese excedente.

Los Jesuitas buscaban, por todos los medios posibles favorecer el desarrollo de la población en las reducciones que habían fundado. Casaban, con ese fin, jóvenes a los indios, no permitían celibatarios en la edad viril y propendían al casamiento de todos los viudos, siempre que no fueran muy viejos. Además las mujeres casadas tenían derecho a usar el cabello largo hasta no ser madres, y se despertaba en todas las Misiones a los indios con un toque de campana una media hora antes de la hora de levantarse. Y sin embargo, por causa de esas fatales epidemias la población no aumentaba sino muy poco". (1)

---

(1) De Mousey. — Memoria citada.

CAPÍTULO XVIII

Enfermeros y médicos jesuitas en el siglo XVII

SUMARIO: Los Jesuítas, curas del alma y del cuerpo de los neófitos. — Una consulta a San Ignacio sobre la sangría. — Los medicamentos. — Los Padres enfermeros: Juan Saloni, Tomás Filds y Manuel Ortega. — El Padre Pedro Añasco, enfermero de Córdoba.— Los P. P. Roque González y Vicente Griffi. — Antonio Ruiz de Montoya. — Sus condiciones de enfermero. — La lucha contra los mamelucos, el éxodo de las Misiones y las pestes. — Los P. P. José Cataldino, Simón Maceta y Martín Javier Urtazún. La muerte de éste, víctima de la fiebre. — Muerte del P. Packman de peste, en Buenos Aires. — El enfermero P. Blas Gutiérrez. — El P. Pedro Romero en las pestes del Uruguay. — El P. Francisco Díaz Taño. — Su actuación como superior y su dedicación de enfermero. — El Hermano Domingo de Torres. Militar, arquitecto, enfermero y herborista.

Aún cundo el objeto y fin de los misioneros era el de la conversión a la fe, de los indios gentiles, el ardor de su celo y su caridad apostólica, hizo que no descuidaran la salud del cuerpo, cuidándoles y atendiéndoles con esmero en sus enfermedades. Desprovistos de todo y a grandes distancias de los centros poblados, debían también prestarles su auxilio en todas sus enfermedades; además había una razón especial que los vinculaba a los enfermos y era el deseo de que no murieran, sin el bautismo los infieles, y los creyentes sin los sacramentos.

Con ese objeto y a fin de conquistar sus ánimos, ponían todos los recursos de su experiencia, para aliviar a sus neófitos, los que agradecidos facilitaban sus tareas de conversión. Así pudo decir un autor inglés "que los Jesuítas eran no

sólo los curas de las almas sinó también los del cuerpo, de los Guaraníes. (1)

Una vez fundadas las primeras reducciones, la necesidad obligó a los jesuitas a multiplicarse y a intervenir en toda clase de menesteres, como directores y maestros de los indios. Como nadie penetraba en sus pueblos, ellos se empeñaron en capacitarse en la enseñanza de todas las artes de la vida civilizada, creando artesanos y obreros en todos los ramos, así fueron arquitectos y músicos, escultores y pintores, farmacéuticos y médicos, agricultores e industriales.

Las epidemias repetidas que padecieron los neófitos; las guerras continuas contra los mamelucos, las expediciones militares, las emigraciones en masa, que los exponían a los trastornos de los climas distintos, todo dió motivo para que su experiencia, así en los problemas de la patología regional, como en los de cirugía se fueran enriqueciendo, obligados por la necesidad o impulsados por el amor intenso con que se consagraban a su obra.

Debieron emplear en sus primeros tiempos los más elementales procedimientos curativos, tanto por la falta absoluta de medios, como por su escasa preparación, pero todo lo suplían con su generosa voluntad.

Preguntado, San Ignacio, por los primeros jesuitas del Brasil si les estaba permitido a los sacerdotes misioneros practicar la sangría cuenta el padre Vasconcellos que respondió: "a todo se extiende la caridad". (2)

Y así lo hicieron. Refiere el P. Patricio Fernández como los misioneros "curaban con purgas y sales" y como "los indios por las más leves indisposiciones se querían sangrar" y pidiéndoles el brazo ofrecían la parte donde sentían el dolor. (3)

Desprovistos de medicamentos, pues sólo muy tarde tuvieron boticas y estas nunca alcanzaban a todos los pue-

(1) Un inglés anónimo en 1768. — DOBRIZHOFFER.
(2) *Citado por Garzón Maceda*, tomo I, Historia de la medicina en Córdoba.
(3) P. PATRICIO FERNÁNDEZ. — Relación de los Indios Chiquitos, cap. I.

blos, era su farmacopea de lo más heterogénea: pólvora, azufre, grasa de tigre, enjundia de gallina, a los que fueron agregando con el tiempo el vasto herbario medicinal indígena, como veremos al ocuparnos de sus obras.

Respecto de la cirugía pocos datos tenemos al respecto, pero debemos creer que ella se hallaba al cuidado de los Curuzuyarás, o al de los hermanos médicos, cuando los hubo, pues no creemos que hasta ella alcanzara el adagio de San Ignacio: " a todo se extiende la caridad". Tocóles a Saloni, Ortega y Filds, los primeros jesuitas que llegaron del Brasil, en 1587, ensayarse como enfermeros a poco de instalarse. Encargados del cuidado de la Asunción y de la provincia del Guayrá, los P. P. Juan Saloni, Tomás Filds y Manuel Ortega fueron sorprendidos por la peste en 1589, poniéndoles a prueba.

En Asunción, en Ciudad Real, en Villarica, asistían españoles e indios, enterraban los muertos, recorrían los campos buscando los enfermos y multiplicábanse en todas partes, llevando el consuelo espiritual, y el alivio de los males, el alimento y las medicinas que estaban al alcance de sus manos, que no eran muchas por cierto. Al tratar de las epidemias, relataremos las noticias de los cronistas sobre la obra de estos misioneros. Muerto Saloni, en 1799, Filds y Ortega siguieron prestando sus servicios a los enfermos con el mismo celo.

Cuando el contagio era más temible, nos dice Del Techo refiriéndose a la peste de 1597, salieron los dos de Villarica, recorriendo, según acostumbraban, los campos, penetrando en las cuevas y en los bosques, subiendo a las montañas y no omitiendo esfuerzo de ningún género para salvar las más almas que pudieran. A veces no sabían donde dirigir sus pasos, pues los bárbaros, atacados de la enfermedad, o temerosos de ella, salían en gran número de las espesuras de los bosques para recibir los sacramentos. Otras, llegaba a su noticia que los enfermos yacían sin fuerzas en el camino ... Ellos hacían cuanto estaba en sus manos para atender a males tan grandes. (1)

(1) Del Techo. — Libro II, cap. XIII.

El Padre Juan Saloni, era natural de Valencia, y había actuado en el Brasil "donde se portó cual bueno", siendo considerado el primero que introdujo en el Paraguay la Compañía de Jesús. (1) Hay pocos datos biográficos respecto de su vida anterior.

Después de su benemérita labor en la epidemia, cayó enfermo, y como fuera llamado para socorrer a un hombre que agonizaba, salió y "como a la sazón llovía copiosamente se mojó, agravando la humedad el mal de que padecía, ocasionándole la muerte en el año 1599."

Tomás Filds, era nacido en Irlanda e hijo de médico. Falleció en la Asunción a los 80 años, a principios del año 1625, después de prestar sus servicios por más de cincuenta años en el Brasil, en Tucumán y el Paraguay.

El Padre Manuel Ortega había nacido en el Brasil, de padres hidalgos. Entró joven en la Compañía y aprendió en su país, al igual de Filds y de Saloni, el lenguaje de los tupís, que era el mismo de los Guaraníes, evangelizó en el Brasil, donde fué Secretario del Padre Anchieta y fué enviado por éste a las nuevas misiones del Paraguay.

Después de trabajar allí y en Tucumán, fué llamado por la Inquisición a Lima, donde permanecció dos años preso, siendo absuelto luego por el tribunal, y honrado por la Compañía por su inocencia. Enviado a catequizar a los Chiriguanos por el Virrey del Perú, allí permaneció dos años. Ya anciano marchó a Chuquisaca a curarse de una vieja herida que tenía en la pantorrilla, causada por una espina, y que le había recrudecido, muriendo no se sabe si a consencuencia de ésta, en esta ciudad en el año 1622, a los 61 años de edad, de los que empleara 20 en las Misiones. (2)

P. Pedro Añasco. — Aun cuando no actuara en las regiones guaraníes del Paraguay, no podemos dejar de citar entre los jesuitas que se distinguieron en aquella época, como enfermero al P. Pedro Añasco. Nacido en Lima, en donde ingresara en la Compañía fué destinado a las misiones de Tucumán en

(1) DEL TECHO. — Libro II, cap. XII.
(2) DEL TECHO. — Libro II, cap. XXIII.

1590, con el P. Juan de Fonte. A poco de estar allí fué enviado a los frentones que estaban atacados de una peste gravísima.

Se dedicó, luego, al estudio de las lenguas indígenas y en colaboración con el Padre Bárcena, dejó las Gramáticas de muchas de ellas, llegando a hablar 9 lenguas.

Catequizó después a los Omaguas entre los cuales, como cayera enfermo su compañero el P. Monroy, con fiebre, fué a atenderlo a la ciudad de Jujuy, cuidándole en su dolencia, de la cual logró mejorarlo; tocóle asistir igualmente al P. Juan Romero, curándolo de unas fuertes calenturas que padecía. Murió en Córdoba el 5 de Abril de 1605. De las condiciones de enfermero que poseía, nos dice Del Techo: "En sus excursiones apostólicas por el Tucumán, se le vió muchas veces curar a los indios de pestilentes úlceras, limpiar los gusanos y pus que arrojaban éstas y emulando la virtud de San Francisco Javier, beber en presencia de los bárbaros estupefactos al ver tan heroica fortaleza, vasijas llenas de podre y otras cosas fétidas arrojadas por las llagas de los dolientes. Sus continuos ejercicios eran besar las úlceras de los enfermos, socorrer a los que sufrían, dar alimento a quien lo necesitaba, dormir poco, orar mucho, azotarse cruelmente y anticiparse siempre a servir a sus compañeros. El P. Nieremberg lo coloca fundadamente entre los más esclarecidos hijos de la Compañía. (1)

Roque González y Vicente Griffi. — Era Roque González, novicio aún, llevando sólo 6 meses en la Compañía, cuando fué destinado con el P. Vicente Griffi, italiano, para catequizar a los Guayanás.

A los pocos meses de estar en su cometido sobrevino la epidemia de 1610. Los Misioneros no descansaban un momento, hacían de médicos, llevaban leña y agua, sangraban, daban de comer a los enfermos, prestaban ropas de cama a los pacientes y no se desdeñaban en cubrirse con las mantas que éstos habían usado. (2) De esta manera, dando ya

---

(1) Del Techo. — Libro II, cap. XXXI.
(2) Del Techo. — Idem.

indicios de las altas empresas que más adelante llevaría a cabo, se ensayó en las misiones; fué destinado luego al Paraguay en 1620, donde fundara las primeras reducciones, Itapua y Yaguapúa con el P. Francisco del Valle de compañero; a poco de llegar allí, el hambre hizo que se ahuyentaran los indios y costóles lo indecible volverlos a las reducciones.

Más apenas habían logrado ésto, cuando sobrevino otra calamidad, pues como consecuencia de los malos alimentos que los indios usaban se desarrolló la peste y postró a muchos en cama, incluso al Padre Francisco del Valle, de modo que el P. Roque González quedó solo para remediar tantos males, ímproba tarea que soportó gracias a su robustez y constancia de ánimo. (1)

En 1620 llegó el P. González al Uruguay fundando la primera reducción llamada "La Concepción", sobre la margen derecha y encargándosele más tarde la exploración del país comprendido entre el Uruguay y el puerto de Buenos Aires para echar los cimientos de un nuevo pueblo en las márgenes del Uruguay.

No fué muy feliz el P. González, en esta empresa a la que los tapes arriba y los charrúas abajo oponían una resistencia tenaz. Agregóse a eso una nueva peste en la Concepción por lo cual se dispersaron nuevamente los neófitos y catecúmenos, viéndose en la precisión de cruzar sin descanso los campos y las selvas, buscando a los enfermos, a fin de que ninguno muriera sin confesión... Con la pestilencia vino el hambre y muchos huyeron a lugares apartados, donde comían lo primero que encontraban, aunque fuera nocivo a su salud. (2)

Hemos visto cómo murió en 1728 a manos de los indios: Fué el primer misionero del Uruguay, era natural de la Asunción del Paraguay, hijo de padres nobles en sangre y costumbres, y entró en la compañía el año 1609. Era cuñado de Hernan Darias de Saavedra y "se había hecho jesuita

---

(1) DEL TECHO. — Libro VI, cap. XI.
(2) DEL TECHO. — Libro VI, cap. XXVIII.

siendo ya sacerdote a los 33 años de edad. Tenía pues al morir 18 años en la compañía y 51 de edad."

Su compañero el P. Vicente Griffi, italiano, no permaneció mucho tiempo en las Misiones, pues poco después cambiaba de orden entrando a la de los franciscanos.

Antonio Ruiz de Montoya. — Había nacido en 1588, en Lima, ingresando a la Compañía en 1606, haciendo su noviciado en ella. Dió prueba allí, a la par que de su virtud, de su talento y de su caridad. Vivía allí, dice su biógrafo, (1) muy contento en cualquier oficio, por muy humilde y trabajoso que fuese. Siempre elegía para si lo peor y de más fatiga, lo que le parecía que otros hallaban más repugnancia". Estando en el noviciado, una enfermedad contagiosa postró a casi todos los novicios, quedando en pie sólo él, con otros dos compañeros, quienes se dedicaron al cuidado y asistencia de los enfermos. "Era admirable su puntualidad, su asistencia, su desvelo de noche como de día en dar los cordiales y medicinas a la hora que ordenaban los médicos, sin alcanzar una hora de descanso en que pagar al sueño su forzado tributo. Con que rendido a la larga, adoleció de una ardiente calentura que luego hizo rapto a la cabeza y lo privó del juicio. Más no le duró más que un día, hallándose libre a la media noche, levantóse luego y con mayor fervor volvió a servir su plaza de enfermero". (2)

Desahuciaron en esa ocasión a uno de sus compañeros. Afligióse éste en extremo y compadecido Ruiz levantó su espíritu diciéndole: Hermano mío, tenga buen ánimo, que no siempre aciertan los médicos en sus pronósticos. Encomiéndese a Dios muy deevras y no tema, que yo le aseguro que desta no morirá", y así fué en efecto realizando cumplidamente su pronóstico.

Fué enviado en 1607 a Córdoba, haciendo el viaje en carreta desde Chile. "Del sereno, de las lluvias, vientos y soles le resultó una fluxión a los ojos y dello se le hizo una nube en ellos y aunque para resolverla sabía un reme-

(1) JARQUE. — Ruiz de Montoya en Indias, libro I, cap. X.
(2) JARQUE. — Ruiz de Montoya en Indias.

dio eficaz, no quiso emplear otro que el de la paciencia y hasta que apremiado por su superior, hubo de aplicárselo, viéndose en seguida libre de su mal. (1)

En 1609, ya sacerdote, fué enviado a las misiones del Guayra, donde estaban los P. P. José Cataldino, Simón Maceta y Martín Javier Urtazún, quedando Ruíz con el Padre Maceta en Loreto, mientras los otros dos se instalaban en San Ignacio.

Allí entre sus ocupaciones, estaba la de asistir a los enfermos todos los días desde el alba. En esas tareas, en una ocasión, enfermó gravemente, quedando postrado sobre el suelo hasta la llegada de su compañero el Padre Maceta que había ido a un lugar distante a visitar a unos indios atacados. No bien mejorado, volvió al desempeño de sus trabajos.

Como realizaba su obra, nos lo dice su compañero: "Hacía oficio de labrador para ayudarles en sus sementeras, de médico cirujano para curarlos en sus achaques, sangrándolos por su mano, y aplicándoles diferentes remedios que le enseñaba el Divino Amor. De su pobreza socorría a los que no podían ganarlo con el sudor de su rostro... y no se contentaba con enseñarles los misterios de la fe. Parece que le había infundido el cielo el magisterio de todos los oficios mecánicos, dándoles lección para cortar sus vestidos, fabricar sus chozas, beneficiar los campos, con que vinieron a cobrarle tanto amor, que los gobernaba con mucha facilidad, que para dominar los corazones más bárbaros y domesticar la más cimarrona fiera, no hay tal arte como hacerles bien".(1)

En esa época comenzaron las irrupciones de los Mamelucos y fué llamado a la Asunción el P. Ruíz; en las penurias del viaje, sujeto a las lluvias y humedades, se le inflamó una rodilla no dejándolo caminar, encontrándose providencialmente una mañana sano y bueno.

(1) Jarque. — Cap. XII.
2) Maceta. — Citado por Jarque, cap. XVII.

A su vuelta enfermó y murió el P. Urtazún, asistiéndole día y noche, el Padre Ruíz, con mucha caridad, ya que no con medicinas, regalos ni alimentos, pues no había para darle ni un bocado de pan. A su turno, cayó enfermo él también, ya debilitado por el hambre y el trabajo excesivo, de una fiebre maligna, padeciendo solo los graves accidentes de esta enfermedad y llegó a peligro de muerte, pero sin médico, ni medicina, ni regalo alguno, cobró perfecta salud". (1)

Hubo de volver luego a la Asunción, de donde consiguió unas vacas para formar una estancia, juzgando así que con las crías y leche serían de socorro para los misioneros y de los pobres indios enfermos. De las 40 que llevaba sólo llegaron vivas 11, con lo que pudo formar su plantel.

No sólo atendía con sus cuidados a misioneros e indios, sino que su casa era el hospital de los españoles. Así se refiere que un encomendero cayó enfermo en Loreto, tratando de partir para la Asunción, donde tendría más asistencia y regalo y estaría más a mano de médicos y medicina. Disuadióle el P. Antonio, ofreciéndole su casa donde le serviría con toda solicitud, encareciéndole el peligro de que en el viaje su enfermedad se agravase o perdiese la vida. Hubo de acceder el enfermo más que a sus ruegos a la gravedad del mal que acreció, imposibiltando su partida. Cuidólo tan bien el P. Ruíz, que curó completamente.

En 1620 a la vuelta de un viaje a Buenos Aires y nombrado Superior de las Misiones llegó a la Asunción donde empezaba a hacer estragos la viruela. Dos de sus acompañantes murieron, luego 4 y en el viaje hasta Loreto, fueron postrándose casi todos. A la viruela acompañaba otra "no menos maligna de ardiente tabardillo y aunque les acudió con sangría, murieron otros diez, quedando sólo cuatro, de los veinte que habían salido".

La epidemia la llevaron con él, sus acompañantes a Loreto donde comenzó a hacer estragos, tratando Ruíz de evi-

(1) Jarque. — Loc. cit.

tar la comunicación con San Ignacio, a fin de preservar este pueblo. Mas fué inútil, siendo tal la violencia, que no daban abasto para atender a los atacados, siendo así que todos servían plazas de médicos y cirujanos y enfermeros, ejecutando sangrías, disponiendo y aplicando varios medicamentos, administrándoles por su mano la comida". (1)

El Padre Baseo, encargado de enterrar a los muertos, cayó víctima del contagio, dejando al morir toda la carga a Ruíz de Montoya, a Cataldino y Maceta.

Pasada la peste salió a catequizar los Tayoabas, los Itatines, los Guaycurús y los Guañanas, tocándole asistir a éstos, en una peste que hacía estragos sobre todo en los niños (1626), y que se extendió por todas las regiones vecinas, acudiendo en su socorro, con sus compañeros.

Respecto del resultado de sus trabajos, él lo manifiesta humildemente declarando que: "Fué nuestro señor servido muriesen muy pocos de los que yo pude sangrar". Su asistencia duró 40 días, calmándose luego la peste en los Guañanas.

Desde esa fecha hasta 1632, todos sus cuidados fueron, el tratar de defender a sus reducciones, contra los asaltos feroces de los Mamelucos, que arrasaban los pueblos y se llevaban en tropas a los indios esclavos; tan frecuentes llegaban a ser esas tropelías, que viendo desaparecer sus misiones, optó ante la invasión de 1632, por alzar los pueblos de San Ignacio y Loreto, y llevarlos con sus indios al Paraná, embarcándolos en canoas; la miseria, el hambre, los rigores del clima, diezmaron en el viaje a la indiada, esforzándose Montoya con sus Padres, por hacerles más llevaderos sus males, en lo que les era posible.

No considerando aún allí, seguros sus pueblos, marchó ese mismo año a la Corte a denunciar a viva voz los hechos ocurridos, consiguiendo la promulgación de reales cédulas sobre la libertad de los indios y consiguiendo que se les permitiera el uso de armas de fuego para defenderse.

Quedó en Madrid hasta el año 1639 en que publicó su

---

(1) JARQUE. V. de Ruiz de Montoya. — Libro II, cap. I.

"Arte a la Lengua guaraní, el Tesoro y Vocabulario" y "La Conquista Espiritual". Volvió luego a Lima, su patria, donde murió en 1652, a los 70 años de edad.

Ruíz de Montoya, es una de las figuras más notables de los primeros tiempos de las misiones. Su labor de misionero lo caracteriza como un apóstol, sus dotes en la dirección de los pueblos ponen de relieve su energía y una decisión extraordinaria; su acción en la Corte para la libertad de los indios, fué eficiente de todo punto. Por otra parte, favorecía los intereses del Reino, pues al conseguir que los neófitos se armaran, se encargaron éstos con sus mosquetes, de servir de muralla ante los avances de los Mamelucos.

Como lingüista y escritor ha dejado dos obras, de un valor histórico precioso, y sí desde el punto de vista médico, su obra carecía hasta de una elemental preparación, es indudable que puso su talento y todo su celo, para mejorar la situación de los indios enfermos, en sus pestes, en sus achaques, y en sus guerras.

Padre Packman. — Era este un Padre suizo, que llegó en el año 1639 con otros 23 religiosos y tres legos, destinados a los tres Obispados del Río de la Plata. La misión del Padre Packman era cuidar a los negros apestados que venían a bordo. A consecuencia de ello adquirió el contagio y murió al llegar. Fué desastrosa esa epidemia a bordo, que todo hace suponer que fuese viruela. Cuatro Padres más murieron en el viaje, dos de ellos en el mar, los P. P. Antonio Wansurk y Juan Soyer, belgas, y los otros dos al llegar. que fueron los Padres Domingo Martínez, de Benevento e Ignacio Barzaina, castellano. (1)

José Cataldino — Había nacido en la Marca de Ancona, en 1571, ordenado de sacerdote a los 21 años, se hizo cargo del Hospital de los Bergamazos en Roma. En 1601, entró en la Compañía, y con el Padre Lorenzana, fué elegido por los superiores para venir a América, con el Padre Diego de Torres, con el que llegaron a Lima en el año 1605.

Destinado con el Padre Simón Maceta, para las Misiones

(1) PASTELLS. — Historia de la Compañía de Jesús.

del Guayrá, entró a ellas en 1610, adoleciendo como su compañero, de "un fiero tabardillo". Hacíales de médico, dice Jarque, "un viejo piadoso que servía plaza de médico, de cirujano, y que por todo tratamiento hacíales fricciones de piernas, a lo que se resistió Cataldino por pudor". Restablecido, cuéntase que curó con la cruz, a un leproso.

Cuando la epidemia de viruela que prendió entre los cantores que acompañaba a Buenos Aires, al P. Ruíz de Montoya, en su viaje de retorno a la Asunción, el Padre Cataldino, trabajó incansable con los heridos del contagio, de día y de noche, con medicinas corporales y espirituales, sirviendo plaza de médico, de cirujano, de enfermero mayor. (1)

En la peste general que en los años 51 y 52 se propagó por la provincia ofreció, ya viejo, sus servicios a sus superiores, para servir a los apestados en las ciudades de Santa Fe y del Paraguay.

Murió en un acceso de Cuartana, el 1.° de Julio del año 1653 a los 82 años de edad y 42 de misionero.

Simón Maceta. — Era napolitano y nacido en 1582; en 1619 fué destinado al pueblo de San Ignacio. Su vida de misionero está íntimamente ligada a la del Padre Montoya, compartiendo con él las fatigas y penalidades en esa época azarosa de las Misiones. Enfermero y sangrador como su superior, actuó en la epidemia de viruela de 1620, con toda dedicación, y acompañó el éxodo de las misiones ante los Mamelucos de 1632.

En esa ocasión "cuidaba de continuo de los viejos, niños y enfermos".

La necesidad lo hizo convertirse en sepulturero, para que no se cebasen los tigres, en los cadáveres de los que morían por falta de víveres o enfermos a consecuencia de la mala alimentación. Agregóse a ésto una terrible epidemia de disentería, llegando a morir hasta 40 por día de esa enfermedad,

(1) JARQUE. — Insignes Misioneros, Vida del P. Cataldino.

Ocupado siempre en sus tareas, en 1653. sufrió "un ataque de apoplejía que le trabó la lengua y le dejó inmobles los labios", no pudo ocuparse desde entonces de sus tareas, muriendo en 1658. (1)

En el mismo año moría su compañero el P. Cataldino, de Ancona, que ingresara a las misiones del Paraguay en 1606 y fuera su compañero de 30 años de trabajos, por lo que fueron enterrados sus cadáveres, en dos sepulcros fronteros, en mérito a esa larga, estrecha y elevada actuación misionera.

Francisco Díaz Taño. — Era oriundo de Palma de Mallorca, en donde naciera en el año 1593. Nos relata, el biógrafo de los insignes misioneros, que su padre, en razón de ser, en las islas, ordinariamente raros, los médicos y cirujanos, y con la carestía de simples y compuestos, con los récipes, que el fuego de su caridad componía, ejercía con mucho acierto los tres oficios, haciendo curas maravillosas con los más, heridos de epidémicas enfermedades. Cuéntase que su madre sentía no menor vocación por esos oficios, por lo que hubo de ser castigada por su ilegal ejercicio.

Entró Díaz Taño en la Compañía, en Sevilla, en el año 1616; en el año 1622 fué enviado a América llegando a Buenos Aires el 26 de Marzo, de donde pasó primero a Córdoba, luego a Santa Fe y de allí a las Misiones.

Por donde quiera que pasaba se dedicaba con especial predilección a la asistencia de los enfermos, aplicándoles además de las medicinas espirituales, las "corporales que le había enseñado su limosnero padre". (2) Se le fijó residencia primero en Loreto y luego pasó a la reducción de San Francisco Javier, en donde reinaba, a la sazón, una enfermedad pestilente. "El glorioso empleo que le cupo a Francisco, dice Jarque, fué la asistencia, protección y amparo de numerosa multitud de heridos de la peste, de la que morían millares, sin dar tregua la pestilente enfermedad para poderles asistir y medicinar."

Acompañó más tarde al Padre Ruíz de Montoya en la

(1) Jarque. — Vida del P. Simón Mazeta, Insignes Misioneros.
(2) Jarque. — Vida del P. Díaz, 1 año, Insignes Misioneros.

conquista de Guañanas "a quienes aseguraba que iba también como médico del cuerpo y alma, a curar enfermos con motivos ciertos de que había muchos en su tierra que morían sin remedio, asistiéndolos de día y de noche con todo amor y caridad."

Al llegar a ellos, halló los ranchos hechos unos hospitales de heridos y los campos llenos de sepulturas de los que habían muerto de pestilencia.

Visitaba continuamente las barracas de los enfermos, en 8 meses que duró el flagelo. "Todas las edades y suertes de personas hallaron en el misericordioso Padre Francisco Díaz remedio de sus males. A muchos conservó la vida del cuerpo, y a los que esto no pudo les aseguró la del alma". (1)

Como llegara la peste a las minas de hierro, "corrió allá a pie, como caballo de posta, a consolar y sacramentar los enfermos y duróle la salud lo que en el pueblo la peste; acabada ésta adoleció de unas fiebres malignas, que lo pusieron en gran aprieto, sin médico, ni medicina, ni regalo de ningún género, sin una corteza de bizcocho de galera, con solo los frutos de la tierra, que en vez de corregir la calentura, más la enciende. Sentían mucho los indios ver tan enfermo a su verdadero padre, y con tanta falta de todo lo necesario. Uno de ellos había visto en el monte una colmena silvestre. Fué volando a buscarla, trujo los panales, y destilada la miel en una calabaza, mezclada con agua, le persuadió que la bebiera, que era remedio eficaz. Condescendió el padre con los ruegos del indio piadoso, y sin embargo, de que no ignoraría que ni Hipócrates, ni Galeno, recetaron tal remedio para curar la calentura, por ser la miel alimento bilioso y ardiente, con todo tomó el agua miel, y abrazóla tan bien el estómago, que durmió con mucho sociego y amaneció libre de todo accidente". (2)

Al mismo tiempo se dedicaba al estudio de las lenguas indígenas, haciendo un Catecismo de la Lengua Guañana.

Más tarde tocóle catequizar a los Tayaobas y a los Chiri-

(1) JARQUE. — Ruiz de Montoya, cap. XX, libro II.
(2) JARQUE. — Vida de Ruiz de Montoya.

guanos. Como fuera designado entonces Secretario del Provincial y Consultor de la Provincia, salió de las Misiones en busca del Provincial. Al llegar a Yapeyú adoleció de una "cargosa y grave enfermedad y tan de peligro que le obligó a caminar de día y de noche hasta la ciudad de Buenos Aires. Allí tuvo la suerte de que se hallase el Hermano Blás Gutiérrez, con cuyos cuidados, logró mejorarse en breve.

Vuelto a las Misiones, se dirigió a la de Jesús y María con el Padre Aquileo y el Hermano Antonio Bernal, en donde encuentra una nueva epidemia de viruela, en la que puso de nuevo, a prueba su celo.

En 1637 es nombrado Procurador de la Provincia en Roma, partiendo con Ruíz de Montoya para Italia, de donde pasó a España para volver de nuevo al ejercicio de su ministerio en las Misiones. Trajo a su vuelta 16 jesuítas, sufriendo en el viaje una epidemia, de la que murieron los Padres Solier y Mansilla.

Llegó así a Buenos Aires en el año 1641 en donde desempeño por tres años el cargo de Rector. Encontróse a su llegada a Buenos Aires en crítica situación pues "por la seca en treinta leguas a la redonda no había mantenimiento, pues se secan los pantanos, manantiales y anegadizos, y se encienden los pajonales y abrazan los perleches, de donde resultó la peste en la tierra más sana, y el cielo más benigno que en aquellas provincias se conoce, y como los lugares más vecinos distan casi cien leguas, en el hambre rabiosa, no pudieron hallar socorro". (1)

Terminado su rectorado vuelve de nuevo a las Misiones donde permanece hasta el año 1658 en que es de nuevo enviado de procurador a España. Vuelve en 1663 siendo Rector del Colegio de Córdoba (1665) y luego Provincial (1668) Muere de Dolor de Costado en el mes de Abril de 1677 y es enterrado en el Colegio de esa ciudad teniendo al morir 84 años y más de 60 en la compañía.

Habíale tocado, en su larga vida, actuar en los cargos de más responsabilidad de su orden, como Procurador en la

(1) JARQUE. — Insignes Misioneros, loc. cit.

Provincia y como Provincial, continuando la obra de Ruíz de Montoya en el afianzamiento de las Misiones.

Iniciado su apostolado en la época heroica de los Misioneros, en las rudas tareas de la asistencia de los atacados en las epidemias de los primeros tiempos, y luego en el éxodo de los pueblos y en las luchas contra los Mamelucos, al ascender a los puestos más altos de la Compañía, cúpole una bien distinta aplicación de sus actividades. Terminado el ciclo pestífero, y alejados definitivamente los Mamelucos, las Misiones comenzaron a prosperar, siendo las tareas de su organización, interrumpidas por la lucha con los Encomenderos. Exasperados éstos, por la absorción de los indios por los Jesuítas, perseguían el sistema por todos los medios a su alcance. Con el fin de perjudicar la obra misionera, originaron una serie de litigios y presentaron a la corte, cargos repetidos contra los Jesuítas, entre otros, el que poseían y explotaban minas de oro.

Correspondióle en todos esos litigios a Díaz Taño, la defensa de la orden, haciéndolo con una brillantez extraordinaria, demostrando excepcionales condiciones de jurista. En esas causas lo vemos figurar hasta el año 1658.

Blás Gutiérrez — El más conocido de los enfermeros jesuítas de aquella época, es sin duda el Padre Blás Gutiérrez. Era castellano; y ya en edad madura navegó a las indias, donde se puso al servicio del Arzobispo de Lima, Toribio de Mogrovejo; al fallecer éste, marchó con el Gobernador Alonso de Ribera a Chile, donde ingresó en la Compañía. Desempeñó en Córdoba por espacio de veinte años y laudablemente, el cargo de enfermero. "Tuvo muchas virtudes y especialmente inagotable caridad. Con los de casa y fuera de ellos ejercía los más humildes oficios y tal se portó, que alcanzó fama de Santo. Imitando a San Francisco Javier, más de una vez chupó el pus de las úlceras. Había un indio tan sucio, y con llagas tan mal olientes, que cierto religioso se puso malo al visitarlo, el Padre Gutiérrez no solamente cuidó del paciente, sinó que se aplicó a la boca un emplasto lleno de materia. Con ocasión de cuidar a un fraile dominico, se contagió de la enfermedad, que éste padecía, y estuvo algunos años con el

cuerpo cubierto de úlceras dolorosas, sin embargo, continuó ejerciendo sus caritativas obras, hasta que agravándose su padecimiento pasó a mejor vida". (1) La fecha de la muerte la señala Del Techo a principios del año 1637, de modo que debe suponerse que empezó sus funciones en Córdoba en 1617.

El mismo Del Techo, en otra parte, refiriéndose al año 1618, dice que en Córdoba, el Padre Blás Gutiérrez, enfermero del colegio, renovó los ejemplos de Santa Catalina de Sena y de San Francisco Javier: cierto religioso tenía un humor tan pestilente, que todos se apartaban de él con asco, más el Padre Gutiérrez, aplicó la boca a la llaga, y sorbió la podre, y admirados los presentes, dijo que lo había hallado dulce como la miel; animado con este heroico hecho, lamió un cáncer rebelde a todos los auxilios de la medicina que padecía un negro del Obispo". (1)

Lozano, en la historia de la Compañía hace una apología semejante de las virtudes y de las afecciones médicas del Padre Blás Gutiérrez.

Pero su mejor elogio lo hace Jarque, en la Vida de Díaz Taño al que como hemos visto asistió en Buenos Aires, en donde se encontraba, al parecer de paso, en el año 1636. "Dispuso el señor, dice Jarque "que al llegar Díaz enfermo gravemente y de noche a esa ciudad, llegase al mismo tiempo un grande cirujano muy caritativo y entendido, de la misma Compañía, a quien la experiencia y la necesidad, había hecho allí protomédico, llamado Blás Gutiérrez, cuyo nombre es digno del bronce por sus virtudes señaladas, gracia que tenía sin duda de santidad. En breve tiempo, con su cuidado y asistencia convaleció Francisco". (2)

Esto ocurría en el año 36. Como hemos visto, de allí partió para Roma de Procurador el Padre Díaz, volviendo terminada su procuración de tres años a Buenos Aires a donde llegó en 1641, en tiempo que la ciudad sufría los padecimientos del hambre y de la peste por la seca. Pues bien, en casi todos los historiadores argentinos, corre, respecto de esa epidemia

(1) Del Techo. — Libro XII, cap. I.
(2) Del Techo. — Libro VI, cap. I.

del 41, la versión de que en ella desempeñó sus humanitarios servicios el Padre Gutiérrez, transcribiendo una cita del historiador Domínguez, el que a su vez la toma de Jarque.

Domínguez ha tomado dos párrafos de Jarque correspondientes a dos épocas distintas, resultando de ello que 5 años después de muerto, hace aparecer al Padre Gutiérrez prestando asistencia en Buenos Aires, a donde como hemos visto llegara de paso en el año 36, muriendo poco después.

Por otra parte si tenemos referencias de su larga actuación en Córdoba, no hay noticia que hubiera estado establecido en Buenos Aires.

P. Pedro Romero. — Nació en Sevilla en 1584, ingresando a la Compañía en Quito. De allí fué enviado por Chile a Cordoba, terminando su noviciado en 1607, pesando en seguida a las Misiones del Paraguay, y de allí al país de los Guaycurúes, donde ejerciendo sus tareas, enfermó de "un cáncer que manaba pus corrompido, y ya las fuerzas le faltaban siendo inútil todas las medicinas; él lo sentía mucho por verse privado de ejercer su ministerio, en caso de no tener alivio; más acaeció que se puso en la llaga las hojas de cierta planta, hallada por casualidad y al poco tiempo el cáncer desapareció". (1)

Con motivo de la peste ocurrida entre los Guaycurúes, atendió a los enfermos, "llevando a cuestas, en una ocasión, una vieja desdentada, que despedía un olor fétido, como en son de triunfo".

En el año 1619 fué destinado al Paraná, instalándose en Yaguapúa, en la que no habían quedado más de 400 personas, después de la peste. El Padre Romero salió a recorrer la campaña, para atraerlos a la población manifestándoles que, juntamente con los bienes de la salud, alcanzarían otros mayores consiguiendo reducirlos a la vida de poblado. Fundó más tarde, la reducción de Corpus Christi en el Paraná y después de volver a los Guaycurúes, fué destinado al Uruguay (1627) acompañando al Padre Roque González, salvándose milagrosamente de la muerte, cuando éste, el Padre

(1) DEL TECHO. — Libro V, cap. IX.

Rodríguez y el Padre Castillo fueron martirizados por los indios, (1628).

Dedicóse los años siguientes a evangelizar a los Tapes, formando reducciones; y cuando la peste, en 1632, invadió esas regiones, siéndole imposible poder prestar sus servicios personalmente a los indios, diseminados en regiones extendidas, organizó una especie de cuerpo de Sanidad, formado de los neófitos más celosos, lo que dió el más excelente resultado; entre éstos se distinguieron Vicente Yapuy, uno de los cómplices de la muerte del Padre González y el Cacique Marcelo Mandi, sus colaboradores oscuros, pero meritorios, en esa obra humanitaria.

Al producirse el éxodo organizado en el Guayrá por el P. Antonio Ruiz de Montoya, el Padre Romero, Provincial entonces del Paraná y Uruguay, trasladó la reducción del Yguazú al Uruguay, formando el pueblo de Santa María la Mayor, volviendo luego al Tape, en donde su trabajo se multiplicaba. Allí se veían los misioneros precisados a designar el área de las casas y a construir la iglesia, "redactaban las ordenanzas, procuraban sacar de la selva los gentiles, recorrían el monte en busca de los enfermos, durante la peste, alimentaban los pobres, enseñaban la doctrina cristiana, administraban los sacramentos, consolaban a los afligidos, desenmascaraban a los hechiceros, cuidaban de los dolientes, sangraban, confeccionaban medicinas, curaban úlceras y cultivaban los campos y huertas". (1)

Terminada en 1635 su función de superior, fué nombrado rector del Pueblo de Jesús María, en el Tape. Diez años permaneció, entregado allí de lleno a sus funciones; en ese tiempo, dice Del Techo, nada abyecto y vil encontraba con tal de convertir a uno siquiera; araba, llevaba sobre sus hombros leña y agua, curaba los enfermos y aún hacía cosas más despreciables tratándose del bien espiritual o temporal de sus hermanos. (2)

Llamado después al Paraguay, encontró la muerte, predi-

(1) Del Techo. — Cap. VIII, libro XI.
(2) Del Techo. — Cap. XXIII, libro XIII.

cando al otro lado del río, a manos de los indios, conjuntamente con el P. Mateo Fernández y un neófito González, el 22 de Marzo de 1645. Tenía al morir, sesenta años y treinta y ocho de actuación en las Misiones.

El Hermano Domingo de Torres. — No tenemos noticias exactas de la llegada del Hermano de Torres a las Misiones. Debemos suponer, por su actuación bélica, que, como el Hermano Bernal, fuera traído después de 1632, como instructor de los indios, después de la real cédula que, por la intervención del Padre Ruíz de Montoya, se les concedió el uso de las armas, para defenderse de los Mamelucos. Es de creer, pues, que se tratase de algún antiguo soldado, ingresado en la Compañía de Jesús.

Lo vemos actuar por vez primera, en Caazapé-Guazú, al frente de las tropas indígenas, que acompañaron la expedición del Gobernador del Paraguay don Pedro de Luro, contra los Mamelucos. En esa acción de guerra, muerto el Padre Superior de los Jesuítas, el Padre Diego de Alfaro que acompañaba a sus neófitos, de un escopetazo en la frente, el hermano de Torres se dirige al Capitán de los portugueses, a quien hiere, gravemente, en un muslo con su mosquete, con lo que desanimados los Mamelucos se rindieron a los españoles. (1)

En cartas fechadas en el año 1641, los Padres Simón Méndez y Díaz Taño hacen el elogio del Hermano de Torres, como instructor de los indios. Dice el primero: "Se debe al Hermano la enseñanza del uso de las armas a los indios, cosa que parecía imposible, habiendo conseguido que se hicieran diestros soldados".

Y el Padre Díaz Taño: "El Hermano de Torres, les había enseñado a tirar, con lo que obtuvieron ese año el magnífico triunfo de Mbororé en el Uruguay."

Por esa época dirigía el parque de guerra de los Jesuítas que constaba de 4 fraguas. (2)

Además de su actuación guerrera, lo vemos en esos años

(1) PASTELLS. — II, pág. 22.
(2) PASTELLS. — II, pág. 61.

desempeñando, con no menores aptitudes los oficios de constructor y enfermero. En 1644, como una tormenta deshecha derribara la iglesia de San Miguel en el Uruguay, se encargó de levantarla el Hermano De Torres.

Como enfermero lo vemos asistiendo en el año 1642 al Padre Díaz Taño quien escribía en esa fecha: "Después que llegué no he tenido un día de salud; he estado tullido de las manos y de las rodillas; el Hermano Domingo De Torres me dió unos sudores con que me voy hallando mejor. (1)

En el año 1653 es llamado para asistir al viejo Padre Cataldino, a la sazón de 82 años, dejando su residencia en las Misiones Orientales, para correr a su lado. "Vino a servirle de enfermero, dice Jarque, el Hermano Domingo De Torres, desde el Uruguay. Aplicóle distintos remedios que había aprendido con el estudio y experiencia de largos años, pero ninguno le aprovechó. El Hermano De Torres juzgaba por el pulso que no era tiempo de tomar el viático, pero el enfermo lo pedía. Acometióle un acceso de la Cuartana del que falleció el 10 de Julio de 1653 a los 82 años de edad y 42 de Misiones". (2)

El Hermano Montenegro, al tratar del Pino-Mirí, dice que tuvo ocasión de ver las semillas que había traído de España el Hermano Domingo De Torres: "En la doctrina de la Concepción, dice, hallé envuelto en un papel las cabezuelas enteras de Anacardo, cual las de Pino, rotuladas con letras del Hermano Domingo de Torres, traídas de España". (3)

Lo que hace suponer que fuera la reducción de la Concepción, la residencia habitual del Hermano, y por otra parte, da indicios, de que De Torres ya tuviera sus aficciones de curar, antes de venir a las Misiones. Si tenemos en cuenta que Montenegro escribía 60 años después de la última fecha en que vemos actuar al Hermano De Torres, debemos suponer que su recuerdo y su valor como herborista se conservaban todavía vivos.

(1) PASTELLS. — II, pág. 63.
(2) JARQUE. — Insignes Misioneros, Vida del P. Cataldino.
(3) MONTENEGRO. — Pino - Mirí.

CAPÍTULO XIX

Enfermeros y médicos jesuítas en el siglo XVIII

SUMARIO: DISTRIBUCIÓN DE LAS FUNCIONES ENTRE LOS MISIONEROS. LOS HERMANOS ARTESANOS. — LOS IDÓNEOS EN BOTICA, MEDICINA Y ENFERMERÍA. — LOS PRIMEROS ENVIADOS: LOS HERMANOS PEDRO MONTENEGRO, JOSÉ BRASANELLI Y JOAQUÍN ZUBELDÍA. — ACTUACIÓN DE ELLOS EN LAS CAMPAÑAS CONTRA LOS CHARRÚAS (1701) Y CONTRA LOS PORTUGUESES DE LA COLONIA (1704). — EL HERMANO ENRIQUE ADAMI. — MARCOS VILLODAS. — EL P. SEGISMUNDO ASPERGER. — JOSÉ JENING. — MARCOS ZUILACH. JUAN DE LA CRUZ MONTEALEGRE. — EL P. TOMÁS FALKNER. EL P. MARTÍN DOBRIZHOFFER. — EL P. JOSÉ SÁNCHEZ LABRADOR. — LOS LEGOS BOTICARIOS: — RUPERTO TALAMER. — WENCESLAO KOSQUI. — PEDRO KORMAER Y ESTEBAN FONT.

Hemos visto, como en los primeros tiempos de las reducciones, se multiplicaban en sus funciones los Misioneros, atendiendo, a un tiempo mismo, las tareas espirituales y los menesteres temporales, y entre estos últimos, a la vez dirigían las sementeras y la construcción de pueblos y de Iglesias, haciendo de arquitectos y de agricultores, de médicos y enfermeros, de pintores, de músicos y de industriales.

Con el crecimiento progresivo y el desarrollo cada vez mayor de sus doctrinas, esa multiplicidad de tareas requería una especialización. Así lo entendieron los Padres Misioneros y en 1632, en un memorial dirigido al P. General, entonces el P. Muscio Vitelleschi, le pedían cuatro Hermanos Coadyutores, para que los aliviaran en sus tareas temporales, solicitándoles con conocimientos para el destino que pensaba dárseles, así uno para el cuidado de las sementeras, ganados y viñas, otro para los oficios de sastrería, un tercero pintor y un cuarto: "que entendiera algo de Botica, Medicina, Barbería y Enfermería". (1)

---

(1) P. HERNÁNDEZ. — Organización Social, I, cap. XIV.

No era mucho exigir cuatro Enfermeros para 18 pueblos y aún cuando el General Vitelleschi, demostró mucho interés en satisfacer los deseos de los misioneros, tardaron mucho en conseguir un "Hermano que en aquellos retirados parajes los socorriera con los conocimientos de la Medicina y Farmacia." (1)

Hasta entonces los dos únicos que realmente tenían alguna disposición, además del sentimiento de caridad, fueron Blás Gutiérrez, que muriera en 1637 y el Hermano soldado Domingo De Torres, que se iniciara, en esa época aproximadamente, y que vemos actuar hasta el año 53, no teniendo datos del año de su muerte.

Que no se había llenado esa necesidad aún algunos años después (1683) nos lo dice Jarque: "En los pueblos de siete mil a ocho mil almas, se tendría por muy saludable el tiempo, cuando no pasan de doscientos los enfermos que hacen cama. Para la cura de éstos, no hay médico alguno, cirujano, ni botica en aquellas tres provincias, sino es que acierta a ir de Europa algún Jesuíta, que sepa algo de estas facultades, como tal vez ha habido algún Hermano coadyutor, que ha enseñado a sangrar, a disponer y aplicar algunos medicamentos, en que suelen los Hermanos, siendo allí enfermeros, trabajar con ferviente caridad". (2)

El mismo se encarga de recalcar los tintes del cuadro en tiempos de peste. "No se sabe, que haya pasado a América dolencia de Landres (Peste Bubónica) o alguna otra de las que en Europa llamamos Peste. Pero suelen cundir algunas epidemias de Tabardillos, Dolores de costado, Calenturas malignas, Sarampión, Viruela y otras semejantes, que suelen ser tan dañosas como pudiera cualquier peste y por eso la llaman así. Enferman a millares, y como no saben guardarse mueren en gran número y a pocos días de cama. Cada casa es un hospital y cada aposento ofende las narices... diez, doce o más enfermos están tendidos en el suelo, sin más lecho que una piel de venado debajo y alguna frazadilla; el más aco-

(1) Jarque. — Insignes Misioneros, pág. 347.
(2) Jarque. — Insignes Misioneros, pág. 347.

modado suele tener alguna hamaca o red de hilo de algodón, para toda su familia... suelen añadir el fuego, que aunque sanos, usan siempre los indios en ardentísimo estío, con tal humo que hacen llorar los ojos. (1)

Pasaron, pues, más de cincuenta años, después del pedido de Hermanos Enfermeros, para que pudiera llegarse a su obtención y aún así, en escaso número para la cantidad de pacientes.

Por otra parte, su necesidad no se corrigió nunca, sino a medias, pues los que llegaron lo fueron en número muy pequeño, y espaciados en varios años, viniendo uno en cada expedición.

Joaquín de Zubeldía y José Brasanelli. — En el año 1684, el P. Procurador Diego Altamirano, obtuvo autorización para trasladar a América 50 religiosos, pero no pudo reunir sino 23, de los cuales 6 eran sacerdotes, dos hermanos coadjutores y el resto estudiantes. Entre los hermanos, estaba Joaquín de Zubeldía, vasco, de Guipuzcoa, de 26 años de edad, mediano de cuerpo, blanco, pelo castaño."

La expedición debió llegar a Buenos Aires a principios de 1685.

El resto de los autorizados, no los pudo reunir el P. Altamirano hasta cinco años después, (1689) en que se le autoriza al Procurador P. Espinar a pasar 44 jesuítas, 35 que faltaban de la anterior autorización, lo que quiere decir que a última hora, 8 no pudieron salir y el resto hasta llegar a 44 para suplir a los que en el año anterior habían muerto en América. (2)

En esta segunda remesa figura José Brassanelli, venido de Milán, hermano, estudiante de Teología, de 32 años de edad, delgado, de pelo castaño.

Ni el uno ni el otro figuran en las listas como médicos o enfermeros, lo que hace suponer que se los dedicara a esos oficios en las Misiones, donde los vemos figurar en las campañas de 1701 y 1704 como cirujanos del ejército Guaraní.

---

(1) JARQUE. — Loc. cit.
(2) PASTELLS. — Tomo IV.

La primera de éstas, se organizó en las Misiones del Paraná y Uruguay para contener a los indios Yaros, Bohanes y Charrúas y sus confederados.

Fué el P. Superior Bartolomé Jiménez, el encargado de levantar el ejército, a fines del año 1701, entregándolo al mando del Sargento Mayor Alejandro Aguirre, en el Ibicuí. Constaba el ejército guaranítico de 2000 hombres, y venían con ellos 6 jesuítas, 4 de Capellanes, y dos de médicos y enfermeros. (1)

Alcanzaron a unirse a los confederados, a la altura del Yí y después de 5 días de lucha, les tomaron 500 prisioneros, mujeres y niños, pereciendo casi todo el ejército charrúa. Los Guaraníes tuvieron 5 muertos y muchos heridos de todos los pueblos.

No nos dice el parte oficial quienes eran los dos hermanos médicos y enfermeros, pero en la relación de un indio Guaraní hallamos la solución. (2) Nos refiere allí que en el año 1701, "se expedicionó por segunda vez contra los infieles con un crecido número de soldados que llevó el P. Superior Bartolomé Jiménez. Entonces el hermano José Brasanelli y el hermano Ejidio, sacaron de la estancia de San José, 1400 cabezas para la división armada". Este hermano Ejidio a quien hace referencia, no era cirujano, sino uno de los coadjutores destinado a la instrucción militar de los guaraníes, y su nombre era Ejidio de Stal, belga, y había venido, de Europa con el hermano Brasanelli. Era pues, en esta expedición contra los Charrúas, el instructor del ejército indio. De modo que el otro cirujano a que se hace referencia, y que acompañaba a Brasanelli, es probable que fuera el hermano Zubeldía a quien vemos figurar tres años después en compañía de Brasanelli y Montenegro, ya que éste no puede ser, pues, el mismo refiere que ingresó a nuestras Misiones en 1702.

Pedro Montenegro — Había nacido en Santa María del

---

(1) Bauzá. — Doc. prueba. Certificación de la batalla del Yí, por A. Aguirre.

(2) Memoria para las generaciones venideras de los indios misioneros del pueblo de Yapeyú. — Publicada por don Domingo Ordoñana en sus Conferencias, ya citadas.

Rey en Galicia, el 14 de Mayo de 1663, ingresando a la práctica de la Medicina en el Hospital General de Madrid, en el año 1679 (1) posiblemente ejerciera su profesión entre esa época y su ingreso a la Compañía de Jesús, a la que en carácter de hermano Coadjutor, entró el 6 de Abril de 1685; siendo enviado a las misiones de América en el año de 1693; (2) pasando a los colegios de Córdoba y Tucumán, en donde cayó enfermo de los pulmones, hasta el punto de tenerse por incurable; no obstante, obtuvo su curación gracias a la eficacia del palo santo de Guaycurú, del cual celebra los maravillosos efectos. (3)

En el año 1702, pasó de enfermero a las doctrinas del Paraguay con el P. Tomás Moreno que venía de Tarija, yendo al pueblo de Apóstoles. (4)

Acompañó como enfermero en el año 1704, la expedición que bajó de las Misiones, para el segundo asedio de la Colonia de Sacramento, con los Hnos. Zubeldía y Brasanelli, encargándose de la asistencia de los heridos y enfermos, todo el tiempo del sitio de la plaza, que fué de 8 meses, en los cuales prestaron asistencia a 200 heridos, y a muchos enfermos de la epidemia que atacó a los indios sitiadores, y aún a los españoles de "cámaras de contagio" como él las llama, y las que curó por medio de las frutas del Arazá Guazú, o Guayabas, ya en infusión, ya en cristeres, con lo que obtuvo un excelente resultado. (5)

En 1710 dió término a su obra "Libro primero y segundo de la propiedad y virtudes de los árboles y plantas de las Misiones y provincia del Tucumán, con algunos del Brasil y del Oriente". Año 1710, en 4.ª con dibujos, que tal es

(1) Esta es la fecha que se deduce del prólogo de su obra (1710), en que dice «hace 31 años que comencé a curar en el Hospital General de Madrid».

(2) Carlos Sommervogel. — (Bibliotèque de la Compagnie de Jesus, Nouvelle Edition 1914), pone la fecha de su venida a América en 1693, guiándonos por los datos del propio Montenegro debió ser en 1689, pues dice en 1710: «ha 21 años que entré en ella» (estas tierras).

(3) Montenegro. — Lapacho o Taibô.

(4) Montenegro. — Yerba de la Víbora, Mboi - caa.

(5) Montenegro. — Guayaba - Arazâ Guazú y Cuazí Hezaetebae.

el nombre con que figura la obra en el índice de los manuscritos de la Biblioteca del Duque de Osuna. (1)

En 1715 estaba todavía de enfermero en el Uruguay; en 1724 lo habían ya trasladado a la residencia del Paraná, muriendo en el pueblo de Mártires el 21 de Enero del año 1728.

Su preparación médica en el Hospital General de Madrid, su actuación de medio siglo en las Misiones, ejerciendo la profesión, sus condiciones de estudioso y observador, y la obra cuyas copias sirvieron de estudio para enfermeros y misioneros, hicieron de su figura, la más importante, desde el punto de vista médico, no sólo en las misiones jesuítas, sino en todas las poblaciones españolas de Córdoba y Tucumán, Buenos Aires y Montevideo, en las que durante muchos años, entregado como estaba el ejercicio de la medicina en manos de aficionados o curanderos, las enseñanzas de Montenegro y sus yerbas medicinales, fueron, puede decirse, el recurso obligado de entendidos y profanos.

En cuanto al Hermano Brasanelli, lo vemos actuar por segunda vez en la expedición a la Colonia (1704) en el Cuerpo de Cirujanos, con Montenegro y Joaquín de Zubeldía y a la que ya hemos hecho referencia al tratar del primero. Respecto de Zubeldía, refiere Garzón Maceda, que recomendaba al igual de Adamo, la Virgo Aurea para los casos de retención de orina. (2)

Brasanelli ejerció sus funciones por espacio de cerca de treinta años, muriendo el 17 de Agosto de 1728, en la reducción de Santa Ana; 4 años después murió en San Borja Zubeldía el 21 de Mayo de 1732.

Enrique Adami. — Italiano, fué enfermero en las Misiones Guaraníes, luego en Córdoba, y finalmente en las misiones de los Chiquitos, donde murió.

"Era este hermano enfermero en la casa Provincial de Roma, cuando llegando a aquella Corte el P. Ignacio de Frías, Procurador General de esta Provincia (de Córdoba),

(1) CARLOS SOMMERVOGEL. — S. J., obra citada.
(2) *La Medicina en Córdoba.*

obtuvo licencia de nuestro Padre General Tirso González, para venir por su compañero y pasar a las Misiones de los Guaraníes, en donde fué a ejercitar el mismo oficio de enfermero que en este colegio de Córdoba y de aquí fué a las Misiones de los Chiquitos: a que siempre tuvo grande afecto; y con su celo e industria procuró los progresos de ellas hasta perder la vida en la demanda." (1)

Ocurrió su muerte en la expedición que realizaron los PP. Jesuítas de las misiones de los Chiquitos, pretendiendo descubrir el río Paraguay, para comunicarse con las reducciones guaraníes. Las lluvias, los terrenos inundados, los insectos, hicieron que al llegar al pueblo de San Rafael, enfermaran todos los misioneros.

"Tantas fatigas, maltratamientos y trabajos, (dice Hernández), causaron en estos misioneros grandes enfermedades y por gran fortuna pudieron ellos convalecer; más no así el hermano Enrique Adamo, que consumido y deshecho en los excesivos trabajos y no teniendo fuerzas para recobrarse, pasó el día 27 de Julio de 1705 a la bienaventuranza para recibir el galardón de sus tareas."

Marcos Villodas. — Después de haber morado algún tiempo entre los Guaraníes, pasó al Colegio de Córdoba. Murió en el año 1728. (2) Garzón Maceda cree que el P. Marcos que figura como médico de las monjas del Convento de Santa Catalina de Córdoba por ese tiempo, en los libros de esa casa, puede ser el hermano Villodas.

P. Segismundo Asperger. —Su apellido era Aperg, así lo llama Lozano, pero comúnmente lo llamaban Asperg o Asperger.

Había nacido en Insprun, Hungría en 1687, ingresando a la Compañía en 1703; llegó a América en el año 1717, profesando en el año 1726.

No se sabe si el título de Doctor en Medicina, o Médico, con que lo nombraban en su época, representase un diploma

(1) P. PATRICIO FERNÁNDEZ. — Relación de las Misiones de los Indios Chiquitos, tomo I, cap. VIII.

(2) FERNÁNDEZ. — Organización social.

académico, cosa difícil de suponer, pues ingresando a la Compañía a los 16 años, había que admitir, que lo obtuviese siendo jesuíta, pero es indudable que debió adquirir conocimientos en su país, pues en los dos años siguientes a su arribo, lo vemos actuar en las epidemias de viruela en Córdoba, desempeñando los oficios de Doctor en Medicina con éxito y aplauso. (1)

En 1719, una epidemia de viruela acabó en aquella ciudad con 17.000 indios. En esa ocasión el P. Seguismundo parte con remedios traídos de Europa y parte con yerbas medicinales del país, cuyas virtudes y propiedades conocía muy bien, libertó de la muerte en Córdoba del Tucumán a gran número de personas; de modo que el Obispo y la ciudad entera no se cansaban de exaltarlo y honrarlo y no querían dejarlo salir." (2)

Profesó en 1726 y su talento y habilidad hicieron que se le señalara un puesto de confianza en la Compañía. En el año 1735, lo vemos como Director del contingente guaraní que marchó a la Asunción, en la histórica revolución de los comuneros (3), desempeñándose con raro tino, en una situación en extremo difícil.

En 1759, época de las visitas a las misiones de Fray Pedro José de Parras, se hallaba en Apóstoles y lo titula en su relación: Médico Viejo. " (4)

Cuando la expulsión de la Compañía en 1768 el Ayudante Mayor D. Juan Berlanga, dejó en el pueblo de Apóstoles a "Segismundo Sperger, por incapaz de removerlo, respecto de hallarse postrado en cama, con cerca de noventa años, tullido, ulcerado y moribundo". (5) Según los datos no podría tener entonces más que 81 años.

El Padre Asperger, no obstante el estado de moribundo en que lo suponía Berlanza, murió en el pueblo de Apóstoles diez años después, es decir de 91 años.

(1) M. Pablo Cabrera. — Cit. por Garzón Maceda.
(2) Muratori. — Cristianessimo felice.
(3) Lozano. — Revolución del Paraguay.
(4) Diario de Fray P. S. de Parras. — Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, tomo IV.
(5) Bravo. — Documentos de la expulsión de los Jesuitas, pág. 191.

Félix de Azara en su visita a los pueblos de las Misiones en el año 1784 nos refiere la reputación de que gozaba aún Asperger.

Hablando de las propiedades del bálsamo de Aguaraibai, que por sus buenas cualidades suelen llamarlo "Sánalo todo" dice: Lo descubrió e hizo la primera vez el Padre Segismundo Asperger, cura de Apóstoles, donde murió después de la expulsión que no le comprendía por tener cien años.

Fué húngaro y se dió especialmente a la Medicina y Botánica, en cuyas Facultades pasó en estos países por sapientísimo y sus recetas y aforismos y sentencias que dejó escritas, según dicen, que no las he podido ver, tienen más crédito que las de Hipócrates y Dioscórides, pero como aquí nada se entiende de ésto podía ser que la fama no tuviese mayor fundamento." (1)

Hemos de ver cómo Azara ignoraba que el bálsamo famoso ya descrito por Montenegro, en 1710, no podía ser una invención de Asperger, ni aún de aquél, ya que lo refiere como de un empleo habitual, siendo por lo tanto de suponer que fuera de origen más antiguo; por otra parte Azara desconocía a Montenegro, y atribuía al P. Asperger toda la obra de aquél.

Exagera Azara al atribuirle a su muerte 112 años, (2) pues si así fuera lo hubiera encontrado vivo aún en 1784.

Sobre los juicios de su obra nos ocuparemos en el capítulo que destinamos a la Literatura de la Patología y Materia Médica Misionera.

José Genig: (1748 - 1768) — De él, nos dice el P. Hernández, solamente, que después de haber morado algún tiempo entre los Guaraníes, pasó, como el Hermano Marcos Villodas, más tarde, al Colegio de Córdoba.

Norberto Zuilach: En la reseña de los Jesuítas que encontrara en los Pueblos, Fray José de Parras, en su viaje en

(1) Viajes inéditos de F. DE AZARA con una nota preliminar por el General B. MITRE y notas del DOCTOR JUAN M. GUTIERREZ 1873, pág. 186.

(2) AZARA. — Viajes inéditos, Cap. V.



1759, señala en Pueblo de Apóstoles a Norberto Chuilok, hermano, como boticario y médico alemán. (1)

Nueve años después, cuando la expulsión de la Compañía, figura en el mismo pueblo, como "lego", cirujano, natural de Alemania, y de 33 años de edad. Fué embarcado el 30 de Octubre entre los 80 jesuitas que se enviaron a España en los navíos de registro El Diamante y San Fernando. Murió en 1769, en el puerto de Santa María.

No poseemos más datos biográficos del hermano Zuilach, Chuilok o Chulac, como se encuentra escrito en esas tres referencias.

Juan de la Cruz Montealegre. — Figura en la lista de la expulsión de Bucarelli, como Cirujano, natural de la Mancha y de 29 años de edad, en el pueblo de San Cosme. Fué embarcado en la misma expedición de El Diamante y San Fernando. (2) Llegado a Italia se graduó en Medicina en la ciudad de Bolonia. (3) Murió el 20 de Enero de 1810.

Tomás Falkner: Llamado comúnmente Falconer. — Había nacido en Manchester el 17 de Octubre de 1707. (4) Era hijo de un cirujano presbiteriano y fué educado en la religión de su padre, siguiendo luego su misma profesión.

Estudió y se graduó en Londres, y una vez recibido se embarcó, en clase de cirujano, en un buque mercante llegando a Cádiz, de donde pasó a uno de los buques del asiento, que salía, para hacer su cargamento de negros, y que por distintos eventos arribó a Buenos Aires. (5)

Enfermó allí, no pudiendo por ello reembarcarse, siendo atendido por los Jesuítas, quienes lo convirtieron, abrazando luego su orden, siendo recibido en ella el 14 de Marzo de 1732

---

(1) Fray Pedro José de Parras. — Relación. Revista de la Biblioteca de Buenos Aires (1882), tomo IV.

(2) Bucarelli. — Doc. public., por Francisco Bravo, «La Expulsión de los Jesuítas», 1872.

(3) P. Hernández — Organización social.

(4) Trelles en el Diccionario Enciclopédico da su nacimiento en 1710, y el P. Hernández en 1707, nos atenemos a esta última fecha: en efecto el mismo Trelles, dice que entró en la Compañía a los 25 años en 1762 y en los documentos de la expulsión en 1767, figura con 60 años.

(5) Woodbine Parish. — Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata, traducido por Justo Maeso, 1852.

a la edad de veinte y cinco años. Ejerció durante 40 años su ministerio en el Tucumán, el Paraguay, visitando el Chaco y las Pampas.

Cuando la expulsión de la compañía tenía 60 años y se hallaba en el Colegio de Córdoba, siendo embarcado en la fragata Venus, a cargo del comandante Gabriel Guerra. (1) Fué conducido a España donde ejerció de Capellán, de un compatriota suyo, pasando con él a Inglaterra. (2)

Allí escribió en 1774 su obra "A description of Patagonia and the adjoing parts of South America", publicada en Herefort.

Constituyó su obra, la relación más auténtica de los usos y costumbres de los indios pampas en su época, y la acompañaba de un mapa, el primero y el más completo de su tiempo. Su obra fué traducida el mismo año, por Manuel Machin, permaneciendo inédita, hasta que De Angelis la incluyó en su Colección en 1836, omitiendo sin embargo el prólogo del traductor, el prefacio de Berclay, y el mapa de la edición original. Se ha discutido el fin del estudio de Falkner. Parish dice refiriéndose a él: "Uno de los principales fines del Padre, era demostrar cual vulnerable eran las posesiones de la España por aquellos puntos, para toda potencia naval que le fuera hostil" y atribuye a su publicación, las órdenes reales que originaron la expedición, que a cargo de Juan de la Piedra, salió de Montevideo en 1778 a poblar las costas de Patagonia, con tan poca felicidad. De Angelis supuso que era una incitación para que los ingleses ocuparan esas regiones, aunque sin ningún serio fundamento.

Desde el punto de vista médico tiene poco interés la descripción de la Patagonia. Se dice que escribió Falkner otra obra "De Anatomía Corporis humanis" que no se ha encontrado.

Murió Falkner en Plowden Hall (Galopshire) el 30 de Enero de 1784. De su actuación como médico y misionero por más de 40 años han hablado elogiosamente los escrito-

(1) Bravo. — Documentos expulsión Jesuitas.

(2) Parish. — Loc. cit.

res jesuítas de su época. (1) Peramás refiere sus padecimientos entre los Pampas, *plurina apud Pampas patitur* y elogia su competencia médica "praerlantissimus arte médica". (2)

Dobrizhoffer comienza su capítulo de Historia Natural haciendo una referencia de Falconer como "un inglés muy versado en Botánica y en Medicina. (3)

Martín Dobrizhoffer — Nacido en Gratz en Styria el 7 de diciembre de 1717, ingresó a la Compañía de Jesús en el año 1736, siendo enviado de misionero a las misiones del Paraguay en 1748 (según el mismo señala en su obra) permaneciendo en ellas hasta la expulsión de la Compañía.

Los primeros años desempeñó sus funciones en los pueblos Guaraníes, siendo enviado por el año 1760, a las nuevas reducciones de los Abipones. Al verificarse el extrañamiento de los Jesuítas volvió a su país natal, falleciendo en Viena el 17 de julio de 1791.

Dobrizhoffer no había recibido estudios especiales de Medicina, viéndose en la necesidad de ejercer la práctica en las regiones desprovistas de recursos; el mismo refiere cómo hizo su preparación: "Con el objeto de llegar a conocer la naturaleza de las enfermedades y las hierbas medicinales, estudiamos con contracción los libros de los médicos y herboristas, con lo que a menudo asistíamos a los enfermos, pues pensabamos que de ese modo cada vez que los Abipones se sintieran mal, pondrían confianza en nosotros, olvidando a sus hechiceros. Cuando yo no estaba seguro o temía por la vida de mis pacientes, nunca prescribía temerariamente ninguna medicina, lo protegía contra las injurias del aire, le prohibía toda comida o bebida impropia de su situación; mi cuidado principal era darle la comida más sana que fuera posible, sacándola de mis propias provisiones. Si con el método

(1) El padre Cardiel refiere que presentándole unas algarrobas del Chaco al padre Tomás Falkner, «Jesuita inglés de nación y excelente médico» luego que partió una, dijo: que según podia juzgarse por el olor y fragancia que ella tenia por cierto que era un excelente especifico para restaurar la sangre. (Carta del padre Cardiel, desde Berlin. Pastells, tomo I, pág. 482.

(2) PERAMAS. — Vita et moribus six sacerdotem Paraguayorum.

(3) DOBRIZHOFFER. — Account of the abipones.

no mejoraba, le daba una medicina que había sido experimentada por una larga práctica y que si no hacía bien, de ningún modo podía hacer mal.

Así conseguimos en los últimos años su confianza, hasta el punto que cuando había algún enfermo, venían los que habíamos curado a solicitar la medicina que habíamos empleado con ellos". (1)

Publicó su obra en 1784, en latín, siendo traducida al alemán por el P. Kreil.

Es preciso agregar que una afición decidida lo llevaba a ello, como lo demuestra en las exactas y pintorescas relaciones médicas, que incluye en su relación de los Abipones, llena de sagaces observaciones, muy superiores por cierto a la que nos relatan los escritores de su orden y de su época, hasta el punto que debemos reconocerle como el más clínico de los escritores jesuítas, aún incluyendo los que eran médicos titulados.

José Sánchez Labrador. — Nació en Guardia, diócesis de Toledo, el 19 de setiembre de 1717, entrando en la Compañía de Jesús, en esa su provincia, el 5 de Octubre de 1731, pasando en seguida al Paraguay. Profesor, primero, de Filosofía y Teología en la Academia de Córdoba, pasó luego a la conversión de los infieles del Paraguay, en las Misiones Guaraníes, destinándose a la fundación de las reducciones de los Mbayás o Guaycurús, en las que permaneció hasta la partida de sus compañeros, cuando vino la orden de expulsión de Carlos III; fué entonces conducido a Italia, muriendo en Ravena en 1799 a los 82 años. Los mismos motivos que a Dobrizhoffer llevaron a Sánchez Labrador, en sus reducciones, al estudio de las plantas medicinales y a la curación de enfermos, siendo su inclinación, y dedicando sus estudios a las ciencias naturales, en las que se destacó como el más sabio de los escritores de la Compañía, en estas regiones.

Aunque su actuación más importante fué en las reducciones por él fundadas el año 1760, justifica su inclusión

(1) Account of the Abipones, Cap. XXIV.

como la de Dobrizhoffer entre los más distinguidos médicos jesuítas, bien que no titulados, de las misiones.

Entre sus obras figuran: un Diccionario y Catecismo de la Lengua Mbayá, El Paraguay cultivado, El Paraguay Católico y El Paraguay Natural ilustrado.

Boticarios. — Fuera del hermano Zuilach que además de las funciones de Médico ejercía en Apóstoles las de Boticario, encontramos como tales en 1759 al hermano Ruperto Thalamer, boticario alemán, que así lo define Parras, actuando en la Candelaria, la Capital de las Misiones. Al tiempo de la expulsión de los jesuitas ejercía idénticas funciones en el pueblo de Yapeyú, donde figura en la lista como "lego Ruperto Thalamer, natural de Alemania y de 58 años de edad". Peramas elogia las condiciones facultativas del hermano Ruperto; Hernández lo señala también como enfermero. Murió en Lucerna en 1780.

Wenceslao Korqui. — Alemán, boticario, de 45 años de edad, desempeñaba sus funciones en San Nicolás al tiempo de la expulsión.

Pedro Kormaer. — Natural de Dílinga, en Alemania, lego, de 77 años de edad, en 1768, era igualmente boticario, desempeñándose en esa época, en el pueblo de San José. Murió en el mar cuando marchaba al destierro. (1)

Esteban Font. — Era el Boticario en la Casa Central de Buenos Aires, donde lo sorprendió la expulsión de la Compañía, era natural de San Andrés del Palomar en Cataluña, tenía 41 años y era hermano Coadyutor de 4.° voto.

---

(1) En la lista de la expulsión no aparece como Boticario, no figura en el Diario de Parras. El padre Hernández lo señala como tal, en su Organización social.



CAPÍTULO XX

Los Curuzuyaras

SUMARIO: Necesidad de la colaboración de los Médicos Indios en la asistencia de las reducciones. — Los Curuzuyaras. — Su preparación. — Su título. — Privilegios, honores y distintivos de sus funciones. — Sus castigos. — Tareas de su empleo. — Altura y desinterés con que realizaban su misión. — Opinión de Dobrizhoffer. — Sus medicamentos usuales. — Las Calabazas de Ungüentos de los Jesuitas. — Curuzuyaras distinguidos: Vicente Yapuy (1631). — Marcelo Maendy (1632). — El indio Ticó (1730). — Su alto concepto de las funciones médicas. — Otros indios distinguidos. — El Indio Clemente (1700). — Su extraordinaria competencia en yerbas medicinales. — El médico Güenoa. — La opinión de Montenegro. — Ignacio Yabicá (1760) especialistas en fracturas y luxaciones. — Elogio de los Curuzuyaras.

Desde los primeros tiempos de las reducciones, trataron los misioneros, de buscar auxiliares entre los indios para que los ayudaran en sus múltiples y diversas tareas. No era posible que dos padres pudieran atender personalmente, todas las necesidades de pueblos de 3 a 5.000 almas. Si su misión más importante era atender a las necesidades espirituales, no dejaban de lado las materiales del cuidado y administración de los pueblos. Unas y otras eran rudas. Las distancias que habían de recorrer en tiempos de epidemia para administrar los sacramentos, la búsqueda de los apestados en los montes donde se refugiaban, la visita a las chacras y estancias, donde en todo tiempo permanecían en los trabajos un gran número de indios, no les daban en esas ocasiones, un punto de reposo, de día, ni de noche. Y es de extrañar, afirma Charlevoix, que respirando sin cesar un

aire apestado, siempre ocupados en servir a los enfermos, en administrar los sacramentos a los moribundos, y en dar sepultura a los muertos, no sucumbieran al contagio sino raramente. (1)

Los indios sufrían resignados esa situación, señalando los misioneros con qué paciencia sabían sobrellevar sus enfermedades, en las que desprovistos de los calmantes, que no estaba en manos de los misioneros el dárselos, por vivos que fueran sus dolores, raramente dejaban escapar una queja. (2) Con el fin de poder aliviar el trabajo de los padres y mejorar la asistencia de los enfermos, organizaron los jesuitas en cada pueblo, una especie de cuerpo de enfermeros, a los que llamaban Curuzuyaras.

Al principio los padres, más tarde, cuando los hubo, los hermanos coadyutores, que hacían de médicos en las reducciones, eran los destinados a la enseñanza de las funciones profesionales de los practicantes indios, los Curuzuyaras. Para ello tomaban generalmente 3 o 4 indios de cada pueblo y desde niños les enseñaban el tratamiento de las diversas afecciones, los cuidados a darse a los enfermos y la preparación de las medicinas. No nos dicen los escritores jesuitas cuánto tiempo duraban los cursos, pero sí, el que una vez considerados competentes les daban sus maestros sus títulos "tienen papeles de esta facultad, hechos por algunos hermanos coadyutores, enfermeros de aquellas misiones, que fueron en el siglo cirujanos y se aplicaron mucho en las misiones, a la medicina. (3)

Pero fuera de éstos, a quienes desde niños daban los jesuitas la preparación que ellos pudieran tener, no sólamente en un principio, sino también en la época de mayor esplendor de las misiones, ejercían de Curuzuyaras los indios que su preparación especial los señalaba para ese oficio, preparación que habían adquirido por las viejas tradiciones de sus médicos, y que sus condiciones personales habían completado.

---

(1) Charlevoix. — Histoire du Paraguay. Libro V, pág. 90. Edición 1757.
(2) Charlevoix. — Histoire du Paraguay.
(3) P. Cardiel. — Breve relación de las Misiones. Cap. VII, (30) 1722.

Así veremos luego, que éstos, lejos de recibir las instrucciones de los padres, eran, al contrario, quiénes a ellos enseñaban el conocimiento y las propiedades de las plantas medicinales. Así, al principio del siglo XVIII, el más sabio de los hermanos médicos de la Compañía, Montenegro, confiesa sin rubor por repetidas veces cómo en un gran número de yerbas, llegó al conocimiento de sus aplicaciones y a su reconocimiento gracias a los Curuzuyaras más distinguidos de los pueblos.

Por los conocimientos, personalmente adquiridos, en éstos; y en aquellos, educados por los padres, por sus papeles y sus títulos, como dice el P. Cardiel, ello es que las funciones medicinales dábanles prerrogativas y distinciones especiales; así estaban exentos de los trabajos en común y de las faenas ordinarias, viviendo del producto comunal, a fin de que pudieran dedicarse por completo al ejercicio de sus humanitarias tareas, las que por otra parte, no eran remuneradas, de acuerdo con el régimen comunista de las reducciones.

No era sólamente la exención del trabajo la prerrogativa del Curuzuyara, tenían también su símbolo y sus honores.

El símbolo era la cruz, de donde deriva su nombre "el de la Cruz" (de Curuzú, cruz). Era esa Cruz de dos varas de alto y gruesa como un dedo pulgar, la cual llevaban con solemnidad en todas las ocasiones, sirviéndose de ella como báculo, lo que daba un aire singular de majestad a sus funciones, muy propio, por cierto, para imponer a los indios.

Los honores consistían en preceder al Padre, cuando éste iba a administrar los sacramentos, llevando solemnemente su cruz. Este marchaba con "un Santo Cristo al cuello", apoyándose en su báculo y "un monaguillo llevaba una silla de las que se doblan, un candelero con su vela y un vaso de agua bendita con su hisopo; la silla es para que se siente el padre a oir la confesión; que raro indio usa, ni tiene silla; la estera (se refiere a una que llevaba el enfermero bajo el brazo) para poner debajo de los pies, porque el indio enfermo suele tener fuego debajo y al lado de la cama, y está aquélla sucia, con ceniza y rescoldo, que es donde el

padre se sienta; la vela para encenderla, si es mujer la enferma, que suelen tener oscuros sus aposentos. (1)

Pero no todos eran honores, ni preminencias; la función de Curuzuyara tenía también sus fallas, pues había una ley disciplinaria. Cuidaban mucho los Curas que se les previniera cuando alguno enfermaba de gravedad, con objeto de poder administrarle los sacramentos; y esto había de hacerse con toda urgencia, ya fuese de día o de noche. Así, si llegaba a ocurrir que el Curuzuyara, descuidase al enfermo o no se diera cuenta de su estado, y que el enfermo por tanto muriese sin sacramentos, entonces, a pesar de su título y de su cruz, el médico guaraní era sometido "sin remedio, a una vuelta de azotes que era el castigo ordinario". (2)

En cuanto a sus tareas, estaban organizadas desde el amanecer. Salían muy temprano a hacer sus consultas, veían los enfermos en asistencia, inquirían si había alguno nuevo para visitarlo, y concluída su primera inspección llegaban a la casa de los Padres, antes de abrirse la portería. Entraban los primeros, y al salir aquéllos de la oración, daban cuenta del estado de salud y de las novedades de los enfermos, de sus necesidades, medicamentos, etc., no dejando de lado las exigencias espirituales, así le decían: "N. a quien confesaste ayer, está de este modo; hoy necesita el viático después de la misa; N. necesita la extremaunción; murió un párvulo, etc., etc. (3) Se enteraban entonces de las horas en que les visitaría el Padre a fin de acudir con puntualidad para acompañarlo.

Concluida esta información pasaban a la casa de los curas a disponer la comida para los enfermos. Terminado el almuerzo, los padres salían a bendecir los platos ya preparados, previa inspección.

La comida consistía generalmente en un pedazo de carne bien cocida y un pedazo de pan de trigo, privilegio de los enfermos, pues los demás indios comían habitualmente el

(1) CARDIEL. — Loc. cit.
(2) CARDIEL. — Loc. cit.
(3) CARDIEL. — Loc. cit.

pan de maíz; esta práctica de prepararle la comida en casa de los Padres, la explicaba así el P. Cardiel:

"Esto se hace porque los de (su) casa, les dan comida a medio guisar, casi cruda y dura, que así la quieren y comen ellos; y dicen que si está muy cocida y como nosotros la comemos, no dura en su estómago: tienen buche de avestruz que todo lo digieren, pero a los enfermos no les puede hacer provecho". (1)

Bendecida la comida, son los Curuzayaras los encargados de llevarla a los enfermos. Concluída esta faena, y almorzados ellos, vuelven a las dos nuevamente a la portería de la casa de los Padres, dan un nuevo informe sobre el estado de los pacientes, piden las medicinas que necesitan y las preparan allí para repartirlas después.

Con las visitas que hacía el Padre para los sacramentos, daban por cumplida su misión en los casos ordinarios.

Los Padres fuera de estas visitas, solían hacer algunas a los enfermos para "ver si los médicos cumplían su oficio".

Azara (2) muchos años después de la expulsión de los jesuitas nos refiere al hablar de la organización del Pueblo de Santa María de Fe, que fué de las Misiones de la Compañía en el Tebicuarí, cómo "dos indios, a quienes llaman Curuzayaras, que por lo común son los más ancianos, tienen el encargo de recorrer todas las mañanas las habitaciones de los demás, para ver si hay alguno que esté enfermo, y dar cuenta, para socorrerlo con lo que la urgencia requiera. Estos empleos, que son vitalicios, no dejan de ser apetecidos, dice, porque los que los ejercen, no trabajan más que en cocinar para los enfermos, y por consiguiente no comen mal."

La Institución, pues, se conservaba aún en 1785, fecha del viaje de Azara, y seguían los enfermeros con la misión social que les habían inculcado los jesuitas, según de Azara, por el solo interés de comer bien, y de no trabajar: la relación que

---

(1) Cardiel. Loc. cit.

(2) Félix de Azara. — Diario de la Navegación y Reconocimiento del Río Tebicuarí 1785, Col. De Angelis.

hemos hecho prueba sobradamente el desinterés de los indios enfermeros, tantas veces señalado y su altruísmo noble, desconocido por Azara, quien confunde a menudo en su mordacidad, lo mismo al pobre indio misionero que a sus preceptores, a quienes detestaba tan cordialmente.

Hace el elogio a los Curuzuyaras, el Padre Dobrizhoffer (1), quien bien los conocía, como que había estado en las reducciones guaraníticas varios años antes de fundar la de los Abipones, y aún parece que en el elogio deja ver que sus reducidos no alcanzaban las virtudes de los neófitos de aquende el Paraná.

"Es increíble, dice, lo bien cuidados que están los enfermos en los pueblos guaraníticos. Un cierto número de indios más o menos crecido, según el número de sus habitantes está destinado a la asistencia de los dolientes. Poseen aquéllos algunos conocimientos de hierbas y de remedios comunes; sin embargo no les está permitido el usar ninguna medicina sin consultar previamente al misionero; llevan un báculo con una cruz en sus manos. Es su misión recorrer el Pueblo y visitar a los enfermos" (unos treinta más o menos por día).

El mismo Dobrizhoffer, nos dice cuales eran los remedios que preparaban los Curuzuyaras bajo la dirección de los Padres, declarando previamente "que nunca tenían más que una escasísima provisión de drogas". En los casos corrientes los más usuales eran el azufre, el alumbre, la sal, el tabaco, el azúcar, la pimienta, la enjundia de gallina, la grasa de tigre, de buey, de carnero etc., y pólvora. Apenas pasaba un día, agrega, sin que alguno nos pidiera una u otra de estas substancias.

Fuera de estos simples tenían siempre prontas tres calabazas llenas de ungüentos compuestos, una de ellas con uno verde, hecho con sebo y veinte hierbas distintas y las cortezas de árboles famosos por sus virtudes medicinales.

No nos dice el contenido de las otras dos, pero no podemos dejar de recordar el célebre bálsamo de los Jesuitas, tan

(1) Account of the Abipones, cap. XXIV.

conocido en toda la época colonial, en nuestras ciudades, cuyo principal producto era el Aguaraibay; bálsamo cuya invención atribuyen Azara y otros cronistas al P. Asperger y que como luego veremos lo describe Montenegro en su obra, muchos años antes de la venida de aquél, sin atribuirse la paternidad de la fórmula, seguramente anterior.

De origen indígena era toda la vasta farmacopea natural, no así en la enumeración de Dobrizhoffer, los productos de la medicina de su época, propios de los curanderos y de los soldados, como la pólvora, la sal, el azufre y el alumbre que los indios no conocían y las grasas de carnero, de buey y de gallina, animales traídos de allende los mares. El mismo Dobrizhoffer excluye en su lista la mayor parte de los productos vegetales, que se empleaban a diario, como refiere en otras versiones, tal como lo veremos más adelante; y otros procedimientos usuales, como las sangrías, las enemas, la pequeña cirugía etc., a cargo de los mismos Curuzuyaras.

Tal es el esbozo de organización médica en las Misiones, si bien como hemos referido, la actuación de los médicos Jesuitas, dado el número de pueblos (que llegó a 33) y el escaso número de aquéllos que nunca pasó de 3 o 4 para todos los pueblos, puede afirmarse que toda la función de asistencia de enfermos gravitaba sobre los Curuzuyaras, médicos sin remuneración, con un poco de oropel como único premio y con una gran devoción en el cumplimiento de sus deberes y una contracción grande a su cargo que duraba toda la vida y luego el anonimato después de su muerte.

Con todo, los escritores Jesuitas han salvado del olvido los nombres de algunos de estos humildes colaboradores de su obra, que se señalaron por su dedicación a la asistencia de los enfermos, por su espíritu de caridad evangélica y hasta por sus conocimientos raros en la medicina indígena.

Así en la epidemia que en 1631, recorrió los pueblos del Uruguay recién formados, era preciso a los misioneros, para atender a los enfermos "caminar por las cumbres de los montes por selvas vírgenes, por lagunas y pasar los ríos a caballo o a pie, de día y de noche, expuestos a la mordedura de las serpientes y a las uñas de los tigres", como también

"a la crueldad de los hechiceros". Para hacer más proficuo el trabajo, buscaron la colaboración de los neófitos, escogiendo los más celosos, para que recorrieran los bosques, chozas, aldeas y campos, descubriendo los que necesitaran auxilio. Estos se veían precisados a sangrar, preparar los medicamentos, llevar los enfermos al pueblo y hasta bautizar en caso de necesidad. (1)

Se señaló en esta tarea Vicente Yapuy, natural del Carí, cacique guaraní que había sido cómplice en la muerte del Padre Roque González, y que luego, enmendado, fué digno de aprecio por su conducta cristiana. De él nos dice Del Techo: "Llevaba a la población cuantos apestados hallaba, proporcionaba alimentos a los necesitados, confortaba a los moribundos, instruía a los ignorantes y cumplía en una palabra con todos los deberes que impone la piedad".

Cargando con los apestados, se contagió a su vez y llevado al pueblo murió víctima de su celo.

Sucedióle en tan piadosas tareas el cacique Marcelo Maendi, con no menor celo, quien contagiado a su vez, con más feliz suerte, salvó de la enfermedad, volviendo, con más ahinco que antes, al desempeño de sus funciones de enfermero. (2)

En el año 1730, bajaron de las reducciones orientales 200 indios a fin de escoltar a unos misioneros que habían llegado a Buenos Aires, con destino a las Misiones; venía entre ellos el Padre Cattaneo que nos ha dejado la relación de ese viaje. (3) Llegaron los indios hasta el arroyo de las Vacas, adonde los misioneros cruzaron, desde la costa argentina. A poco de salir de Santo Domingo de Soriano, empezó la viruela a diezmar a los indios. A cien leguas de las Misiones no era posible ni llevar los enfermos en las balsas, ni detener el viaje. Diez indios se ofrecieron a cuidar los atacados y la comitiva siguió, dejándoles víveres. Los enfermeros "llenaron con tanto acierto su misión, que salvaron más de la mitad de los atacados por una especie de milagro". Enterra-

(1) Del Techo. — Tomo IV, Cap. XXXVII.
(2) Del Techo. — Loc. cit.
(3) Muratori. — Apéndice.

ron los muertos, y cargando a los convalescientes en dos canoas alcanzaron aún a la comitiva. A su vez cayeron postrados los 10 enfermeros, teniendo la suerte de salvar todos excepto uno, muerto en el cumplimiento de su celosa y abnegada caridad.

La peste continuó, sin embargo, cayendo casi todos los indios, debiendo velar día y noche, los padres, a los apestados, obra en la que los enfermeros los ayudaban eficazmente, a tal punto que declara Cattáneo: "es preciso confesar que los indios y en especial los enfermeros, no nos cedían en nada, en la asiduidad cerca de los enfermos, al punto de verme obligado más de una vez a tener que moderar el celo indiscreto del mío. Apenas tomaba éste, durante la noche, algunos momentos de sueño interrumpido. Muchos otros se libraban con el mismo ardor a ese celo piadoso". (1)

Se distinguió entre todos un indio llamado Ticú, que pasaba días y noches asistiendo enfermos y enterrando muertos. De abrir las fosas a fuerza de brazos, pues no tenía ni un pico, ni una asada, se le hincharon los brazos de tal modo que no podía servirse de ellos. Como uno de los Jesuítas le aconsejara que suspendiese sus tareas, para reponerse, pues se exponía a caer enfermo, le respondió: "Padre, Dios es bastante poderoso para poder preservarme de la peste, si quiere, sino que se haga su santa voluntad. Yo soy enfermero, todos mis momentos pertenecen a mis enfermos". Palabras que encierran el más alto y noble exponente del deber profesional y una delicadeza de sentimiento que honra a la raza indígena y la levanta sobre las diatribas, que tan injustamente se han dejado caer sobre ella.

Ticú cayó enfermo, siendo el objeto de los más solícitos cuidados de los Misioneros y de los indios, y a pesar de la gravedad de su estado, que decían que había juntado sobre él todos los males de los que había enterrado, sanó, volviendo en cuanto se levantó, con el mismo tesón que antes, a sus trabajos de enfermero.

(1) Cartas del Padre Cattaneo. —Apéndice de Muratori.

A tan notables dotes de sentimiento y contracción, agregagaban con frecuencia conocimientos médicos, adquiridos con la observación de la naturaleza y con las enseñanzas de los viejos herboristas de su raza.

A principios del siglo XVIII, actuaba de Curuzuyara, en el pueblo de Santo-Angel en las Misiones orientales, el indio Clemente, que ya había ejercido por muchos años un cargo semejante en la reducción de la Concepción. Gozaba el Indio Clemente, de la más alta reputación como conocedor de las plantas indígenas y como el más hábil en aplicarlas para las diversas enfermedades de los naturales. El más competente de los herboristas de las Misiones y su primer médico el Hermano Montenegro, hace el elogio de Clemente en esta forma: "Es el único indio que hallo en todas las doctrinas, que tenga conocimiento de yerbas y sepa usar de ellas con prudencia y acierto, del cual me aseguré del nombre verdadero de muchas yerbas y palos, por la variedad que hallo en varios pueblos entre los Curuzuyaras e indios capaces".

Refiere con toda honradez, en su interesante obra el Hermano - Médico, como el indio Clemente le enseñó la aplicación del Caaparí - mirí o batatilla de don Antonio para las cámaras de sangre, según la tradición india, y aún cuando el jesuíta no prestaba crédito a las propiedades de su uso por los indígenas, confiesa que hubo de dárselos al capaz y buen cristiano", que le aseguró que era eficaz y buena medicina, aplicada por ayudas o por bebidas. (1)

Hace otra vez mención de él y su cumplido elogio, al tratar del Ibirá Yapocarí o Altócigo. Los guaraníes los usaban para matar las lombrices y gusanos, declarando el Misionenero que realmente era potentísimo y eficaz remedio. Aquí el Hermano discute la teoría india que atribuía a las lombrices "las crudezas, frialdades y flaquezas del estómago, con perturbación y ventosidades frías y molestas de las entrañas", y aún cuando él cree, que esas crudezas son debidas a su género de alimentación, hace justicia a la penetración de los Curuzuyaras", que aunque pobres en la ciencia de la Medi-

(1) Hermano P. Montenegro. — M. S. de la Biblioteca de Buenos Aires.

dicina, no van muy errados en el juicio'' puesto que, añade ''antes que generen las lombrices o se lleguen a formar, causan accidentes semejantes a las indigestiones''.
Respecto de la eficacia del medicamento de los Curuzuyaras, se manifiesta satisfecho: mata los gusanos y lombrices de todas figuras y calidades, sean largas, sean anchas, sean redondas, sean de figura de gusanos, o sean de las malignas peludas, todas las mata y aniquila con grandeza, con mayor eficacia que el Petí o Tabaco''. (1)

Además de tan activas propiedades, cita la opinión de Clemente, ''el más perito de los médicos o Curuzuyaras que ha encontrado en las misiones'', quien afirmaba que su cocimiento tibio, empleado en lavajes oculares, quitaba el corrimiento del cerebro, proveniente de las crudezas del estómago, ''fortificando y aclarando la vista'' y termina significado la fe que le tenía, en estos términos ''y cuando él lo afirmó, preguntando por varias veces al descuido y con cuidado, no dudé ser así''.

Fuera del indio Clemente cuyos conocimientos le merecen la más alta estima, Montenegro, refiere en su obra, al pasar, la utilidad que le reportaron para su conocimiento de las yerbas, las indicaciones de algunos otros Curuzuyarás. Así al referirse al Yacaré Caá o yerba del Yacaré dice: que se la dió a conocer cierto indio viejo, el más expedito que he hallado en estas misiones en el conocimiento de las yerbas y su aplicación y que le dijo llamarse así por tener el olor del Yacaré. (2) Como el Hermano Médico no refiere el nombre queda la duda si se trata en esta cita otra vez de Clemente, o si era algún colega con tanta o aún más alta capacidad que él.

No menos honrosas menciones nos hace de ''varios indios capaces que le indicaron las propiedades notables del Isipó-Morotí o Ipecacuana, ya descritas por Pisón, recogidas igualmente por éste de las relaciones indígenas; de un médico de los Guanocas (Güenoas) que le enseñó ei empleo del Ibotiyú,

(1) Montenegro. — Obra cit.
(2) Montenegro. — Yacaré - Caá

o Virga aurea, de un indio tupí que le indicó el Malcaguá-Isipó o Pao das cabras. Con estos datos, bien podemos afirmar que la farmacopea de los Curuzuyaras estaba mucho mejor abastecida que la de los padres, según la relación de los simples que nos hace Dobrizhoffer, y que si bien los doctrineros se preocupaban de la enseñanza de sus colaboradores, recibían asimismo de ellos el mayor contingente terapéutico de que habían de servirse, en el desamparo en que se hallaban de remedios en el vasto territorio misionero.

Dobrizhoffer nos pinta las condiciones sobresalientes del Curuzuyara, de la reducción de San Joaquín, el indio Ignacio Yaricá, que llevaba ocho años de médico asistente, cuando lo conoció el escritor y médico jesuíta, "y cuya destreza y éxito no podía menos de admirar". Su especialidad era la cura de las fracturas y luxaciones "él componía o ponía en su lugar un miembro roto y lo curaba enteramente por medio de un vendaje con cañas y cuatro hierbecillas. (1)

No refiere las yerbas que empleaba, pero seguramente se encontraría entre las que los indios usaban para tales fines, como la suelda consuelda, Caa - pita guazú, el Caaisí o almaciga, el Curi o pino americano, etc.

Como el indio Clemente, cuya colaboración eficaz reconoce Montenegro, cuantos habrán pasado dejando una enseñanza, que no supieron conservar los conquistadores o que la tomaron apropiándosela y dejando en el olvido la fuente de donde la recibieron, convencidos como estaban, que a pesar de las reales órdenes que los llamaba súbditos, eran de una especie distinta, no interesándole a la humanidad ni su mentalidad, ni los esfuerzos que hicieran por mejorar su bagaje de ciencia primitiva, ni el aporte que llevaban muchas veces a la ciencia común, patrimonio de la humanidad entera, que no recordará siquiera sus nombres oscuros, en su bizarra y caprichosa lengua aborigen.

Bien merecen de parte del historiador, un recuerdo que a semejanza del del soldado de la guerra, pudiera encerrarse en una inscripción. "Al médico indio desconocido".

(1) Dobrizhoffer. — Loc. cit.

CAPÍTULO XXI

Las primeras epidemias en las Misiones

SUMARIO: Las epidemias en España en este siglo. — Su frecuencia y mortandad. — Dificultades de su identificación. — Su propagación al interior de América. — Vías de comunicación del contagio a las misiones: El Río de la Plata y el Camino de Cartagena por el Perú. — El pasaje de Chile y Tucumán. — La frontera oriental.—Importancia de cada una de ellas. — El vehículo de los males: el comercio de negros. Condiciones en que se realizaba. — La despoblación de América por las pestes y su valor como coadyuvante en la conquista, por las armas y por la cruz. — Las primeras epidemias misioneras.

EL GARROTILLO EN 1589. — Descripciones de Del Techo, Guevara y Lozano. — La opinión de De Moussy. — Enorme extensión y mortandad que ocasionó. — Su propagación desde el Cuzco, en donde se le añadió la viruela.

LA PESTE DE 1597. — Descripción de los cronistas. — Posibilidad de que se tratara del Tabardillo.

Situadas las reducciones guaraníticas en el corazón del continente a ambas márgenes del Paraná y del Uruguay, entre los 26° y 29°, parecería que su posición topográfica, hubiera debido ser suficiente protección contra los flagelos que azotaban la península ibérica al finalizar el siglo XVI.

El estado sanitario de España, dejaba mucho que desear en aquella época: más de 50 epidemias señalan algunos cronistas en esa centuria, ya generales a todo el reino, ya limitados a algunas de sus provincias.

Esas referencias son, por otra parte, tan incompletas como faltas de precisión: hasta muy avanzado el siglo no se señalan, más que con el nombre genérico de pestes, con el aditamento, de que algunas de ellas aparecen, en América



perfectamente identificadas y comprobado su origen peninsular, en tanto que en las relaciones de los cronistas españoles, o no figuran, o van incluídas en aquella ambigua desinencia.

Hasta tal punto era fatal el genio epidémico de ese siglo, que se afirma (1) que más que la expulsión de los judíos, que más que los campos de batalla de Italia y que más que la búsqueda del oro del nuevo mundo, despoblaron la España del siglo XVI, las pestes, que sin punto de descanso, la recorrían de uno al otro extremo.

Hemos visto como ya en 1518, se propagaron a América, la Viruela y el Sarampión y la epidemia de catarro, traídos desde San Lucas de Barrameda, asolando la población indígena.

Vimos igualmente debutar el Tabardillo en Chile en 1555, probablemente correspondiendo al Tifus exantemático: y en 1526, las Fiebres pútricas (Tifoidea) entre la gente de Gaboto en Santa Catalina, nombres ambos que entonces equivalían a una sola entidad nosológica.

De algunas de las pestes que se señalan en España, como el sudor miliar o fiebre sudorífica (Suette Miliar) que apareció en 1570, no hay noticia de que se hubiera trasmitido a nuestro continente: en cuanto a la peste bubónica, que ya en 1524 hacía estragos en Valencia, brotando después en otras provincias y visitándolas periódicamente, no sólo no figura en las crónicas americanas, sino que encontramos terminantes afirmaciones de que nunca se propagó en el continente (Jarque)

El Cólera no acusa su presencia hasta el siglo XVIII: y corresponde al Garrotillo su estreno con la iniciación de los primeros trabajos de los Misioneros en el Paraguay.

Señaladas las entidades mórbidas, cabe indicar las vías por las que desde la madre patria llegaban hasta el interior del continente.

La vía natural de comunicación, la de las Adelantados

---

(1) Hernández Morejón. — Tomo VI. Epidemología.

del Río de la Plata, no fué por cierto, la más recorrida por los flagelos. Fundada la ciudad de Buenos Aires en 1580, su progreso en el final del siglo, fué casi nulo. El proteccionismo comercial de España cerraba su puerto, hasta el punto que constituía un acontecimiento la llegada de un barco de la península. Solamente en 1595 se permitió por real cédula la introducción por el puerto de Buenos Aires de 600 esclavos a Gómez Reynal, autorización que fué prorrogada en los años siguientes (1) y que trajo como consecuencia un intercambio de productos, realizado sobre todo con el Brasil, en los primeros años del siglo siguiente, hasta que la guerra de la independencia de Portugal lo interrumpió (1540) paralizando de nuevo el movimiento económico de la ciudad porteña.

Ese comercio de esclavos fué sin duda en nuestras regiones como en las Antillas, el vehículo preferido de la Viruela, se agravaba en el Río de la Plata, por la comunicación con los puertos del Brasil, a donde la llevaban los portugueses.

En que condiciones se hacía el trasporte de los africanos nos lo dice el P. Lozano en estos términos: "En las armazones que frecuentemente aportaban a Cartagena, con la poca segura mercancía de esclavos, que se conducían de Angola, Guinea y otras costas de Africa, llegaban apestados o dolientes de otras enfermedades asquerosas, porque la incomodidad horrorosa que padecen en la navegación, entre asas e inmundicias los pasan miserables y de éstos no pocos morían al tomar puerto". (2)

Pison igualmente atribuye al comercio de esclavos las epidemias de viruelas que en los años 1630 y 1641 hicieron formidables estragos entre los tupíes del Brasil.

En el Plata nos refieren los Misioneres la hecatombe que en 1640, azotó un buque negrero que llegó a Buenos Aires, en el que prestando sus servicios a los apestados murieron al llegar, los jesuítas, Baisana, Martínez y Packman. (3)

(1) Memorias históricas sobre la Legislación y Gobierno de los Españoles con su Colonias.—Antonio Acevedo. Edición 1797.

(2) Lozano. — Historia de la Compañía de Jesús. Libro III, Cap. XVIII.

(3) Pastells. — Historia de la Compañía, pág. 89.

Pero aún así, la vía de Buenos Aires no era el mayor peligro para las Misiones, el comercio del puerto con las reducciones se reducía al tránsito de los misioneros, no muy frecuente por cierto, pero que traía aparejados sus peligros como veremos luego, cuando Ruiz de Montoya nos relataba epidemia que trasportaron sus cantores en 1620 y la que el P. Cattáneo llevó igualmente en 1730 por el Río Uruguay.

Más importante que la vía marítima era entonces, la que seguía el comercio oficial con España; el largo camino por tierra, desde el puerto privilegiado de Cartagena, que pasaba por Quito, Lima y Potosí, de donde hacía un largo rodeo para llegar a la Asunción, orillando las estepas del Chaco. Ayoles e Irala habían buscado la comunicación por arriba, pudiendo con mucho trabajo llegar hasta el Perú; pero la línea inferior, que recorrió el primero, Francisco Mendoza en 1543, viniendo desde aquel reino, era casi la única. Desde Potosí pasaba por Humahuaca, Jujuy y Salta, tomaba la orilla del Río Salado, que los expedicionarios vadeaban antes de llegar a Santa Fe, para alcanzar el Paraná, que remontaban y luego el Paraguay hasta llegar a la Asunción. Lizarraga nos describe en 1590 pintorescamente las etapas de este viaje, el mismo que siguió Diego de Torres, el Provincial de los Jesuítas y por donde se realizaba todo el movimiento comercial.

Esta vía del Perú fué la preferida por la epidemia del Garrotillo de 1589, como veremos en seguida.

Pero a veces el contagio tomaba un camino indirecto y era el de la vía de Chile, por el Tucumán. El P. Falkner indica como por ella se realizó la propagación de la Viruela en 1555. Como el comercio con Chile en la época colonial tenía alguna importancia, conocían bien en Buenos Aires, y por ello tomaban sus medidas, la posible propagación de las pestes por esa vía, como tendremos ocasión de referirlo al tratar de la futura capital del Virreynato.

Pero queda aún una cuarta vía epidémica, y es la frontera oriental de las Misiones. Alvar Núñez en 1540, en una jornada magnífica, cruzaba la distancia desde Santa Ca-

talina a la Asunción, sin perder un hombre. Es cierto que la singular hazaña del Adelantado, tenía su valor en lo accidentado e inculto del territorio; pero si no era un camino abierto al comercio de los europeos, era el preferido y el trillado por los Mamelucos que en hordas desenfrenadas se echaban sobre las Misiones. Las Pestes de Cámaras y algunas veces la Viruela, elegían esa vía del Este, como hemos de encontrarlas en el curso de nuestro relato.

Se ha dicho, con fundada razón, que las epidemias que importaron los españoles, fueron más eficaces que las armas para domeñar la raza indígena, lo propio podía afirmarse de su colaboración para la conquista espiritual. La labor paciente y paternal de los Misioneros, tocó el corazón de los indios, facilitando la conversión de éstos al cristianismo, pero es cierto que mucho debieron el éxito de su empresa, a la solicitud con que los cuidaban en sus enfermedades.

La epidemia del Garrotillo en 1589. — Llegados los jesuítas a la Asunción, a poco de hallarse dedicados a sus tareas, estalló una de las más violentas pestes, la que por su carácter misterioso, por sus efectos mortíferos y por su generalización a todo el continente merece la más preferente atención.

El P. Nicolás Del Techo, el primero de los cronistas jesuítas (su obra data de 1673), nos relata la epidemia, según los archivos de la compañía, muy abundantes en su época.

"La peste, nos dice, hacía horribles estragos en los habitantes de la Asunción, y tanto que morían al día más de ciento. Luego que se hubo cebado la epidemia en la ciudad, se extendió rápidamente por los campos y allí el daño fué mayor, por la escasez de las cosas necesarias. Los PP. Ortega y Filds, administraron el sacramento de la penitencia a diez mil moribundos en los pueblos y aldeas pertenecientes a la jurisdicción de la capital y enterraron ellos mismos otro número igual de cadáveres. Cuatro mil paganos recibieron el bautismo, casi todos los cuales pasaron pronto a mejor vida. Prosiguiendo en estas tareas, se dirigieron al Guayrá, Ciudad Real y Villarica; en las aldeas no se anotaron los muertos que enterraron. La mortandad fué horrorosa en Villarica. Los Padres trabajaban allí tanto, que parecía cosa de fábula. Al

mismo tiempo se lamentaban amargamente de sus males, niños, ancianos, mujeres, varones en la flor de la vida, extraños, ciudadanos gentiles y neófitos. Unos exhalaban suspiros lamentables por la muerte de sus padres, otros por los dolores que sufrían... Aquí hacían falta las cosas necesarias para la vida, allí el Viático. Al mismo tiempo se pedían por muchos el bautismo, la confesión, la extremaunción, la catequesis y también la sepultura de sus parientes.

Los padres hallábanse presentes en todas partes donde su ministerio era reclamado; sin descuidar nada en la ciudad, salían a los pueblecillos comarcanos, y lo mismo cuidaban de los vivos, que de los muertos; de los españoles que de los indios; dieron cristiana sepultura a 4.160 difuntos. Afirma el Padre Manuel Ortega que perecieron, antes de lograr el bautismo, más de dos mil indios, quienes fueron en el camino atacados de la enfermedad reinante.

Saciada ya la peste en Villarica y pueblos vecinos, se propagó más y más por los campos, en los que no mostraron los padres, menor actividad. El padre Ortega se dirigió luego a treinta leguas de Villarica, a la región de los Ibirayás, bautizando a 2.800 indios atacados de la epidemia. La peste duró 9 meses."

Tal es la descripción que nos hace Del Techo; (1) el padre Guevara que escribiera noventa años después, agrega estos datos: "empezó el contagio por la parte más meridional de estas provincias (las del Guayrá) y como la cautela es ninguna y no alcanza la providencial, inficiona la capital del Paraguay, con tanta impiedad, que a sus filas morían por día doscientos y más indios de los que moraban en la ciudad para el servicio del español, fuera de los mitayos que finaban en las haciendas y vecindarios". Nos da después el dato de los que enterraron los padres llegando a 14.170. (2)

Nos describe después, cómo la peste, que era extremadamente violenta, era tarda y lenta en un pueblo, antes de que el mal atacara a otro, al que habían de acudir a socorrer. Al

(1) Del Techo. — Tomo I, Cap. XXXIV.
(2) Guevara. — Col. Lamas.

tercer año, nos dice, mitigada ya la peste, pudieron volver a la Asunción.

Ni Del Techo, ni Guevara dan dato alguno sobre el carácter de la epidemia, siguiendo en esto, la costumbre española de designar, como peste, toda afección de cualquier carácter. El último no señala la fecha de 1589, que anota el primero. Ello ha llevado la confusión a los escritores que sobre este punto han tratado. El doctor Penna, (1) en su notable obra sobre la viruela en Sudamérica, pone en duda la fecha, creyendo que se trata de la epidemia de 1733 de viruela, señalada por De Moussy o admite que pudiera tratarse de la de 1710 en cuyo caso, se declara desorientado sobre el carácter de ella. Mallo, (2) y Cantón (3) se inclinan a que se tratase de una epidemia de viruela, aunque sin fundar sus pareceres.

Pero la relación interesantísima, de todo punto de vista del P. Lozano, pone en evidencia y resuelve terminantemente el pleito, haciendo una descripción sagaz sobre la sintomatología, reflejando la opinión de sabios y profanos sobre la naturaleza del mal, sobre su carácter contagioso, sobre sus cualidades, revelando la capacidad del erudito cronista.

Nada mejor que su lectura puede dar una idea de los conocimientos de la época que describe.

He aquí cómo se expresa el más ilustre de los cronistas de la compañía: "Destemplóse el aire, dice, con maligna influencia de los astros, y encendióse un contagio pestilente, del que murieron muchos, y a todos puso en grande confusión y asombro. Principió la epidemia, desde la ciudad de Cartagena, en tierra firme, el año de mil quinientos ochenta y ocho y fué discurriendo por toda la América Meridional, hasta el Estrecho de Magallanes, sin perdonar el rincón más remoto, donde no sintiesen los efectos de su furor, con tal extrañas y malignas y nuevas calidades, que no se halló en todos los aforismos de Hipócrates y Galeno, medicamento para oponerse a su estrago. Con crueldad se cebaba en los nacidos en la Amé-

(1) J. Penna. — La Viruela en Sud América, 1885.

(2) P. Mallo. — Apuntes sobre la Viruela. Variolización y Vacuna 1898.

(3) Cantón. — Historia de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, tomo I. Cap. V.

rica, que paraba monstruosos, y a muchos les hacía saltar los ojos, cerrábanseles las fauces, de manera que ni daba paso de lo interior al aliento, ni de lo exterior al alimento, feneciendo la miserable vida, entre las congojas del ahogo.

Nadie creyera que la epidemia obraba, sino como contagio, pues consumía familias y ciudades enteras; pero se veían obligados a deponer todo dictamen, cuando veían que a un mismo tiempo se descubría en lugares distantes, unos de otros ochocientas y mil leguas, y principalmente cuando advertían que dejaba totalmente intactos a los europeos, por más que se familiarizasen con los dolientes, y perseguía a los nacidos en la América, aunque se guareciesen en las cavernas más negadas al humano comercio, y usasen preservativos de mayor eficacia. Ignorábase del todo, cuál de las primeras cualidades predominaba en este achaque, no pudiendo formarse juicio fijo, cuando fallaban las señales más ciertas. Porque si prevalecía la sequedad, ¿cómo rehusaban la bebida? Si era abundante la humedad, no se componía bien, al experimentar el aliento seco en extremo y las congojas mortales que les ahogaba. Ni se podía atribuir a la mayor fuerza del frío o del calor, porque igualmente lo contradecía, el ver que en el estío más ardiente o en el rígido invierno, en los climas más áridos, y en los terrenos más húmedos, en los arenales ardientes, y en los bosques más retirados del sol, obraba la dolencia con uniforme actividad.

Traía a los médicos más peritos, atónitos la complicación de efectos tan encontrados, y al paso que eran más ocultas las causas, eran manifiestas las resultas funestísimas, principalmente en los indios y en los de tierna edad, pues de ciento apenas escapaba uno con vida. Día hubo en la Asunción, en que llegaron a contarse cien muertos, y otros excedieron de doscientos, perecieron doscientos españoles, más de dos mil y doscientos indios que les servían y vivían en la ciudad y de la gente que venía a millares desde sus pueblos innumerables: de manera, que muchas casas donde pasaban de treinta los criados, quedaron sin uno que sirviese en lo más preciso. (1)

(1) Lozano. — Historia de la Compañía. Libro I, Cap. XIII.



Más adelante dice: "que la violencia con que asaltaban los accidentes del contagio era tal, que daba cortos plazos para prolijos ajustes y disposiciones tan necesarias".

Respecto a los pueblos comarcanos, el contagio iba haciendo el mismo estrago y riza, que en la ciudad, y aún mayor por el mayor desamparo en que vivía aquella gente miserable, muriendo sin remedio humano.

Indica luego la marcha de la epidemia: "encendíase cada día más el fuego voraz de aquella epidemia y cundía con más vigor en los pueblos que tiraban hacia la Ciudad Real. Cuando concluía en un pueblo, empezaba en otro, pero lo mismo era acabar con éste, que herir con fuerza a los del inmediato, postrándolos a todos de un golpe, sin que quedara quién les pudiera servir, ni aún dar un jarro de agua, para aplacar el ardor de las fiebres malignas que les abrasaban y consumían las entrañas. Morían innumerables, dándoseles sepultura de 10 en 10, los mismos padres, que a penas hallaban quien les ayudase a cargar los cadáveres, y al sentir los primeros amagos del contagio, quedaban los indios tan persuadidos que habían de ser funestos despojos de su malignidad, que se prevenían ellos mismos, abriendo hoyos fuera de la iglesia, por no caber dentro los difuntos, y llamando a los misioneros, se los mostraban diciendo: Padre aquí me has de enterrar a mí, a mi mujer y a mis hijos".

Respecto de la actuación de los padres dice: "Sin temor de ser heridos de la misma pestilencia, les servían de médicos, enfermeros, y en los otros menesteres por viles que fuesen y asquerosos, hechos esclavos de todos, para salvarlos a todos".

Siguió luego la peste a Ciudad Real y Villarica.

Aquí halló el P. Filds a casi todos los españoles y a todos los indios postrados de la enfermedad.

En cuanto a la duración de la epidemia, nos dice: "Noche y día tuvieron los padres ocupación forzada, por espacio de 9 meses que persistió en su fuerza la furia de la peste".

Tal es la descripción del P. Lozano; no le falta más que el rótulo, que en España ya era vulgar en la época de Lozano: se le llamaba el Garrotillo, Esquinencia, o Angina sofocante: había hecho su primera aparición en 1530, volvió en 1583,

retoñando desde 1587 al 1589. Esta última epidemia, que se propagara a América, sorprendió, sin embargo, tanto en España como en las colonias, puesto que hasta el año 1603 no se había hecho la luz, en la Península a su respecto. La primera descripción corresponde a Mercado en 1605, aun cuando entonces se confundían todas las anginas en ella, Fué Villareal de Alcalá el que en 1611 hizo la primera relación clínica, separando de ese conjunto la angina membranosa, que más tarde se había de llamar difteria.

De acuerdo con la descripción de Lozano, Martín de Moussy, (1) el distinguido relator de las Misiones en 1864, cataloga la epidemia de 1588, así: "Grande y mortífera epidemia de angina escarlatinosa en toda la América del Sud, hace estragos sobre todo entre los indios".

Indudablemente que la interpretación de De Moussy, es la única que explicaría la difusión enorme de esas anginas, dada la modalidad de propagación de la escarlatina. En cuanto a esta enfermedad, en aquella época no estaba aislada confundiéndose con el sarampión y las otras eruptivas. Aún Sydenham no había hecho su clásica descripción, que debía separarla a mediados del siglo XVII, y difundida sólo más tarde con la publicación póstuma de sus obras en 1724.

Podemos, pues, suponer con De Moussy, que esa epidemia de 1587 - 1589, era una epidemia de escarlatina acompañada de difteria.

Como complemento de esta epidemia, que invadiera a España en esos tres años, que luego saliendo de Sevilla, llegara a Cartagena, para correr luego sus estragos hasta las Misiones extractamos del mismo Lozano, los efectos que produjera por su camino, en el Cuzco, antes de llegar al Paraguay.

Después de relatar de nuevo su ingreso por Cartagena, su preferencia por los indios y las dudas de los médicos sobre su naturaleza y sobre su carácter contagioso, nos dice: "Sin embargo la dolencia, que principalmente reinaba, era la de viruela, funestísima a la complexión ardiente de los indios,

(1) Martin de Moussy. — Memoire historique sur la decadence et la ruine des missions des jessuits, 1864.

pero acompañada de otros accidentes y síntomas, que daban casi deshauciados, en miserabilísimo estado. Este contagio infestó tan cruelmente a la gran ciudad del Cuzco que era un hospital poblado de lástimas toda ella, y mucho menos los que quedaron vivos, respecto a los que perecieron abrasados en su incendio que duró en su fuerza tres meses continuos.'' (1)

Remontándose nos cuenta como antes de estallar la epidemia a principios de 1589, ya la fama precedía tan voraz contagio, sin duda por las noticias que tenían los padres de los estragos causados en Lima, y en el norte del Perú, con lo que el P. Torres, Rector del Colegio del Cuzco, predicaba la conversión de los indios, amenazando con la invasión de la peste.

A tal punto llegó su insistencia que cuenta que un prelado de otra orden, con ese motivo comenzó su sermón así: ''No trato de las Viruelas que vienen, que harto cacareadas están'', y para edificación cuenta como castigo divino como el prelado bajó del púlpito a la cama, atacado de viruelas, acompañadas éstas de un agudísimo dolor de costado y otros accidentes terribles. (2), que le pasaron tal, que causaba horror a la vista, porque mudó el cabello, cejas, uñas y barba, con admiración y aún asombro de toda la ciudad. Como conclusión el prelado contagió a todo su convento, curando no obstante gracia al celo del propio padre Torres, contra quien iba dirigida la diatriba.

Esta descripción del P. Lozano de la epidemia en el Cuzco, en la cual hace intervenir la Viruela, hace que el ya citado Dr. Penna en un trabajo posterior (1893) (3) atribuya exclusivamente el carácter variólico a la epidemia de 1588, diciendo que Lozano especifica que la enfermedad era la Viruela. La descripción del propio Lozano, sin embargo, al tratar del Paraguay, no deja lugar a la más mínima duda al respecto, en su minuciosa relación clínica. Así lo entendió De Moussy, quien conocía bien la descripción de Lozano, que es incontrovertible. No destruye la precisa descripción de la Peste de las Misiones la relación que nos hace

(1) LOZANO. — Historia de la Compañía. Libro IV, Cap. V.
(2) LOZANO. — Loc. cit.
(3) PENNA. — Rol de las Epidemias en la despoblación de la América.

de la misma en el Cuzco. No puede revistir caracteres extraordinarios la asociación de las epidemias, pues en España encontramos el Garrotillo, acompañando a la Viruela, como hemos visto el Catarro y el Sarampión, uniendo a ella sus efectos en la Española en 1518. Pero de allí no se puede deducir que porque Garrotillo y Viruela marcharan juntos conjuntamente en el Cuzco, habrían de seguir asociadas en el Paraguay, sobre todo cuando el fiel relator de ambas, señala la asociación en la ciudad de los Incas y terminantemente afirma los caracteres del Garrotillo en las regiones guaraníticas, sin referirse para nada a esa concomitancia de ambas.

Después de la Peste de 1588, pasaron sin novedad sanitaria los años que subsiguieron hasta 1597. Por esa fecha hizo una nueva aparición la peste. He aquí como la describe Del Techo: Su ardor (el de los misioneros) creció con motivo de quedar desolado el país (el Guayrá) por la peste y las inundaciones. Cuando el contagio era más temible salieron los PP. Ortega y Filds de Villarica, recorriendo, según acostumbraban, los campos, penetrando en las cuevas y en los bosques, subiendo a las montañas y no omitiendo esfuerzo de ningún género, para salvar las más almas que pudieran. A veces no sabían a donde dirigir sus pasos, pues los bárbaros atacados de la enfermedad, o temerosos de ella, salían en gran número de las espesuras para recibir los sacramentos. Otras llegaba a su noticia que los enfermos yacían sin fuerzas en el camino. No había desaparecido la peste cuando sobrevino otra calamidad producida por las inundaciones y las tempestades...

Por todas partes se veían árboles donde se habían refugiado, sanos y enfermos, quienes con lamentables voces se quejaban de la muerte próxima que les esperaba. (1)

Lozano hace referencia precisa a esta epidemia sin indicar su carácter, adoleciendo de vaguedad su relato. Dice: "vueltos ambos misioneros (Ortega y Filds) la segunda vez de aquella misión el año de mil quinientos noventa y siete, les preparó Dios, grande cebo a la llama de su caridad, en una

(1) Del Techo. — Libro II, Cap. XIII.



epidemia, que ocasionó horribles estragos, pues extendida sobre toda aquella comarca la ira de Dios en mortales angustias, se iba despoblando de almas, de paso que se poblaba de tribulaciones.''

''Ya he dicho en otra parte, que en la destemplanza del clima ardiente, en tal extremo, que le enciende el aire los soplos, y en la demasiada humedad del país, pues parece más golfo que campo, hallan sobrada disposición, para repetirse con frecuencia los contagios, abriendo brecha la infección del aire para introducirse a robar la salud y las más veces la vida." (1)

La vaguedad de las disquisiciones climatéricas de Lozano, no nos hace adelantar mucho sobre la naturaleza del mal en esta ocasión.

Debemos excluir la Viruela y el Garrotillo, pestes que le eran familiares al escritor jesuita y que a haberlas hallado en los archivos, habríalas mencionado.

Así, pues, el hecho de referirse a las malas condiciones del clima, hace suponer que se tratase del Tabardillo tan común en las descripciones posteriores de aquellas regiones.

---

(1) LOZANO. - Ob. cit. Libro II, tomo I

CAPÍTULO XXII

Las epidemias del Siglo XVII

SUMARIO: El Tabardillo en 1610 viene seguido de Peste de Cámaras. — Muerte del P. Urtazún y enfermedad de Ruiz de Montoya. — Viruelas y catarro. — La epidemia general de Viruela de 1620 y el Tabardillo. — La Peste de 1631. — Muerte de Juan Baseo. — La disentería de 1632. — Su curación con el Peregil marino. — Descripción de Ruiz de Montoya. — Mal estado higiénico de los años siguientes. — Origen de esos flajelos en el Uruguay y su marcha de este a oeste. — El Sarampión en 1637. — Cámaras en 1639. — La Peste en 1654 y 1655. — El estado sanitario a fines del siglo XVII.

No era mejor el estado de la salud pública, en la madre patria en el siglo XVII, que el que lo fuera en el anterior. La Peste bubónica recorre toda la península desde los primeros años. La Fiebre punticular y el Garrotillo hacen estragos en distintas épocas, la Viruela periódicamente ralea las poblaciones, el Sarampión se presenta con carácter grave en 1636 y las Fiebres Tercianas se singularizan por su malignidad extraordinaria, que se extiende hasta mediados del siglo. No es posible establecer en esa época una relación evidente entre los males de la Metrópoli y los de sus Colonias. Fuera de la peste bubónica que no tuvo entrada en América, las restantes habían tomado ya carta de ciudadanía y se extendían desde los focos cuando recrudecía su virulencia, de igual modo que actuaban en el Viejo Mundo. Sólo en algunas epidemias de Viruelas, se notó su entrada por el Puerto de Buenos Aires, pero en general sus focos se encendían en el interior del continente, en las provincias limítrofes, donde se encontraban más o menos en estado de latencia en las poblaciones de españoles.

EL TABARDILLO EN 1610

La primera mitad del Siglo XVII, fué rica en flagelos para las reducciones. San Ignacio, la primera fundada por el P. Lorenzano, en 1610 recibió su bautismo con la guerra y la peste. Esta se había iniciado en San Miguel de Tucumán prendiendo en la casa de un español avecindado allí, postrando a su numerosa familia, de la que murieron dos personas, temiendo los restantes semejante fortuna (1). La vemos extendida en el Paraguay a ambos lados del río haciendo estragos entre los Guaycurúes, en donde la encuentran los misioneros González y Griffi que hacen de Médicos. De allí parece haberse extendido a las regiones del norte del Río Paraguay, en donde atacó a 50.000 personas (2) (1613). En San Ignacio y Loreto murieron 600 (3).

En esa epidemia atendieron estos pueblos los P. P. Ruiz de Montoya, Maceta y Urtazún, falleciendo éste según Del Techo, víctima de la peste y atacando al P. Montoya que salvó a pesar de no tener cuidados. Ruiz de Montoya lo refiere así. "Porque de puro trabajo se nos murió el P. Martín Urtazún, acelerándole la muerte no ya la falta de regalos, médicos y medicinas, que nada de eso teníamos, sinó la falta de sustento a hombres racionales". Refiere luego, que en el ardor de la calentura, le pedía un terrón de azúcar, que él no podía dárselo por no tenerlo. Respecto de él mismo, dice que como los puestos en que se juntaban los indios eran muy enfermos, en el contínuo trabajo, fué derribado por una pesada enfermedad de fiebres, que por la posta lo llevaba a la muerte, pero de la cual aunque completamente abandonado, curó. Es interesante el cuidado puesto por Montoya para combatir la epidemia, resolviendo con la firmeza que lo distinguía, llevarse a la reducción de Loreto a uno de los pueblos más próximos, en razón de ser "el más necesitado de mudanza por ser el más enfermo". (4)

---

(1) LOZANO. — Tomo I. Libro II. Historia de la Compañía.
(2) DEL TECHO. — Libro IV. Cap. XXXI.
(3) DEL TECHO. — Libro V. Cap. VIII.
(4) RUIZ DE MONTOYA. — Conquista espiritual. Introducción VII.

Su biógrafo el doctor Jarque, describe así la enfermedad de ambos "la falta de pan, hacia que la vianda ordinaria fueran unas raíces de tierra y harina podrida de mandioca, que aún a los que la tienen muy usada causa ayudas y pestilente enfermedades, a que no poco contribuyen los excesivos calores de la región, por tener el sol tan vecino."

"Adoleció el P. Javier de una gravísima enfermedad, que le postró las fuerzas y el apetito, sin poder apelar a otro alimento que al sobredicho. Lo asistía día y noche el P. Ruíz de Montoya, sin tener para darle ni un bocado de pan, ni medicina, y así en ese desamparo murió. El P. Ruíz de Montoya no tardó mucho en caer enfermo, igualmente de una" fiebre maligna" en la reducción de Loreto, donde padeció a solas los graves accidentes de la enfermedad, sin el consuelo que tuviera el P. Javier, pero con mejor resultado, porque sin médicos, ni medicinas, ni regalo alguno cobró perfecta salud. (1)

El mismo Ruíz de Montoya refiere que poco después, adolecieron algunos de un pestilente Tabardillo y que aunque los acudió con sangría murieron cuatro de ellos. (2)

Los caracteres de la descripción de las enfermedades sufridas por Urtasún y el propio Montoya, a la que aquél rindió la vida, contagiados de la peste reinante, y los datos de Jarque que la llama "Fiebre maligna" nos hacen creer que se trataba del clásico Tabardillo, el mismo de que murieron los cuatro sangrados por el P. Montoya, quien da en esta ocasión el diagnóstico de "pestilente tabardillo" y que probablemente no era más que una violenta epidemia tifóidica.

PESTE DE CÁMARAS (1613) Y VIRUELAS

El estado sanitario de esos tres años (1610-1613) fué funesto, pues además de la epidemia mortífera del Tabardi-

(1) Jarque-Ruiz de Montoya en las Indias. Cap. XX.
(2) Ruiz de Montoya. — Conquista espiritual.

llo, hacían estragos otras pestes. Así el mismo Montoya nos refiere que por esa época (1610) con motivo de algunos atentados cometidos en uno de los pueblos, por algunos malhechores, uno de los caciques amigo de los jesuitas, llamado Taubicí les dijo: "No les de cuidado, porque yo haré que una enfermedad de Cámaras castigue ese atrevimiento" y la predicción del cacique hechicero surtió su efecto. Fué así, dice Montoya, que poco después, se emprendió en aquel pueblo y en los demás esta enfermedad de que murieron muchos".

Él mismo refiere que en esa época de la peste de Viruela adoleció un mozo, y el P. Lozano refiriéndose a San Ignacio del Paraná, dice que en Mayo de 1612, acababa de tener fin "una molestia epidemia de viruela". (1) Y aún es posible suponer que entrara en algo en ese ambiente pestilencial la Gripe, ya que el mismo Lozano nos cuenta que en el año 1613, sobrevino en todo el reino de Chile una "enfermedad general de catarros" que dió abundante y copioso material de trabajo a los padres de la Compañía en aquella provincia. (2) Es cierto que ninguna referencia permite hasta ahora afirmar que se propagara por el Tucumán, pero dada la frecuencia con que los misioneros pasaban de una a otra región, no deja de tener visos de probabilidad que siendo el camino obligado, dada la facilidad de propagación de la Gripe y el carácter de extensión amplia, que tomara del otro lado de los Andes, pudiera en aquella ocasión haber alcanzado a las poblaciones de aquende la cordillera están en continuo contacto, con las Misiones y con la provincia de Chile.

LA EPIDEMIA GENERAL DE VIRUELA DE 1620 Y EL TABARDILLO

Refiere Jarque, que de vuelta de Buenos Aires, el Padre Ruíz de Montoya, a donde había ido escoltado por viente indios jóvenes, hijos todos de caciques guaraníes y que formaban el coro de su capilla, llegó a la Asunción en ese año

(1) P. LOZANO. — Historia de la Compañía. loc. cit.
(2) P. LOZANO. — Historia de la Compañía. loc. cit.

"a tiempo que hacía cruel riza en los naturales la peste de Viruela, de la cual se hirieron y murieron dos de su capilla en breves días. Temeroso de que se contagiara a los demás abandonó la ciudad dirigiéndose a San Ignacio, pero el contagio ya había cundido, y en el río comenzaron a postrarse los demás. Como medida profiláctica dedicó entonces una canoa para los enfermos, reservando la otra, para los sanos. A pesar de los cuidados que prodigó a los atacados "la falta de recursos, de médicos y de medicinas" hizo que murieran otros cuatro.

"Complicóse esta enfermedad de Viruela, con otra no menos maliciosa de ardiente Tabardillo y aunque les acudió con sangría, murieron otros diez que fueron otras tantas lanzadas al corazón del piadoso Padre." (1)

Llegó así a Loreto, donde ya iba cundiendo la peste, y deseando detener el mal cuya gravedad había visto en los estragos que hiciera entre los cantores de su capilla, publicó el entredicho entre Loreto y San Ignacio, deseando evitar la entrada del mal en este último pueblo.

Pero el cuidado fué inútil y la peste se propagó. El mal iba cundiendo en forma alarmante. Hubo días en que murieron sesenta niños: "Los cuatro jesuitas encargados del cuidado de los dos pueblos, Ruíz de Montoya, José Cataldino, Simón Maceta y Juan Baseo, se repartieron entre sí los oficios: uno llevaba el viático, otro confesaba, otro daba la extremaunción y todos servían plaza de médicos y cirujanos y enfermeros, ejecutando sangrías, disponiendo y aplicando varios medicamentos, y administrándoles por su mano la comida.

Al P. Juan Baseo le cupo el trabajo de enterrar a los muertos, como éstos eran tantos y tan pestilente el olor de los cadáveres arrojaban de sí, hirióse del contagio (2) y murió."

Siguieron los tres restantes en su humanitaria tarea. Uno de los objetos de sus continuos desvelos era el bautismo a

(1) Jarque-Ruiz de Montoya. — Libro I, Cap. XXVIII.
(2) Jarque.— Íd. íd.



los recién nacidos, puesto que las embarazadas abortaban con frecuencia con la violencia de los dolores, y las criaturas no sobrevivían mucho tiempo a su prematuro nacimiento.

La peste como hemos visto, pasó de la Asunción a los pueblos del Guayrá, San Ignacio, y Loreto, de éstos corrió a los del Paraná a Yapuá y Yaguapúa, de allí la epidemia remontó la corriente del Paraná donde hizo gran mortandad entre los Ytatines, situados quince leguas al Norte. En Yaguapúa sólo quedaron 400 almas, después de pasada la peste, la que se sostuvo en el Paraná por espacio de un año.

Del Paraná pasó al Uruguay, donde aniquiló la Concepción, hasta el punto que el provincial Mastrilli que la visitó en 1625, hallándola tan reducida trató de abandonarla, optando por sostenerla a pedido del P. Roque González que la había fundado y que había luchado en ella todo el tiempo de la peste. (1)

Al mismo tiempo que el contagio corría hacia el Paraná y el Uruguay, y remontaba los ríos, se extendía a la margen derecha del Paraguay, donde vivían los Guaycurúes, quienes abandonaron las poblaciones, refugiándose en los montes, pero como muchos tenían ya el germen del mal, expiraban miserablemente en los campos y pantanos, faltos de todo auxilio.

El P. Romero los siguió en su emigración, buscando los enfermos y cargando con ellos; en una ocasión llevaba en son de triunfo a cuestas una vieja desdentada que despedía un olor fétido. (2)

El carácter general de esta epidemia de Viruela como la de Garrotillo, (1587 - 89) la hizo extensiva a toda América. Hizo estragos en el Brasil, y llegó a Buenos Aires, adonde la hemos de encontrar a su tiempo.

EPIDEMIA DE 1631

Del Techo nos refiere como en ese año "propagóse una

(1) Del Techo. — Tomo II, Libro V, Cap. XVIII.
(2) Del Techo. loc. cit.

pestífera dolencia en el Uruguay y cómo a consecuencia de ella murieron en Caasepaminí setenta neófitos, en Tabatí cincuenta, en Ibitiracuá trescientos, en Caatí otros tantos. (1)

Asistieron entonces a los enfermos los Padres José Oregbi y Francisco Jiménez, quienes encontrándose impotentes para atender a los atacados, que estaban diseminados en un radio de 4 o 5 millas alrededor de los pueblos, trataron de buscar el auxilio de los neófitos más celosos, enseñándolos a sangrar, preparar medicamentos, etc., etc.

En esta ocasión se distinguieron como ya hemos hecho referencia, los caciques Vicente Yapuy, natural del Cuaró, quien sucumbió víctima de la epidemia y Marcelo Maendi, quien, aunque alcanzado por el contagio, lobró salvar según hemos referido anteriormente.

Esta epidemia del Uruguay de 1631, que nos refiere Del Techo, dándole como era su costumbre el solo nombre de peste, podemos suponer fundadamente que se tratara de Viruela, y nos fundamos en el contacto de los tapes, y los tupíes, con los mamelucos del Brasil, que avanzaban entonces resueltamente hacia los pueblos misioneros, estando su país sujeto a una de los más vivos ataques de esa enfermedad, según el dato de Alpino de Egipto, citado por Pisón (2) quien nos refiere como en esa época por intermedio de los esclavos estalló la peste en toda la región, causando serios estragos.

En apoyo de esta aserción, señalamos que en esa época dice Del Techo, los Calchaquíes y los Mamelucos, invadían las regiones del Tucumán y del Guayrá, agregándose a ellas las inundaciones, el hambre y la peste, que hacían estragos en el Estero lo mismo que en Tucumán. (3)

LA DESINTERÍA EN 1632

Indefensos los pueblos ante los ataques repetidos de los mamelucos, que en su ferocidad los azolaban, arrastrando

(1) Del Techo. — Tomo IV, Libro IX, Cap. XXXVII.
(2) De Medicina Brasilensis.
(3) Del Techo. loc. cit.

cautivos a los neófitos, optó Ruíz de Montoya, Provincial entonces, por oponerles el más heroico y doloroso de los recursos y organizó el éxodo, alzando los pueblos de Loreto y San Ignacio y embarcándolos en canoas, para buscar abrigo en las márgenes del Paraná, contra la temible avalancha.

En 700 canoas cargó de 12 a 13 mil almas, residuos, que después de los asaltos de los mamelucos había quedado de aquellas reducciones, que llegaron a tener con los pueblos inmediatos hasta 100.000 almas, cinco años antes. Pasadas mil peripecias en la navegación, llegaron los peregrinos al Paraná, a la altura del Salto grande, donde hubieron de desembarcar para evitar los escollos y marchar entre los montes a buscar nuevo embarcadero. Allí, aquel escuadrón inmenso con sus bagajes, sus mujeres y sus niños, empezó a padecer del hambre; agregóse a ello una epidemia violenta de Disentería, al punto que morían 40 por día; Montoya acudió (1) para remediar sus males "a la piedad del maestro de campo Manuel Cabral de Alpoín, quién en su grande nobleza y cristiana liberalidad, dió licencia para que tomasen de sus dilatadas estancias un buen número de vacas cimarronas".

Es interesante señalar como en esta ocasión, la desesperación del hambre y la peste aguzó el ingenio de los indígenas para buscar en la naturaleza, remedio y sustento. Uno y otro encontraron en el Zargazo o perejil marino, en las proximidades del pueblo de Yabibirí. Montoya describe el caso así: "Socorrió Dios a esta pobre gente con una medicina que lo fué de la peste y del hambre. En el arroyo que está pegado al pueblo, hallaron una yerba que llamamos perejil marino y ellos Ygaú. Llegando a su sazón tiene de largo media vara, echa sus raíces en las mismas peñas que es donde se cría, sin salir del agua; es de su natural salobre, muy gustosa y cría buena sangre, tiene para su perfección, como los arbustos, tiempo limitado".

"Acudió a sacarla todo el pueblo y olvidados de mañana, sacaban hoy cuanto topaban. Confieso yo, mi poca confianza,

---

(1) Jarque. — Vida de Ruiz de Montoya.

que sentí algunos días su codicia en despojar las peñas, sin esperanza de que el día siguiente hallasen cosa, pero el que lo es de los atribulados, socorría cada día con lo necesario, tanto que viéndome vencido de mi corto ánimo, les animé a que se aprovechasen de la liberalidad, del que aún de un gusanillo vil no se olvida.

"Esta yerba cocida con la carne fué remedio a la Disentería que arrebatadamente los llevaba. Vióse con ella mudada la figura de muerte y palidez del rostro que tenían todos." (1)

Así pudieron llegar a las reducciones del Paraná, donde los auxiliaron los indios de estas reducciones. Pero las privaciones del viaje y la peste los diezmaron pronto. En Acaray donde los emigrantes llegaron al principio en gran número fallecieron en poco tiempo 600. (2) Los de Iguazú se privaron de lo necesario para alimentar por espacio de 4 meses a 1.500 emigrados, de los cuales fallecieron atacados de la peste 500. Los neófitos del Uruguay mostraron con los huéspedes una caridad ejemplar, no obstante muchos de éstos fallecieron de hambre o de enfermedades. De 12.300 personas que salieron del Guayrá quedaban al año 4.000, (3) los restantes perecieron de peste y de hambre en el camino, perdidos en los bosques o en los primeros tiempos de su arribo. Concluída la mortandad les señaló Montoya sitio para las nuevas poblaciones entre Ytapúa y Corpus Christi, que en recuerdo de los perdidos se llamaron Loreto y San Ignacio.

Esa disentería epidémica tan común en las regiones tropicales, favorecida por las penalidades, las fatigas y el hambre que acompañó el éxodo de los habitantes del Guayrá, no cesó con el término de sus viajes, muriendo la mayor parte en el primer año de su arribo. Además la epidemia estaba extendida desde Tucumán hasta el Uruguay, donde todos los pueblos padecían los estragos del hambre, también.

Respecto del Uruguay nos dice Del Techo: "Los muchos trabajos que padecieron en este país los misioneros a causa

(1) Ruiz de Montoya. — Conquista espiritual, Cap. XXXIX.
(2) Del Techo. — Libro X, Cap. VI.
(3) Ídem ídem.

de las epidemias, hambre y otros males. El número de enfermos que había en cada pueblo era mayor que el que podían atender uno o dos Padres, por lo cual veíanse precisados a cuidar de unos dejando sólos a otros. Todos los moradores de la Asunción fueron atacados de la pestilencia.

A la peste siguió el hambre, efecto de haberse gastado muchos víveres en mantener los emigrados del Guayrá. Puede pues, asignársele a la duración de esta epidemia, tres años por lo menos, pues en 1633, vemos que hacía estragos en el Paraná: en Acaraguá se propagó la peste y murieron 500 neófitos, la epidemia castigó también la reducción de Piratiní; en el Caró murieron 132 a consecuencia de la peste, la que asimismo arrebató en poco tiempo la tercera parte de los moradores de los Reyes. (1)

Presenta en su marcha esta epidemia una particularidad digna de señalarse. A diferencia de las de 1587 - 89 cuya marcha hemos visto desde Cartagena, por el Perú y Tucumán, a la Asunción y Guayrá, ésta vino de las regiones situadas hacia el mar y se propagó por el Tapé, Paraguay y Uruguay. Resume Del Techo sus estragos así: "No referiré el daño que ocasionó en cada uno de los pueblos, sólo diré que los misioneros rivalizaron en socorrer a los enfermos. En las reducciones había un Padre a dos a lo sumo y se veían precisados a cuidar de las necesidades temporales y espirituales de sus feligreses. En Jesús María, llegaron a contarse 1.500 apestados, en Caró 850, todos ellos murieron después de recibido el bautismo. A la epidemia siguió el hambre. (2)

Sarampión 1631. — El P. Boroa describiendo en 1637, los trabajos efectuados por P. Gerónimo Porcel dice: "Acabada la furia de la peste del Sarampión hubo muchos enfermos de Cámaras" con lo que el Padre procuró hacerles un hospital. (3)

Se refería el Padre Boroa a la epidemia de 1631 - 33 o alguna posterior. En el primer caso daría mucha luz a la famosa epidemia de que nos ocupamos y que tantos estragos hizo.

(1) Del Techo. — Libro XI, Cap. XVII.
(2) Del Techo. — Cap. XXIX.
(3) Borda. — Cit. por Hernández IX, XIII.

Por otra parte no encontramos fuera de esa ninguna de importancia en los años siguientes. Es sabido que el Sarampión ocasionaba verdaderas hecatombes entre los indígenas y no costaría el admitir que con la Disentería infecciosa, anduviese mezclado el Sarampión en ese flagelo tan violento.

Es curioso por otra parte que sea esa referencia del Padre Boroa la primera que hallamos referente al Sarampión en las Misiones. No podemos suponer que fuera su primera aparición, desde que Ruiz de Montoya con su Arte y Vocabulario Guaraní escrito, al parecer, en 1613, (si bien lo publicó en España en 1639) ya hace referencia al Sarampión, dando su designación en Guaraní. Esto hace que fuese muy probable que en esas vagas referencias a las pestes de estos años, estuviera incluído al Sarampión.

Peste de Cámaras 1639. — En una correspondencia fechada en Candelaria en ese año, del Padre José Domenec al Padre Ruiz de Montoya, después de referirle el peligro de invasiones de Mamelucos, lo que hacia que fuera continua la vigilancia de centinelas en la frontera, le dice: "Por todo el Uruguay hay grandes hambres y peste de Cámaras, teniendo trazas de otra peste mayor. (1) Acaso no fuera esta epidemia más que la iniciación de la que vemos figurar en Buenos Aires en 1641 - 1643, acompañada del hambre. (2)

Peste 1654 - 55. — "Una cruel y voraz peste que había asolado la provincia del Paraguay en los años 1654 y 55, dió ocasión, dice Funes, a los Mbayaes y Neengas para que, confederados con otras naciones fronterizas ejecutasen todo género de estragos". (3)

El Estado Sanitario del fin del Siglo XVII. — Después de esta epidemia de 1654 - 55 hasta el término del siglo XVII no hallamos referencia alguna a estados epidémicos y no porque no las hubiera en la Metrópoli, pues se señalan en 1666 en casi todas las provincias de España, sobre todo en Salamanca y Lisboa, en 1672, viene acompañada de esterilidad y sequedad, en 1673 a consecuencia del hambre, la

(1) PATELLS. — II, 21.
(2) JARQUE. — Vida de Diaz Taño.
(3) FUNES. — Ensayo, Tomo II, Cap. I.

guerra y la miseria comenzó una epidemia que no cesó hasta 1684, acusándose sobre todo en Andalucía, donde muchas poblaciones perdieron hasta la mitad de sus habitantes. En toda esa época no se señala en las crónicas españolas, más diagnóstico que Calenturas malignas y Peste bubónica. (1)

Pero sea que con la cesación de la guerra con los mamelucos ya dominados, sea con la prosperidad creciente de los pueblos misioneros, que desterró el hambre y la miseria, sea que el estado higiénico mejorase, ello es que las misiones permanecieron extrañas a los flagelos que sacudían a la madre patria. En ese período las misiones habían conquistado su organización definitiva, libre de enemigos, se entregaban los misioneros a su administración; la época del apostolado había terminado, no se trataba ya de reducir a los infieles y de encauzarlos hacia la vida civilizada, no era más que el cuidado y la dirección espiritual y temporal de los pueblos el objeto de sus preocupaciones.

Aquella época primitiva en que los misioneros que se internaban en los desiertos desafiando el hambre y las fieras, para obtener neófitos o para alcanzar el martirio, época que hacía decir a Muratori: "le parecía encontrar allí la primitiva Iglesia" había pasado. Problemas de orden político y jurisdiccional, luchas contra los diocesanos del Paraguay, juris y pleitos contra los enemigos de la compañía, que denunciaban minas de oro en las reducciones, alegatos para sostener el privilegio de usar armas, tales eran entonces las ideas que agitaban a los dirigentes jesuitas y que hacían correr la pluma de sus historiadores. No hallamos, pues, ninguna referencia al estado sanitario, bien que se hubiera habituado a los males reinantes o tal vez porque hubieran pasado los pueblos por un período de calma después de tan repetidos flagelos.

---

(1) Hernández Morejón. — Tomo IV.

CAPÍTULO XXIII

Las epidemias del Siglo XVIII

SUMARIO: Hubo Peste Bubónica en América? Opiniones negativas de los escritores Jarque, Juan y Ulloa, Gilig y Montenegro.—Las Cámaras de contagio en el sitio de la Colonia del Sacramento en 1704. — Epidemia general de viruela de 1717. — Descripción del P. Cattaneo de la que atacó en el Uruguay a sus indios en 1729. — Se acompaña de sarampión en 1734. — Gran mortandad en 1737 - 38. — La gran peste de catarro de 1750. —Nueva y mortífera viruela en 1764. — Vuelve en 1785 y 1789. — Después de unos años de tranquilidad ataca de nuevo en 1800. — Primeras inoculaciones de viruela atenuada en las Misiones.

La Peste Bubónica. — La desinencia general de Pestes, que los españoles empleaban para todas las enfermedades epidémicas, ha dado lugar a que se preguntaran algunos escritores, si la peste negra, que tan horrorosos estragos realizaba en España, habría pasado a América como los otros flagelos.

Garzón Maceda publica algunos documentos que indudablemente parecen corresponder a esa afección, pero de haberse extendido una epidemia tan bien conocida en España, es indudable que no escasearían las referencias de los cronistas y lejos de ser así, encontramos en la literatura colonial, las más terminantes afirmaciones sobre la ausencia de la Peste Bubónica.

Hemos visto como Jarque declaraba que: "no se sabe que haya pasado a la América dolencia de Landres o alguna otra a la que en Europa llamamos Peste".

Juan y Ulloa que concede en la relación de su viaje una atención preferente a la patalogía de cada región, nos asegura que "ni en Quito, ni en toda la extensión de la Amé-

rica Meridional, se experimentan los estragos de la Peste, que tan horribles suelen ser en Europa. (1)

En una de sus cartas el Padre Cattaneo, Misionero del Uruguay, refiriéndose a la Viruela declara que esta enfermedad es aquí como la Peste de Europa. (2)

Felipe Salvatore Gilig, Misionero del Orinoco, después de relatar los males epidémicos del país, agrega: Dios nos libre que en América se uniere a ellos la Peste, pero por no se que admirable providencia, no hay memoria de que haya pasado nunca, tal vez el Señor ha querido usar de misericordia con ellos, ya que sin la Peste están ya sujetos a tantos males. (3)

Montenegro dice a este respecto al hablar de la Escabiosa Indica verdadera: "en Madrid he visto vender esta misma (cuya estampa da) en los herbolarios de la plazuela de Herradores, y yo mismo la he comprado, con la cual machacada y a medio cocer, en corta cantidad de agua, mezclándole hollín, reventó dentro de dos horas y media un pestilencial carbunclo. No he probado ésta, en este caso, por no haberlos hasta hoy visto en estas tierras de la América, que sólo forúnculos a modo de diviesos se ven, y estos muy poco venenosos, sí de profunda y gruesa raíz y con algunas señales venenosas, como es el comezón y prurito, con dolor a las partes vecinas y circunferencias". (4)

Las Cámaras de contagio en 1704. — Durante el asedio de la Colonia del Sacramento, ocurrido en esa fecha, bajo el mando de García Ros, y en el que formaron los 4.000 indios de las reducciones, se esparció por el campamento sitiador, una violenta disentería, entre españoles e indios.

El hermano Montenegro, que con Zubeldía y Brassanelli, actuaba de cirujano, es quien nos ha dejado noticias de ella, al hablar del Arazá Mirí, remedio con el cual obtuvo excelentes resultados. Dice de él: Nace por las campañas y en gran abundancia sobre la colonia de San Gabriel, de

(1) JORGE JUAN Y ANTONIO ULLOA. — Viaje a la América Meridional, 1748.
(2) MURATORI, — Cristianessimo felice. Cartas del P. Gaetan Cattaneo.
(3) GILIO. — Saggio di Storia Americana. — Tomo II, pág. 61.
(4) MONTENEGRO. — Escabiosa índica.



la cual me valí en unas Cámaras de contagio, que dió a los reales de españoles e indios, a los cuales fué el único remedio, sus frutos comidos, medio verdes, que eran tantos los que lo buscaban, que no lo dejaban sazonar y de su hojas hice echar cristeres que es casi como el Arrayán de huertos. (1)

Viruela en 1718. — Al relatar la epidemia de Viruela de que fué testigo años posteriores el P. Cattaneo, dice que tomaban todas las medidas a fin de que no se introdujese en las Misiones como aconteció en 1718 en que arrasó más de cincuenta mil indios. (2)

Esta epidemia revistió un carácter general ya que el P. Asperger al hacer su relación refiere que en Córdoba murieron en el año 1717 "más de 17.000 indios y que desde entonces apareció a intervalos causando, como en todas partes, estragos despobladores. (3) El padre Lozano dice al respecto al hacer la apología del Obispo de Tucumán, doctor Alonso de Pozo y Silva: "manifestó sus entrañas de misericordia en la peste fatal, que con lastimosos estragos afligió estas provincias y aún toda esta América desde el año de 1718, franqueando con generosidad, cuando pudo para alivio de los dolientes y moviendo a muchos con su ejemplo, a ocuparse en el servicio de los apestados". (4)

El hecho de que Lozano no haga referencias en esta ocasión a la Viruela ha dado pie a un erudito historiador para suponer que aquella peste fatal bien pudiera haber sido Tifus antes que un exantema varioloso. (5)

Pero si bien es cierto que en esa época el Cabildo de Buenos Aires obtenía de un consejo de médicos la declaración de que la enfermedad reinante eran "calenturas pútridas malignas" las terminantes afirmaciones del P. Cattaneo que señala 50.000 víctimas de Viruela en las Misiones, y las del P. Asperger que fija que eran 17.000 los

(1) Montenegro. — Arazá-miré.
(2) Muratori. — Apéndice. Cartas del P. Cattaneo III.
(3) Garzón Macedo. — Historia de Córdoba. Tomo III, pág. 560.
(4) Lozano. — Historia de la Compañía.
(5) Cantón. — Historia de la Facultad de B. A.

muertos de Córdoba, prueban de un modo evidente que se trataba de una epidemia general de Viruela, y que a ello debió referirse el P. Lozano, sobre todo cuando trataba del Obispo que cuidaba los enfermos en la provincia de Tucumán. Garzón Macedo dice a este respecto, que la primera epidemia auténticamente especificada como Peste de Viruela, fué esa de 1717. (1)

La viruela en el Uruguay en 1729. — El 13 de Junio de 1729 salían de Buenos Aires en viaje a las Misiones, el Superior de ellas P. Miguel Ximénez y el P. Cattaneo que llegaba recién de Europa. Con el fin de acompañar a los padres habían enviado los misioneros una comitiva formada por 320 guaraníes. La expedición cruzó las bocas del Paraná y pisó tierra uruguaya en el Arroyo de las Vacas, dirigiéndose desde allí hasta Santo Domingo de Soriano a donde llegaron después de 8 días. Poco antes de llegar, dos de los indios presentaron signos de Viruela, al día siguiente caían tres más, muriendo uno de ellos. Alarmado el Superior separó inmediatamente a los enfermos y envió un chasque al pueblo más próximo, el de Yapeyú, pidiendo socorros y provisiones, en el justificado temor de que extendiéndose la epidemia, no habían de bastar los socorros de asistencia y alimentación, con el retardo que habían de importarles, para llegar a sus reducciones, la gravedad del flagelo, "que era en estas regiones lo que la peste en Europa".

A fin de ganar tiempo antes de que el contagio se generalizara, se embarcaron, tratando de hacer el viaje en grandes jornadas por el Río Uruguay; pero esa precaución fué inútil, pues pocos días después caían 3 o 4 más, a los que asilaron en una canoa, que debía seguir de lejos al convoy: el 20 de Agosto se presentaron 14 casos nuevos en una de las balsas y empezaron a enfermar los indios de las otras. La situación se hizo entonces angustiosa; se hallaban aún a 100 leguas de las Misiones, las provisiones escaseaban y perdieron toda esperanza de socorro, pues los

(1) *La Medicina en Córdoba.* — III, 560.



charrúas que había entonces les habían facilitado víveres, en cuanto se dieron cuenta de que estaban apestados los abandonaron a su suerte.

El P. Ximénez, en el afán de salvar al mayor número, optó en esas circunstancias por proseguir el viaje, dejando a los enfermos en tierra, pero se halló perplejo ante el problema de su asistencia, siendo solucionado éste por el ofrecimiento espontáneo de 10 indios, que se comprometieron resueltamente a llenar las funciones de enfermeros; y tan bien la llevaron a cabo, que lograron salvar "milagrosamente" más de la mitad de los atacados, enterraron los muertos, y colocando a los convalecientes en dos canoas continuaron su camino, pero con tan mala fortuna que todos a su vez fueron acometidos de la Viruela y en forma tal, que sólo uno pudo escapar con vida.

Entretanto, el grueso de la partida llegó a Arrecife, en donde la epidemia tornóse más brava aún; primero fueron 60, luego 114 los enfermos. En esas condiciones fué imposible continuar la jornada. Bajaron a tierra a los dolientes y los cobijaron en dos cabañas de paja, en tanto que los sanos, acampaban a una legua de distancia.

El improvisado hospital era por cierto muy deficiente. Los apestados se hacinaban allí de tal modo, que era imposible moverlos, y los padres para auxiliarlos, habían de hacer esfuerzos inauditos, pues no había espacio donde caminar entre uno y otro enfermo.

La gravedad de los enfermos era tal, que afirmaba uno de los misioneros "que esa asistencia fué bien ruda y desagradable, agregando que la Viruela tal como se presenta en Europa no podría dar más que una débil idea de lo que era aquí". (1)

Los indios continuaban cayendo, estoicamente. Rodeados por todas partes de los horrores de la muerte, ninguno de ellos sintió la tentación de huir, buscando la salvación entre los hospitalarios charrúas, prefiriendo a ese fácil abandono, sufrir el hambre, la enfermedad y la muerte

(1) P. Cattaneo. Cartas III. Muratori: Cristianessimo felice.

junto a los suyos. Los misioneros velaban noche y día prodigándoles los cuidados que estaban en su mano.

Ayudaban celosamente su obra, los mismos indios enfermeros, destacándose entre éstos Tieú, por su piedad, lo que le valió contraer la enfermedad, de la que curó sin embargo.

El hambre acompañaba a la peste y los tigres merodeaban alrededor de las tiendas, entrando una vez, en una en la que se hallaban dos enfermos, salvándose gracias a un trozo de carne que habían recibido de socorro ese día. Las hormigas afluyeron en cantidad, ocasionándoles nuevas molestias.

Dos meses se pasaron en ese estado; de los 340 indios que habían salido de Buenos Aires no había más que 42 que no hubieran contraído la enfermedad. El número de muertos sumaba 179; y 121 el de los convalecientes. Después de 3 meses de su salida de aquel puerto, reiniciaron el viaje.

El Superior de Yapeyú había enviado 4 balsas con socorros, con orden de hacer una cuarentena rigurosa, de miedo que la peste volviera a introducirse en las Misiones como en el año 1718, que había causado 50.000 víctimas. Acompañaba su envío con hábitos nuevos, para los padres que cuidaban a los enfermos, a fin de que se cambiaran completamente las ropas, quemando las que habían usado en la asistencia.

Realizada la cuarentena llegaron a Yapeyú, fin de su viaje y de sus males, a mediados de Noviembre de ese año 1729.

De la relación del misionero se deduce que el contagio fué tomado en Buenos Aires y que en esa ocasión las Misiones se vieron libres de la epidemia, gracias a la cuarentena si bien no por mucho tiempo, pues poco después la vemos dominar de nuevo probablemente llevada de la misma ciudad.

Las epidemias de Sarampión y Viruela 1734. — El P. Peramás refiere que en el año 1734 en los treinta pueblos guaraníes que contaban con una población de 144.252 al-



mas, hizo una violenta epidemia de Sarampión 18.773 decesos. (1)

Charlevoix cuenta que en el año 1734 siendo el P. Aguilar, superior, se encontró en un gran embarazo, ante la orden del Virrey de Perú, en la que le exigía el envío de un gran número de neófitos a la frontera del Paraguay, pues con las malas cosechas del año anterior, el hambre era general en todas las reducciones, y las enfermedades epidémicas la siguieron, como acontece siempre que los alimentos son malos. (2)

Dobrizhoffer cuenta 30.000 personas muertas de Viruela en los 30 pueblos en el año 1734. (3)

Martín de Moussy en su monografía sobre las misiones al referirse al año 1733, resume la situación sanitaria así: "Epidemias de Viruela, el Sarampión y Escarlatina que hacen muchos estragos" y en el siguiente año Disenterías. El estado sanitario es malo durante muchos años". (4)

No podemos apreciar el fundamento de la aserción del ilustre médico-geógrafo, por no conocer las fuentes de su información dudosa en lo que pueda referirse a los datos respecto a la Escarlatina, cuyo diagnóstico sólo un siglo más tarde se señalaba en el Río de la Plata.

La Viruela en 1737 y 38. — El P. Bernardo Nordoffer, provincial de las misiones a la sazón, en carta al Gobernador de Buenos Aires, de Abril de 1738, exponía la imposibilidad en que se encontraba de enviarle un contigente de indios guerreros, que aquel solicitaba, exponiéndole entre otras razones que "para enviar el competente número de gente escogida y buena, tendría que vencer imposibles por no poder valerse de ningún indio de los pueblos del Paraná, porque al presente todos los pueblos de aquel río están hechos un Hospital por las Viruelas, que están en todos, y es una peste feroz entre esta gente. Dios no per-

(1) Peramás. — De Vita et moribus tredecim vivorum paraguaycorum.
(2) Charlevoix. — Histoire du Paraguay. Tomo I. Libro XIX, pág 222.
(3) Dobrizhoffer. — Account of the Abipones, Cap. XXIII.
(4) Martin de Moussy. — Memoire historique sur la Decadence et la ruine des Misiones.

mita, añadía, que entre al Uruguay como se teme por el necesario comercio e inexcusable, pues entrando en uno solo bastaría para infeccionar a todos". (1)

Peramás señala las víctimas ocasionadas por la viruela en 1737 en 30.000 pesonas. (2)

De Moussy anota ese año con una "nueva epidemia de viruela".

La grippe en 1750. — Refiere Dobrizhoffer, que hallándose en Cordovan, estado de Santa Catalina, perteneciente a los Jesuítas, al caer una tarde, observaron un ígneo meteoro, con todo el aspecto de un verdadero *Widebeam,* que cruzó centelleante, por el medio del cielo, hasta caer en el horizonte. Fué considerado el caso portentoso, pues los españoles de otros sitios, declararon luego, que el fenómeno había sido visible para toda la provincia. "Los que conocíamos sus causas, lo contemplamos tan tranquilamente, como un fuego de artificio, pero en cambio fué una señal realmente calamitosa, pues fué la causa o más bien el signo concomitante, de un catarro mortal que predominó sobre todo el Tucumán, que mató en dos años un gran número de españoles y de negros. La enfermedad, según se dijo, comenzó con la extraña exhalación; y aunque esta peligrosa pestilencia visitó todas las ciudades sin distinción, a su modo de ver, donde explotó con particular violencia, fué en los sitios donde se hallaban ubicados entre Córdoba y Santa Fe. (3) Hasta aquí el misionero de los Abipones, quien olvidó en su narración la fecha del sorprendente acontecimiento. Pero un hecho extraordinario no podía permanecer silenciado por los cronistas de la época y afortunadamente hallamos por ese signo, la fecha de la epidemia a que se refiere el jesuíta, anotado aquel en la obra de Sánchez Labrador, contemporáneo y como él, misionero en esa época en el Paraguay, quien describe el caso de esta manera: "Exhalación particular. Merece particular atención la que se dejó ver la noche del día 3 de Noviembre año 1750.

(1) Bauzá-Doc. de Prueba, tomo II.
(2) Peramás. — Loc. cit.
(3) Dobrizhoffer. — Loc. cit.

Entre nueve y diez se iluminó el aire por espacio de medio Avemaría, por lo menos. El resplandor se asemejaba al que esparce la luna el tercero o cuarto día de su menguante, cuando sale por el horizonte", etc. (1)

Coincide con el carácter general que da Dobrizhoffer, a la epidemia de catarro, el encontrarse una justa relación en la fecha, con la que postró a la guarnición de Montevideo, en ese mismo año, si bien en el mes de julio y por lo tanto unos meses antes de la aparición del signo cabalístico a que hace referencia el jesuíta. El comandante militar de la plaza, en esa fecha, se queja al Gobernador de Buenos Aires, que no han quedado en pie, más de 4 hombres, por una epidemia de catarro, demandando auxilios, para atender tan gran número de enfermos. Volveremos sobre ella al tratar las epidemias en la ciudad de Montevideo.

La gran epidemia de viruela de 1761. — Sánchez Labrador, fija el principio de esta epidemia entre los Mbayás, impropiamente llamados Guaycurúes, en abril de ese año, apareciendo en el pueblo de Belén.

En cuanto vieron los indios las primeras señales en los atacados, nos dice, sin atender a nada se pusieron en casi precipitada fuga, hasta el punto de que apenas quedó indio, de los infieles, en la reducción. Conforme iban llegando, deshacían los toldos, y sin esperar a los que los seguían, huían todos, como si tuvieran a la vista un ejército de contrarios, para ir a esconderse a lugares sombríos y excusados". Como el mal era ejecutivo, dice el misionero, el primer cuidado de ellos era disponerlos para que murieran como cristianos. Quebraba el corazón, agrega, la vista lastimosa de aquel teatro de muerte. No había padres para los hijos, ni hermanos para hermanos. Unos huídos no cuidaban de otros y se morían sin tener otro consuelo, que tener consigo a los misioneros. La peste atacó a los Guaraníes que llevaban de auxiliares, empezando otro espectáculo de lástima". Concordando en eso de la gravedad del mal con Dobrizhoffer, añade Sánchez Labrador: "En todos los indios son contagiosas las viruelas,

(1) SÁNCHEZ LABRADOR. — El Paraguay Católico Tomo I, pág. 149.

mas en los Guaraníes, son preliminares de la sepultura''. La peste continuó en el año 1765. Es curiosa la idea que refiere el jesuíta que tenían los Mbayás del mal. "Tienen rarísimo concepto de la viruela, no muy frecuente en estas tierras. Creen que es un ente vivo, aunque invisible, amigo del sol y del calor, no menos opuesto al frío y a la sombra. Según la naturaleza que se fingen (de él) lo hacen andariego buscando a quien pegarse. Pobre del que anda por el sol, y en línea recta! Es necesario andar por la sombra, o por el sol atravesando de un lado a otro, para que las viruelas no atinen con la vereda. Por eso huyen todos y van a esconderse en las selvas, al oir que alguno tiene viruelas. Mas éstas los buscan y los hallan por más que se escondan''. (1)

Con todos esos horrores no indica más de 100 muertos, en su reducción, con lo que coincide también con Dobrizhoffer, en lo benigna que era la viruela entre los indios no guaraníes, quien dice refiriéndose a esa misma epidemia: "En el año 1765 esta peste arrasó un gran número de gente en las colonias españolas, habiendo barrido alrededor de 12.000 personas en los 30 pueblos guaraníticos, propagándose a las tribus más distantes, extendiéndose en el Chaco, y aunque casi todas tomaran la infección, murieron relativamente pocos en proporción al número de los que enfermaron, bien entendido que me refiero a las tribus ecuestres, las que se salvaron por el vigor de su constitución; así en el pueblo que yo fundé entre los Abipones, una mujer sólo escapó al contagio, y de los muchos centenares que tomaron la enfermedad, sólo hubo veinte víctimas de ella''. (2)

La cifra de 12.000 defunciones de que habla Dobrizhoffer en las reducciones guaraníes es exagerada. Según los cuadros que transcribe De Moussy, pueblo por pueblo, sólo sumaron 7.714, en esta forma:

(1) Paraguay católico. — Tomo II.
(2) Account of the abipones. Cap. XXIII.

San Ignacio Guazú	12
Santa María de Fe	19
Santa Rosa	1596
Santiago	305
Itapua	3
San José	398
San Carlos	21
Concepción	364
Apóstoles	682
Mártires	808
Santa María la Mayor	668
San Javier	150
San Nicolás	341
San Luis	420
San Lorenzo	234
San Miguel	470
San Juan	5
Santo Angel	188
San Borja	153
Santo Tomé	570
La Cruz	7
	7,414

Hace De Moussy el comentario siguiente: parece que las 5 reducciones del Paraná y las Misiones de Taruma, no fueron atacadas. La elevación de las cifras de defunciones, prueba lo que hemos dicho, muchas veces, sobre el excesivo peligro de las epidemias de viruela en los indios y la despoblación del continente americano a consecuencia de esta enfermedad.

Se ve que la epidemia de 1764 arrebató un doceavo de la población de las Misiones. Proporcionalmente es como si en 1854, el cólera hubiera arrebatado en Francia, tres millones de habitantes. (1)

Con todo, mayor gravedad, y más altos porcentajes, seña-

(1) De Moussy. — Loc. cit.

la la epidemia de 1737, en la que según Peramas murieron 30.000 indios, es decir, más de la quinta parte y asimismo mayor el estrago del Sarampión en 1734, del que murieron 18.773, sobre 144.252, es decir, entre un séptimo y un octavo de los pobladores.

La Viruela en 1783 y 89. — Después de la expulsión de los jesuítas nos da noticias de una nueva invasión de viruela Félix de Azara, quién refiere que en el año 1783, en los pueblos de Belén y de San Estanislao, causó estragos llegando en el primero a ocasionar 81 defunciones y en el segundo hasta 1.300, según los datos que proporcionaban los libros parroquiales. (1) El mismo, en otra oportunidad refiere que, a principios de 1789, padeció el pueblo de Belén nuevas Viruelas que sepultaron 81 personas. (2)

No nos dice, si el mal llegó a penetrar en las reducciones guaraníticas, pero es bien posible ya que Gonzalo de Doblas, Teniente Gobernador de esos pueblos en su Memoria Histórica, fechada en 1785, escribe que las Viruelas y el Sarampión sólo, causan estragos horrorosos, encontrando su explicación en que pasándose muchos años sin experimentar estas epidemias, cuando acometen, como son pocos los que viven, que las hayan tenido y como se extiende prontamente el contagio, no se halla quien asista a los enfermos, porque todos huyen de que se les comunique; conque no es mucho que mueran casi todos, siendo maravilla el que escape alguno a esfuerzos de la naturaleza. (3)

Nueva epidemia en 1800. — Después de unos años de calma reaparece fuertemente la Viruela y de un modo general, alarmando a las poblaciones de Montevideo y Buenos Aires y extendiéndose a las Misiones.

Merece señalarse este ataque por ser la vez primera que se aplicó en el Río de la Plata la Variolización. En Montevideo se prestaron algunos centenares a recibir el virus y en el pueblo de Concepción, llega a inocularse a 700 indios, de los que murieron sólo 11.

(1) *Viajes inéditos.* — Págs. 210 y 215.
(2) Azara: — Geografía Física y Esférica del Paraguay.
(3) Memoria Histórica de Gonzalo de Doblas. — Colección De Angelis.

CAPÍTULO XXIV

Las Boticas y la Farmacopea Misionera

SUMARIO: Escasez de los servicios de farmacia. — Las Boticas de Candelaria, San Luis, San Nicolás, Apóstoles y Yapeyú. — Las de Córdoba y Buenos Aires. — El botiquín de la expedición a la Colonia en 1680. — Medicinas usuales de los Misioneros. — Las Calabazas de Ungüentos y los simples. — El Bálsamo de los Jesuítas. — El extracto de ceibo. — El unguento del Gumi-elemí — El Unguento de Artamita y el de Algarrobo. — El Jarabe de Caraguatá. — Los aceites de Maní y de Nenúfares. — Enemas de Arrayán. — Las irrigaciones de Mburucuyá. — El almizcle de Yacaré. — El Yuyo de la pasión gálica. — El emplasto de Vigo criollo. — Un preparado anti-espasmódico. — Un enema purgante de Cabeza de carnero. — El estómago de Avestruz y la carne de Zorzal. — La enjundia de gallina. — La grasa de Tigre. — El sebo de Buey. — La grasa de Caimán. — Los Mosquitos del Guembé. — El Tocino y la manteca. — Una triaca original.

"Una sola cosa falta a la felicidad de las reducciones", decía Charlevoix, "y es que la escasez de recursos, no haya permitido establecer, hasta ahora, en cada pueblo, o por lo menos en cada distrito, un hospital y una buena Farmacia, como se ha hecho en las reducciones de los Mojos, en las que los Jesuítas del Perú, han formado una república, sobre el modelo de la de los Guaraníes."

"Pero ellos han tenido para hacerlo recursos, que no ha sido posible encontrar en el Paraguay, donde no hay personas opulentas, y donde no ven con buenos ojos a los indios, que no dependen más que del Rey y que no sirven sino al Estado." (1)

(1 Charlevoix. — Histoire du Paraguay. — Libro V, página 59.



Es una Consulta al Consejo de Indias, en 1635, éste aconsejaba a su Majestad hiciera merced a las casas y colegios de la Compañía en el Paraguay de 75 ducados anuales para médicos, medicinas y dietas, por el término de cuatro años, como prórroga de idéntica merced concedida hasta entonces, y a lo que accedió Felipe III. El 1680, continuaba aún y se obtenía por 6 años más esa asignación. (1)

La suma que se otorgaba, no era por cierto muy larga, para pueblos en los que comúnmente había alrededor de unos doscientos enfermos. Así, los enfermeros religiosos habían de emplear los más primitivos de los medicamentos, que la medicina popular española les había enseñado, ya los que empleaban los soldados, no más heroicos que los siempres de la materia médica indígena.

En la última etapa del gobierno Jesuítico, algo se había adelantado; se contaba en 1768, fecha de la expulsión, con Botica en 5 de los 33 pueblos. Estas estaban ubicadas: tres en los situados entre el Paraná y Uruguay, a saber: en la Candelaria, en San José y en Apóstoles; una para los 7 pueblos de nuestras misiones con sede en San Nicolás; y en el más distante de los pueblos del Sur, Yapeyú, la quinta. Se había buscado en la colocación el que pudieran rendir la mayor utilidad posible.

Surtía a las boticas de los pueblos, la del Colegio de Buenos Aires, que regenteaba el hermano Esteban Font.

Hemos visto como se hallaban al frente de las otras, en Candelaria Ruperto Thalamer, (1759), en San José, Pedro Kormaer, en Apóstoles, Norberto Zuilach, en San Nicolás, Wenceslao Korqui y en Yapeyú, en la época de la expulsión, Thalamer que había sido trasladado de Calendaria.

Además, en los pueblos donde había cirujanos, éstos se encargaban de las funciones de botica, como en San Cosme donde se hallaba Juan de la Cruz Montealegre y en Mártires donde residía Asperger.

En las expediciones militares, a las que invariablemente se agregaban los enfermeros, el parque sanitario ocupaba un lu-

(1) Pastells. — Tomo I, 258.

gar importante. Así al preparar la expedición contra la Colonia en 1680, el Gobernador de Buenos Aires, Don José de Garro, enviaba sus instrucciones expresas al Superior Cristóbal Altamirano, entre las que le indicaba que "se señalaran enfermeros en cada pueblo, y llevaran las medicinas ordinarias, como son: ayudas, ventosas, lancetas, paños para hilas y vendas, sal, cuchillos para foguear, azufre, ajos, piedra de San Pablo, miel de abejas y 12 hamacas, por lo menos, para los enfermos." (1)

La orden categórica del Gobernador al Superior no podía menos de cumplirse, como se realizan todas las demás disposiciones y así lo da a entender Charlevoix cuando al relatar esa jornada señala, que se la había dotado de un "hospital bien provisto." (2)

No tenemos datos que permitan presumir quienes fueron los enfermeros y encargados del bagaje de farmacia en esa expedición, de acuerdo con las órdenes terminantes del Gobernador. En esa fecha no había Boticario alguno en estas regiones, como no lo hubo en 30 años después, ya que así lo afirma Montenegro, cuando nos dice "que en doce años de hallarse en estas tierras de América sin botica, ni boticarios se ha visto forzado a hacerse autor de Botica". (3)

Hasta entonces toda la labor de preparación y administración de medicamentos estaba en manos de los Padres, forzados a serlo por la necesidad, y de los Curuzuyarás, pues hemos visto, que ambas funciones les competían.

Respecto de la aplicación de medicinas, nos dice el P. Fernández, cómo empleaban en las misiones de los Chiquitos, los purgantes salinos. Más explícito, Dobrizhoffer nos refiere, el material de farmacopea que se encontraba en los pueblos de sus misiones, semejantes a la de los Guaraníes: el azufre, el alumbre, la sal, el tabaco, la pimienta, la enjundia de gallina. la grasa de tigre, de buey y de carnero, etc., y la pólvora. Fuera de estos simples tenían siempre prontas tres calabazas llenas de ungüentos compuestos; uno de ellos verde, hecho

(1) Pastells. — Historia de la Compañía. Tomo I, pág. 287.
(2) Charlevoix. — Tomo IV, pág. 71.
(3) Montenegro. — Prólogo.

con sebo y veinte hierbas distintas y las cortezas de árboles famosos por sus virtudes medicinales, sin darnos noticias de los otros.

Montenegro es más explícito en la preparación de los célebres compuestos de los jesuítas. Los indígenas no empleaban sino los simples, acaso por aquello que decía Cervantes, que era más difícil errar en los simples, que en los compuestos, ya que en éstos es fácil, alterando la cantidad de que se componen.

La farmacopea española popular, en cambio, estaba en ese entonces imbuida en la búsqueda de bálsamos famosos, émulos del de Fierabrás, y así no es de extrañar el entusiasmo con que nos relata sus sorprendentes efectos, el célebre autor misionero.

El bálsamo de los jesuítas — El más famoso de estos bálsamos, era el conocido por el de los jesuítas o de las Misiones, cuya fama alcanzó a todas las regiones del Río de la Plata, y que se conservaba aún cuando visitara Azara las Misiones, ochenta años después de Montenegro, cuya existencia ignoraba el distinguido naturalista, atribuyendo la invención del Sánalo-todo a Asperger, cosa tan lejos de la verdad como que Montenegro anterior a aquél, al relatar la preparación del bálsamo no se atribuye a sí mismo la paternidad del maravilloso específico misionero, ignorándose quien fuera el autor; seguramente alguno de los enfermeros del Siglo XVII.

Azara en su Historia del Paraguay (tomo I) describe el Aguaraibay, con los caracteres del Anacahuita, refiriendo que de él se extraía el bálsamo que preparaban los jesuítas y del que cada año enviaba cada uno de los pueblos más de dos libras, a la Botica Real de Madrid.

Agrega que lo inventó el Padre Asperger, después de haber practicado "cuantos ensayos le parecieron entre los indios", afirmación completamente sin fundamento, pues hemos de ver que Montenegro lo describía ya y que la obra de Asperger no es más que un extracto de la de aquél.

El mismo Azara en su viajes inéditos cuenta que le enseñaron los árboles del Aguaraibai que eran de mediana talla, no coposos y las hojas como las del Sauce y de su color, pero

más anchas; en seguida agrega: "después me han asegurado que me engañaron en el árbol, pero no en lo demás, porque las hojas para el bálsamo se toman de unas plantas pequeñas". Repite, en esa ocasión, lo del invento de Asperger.

Sánchez Labrador describe el Aguaraibai Guazú que vió en San Joaquín, visitando al P. Martín Dobrizhoffer: llaman los indios Aguaraibai Guazú o fruta grande del zorro, a una planta alta como una vara, espinosa y con grandes hojas muy ondeadas. La flor de cinco hojas pequeñas y blancas. La fruta es del grandor de un mediano membrillo, algo aplanada como una especie de manzana. (1)

No parece ser el mismo el Aguaraibai Guazú de S. Labrador que el de Montenegro, ya que no hace mención este último que diera fruta ninguna, como tampoco el que describe de Azara.

Describe así Montenegro la preparación del bálsamo: De las dos especies de lentisco blanco o molle, Aguaraibai Guazú, se hace o saca un bálsamo por Octubre y Noviembre, muy eficaz y seguro para todo género de heridas, muy excelente, en la forma siguiente:

"Cuando el Aguaraibai o lentisco blanco menor está florido, se cortan sus cogollos y pomos de flor, en cantidad, y quitando los vástagos leñosos se machacan muy bien sus hojas y flores, y puestas a cocer en un tacho grande y capaz, se cubre la materia de agua, se va colando y exprimiendo muy fuertemente, o con prensa, o con palos atados a modo de mangual, por lienzo fuerte y algo ralo. Acabado de colar, se vuelve dicha coladura al fuego, que es como leche cortada del cuajo, y se va subiendo a punto. Al principio al fuego fuerte y al fin algún tanto suave, porque no lo requeme y quite su natural olor y color, el cual es de color de canela muy clara.

Se conocerá estar a punto, sacando alguna parte de él, y dejándolo enfriar, que tiene punto de melcocha, no muy dura, y que echado en agua se va entero a fondo, sin deshacerse. el cual se apartará del fuego, y puesto en sus botes, se guar-

(1) SÁNCHEZ LABRADOR. — El Paraguay católico. II, pág. 247.



da para el año o para años, pero con el tiempo se va subiendo de punto y llega a ponerse tan denso como el acíbar socotrino; pero así duro cuando se quiere usar de él, se rebaja de punto con agua o vino, y en cierto modo es más desecativo entonces y une más presto las heridas, mayormente cuando se rebaja con vino, lo cual se hace quebrantándolo menudamente y puesto al fuego, con corta cantidad de vino o agua, se va removiendo a fuego lento hasta quedar en el punto arriba dicho.

Su eficacia estaba en la cura de heridas, dadas en nervios y contusiones del "periostro".

Montenegro dice que hay dos Aguaraibai Guazú, el de Tucumán llamado también Molle de Castilla, árbol grande y frondoso; y el segundo que nace en los terrenos pedregosos con hojas más largas y más claras, más anchas, más aromáticas y con más resina en su superficie, con flores a modo de racimos, tirando a un color amarillo blanquecino, aromático y de muy suave olor. Agrega que de ambos se sacaba el bálsamo.

Lozano en ésta como en casi todas las descripciones de las plantas copia casi literalmente a Montenegro pero agrega en esta ocasión:

Las cuatro especies de Aguaraibai, dos blancas y dos negras, guazú y mirí, dan su fruto a racimos como agraz muy pequeño, que en madurando es colorado, agregando que los indios echaban en la chicha una miel que salía de la superficie del grano. Parecería que señala el Schinus aroeira que se confunde con el árbol de la falsa pimienta o Anacahuita, tan común en nuestros jardines.

Extracto de ceibo. — De un modo análogo al Bálsamo de los Jesuítas o de Aguaraibai, se preparaba el bálsamo o extracto de ceibo, cuya virtud era probada para las heridas de tigre y lo llevaban "en los viajes y caminos largos, peligrosos de tales fieras".

El origen de esta propiedad era el que habían observado los indios, que los tigres arañaban profundamente la corteza de los ceibos, "hasta el mismo palo", dejándola como zapato azabalado, con lo cual se refresca y queda muy ligero para



sus cacerías y pescas, "lo que hace suponer al herborista misionero, que lo que busca la fiera es "refrigerar el ardor de sus uñas envenenadas de gran calor y humedad", y añade que él ha experimentado que no hay remedio que mejor cure las heridas y mordeduras.

Ungüento de Gumí-elemí. — Remonta Montenegro a Andrés Alcázar, el elogio del ungüento del Gumí-elemí, quien dice: "Es admirable en las heridas penetrantes del pecho y del vientre, porque saca las materias y sangre de lo interno por la herida, curando la llaga al mismo tiempo" y comenta: que es así.

Este Andrés Alcázar o Valcazer, era un médico de Guadalajara, profesor primario en la Academia de Salamanca que escribió seis libros sobre Cirugía en 1575 y otro sobre heridas de la cabeza en 1582. (1)

El Gumí-elemí de Alcázar, era para Montenegro el Ibirá-isí-guaraní, o el Iricá-riba en tupí. Para formar el famoso ungüento el hermano tenía que modificar la fórmula clásica por faltar algunos simples en estas tierras. Así lo preparaba a su modo de la siguiente manera:

Consuelda mayor y menor, de su raíz, de cada una, cuatro onzas; raíz de dictamo blanco y lentisco negro, de cada uno tres onzas de sus cortezas, hojas de arrayán negro, o sus cortezas, dos onzas; rosa seca, una onza: todo ello contuso, menos la rosa, se pone a cocer en un azumbre de vino, hasta mermar la mitad, y dejado enfriar se cuela a expresión fuerte, en la cual se ponen, pez griega, dos onzas; pez de abila, clara y transparente, cuatro onzas; resina de pino, seis onzas; gumí-elemí, isicá, una libra: sebo de toro, ocho onzas: todo junto se pone al fuego lento, hasta consumir el vino y se aparta y repone en bote vidriado."

Este ungüento, agrega, no sólo sirve para los casos ya dichos, sino también para las quebraduras de los huesos y graves contusiones óseas y de los nervios "como yo me he valido y me valgo de él".

Ungüento de Artamita. — Era este de una preparación

(1) Nicolás Antonio. — Biblioteca Hispana Sive Hispandum, 1672.



Vaso de la Farmacopea Misionera (1700)
(De la colección del autor)

aún más engorrosa, pues era necesario remover durante cuatro días el aceite, donde se ponían a consumir los zumos de ciclamina semi - artamita, cohombrillo amargo, lirios, coloquintida, polinodio y euforbio, sustituyéndose por pimienta, el euforbio y por yuyos el cohombrillo, llevaba además mirra sagapena, cera, escamonea, acíbar, sal gema, turbit, jengibre y flor de manzanilla. Sus efectos eran ponderados como purgantes, como antihelmínticos, en la hidropesía, etc., obrando sólo por efecto de su unción en el vientre, produciendo vómitos y evacuaciones.

Ungüento de algarrobo. — De más sencilla preparación era el algarrobo que llevaba:

Carne de algarrobo, cuatro onzas; sebo de chivato capado, dos onzas; sal, media onza.

Molidos y nutridos en un almirez hasta que se haga como un ungüento. Su uso era en las quebraduras que no tuviesen más de un año, poniendo ligadura fija y braguero encima.

Jarabes. — De Caraguatá: zumo de piñas, dos cuartillas. Puesto en infusión 24 horas, agréguese: polvo de maíz o polvo de semilla de hinojos, dos onzas. Déjese 24 horas. Agréguese: azúcar blanca, una libra y media. Hiérvase a fuego lento, sacando la espuma, cuélese y póngase de nuevo a fuego lento hasta tomar el punto de jarabe.

A tomar en ayunas de dos y media a tres onzas.

Esta receta que traducimos de la prosa de Montenegro a las fórmulas "all'uso nostro" la empleaban para el Tabardillo y fiebres ardientes y para los cálculos renales.

Aceites de maní y nenúfares. — "No nos harán falta los aceites de almendras dulces y amargas, que por andar escasos en estas partes, nos ha socorrido el Todopoderoso con el de granos subterráneos". (Montenegro).

Su preparación no era muy complicada: los granos de maní pelados y sin la cascarilla, se pisaban hasta hacer una pasta, se ponían al baño - maría y luego se exprimían hasta quitarles el aceite, pudiendo repetirse tres o cuatro veces la operación.

De un modo análogo se obtenía de las flores de nenúfar un aceite "utilísimo sobremanera a los febricitantes, puesto en cristeres."



Enemas de arrayán. — Los cogollos o cortezas en doble cantidad de agua, con un huevo o dos, con clara y yema batidos y unos granos de sal.

Para los flujos disentéricos.

En forma análoga se preparaban los de otras substancias con fines semejantes.

Mburucuyá: para irrigaciones vaginales.

Raíz de Mburucuyá . . Raíz de consuelda. . .	*aa* 1/2 litro
Agua	**4 cuartillas**
En cocción hasta reducirse a 2 cuartillas	
Caparrosa. . . . Alumbre de rosa .	*aa* 1/2 onza

Lavarse por espacio de ocho días. Esta receta la dedicaba Montenegro a "las mozuelas que hayan caído en flaqueza de carne, antes de ser casadas, para que pueden estar seguras que pasarán por vírgenes en los desposorios".

El Almizcle de Yacaré. — El almizcle de América, según Montenegro, era el de los caimanes, llamados en Guaraní, Yacarés, extraídos según él, del Yacaré macho'' y afirma de él "cierto que es mosco, que para medicina no es inferior al que nos venden a veces adulterado".

Empleaban además el almizcle vegetal, extraído del Mandiyú riacuá, de las semillas contenidas en el interior de sus flores.

La empleaban con sal, unto y con levadura como madurativo para forúnculos, etc., etc.

El yuyo de la pasión gálica. — El Caapé, semejante a la Hénula campana, aunque Montenegro afirma que no es exactamente la misma, se empleaba con miel de abeja y pasas de uva, cocidas conjuntamente, para resfriados y mojaduras y dícese que, en Buenos Aires, tenía acredidata su fama, entre los pobres, que se curaban con ella sus males específicos, de donde el que se le diera el nombre del yuyo de la pasión gálica.

El emplasto de vigo criollo. — Se aplicaba como sustitu-

tivo del verdadero en todos los casos el compuesto siguiente:

Raíz de consuelda		2 onzas
Arrayán	}	*aa* 1 onza
Rosa seca	}	
Romero.	}	
Cogollón de Aguaribai negro . .	}	
Agua.		1 azumbre

A cocer hasta reducir a 1/4.

Agrégnese: Vino tinto. . . . . . 1 cuartillo
Cuélese por expresión fuerte a paño ralo.
Disuélvase.

Pez almásiga . . .	}	*aa* 2 onzas
Isica	}	

Depúrese en el fuego el cocimiento.

Azúcar rosado. — Lo obtenían del Ibotí - morotí, o rosa mosqueta, como purgante suave.

Un preparado antiespasmódico. — No encontró nada mejor Montenegro que la siguiente untura:

Hojas de flores y raíz de Caacuruzú . .		1 libra
Torocaa	}	*aa* 1/2 libra
Tamanduaí mirí	}	
Salvia o caaimbé morotí . . .	}	
Ruda o manzanilla	}	
Hoja de malva		12 onzas

Macháquese o agréguese:

Enjundia de puerco o aceite . .	1 y 1/2 libras
Sebo toro de 8 a 10 años . . .	2 libras

Déjese consumir y enfriar 24 horas.
Vuélvase a calentar y cuélese.

Enema purgante de cabeza de carnero. — Para ello, el

mo un ungüento al fuego y lo aplicaba a la ciática, reumatismo, etc., agregándole a veces dos onzas de vino hasta que se consumía.

El P. Lozano refiere que se guardaba la manteca de tigre para enfermedades procedidas del frío, porque es sumamente cálida y lo mismo la manteca de los leones o pumas por la misma razón. (1)

La grasa y el sebo de buey. — Sucedáneo de la enjundia de gallina era la grasa de buey. Montenegro la usaba en sus componendas farmacológicas y Dobrizhoffer la recomienda muy especialmente para las picaduras. Picado el mismo por una avispa, en una mejilla, se le produjo una horrible hinchazón: "el tumor fué sucedido por el dolor correspondiente. Quejándome, dice, al día siguiente y haciendo mención de los remedios que había usado, un viejo abipón me dijo: Porque no unta la hinchazón con grasa de buey, Padre?, pues es un remedio antiguo y seguro entre nosotros. Yo seguí el consejo, con lo que la hinchazón y el dolor cesaron". Y agrega: "Bien entendido que no me refiero al sebo, sinó a la grasa del animal que se usa en el Paraguay en lugar de la manteca para freir".

No obstante Montenegro, empleaba también el sebo de toro y así preparaba un ungüento para los dolores reumatismales y ciáticas, compuesto de hojas de Caá - parí o árbol del paraíso, y a veces con Caá-curuzú, cuyas hojas freía en partes iguales, de sebo de toro y unto sin sal o aceite; "friyendo muy bien en ellos sus hojas hasta quedarle un color cerdoso". (2)

El mismo autor y para los mismos males recomienda esta otra preparación:

(1) LOZANO. — Historia de la Conquista, I, págs. 292 y 297.
(2) MONTENEGRO. — Arbol del Paraíso. — Caá-pari-mirí.

Enjundia de puerco sin sal	1 libra
Sebo de toro	1 1/2 libra
Tuétanos de las cañas y manos de las vacas	4 onzas
Flores de Caaimbé. . . / Manzanilla	*aa* 3 onzas
Malvas. . . . . . . / Manzanilla . . . . . / Enelda. . . . . . . / Ruda	*aa* 2 onzas
Toro-caá.	4 onzas
Romero	1 onza

Todo quebrantado y bien frito en las infundias a fuego lento.

Déjense 24 horas, luego se calienta de nuevo y se guarda calentándolo cada vez que se use. Para fricciones. (1)

La grasa de Caimán. — Después de describirnos Sánchez Labrador las costumbres del "cocodrilo americano" nos cuenta como "en algo sirve a la restauración de la salud humana un bruto cuya braveza si pudiera, la acabara". Su manteca aplicada como emplasto sobre las llagas, tiene la virtud de curarlas. Con el omaso (la panza) seco y reducido a polvos sirven, éstos, bebidos, contra el mal de piedra.

Las piedrecitas que se hallan en su estómago, hechas polvo y administradas en bebida son regular remedio contra las piedras que causan el dolor de riñones. "De la virtud antidotal de sus colmillos hay mucho escrito. Acaso tanto para negarla del todo, como para establecerla universal, o contra todo género de venenos. Se necesita de mayor y más exacto número de experiencias: bien que hay muchas en favor". (2)

El tocino y la manteca. — Recomienda Montenegro dos un-

(1) Montenegro. — Caaimbé.
(2) Sánchez Labrador. — El Paraguay Católico. Tomo I, pág. 223.

Hipócrates misionero, recomendaba la siguiente preparación, para purgar por abajo, los cuerpos, que no se pueden por arriba.

"Tomarás una cabeza de carnero viejo" quitado el cuero, ponla a cocer en una olla que tenga cuatro azumbres de agua y en estando a medio cocer, le irás echando las yerbas siguientes: Manzanilla, Eneldo y Ruda, de cada una un puñado, cuézase medio cuarto de hora, y al cabo de él, pón Toro-caá cuatro onzas, bledos blancos, Parietaria, Mercuriales, Malvas, raíces de Borraja y de Achicoria y de Espárragos, un puñado cada uno, afrecho lavado. Cuézase hasta que la carne de la cabeza se despegue de los huesos. y si fuese tan dura que asure más de la mitad del agua, podrán añadir de otra agua caliente, de suerte que quede en dos azumbres de cocimiento, del cual se echan ayudas, añadiendo a cada una, una onza de miel de abejas, media cuchara de sal, y dos onzas de aceite de Caracugüe mirí.

Tómanse por mañana o por la tarde, como mejor se hallare el paciente, cada día una."

El estómago de avestruz y la carne de zorzal. — Los dos eran famosos específicos para curar la piedra, aunque afirma Montenegro, por experiencia propia, que halló ser más eficaz la carne, el caldo y la película interna del estómago del zorzal, que la túnica del estómago del avestruz, pues hallándose atacado de mal de arenas de los riñones y vejiga, tomó una y otra en polvo con vino o aguardiente, optando por más activa, por la del pájaro.

La enjundia de gallina. — Muy extendida en las Misiones y en la medicina casera de nuestras ciudades coloniales era la enjundia de gallina.

Empleada por Montenegro en algunas de las fórmulas de su compleja farmacopea al uso hispano, obtiene el más franco panegírico, usada como simple, por Dobrizhoffer. Creía éste en sus maravillosos resultados con una gran fe, para la curación de heridas de flechas y lanza. Refiere cómo, con ella, curó a una mujer abipona, herida en una pierna de un hachazo, la que pasados varios días sin cura-

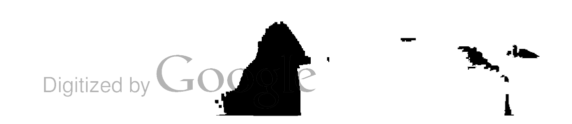
ción alguna se había hinchado de un modo horrible. Fué aplicarla la enjundia y la cicatrización se efectuó como por encanto. No menor éxito tuvo con una herida de flecha, en un brazo, la que provista de siete barbas había dañado "el nervio que actúa sobre el dedo mediano; en cuarenta días sanó con el mismo remedio. Con semejantes casos clínicos no puede menos de expresarse así: "Los cirujanos de nuestro país reirán, escépticos, de las virtudes del unto de gallina, y tal vez pondrán en duda su eficacia en la curación de heridas; dejemóslos reir, burlarse, dudar y menospreciarlo: yo, con mi más cordial benevolencia opóngoles confidencialmente la experiencia de mis propios ojos a sus dudas y risas". Y para terminar con su alegato sobre las virtudes de la enjundia exclama: "No tendría fin el relato de las curas que han sido hechas con la enjundia de gallina". (1)

La grasa de tigre. — Recogida de la medicina indígena la virtud de la grasa de tigre, el mismo Dobrizhoffer, se constituye en su más entusiasta paladín. Era para él el remedio específico contra la Gusanera. "Yo tenía cuidado, nos cuenta, de tener siempre una buena provisión de este remedio tan importante, y en su constante búsqueda, a la primer noticia de que se había muerto un tigre, me apuraba en conseguir su grasa, la que guardaba derretida en una pequeña vasija, pues cruda, pronto se pudre en un clima tan cálido".

El origen indígena de sus propiedades lo señala el mismo misionero: "Aunque la grasa de estos animales, dice, como el resto de su carne, aun fresca exhala el más abominable olor, los abipones la beben con la mayor avidez mezclada con agua". (2)

También entraba como componente en algunas de las fórmulas majistrales de Montenegro, quien hacía un ungüento con semilla de tabaco (Petí) bien machacada en un mortero, con enjundia de tigre o de avestruz, hecho co-

(1) Dobrizhoffer. — Tomo II, Cap. XXI.
(2) Dobrizhoffer. — Tomo II, Cap. XXI.



mo un ungüento al fuego y lo aplicaba a la ciática, reumatismo, etc., agregándole a veces dos onzas de vino hasta que se consumía.

El P. Lozano refiere que se guardaba la manteca de tigre para enfermedades procedidas del frío, porque es sumamente cálida y lo mismo la manteca de los leones o pumas por la misma razón. (1)

La grasa y el sebo de buey. — Sucedáneo de la enjundia de gallina era la grasa de buey. Montenegro la usaba en sus componendas farmacológicas y Dobrizhoffer la recomienda muy especialmente para las picaduras. Picado el mismo por una avispa, en una mejilla, se le produjo una horrible hinchazón: "el tumor fué sucedido por el dolor correspondiente. Quejándome, dice, al día siguiente y haciendo mención de los remedios que había usado, un viejo abipón me dijo: Porque no unta la hinchazón con grasa de buey, Padre?, pues es un remedio antiguo y seguro entre nosotros. Yo seguí el consejo, con lo que la hinchazón y el dolor cesaron". Y agrega: "Bien entendido que no me refiero al sebo, sinó a la grasa del animal que se usa en el Paraguay en lugar de la manteca para freir".

No obstante Montenegro, empleaba también el sebo de toro y así preparaba un ungüento para los dolores reumatismales y ciáticas, compuesto de hojas de Caá - parí o árbol del paraíso, y a veces con Caá-curuzú, cuyas hojas freía en partes iguales, de sebo de toro y unto sin sal o aceite; "friyendo muy bien en ellos sus hojas hasta quedarle un color cerdoso". (2)

El mismo autor y para los mismos males recomienda esta otra preparación:

(1) Lozano. — Historia de la Conquista, I, págs. 292 y 297.
(2) Montenegro. — Arbol del Paraiso. — Caá-pari-miri.

Enjundia de puerco sin sal	1 libra
Sebo de toro	1 1/2 libra
Tuétanos de las cañas y manos de las vacas	4 onzas
Flores de Caaimbé. . .	*aa* 3 onzas
Manzanilla	*aa* 3 onzas
Malvas.	*aa* 2 onzas
Manzanilla	*aa* 2 onzas
Enelda.	*aa* 2 onzas
Ruda	*aa* 2 onzas
Toro-caá.	4 onzas
Romero	1 onza

Todo quebrantado y bien frito en las infundias a fuego lento.

Déjense 24 horas, luego se calienta de nuevo y se guarda calentándolo cada vez que se use. Para fricciones. (1)

La grasa de Caimán. — Después de describirnos Sánchez Labrador las costumbres del "cocodrilo americano" nos cuenta como "en algo sirve a la restauración de la salud humana un bruto cuya braveza si pudiera, la acabara". Su manteca aplicada como emplasto sobre las llagas, tiene la virtud de curarlas. Con el omaso (la panza) seco y reducido a polvos sirven, éstos, bebidos, contra el mal de piedra.

Las piedrecitas que se hallan en su estómago, hechas polvo y administradas en bebida son regular remedio contra las piedras que causan el dolor de riñones. "De la virtud antidotal de sus colmillos hay mucho escrito. Acaso tanto para negarla del todo, como para establecerla universal, o contra todo género de venenos. Se necesita de mayor y más exacto número de experiencias: bien que hay muchas en favor". (2)

El tocino y la manteca. — Recomienda Montenegro dos un-

(1) Montenegro. — Caaimbé.
(2) Sánchez Labrador. — El Paraguay Católico. Tomo I, pág. 223.

turas de Coquerí o duraznillo, la primera con "infundia de puerco y un poco de harina de trigo y hojas de malvas, hecho a modo de emplasto, "para las apostemas", la segunda con harina de cebada y de habas hecha ungüento con manteca de vaca lavada "para las quemaduras".

Los mosquitos del Guembé. — Suponían los españoles que el árbol del Guembé criaba mosquitos, "por efecto de las lluvias, o por vientos de corrupción", que convertían los humores resinosos del árbol en seres vivientes, de cualidades igneas y venenosas, porque las tales moscas son más ardientes y venenosas que las cantáridas y según Montenegro "muy poco o ningún remedio tiene su veneno". El mismo nos refiere que como las cantáridas tienen propiedades afrodisiacas" en dósis de cuatro o seis moscas en bebida o comida".

Una triaca original — El empleo de la orina, remedio que se usa, todavía, en los rincones de nuestra campaña, por los curanderos, es de origen indio, habiéndose perpetuado su tradición por medio de los jesuítas. Lo empleaban en uso externo e interno.

Un ejemplo de la aplicación en su primer uso nos lo relata Dobrizhoffer: En una ocasión un indio hirió a una mujer con una lanza, atravesándole el pecho. Fué atendida por el Jesuíta que lavó la herida que vertía sangre y leche, con vino caliente y enjundia de gallina según su sistema. Entre los espectadores se encontraba un médico hechicero, quien se creyó en el caso de actuar. Tomó un cuerno y lo alcanzó al marido de la mujer, indicándole que orinara en él; dió luego la orina caliente a la mujer, haciéndosela beber hasta la última gota. Volvióse entonces al Padre, el Hipócrates hechicero y le dijo: ¿Sabe usted porque yo le he prescrito esa orina fresca? A fin de que la mujer herida pueda vomitar la sangre, sinó, escurriéndose de la herida hacia las demás partes del cuerpo se pudriría, causando también la putrefacción de las carnes y otras partes. Agrega Dobrizhoffer, satisfecho, que los acontecimientos atestiguaran su predicción, pues la mujer fué purgada por el vómito. (1)

(1) Dobrizhoffer. — Account of the Abipones, Cap. XXI.



Dr. Rafael Schiaffino



Vaso de ia Farmacopea Misionera (1700)

(De la colección del autor)



Para el uso externo, la empleaba el mismo jesuíta, el que relata como en una herida de la cara en una india, ordenó a un negro práctico que cosiera la mejilla en tres sitios y luego la lavara con orina caliente y la untara con enjundia de gallina, vendándola con un pedazo de lienzo, empapado en una decocción de hierbas, con lo que curó al cabo de unos días. (1)

Respecto del excremento humano gozaba también de su reputación, Sánchez Labrador después de recomendar las virtudes de la saliva como antídoto, contra las picaduras de víboras, apoyándose en Plinio, Galeno y Escaligero que "reconoce la virtud antidotal de ella," nos declara que "uno de los más presentaneos remedios, comprobado por una continua experiencia es el estiércol humano". Dos onzas de ésta triaca (antídoto) desleída en agua y bebida, libran felizmente al paciente. (2)

---

(1) Dobrizhoffer. — Account of the Abipones, Cap. XXI.
(2) Sánchez Labrador. — Tomo I, 32.

CAPÍTULO XXV

La Medicina Veterinaria

SUMARIO: Introducción de los primeros ganados en el Río de la Plata y Paraguay. — Influencia que tuvo en la colonización. — Transformación que realizó en la vida de los nómades. — Los indios admirables jinetes y domadores.— Su amor a los animales. — Cómo los curaban en sus enfermedades. — La primer epidemia del ganado en 1609. — Una peste frecuente por los pastos: el Mio Mio?. — La Garrapata, las descripciones de las Misiones. — Su propagación en el ganado vacuno, según Molas. — Los Piques. — Tábanos y Avispas.—La mosca gusanera. — El gusano del Mbariqué — Aparición del Carbunclo a fines del Siglo XVIII.

La introducción del ganado caballar y vacuno, al mismo tiempo que solucionó el problema de la colonización en estos países, produjo una transformación radical en la vida del indígena.

Fué Don Pedro de Mendoza (1535) quien en virtud de la segunda de sus capitulaciones trajo los primeros caballos y yeguas que al despoblarse la ciudad se multiplicaron libremente por los campos.

Los hermanos Goes en 1555 llevaron del Brasil a la Asunción siete vacas y un toro cuya reproducción no debió ser muy grande, puesto que Torres de Vera y Aragón en 1590, cumpliendo una de las estipulaciones de su suegro Ortiz de Zárate llevó del Perú 4.000 vacas y otras tantas ovejas.

En nuestro territorio data de 1600 la entrada del ganado vacuno que introdujo Hernan Darias por el Arroyo de las Vacas.

El ganado vacuno fué desde entonces la solución del problema de la alimentación. Con él se terminó la era del hambre

de conquistadores e indígenas. Ya los trabajos de la caza y de la pesca, ocupación apremiante de los aborígenes, pasaban a un segundo término, teniendo a la mano y sin esfuerzo, cóngrua y abundante alimentación.

Pero mayor fué la transformación que sufrió la vida del indio con el caballo. Los corredores incansables de los avestruces, no fatigaron más sus piernas, ni los "tragadores leguas" lo hicieron más, sinó por las patas de su redomones. Desde entonces toda su virtuosidad cinegética de peones, se convirtió en la de jinetes incomparables. La doma de los potros fué una nueva y predilecta ocupación de sus días. Aún en los nuestros, los paisanos, herederos de los gauchos y por ende de los indígenas, la realizan en la misma forma de las viejas descripciones coloniales. Pero ese procedimiento se modificaba según especiales circunstancias. Así los chaqueños que habían de servirse de los potros en terrenos anegadizos y barrozos, realizaban la doma arrojándose con los brutos indómitos en un pantano, donde se refrenaba su ardor, adquiriendo al mismo tiempo la virtud de hacerse admirables barreros. (1)

Un historiador moderno, tomando asidero en una aseveración de uno de los misioneros de los guaraníes, refiere lo mal que trataban los neófitos a los animales, diciendo que "a los pocos días de tener un caballo o una mula, lo ponen en la espina hecho una miseria de mataduras y de flaquezas." (2)

Mal se aviene esta aserción con la condición, que el mismo autor, admite en los guaraníes, de ser expertos domadores, condición que va unida a la de jinete en sumo grado, con los que dada la idiosincracia de los medios pastoriles, es imposible que no vaya también, la de un gran amor al caballo, como ocurrió entre los indios nuestros y ocurre hoy con los paisanos, semejante por otra parte, al árabe para quien el caballo es el mejor amigo. Así quien llena a un caballo de mataduras y lo deja con la espina hecho una miseria ha sido siempre en nuestra campaña el extranjero o el pueblero, el "maturrango" según la típica expresión criolla.

(1) SÁNCHEZ LABRADOR. — El Paraguay católico, I, pág. 287.
(2) P. CARDIEL.—P. Hernández.— Organiques Social I pág. 68.

Es posible que el Padre Cardiel haya observado el hecho en alguno de los pueblos "de indios maturrangos" que indudablemente los habría.

A este respecto, Dobrizhoffer hace una clasificación de las razas indígenas en ecuestres y pedestres. Entre las primeras se encontraban los Abipones y los Mbayás, Charrúas, Querandíes, es decir, los habitantes de las praderas, de vida errante, ágiles corredores, decididos y valientes, en una palabra toda la familia Guayacurú, que antes de la conquista vivía de la caza y de la pesca, cuyas condiciones físicas admirables, encontraron con la propagación del caballo, en los pastoreos donde antes corrían los venados y los ñanduses dueños y señores, un empleo admirable. Entre las segundas estaban los Guaraníes, agricultores sedentarios, y en cuya tierra los bosques dilatados no se prestaban con idéntica facilidad para la reproducción del ganado.

Había con todo, aún entre éstos, sus excepciones, así entre los pueblos jesuíticos los que se hallaban al oriente del Uruguay, tenían sus estancias con grandes caballadas con sus indios buenos domadores, llevando en repetidas ocasiones los escuadrones de caballería en las expediciones militares, que a menudo emprendían a pedido de los Gobernadores. Seguramente, pues, no era entre esos pueblos donde vió el Padre Cardiel los caballos en espina, llenos de mataduras y flaquezas.

Sánchez Labrador, misionero como Dobrizhoffer de una región de tribus ecuestres, nos refiere, como éste, como cuidaban y querían a sus caballos: "en lo que ponen todo su conato es en el cuidado de sus caballos, cada dueño conoce los suyos aunque estén sin marcas... los más industriosos los hierran lo mismos que los españoles. A los que están inmediatos al toldo repuntan dos veces al día, y el dueño o algún criado los lleva una vez por la tarde al agua. No omiten esta diligencia, por más que los caballos tengan arroyo cerca. Han de ir a la mejor aguada en que se bañan y refrescan." (1)

Agrega que se hicieron virtuosos en la doma, enseñándo-

(1) S. Labrador. — I pág. 289-298.

los especialmente para la caza, cuartagos y caballos de paso, haciendo con ello objeto de un comercio fructífero, vendiéndolos a los mismos españoles.

En cuanto al cariño que les profesaban, él mismo refiere que en uno de los viajes parió una yegua, y como faltaran tres días para llegar a su destino, uno de los indios cogió al potrillo, lo puso sobre su caballo, haciéndolo bajar en cada parada, para que mamase y se refrescara, hasta conducirlo a salvamento. No sé, agrega, si con un hijo hiciera otro tanto.

Al referir Azara una fiesta en el pueblo de San Miguel, en las Misiones, relata el torneo que Charrúas, Minuanos y Guaraníes, en el que bien montados unos y otros simulaban las escaramuzas y batallas de los bárbaros con los españoles. "Los Charrúas montaban en pelo, un palito servía de bocado al freno, y dos pedazos de cuernos hacían de alacranes, llevaban una lanza muy larga con cuyo apoyo saltaban del suelo sobre el caballo y de éste al suelo, con suma ligereza en lo más precipitado de la carrera, en la misma, se echaban a un lado manteniéndose ocultos en el cuello del caballo que parecía que corría solo y sin jinete. Finalmente, volaban, paraban, revolvía y hacían lo que parece imposible." (1)

Mucho antes que Azara, un misionero en 1730, al cruzar el Uruguay, cuenta que encontró un escuadrón de Charrúas; entre las tropas venía un niño acostado sobre el caballo como sobre un lecho, llevaba la cabeza apoyada sobre el cuello del caballo y las piernas cruzadas sobre la grupa. En esta postura miraba a los extranjeros con gran atención; después de satisfacer su curiosidad se enderezó y partió como un relámpago, dejándolos admirados de la ligereza de su carrera tanto más cuanto que no tenía silla, ni estribos, ni espuelas, ni aún un latiguillo en la mano para conducir su caballo. (2)

No es de extrañar, pues, que en este constante trato con los animales, se preocupasen de sus enfermedades y se hicieran albeitares.

Así nos dice el mismo jesuíta: "Conocen las enfermedades

(1) Viajes inéditos de Azara, publicados por B. Mitre, 1873, pág. 175.
(2) P. Gaetan de Cattáneo. — Apéndice de Moratorio. Carta III.

de sus caballos mejor que las suyas propias. Según dicta su conocimiento, los sangran, sajan los tumores, y los desagusanan con tanto acierto, que por lo común se restablecen. Si tienen algún accidente le visitan con frecuencia o le arriman al toldo para curarle". (1)

A este respecto, creemos de interés recoger los datos de las epidemias en el ganado que se registran en las crónicas de los misioneros y los procedimientos de cura que en ellas, así como en otras de sus enfermedades, les aplicaban los indios.

La epidemia de 1609 — Es en las actas del Cabildo de Buenos Aires que se hace la primer referencia a una mortandad de "ganado vacuno, ovejas, cabras, ganado de cerda, y ésto es, en tanto extremo, que se tiene por ramo de pestilencia, llegando el mal hasta las proximidades del Río de Luján", agregando que algunos indios que van en busca de los dichos ganados mueren súbitamente. (2)

No es fácil con sólo esos datos anotados en el acta poder presumir que clase de epidemia pudiera ser, que atacara indistintamente a vacas, caballos, cabras y cerdos, no respetando ni a los indios guardadores de ganado.

Una frecuente epidemia en el ganado, en el Siglo XVIII —La llamó así Dobrizhoffer, siendo, por cierto, mucho más explícito. "Hemos observado, dice, frecuentemente una peste en el ganado, fatal para los caballos, bueyes, y sobre todo las mulas, una enfermedad que no se produce por la pestilencia del aire, sino por la mala calidad de las pasturas, o la escasez del agua.

Es una clase de enfermedad a la que propiamente puede llamarse contagiosa. El mero contacto con el cuerpo enfermo o muerto produce la infección. La hinchazón de la cabeza y la hemorragia o gotas por la nariz, son los síntomas de la enfermedad reinante: los mismos síntomas de las picaduras de las víboras en los animales. La multilación de las orejas y el corte de la vena de la mano, son remedios admirables contra el veneno de esta enfermedad; en las mulas también, es-

(1) Sánchez Larbador. — Pág. 298, I.
(2) *Acuerdo del 24 de Mayo de 1609.* — Actas del extinguido Cabildo.

pecialmente si se les da sal a lamer. La panza de los novillos muertos, para el consumo de los indios, que diariamente arrojábamos al campo abierto, agrupaba en su torno a todos los caballos y las mulas, los que se ponían a lamer ansiosamente las entrañas, porque se cría en la sangre, una especie de sal o nitro de la que son excesivamente amantes. Por ésto cuando la terrible peste se extiende en nuestro territorio en el ganado, expolvoreamos diariamente esas vísceras, con sal, cuya salubridad ha sido probada por la circunstancia, que mientras morían muchos animales en los campos vecinos, muy pocos enfermaban, y muchos se restablecían en el pueblo de San Joaquín.

La sintomatología clínica que nos da el sagaz misionero comparándola a la mordedura de víbora, hace suponer que se trata de una intoxicación vegetal de un carácter análogo, obrando sobre el riñón preferentemente.

La circunstancia del mejoramiento por la sangría o el corte de las orejas, es coadyuvante a esa hipótesis, la que por otra parte no se escapaba a la penetración del talentoso jesuíta, cuando la atribuía a la mala calidad de los pasturas. En cuanto al efecto de la sal, podría explicarse buenamente como ejerciendo en esos casos una influencia benéfica, actuando como purgante.

Respecto de cual podría ser la causa de esa intoxicación creemos que puede presumirse fundadamente, con los datos expuestos que se trate del Mío - mío, pasto que obra de un modo análogo, causando con frecuencia aún hoy, estragos en los ganados.

La Garrapata — Dobrizhoffer nos hace una descripción conscienzuda de la Garrapata, de su extensión y de sus caracteres clínicos. Entre los insectos más perniciosos, dice, debe concedérsele un lugar preminente a la Garrapata, la que tiene el tamaño de una lenteja, y la forma de una tortuga del campo, diferenciándose en que es más esférica y llevando en su espalda una armadura como la de aquel animal. Es de un color moreno obscuro, jaspeado en parte. Tiene el cuerpo pla-

(1) Dobrizhoffer. — Account of the Abipones. Cap. XXIII, tomo I.

no, ocho pies pequeños y una cabeza prominente provista de una trompa que introduce bajo la piel, sosteniéndose con los ganchos de sus pies; absorbe la sangre de cualquier parte del cuerpo, ocasionando en el sitio inflamación y picazón, seguida de hinchazón y pus, que se prolongan a menudo por más de cuatro días, curando difícilmente la ulceración antes de una quincena. Cuando el insecto ha fijado su cabeza hondamente en la carne, con mucha dificultad se consigue arrancarlo completamente, si no se consigue y queda adherido a la carne, la herida no cura, puesto que el veneno no saldrá afuera, hasta que el pus corra por largo tiempo por la úlcera dolorosa.

Los campos y los montes, están llenos de estos insectos, tan hostiles al hombre y a los animales. En dondequiera que se encuentren hojas podridas o cañas, se hallan en grandes cantidades estos pequeños animales. Cuando viajábamos entre los bosques para encontrar las hordas de los salvajes, desdeñábamos los tigres y las serpientes, con el temor de estos insectos nocivos, sintiendo sólo no tener ojos suficientes para evitarlos y manos bastantes para arrancarlos.

Las cabras, conejos, macacos, tamandúas, perros y todos los animales salvajes que habitan los campos y los montes están llenos de estos insectos. (1)

Menos explícito que el misionero de los Abipones, Sánchez Labrador, sólo refiere que por la misma época, es decir, de 1750 a 1768, las Garrapatas chicas y grandes y de varios colores, abundaban en las selvas y en los pajonales de los valles. (2)

Como se ve por los fehacientes testimonios de Dobrizhoffer y Sánchez Labrador la Garrapata se encontraba a mediados del Siglo XVIII, enormemente extendida en el Paraguay. Señalamos especialmente esos datos incontrovertibles ya que 90 años después, en 1840, describía un paraguayo ilustre, la entrada de la Garrapata al Paraguay en estos términos: "Desde el año pasado de 38, ha perecido mucho ganado va-

(1) Dobrizhoffer. — Cap. XXXII.
(2) Sánchez Labrador. — I, pág. 242.

cuno de resulta de haber entrado en el país la plaga del Yatebú o Garrapata: plaga que en 303 años, que la provincia cuenta de población y descubrimiento, no se ha visto, ni oído; pero no fueron las Garrapatas las que causaron la mortandad sino las violentas, furiosas y frenéticas disposiciones nacidas del error, de la ignorancia, y de un expíritu de destrucción tiranía y despotismo, que dominaban sobre el dictador José Gaspar de Francia, fueron el cuchillo más cortante, con que los hacendados vieron con sus propios ojos degollar sus ganados aún los que no estaban todavía plagados". (1)

Nos cuenta luego como el Dictador para evitar que la epidemia pasara el Paraná, hizo degollar 20 bueyes que se habían plagado de Garrapatas, contagiados de los vacunos que venían del Brasil a Ytapúa.

Como no diera resultado la medida y el mal cundiera, ordenó "que se mataran los ganados, aún cuando no se les encontrase una Garrapata."

Gracias al celo de sus Gobernadores y comisionados, la extinción de ganados se hizo general, quedando sin una res que carnear, muchos acaudalados estancieros, cayendo en la hecatombe tanto las enfermas, como las sanas.

El Doctor Carranza, anota ese pasaje de Molas, haciendo constar que se observó que esa Garrapata, era algo diferente de la del país. Haría pensar que pudiera ser efectivamente esa causa, el hecho que Dobrizhoffer al referirse a los animales que estaban llenos de Garrapatas, no cita los vacunos.

Los tungs o piques — Después de referir Dobrizhoffer cómo no conocía sinó de nombre, los piques, no obstante haber permanecido 6 años en las Misiones, los conoció cuando lo trasladaron a la colonia de San Fernando, donde empezó a sufrirlos y a execrarlos. Haciendo su descripción y señalando sus efectos en el hombre, añade que los perros, a consecuencia de estar siempre tirados en el suelo, están más expuestos a estos insectos, pero que ellos, los extraen con ha-

(1) Mariano Antonio Molas. — Descripción de la antigua provincia del Paraguay publicada con anotaciones del Dr. Angel J. Carranza, Asunción 1880, pág. 17.

bilidad de sus carnes con sus lenguas y que curan sus heridas lamiéndolas.

Los cerdos, los macacos domesticados, los gatos, las cabras, y las ovejas, agrega, son horriblemente atormentados por ellos, pero los caballos, los asnos, las mulas y los bueyes, están protegidos contra el enemigo común, por la dureza de sus pezuñas.

Hace notar justamente que en el Sur del Paraguay, donde el aire no es tan cálido, este insecto nocivo es desconocido, no observándose en los territorios de Buenos Aires, Córdoba y Tucumán.

Los Tábanos y Abispas — Hay un gran número de tábanos, nos refiere el mismo autor, en los campos próximos a los montes, pero estos insectos atacan a los animales solamente.

No me sorprendo, dice, de la fábula de Io, que se volvió loca por un tábano, viendo tan a menudo, caballos y mulas tranquilas habitualmente, perder todo dominio de si mismas, y no obedecer a la rienda de los jinetes, y ponerse furiosas, atormentadas por los tábanos que se adherían a su cuero como sanguijuelas.

"Muchos casos de roturas de piernas, contusiones de cabeza y heridas, se producen por las picaduras de las avispas a las cabalgaduras que se enfurecen, y disparan, arrojando al jinete para revolcarse en el suelo".

La Mosca Gusanera — "Si el lomo de un caballo, relata Dobrizhoffer, se lastima, ya por la dureza de la montura, o por un largo viaje, las moscas acuden a ese sitio como si fueran llamadas a un festín, creando innumerables gusanos que estropearán el caballo y en pocos días acabarán con él.

"Cuando una úlcera chorrea sangre, es señal que dentro hay gusanos", nos dice, y a fin de curarlos, nos cuenta, como los indios ataban por las patas al animal y lo volcaban en el suelo, sacando entonces la materia y los gusanos con un palillo fino, llenando luego el agujero de la úlcera, con hojas de tabaco mascadas, y estiércol de vacuno. Esta operación, anota, debe repetirse por muchos días. Si el animal puede lamarse solo, la cura está asegurada y en breve tiempo. Pero como los métodos de curación son muy molestos y algo peligrosos,

los indios y la mitad de los españoles, "que son más perezosos que los indios, prefieren más bien ver el campo sembrado de carcasas, que esforzase con el trabajo de sus manos y sus pies".

"La pereza de los pastores que cuidan las haciendas, ocasiona anualmente la pérdida de muchos miles de caballos, bueyes, ovejas y mulas en el Paraguay. Los terneros recién nacidos debían ser examinados y desembarazados de los gusanos, con que generalmente están infectados, pues las moscas atacan inmediatamente el cordón umbilical y los matan miserablemente. De manera que si de 10.000 terneros que nacen en un año en una estancia quedan vivos unos 4.000, pueden darse por bien servidos y agradecer a los pastores."

Respecto de la medicina a darse a los animales agusanados, recuerda, que Szentivan, aconsejaba dar un purgante de aceite de oliva y agua a los bueyes atacados, con lo que arrojaban los gusanos con los excrementos, pero añade, que a pesar de haber obtenido resultados con el método de Szentivan, lo abandonó cuando conoció los efectos de la grasa de tigre. Señala con todo, el éxito del aceite tibio en la herida, como le aconteció, con un mastín, a quien con solo echarle unas gotas, consiguió que salieran los gusanos, que él retiraba del borde, con un compás, y que en pocos días, repitiendo la operación, curó admirablemente.

El Gusano del Mbariguí — Es éste el mosquito de más pequeña talla y según la descripción del mismo autor, su pequeñez lo hace invisible aún a la vista más aguda; su picadura es intolerable. Infectan los montes más tupidos, y las riberas de los ríos, atacando con prefernciа en las noches serenas. La trompa atraviesa los vestidos y las pieles más gruesas. "De las picaduras de este mosquito, se cría un gusano grande, ya originado de la pestilente picadura o humor envenenado, ya de alguna semilla dejada por el insecto, o ya el insecto mismo convertido en gusano, entra en la carne, pero nunca nace más que un gusano en cada sitio".

A este respecto, relata el caso de su perro. Había observado que el mastín aullaba continuamente, estaba intranquilo y se rascaba más que de costumbre. Preocupado por ésto, soli-

citó la consulta de los indios peritos, quienes después de un examen atento, declararon que el can estaba lleno de gusanos; con el consentimiento y en presencia del amo, y previa ligadura de los pies y del hocico, lo recostaron en el suelo, en donde apretaron con ambas manos los sitios en que el animal presentaba tumefacciones, con cuya operación saltaban hacia el exterior los gusanos que se escondían debajo de la piel. Hasta 17 se le extrajeron de distintas partes del cuerpo. Eran éstos "más grandes que las semillas de una manzana, y casi del largo del dedo pulgar, todos de color blanco."

El Carbunclo — No es sinó al finalizar el Siglo XVIII, que encontramos las primeras noticias de la aparición del grano malo, en la Relación histórica de Diego de Alvear, quien se expresa en estos términos: "En estos últimos tiempos se ha declarado otra cruel enfermedad, llamada de la mancha, que empezó por los animales y atacó a los hombres, costando la vida de muchos. Es una especie de carbunclo contagioso, acompañado de una gran disolución, que en pocos instantes pone monstruosa la parte afectada, y a las veinte y cuatro horas acaba con el paciente sino es socorrido a tiempo. (1)

La Rabia — No se encuentra en las referencias misioneras ninguna alusión a ella. Tal vez corresponda ese silencio a la rareza del mal, tan bien conocido por los españoles por su frecuencia en la península. A este respecto Juan y Ulloa en su relación de viajes a la América Meridional, declaran que "en toda la extensión de ésta es desconocido totalmente el mal de la Rabia en los perros, que con tanta frecuencia les suele acometer en España... ignoran todas sus particularidadees; y los efectos lastimosos que ocasiona su veneno, son extraños para estas gentes", y agrega, "en su lugar están sujetos los mismos perros a una enfermedad que se puede comparar a las viruelas de los racionales, porque siendo cachorros, les da a todos, o es raro el que no la participe; y una vez que no mueren de ella quedan libres de su repetición. Llaman también a esta enfermedad Peste; y consiste en dar-

(1) Diego de Alvear. — Relación de Misiones. Col. de Angelis.



les convulsiones en todas las partes del cuerpo; herir continuamente, perder el tino; y arrojar borbollones de sangre por la boca, con lo cual mueren los que no tienen fuerza para resistir; siendo tan común allí este accidente que se nota su frecuencia en todas las provincias y reinos de la América Meridional. (1)

Por la descripción, esto que llaman peste, no parece ser otra cosa que los ataques de epilepsia que a menudo se encuentran en los perros.

Hasta los primeros años del siglo pasado, no encontramos, datos referentes a la rabia, en el Río de la Plata; en esa fecha la enfermedad presentó una gran difusión. En 1810 el Licenciado García Valdés, hace la historia clínica de 8 casos de mordidos en Buenos Aires, refiriendo las órdenes que dió el Superior Gobierno para la matanza de perros. (2)

---

(1) Jorge Juan y Antonio de Ulloa. — Tomo I, pág. 387.

(2) Carta a los Editores del Correo de Comercio de esta ciudad por el Licenciado don Justo García y Valdés. — Buenos Aires: Imprenta de los Niños Expósitos — 1810.

CAPÍTULO XXVI

El Herbario Misionero

Hemos creído de interés reunir en un capítulo las especies vegetales que constituían el arsenal farmacológico de la medicina misionera, que puede decirse que lo fué también de la campaña y aún de las ciudades, en la época colonial. Es difícil tarea, el precisar las especies a que hacen referencia los autores, sin más datos que las desinencias en el lenguaje vulgar de la época y aunque generalmente vienen acompañados con los nombres en guaraní, la diversidad de plantas con que los indios, con frecuencia, designaban con un mismo nombre, no permite, tampoco, llegar a muy seguras conclusiones. Acaso el guía más seguro, hubiera podido ser Amado Bompland, de quien nos cuenta su biógrafo el Dr. Brunel, que había remitido al Jardín de Plantas de París, la colección completa de las hierbas medicinales de los Jesuítas misioneros, acompañándola al mismo tiempo que con la acepción en guaraní, con la de la clasificación botánica. Pero nuestros esfuerzos por encontrar ese herbario en el Jardín de Plantas fueron inútiles; allí no tenían noticias de ese envío; posiblemente quedaron entre los papeles del sabio francés, y es de esperar que lo que se proceda a su revisión, pueda llenarse esa laguna, cuando el Instituto farmacéutico de Buenos Aires, que posee esos legajos, emprenda esa labor.

Hemos tratado de poder orientarnos en la clasificación, pero reconocemos lo insuficiente de ese ímprobo trabajo, que necesita conocimientos más especializados que los que se pueden pedir al que solo trata de orientar la investigación, en su carácter de historiador de medicina, hacia tan interesantes investigaciones.

Azucena: Yboty-guazú — Berberis vulgaris.
Propiedades que le asignan, Montenegro — Asperger:
Para los Asmáticos.
Para ablandar los humores gruesos y viscosos, del pecho y vientre, y a los opilados.

Anacardo falso de Plinio: — Pino mirí — Anacardium occidentales L.
La leche del pino mirí tiene las propiedades según Montenegro:
Quitar el dolor de muelas.
Quema y extirpa las verrugas.
Cura las llagas pútridas.

Aro dulce o Tayá: Aroides — gen. Arum.
Estudiado por Dioscorides, Mathiolo, Galeno y Laguna lo reconoce Montenegro en el *Tayá* de los Guaraníes, señalando dos variedades: el clásico descrito por éstos y el *Mangará* o silvestre, que empleaban los Guaraníes como alimento.
Propiedades según Asperger:
Ablanda el vientre.
Quita el ardor y escozor de las purgaciones.
Para fluxiones de cabeza.
Reprime los flujos coléricos del vientre.
En cuanto al *Mangará* le asigna Montenegro las siguientes:
Causa buen sueño.
Para males de ojos.
Para fluxiones de pecho, tísicos y asmáticos etc., etc.
Para llagas interiores del estómago e intestino.
Para llagas del pecho, vejiga etc. etc.

Almizcle: Mandyyú-ryacuá. — *Ipomea gossypioides,* llamado también falso algodón.
Propiedades: Para madurativos de los diviesos y forúnculos. — Para fiebres o inflamaciones internas.

Achicoria del burro o Camalea: Caá ruguai guazú (Sylibum marianum). Abundaba según Montenegro, en los pueblos

misioneros de Santo Angel, San Juan y San Miguel.—La comían los indios en tiempo de hambre y se servían de ella para medicina en estos casos: Para Cámaras de sangre y para vómitos de relajación de estómago. Reprime los flujos del vientre. — (Extr. Asp.).

Algarrobo blanco: Ybopé morotí. (Prosapis dulcis).—Arboles muy comunes en Santiago del Estero, de donde los llevaron los jesuítas a las Misiones. Era su harina, Pataí, un alimento habitual de los indios, de la que extraían también la Chicha. — Montenegro distingue 6 clases de Algarrobo, cuatro mayores, es decir, el blanco (P. alba), y el negro (P. nigra), cada una, macho y hembra y dos menores. La mejor es la *Prosapis dulcis alba.*

Propiedades: Para quebraduras recientes o que no lleguen a tener un año. Hidropesía de humor acurso. — (Extr. Asperg).

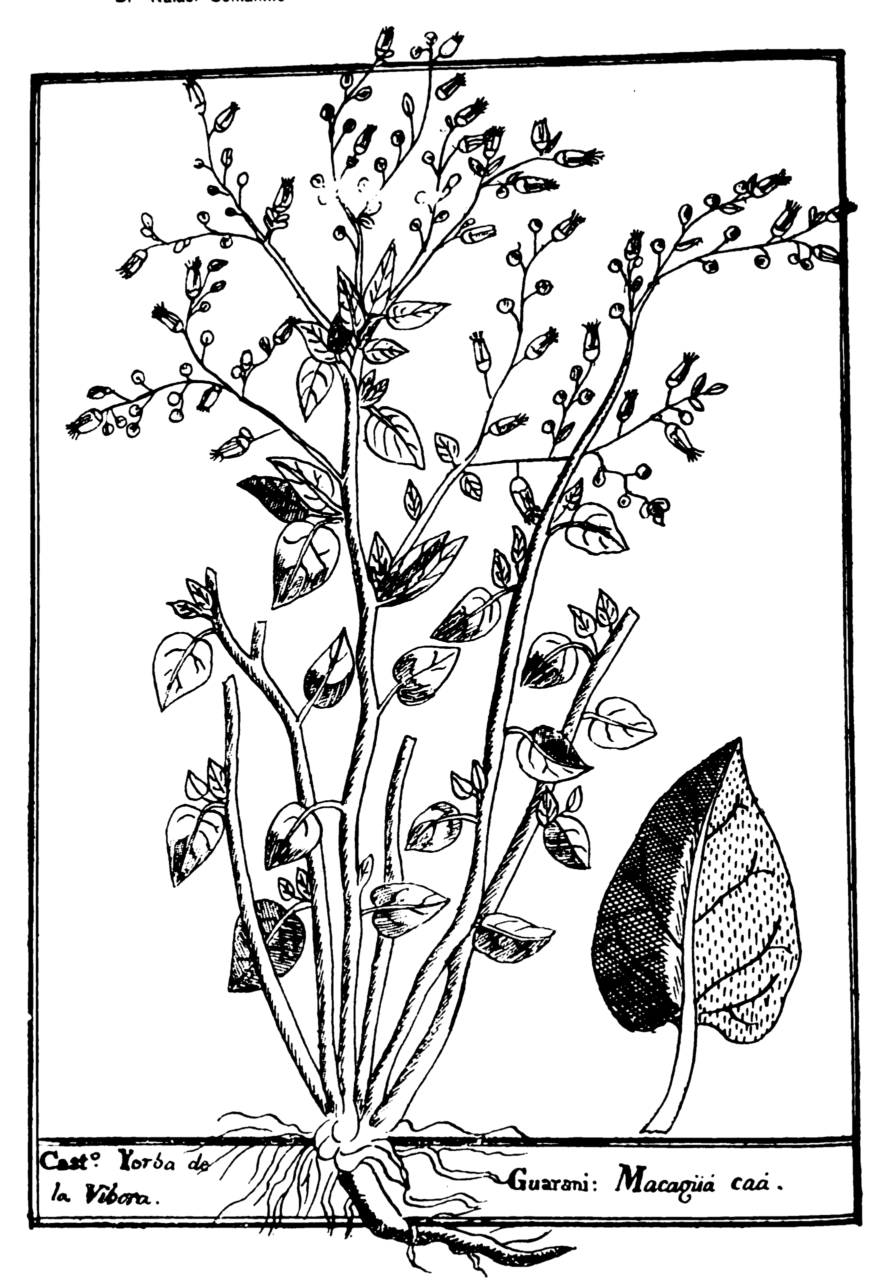
Anime (Arbol del o Copal): Yataybá en guaraní.—(Himenae Stilbocarpa). Señalado por Yáñez Pinsón como encontrado en la América, estudiado en las Indias portuguesas por Orta y Acosta, Pisón lo agrega a su tratado; Montenegro lo describe en las Misiones, Asperger resume así sus propiedades curativas: quita el dolor de cabeza, procedente de causa fría o mojaduras y para las jaquecas y enfermedades gálicas.

Achiote o Urucú: es el Bixa orellana L. — Fué descrita por Fernández de Oviedo (1535) indicando el uso que hacían de este arbusto los indios de tierra firme para teñirse el rostro. — Ruiz de Montoya lo cita en su Tesoro señalando esa propiedad y dándole su nombre en guaraní: Urucú.

Guillermo Pisón señala sus propiedades medicinales como antipestilencial y fortificante del estómago y corazón. Montenegro afirma que es superior al Cártamo o Azafrán de la tierra, para las comidas y que en forma de colirios es útil su tintura para las fluxiones de los ojos.

Asperger resume así sus propiedades medicinales:

Dr. Rafael Schiaffino



La Yerba de la Víbora del Charrúa o Macagüá Caá. – Arclepis Campestris
(*Dibujo de Montenegro*)

Para flujos disentéricos de relajación.
Para calenturas malignas con cursos biliosos y sanguíneos.
Ulcera de los intestinos.
Para fortificar el corazón y estómago.
Es un gran cordial para los calenturientos.

Almáciga de Plino - Caáysy: (Gen. Euforbíaceas): Señala Montenegro dos variedades: la blanca y la negra, ésta última a su juicio la más eficaz.

Asperger resume las propiedades descritas por aquél así:
Para Cámaras de crudeza por flaqueza de estómago.
Para dislocaciones de las coyunturas y relajaciones de estómago.
Para caídas y golpes y para corrimientos.

Almáciga o Coniza mayor. Caáysy guazú. — (Euphorbia Capitata y Schinus antarthritica).

A juicio de Montenegro lleva mal esta especie el nombre de Caáysy, pues en nada se parece a la anterior, para él es semejante, no a la Almáciga sino a la Coniza mayor o el Eupatoria de Avicena.

Parodi cree que en el Caáysy guazú se encuentran las especies Euphorbis y Shinus antedichas.

Asperger resume sus propiedades:
Para picaduras de víbora y heridas.
Para acelerar el parto.
Para bajar el menstruo retenido.
Para tiricia.
Para temblores paroxismales.

Acetosa mayor: Oxipalata o Rimaza. — Ybyrá guazú. — (Oxalis Tuberosa. Macachines).

Parodi da al Macachín o Rimaza, el nombre de Oxalis Tuberosa, el Ybirá Guazú guaranítico; Carlosena coloca entre los Macachines el Oxalis platense, Oxalis articulato y otros. Montenegro señala cuatro variedades entre las acederas o acetosa mayores, fuera del Ybyrá Guazú o Consuelda mayor, entre ellas la Oxalis Acetosa, especie de Ruibarbo estudiado por Andrés Laguna.

Respecto de sus propiedades señala Asperger:

Cámaras de sangre.

Llagas de intestinos.

Corrimientos dientes y muelas de calor.

Acetosa menor: Ybyá mirí. — Consuelda menor. (Oxalis grandiflora).

Dos especies de acetosa menores describe el mismo, cuyas virtudes agrega:

Para calenturas ardientes.

Para purgar y refrescar la sangre.

Abre el apetito.

Para llagas y empeines y lamparones.

Mitiga la comezón de los miembros. (Ext. Asp).

Asperger varía los nombres de Mayor y Menor de los dos capítulos, y del texto no resulta muy claro si corresponde al último o no la acepción de Ybiá Mirí o Ybiá Guazú.

Aristoloquia rotunda: Tupacy - yetí — Aristoloquia brasilensis.—Lozano la llama Batata de la madre de Dios. Montenegro reconoce dos variedades: mayor y menor. Sus virtudes:

Para venenos bebidos y picaduras de víboras.

Para llagas corrosivas.

Para toda enfermedad gálica.

Para sacar las astillas y casquillos incados en la carne. — (Extr. Asp.).

Arbol del Paraíso: Caá - parí - mirí. — (Euphorbia papillon).

Asperger varía el nombre dándole el de Arbol aromo alhelí o Ybyrá mirí Caaumbé. — Coloca Parodi el Caáparí entre las Euphorbiaceas en la especie E. papillosa.

Propiedades:

Para sudores copiosos, que quitan el entullimiento de miembros.

Para hacer bajar la criatura muerta y corrompida y las pares. — (Ext. Asp).

Artemisa: Sandiabó - guazú o Sandiá rogüé guazú. (Acanthospermun hirsutum). — Reconoce Montenegro dos variedades de Artemisa, la doméstica y la campestre, ésta última más olorosa, más pequeña, más blanca y de semilla más abundante. Asperger la llama Sandía - bomirí, en tanto que Montenegro la denomina Sandiá rogüé guazú. La Sandí rogüé guazú es el ajenjo pontico.

Parodi en su "Flora del Paraguay", dice que se aplican esos nombres a la Artemisa y Ajenjo cultivados, pero que en el campo se designan con ellos los Acanthospermum xanthioides e hirsutum.

Las propiedades del Rogüé guazú, son:

Para atraer el menstruo, las pares y el parto.

Para desopilar la madre y rebajar sus inflamaciones.

Deshace la piedra.

Provoca la orina.

Mata las lombrices. — (Ext. Asp.).

Ajenjos ponticos: Sandiabó mirí o Sandiarogüémirí. — (Acanthospermum xanthioides).

El ajenjo pontico de Dioscorides, cuyas propiedades estudiaron Laguna y Mathiolo, lo encuentra Montenegro en el Sandiarogüé mirí, si bien declara que no se asemeja al de España, pero sí en sus virtudes al romano.

Estas son:

Para relajaciones de estómago.

Enfermedades del hígado.

Mata las lombrices. — (Ext. Asp.).

Bledos blancos pequeños: — Caárurú morotí — (Amaranthus vividis).

Además del Morotí, anota Montenegro uno más pequeño, verde de hojas, y de más semillas, el cual es en su opinión más eficaz que el blanco.

No sabemos si corresponderá al Caámirí quizá o al Caárurú y el primero de la familia de las Portulaceas y el segundo de las Nictangineas que indica Parodi en su "Flora Paraguaya". — Sus virtudes:

Para retención de orina sin peligro, porque libra de dolores y hace salir las arenas de los riñones y vejiga.

Y es un bellísimo purgante para los repletos de estómago que se ahitan causando pasmos, perlerías, atontamientos, vahídos de cabeza y desvaríos accidentales.

Batatilla de Don Antonio: — Caáparí mirí — (Solarum Commersomi) llamada vulgarmente Papilla purgante. Dice Montenegro al estudiar sus propiedades que la dió a conocer en Tucumán un tal Don Antonio, por lo que le quedó su nombre. Distingue dos variedades la Caáparí guazú, de hojas más grandes, y de una sola raíz, como la batata, y la Caáparí mirí de varios tubérculos como las papas y de mata más pequeña.

Extrato de Asperger sobre sus virtudes:

Provoca el parto y saca la criatura y las pares.

Para arrancar la sangre extravasada al pecho.

Para lombrices.

Canchalagua de Chile: — Capií ropîtá — (Sysirinchium chilensis).

Conocida desde los conquistadores de Chile, por su popularidad entre los araucanos que la llamaban Cachenlahuen o yerba contra el dolor de costado, fué presentado en una memoria a la Academia de Ciencias de París en 1707 por el Dr. Du Pas de Montpellier, director de una de las Compañías que tenían el privilegio del asiento o venta de negros.

En Tucumán, la llamaban Yerba del hurón, pues decían que este animal al ser picado por las víboras, se curaba comiendo esa planta. Montenegro describe dos variedades: blanca y negra, y nos dice que abundaba en los pueblos de Santo Angel, Santa Ana, San Javier y Santa María, de las Misiones, siendo menos amargas que las de Chile.

Jorge Juan y Antonio Ulloa, la estudiaron en su viaje 1748; y más tarde, en 1796, Ruíz y Pavon dieron de ella una descripción científica.

Las propiedades que le asignaba (1710) Montenegro:

Mata las lombrices.

Para dolor de costado.
Desopila el bazo y es confortativa. (Ext Asp.).
Contra Fiebres pútridas y malignas.
Antídoto contra venenos finos de serpientes.
Es vomitivo.
Provoca el menstruo.
Baja los humores por cámaras y orina.

Contrayerba del Perú: — Taropé — (Dorstenia brasilensis).
Llamada Coaapia por Pisón y Marcgrave, la distingue Montenegro en las Misiones en macho y hembra, siendo ésta última más activa. Descrita más tarde por Juan y Ulloa y Ruiz y Pavón.
Señala Montenegro las virtudes del Taropé o Higuerilla, macho, del Taropé, mirí, hembra:
Contra veneno fríos de víboras, escuerzos etc etc.
Contra cualquier otro veneno.
Para cámaras de relajación.
Preserva de pestes y venenos.
Suelda los huesos quebrados, en breve. (Ext. Asperger).
Clarifica la sangre por sudor, cámaras y orina.
Baja el menstruo y la criatura muerta.
Mata lombrices y gusanos.
Saca afuera la viruela y el sarampión.
Contra fiebres pútridas y malignas.

Caña fístola: — Ybopé guazú — (Cassia brasiliana).
Separa Montenegro la caña fístola solutiva del Perú, Chile etc., Cassia Officinalis, de la Paraguay Ybopé Guazú, siendo a su entender más activa esta última. Recuerda que Mathiolo fué el primero en estudiar sus propiedades, siendo luego separadas por Laguna en Virgiliana y Coronaria, Pisón y Marcgrave la describen en el Brasil.
Sus propiedades según Montenegro son:
Provoca la orina y preserva de piedras.
Lenitiva del pecho.
Hace dormir a los febricientes y frenéticos.
Cura la erisipela y fuego de San Antón.



Copaiba: — (Copaifera Officinalis).
Descrita por Guillermo Pisón en su obra, declara Montenegro que no la ha encontrado en el Paraguay, si bien le han afirmado que la habían visto en los montes del Paraná. Se atiene, pues, a la descripción de Pisón y relata sus aplicaciones:

Para heridas penetrantes y peligrosas.

Arranca sangre del pecho por golpes y materia por inflamación y absceso.

Provoca el menstruo.

Para abscesos hígado, estómago, riñones y vejiga.

Calaminta mayor: Tamanduai mirí. — (Labiadas, gen. Hyptis).

Dos variedades describe Montenegro, el Guazú y el Mirí. Parodi coloca el Tamanduai en el género Hyptis de las Labiadas.

Respecto de sus virtudes las señala para:

Cura de animales venenosos.

Provoca la orina.

Para arenas de vejiga y riñones.

Para viruelas resumidas.

Para sudar.

Para rotura de nervios y espasmos.

Cura los torcijones de vientre y vómitos.

Mata lombrices largas y chatas.

Para lepra, empeines, etc., etc.

Ahuyentar las serpientes.

Provoca el menstruo y mata la criatura en el vientre.

Cacao: Cacahu ate, en tupí. (Teobroma cacao).

Da Montenegro la descripción y la figura del Cacao de la obra de Pisón reconociendo, que no se da en estas tierras, y poniendo de su lado la opinión de Farfán, declara que en vez de ser remedio, es muy nocivo porque por el calor de la zona tórrida, no admiten los estómagos tanta graduación de calor o sequedad, lo que no es de sentir ya que tienen el sustitutivo de la yerba mate.

Discute sus propiedades y señala algunas de sus virtudes:

Purga la matriz y provoca el menstruo.
Conforta el cerebro, estómago e hígado.
Socorre a los asmáticos y tísicos.

Canela: Caliacha o Cocuido en Tupí.

Especie del comercio de las Indias, encuentra Montenegro una de sus variedades, en las que los padres de la Compañía traían a las Misiones de los Chiquitos y de los Moxos.

Sus virtudes, según Asperger:
Quita las manchas del rostro.
Contra picaduras de víboras.
Contra inflamaciones uterinas.
Para desopilar la matriz.

Clavo de especie: Thsinga en tupí. — Pisón trae la descripción del Thsinga del Brasil, o Arbol del Clavo. Se empleaba en las Misiones de Oriente, declarando Montenegro no conocer el del Brasil.

Sus virtudes:
Conforta el estómago, hígado y corazón.
Abre las vías obstruídas.
Aumenta la memoria embotada.

Corregüela o purga criolla: Yetyrábai. (Convulvulus sepium).

Es una especie de escamosa dulce, llamada así en toda la Gobernación de Santiago y Tucumán, dice Montenegro al hacer su descripción. Se conoce también con el nombre de Campanilla o Corregüela mayor.

De la descripción de sus propiedades, hace el extracto Asperger:

Purga criolla para los que padecen gálico.

Para los males de ojos, flucciones y nubes, para aclarar la vista.

Ceibo: Ayuiñandy. — Erythrina cristagalli).

Descripto por Montenegro, quien indica la preparación de su bálsamo semejante al bálsamo misionero.

Extracto de sus virtudes, por Asperger:
Para heridas y llagas de piernas.
Para inflamaciones y flemones.

Consuelda mayor índica: Caápytá guazú. — Semejante al Salsifrago mayor de Dioscórides y Laguna, la distingue Montenegro de la consuelda menor a acetosa mayor. Ibií guazú.
Sus propiedades:
Cámaras de sangre.
Llagas de los intestinos.
Heridas de todo el cuerpo las libra de corrupción.
Llagas de la boca.
Suelda los huesos quebrados, en breve. (Ext. Asperger).

Carqueja: Yaguareté caá. — (Baccharis Triptera platensis).
Cuatro especies distingue Montenegro, encontrando que la más eficaz es la mayor cuyas propiedades, son:
Para llagas del pecho y pulmones.
Para matar gusanos exteriores.
Para heridas.
Para matar los gusanos a todo animal.
Parodi señala cuatro especies de Yaguareté Caá de la familia de los compuestos, la Coniza Monvideana y Squammato, entre ellas.

Duraznillo o hediondilla: Coquerí blanco y negro. — (Solanum chenopodifolium certrum parqui).
Daba el nombre de hediondilla Montenegro, al blanco o mayor, juzgándolo de mayores virtudes:
Para dolores antiguos de cabeza.
Para madurar postemas y revolver hinchazones.
Para tullimientos de nervios. — (Ext. Asperger).

Dictamo blanco alto: Caá cupechí guazú. — Caáberá mirí. — (Acolanthus suavis, Hyptis fasciculata.
Cuatro especies de dictamo encuentra Montenegro en estas tierras de América, dos blancos y dos negros, de ellas

emplea el blanco odorífico que los indios llaman Caáberá y guazú pucú caá, porque es apetecido por los ciervos y el Caá cupechí. Estas especies las reconoce Parodi entre la familia de las Labiadas con los nombres antedichos.

Propiedades según Asperger:

Para sacar espinas o astillas de palos.

Para mordeduras de víboras.

Para hinchazones de pies y manos.

Acelera el parto y saca la criatura muerta.

Deshace las durezas del bazo.

Edemas e hinchazones del escroto de agua.

Enula Campana: Caápé guazú. — (Baccharis bracteata).

Conocida del tiempo de Mathiolo y muy usada en España, la señala Montenegro en el Caapé guazú, reconociendo otra especie campestre de menores virtudes. Estas son:

Para ciática, asma.

Para tristeza y melancolía.

Para mordeduras ponzoñosas.

Despierta la virtud genital.

Es veneno para flechas.

Para espasmos.

Provoca la orina.

Provoca el menstruo y las pares detenidas.

Abre todas las vías del cuerpo.

Escabiosas índica verdadera y blanca: Caápetay. (Agerathum conyzoides). Montenegro la llama en guaraní Mbutiá hubae y Caámbutiá morotí; Asperger las designa con el nombre de Caapetai.

De cada especie, separa el primero las variedades macho y hembra, declarando más eficaces la negra y las especies machos cuyas virtudes son:

Para pasiones de pecho, hígado y bazo.

Abre las vías y deshace las obstrucciones.

Para sarna, lepra y carbunclo.

Esquinanto menor o Paja de Meca: Capií catí (Kyllingía odorata).

El esquinanto o Paja de Meca de Dioscorides, que citan Mathiolo y Laguna, aunque muy distinto, lo encuentra Montenegro análogo en sus propiedades en el Capií catí, que Parodi clasifica entre las Cyperaceas en la especie Kyllingía odorata.

Sus propiedades son:

Para pasmos y para grandes heridas.

Para ventosidades frías.

Restaña la sangre del pecho.

Quita los dolores de estómago.

Provoca la orina detenida.

Y las purgaciones del menstruo.

Las purgaciones blancas por enfermedades de riñones y vejiga.

Para pasmos de heridas y retracción nervios.

Eupatorio americano: Taperybá Caá — Guaco. (Mikania Officinalis).

El Taperybá o Eupatorio de Montenegro parece corresponder al Guaco, o Mikania Officinalis, tan común en nuestra campaña; en efecto, bajo el nombre de Taperybá, dice Parodi, se comprenden varios Eupatorios y algunas acrimonias, entre los que se encuentran la Mikania Officinalis y la Mikania Opifera.

Carloscna bajo el nombre de Guaco señala, una Asistoloquia que no conoce, y la Mikania Officinalis de las compuestas.

Respecto a las virtudes del Taperybá se emplea según Montenegro:

Para ansias y angustias del estómago.

Como vomitivo y purgante.

Para apostemas rebeldes.

Para viruela y sarampión.

Para fiebres pútridas y pestilentes.

Eupatorio o Agrimonia: Mbuy — guazú — mirí.

Cree Montenegro que el Mbuy guazú de los guaraníes debe corresponder al Eupatorio de Dioscorides, bien que no ha

podido hallarlo; en cuanto al mirí, afirma que es el que dibuja y describe Mesué, llamado también Agrimonia, de éste señala dos variedades; una, un pequeño arbusto de dos varas y el otro de media vara.

A este Eupatorio semejante a la Agrimonia se refiere Carlosena cuando declara que no lo conoce, y Parodi en el mismo sentido, como vimos al tratar el Eupatorio Americano y Guaco.

Refiere Montenegro que se encuentra en Tucumán, Córdoba y en las Misiones del Paraná y del Uruguay.

Virtudes:

Abre universalmente todas las vías del cuerpo humano.

Quita la piedra de riñones y vejiga.

Contra la hidropesía.

Mata lombrices y gusanos.

Cura todos los males del hígado.

Mordeduras de serpientes.

Contra flechas envenenadas.

Mata gusanos de la cabeza.

Cura llagas difíciles.

Güembé: (Pothos pinnafitida), conocida entre nosotros con el nombre de Philodendrum. La Planta del Güembé tan celebrada por los misioneros, que creaba las mosquitas por generación espontánea, según el criterio de la época, es una "de las más hermosas plantas que se hallan en el orbe", al decir de Montenegro, quien empleaba con fines medicinales el fruto, la corteza, las raíces, y hasta sus mosquitas, afrodisíacas al parecer. Se aconsejaba:

Para los que abundan de humores gruesos y flemáticos.

Reumáticos.

Descarga el vientre de cosas asentadas en el estómago a los que han tomado venenos y mordidos de víboras.

Guayacan: Palo santo negro — Ybyrá ucai. Guayaco Officinalis Algarrobilla — Ybyrá heé. (Coesalpina astringens).

4 especies de Guayacan describe Montenegro, dos que llevaban a las Misiones desde Tucumán, que llamaban los espa-



ñoles Guayacan y los indios Quiebra hacha, que era una especie de Algarrobo negro.

Una tercera especie que es el que llamaban los Guaraníes Ybyrá heé o Algarrobillo o Guayacan, que según el propio autor era el mismo que el que se llevaba a España del Brasil.

La cuarta especie era el Chaco, que no conocía sino de nombre. Parodi en su flora Paraguaya dice: En el Paraguay se da el nombre de Palo Santo negro al Guayaco para distinguirlo de la Algarrobilla. (Caesalpina astringens) que se conoce vulgarmente por Guayacol.

Cuenta Montenegro como curó con su Algarrobilla estando ya como desahuciado de los pulmones.

Asperger resume así sus propiedades:

Cura las llagas de los pulmones.

La tiña seca.

Cura las postillas de la cabeza y la Morfea.

La disentería.

Flujos de vientre.

Los ahogos de asma.

Para mal gálico. (Montenegro).

Hisopo mayor negro: Caáimbé. (Cruciferas — gen. Cleone).

Dos especies de Hisopo mayor distingue Montenegro, que Parodi coloca en el género Cleome de las Cruciferas.

De sus propiedades resume Asperger:

Para lombrices del estómago.

Para inflamaciones de pulmones y bazo.

Para Asmáticos y Tísicos y a los de Catarro.

Para dar buen color a los rostros.

Corrige el anhélito corrompido.

Para los vahidos de cabeza, vértigos y para el cerebro.

Lapacho o Tahibó: Tayy. (Brignoniaceas) (Tabebuia florescens).

Dedica un artículo Montenegro al Lapacho diciendo que es muy semejante al Palo Santo del Guaycurú, cuyas virtudes enumera en el capítulo del Guayacán, pero como no ha

visto más que la corteza y hojas de éste, no se atreve a decir que sean iguales sus efectos.

Lepidio o Payco: Caáré guazú. (Chenopodium ambrosioides), nombra Parodi al Payco del Paraguay para distinguirlo del Roubieira multifica con que se designa el Payco en el Río de la Plata, llamado más comúnmente Mastuerzo.

Asperger que lo llama así apunta sus virtudes para:

Ciática.

Para retención de meses.

Para matar lombrices.

Mata y avienta las pulgas.

Llanten silvestre peludo y palustre: Caá yuquí — Plántago mayor.

Distingue Montenegro cuatro variedades de Llanten, dos terrestres y dos acuáticas o palustres, las primeras las diferencia del clásico de Mathiolo y Dioscorides en que son peludos. Entre los plántagos que reconoce P. Carlosena en nuestro país, están los P. Macrostachis y Myosuros entre otros, no podemos decir si corresponden o no a los descritos por Montenegro.

En cuanto a sus propiedades se indicaban:

Para calentura maligna.

Para Cámaras de sangre.

Para llagas y heridas.

Para corrimientos. (Ext. Asperger).

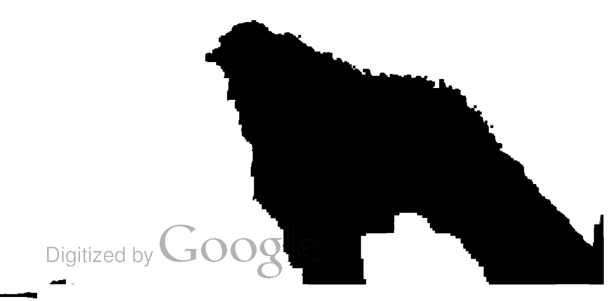
Larrañaga al describir el Llanten acuático o palustre (Hexandria polygnita) declara haber encontrado una especie indígena "Alisma indeterminada"

Maní Manduvís (Arachis hypogea).

El Alfoncigo llamado Maní por Fernández de Oviedo, y del que Ruíz de Montoya distingue los Guazú, mirí, pyta, y púa, lo divide Montenegro en macho y hembra, mayor y menor.

Sus virtudes:

Para enrrubiar el pelo (!).



Dolores de vientre, ardores de orina.
Y para carnosidades.
Dificultad de respiración en los asmáticos.
Para el dolor de hijada. (Ext. Asp.).

Mastuerzo índico: Lepidio o Payco. Caáré mirí. (Senebiera pinatifera).

El Lepidio de Plinio o Hebéride de Dioscorides, que Galeno y Pablo Eginete declaran ser el mismo, es reconocido por Montenegro en el Caáré - mirí, quien en el Caáré guazú de los indios, reconoce el Eneldo. Es Asperger quien a esta descripción le pone etiqueta de Mastuerzo salvaje, compendiando las propiedades descritas por aquél:

Para la ciática y coyunturas costosas, de dolores fríos.
Para la retención de los meses.
Para bajar el menstruo.
Matar las lombrices.
Mata y avienta las pulgas.

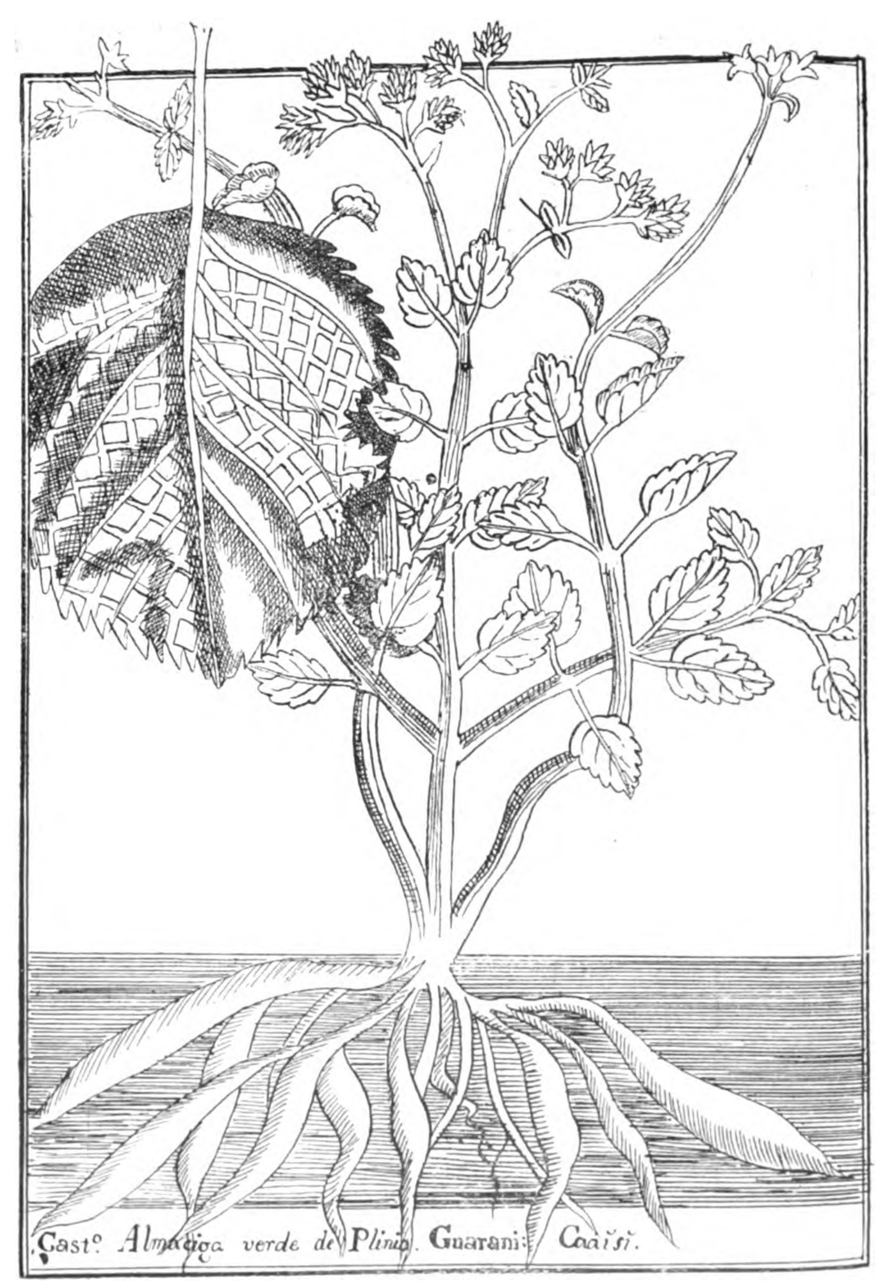
Montenegro dedica al Mastuerzo salvaje un artículo aparte, sin indicar su sinosimia guaraní, haciendo su apología para el mal do bicho o sea el escorbuto, y en sus demás propiedades, las mismas que señala al Lepidio de plinio. El mismo Asperger copia ese artículo, agregándole la desinencia guaraní: Caápetaí heebaé, de modo que da dos denominaciones al mismo Mastuerzo salvaje cuyas propiedades son análogas.

Menta o Yerba de Aries o Yerba buena montes: Cabará caá. (Menta rotundifolia).

La menta o yerba buena que en el Perú llamaban Yerba de Aries y los indios Cabará Caá, muy abundante en las Misiones en las que reconocía 4 variedades Montenegro, la blanca, la negra y otras dos velludas y menos aromáticas a modo de glodololo. Sus propiedades:

Asma y crudeza de estómago.
Provoca la orina y las pares.
Para la Melancolía.
Calenturas ardientes y malignas.

Dr. Rafael Schiaffino



Almáciga verde de Plinio. — Caáisi-Enphorbia capitata? (Dibujo de Montenegro)

Mercuriales masculinos: Caárurú mirí. (Modiola postrata).

Reconoce Montenegro en el modo de dar la semilla y en las hojas alguna diferencia entre el americano y el que describe Andrés Laguna.

Asperger resume sus virtudes:

Para ablandar el vientre por endurecido que sea.

Para pasmos y para atajar las inflamaciones.

Para retención de orina por rebelde que sea.

Para mal de piedra.

Es buen purgante.

Mamon o Mamones: Pino guazú en tupí. (Carica Papaya).

Descrita por Montenegro y suprimida en el extracto del P. Segismundo.

Azara describe repetidas veces en sus obras el fruto y sus activas propiedades purgantes, que tuvo ocasión de apreciar dándoles a probar a la Gobernadora y a su hija.

Respecto de sus virtudes dice Montenegro:

Relaja el vientre y abre las vías.

Así de Cámara como de orina.

Humedece todo el cuerpo en las fiebres ardientes.

Menjuí o Anguay — (Styrax reticulatum).

Reconoce en él, Montenegro, el verdadero árbol del *Menjuí* o *Copal* Calaminta: cuenta que los indios lo llamaban Ybyrá sepayé o árbol de los hechiceros por sus grandes virtudes: señala cuatro variedades, dos mayores blancos, macho y hembra que dan el bálsamo del Brasil, aunque más claro y de olor más fuerte; y dos negras menores que echan por las incisiones de su corteza el verdadero Benjuí, éstos eran llamados Anguay mirí por los indios.

Propiedades:

Cura las llagas viejas.

Corrupciones de huesos.

Cura las Cámaras blancas.

Cura las llagas internas del estómago, hígado y pulmones.

Cura los vicios de humor gálico.

Abre las vías de la orina y menstruo.



Conforta el estómago.
Desopila todos los interiores miembros.
Cura las heridas recientes por primera intención.
(Ext. Asp.)

Meliloto — Torocaá — Trébol de olor — (Melitotus índica).

La yerba del toro, llamada así por los indios por el gusto con que estos animales la comen, es objeto del mayor elogio de parte de Montenegro, pues dice de su parte, que jamás ha visto semejante, ni ha leido de yerba alguna, pues excede y sobrepuja al Meliloto. La llama también Cértula mayor y refiere que algunos la designan malva campestre o cimarrona.

Lozano le hace un no menos cumplido elogio, comparando su fragancia con la yerba buena y el toronjil y ponderando su virtud resolutiva.

Carlosena en sus "Plantas Indígenas del Uruguay" señala que el Melilotus indica o Trébol de olor es el Melilotus Oficinalis, inscripto en las antiguas farmacopeas.

Las virtudes de la Malva cimarrona, como la llama Asperger son para:

Flemas de la boca.
Cámaras pestilenciales.
Hígado e intestino — Obstrucciones de vías.
Dureza de vientre y retenciones de menstruo.
Congelaciones de Escirros internos.
Para toda relajación de miembros.
Para la piedra. (Ext. Asp.).

Macaguá Caá — Yerba del Charrúa — (Eupatorium subhastatum).

El primero en describir el Macaguá Caá con la pintoresca leyenda del Pájaro descubridor de sus propiedades, fué Ruiz de Montoya en su Conquista Espiritual. No hay escritor después de él, que no repita su original hallazgo y aún hubo quien haciendo el escéptico, negara hasta la existencia de esa hierba.

Montenegro lo asimila al Trisagio verdadero de Dioscorides y anota dos clases: la blanca y la negra, creyendo a esta última más eficaz.

Asperger agrega a su título el de Yerba del Charrúa, con el que es conocida en nuestro país, cuyas virtudes populares son objeto de fe en la campaña.

Estas sólo se aplican para:

Picaduras de víboras.

Dolores de cabeza.

Temblores paroxismales.

Provoca la orina.

Desopila el bazo y el hígado.

Mburucuyá. — Granadilla de pasión. — (Passiflora cerulea). — La planta la señala Montoya en las Misiones semejante a la Pasionaria de España. Pisón la dibuja en su obra y estudia sus propiedades. Montenegro la consagra un capítulo cuyas aplicaciones resume el P. Asperger así:

Para abrir las vías.

Refrescar el estómago hígado y corazón con mucha suavidad.

Para toda enfermedad de mal Gálico.

Mburucuyá amarillo (silvestre). — Passiflora (fétida?)

Para confortar el estómago.

Flujos de vientre.

Unico remedio en todas las enfermedades frías.

Para Cámaras de sangre y flujos inmódicos de las hembras y relajaciones de la matriz. (Asperger).

Montenegro señala las variedades: amarilla, encarnada, morada y negra, siendo las más medicinales la negra y la morada. Pero fuera de estas anota 6 variedades más espúreas, pequeñas, de flores muy reducidas; a estas pertenece la que anotamos en segundo término, las que así como el Mburucuyá colorado, fué Montenegro el primero en aplicar.

Mechoacan: Yetyrá mirí. — (Ipomea megapotámica), llamado vulgarmente Batata purgante, de propiedades análogas a la jalapa, fué estudiada por Nicolás Monardes; Montenegro distingue dos variedades: el negro y el blanco, aconsejando este último. Indica su empleo o bien el polvo de sus raíces,

o bien la leche obtenida rayándolas y expriméndolas, dejándolas secar, lo que hoy se llama goma de batata. Hacían también unos panes rayando las raíces y poniéndolas a cocer en agua hasta formar un mazacote que se dividía en porciones de dos y media onzas, secándolas y conservándolas.

Asperger resume sus propiedades: Para melancolía y ventosidades antiguas. Hipocondrías. Es buen purgante.

Nardo de liebres: Caáimbé mirí o Ybapó Guazubae — (Valeriana paniculata). Parodi pone el Caáimbé mirí o Ybapoguazubae en la Valeriana paniculata entre interrogaciones. El nombre de Nardo de Liebres lo agrega Asperger a la descripción del Caáimbé mirí de Montenegro; el mismo hace el compendio de las propiedades que aquel le atribuye:

Para la retención de los menstruos.

Purga la matriz.

Para la ictericia y temblores.

Para mal de ojos.

Para los baldados de frialdad.

Nardo o *Vara de José*: Yboty morotí — (Polianthea tuberosa). Refiere Montenegro que conoció las propiedades del Nardo por la descripción del "insigne simplista francés Gaspar de Bahuim", quien le atribuye las siguientes propiedades:

Para melancolía.

Para mordeduras de serpientes.

Preserva de pestes.

Más entusiasta aún que Montenegro se manifiesta Dobrizhoffer, quien lo considera la panacea para la cura de las mordeduras de víboras, colocándolo muy por encima de las más famosas yerbas misioneras.

Ninfea o Nenúfar: Aguapé guazú — (Eichornia speciosa y azurea) llamada en nuestros arroyos, Camalote. Distingue Montenegro dos especies, distintas en las hojas, pero iguales en las flores y en las propiedades.

Para los flemones del rostro.

Llagas de los miembros.
Ataja los flujos del vientre.
Provoca el sueño.
Mitiga el dolor de cabeza.

(Ext. Asp.)

Nuez noscada: Bonzo pala en tupí.

Uno de los objetos del comercio de especería de los portugueses, en la India, descrita por Orta y Cristóbal Acosta, lo dibuja Pisón y señala su terminología en tupí.

De ellos hace su descripción y señala las virtudes del Oleum nux moscata:

Para las pasiones y convulsiones de nervios e ijada.
Para los dolores de tripas por ventosidad.
Para pasmos de pecho y partes internas.
Para confortar el cerebro, estómago, etc., etc.
Para aguzar la vista.

Orozús o *regaliz*: Ysopóa poyú. (Astragalus postratus).

Hace notar Montenegro, que el Orozús de las Misiones es muy distinto del de Europa descrito por Dioscorides y Andrés Laguna "por sus señales estricicas" aunque semejante por sus caracteres y cualidades. Asperger altera la desinencia guaranítica llamándolo Ybyrá heé. El primero describe dos variedades cuyas virtudes compendia el segundo.

Para atraer materias del pecho catarrales.
Para dolor de costado, asma y pulmones.
Para sacar la sangre del pecho, extravasada por heridas.

Orégano: Calaminta menor—Itá ratá. — (Origanum vulgaris).

Montenegro lo señala en "gran copia" en los pueblos de San Luis, San Lorenzo, San Miguel y San Juan.

Asperger cambia la nomenclatura guaranítica llamándola Tamanduay mirí y resume las propiedades indicadas por aquél.

Para pasmos de nervios y temblores paroxismales.
Contraveneno.

Para ictericia y lombrices.

Dice el primero que quien llevare orégano junto a la piel o en la mano, no será mordido por las víboras'' porque totalmente las ataranta y todo es librarse de su olor y tufo.

Pino americano del bálsamo: Curiy. (Araucaria brasilensis).

Montenegro después de hacer su descripción y de enseñar el modo de sacar el bálsamo se extiende sobre sus propiedades:

Soberano remedio para heridas.

Así en nervios contusos como en huesos descubiertos.

Preserva del espasmo y convulsiones.

Ataja la diarrea.

Para fiebres pútridas y malignas.

Contra lombrices y gusanos.

Corrimentos de dientes.

Para quebraduras de huesos.

Para almorranas.

Para romadizos y resfríos.

Para la matriz cuando sube al estómago.

Piñones purgantes del Paraguay: Curiy ibai — Amambaí guazú. (Satrapa curcas).

Montoya en su Arte y Vocabulario da Curiy ibai ''piñones de purga'' de curí pino, e ibaí fruta, llamando al árbol que los produce, la higuera del Infierno Ambay buzú.

Montenegro dice: El amambay guazú, le llaman los del Paraguay (los indígenas) pino, porque a sus frutas les llaman piñones y señala sus semejanzas con la higuera de la que se distingue en su hojas que son lisas, de un color verde claro, muy tersas, y con bastante humedad.

Agrega que es la mejor de las especies del ricino o tártaro a que el vulgo llama higuera del infierno. Los indígenas los llamaban higueras (Ambay), agusanadas. (Mbuzú), por la cantidad de insectos que corrían en su corteza y los españoles por el mismo motivo apellidaban del infierno.

Martín de Moussy, lo coloca entre las euforbiaceas con el nombre de Jatropa Curcas.

Asperger concreta sus propiedades:
Para inflamación de los ojos.
Para revolver la leche en los pechos.
Para hinchazones.
Para el fuego de San Antón.

Fuera de éstas tiene las propiedades del ricino o tártago. Montenegro fijaba sus dosis en: 10 o 12 gotas en caldo de pollo, lo que purga suavísimamente. Y agrega que es único remedio:
Para el mal de hígado.
Para el dolor de ciática.
Dolores en las coyunturas por humores fríos y gálicos.
Ataja el fuego de San Antón y de San Torcaz.

Poleo: Tungai caá. (Scutellaria rumicifolia).

Llamado también Caáiacuá o yerba olorosa por los indios. Reconoce Montenegro que no corresponde al de Dioscorides y Mathiolo aunque son sus propiedades no menos útiles:
Purga la cólera negra y melancolía.
Contra las mordeduras de serpientes.
Restablece a los desmayados.
Resuelve las almorranas.
Para la comezón de empeines.
Contra lombrices y gusanos.
Conforta las encías.
Provoca el parto, las pares y el menstruo.
Para los catarros.
Ahuyenta las pulgas.

Piña mayor americana o Caraguatá: Agave americana. Pita.

Descrita por Fernández de Oviedo entre las producciones del Río de la Plata, como semejante al Magüey mejicano. Distingue Montenegro dos especies de una de las cuales comían los indios los frutos aunque amargos. Usos:
Deshace la piedra y limpia las llagas de riñones.
Para Tabardillos y fiebres ardientes. (Ext. Asp.)
Ruíz de Montoya la incluye en su Arte.



Plátano o Pacobá: (Musa sapientium). Banano.

Dice el P. Acosta que se le llamó Plátano a semejanza del de Oriente aunque se parezca tanto a aquél como un huevo a una castaña.

Montoya lo incluye en su Arte. Montenegro declara que aunque de ordinario tienen esos árboles mala opinión, acerca de ser poco sanos, se atreve a decir algunas buenas propiedades suyas, como aperitivo, contra las fiebres ardientes, la restricción del vientre, los asolamientos; aplicados los frutos de las sienes, contra los vapores ardientes y la embriaguez.

Asperger en su extracto no menciona esas aplicaciones y se limita a los últimos que hace Montenegro, que son:

Incendio del hígado y llagas de fuego.

Para provocar el sueño.

Papayas o Nuez índica: Mangifera en tupí. (Mangifera índica).

Descripta por Bonti en el Brasil, toma su descripción dibujo y virtudes el hermano Montenegro, por creer que se debe encontrar en el territorio misionero por ser de clima igual. Tomaba, sin duda, el Misionero como procedente del Brasil, este árbol originario de la India, de donde su nombre de Nuez índica y el de Mangifera del javanes Mangga.

Las propiedades que le asignaba Bonti eran:

Para fiebres ardientes y malignas.

Para disentería y flujos hígado, estómago y riñones.

Para sudor y orina.

Pan Porcino: Carachí. (Samolus medicanti). Saint — Hilaire.

Cuatro especies anota Montenegro, el Carachí blanco, el Hum o negro, el guazú y el mirí, semejantes los dos primeros al Pan Porcino europeo y distintos los otros, aunque no, inferiores en virtudes.

Asperger resume las propiedades que indica aquél así:

Para hidropesía.

Empeines, herpes y granos.

Para humores corrompidos y de contagio.
Para la tiña húmeda, primer especie de lepra.
Para quemaduras.
Para las cataratas o nubes de los ojos.
Provoca el menstruo.
Para picadas de animales y víboras ponzoñosas.

Quirocilla — Aguapé: (Pontederiaceas).

Llamada por Asperger: Siempreviva americana, Montenegro la describe por referencias de la gente de Salta y Jujuy, donde se cría. Llamaban los guaraníes aguapes a los Camalotes de los ríos que se encuentran en la Familia de la Pontederiaceas y Nenúfares. Las propiedades son:

Para los incendios de sangre y cólera.
Provoca la orina.
Deshace la piedra.
Mitiga la sed a los de calentura.

Raíz de la China — Yuápecá guazú y mirí. (Smilax glauca - Brasilensis).

La Raíz de la China, descrita por Nicolás Monardes y Orta fué estudiada por Guillermo Pisón, quien la dibuja en su obra y señala sus propiedades, da una especie similar brasilera a la que los tupiés llamaban Yuapecanza.

Con esos antecedentes pudo identificar la especie en las Misiones del Uruguay y Paraná el Hermano Montenegro quien separó dos variedades la blanca, y la negra, la primera llamada grande, guazú y también morotí y la segunda mirí o chica o pytá (colorada).

Parodi las rubrica smilax yuápecá, género Brasilensis y glauca, y reconoce su parentesco con el Smilax China Oficinal.

Sus virtudes según Montenegro, de su experiencia y de lo que dicen los autores son:

Para opilaciones, obstrucciones e hidropesía.
Perlesia.
Hernias acuosas y ventosas.
Retención de orina.



Gota y dolores de artritis.
Piedras de riñones y vejiga.
Para mal gálico.

Sangre de Drago: Caábera. — (Croton Dracona).

Conocida desde los tiempos de Dioscórides y estudiada por Laguna.

Nicolás Monardes le dedica un artículo en sus plantas medicinales de América. Montenegro las reconoce en las misiones señalando dos variedades: la Caáberá originaria de esas regiones y la que en Tucumán llaman tipa.

Larrañaga da el nombre de Croton Dracona a la sangre de Drago originaria del país.

Sobre sus propiedades resume Asperger:
Para flujos de sangre por la boca.
Para sangre lluvia o menstruo.
Heridas de venas cortadas.
Corrimientos de dientes y muelas.

Sulvia silvestre índica: Caáimbé morotí - hiacuá. (Lantana Azuleata (Larrañaga).

De efectos semejantes a la Raíz de la China, lo recomienda Montenegro para análogos usos y otros que condensa así Asperger:

Para baldamentos de miembros y para hidrópicos de viento y agua.
Para la gota.
Para asma y,
A los opilados de mucho comer.

Sasafrás — Apetereby: (Cordia excelsa).

Semejante al Cordia de las Antillas y con propiedades análogas, lleva el Apetereby impropiamente el nombre de Sasafras que le da Montenegro (Parodi).

Se empleaba:
Para mal de piedra, quebrarla,
y curar las llagas de riñones y vejiga.

(Ext. Asp.)

Dr. Rafael Schiaffino



Hiedra índica — Yaguarandio guazú (*Dibujo de Montenegro*)

San Antonio — Molle negro del bálsamo: Paraparay — (Brignoneaceas, gen. Jacarandá).

El San Antonio, Paraparay de Montenegro; Molle Negro del Bálsamo de Asperger, lo incluye Parodi en la familia de las Brignoneaceas, género Jacarandá, haciendo notar la fuerte proporción de tanino que contiene y su empleo en el Paraguay y Brasil para la curación de las Bubas.

Montenegro lo aconseja:

Para heridas compuestas y llagas.

Para empeines y costras de la cabeza.

Tiña húmeda y seca.

Lombrices.

Fiebres pútridas.

Para ponzoñas frías.

Para el Mal francés.

Sándalo colorado: Yuqueripei — (Leguminosas Pterocarpus).

No se atreve Montenegro a afirmar que sea el verdadero sándalo colorado del Brasil, aunque en algo se asemeja. Su fruto añade, es excelente, para tintes de lana, en amarillo, morado y azul.

Cuenta como extrajo un aceite de sus semillas machacadas, que aplicó con un éxito relativo en una dislocación grave del espinazo, aliviando los dolores y la inflamación durante diez y siete días, al cabo de los cuales el sujeto murió ahogado, por la copia de materia que se corrompió en el pecho. Creemos que es el mismo que Parodi con el nombre de Yuqueripei coloca en las Leguminosas, especie de Pterocarpus, con cuyo fruto se obtiene un tinte morado y azul que se fija sobre el hilo y lana amarillo, y de cuya semilla se extrae un aceite que se emplea para acelerar la cicatrización de las heridas.

Siempreviva mayor: Caárurí guazú Ypeguá.

Siempreviva acuática — Caárurú quyrá, ypegua (Asp.) Portulacea grandiflora.

Sus propiedades:

Para calenturas ardientes.

Malignas y pestilentes.
Para apagar la sed.
Para las Cámaras de sangre.

(Ext. Asp.)

Santa Lucía: Yerba de Baqueró mirí. — (Conmelina sulcata).

Montenegro y Asperger describen sus propiedades:

Ardor del hígado. Para los que arrojan sangre por la boca. Para llagas y fístulas por antiguas que sean y males de los ojos.

Trementina del país: Arbol del Gumí elemí. — Ybirá yey.

Dos variedades señala Montenegro, el del Brasil, Isicá-riba y el del Paraguay. Parodi observa que se confunden bajo la denominación de Yey, árbol de tres géneros de Anacardiaceas Icica, Amyris y Burzera.

De las dos variedades de Trementina blanca y negra que llevaban del Paraguay a las Misiones, hacían un bálsamo del Gumí - elemí, cuya preparación la indicamos.

Sus propiedades:

Para extraer astillas o espinas introducidas en la carne y para curar heridas.

(Ext. Asp.)

Tabaco o Petî: Nicotiana Tabacum.

Describe tres especies Montenegro, el blanco, el negro, y una tercera silvestre que en el Cuzco llamaban Caro y los guaraníes Petî saeté o Caá yuquy (como el Llanten) y al que atribuye propiedades más eficaces.

Provoca el parto y las pares.
Para menstruos.
Mata lombrices y gusanos chatos.
Provoca cámaras y orina.
Para heridas y llagas sórdidas y pútridas.
Las preserva del pasmo.
Para ciática y dolores articulares.

Verbenas: Taperybá miri. — (Verbena officinalis).

Cuatro especies designa Montenegro: las dos primeras macho y hembra, el Peristereom de los griegos o Yerba sagrada palomera; la tercera la yerba de sangre, conocida en España por sus virtudes y una cuarta de flor morada.

Sus propiedades:

Para dolores de cabeza.

Para los cabellos perdidos.

Para llagas y fuego de San Antón.

Para fiebres tercianas.

Para fiebres malignas y pútridas.

Para Ictericia.

Para llagas de garganta y boca.

Provoca vómitos, cámaras y sudores.

Virga aurea: Yboty — yú o Mbuy mirí.

Virtudes:

Abre las vías de la orina.

Contra la piedra de riñones y vejiga.

Conforta el estómago.

Mata las lombrices.

Para las cámaras de sangre.

(Montenegro).

Virreina silvestre y Nordense: Eiboraí hezaeté y mirí. — Caléndula Officinalis y Arvensis.

Cuatro especies de Virreynas silvestres describe Montenegro y cree que son más activas que las de huerta. Refiere que eran aquellas muy usadas por los indios para:

Baldamentos de nervios.

Para pasmos.

"Dejando muy atrás en esta virtud a otra cualquiera medicina o simple."

Yerba del colmillo de la Víbora o Mboy caá: (Stemodia viscosa, aunque el nombre de Mboy Caá se aplica a otras especies de las Labiadas. (Parodi).

Usos:
Contra picaduras de víbora.
Contra molestas ventosidades.
. Para contusiones o caídas.

Yerba de la Víbora del Charrúa: Yacaré Caá. (Asclepias campestris?).

Llamada Yacaré Caá a secas por Montenegro, Asperger la denomina Yerba de la Víbora del Charrúa; no tenemos seguridad aunque por los datos parece ser la yerba de la víbora de nuestra campaña: Asclepias campestres. Sus propiedades:

Antídoto para ponzoña fría.
Antídoto contra mandioca brava.
Contra fiebres de contagio.
Sudorífico.

Ygáu — Perejil marino: Mancha de agua, Barba de viejo, algas etc.

Tillansia usneoides, de la familia de las Bromeliaceas.

Descrita por Ruíz de Montoya por sus propiedades antidisentéricas, y antiescorbúticas, puestas a prueba cuando el éxodo misionero de 1632 en que declara que fué el Perejil marino o Ygáu, el remedio providencial para concluir con las epidemias causadas por el hambre y las fatigas del viaje. Cita Montoya en su Arte, pero no se encuentra en la flora medicinal de ninguno de los otros misioneros.

Yerba Santa misionera: Caá Curuzú. (Lantana brasilensis).

Llamada también yerba sagrada o de la cruz (Curuzú) o yerba Santa contrapeste. Se encontraba en abundancia en las tierras de los pueblos de San Luis, San Lorenzo, San Miguel, San Juan, Santo Angel, etc., etc.

Sus aplicaciones:
Mata las lombrices y gusanos.
Conforta el estómago.
Purga la flema del vientre levemente.
Abre las vías y quiebra las piedras.
Resuelve todo humor de frialdad.

(Ext.Asp.)

LIBRO V

La Medicina en la Literatura



LIBRO V

LA MEDICINA EN LA LITERATURA

CAPÍTULO XXVII

Los Primeros Cronistas

SUMARIO: Los escritores de la primera época.—Carácter de su literatura. — Ruiz de Montoya: La Conquista espiritual y el Arte y Tesoro de la lengua Guaraní (1613). — Las Instrucciones de P. Diego de Torres (1608). — El doctor Francisco Jarque (1683). — Varones ilustres y vida de Ruiz de Montoya en Indias. — Nicolás del Techo: La historia de la Provincia del Paraguay.

Hasta fines del siglo XVII, no puede darse como definitivamente establecido el régimen comunal de las Misiones. La primera mitad de ese siglo, se empleó en la conversión de los indios, en su agrupación en reducciones, en sostener una lucha brava contra los ataques de los Mamelucos, en trasladar los pueblos, en defenderlos contra las pestes que con tanta violencia los diezmaban. El número reducido de jesuitas hacía que forzosamente fuera intensísima y en extremo diversificada su labor. El fin y objeto de su obra era la conquista espiritual, pero conocedores de la naturaleza humana, se convencieron pronto, que no bastaba el verbo para atraer los corazones, y resueltos y decididos se dedicaron a captarse la simpatía y la confianza de los indígenas, atendiendo con un celo evangélico a todas sus necesidades temporales.

Fué así que se hicieron agricultores y arquitectos, maestros en todos los oficios, carpinteros, sastres y albañiles, como fueron escultores y pintores, y en el afan de ganar su afecto, sus enfermeros y su médicos.

Esta es la época heroica de la conquista "la que hace recordar a la primitiva Iglesia". Luego en la segunda mitad del siglo, empieza la diversificación de funciones, pero tan lentamente, que respecto a las ciencias médicas, sólo al finalizar la centuria, encontramos los primeros hermanos médicos en las Misiones.

En el siglo siguiente, en los 68 años que mediaron hasta la expulsión de los jesuitas, vemos ya definitivamente constituído el régimen: es la época del apogeo, la era del bienestar, y la prosperidad misionera.

La literatura misionera sigue esas etapas históricas y nos las representa con toda fidelidad. El objeto de los primeros escritores refleja, como su obra misma, su fin primordial, la conversión de las almas. Es la apología de los Apóstoles de Loyola en las selvas americanas, sus luchas contra los elementos, su caridad en las pestes, su celo por la salvación de las almas. Relatan con unción los trabajos, las penalidades, los sufrimientos, las torturas y los martirios de los Misioneros. Con frecuencia interviene lo maravilloso en su relato, las curas milagrosas, las muertes súbitas, por castigo divino, las enfermedades atacando a los enemigos de los doctrineros y la curación espontánea, por la oración, en los padres y en los conversos. Esas relaciones repetidas y continuadas, generalmente fatigantes, harían casi imposible su lectura, sino fuera que en su transcurso, el espíritu metódico y observador de los autores, introduce para la armonía del conjunto, lo que realmente es el valor principal de esas obras para nosotros, esto es: las relaciones históricas de aquellos tiempos, tan escasos en documentos de archivo, nociones de los conocimientos de la época, tradiciones y creencias indígenas, costumbres de los pueblos primitivos, noticias de su estado cultural y descripciones de su fauna y de su flora.

Desde el punto de vista médico, es en la literatura mi-

sionera que hallamos, casi exclusivamente, la historia epidémica de la época, las nociones más o menos completas de su patología y materia médica, y la relación de los que, religiosos o indios, se dedicaron al cuidado de los guaraníes de las Misiones.

No es posible pedir a los cronistas de esos primeros tiempos, más de lo que la altura de sus conocimientos podía dar. Con frecuencia nacidos en el Perú o en el Brasil, o venidos de las casas de Europa, donde se dedicaban a distintos menesteres, pero en todos los casos, instruídos exclusivamente en los estudios de teología y filosofía, eran elegidos para las Misiones por sus dotes de celo, de caridad y de resolución, sin una preparación especial del medio, ni de las necesidades en que habían de actuar. Todos aprendieron el Guaraní dentro de las Misiones, confeccionándose algunos diccionarios adecuados a sus funciones, siendo el de Montoya el más corriente y conocido.

Respecto de las ciencias naturales y de la medicina, sus conocimientos no eran más que los comunes entonces, en el medio estrecho de las primeras ciudades coloniales.

En cuanto a la aplicación práctica de sus conocimientos médicos, estaba limitada a la sangría y al empleo de purgantes salinos, y a los más vulgares de los procedimientos de los pocos cirujanos españoles que venían a América. La falta de éstos, y de elementos, los obligó a ejercer en un medio especial y hubieron de llenar el vacío de su preparación, y la ausencia de farmacopea, apelando a los habitantes primitivos que les enseñaron, a su modo, las características de sus males habituales y les revelaron su extraordinaria y variadísima materia médica natural.

Lo accidentado de su vidas, el punto de mira espiritual que todo lo absorbía, la falta de curiosidad científica, y acaso la escasez de tiempo para coordinar sus conocimientos, contribuyeron a que no nos dejaran de un modo sistematizado y en trabajos especiales, tan interesantes conocimientos, que sólo vislumbramos, al pasar, en sus obras apologéticas, con las que debemos conformarnos y aun estarles agradecidos, ya que son los únicos documentos que poseemos, para poder apreciar

los elementos médicos de que disponían entonces, en el centro de nuestro continente.

La figura más destacada y la primera en la literatura de aquella época primitiva es, la de Antonio Ruiz de Montoya; hemos referido ya su última actuación como misionero, sus notables condiciones como Superior en la época más difícil, en la época de las invasiones de los Mamelucos; como salvó con su decisión los pueblos en el éxodo de 1631, y como su acción diplomática posterior en la corte permitió la defensa de los pueblos consiguiendo armarlos con bocas de fuego.

Desde el punto de vista literario, el Vocabulario y el Arte Guaraní, escritos en 1613, son las primeras obras del idioma guaraní. Hemos recurrido a ellas para dar noticias del grado de conocimientos guaraníes en aquel entonces. Su "Conquista Espiritual" encuadrada en el carácter general que describimos, es su primera obra cronológicamente.

Ruiz de Montoya sin pretender escribir sobre cuestiones ajenas a las espirituales, toca de paso las cuestiones que nos interesan, y nos dejan sus descripciones fugaces la impresión de un caudal interesantísimo, que su talento y su experiencia logró acumular.

Desde el punto de vista de la Patología hemos visto que su léxico no era muy vasto. La viruela, el sarampión, la peste de cámaras, la lepra, las bubas, las paperas, como epidemología: las enfermedades parasitarias: la sarna, la tiña, las niguas, las lombrices, un escaso número de enfermedades: el asma, las parálisis, las ictericias, una abundante descripción de heridas y picaduras y en cuanto al resto, el empleo de los términos representando los síntomas.

Con todo encontramos en la conquista algunas originales descripciones relativas a temas médicos. Es interesantísima la demostración de la influencia sobre el organismo de un estado psíquico que hoy incluiríamos en el cuadro de la histeria: he aquí el caso:

"No sin gran fundamento, dicen los médicos que "imaginatio facit causam".

"Probóse esto en un indio, el cual con su mujer, estando descansando, en un camino, salieron de una cueva dos pesti-

lentes víboras que, rabiosas con la ponzoña, acometieron a los dos: matólas el indio bien turbado del repentino suceso. Llevóle la curiosidad a despedazar aquellos animales y prosiguió su camino, con aprensión tan vehemente, a aquellas ponzoñosas víboras, que estando, aquella siguiente noche, durmiendo, dió voces diciendo que las víboras lo mataban: despertó su mujer y hallóle sin pulso: acudióle un Padre, hallóle agonizando con la muerte, e informado del caso, le aplicó las medicinas ordinarias contra la ponzoña, como si de verdad estuviese emponzoñado. Volvió luego en sí, aunque le duró la enfermedad seis días, de que quedó muy flaco, como si hubiera padecido muy grave enfermedad, y como le confesó la aprensión que en sueños tuvo, de que las víboras lo mataban a picadas, le causó tal enfermedad." (1)

Respecto del abuso de la yerba Mate, nos pinta sucintamente el cuadro clínico, que vió en los yerbales, donde los indios buscaban para alimentarse sabandijas, sapos y culebras, en los cortos momentos que en su ruda faena les concedían y "como aún de éstas no hallaran, beben mucha de aquella yerba, de que se hinchan los pies, piernas y vientre, mostrándonos el rostro sólo los huesos y palidez de la muerte."

No abunda desgraciadamente en tan preciosas descripciones patológicas. Cuando nos habla de higiene, es al pasar, como en ocasión de llevar en 1620 una imagen a Loreto: como existiese en este pueblo viruela, impidió el acceso de San Ignacio para evitar la propagación.

A raíz de una de las tantas epidemias, algún tiempo después trasladó uno de los pueblos comarcanos a San Ignacio "por ser el más necesitado de mudanza".

Sobre terapéutica es algo más explícito. No escapa de creer en las cosas extraordinarias tan comunes en su época. Así nos dice que: las uñas del Anta son contraveneno, principalmente la uña del brazo izquierdo, que corresponde al corazón, de que el mismo animal enseñado de la naturaleza, tiene conocimiento y así en sintiéndose con accidentes mortales, se echa sobre el brazo izquierdo, aplicando aquella mano al co-

(1) RUIZ DE MONTOYA. — Conquista espiritual. Cap. L. II.

razón, y así se ha visto muchas veces por la experiencia; tiene en el buche bezaares contra la ponzoña. (1)

Usa a menudo la sangría y emplea el cauterio para heridas y hace capítulo de los antídotos contra la ponzoña de las víboras: "Usan muchos remedios y yerbas que ha dado allí la naturaleza. La piedra de San Pablo es muy probada, ajos majados, bebidos, la piedra bezaar y las yerbas: pero el más casero es el fuego, fogueando con un cuchillo ardiendo la parte lesa, polvoreada con azufre. Este remedio es conocido y acudiendo con tiempo, no peligran. La cabeza de la misma víbora majada y puesta sobre la picadura, mitiga el dolor y chupa la ponzoña. Los hígados de víbora comidos usan para remedio. (2)

Por el comienzo de este párrafo transcripto, vemos que era vasta su preparación como herbolario. De ella nos da señales cuando nos describe el Zargazo (3) las características de la planta y sus propiedades como remedio contra la disentería y como alimento.

Es el primero que refiere la historia del Macaguá Caá y las propiedades de esta yerba, terminando la leyenda del pájaro y la víbora así: De aquí tomamos el uso de esta yerba, para todo género de ponzoña, y aún hemos visto otro efecto bueno contra el dolor de cabeza, calenturas, ocupación de estómago y otras enfermedades. (4)

Se extiende en la historia y propiedades de la Yerba Mate: "sírveles de sustento, los alienta para el trabajo, púrgales el estómago de flemas, y despierta los sentidos, ahuyenta el sueño del que desea velar, sin embarazo de sueño y en esto parece a algunas que se asemeja, o es la misma yerba de la China llamada Cha, que quita el sueño y aún el nombre no desdice mucho, porque en la lengua de los naturales se llama Caa."

Refiere luego el abuso que de ellas hacían los españoles y sus consecuencias: "los españoles han hallado en ello reme-

(1) Ruiz de Montoya. — Cap. VII.
(2) Ruiz de Montoya. — Introducción III.
(3) Ya citado.
(4) Ya citado.

dio contra todos los males y dicen que es muy experimentado el remedio contra el mal de orina, a cuya causa la usan por aquellas partes sin orden ni medida", a consecuencia de lo cual "ha visto a algunos que por muchos días perdieran el juicio, harta falta de él es común de tantos, que en sólo minutos gastan cada año 300 libras". (1)

En el "Tesoro de la lengua Guaraní", encontramos datos no menos interesantes. Así, en la palabra *Popia,* diente de víbora o aguijón de avispas, trae las cosas que emponzoñan:

Ombopopia;	Emponzoña:
Aguaracà ó Caba	Abispa
Cahú	Abispa negra
Caba-yú	Abispa amarilla
Cañaró	Abispa bermeja
Eichú	Abeja negra
Cabichui	Abispa chica, negra
Cabecé	Pintadilla
Cabytá	Colorada
Cabi-pupê	Negra
Taturâ	Bermeja
Tapezuá	Abejillas negras
Mangangá	Abejón
Amanduá carú	Cardones
Yuquiratí	Otros Cardones
Yutiá	Espina
Yaguápindá	Otra espina

Dentro del mismo tema de las ponzoñas, encontramos en Mboi, Víbora, un esbozo de clasificación de estos ofidios, desde el punto de vista de su nocividad y la nomenclatura de un cierto número de ellas, distinguiéndolas por el tamaño y el color.

Mboi Aguaí ó Mboi chiní	Crótalus
Mboi ñacaniná	Que no mata
Mboi roy	Culebrón

(1) Id. — Introducción VII.

Curiyú	Boa constrictor
Mboi yarará	Que mata (Lachesis)
Mboi ñañucy	Que mata
Mboi quatiá	Que pica con la cola (Lachesis)
Mboi quyryryog	Grande que mata (L. Neuvedi)
Mboi tacandá	Que no mata
Mboi tubi	Cenicienta
Yarará	Que mata (Lachesis)
Mboi joby	Azul, que no mata
Mboinguai-apeti	Es lo mismo que Yarará, que mata
Mboi mburubichá	Chica, muy bellaca
Mboi pyta	Colorada, que mata
Mboi ybybobog	Que no mata
Mboi-uguay api	Chica, que mata

Completaremos esta clasificación de las víboras, según su tamaño, su color y su poder mortífero, la más primitiva y que por lo tanto podemos suponer completamente guaraní, con la descripción que nos hace Ruiz de Montoya de los efectos de las "que matan" entre las cuales no sabemos si estará incluída la Mboi-Mburubichá Mbopia, la chica muy bellaca. Dice así: "Hirió de muerte a un indio una ponzoñosa víbora, en un pie: cayó como muerto, destilando de los ojos, oídos, narices, boca y demás partes del cuerpo mucha sangre, como si en cada parte de éstas le hubiere lastimado". (1)

Por lo demás el resto de las sus clasificaciones naturalistas no le van en zaga a la de los animales ponzoñosos. Nos da el nombre de los animales mamíferos, aves y peces, con señales tales como el Pacú, pescado conocido; Mbiguá, cuerno de agua, Puturí, un pajarillo; Tapendí, ave chica de taperas; Mai mumby, pajarillo que pica la flor; Quererúa, especie de conejo y señas por lo común tan mortales como esas, siempre que no encuentra un equivalente aproximado a los animales europeos conocidos.

(1) Conquista espiritual LXVIII.

Algunas veces enumera las variedades de una especie como en el Guazú, Venado, donde nos cita el Abará, del monte, el Añurû, de pescuezo negro, el Ara, Oriza, el Tacuarembóquy-jhá o muy chica, el pyta, bermejo y grande, el Puzú, ciervo, el Teyá - Tará, camaleón y el Tí, del campo. Pero estas distinciones que hace en el venado y en la perdiz, no son las más comunes.

En los insectos el método no varía. Tenemos: Yzá, hormigas que se comen: Cambaratí, cigarrillas del campo que hacen ruído con las alillas et sic de coeteris.

En Botánica no son más extensos sus conocimientos: usa en su clasificación palmas, cañas, árboles, hortalizas, helechos, yerbas, hongos y como uno de los puntos más importantes es el alimenticio, encontramos con frecuencia las especies comestibles.

Entre los árboles encontramos: Amamdiyú, árbol de fruta amarilla; Araticú, idem; Yapazog, árbol espinoso; Mangai, árbol que da pelotas de nervios y Mamgaycy, la resina con que se hacen las pelotas: ñandú apyzai, árbol frutal; Guapoi, higuera loca; Tarí, árbol conocido (Tajiba); Tarumai, árbol con fruta parecida a la aceituna; Tatau, arbol moral; Tepeychali, árbol con que tiñen las calabazas, el Curiy, pino; Yaobebá, molle. En las *Palmas* nombra la Tucumbay, La Yuu, la Pindó, la Urucurú, la Caranday, la Cirí.

Helechos como el Amambai, el Chalí, arbolillo a modo de helecho cuyo corazón se come en caso de necesidad, el Amambai yucú, comestible también.

Hongos Abiracuí - hongos colorados, urupé.

Hortalizas: Caá apetai, berros: caá pé; Chicoria, Caárurú; verdolaga,Cumandá; frisoles. Coquerybá, frisoles así llamados porque se dan bien en las chacras muy antiguas dejadas; Añangapiry, frutilla; Tayao, coles de tierra, Cumbariagi, Curapepé, Calabazas; Yapurua, frutilla; Yerúa, Calabazas silvestres; Yety, batata; Abatí, maíz.

Yerbas: Aguapey, yerbas acuáticas; Amandacarú, cardones; Caá oby, añil; ñanbi, yerba picante, comestible; Pynó, hortigas; Cogos, yerba que se bebe; Aguaribaá molu, yerba conocida; Arachichú, yerba mora.

Raíces comestibles: Caguagua, como papas; Cará; Caroguagua; Cara humbó; Carangui: especie chica; Caratí, especie blanca; Carapipa, morada; Mbaguera Piog, Tara.

Cañas: Mbá, cañas bravas; Quaty, mandioca; Mandubí, maní.

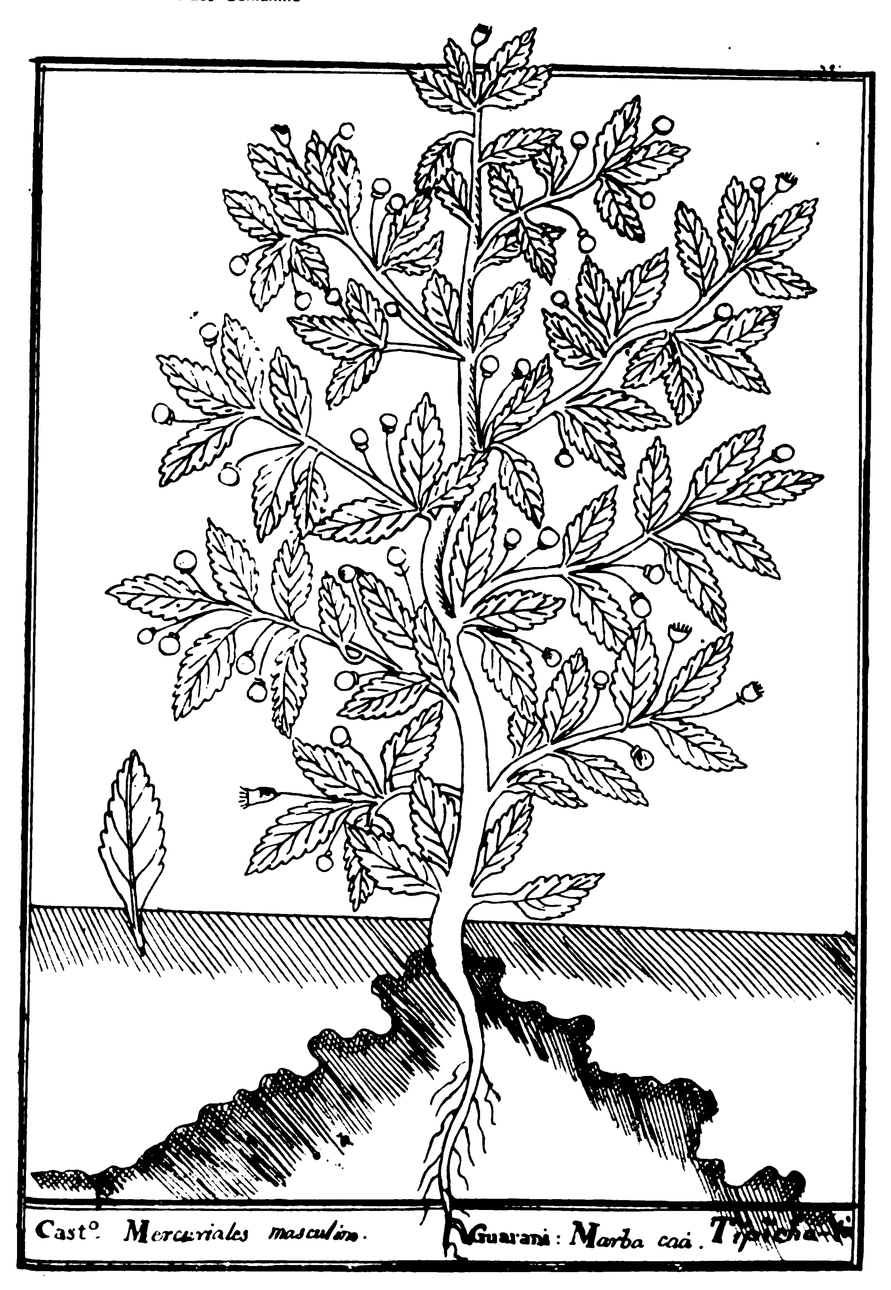
Plantas medicinales: Macaguá-caá, antivenenoso, contra las víboras; Mbotizui, contrayerba llamada chilca; Corobai; árbol medicinal; Curú-ybai, piñones purgantes; Corondú, árbol medicinal; Caá catú, yerba buena; Caá yuqui llanten; Yuá pecaí, zarzaparrilla; Yuquerí, Zarzamora; Yuqui ratí y ruzu, árbol de sal; Yutai, árbol de brea; Mengaici, árbol resinoso; Mbacucú, Jiquina, Yacaritií, semejante al Mbacucú, Mburucuyá, granadillas; Caraguatá, pino silvestre; Pacobá, plátano; Ybyrapetai, canela; Pety, tabaco; Typy chaguazú, malvas; Güembé, Guabirá y Arazá.

Sólo algunas de estas plantas las señala con sus propiedades medicinales, pero las hemos agrupado porque el equivalente español, en unas ya era conocido con esas propiedades como la Zarparrilla y la Zarzamora, las malvas, los árboles resinosos y otros como el Pety o Tabaco, el Güembé, el Arazá, gozaban en los indígenas de propiedades curativas desde épocas remotas.

Como se ve, la Botánica, no es ni muy extensa ni muy profunda, abarca sólo los escasos conocimientos vulgares de la época, y los que pudo obtener entre los indios, sin preocuparse mucho que se pudieran reconocer por las escasas reseñas que de ellas nos hace.

No les eran conocidos, ni los elementos usuales en su época, no ya las descripciones de Plinio y Teofrasto, sino aún los libros que trataban de las plantas de América, Oviedo, Monardes o Acosta: la publicación de Ximénez sobre la obra de Francisco Hernández, que vió la luz en Méjico en 1610. con seguridad no había llegado a sus manos, no de otro modo se puede explicar el que no se incluyan en su Diccionario, el Palo Santo, la raíz de China, cuyos equivalentes con la flora regional no hubiera tardado en reconocer. De la misma materia médica guaraní, es muy reducido el número de plantas que cita, lo que revela que su dedicación a esta clase de

Dr. Rafael Schiaffino



Mercuriales masculinos — Marbá Caá — Modiola prostata (Dibujo de Montenegro)

conocimientos no era muy profunda, siendo del todo secundaria en su activa vida de misionero, de lingüista y de escritor.

Debemos declarar que a pesar de ser así, hemos releído muchas veces su Arte y Tesoro con el más vivo interés, como una joya rara, llena de referencias de una época que tiene en ella sola su representación, bajo mil aspectos distintos, todos interesantes para el historiador que busque a través del Vocabulario, respirar algo del espíritu multiforme de la raza guaraní a principios del Siglo XVII, virgen aún a la conquista y a la civilización.

La instrucción del P. D. de Torres — Al hacer la relación de los pueblos de las Misiones, hemos citado las célebres Instrucciones del P. Diego de Torres Bollo, escritas en 1608, al ser nombrado primer provincial del Paraguay. Había sido antes Rector del Colegio de Quito y Cuzco, Procurador de la Compañía de España y Roma, terminando después de 58 años de Misionero en el Perú y Paraguay, sus días, a los 88 años en Chuquisaca en 1638.

El Padre Lozano en su Historia de la Compañía, hace una extensa y elogiosa biografía del P. Torres y estampa las Instrucciones a las que hemos hecho referencia. Su larga experiencia de Misionero y el conocimiento de las reducciones fundadas por los mismos jesuítas en el Norte, sirvieron de base al prudente jesuíta, para las sabias disposiciones higiénicas que recomienda para la fundación de los primeros pueblos, y que fueron la norma que guió la construcción de las 33 poblaciones misioneras con que contaba la compañía en su época de esplendor. No hemos de volver a su estudio crítico, señalando solamente en esta ocasión las Instrucciones como uno de los documentos higiénicos de mayor valor de la época primera de las reducciones jesuíticas.

Cincuenta años después de escrito el Arte y el Vocabulario de Montoya, escribió la vida de éste Francisco Jarque, nacido en 1609 en Orihuela, e ingresado a la Compañía en 1624; vino a las Misiones del Paraguay en 1627, donde contrayendo una enfermedad "de peligrosas consecuencias", dejó la ropa de jesuíta, conservando no obstante su carácter

sacerdotal y su afecto profundo a la Compañía. Murió en 1691 dejando varias obras, entre éstas: la "Vida prodigiosa del V. P. Antonio Ruiz de Montoya" editada en Zaragoza (1662) la "Vida del P. Cataldino (1664) y los "Insignes Misioneros" (1687).

La biografía de Montoya, está escrita en un estilo elegante y flúido. Sigue en general, las descripciones de la "Conquista Espiritual" de su biografiado, dándoles un colorido propio, como conocedor del medio en que había actuado aquél. Se resiente con todo del carácter apologético y del misticismo de que está lleno. Lo maravilloso surge a cada instante, ya son tres ángeles que se aparecen "vestidos de un rico y celestial ropaje, blanco como los ampos de nieve, lucidos como bruñida plata" con rostros "que parecían tres soles, con unas cabelleras como hebras de oro, derribadas sobre sus hombros"; ya son demonios que se entretenían en quebrar las campanas de la Iglesia; ya una doncella que había hecho pacto con el diablo, y estaba poseída; ya muertos que resucitaban para confesar un pecado, librándose una batalla entre el ángel del infierno y el arcángel San Miguel, que lograba arrancarle el alma para llevarla al cielo.

Pero fuera de su tendencia a lo sobrenatural, es explícito en lo que a las cosas terrenales se refiere. Señala dándole el diagnóstico a la gran epidemia de Viruela de 1620 y respecto a la enfermedad que atacó a Montoya y de la que murió el P. Urtazún las diagnostica como "Fiebres malignas", Por lo demás describe con fervor, cómo, el autor del Vocabulario, hacía de médico y de cirujano sangrando enfermos y suministrándoles las medicinas que su experiencia le había enseñado. Refiere el caso del Perejil marino en la célebre emigración de los pueblos y cómo gracias a él hallaron, no solamente sustento sino también medicina para las disenterías. "Crece media vara en alto cuando está en sazón, tiene el gusto sabroso por salado, cría muy buena sangre y aviva el más postrado apetito" nos dice repitiendo las palabras de Montoya, y cuenta como con él, y con la carne de vaca de que les proveyera el maestre de campo Manuel Cabral de Alpoin, repararon su hambre y enfermedades hasta que hicieron sus sementeras.

Respecto de Historia Natural, remite a las descripciones de la Conquista espiritual. Hace un aparte para contar los estragos que hacían los mosquitos en el salto Grande del Guayrá: "Entre ellos hay unos tan pequeños que apenas se divisan, y cuánto más invisibles son, tanto más dificultan la defensa y taladran la piel con más impiedad. Embóscanse en cabellos de barba y cabeza, y tienen tan maligna calidad, que donde pican dejan un ardor como de fuerte calentura: por eso los llaman los españoles Polvorín. Otros hay de mayor magnitud y piedad, pues solamente emboten de día y se retiran de noche, con que dejan dormir: y cuando hieren pintan de negro como el sarampión o la pólvora, el rostro y las manos.

Los que de noche acometen y comúnmente se llaman Zancudos, causan tanta inquietud y desvelo con la trompeta con que publican guerra, como dolor con el aguijón con que lo hacen."

Mucho se pudiera aquí decir, prosigue, si se hiciera la descripción de estos países: señala varias especies de animales ponzoñosos: víboras espantosas, serpientes disformes tan grandes como vigas; calidad y malicia de sus mortales venenos: medicinas y contravenenos que allí mismo proveyó el Creador; muchedumbre de ferocísimos tigres, osos, leones, etc., de todo lo cual hallará el curioso más entera noticia en la Conquista Espiritual.

Sus otras obras, en el mismo estilo, están llenas de interesantes referencias a la época, siendo de sentir que muchos de sus pasajes se desconozcan, dada la rareza extremada de ejemplares, de las dos últimas, ya que la Vida de Montoya ha sido reeditada recientemente. En los capítulos referentes a los indígenas y en los de los Enfermeros y Médicos Jesuitas, así como en las costumbres de los Güenoas, hemos tenido ocasión de hacer referencia a pasajes del mayor interés tomados de los Insignes Misioneros.

Nicolás Del Techo: El P. Nicolás du Toict, nacido en Lille en 1611, profesó en la Compañía en 1630, siendo embarcado para el Paraguay en 1649, en donde permaneció hasta su muerte 1680, llegando a ser Provincial en esas regiones.



Su historia abarca hasta el año 1645 y quedó inconclusa pues no nos habla al terminar de algunos eminentes varones, en ese volumen, por no desflorar la materia del siguiente.

Su obra fué escrita. por consejo de los P. P. Díaz Taño y Diego de Boroa y fué publicada en Lieja en 1673. Sobre el mismo tema hay dos obras manuscritas en la Biblioteca de Madrid, una con fecha 1651; es, pues, de suponer que la fecha de composición de su historia se adelanta algunos años al de su publicación en 1673.

El objeto de su obra es la apología de la obra de la Compañía y de sus varones ilustres en el Paraguay, pero no deja de referir los acontecimientos políticos que se produjeron en la época, siguiendo los archivos de la Compañía, lo que da a su obra el carácter de anales, lo que si bien obliga a saltar con demasiada frecuencia de unos pueblos a otros bien distantes, en cambio facilita la precisión de las fechas en que tienen lugar los sucesos.

Describe Del Techo, en forma concisa, por lo general, el carácter de la región en que han de actuar los Misioneros, su configuración geográfica, pasando muy por encima, por las particularidades de su fauna y de su flora. Luego expone las características de la raza que las puebla, sus usos y costumbres, en descripciones breves, e interesantes como las que se refieren a Guaicurúes, Abipones, Cayguaes, Guaraníes, Mamelucos, Tapes, Itatines, Omaguas, etc., etc. Se extiende en la narración de las supersticiones de los pueblos de que trata, y a su vez describe con la mayor candidez las cosas más extravagantes y pueriles.

Con todo su obra, así como la del P. Pastor sirvieron de base al P. Lozano para escribir la suya, y está llena de datos interesantes, que hacen resistir la pesadez y monotonía de su estilo.

Desde nuestro punto de vista médico, nos ha servido de mucho en la Epidemología de la época. Describe una por una las epidemias de los pueblos que catequizaban los jesuítas, y los méritos de éstos, con el mismo celo con que "los historiadores profanos mencionan los enemigos muertos en la batalla, las naves apresadas o echadas a pique, los prisioneros

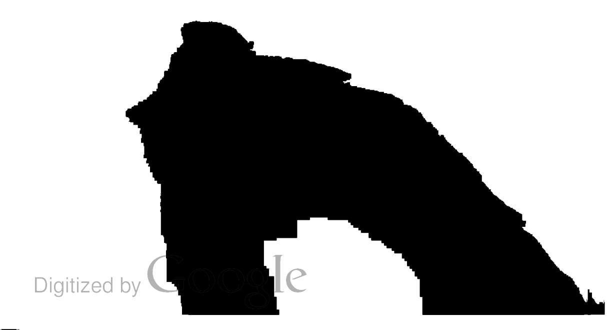
cogidos, las fortalezas arrasadas y el botín de la guerra, juzgando que de ésto debe tener noticia la posteridad.'' (1)

Nos da así la fecha en que se produjeron los flagelos, las regiones en que actuaron, la intensidad del mal y su extensión, abundando a veces en el número de los atacados, y en el de los fallecidos. Pero ni una sola vez y en ninguna ocasión hace la más mínima referencia o la naturaleza del mal, indisculpable omisión, ya que Jarque, que escribiera antes que él, señala el diagnóstico y que Montoya hace referencias a la Viruela y al Sarampión. Por otra parte, Lozano, con los mismos archivos de la Compañía, escribiendo mucho después precisa admirablemente y comenta juiciosamente la naturaleza, sintomatología y aún las teorías corrientes respecto de alguna de ellas.

Muy pobre es en sus diseños botánicos, y respecto de yerbas medicinales casi no hace mención alguna. Por excepción, al hablar de los Itatines nos refiere, que con la goma de ciertos árboles, hacían pelotas que eran buscadas por los jugadores de ambos mundos y que ''esas pelotas tostadas servían para curar la disentería''. Ese árbol, era el Mangai, que como hemos visto, ya señalaba Montoya, en su Tesoro, muchos años antes. Nos habla de la Yerba Macaguá como antídoto contra las víboras, siguiendo también la descripción de Montoya en el combate entre el pájaro y el ofidio, nos habla del Granadillo, que ostenta en los pétalos los instrumentos de la pasión y cuyo fruto es dulcísimo (Mburucuyá), del Güembé, cuya fruta de forma oblonga, aseméjase mucho a la Granada, en cuanto al sabor de sus granos y que masticadas las pepitas de éstos, producen dolor de encías. Los dátiles, no tan suaves como los africanos, con lo que se fabrica vino y la médula de las palmeras que hace las veces de pan. (Descripción del Guayra).

Por estos datos podemos ver que no había adelantado mucho en conocimientos botánicos, cincuenta años por lo menos después que escribiera Montoya, sin agregar ningún dato

(1) Dobrizhoffer. — Cap. XXXIV, Libro I.



nuevo al respecto; y aún omitiendo los nombres guaraníes que aquél señala como en casos del Mburucuyá y del Mangai.

Con todo, la historia de Del Techo, nos ha provisto de un material interesantísimo en epidemología y no carece, magüer su estilo infantil, de un método positivo, teniendo en cuenta la época en que fué escrita.

CAPÍTULO XXVIII

Los Herboristas

SUMARIO: El Siglo XVIII. Médicos y Botánicos: — Montenegro y su materia médica. — Seguismundo Asperger. Discípulo y propagandista. — Juicios de Azara, Demersay, De Moussy, Larrañaga y Arata. — Análisis de la obra de Asperger. — Ventura suárez. Astrónomo y Botánico. El índice alfabético histórico-médico.

Así como Ruiz de Montoya, representa en el siglo anterior la suma de los conocimientos corrientes del elemento popular, en el siglo XVIII, Montenegro es la figura que domina en la transformación que había sufrido el ambiente de las reducciones. Médico, antes de ser jesuíta, había actuado en los hospitales de Madrid y fué dedicado a su oficio en las florecientes Misiones; ya había cesado la conquista por la cruz, y los padres dedicaban sus actividades a la organización social en aquel género especial de comunidades. La especialización de las funciones permitía ya la dedicación al estudio sin que los menesteres espirituales absorbieran todas las actividades.

Montenegro, inclinado desde niño a conocer y saber la virtud de las plantas y a curarse con ellas así como a sus prójimos "pudo en el vasto y virgen ambiente que se le ofrecía" desplegar sus aficiones y aptitudes en su estudio favorito. Constreñido por ellas, "entraba en los bosques", trepaba por "sierras muy encumbradas y de no pequeños peligros, atropellando incomodidades y trabajos, helándose muchas veces de frío y otras de calor", dándolo todo por muy bien empleado.

Agregábase a su afición decidida, la apremiante necesidad de valerse de los recursos de la naturaleza, en una época en que la escasez de médicos y boticarios llegaba al punto "de

no haber encontrado en veinte y un años, más que un solo cirujano en estas tierras de América'' y en la que se veía obligado a hacer de ''autor de Botica'' confeccionando los remedios con las yerbas que tenía a mano.

Esa penuria propia de la época, lo llevó a dejar escrita la suma de sus conocimientos, movido ''más que por la ambición de autor de un libro, por la de la caridad de hacer bien a sus hermanos''.

Dió a su obra un título de ''Libro Primero y Segundo de la propiedad y virtudes de los árboles y plantas de las Misiones y provincia de Tucumán, con algunas de Brasil y Oriente'' señalándola con la fecha de 1710 y acompañándola con los dibujos de las plantas de que trataba.

De esta obra se encuentra un ejemplar en la Biblioteca del Duque de Osuma; existe una copia con grabados, muy bien conservada, en la Biblioteca Pública de Buenos Aires, la que por carecer del título, fué bautizada por Trelles, con el de ''Materia Médica Misionera''.

De este ejemplar hemos tomado nuestros apuntes. Trelles lo publicó, sin los grabados, en los tomos I y II de la Revista Patriótica del Pasado Argentino.

Montenegro en su obra, sigue la escuela española tal como se hallaba en su época. Sus maestros están representados por la trilogía Clásica de Dioscorides, Mathiolo y Laguna; al viejo botánico griego, unía a su comentador Andrés Mathiolo de Siena (1500 - 1577) y para cerrar el triángulo al español Andrés Laguna, contemporáneo de aquél y traductor y comentador de Aristóteles y de Dioscorides, a su vez.

Plinio ocupa un sitio de honor en su libro y a Theofastro y a Pablo Egineta, los conocía a través de la gran obra de recopilación del ''francés'' Gaspar de Bauhín, obra en la que el minucioso botánico de Basilea y anatomista, que dió su nombre a la válvula ileocoecal, había empleado 40 años: ''Pinax theatri botánica''.

De los escritores que se ocuparon de la botánica médica americana, conocía a Huerta, que así llamaban entonces a García de Orta, el portugués que de los primeros escribiera sobre ella, a Nicolás Monardes, la autoridad más alta en esa época



El árbol del anime - Himene Stilbocarpe *Dibujo de Montenegro)*

y a Cristóbal Acosta; y entre los americanos a Antonio León Pinelo, peruano que escribió en 1631 una Historia Natural de las Indias Occidentales, y a Agustín Farfán, fraile agustino de la Nueva España y doctor en Medicina, autor de un tratado de Medicina publicada en Méjico en 1610.

Fuera de ellos cita al pasar a los portugueses Francisco Moratorio y Ribeiro, a los españoles Herrera el cronista, y Andrés Alcazar, cirujano distinguido a fines del siglo XVI; a Ascencio de Montpellier, al italiano Pablo Zaecchia, a Catrera, Jude, Bigo y algún otro.

Sorprende no hallar en su bibliografía, ni encontrar citada en su obra, la de Francisco Hernández, de la que resumida por Zecchi, había publicado en Méjico, en 1615, un nuevo compendio Fray Francisco Ximénes, del que ya demos hecho en su lugar justa referencia, ni al P. José Acosta, al Plinio del Nuevo Mundo, ni a Fernández de Oviedo.

Al llegar al final de su obra, nos dice que llegaron a sus manos las de Guillermo Pisón y Jacobo Bonti que escribieron en el Brasil, de las cuales ha traducido y trasladado algunas, "las que reconoce de mayores virtudes y que por acá se pueden hallar, por ser semejantes éstas a las del Brasil, de las cuales ha descubierto ya algunas, a las cuales pone con su nombre en Tupí y Guaraní, asimismo las virtudes que dichos autores recetan de ellas, que sin duda serán ciertas, para que, si con el tiempo se descubrieran, sepan usar de ellas".

Cita en efecto, a Pisón y a Bonti en los capítulos que trata del Cacao, del Pimiento, del Clavo, del Ysypó Morotí, de los Tamarindos, de la Raíz de la China, de la Galanga, del Yaguarundí, del Urucú y de la Copaiba, tomando copia de muchos de sus grabados.

Trae como éstos las propiedades de la Ipecacuana, el Ysypó morotí y las de Jaborandi; en el Yaguarandí, cuyo conocimiento había obtenido de las relaciones indias, como aquéllos, los cita pero refiriéndose a sus propiedades lo mismo que ellos, declara haberlas conocido por referencias de los naturales.

Tal es la escuela de Montenegro: La vieja botánica de Dioscorides, comentada por los escritores del siglo XVI, el

italiano Mathiolo y el español Laguna. La escuela de los productos de América de García de Orta, de Monardes y de Herrera, Cristóbal de Acosta, la de los que escribieron desde América León Pinedo y Farfán; desconociendo a Ximénes y alcanzando a última hora la gran obra de Pisón y Marcgrave y la de Jacobo Bonti, de cuyo maduro estudio tanto bueno hubiera podido cosechar.

Fuera de esos conocimientos, que podríamos llamar clásicos, recoge Montenegro, las reseñas de los Curuzuyaras, la experiencia de sus compañeros de misión, las enseñanzas de las reducciones de otros países, traídas por el intercambio de misioneros. El Indio Clemente le enseñó las propiedades del Caápari-mirí, o batatilla de don Antonio y las del Ybyrá Yacaparú o Altocigo; un indio tupí, escapado de San Gabriel le da a conocer el Macaguá Ysypó o Palo de Culebras, un médico de los Güenoas las del Ibotiyú, o Virga aurea; cierto indio viejo, el más expedito que halló en las misiones las del Yacaré caá; un indio práctico las de Caá-ruguai-guazú; varios indios muy capaces las de la Ipecacuana o Ysypó Morotí. De las tradiciones indias recoge las propiedades del Macaguá Caá, o Yerba del Charrúa, ya relatadas por Montoya, las de la Yerba del Colmillo de la Víbora o Mboy Caá, las del Güembé, del Arazá, del Toro caá, o Meliloto: De las relaciones traídas de las regiones vecinas obtiene la Correguela o purga criolla de Santiago y Tucumán, la Canchalagua de Chile; la Yerba de la Víbora de Tarija, la contrayerba del Perú, que busca y obtiene en la rica flora de las Misiones.

De todos esos elementos Montenegro reconoce, describe, y dibuja las especies, refiriendo honestamente, aquellas en las que no tiene experiencia personal; en cambio enriquece las descripciones con los valiosos datos obtenidos en su práctica profesional, o en si mismo, como al tratar de las epidemias del sitio de la Colonia, curadas con el Arazá o Guayaba, o la de su afección pulmonar radicalmente extirpada con el uso de la Algarrobilla o Guayacán (Ybyrá ehé); a veces son estas un poco inverosímiles como aquel indio a quien pasó por encima una rueda de carreta con 170 arrobas, deshaciéndole cuantos huesos tenía en el pecho y que sanó en un mes con un cocimiento de Mboy Caá.



La descripción de las plantas en su obra, nc obedece a método ninguno, no ya botánico, pues no trata de agruparlas por familias, o unirlas por sus semejanzas, cosa que no era dado esperar en esa época, en que aun no existía una clasificación racional, sino ni siquiera por las propiedades medicinales de ellas. Así hace el efecto su obra de que hubiera sido la agrupación de notas, escritas sobre cada planta y agrupadas al azar.

Es sumamente cuidadoso en el nombre de las variedades, citando las desinencias de los clásicos, la acepción española corriente, siempre la Guaraní y a veces la Tupí.

En cada capítulo da las variedades de las especies, con las diferentes acepciones en guaraní y las características de sus diferencias.

Conocidas las clases, hace la descripción de la planta, en su tamaño, carácter de sus hojas, flores y frutos; señala con frecuencia la variación del tipo americano al descrito en los autores clásicos o a las existentes en España y finaliza con las propiedades medicinales o Virtudes, que separa en paragrafos, enumerando las que le conceden los autores, las que les refieren los indios y las que ha obtenido en su larga experiencia de misionero.

Vista en conjunto la obra de Montenegro, no es posible juzgarla sino dentro de la época, en el estado de la ciencia española de aquel entonces, relacionándola con las que le precedieron, y con las que le siguieron en estas regiones. Hemos visto ya la influencia que tuvieron en ellas los clásicos como Dioscorides, a traves de Mathiolo y Laguna, despues la obra de Monardes, y finalmente las obras de Pisón y Bontius; hicimos notar como no llegó a él la obra monumental de Francisco Hernández, ni aún a través de Fray Ximénez, a pesar de las referencias que hace Pisón a cada rato en esa obra; pues bien, con todo, relacionándola con las de sus predecesores la obra de Montenegro no desmerece; es un trabajo paciente y concienzudo de reconocimiento de las especies, de trabajadora búsqueda de sinonimias, de minuciosa descripción, y de honesta aplicación terapéutica.

Pero si no desmerece su obra en comparación con la de

los maestros, adquiere una importancia extraordinaria, si la comparamos con las que la siguieron en estudios semejantes; 58 años después de publicada su obra, permanecieron aún los jesuítas en las Misiones y muchos años después publicaban aún los misioneros los frutos recogidos en su estada, y bien: en todo lo pertinente a plantas medicinales ninguna otra se lo alcanza, Montenegro es el maestro, y se siente en todos las influencias decisivas de su superioridad.

Más aún, han pasado ya dos siglos largos de realizada su obra; con ellos el progreso extraordinario de las ciencias ha penetrado en estas regiones; la civilización ha llevado los conocimientos al alcance de todos; ciudades y pueblos han llenado los campos por donde los indios vagaban; y si en todas las manifestaciones de la actividad, las nuevas repúblicas han señalado sus progresos, quedan aún las proposiciones de Montenegro esperando que los sabios busquen en los laboratorios el juicio crítico de las premisas sentadas por el empirismo de los Misioneros. Algunos trabajos aislados se han esbozado en ese sentido y acaso la escasa publicidad de su obra haya impedido que los estudiosos se dirijan por ese camino lleno de incógnitas interesantes para despejar.

Fuera del objeto primordial de la obra, su lectura nos da una idea de la patología guaraní. No son descripciones clínicas, sino reseñas hechas al pasar de las afecciones corrientes. La multiplicidad de elementos destinados a combatir determinados estados, nos puede servir de índice para juzgar la frecuencia y multiplicidad de éstos. Así entre las aplicaciones más corrientes de las yerbas medicinales encontramos las siguientes:

Antivenenosas. — Representadas por unas 30 plantas entre las cuales: la Acetosa, Palo Culebras o Ysypó Morotí o Yerba de la Víbora del Charrúa o Macaguá Caá, Canchalagua, Contrayerba del Perú, Taropé, Yacaré Caá, Calaminta menor, Mboy Caá, Aristoloquia, Yaguarundí, Henula Campana, etc., etc.

Antihelminticos. — Jengibre silvestre, Carachí, Leche tres, Yerba Santa, Ajenjo, Sandia rogüé mirí, Artemisa,

Virga aurea, Pino Americano, Altosigo, Almasiga verde, Verdolaga, etc., etc.

Antidiarreicas. — Guayacán, Arrayan, Arazá, Achicoria, Esquinanto, Llanten, Achiote, Guabirá, Lapacho, Nuez índica, Caraguatá, Acetosa mayor, Paraíso, Ninfea, Quirocilla, Siempre viva, Verbena, Tamarindos, Don Antonio, Pacobá.

Hemostáticos. — Rosa mosqueta, Mburucuyá, Yerba Santa Lucía, Molles, Aguaraibá, Sangre de Drago, Caaberá.

Calculosis. — Gumí elemí, Salsafras, Cañafistola, Algarrobo, Caraguatá, Bledos blancos, Laurel, Raíz de la China, Mercuriales masculinos.

Antisifilíticos. — Copal, Guayacán, Mburucuyá, Correguela, Aristoloquia, Lapacho, Higuera del Infierno, Raíz de la China, Henula Campana.

Diuréticos. — Salsafras, Esquinanto, Quirocilla, Artemisa, Agrimonia, Virga aurea, Mamonas, Virreyna, Calamita.

Ennemagogos. — Carachí, Sandia rogüé, Sangre de Drago, Poleo, Caambé.

Partos. — Mastuerzo, Contrayerba, Aristoloquia, Batatilla, de Don Antonio, Dictamo blanco, Henula Campana, Tabaco o petî.

Abortivos. — Carachí o Lepidio, Calamita o Caasí.

Anti Tuberculosis. — Guayacán o Algarrobo, Ybyrá Mangará, Lapacho, Hisopo mayor.

Expectorantes. — Regalicia, Sandía, Henula o Caáimbé, Mangará, Copaiba.

Estomacales. — Arrayan, Ajenjo, Gengibre, Galanga, Menta, Acetosa.

Anti-Reumáticos. — Gumí elemí, Ybyrá isí, Mburucuyá, Yerba murta, Molle negro, Payco, Güembé, Virreyna, Poleo.

Purgantes. — Yerba Ibirá Caá, Cañafistola, Algarrobo, Correguela, Rosa mosqueta, Mastuerzo, Canchalagua, Calamita, Leche tres o Jalapa, Yerba Santa, Ajenjo pontico, Tamarindos, Higuera infierno, Mechoacan, Gengibre Americano, Escabiosa, Henula campana.

Sudoríficos. — Caaimbé Morotí, Arbol del animé, Guyacán colorado, Calamita mayor, Virreyna, Yaguarundí, Raíz de la China.

Sarampión y Viruela. — Contrayerba, Gengibre. Canchalagua, Achiote, Calamita, Tamarindos, Eupatorio, Taperiba Caá, Asaro menor, Hiedra india. Yaguarundí.

Heridas y llagas. — Copal, Anguai, Ninfea, Aguapé, Llantén, Duraznillo, Aristoloquia, Verbena, Eupatorio, Guayacán, Tabaco Pino mirí, etc., etc.

Afrodisiacas. — Galanga, Henula, Gengibre, Mosca Güembé.

Hemorroides. — Pino Americano, Poleo.

Reconstituyentes. — Mangará, Acetosa menor.

Fracturas, Contusiones. — Arbol de la Yerba, Arrayán, Gumi elemi, Guabiyú, Algarrobo, Molle, Sándalo colorado, Almáciga verde, Chilca blanca, Consuelda mayor, etc., etc.

ASPERGER

La obra de Montenegro fué popularizada por Seguismundo Asperger, contemporáneo de aquél y que le sobrevivió muriendo algunos años después de la expulsión de los jesuítas. Y cosa curiosa, mientras el nombre de Montenegro permanecía en el olvido, el de Asperger alcanzó en su tiempo y ha llegado hasta nosotros con una aureola de popularidad prestada por aquél.

Esa popularidad es debida a los escritores que llegaron después de la expulsión de los jesuítas. Hemos visto el alto concepto en que tenía el P. Lozano la obra de Montenegro y refiriéndose a una obra inédita de Sánchez Labrador "El Paraguay Ilustrado" dice el P. Diosdado: "en la segunda parte trata copiosamente de la Botánica del Paraguay. Alaba a Pedro Montenegro, coadyutor temporal de la Provincia del Paraguay, que dejó una obra manuscrita en español sobre las plantas del Paraguay útiles para curar las enfermedades. (1)

Pero después de la expulsión de la Compañía a la que sobrevivió el Padre Asperger, continuador de la Obra de Montenegro el nombre de aquél se fué olvidando y toda la labor del Hermano fué atribuída al Padre Seguismundo.

(1) Prólogo de la obra de Sánchez Labrador, pág. 8.

El primero que introduce la confusión es el mismo Azara a quien tantos escritores siguieron después, sin beneficio de inventario. Así, nos cuenta que al llegar, en uno de sus viajes al pueblo de Apóstoles, le mostraron los árboles del Aguaraibai, "de cuyas hojas se hace el bálsamo de ese nombre que dicen ser muy bueno para heridas y para todo lo que los demás bálsamos"; y después de relatar sus buenas cualidades y el modo de prepararlo agrega:

"Lo descubrió e hizo la primera vez el "Padre Jesuíta Segismundo Asperger, Cura de Apóstoles, donde murió después de la expulsión, que no le comprendió por tener cien años. Fué húngaro y se dió especialmente a la Medicina y Botánica en cuyas Facultades pasó en estos países por sapientísimo, y su recetas y aforismos y sentencias que dejó escritas, según dicen, que nos la he podido ver, tienen más crédito que las de Hipócrates y Diocorides: pero como aquí nada se entiende de ésto podría ser que la fama no tuviese mayor fundamento." (1)

En otra de sus obras el mismo Azara hace otra referencia al mismo bálsamo: "Se le llama ordinariamente Cúralo-todo, porque para todo se le encuentra bueno" y después de describir sus virtudes agrega "Se debe el descubrimiento al Jesuíta Segismundo Asperger, médico de Hungría, que ejerció esta profesión y la de Botánico en el Paraguay, en las Misiones durante 40 años, y murió después de la expulsión de la Compañía, a la edad de 112 años. Después de haber he cho sobre los indios todos los ensayos que quiso, dejó un resumen manuscrito de recetas en que no empleaba más que las yerbas del país. Algunos curanderos del Paraguay conservan copias, y si se estudiaran se encontrarían probablemente algunos específicos nuevos. (2)

Refiriéndose a las plantas medicinales de las Misiones, dice Demersay: "En el Paraguay, las observaciones de los Jesuítas fueron recogidos por el P. Asperger, médico húngaro, de la misma Compañía, el que las consignó al mismo tiempo

(1) Viajes inéditos (1873), prólogo de Mitre, pág. 186.
(2) Viajes por la América Meridional, Cap. V.

que los resultados de su práctica en un libro escrito a mediados del siglo pasado. Esta obra ha quedado manuscrita; pero existen algunas copias en manos de los curanderos, que deben, sin duda, a esta recopilación de recetas las prescripciones de que he hablado. Asperger formó discípulos y tuvo imitadores, pues he podido consultar en casa de Dn. Pedro Ferré, en el Paso del Uruguay, un tratado sobre las plantas, sus virtudes medicinales, etc., escrito en 1750, por el P. Pedro Montenegro, que parece haber ejercido, también, la medicina entre los indios. Eliminando de este compendio lo que las observaciones del autor tienen de maravillosas algunas veces, y ciertas inducciones que el espíritu filosófico de la ciencia moderna no podría admitir, se podría encontrar en él las bases de un trabajo sobre la médica indígena, análogo al que el sabio Dr. Martius ha publicado sobre las plantas del Brasil."

En una nota da además una idea del plan de la obra, a lo que añade: "Se cita también una obra guaraní sobre el mismo tema del Padre Segismondi, de la cual existen raras copias preciosamente conservadas por los hombres de arte en el país". (1)

Repite después, seguramente tomado de Azara lo del bálsano de los Jesuítas, diciendo que fué Asperger el primero que dió a conocer sus propiedades.

No se pueden decir más inexactitudes en menos líneas. Supone a Montenegro discípulo de Asperger, habiendo llegado éste a América 7 años después de escrita la obra de aquél. Supone a Montenegro actuando en 1750, cuando murió en el 28. Toma la obra de uno por la del otro, y como si fuera poco declara que además hay otra obra del P. Segismondi, confundiendo la misma de Asperger, que figura corrientemente con el nombre de padre Segismundo, como la publica "El Telégrafo Mercantil". Respecto de la invención del bálsamo, ya hemos dicho que es probable que su uso datara del Siglo XVII, antes de Montenegro mismo.

Martín de Moussay, que vió en Ytaquí uno de los manus-

(1) Demersay. — Tomo II, pág. 134.

critos de Asperger dice: "que en medio de una porción de propiedades equívocas o erróneas que él atribuye a las plantas que le llevaban o le indicaban los guaraníes de las Misiones, se encuentran, sin embargo, algunas muy reales y que podrían prestar verdadero servicio en el arte de curar."

El juicio de De Moussy es, pues, aplicable a Montenegro cuya obra al parecer no conocía, no pudiendo establecer las diferencias entre una y otra.

Bompland que no se dedicó seguramente a comparar la obra de ambos las confunde en un solo juicio "como dos guías útiles para el estudio de las plantas de estos países".

Larrañaga, nuestro sabio naturalista, escribía en 1808 a Segurola: "Cuando yo tenga buen conducto te remitiré a tu Asperger, que como te he dicho, más es un curandero que botánico, y yo no pienso serlo, sino cuando sea viejo y esté lleno de achaques. Para entonces dejo también la Astronomía con mi telescopio, y mis globos; los viejos son muy cabilosos y así es la edad más propia para los cálculos profundos. Ahora se me van los ojos tras de las hermosas flores, los matizados pájaros, las pintadas serpientes, y los esmaltados insectos y peces y sobre la sorprendente y armoniosa fábrica de los mamales entre los cuales sobresale el hombre." (1)

El juicio de Larrañaga, con su gran parte de verdad, es injusto. Más que a Asperger, toca a Montenegro, cuya obra copió aquél. Y bien: Larrañaga olvidaba o ignoraba esta circunstancia y que habían pasado cien años que la obra de Montenegro había sido escrita, cuando dirigía sus líneas a Segurola, en las que envolvía en el mismo desdén a la obra de los jesuítas y a la ciencia astronómica dejándola para su vejez, ¡triste destino el de su ancianidad ciega, que había reservado nada menos que para contemplar los astros!

Parodi en su notable obra sobre las Plantas Usuales del Paraguay (2) coincide con el juicio de Larrañaga, "Limitándonos a la Botánica, dice, los únicos documentos que se po-

(1) Revista del Instituto Histórico Geográfico del Uruguay, 1921.

(2) Notas sobre algunas plantas usuales del Paraguay, Corrientes y Misiones por Domingo Parodi, publicadas en los Anales de la Sociedad Científica Argentina, (1877).

33.



seen se reducen a los manuscritos de los jesuítas Montenegro y Segismundo, ambos curanderos herboristas, más bien que botánicos. Éstos guiados por la semejanza en el aspecto de las plantas, o por las virtudes medicinales que poseían, aplicaron nombres de yerbas europeas, a especies que pertenecen a géneros y familias totalmente diferentes, de manera que, en cuanto a la clasificación, sus escritos no tienen valor alguno, pues inducirían en error al que por ellos se guiara.

El mismo Parodi se encarga de corregir la exageración de su juicio al tratar de la yerba mate, demostrando al mismo tiempo su poco conocimiento de la obra de Montenegro. Transcribe, en efecto, textualmente la descripción que hace de la Yerba mate, y sus virtudes, el Padre Segismundo, creyendo que no carece de interés y que de ella puede recabarse algunas indicaciones útiles. Y bien, la descripción de la Yerba mate es la copia textual de Montenegro, prueba de que no se detuvo en la obra de Montenegro o no la leyó.

Así, pues, su juicio sobre esa descripción corresponde en absoluto al hermano Pedro, dice así: "Si he transcripto toda esta descripción de las propiedades de la yerba, es porque se notan en ella con extrema exactitud los efectos fisiológicos del mate, habiéndose alcanzado a conocer por medio de la observación práctica lo que hoy podemos confirmar por el análisis químico. Con efecto *la teína* y *el ácido cafstánico* (o tanino de la yerba, de Arata) que son los principios dominantes que contiene la yerba, producen sobre el sistema nervioso y sobre el organismo en general, las modificaciones fisiológicas que indica en su *peculiar lenguaje el P. Segismundo*".

La obra que corre con el nombre de Asperger ha permanecido inédita conservándose en copias manuscritas en manos de los aficionados.

El Telégrafo Mercantil 1801 - 2, publicó algunos de sus capítulos con el nombre del Padre Segismundo, ex - jesuíta, entre ellos "Las virtudes de la yerba del Paraguay (Tomo III). Nuez Moscada (Tomo III). Sangre de Drago (12-IV). Algarrobo blanco Ybopé (2 - IV) etc. Y bien, comparando esas

publicaciones con las de Montenegro se ve a primera vista que están copiadas literalmente de la obra del Hermano, si bien se ha suprimido alguna que otra parte del original.

Arata que poseía un manuscrito, según él, auténtico de Asperger decía a su respecto: "Las descripciones son idénticas y aún casi literalmente copiadas en su inmensa mayoría, de las escritas por el Hermano Montenegro" Arata dice que ese manuscrito contenía la descripción de 13 plantas.

Nosotros, gracias a la gentileza de nuestro distinguido amigo el Dr. Luis E. Mignone, del Paraguay, hemos podido estudiar una copia del manuscrito del P. Segismundo y confrontarla con la obra del Hno. Montenegro.

La titulada obra de Asperger no es más que una traslación literal de la de Montenegro, pero no completa. En cada una de las descripciones se ha suprimido sistemáticamente, los detalles capaces de establecer la diferenciación de las plantas y una parte de las variedades, dejando sólo todo lo que respecta a los usos medicinales. Así, en ese sentido puede considerarse como un simple extracto de la obra de aquél, que parece destinado al uso de los curanderos.

Pero por otra parte se observan algunas otras diferencias: observando con más cuidado: éstas son las que se refieren a los nombres de las plantas en guaraní que no están en un todo de acuerdo con los que pone el modelo y agrega, igualmente alguna que otra nueva desinencia popular, como destinada a su mejor reconocimiento.

Además la obra va acompañada al final de un índice en que se compendian las propiedades de cada una de las plantas de que trata, si bien muy extractadas, de la obra primitiva y en la que se han suprimido muchas de las propiedades que les señala en el mismo texto el propio autor.

Finalmente no conserva el orden de la obra de Montenegro, estando mezcladas todas las descripciones de aquél.

Como un detalle del modo como está copiado literalmente, daremos una muestra que tomamos del capítulo referente al Guayacán en el que refiere cómo el autor se curó radicalmente de su afección pulmonar con su uso. Referencia transcripta de Montenegro, y a la que no se le ha cambiado ni siquie-

ra la primera persona del verbo en que está escrita, de donde pudiera parecer que el que se curó con el Guayacán hubiera sido Asperger y no Montenegro; del mismo modo todos los detalles de la experiencia personal de Montenegro están transcritos.

Así, pues, de toda la leyenda de Asperger, como autor, sólo queda en pie, que reprodujo, acortándola, la obra de Montenegro, limitándose a cambiar algunos títulos, alterándole la desinencia guaraní, o agregándole alguno de los tantos nombres populares, con que en su época se conocían y a los que hemos hecho referencia al tratar del Herbario Misionero.

De la misma escuela de Montenegro, como Asperger fueron sus contemporáneos los padres Bernardo Musdorfer y Buenaventura Suárez, de quien nos dice el P. Guevara, al terminar su descripción las plantas de las Misiones: "Y porque referir uno a uno cada árbol, planta y raíz sería dilatarme mucho, ingerir aquí un índice alfabético - histórico - médico de las raíces, de los árboles y plantas medicinales que se encuentran en estas provincias: me lo comunicó el padre Bernardo Nusdorfer, sujeto curioso, antiguo y diligente en observar los prodigios de la naturaleza. Su autor, el P. Ventura Suárez, tan puntual en sus cálculos astronómicos como curioso y diligente en las noticias de buen gusto, y en seguir el curso de la naturaleza en sus delicadas y prolijas reflexiones".

Sigue luego el índice, que no nos explicamos qué puede tener de histórico, de las plantas medicinales por orden alfabético en su acepción castellana y su equivalente en guaraní. Están comprendidas en el índice 87 plantas; en su gran mayoría ya estudiadas por Montenegro. Las únicas que no comprendía éste son el Helencio, o Caápe - guazú; la Mora o Yerba mora, Arachichú; los palillos del Perú, Cambeyuisi, usupará; el Saúco yape - Caá; la Zarzamora Yuquerí y la Zarzaparrilla Yuapecá. Estas dos últimas citadas por Montoya, así como la yerba mora.

No hay más datos respecto de las aficiones botánicas del P. Suárez, no así respecto de sus inclinaciones astronómicas.

Félix de Azara, nos refiere que en el Pueblo de la Candelaria, halló un cuarto de círculo astronómico de 14 pulgadas de radio, de madera, fabricado por el P. Diego Suárez, tan groseramente que no es posible hacer medianas observaciones de latitud con él; en el pueblo de San Cosme, nos dice que allí fué donde el P. Diego Suárez hizo sus observaciones y compuso su breviario; y en el de Concepción, encontró un "astrolabio y una aguja muy ordinarios fabricados por el P. Diego Suárez, a quien se debe la construcción de tres o cuatro relojes de sol que tenía cada pueblo y que en el día están casi todos rotos o dislocados. (1)

---

(1) Félix de Azara. — Viajes inéditos, pág. 250, 252, 285.

CAPÍTULO XXIX

Los Historiadores

SUMARIO: El Padre Lozano. Su capírulo de Historia Natural. —Montenegro y Lozano. — La yerba del Toro Caa y la yerba del Colmillo de la Víbora. — La Yerba Mate. — La Quina Quina. — Virtudes medicinales. — El juicio crítico de don Andrés Lamas. — Fuentes de Lozano. — La Historia de la Compañía y la epidemia de 1589.—La Historia del Gran Chaco y la de la Revoluciones del Paraguay.— Otros cronistas: Charlevoix y Guevara.

LOZANO

El más celebrado, y justamente, de los historiadores jesuítas, el P. Pedro Lozano, consagra los capítulos IX, X y XI de su obra la Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, a la descripción de las especies vegetales de estas regiones. Dedica el docto jesuíta una atención especialísima a los empleos medicinales de las plantas, hasta el punto que podríamos decir que son esos capítulos una reseña de las substancias vegetales de aplicación médica. No se detiene, por lo común, en los caracteres de las plantas, que trata suscintamente, y señala preferentemente las propiedades más usuales de ellas. Nada indica en su relación que signifique una experiencia personal, más bien su lectura dá la impresión, de que esos conocimientos no son más que la expresión de su erudición profunda, revelada una vez más en esta parte en el curso de su historia. ¿Cuál puede ser la fuente dónde ha ido a buscar esos conocimientos, ya que no denota, ni conocimientos originales de botánica, ni se sabe que se dedicara al ejercicio de las facultades médicas el que fuera el cronista oficial de la Compañía? Hemos visto que de

los escritores que trataron de las plantas de América, en el territorio de las Misiones dejaron obra: Montenegro, Asperger y Suárez. Este último, contemporáneo de Lozano, sólo lo conocemos, por el índice que nos transcribe Guevara y que no es posible declarar, si es anterior a la historia de la conquista; no hay por otra parte referencia alguna que permita suponer que escribiera ningún trabajo sobre plantas medicinales; en cuanto a Asperger, hemos demostrado que sólo fué un vulgarizador de la obra del hermano Montenegro. Es necesario, pues, comparar las descripciones de Lozano con la de éste para poder apreciar la influencia que sobre él ejerciera. Así hemos tratado de hacerlo.

Lozano describe unas 62 especies casi todas con usos medicinales, sin seguir ningún orden en su enumeración. Leyéndolo detenidamente, en su inmensa mayoría denotan la influencia de Montenegro, no ya sólo acusa un conocimiento profundo de la obra de aquél, sino también una sujeción absoluta, tanto en la descripción como en las aplicaciones; más aún, emplea las mismas palabras, transcribe frases enteras y hasta las consideraciones de todo género del hermano herborista, haciéndolas suyas literalmente; por ejemplo, los arranques de admiración que pareciera que le brotaran espontáneamente al relatar la hermosura, el simbolismo y la utilidad de la pasionaria o Mburucuyá, son transcritos palabra por palabra del tratado del hermano Pedro.

No es, bien entendido, la copia truncada metódicamente, como hemos visto que hace Asperger; es más bien una reseña rápida, sin pretensiones de hacer herborismo, una incursión a la riqueza de la flora, como lo hace luego a la fauna, a la orografía, etc., en su condición de historiador concienzudo, que quiere antes de entrar en materia, poner al lector en conocimiento del terreno, en que se han de producir los sucesos que luego ha de narrar, en regiones casi desconocidas entonces de todo el mundo.

Su admiración por otra parte, de la obra de Montenegro la expresa en la referencia que nos hace "del libro que compuso de las yerbas y árboles de esta provincia, el hermano Pedro Montenegro, de nuestra compañía, sujeto muy perito

en la medicina, (1) del cual relata en seguida la cura que realizó en sí mismo con el Guayacán, a la que ya hemos hecho referencia; hace luego alusión al uso de la cuarta especie de esa planta en estas provincias, referencia que está claramente tomada del mismo Montenegro. Sin nombrarle directamente en otras ocasiones se ve que a él se refiere. Así al comenzar el capítulo X nos dice: "Herbolario muy célebre que con grandes experiencias adquiridas en Europa pasó a estas provincias y discurrió por ellas; solía decir que si sus moradores llegaren a tener noticia de las yerbas, plantas y raíces de estos países y a conocer sus virtudes, morirían naturalmente de puro ancianos, pues hallaba en ellas toda una botica universal que preparó la divina Providencia para beneficio de estas gentes. Exageración fué, pero que indica la riqueza inestimable del género que producía el país". (2)

Este herbolario muy célebre, con grandes experiencias adquiridas en Europa, que pasó y discurrió por estas provincias, podría no ser Montenegro, sino Falconer, de quién pone en su obra Dobrizhoffer una análoga declaración al comenzar su capítulo a las plantas del Paraguay.

Por otra parte al escribir Lozano su obra, el hermano naturista había muerto y al emplear los verbos en el pasado no podía referirse ni a Asperger, ni a Suárez, contemporáneos suyos, amén de que no se conoce ningún otro que hubiera alcanzado fama en aquel entonces.

Al hablar de la yerba de toro, Torocaá, dice "escribe un herbolario muy práctico de estas provincias, que no ha visto más intensas sus calidades en yerba alguna"; no hay más que leer el artículo de Montenegro sobre el Torocaá, para encontrar el origen de la frase en la afirmación que nos hace allí el propio herbolario muy práctico; nos refiere igualmente las virtudes de la yerba del colmillo de la víbora, y para ponderar sus calidades nos relata como "un hermano nuestro, insigne cirujano y herbolario curó a un indio a quien

(1) Pág. 220.
(2) Págs. 265 y 263.

cogiendo una carreta cargada de 160 arrobas de peso, le hizo pedazos cuantos huesos tenía el el pecho, dejándolo totalmente sano dentro de un mes''. El insigne cirujano y herbolario, parece que no hace al caso en su relación, pero es textual la frase de Montenegro como puede cotejarse leyendo el artículo de su obra titulado: Mboy Caá y al que ya hemos hecho referencia.

Y por si alguna duda pudiera quedar de la pleitesía que rendía a Montenegro, el autor de la Historia de la Conquista, la dejaremos disipada con la transcripción de la última referencia que a él hace antes de terminar el último capítulo de las plantas.

''Fuera proceder en infinito, hacer mención de las demás yerbas y plantas y sus raras virtudes, para lo que fuera necesario un nuevo Dioscorides, que las describiese, bien que no ha faltado quien con grande inteligencia en la materia y asistido de experiencias, así de Europa como de estos países, se dedicare a escribir un libro entero del asunto, en que pinta en estampas, los más principales árboles, plantas y yerbas de estas provincias, sus formas y figuras, y las de sus frutos y raíces, describiendo con acierto sus virtudes y calidades: el cual si saliera a la luz, fuera sin duda muy útil para el uso de la medicina y para utilidad de estos países, donde son tan pocos los médicos, como abundantes y copiosos los remedios, pues en dicho libro se varán antídotos eficacísimos contra la más fina ponzoña, y medicina para casi todos los males que comúnmente por acá reinan, como fácilmente se podrá colegir de lo que he referido y se formarán más pleno juicio si de todo diera relación, pero como no es asunto fácil para quien no lo trata de ex profeso, concluiré este capítulo poniendo casi sólo sus nombres. (1)

Es, pues, ésta una confesión expresa que hace al lector, de que se podía, por lo que él ha expuesto, colegir lo que es la obra de Montenegro y de que en la imposibilidad de seguir al maestro, pues no es asunto fácil, dará los nombres solamente, ya que él no trata de ex profeso ese asunto, como lo

---

(1) Pág. 265.

trata Montenegro con tan grande inteligencia en la materia, amén en la experiencia adquirida tanto en Europa como en estos países.

Reconocida, pues, por el propio Lozano, la paternidad de Montenegro en lo que a las plantas en sus capítulos se refiere de un modo general, cabe hacer algunas salvedades; así por ejemplo, nos habla de algunas plantas a las que no hace alusión el hermano médico, como la yerba escorzonera, que describiera en España, Monardes, y que declara existente en las Misiones; el Caáycobé, o yerba que vive, que hoy llamamos sensitiva, de la que hace una pintoresca descripción; la Viva-viva del Tucumán; el Ruibarbo, que nos dice que crece en abundancia en las márgenes de nuestro Río Negro, de propiedades análogas a la Zarzaparrilla, y a las que debe el dicho río sus propiedades saludables, la Doradilla y algunas otras más.

Pero donde se aparta completamente de Montenegro es en el estudio de la Yerba mate. Este es uno de sus mejores capítulos. Nos hace en él, la descripción del árbol, nos indica sus variedades, el modo de trabajar la yerba, las mejores calidades de las que se preparan, las penalidades del trabajo en los indios, las reales cédulas al respecto, la crueldad de los encomenderos, y las hecatombes de los aborígenes en lo yerbales, el comercio y los precios del artículo, las disposiciones de Hernandarias, y pasando del terreno práctico nos trae las leyendas de su origen que remontan a Santo Tomé, el apóstol que según la tradición le enseñó a los indios.

No deja de lado en tan completa como interesante relación, la discusión de sus propiedades medicinales; aquí hace referencia a un interesante trabajo publicado sobre ese tema a principios del siglo XVII en Lima por Diego de Zeballos, del que transcribe algunos párrafos, y que hace continuas citas. Ese estudio de Zeballos acaso hoy perdido lo ha conservado el P. Lozano, sacándolo del olvido acaso insalvable. Al propio tiempo se refiere con frecuencia a la opinión de Ruiz de Montoya, que ya hemos transcripto al ocuparnos de su obra "La Conquista Espiritual". Hace igualmente referencia a Montoya al tratar del Macaguá Caá, con la leyenda que el insigne misionero fuera el primero en dar a conocer.

Concluye finalmente Lozano, haciendo una crítica muy sensata del uso abusivo que se hacía de la yerba y del celo exagerado de sus partidarios que llegaban a constituirla en un "sánalo todo" y reconociendo que "tendrá sus virtudes, juzga que no serán ni tantas como se ponderan, ni aún cuando las tuviera, cree que pudieran obrar sino usándolas con moderación, con necesidad, y a tiempo y no con la frecuencia e inmoderación, con que muchos lo hacen".

Pero lo que realmente constituye una novedad en la descripción de las especies medicinales de Lozano, es la referente a la Quina. Descubierta ésta por los indios, a los españoles en 1634, y conocida entre los primeros en el Tucumán donde la llamaban cascarilla, constituye un motivo de asombro el que no la incluyera Montenegro en su tratado; en efeecto escrito éste en 1710, llevaba ya 76 años su conocimiento en España, y parece increíble que el docto médico y herbolario no tuviera conocimiento de ella. La relación de Lozano, escrita más de un siglo después del descubrimiento de la Quina, no reviste un carácter original, pero sí de una erudición puesta una vez más a prueba por el diligente jesuíta.

Tratándose de la primera descripción de esa substancia en la literatura misionera transcribimos sus palabras: "En los valles de Catamarca, y de Salta, de la provincia del Tucumán, y en el Río Negro, de la provincia del Río de la Plata, se dan los árboles de Quina-quina, altos, gruesos y copados, que llevan por fruto unas almendras llamadas *Quina-quina*, que dieron nombre al árbol y son de olor muy agradable, que conforta la cabeza. Su corteza hecha polvos tiene admirable virtud, bebidas en vino para espeler con extraña brevedad las fiebres tercianas o cuartanas.

Usábanla los indios para esos efectos, pero por el odio contra los españoles les recataron por más de un siglo con obstinación su noticia, porque no se valiesen de ella para su provecho. Descubriólo un indio casualmente a un español, vecino de la ciudad de Loja, en el reino de Quito, el cual sabiendo que adolecía en Lima la excelentísima señora condesa del Chinchón Virreyna del Perú, de unas molestísimas y proveyas tercianas, vino a Lima por mandato

del Virrey su marido, por los años 1634 y le aplicó los polvos de la Quina - quina, con tan feliz efecto, que en pocos días quedó perfectamente sana, con admiración de todos.

No quiso la Virreyna ocultar remedio tan salutífero, y fuera de hacerlo notorio para el bien común, mandó traer de Loja, donde se crían también estos árboles, mucha cantidad de cortezas, que repartía por sus propias manos, agradecida al beneficio que experimentó en su propia persona; y de aquí se originó el nombre primitivo que le dieron los españoles de Polvos de la Condesa. Otros les llaman Polvos de Loja, por haberse sacado y traído del distrito de esta ciudad los que se conducen a Europa.

Vuelta la Condesa a España, publicó esta extraña virtud de la Quina - quina, y experimentada frecuentemente, movió el ánimo compasivo de nuestro sapientísimo Cardenal Juan de Lugo a solicitar en abundancia esta admirable medicina que distribuía entre los pobres, de donde les quedó en Roma y en Toscana el nombre de Polvos del Cardenal de Lugo, y en otras partes los nombran Polvos de los Jesuítas, porque los repartían gratis a los necesitados.

En la Provincia de Tucumán se llama la Cascarilla, y se experimentan sus prodigiosos efectos; pero su nombre propio es el de Quina - quina, porque es el que tenía entre los indios, primeros inventores de sus virtudes, sin que se sepa su significado en lenguaje castellano.

Discute luego la propiedad de los términos empleados, refiere algunas polémicas sobre sus virtudes, sostenidas en Europa, contando luego como el Padre Fontaney, curó de unas tercianas al Emperador de la China, con los famosos polvos, de donde algunos supusieron que el remedio provenía de la China y tergiversando su nombre de Quina, la llaman China. Con ese motivo, y haciendo gala de erudición cita a Chifflet y Plempio, a Sebastián Bado, a Juan Nardio, Médico de Florencia, etc., etc.

No es pues un artículo original, pero revela un conocimiento profundo de la corteza que produjo una revolución en terapéutica y está escrito bien documentado y a la altura del distinguido historiador. No hace mayor hincapie en

la parte de aplicaciones medicinales, siendo más bien una reseña histórica lengüística de la Quina. Posiblemente todos esos datos los ha tomado del P. Fontenay, jesuíta también a quien cita repetidas veces. Es posible que al igual que con Montenegro, haya sacado toda su erudición de él. No conocemos la obra del P. Fontenay pues sería interesante comprobar si ese era el sistema comúnmente empleado por el P. Lozano.

No podemos poner punto final a la parte de Botánica de Lozano, sin referirnos al hermoso juicio crítico con que Andrés Lamas, prologa su obra en lo que a esta parte se refiere. "Lozano, dice, no hace, ni podría hacer lo que ahora entendemos por descripciones y clasificaciones científicas. Describe a la manera de Dioscorides y de Plinio; como describe Oviedo, el primogénito de la historia natural de América, como lo hicieron, el P. José Acosta, y todos los continuadores de Oviedo; lo que vale decir que se limita a dar a conocer los objetos naturales por las propiedades y las exteriorizaciones más sobresalientes.

"Faltábales a los observadores de la naturaleza, aún a los que tenían mayores pretensiones científicas, las bases primordiales de la ciencia, una clasificación regular y propia, y una nomenclatura propia.

"El paso más eficaz para satisfacer esa necesidad, lo dió Tournefort a fines del siglo XVII, inventando el género y creando un sistema de clasificación que asentara en la presencia o en la ausencia de la corola, formando sus principales divisiones de la diversidad de formas que presenta este órgano.

"De aquí datan los grandes progresos de las ciencias naturales.

"Tournefort, Lineo, Joussieu, perfeccionándose sucesivamente, vinieron a fundar los sistemas naturales de clasificación de los vegetales.

"Antes de ellos, la Botánica, privada, como ciencia de esos medios orgánicos, poco había adelantado del punto en que la dejaron Aristóteles, Dioscorides, y Plineo, así como la Filosofía, antes de Descartes, poco se había levantado de la altura que le dió el mismo Aristóteles."

"Lozano y los que se ocuparon de objetos naturales de estos países, pertenecían a su época y a su nación, y decimos muy de propósito a su nación porque la España, por varias causas y entre ellas, por su desapego a todo lo que era extranjero, andaba lastimosamente rezagada del movimiento científico y literario de los otros países de Europa.

"Tournefort era anterior a Lozano, haciendo sólo la cuenta del tiempo, pero no lo es si se atiende a otras consideraciones.

"Toda difusión era entonces lenta, aun entre los países que estaban más abiertos, en mayor contacto y mejor preparados para acoger las novedades científicas porque participaban del movimiento intelectual que las producía.

"En la época en que escribía Lozano, el nuevo sistema no tenía sectarios en España, y en América era completamente desconocido, porque el P. Feuille que recorrió la costa del Perú, y que pudo dar noticias de él, no las dió.

"No existía pues, Tournefort para Lozano, ni para Asperger, ni para Montenegro. Lineo, Buffón y Joussieu pertenecían a época posterior.

"Indicado así cual era el estado de las ciencias naturales en estos países cuando el P. Lozano, escribía su descripción, diremos que da principios a la parte botánica con la noticia de los vegetales que introdujeron y allí mataron los conquistadores.

"En seguida se ocupa de las producciones botánicas del país. La divide en árboles, plantas (arbustos) y yerbas; y dentro de estas tres grandes divisiones, hace subdivisiones que nosotros pudiéramos llamar de género, familias, agrupando los vegetales que les parecen más análogos.

"La nomenclatura la hace dando, al que le parece semejante a un vegetal europeo, el nombre vulgar español, sin dejar de indicar el indígena; al que no encuentra esa semejanza, pero que la tiene con alguna de las plantas, ya entonces conocidas, de las Antillas o de Méjico, el nombre con que las conocían y últimamente cuando no encuentra ninguna de esas dos semejanzas, aceptando sencillamente el nombre indígena.

"En consecuencia, entran en esta nomenclatura nombres

tomados de diversos idiomas, el Español, el Caribe, el Guaraní, etc., preponderando, como era natural, el guaraní, que los jesuítas han conservado en las producciones botánicas, y zoológicas como los han mantenido y de una manera más durable en la hidrografía de esos países.

"Cuando los europeos le pedían al indígena el nombre del vegetal, investigaban seguidamente sus propiedades, los usos que de él se podían hacer, o que hacían los naturales; porque en presencia de vegetales y animales que les eran desconocidos, la primera necesidad era distinguir los nocivos de los útiles, y entre éstos, los alimenticios, los medicinales, etc., etc.

"Al darles los nombres, de las producciones naturales, explicándoles las propiedades que les atribuían y los usos en que los empleaban los indígenas, transmitían a los europeos, a la par que el conocimiento de su medicina empírica, las concepciones cosmogónicas, las maravillas fisiológicas, y las imágenes poéticas de que se reviste, en la infancia y en la ignorancia de los pueblos, la explicación de los objetos y de los fenómenos físicos de la naturaleza".

Tal es el juicio tan bien trazado por don Andrés Lamas; la exactitud de los conceptos en sus líneas generales, y la justa expresión de ellos están a la altura del talento de nuestro gran bibliógrafo e historiador. No así la oportunidad de su empleo. Don Andrés Lamas tenía una profunda y justificada admiración por la personalidad de Lozano. Había estudiado su obra con profundo cariño y su admirable juicio crítico, acaso el mejor escrito sobre Lozano, justifica el hondo conocimiento que tenía de su Historia de la Conquista. Eso lo lleva a considerar en absoluto la obra de Lozano, en su parte botánica. Quien leyera sólo la opinión de Lamas, pensaría que el jesuíta, era un dedicado a las ciencias naturales y que su capítulo fuera la obra de su solo esfuerzo, trabajada silenciosamente frente a la naturaleza, y contraloreada en los viejos libros españoles de esa ciencia. Hemos visto que nada más lejos de la verdad, Lozano era sólo un cronista, con todo su amor y todo su talento, que eran grandes, dedicados a su obra; para ella había revisado

las viejas crónicas del archivo de los jesuítas, la obra de Pastor inédita, y la de Del Techo, los libros de cuantos autores habían escrito sobre el Río de la Plata, los archivos reales, no dejando nada en su labor de hombre consagrado con afán a su trabajo, que pudiera servirle para dar consistencia a su historia. Del mismo modo que en lo que a la verdad histórica se refiere, y con el mismo entusiasmo buscó lo que pudiera emplear para sus capítulos del suelo y de la naturaleza. Al tratar de la vegetación, halló entre el archivo la obra de Montenegro, que supo apreciar en todo su valor.

Lozano debió tratar a Montenegro, pues éste murió en las Misiones en 1728, y Lozano llegó a ellas en 1717, siete años después que aquél escribiera su tratado. Hemos visto la justa estima que tenía de sus méritos, las frecuentes alusiones que a él hace; nada de extraño, pues, que tomara su obra como pauta para guiarse, cosa que por otra parte, él mismo confiesa.

La lectura de las especies de Lozano, es, pues, síntesis llevada al lenguaje literario, en relación con el carácter de la obra histórica, de la obra medicinal de Montenegro. Cuando se separa de él, es para ampararse en el licenciado Zeballos al tratar de la yerba mate o para contarnos la historia del descubrimiento de la Quina recurriendo a Fontenay. No hay ninguna modificación, ni fundamental ni accesoria de la obra de Montenegro, sino un traslado al lenguaje corriente, a la literatura histórica.

Ni un resquicio en todo lo tratado por Lozano, permite entrar en sospechas de sus condiciones, no ya de investigador original, sino ni aún en su carácter de naturalista, y mucho menos aún en aficiones de medicina práctica.

Todo el juicio, pues, de Lamas cae por su base, por otra parte aun cuando hubiera sido botánico consumado, aún cuando hubiera alcanzado la moderna clasificación de Tournefort. es de presumir el trabajo ímprobo, que había de darle la versión a la clasificación actual de las especies tratadas por Montenegro, ya que pasados doscientos años no se han realizado aún.

Con todo, el juicio de Lamas, si bien desacertado en lo que

a Lozano se refiere, es justísimo en lo referente a la Botánica misionera. Es el juicio que hubiera debido hacer sobre Montenegro, si el gran bibliógrafo se hubiera detenido a leer su obra, que por la muestra y por otras referencias de Lamas, hemos de suponer que no llegó a conocerla, sino de nombre.

Si encuentra disculpable que Lozano, en 1745, no conociera a Tournefort cuya clasificación se publicó en 1694, cuanto más justo es, que no lo conociera Montenegro en 1710; y en cuanto a la subdivisión de los vegetales, no se preocupó ni mucho ni nada el autor de la historia, ya que sólo seguía la obra de Montenegro, quien por otra parte, la única distinción que hacía, era entre los diversos tipos conocidos por una misma denominación, tomados ya a la literatura de Monardes o Laguna, ya a la terminología indígena, ya tratando de diferenciar aquéllos de éstos.

El juicio de Lamas aplicable a Montenegro, el padre y maestro de los herboristas jesuítas, alcanza a toda la escuela, a Asperger como a Suárez, a Lozano como a Guevara, a Dobrizhoffer como a Sánchez Labrador, el último que escribiera en las postrimerías de la dominación misionera y que con menos disculpas que Montenegro y que Lozano, no conoció a Tournefort en la época de la expulsión en 1768.

Queda, pues, y ese es el motivo de nuestra transcripción, el juicio de don Andrés Lamas, para toda la escuela naturalista de los jesuitas que se inició con Ruiz de Montoya y termina con Sánchez Labrador, cuando el campanazo de Carlos III, señalaba el fin del reinado jesuítico en América.

Pero concluída la parte botánica del P. Lozano, no hemos de dejar pasar sin referirnos a otro aspecto interesante del cronista. Esta vez es en la Historia de la Compañía de Jesús y relativa a la epidemología. Al ocuparnos en el capítulo respectivo, hemos transcrito la magnífica descripción de la famosa epidemia de 1589. No hemos de repetirla aquí, y sólo la recordaremos, para señalar, cómo la profunda comprensión del talentoso misionero, lo llevaba a exponer con tanto brillo, con tanta argumentación y con tan sensatas observaciones, lo mismo las cuestiones que a la historia política se referían, como las pertinentes a las ciencias naturales, como las

más raras, las que a las ciencias médicas comprendían, describiéndonos los síntomas de aquella peste desconocida con una extraordinaria riqueza de detalles, señalándonos el recorrido de la epidemia, tratando de investigar las causas naturales por las que habíase presentado, dándonos el pro y el contra de las doctrinas, expuestas por los facultativos y escuelas de la época, y argumentando con tan extraordinario acierto como si el que escribiera, bajo la sotana del jesuíta, fuera uno de aquellos cirujanos españoles avezados en la lucha contra los mortíferos enemigos de la salud, que cayeron con los conquistadores en el suelo de América, virgen hasta entonces de los nefastos efectos de las pestes que azotaban el viejo mundo, salido apenas del medioevo insaluble. Por las antecedentes observaciones es posible suponer que aún esa descripción no le perteneciera sino de prestado, siendo extractada de algunos de los médicos españoles de la época, dado que la Epidemia alcanzó a toda América.

No hacemos más que mencionar sus otras obras "La Historia del Gran Chaco" y las Revoluciones del Paraguay en las que, desde el punto de vista médico no encontramos un particular interés.

Dos años después de Lozano, Charlevoix publicó su "Histoire du Paraguay", impresa en París. Sin las condiciones sobresalientes de aquél, acusa desde el punto de vista histórico un valor nuevo, y es de su bien nutrida documentación, lo que ha constituído el éxito de su obra.

Lozano supo dividir la historia de la Compañía, de la historia civil de estas regiones haciendo dos obras, Charlevoix siguiendo a los primeros cronistas, las hace marchar paralelamente, en perjuicio del interés histórico, y haciendo pesada su lectura.

Desde el punto, que a nuestro estudio se refiere, Charlevoix no nos proporciona el material de Lozano en sus obras.

La parte de historia natural, se reduce a una reseña ligera de los animales de América, dejando de lado las especies vegetales. Refiere sólo las virtudes de la Yerba mate, haciendo referencia a Del Techo, y a la Yerba Macaguá, que toma de Ruiz de Montoya.

En cuanto a epidemología, sigue las descripciones de Del

Techo, si bien en algunas ocasiones, refiriendo el diagnóstico de las pestes, pero esto no ocurre con la frecuencia que sería de desear.

Como compensación acaso hace un resumen de los estados epidémicos en *esta forma*: "Las más comunes de estas enfermedades, a las cuales se conoce con el nombre de Peste, porque ellas en poco tiempo se generalizan, son la Viruela, la Púrpura, las Fiebres malignas y una cuarta que se han contentado con decirnos que viene acompañada de dolores muy agudos". (1)

Sucesor de Lozano en el cargo de Cronista de la Compañía, el P. José Guevara escribió poco antes de la expulsión, puesto que en 1766, ya había varias copias de su Historia del Paraguay, obra que si no tiene el mérito intrínseco de la gran obra de Lozano, está escrita en un estilo más ligero y con un criterio más moderno, es una especie de vulgarizador de la obra de aquél.

Trae como su antecesor una parte destinada a la historia natural. Menciona unas 30 especies vegetales, haciendo de algunas una descripción ligera y acompañando algunas reseñas de sus aplicaciones medicinales. No hay ninguna novedad en ellas, en las que sigue la relación de Lozano. Pone en duda, algunas consideraciones, por ejemplo, la influencia de las mosquitas, como requisito necesario para la fecundación de Güembé, y apoya su aserción con una experiencia: "tapóse un Güembé, con paños muy finos y tupidos que cerraron la entrada de las moscas, y embarazaron el beneficio de la picadura, y no por eso dejó de sazonar perfectamente, al mismo tiempo que los demás. Y así nos persuadimos que el no llegar a sazón tiene la causa de no ser tan excesivo el calor en el Uruguay, como en otras partes, y no alcanzar su actividad a disolver las partículas aéreas y ásperas que impiden la perfecta sazón".

Sigue a Antonio de Ulloa en la descripción de la quina, transcribiendo la relación del ilustre viajero, compañero de Jorge Juan, en su "Viaje Americano"; acentúa al tratar de

(1) Libro V.



la quina-quina, su existencia en las vecindades del Río Negro, del Uruguay por su margen oriental como lo hacía Lozano; relata la opinión que atribuye al Caribai o piñones purgantes la virtud de ser el único remedio contra la gota; y nos da su opinión escéptica, al respecto, o por lo menos dudosa puesto que "siendo tan fácil la medicina y tantos los tocados de este penoso mal, no saldrá fiador de su medicinal virtud, sino la confirman nuevos experimentos". Ríe de las metamórfosis que atribuye Centenera al gusano de las cañas, que luego de transformarse en mariposa se convierte en ratón, taladro de las campanas y la llama "licencias ordinarias de poetas, en cuya pluma las ficciones de la fantasía, pasan por verdades históricas".

Un escepticismo semejante lo lleva a dudar de la existencia de la yerba Macaguá (o yerba de la Víbora del Charrúa), descrita por Montoya, Montenegro, Lozano y todos los cronistas y de un conocimiento corriente hoy en día en nuestra campaña, diciendo: "el que quisiera hacer creíble este específico antidotal, sírvase de manifestar qué yerba es y dónde se halla".

Para terminar transcribe la lista que el P. Nusdoffer le entregó, atribuída al P. Suárez y de la que ya hemos de hacer mención.

Esta parte botánica de Guevara, no tiene ningún valor positivo, sigue a Lozano que a su vez seguía a Montenegro, pero como cada vez pierde en sustancia y se hace más liviana la descripción, concluye en éste, por ser solamente una referencia; su desconocimiento de la fuente y sus escasas nociones de botánica, no se pueden suplir con la fluidez del estilo.

Debe reconocerle, con todo, la libertad de espíritu que le hace analizar las leyendas y un escepticismo que es una excepción de la credulidad corriente en los escritores de su orden, en cuanto a los fenómenos extraordinarios de la naturaleza; debemos agradecerle, por otra parte, el que haya conservado la nómina de plantas del P. Suárez, única que ha quedado en las aficiones herboristas medicinales del astrónomo jesuíta. Aparte de esta reseña de vegetales medicinales, trae Guevara en su Década Octava, la descripción de

la epidemia de 1589, la misma de que se ocupara Lozano tan concienzudamente.

No le iguala, por cierto, en ninguno de sus puntos, limitándose a ponderar sus estragos, relatando el número de sus víctimas, el celo de los jesuítas y el terror de los indígenas.

Otro capítulo interesante de Guevara, es aquel en que nos pinta el medio indígena, al que hemos hecho referencia en el capítulo correspondiente. Sigue a su descripción, la silueta clásica de los primeros cronistas, aplicándolo al médico guaraní, al que llama Chupador, poniendo todas las figuras de su estilo un poco ampuloso, para recalcar los tintes de estos hechiceros, con la consabida historia del palito en la boca y los tratos con los demonios familiares.

CAPÍTULO XXX

Los Últimos Escritores

SUMARIO: MARTIN DOBRIZHOFFER. — SU RELACIÓN DE LOS ABIPONES. — JUICIO SOBRE LA OBRA. — LAS PLANTAS MEDICINALES. — SUS OBSERVACIONES COMO CLÍNICO. — LOS CAPÍTULOS QUE CONSAGRA A LA MEDICINA ENTRE LOS INDÍGENAS. — CONSIDERACIONES SOBRE LAS EPIDEMIAS. — RELACIÓN DE UNA ENFERMEDAD EXTRAÑA ENTRE LOS REDUCIDOS Y CÓMO SE OPERÓ SU CURACIÓN. — SU CONCEPTO SOBRE LOS PROCEDIMIENTOS DE CURA DE LOS HECHICEROS.

JOSE SANCHEZ LABRADOR. — EL PARAGUAY CATÓLICO Y EL PARAGUAY ILUSTRADO. — SU VALOR COMO NATURALISTA. — USOS DE HIERBAS MEDICINALES QUE DESCRIBE. — LA PLATEADA. — LA YERBA BALSÁMICA.—MODO DE PREPARAR EL BÁLSAMO.—LA CAÑA AGRIA. — LAS MORDEDURAS DE VÍBORAS Y EL BÁLSAMO DE HOJAS DE HIGUERA. — LA MANTECA DE LAGARTO. — LAS PLANTAS TINTOREAS .. EL LOGOGUIGO Y EL CAMBIO DE COLORACIÓN DE LAS PLUMAS DEL PAPAGAYO. — CARACTERES DE LAS DESCRIPCIONES DE SÁNCHEZ LABRADOR.

TOMAS FALCONER. — SU REPUTACIÓN COMO MÉDICO Y COMO BOTÁNICO EN SU ÉPOCA. — JUICIOS DE PERAMÁS, DE LOZANO Y DE DOBRIZHOFFER. — SU DESCRIPCIÓN DE LA PATAGONIA. — SU TRATADO DE ANATOMÍA. — ESCASEZ DE DATOS SOBRE SU LABOR DE BOTÁNICO. — PERAMÁS, CATTANEO, ETC.

De los escritores de la Compañía del último período, merecen una especial consideración Martín Dobrizhoffer y José Sánchez Labrador. Presentan ambos algunos puntos de contacto. Uno y otro después de haber permanecido algún tiempo en las Misiones del Brasil, pasaron a las de los Guaraníes, a nuestras misiones orientales, alrededor del año 1750, desde donde fueron enviados no mucho después a fundar nuevas reducciones, entre los clan no guaraníes; así el

Padre Martín fué destinado a reducir a los Abipones, mientras que Sánchez Labrador partía a catequizar a los Guaycurúes. Desde entonces y hasta la expulsión de la orden ambos permanecieron, en medio de los pueblos que habían fundado, demostrando que no era tarea imposible reducir a los guaycurúes, si bien es cierto que no lo llevaron a cabo sino entre grandes dificultades, y demostrando condiciones no comunes.

Uno y otro, nos han dejado, también, obras de un valor inestimable, escritas con un gran cariño por los indios, entre quienes habían convivido tantos años, presentando tanto una como otra narración, los méritos de ser no ya las obras de los cronistas, basadas en la documentación de los archivos de la orden y llenas de erudición, sino el fruto de personalísimas observaciones de largos años, hechas con un espíritu inteligente, y descritas con toda sencillez.

Desde el punto de vista literario la obra de Dobrizhoffer, es muy superior a la del misionero de los Mbayás, y para nosotros es, sin duda, la mejor de las obras de los misioneros de estas regiones, dentro del carácter que describimos, es decir, no consideradas como la Historia del Río de la Plata, sino como de estudio de las razas aborígenes.

El interés de las narraciones de Dobrizhoffer, no decae en los tres tomos que comprende la obra. Es minucioso en sus descripciones, sin ser en extremo detallista, cosa que suele pasarle a Sánchez Labrador, y ameniza sus relatos con sucesos acontecidos en su época, de los cuales ha sido muchas veces testigo presencial, llenos de carácter local y que con frecuencia son de un graficismo tal, que demuestran más, que una larga exposición de motivos.

Su espíritu está lleno de un análisis juicioso, estudia las costumbres, compara la de unos con las de los otros pueblos, y basa por ellas el sistema de la separación de razas con una justeza, que no se encuentra en ninguno de los otros historiadores de su época.

Es muy superior a todos, también, por la imparcialidad de sus juicios. Sabe despojarse, no ya de los prejuicios de los escritores de su orden, sino también de todos los que ha-

bían escrito, antes que él sobre los indígenas; y aún sobre los asuntos en que la uniformidad de criterio era general, él los estudia como si por primera vez, se pusieran sobre el tapete, disintiendo con toda espontaneidad con todos sus predecesores, y siempre, y esto es lo sorprendente, con un sólido buen sentido, y con una libertad de espíritu muy superior a la época en que actuaba. Bastaría para confirmar este aserto recordar su análisis de los hechiceros indígenas, al que hemos hecho ya una larga referencia; no sólo es un análisis minucioso de todas las circunstancias que empleaban para sus curas, las que estudia con la mayor serenidad dando a cada una de ellas su verdadero valor, sino que yendo más allá, se desvía de la corriente general, de los cronistas, cuando nos manifiesta que él no cree, que tengan relación ninguna con el diablo. Para él, pues, toda la leyenda de las invocaciones al demonio, de que están llenas las historias de religiosos y de profanos, se desvanece aquello de las cuevas misteriosas de Guevara, y aún los hechiceros de los que Lozano cataloga entre los que tenían relaciones más o menos directas con Lucifer.

No ha podido, con todo, despojarse en absoluto del espíritu supersticioso de su tiempo, como cuando nos refiere el pasaje de un bólido famoso, que considera como el precursor de aquella epidemia de catarro general, que recorrió todas estas provincias y que como hemos descrito, pudimos ubicarla gracias a ese fenómeno en el año 1750.

A esas excepcionales condiciones de escritor preciso e interesante, de espíritu despreocupado e imparcial, de analista fino y sagaz, añade el profundo amor del tema que relata y como condición del mayor interés para un historiador, el haber tomado un tema, muy incompletamente tratado hasta entonces; pues si bien misioneros y cronistas, se habían consagrado a la descripción de los guaraníes, con mayor o menor aporte de interés en sus relatos, eran del todo deficientes los bosquejos de las razas no guaraníes, que el jesuíta húngaro toma como asunto de su narración. Contribuye, no poco, a aumentar el valor de sus juicios, el hecho de ser al mismo tiempo un sagaz conocedor de los guaraníes

entre los que había estado de misionero también. De este modo compara y anota con todo acierto las semejanzas y diferencias, con la justeza que emplea como características de su talento bien equilibrado.

Escrita la obra en latín fué publicada en el año 1784; fué en el mismo año traducida al alemán por Von A. Kreil, y al inglés casi 40 años después (1822) siendo incomprensible cómo hasta la fecha no haya sido presentada a los estudios en castellano. Débese a eso el escaso conocimiento que de ella se tiene en general, siendo en cambio bien apreciado entre los europeos que se han dedicado al estudio de la historia de nuestros países.

Don Andrés Lamas, en el plan de la publicación, de la Colección de Obras, Documentos y Noticias inéditas o poco conocidas, etc., etc., anunciaba la obra de Dobrizhoffer, después de la de Lozano, que figuraba en primer término, y se proponía precederla de una introducción, como hizo con la del P. Lozano. (Prospecto del año 1873). No sabemos por qué cedió en las publicaciones, el lugar a tantas obras de valor inferior, como la Historia de Guevara, quedando finalmente, sin publicar esa anunciada, primera traducción en castellano, la que no ha tenido más suerte hasta hoy.

Desde el punto de vista, que en este trabajo tratamos, hemos debido referirnos con frecuencia, a la obra del misionero de los Abipones, y recomendamos la lectura de los interesantes capítulos del tomo II, que a nuestro tema se refieren, entre ellos los siguientes: XXI De las enfermedades, médicos y medicinas de los Abipones; XXII De una cierta enfermedad peculiar a los Abipones; XXIII Del sarampión, viruela y la morriña del ganado; XXIV De los médicos y medicinas de los Abipones; XXX De los remedios de las mordeduras venenosas de los insectos; XXXI De otros insectos nocivos y sus remedios; XXXV Continuación sobre el mismo tema.

Es interesante en el mismo grado su relación de las hierbas medicinales a las que dedica varias páginas, al describir la historia natural de estas regiones. Describe entre ellas: la Quina - quina, la Zarzaparrilla, el Ruibarbo, la raíz de

Jalapa, el Mechoacán, el Sasafrás, el Palo Santo, el Guayacán, el Ayuíñandy, el Zamuú o Palo Borracho, el Mangayra, Sangre de Drago, el Cupay, los piñones del Paraguay, la Vainilla, el Cacao, el Tamarindo, la resina, Ycyca, el árbol Abatí Timbaby, el Cedro, Curiy, o pino americano, la Alfaroba, el Ambay, etc. En estas reseñas de plantas medicinales, no llega a fondo en el asunto como Montenegro, limitándose a una somera descripción de la especie, y agregando algunas propiedades, pero más bien al modo de Lozano, que al de aquél, si bien, sin dar señales de conocer la obra del hermano herborista.

Sus aplicaciones de las plantas, de estudio personal, nos las hace en los capítulos a que hemos hecho referencia primero, pero más bien como empírico que como herborista, como cuando se nos manifiesta un entusiasta partidario del nardo como panacea de toda clase de mordeduras venenosas, o cuando nos hace la más calurosa apología de la grasa de tigre, para la cura de todas las miasis, y aún de las heridas más serias, aunque no se le oculta que los médicos se han de reir de su remedio, no obstante lo cual él lo aconseja, basado en los éxitos de su experiencia personal.

No acusan sus descripciones clínicas erudición alguna, ni sigue los conocimientos clásicos de su época, su medicina es de necesidad, porque su misión lo exige, y se desempeña en ella como mejor le es dado hacerlo; sin embargo, su espíritu analítico es tan sagaz, que tiene la intuición de las verdades patológicas en un grado sorprendente. Prueba acabada de ello nos la da en su relación de la extraña enfermedad de los Abipones, que es el asunto de su capítulo XXIII: Nos cuenta allí, que en sus 18 años de vida misionera descubrió esa extraña enfermedad. Consistía ésta en que algunos indios, generalmente de carácter melancólico, entraban en ataques de frenesí al caer la tarde, durándole a veces ese estado hasta varios días, "poseídos furiosamente, de noche, arden en deseos de asaltar y degollar a todo el mundo y con ese objeto arrebatan cuantas armas pueden encontrar".

"Los hombres de la tribu, como no pueden calmar al poseído de la furia, ni cuidarle en su casa, le toleran el que

recorra las calles de arriba abajo, armado con un palo, pero acompañado de tantas personas como sea posible. Una muchedumbre de chicos se junta a presenciar el espectáculo, haciendo un círculo alrededor en todas las calles. El insano golpea el techo y las esteras de cada tienda con un palo, no atreviéndose ninguno de los indios a proferir una palabra.''

Nos dice luego que los indios cuando alguno se hallaba en ese estado, trataban de impedir el que hiciera daño, ''considerando absurdo e irracional usar las armas contra aquellos que no están en posesión de su razón''.

Nos describe su estado en estas gráficas palabras: ''Los atacados con esta locura, apenas comen ni duermen, y andan de arriba abajo, pálidos, hambrientos y melancólicos: uno se imaginaría que están meditando algún nuevo sistema sobre la configuración de la tierra, o estudiando la cuadratura del círculo''.

Pasado esos estados, volvían a su estado normal sin recordar las escenas de que habían sido actores. A veces, nos dice, tomaba un carácter general, siendo muchos hombres y mujeres los que deliraban repentinamente.

Finalmente, nos cuenta cómo los caciques concluyeron con esas epidemias de delirio colectivo, con la promulgación de una orden en la que condenaba a la pena de muerte, a todo aquél que en lo sucesivo fuera atacado de delirio; con esa disposición el mal que se había hecho general, fué radicalmente cortado, desapareciendo la extraña y turbulenta epidemia.

Termina su interesante descripción con dos observaciones de una justeza extremada: primero, desechando la idea que los atacados estuvieran bajo la influencia de un encanto mágico, que era sin duda la teoría en boga, en la época; para él no se trataba de brujerías de los hechiceros, en las que no creía. Y después de exponer algunas causas orgánicas que pudieran influír, se pregunta: ¿No pudiera ser, que algunos de éstos, fingiera estar insano en un principio, por el deseo de ser objeto de terror a sus compañeros y de ser señalado con el dedo?

Esta observación final señala el carácter típico de la Histeria, y sin duda con ella confirma el diagnóstico de esa ex-

traña epidemia, que con tanto color nos relata, y para cuya solución descarta tan bien las otras causas en boga, en su tiempo, como explicaciones de uso corriente en poseídos del demonio y embrujados. La súbita desaparición con la orden del Cacique, y el deseo de notoriedad que tan juiciosamente anota, corresponde a una perturbación colectiva de naturaleza histérica, fenómenos tan bien estudiados hoy por los psiquiatras, pero en su tiempo de naturaleza más que dudosa.

Hemos querido extendernos en esta curiosa descripción, como un ejemplo de los muchos que podríamos entresacar de su obra, y a los que su estilo movido sabe dar el más vivo colorido.

No nos es posible detenernos más, recomendando al curioso lector, a sus relaciones con las más interesantes desde ese punto de vista en la literatura misionera, y las más nutridas, llenando el vacío que se nota en estos temas, que la generalidad de los escritores de aquella época, encontraban ser de poca monta, preocupados por los intereses religiosos, o remontándose a los intereses de la política, como los únicos asuntos dignos de ser legados a la posteridad.

Sánchez Labrador. — "Diligentísimo explorador de la naturaleza" llamaba en su historia Dobrizhoffer, al Padre José Sánchez Labrador, señalando con ello, la faceta más saliente de la personalidad del cronista de los Guaycurúes.

Sin embargo, la parte capital de su obra, permanece inédita, y sólo nos es posible juzgarlo a través del "Paraguay Católico", relación de las misiones por él fundadas, entre los indios Mbayás, Chanás y sus parcialidades.

El carácter general de esta obra se asemeja a la Relación de los Abipones de su amigo y cofrade el Padre Martín. Siguiendo la clásica división, comienza por el estudio del clima, la fauna y la flora, los accidentes geográficos, luego las costumbres de los habitantes, los caracteres de su raza, para entrar más tarde en su historia, en la que los trabajos de la conversión y los accidentes de las reducciones ocupan un lugar predominante.

Su trabajo llena, respecto de los Guaycurúes, análoga importancia a la Relación de Dobrizhoffer, respecto de los Abipones.

Las descripciones metodizadas, minuciosas, revisten un alto mérito, pero en conjunto es inferior a la relación del P. Martín, porque no tiene la galanura de estilo de aquél, y el espíritu de observación es inferior, al del talentoso cronista de los ecuestres indios. La minuciosidad lo hace a menudo detallista en extremo, disminuyendo el interés del relato, que languidece con frecuencia.

No tiene en las descripciones de las medicinas de sus neófitos, la imparcialidad necesaria que pudiera permitirle estudiarla, y hacer la crítica serena, envolviéndola en el más profundo desdén; con frecuencia revela una indignación destemplada, que sorprende junto a la serena filosofía de Dobrizhoffer.

En lo que a los asuntos médicos se refiere, no les concede la misma importancia que aquél, siendo en cambio más competente en la aplicación de las hierbas medicinales. Es sensible que, las noticias que en la obra que corre impresa, no sean más que un bosquejo de su obra principal "El Paraguay ilustrado" "que debió, sin duda, ser la verdadera expresión de su valor como naturalista. Conocemos, solamente el plan de esa obra dividida en cuatro libros: el primero, sobre temas climatéricos de las regiones del Paraguay; el segundo, sobre botánica en que estudiaba las yerbas, con sucesos curiosos y útiles, en un capítulo especial; el tercero, sobre los animales cuadrúpedos, aves y peces, y el cuarto, dedicado al estudio de anfibios, reptiles e insectos.

Respecto de las aplicaciones de las hierbas en los usos medicinales, seguía a Montenegro, de quien, las mismas noticias, nos lo dan como admirador en la segunda parte. (1)

No es posible, pues, hacer un juicio sobre sus condiciones de diligentísimo explorador de la naturaleza, sin conocer su obra fundamental; con todo, por las referencias de su trabajo sobre los Guaycurúes y las noticias de sus diarios de viaje, se puede apreciar todo el interés que ofrecía a sus ojos el estudio de las cosas naturales.

(1) De Backer. — Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jèsus, citado por Lafone Quevedo en el prólogo de su obra.

Respecto de las aplicaciones medicinales de las plantas, es más herborista que Dobrizhoffer, así como en lo que a las enfermedades se relaciona, es aquél más clínico que éste.

Sus descripciones de los vegetales, son más completas, más precisas y hace la indicación de sus usos a la manera de Montenegro; poniendo de su parte las recetas, para la confección de bálsamos, al estilo de la época.

Enriquece el herbario con nuevas plantas de aplicaciones medicinales, propias de la región en que le tocara actuar, desconocidas, al parecer en los escritores anteriores, siendo de sentir, el que no podamos apreciar cuáles son las especies que describe, pues sigue la nomenclatura generalmente en la lengua de los Guaycurúes de sus reducciones, apartándose de las desinencias guaraníes que nos son familiares a través de la literatura de los misioneros y de las que un sinnúmero de variedades conservan aún hoy entre nosotros la etiqueta guaraní. Dobrizhoffer, como hemos visto, seguía en eso la literatura corriente, señalando solamente las variedades nuevas en lenguaje abipón, si bien es cierto que su estada en las reducciones guaraníes lo preparara para conocer en este idioma la fauna de estas tierras,

Entre las hierbas medicinales que describe, señalaremos lo que se refiere a la Plateada, de la que dice que en sus propiedades se asemeja a la Plateada o Argentina que describe Andrés Mathiolo, aunque la planta de éste no se asemeja en nada a la Plateada Paraquaria, como él designa a la que describe. Respecto de sus virtudes, así las señala: "La virtud de esta bella hierba, se manifiesta en la prontísima curación de las heridas frescas y de las llagas, aunque sean inveteradas. Cuécese toda la hierba, lávanse las llagas o heridas con el cocimiento, y sobre ellas se aplica la hierba en forma de emplasto. Las limpia, impide la putrefacción y a pocas repeticiones, las sana del todo. También haciendo un cocimiento, con un poco de azúcar, es remedio eficaz en los afectos de los pulmones y pecho originados de las internas. La primera vez que en la reducción hice prueba de virtud de esta hierba, causó admiración a los mismos infieles su pronta eficacia. Una pobre india tenía los pechos algo

encancerados; causaba compasión el mirarla. Aplicóse del modo referido la plateada, y a pocas veces que se repitió el remedio, quedó del todo libre de su molesto y peligroso achaque, y los misioneros acreditados de insignes médicos". (1)

Yerba balsámica. — Nos refiere el modo de preparar su bálsamo con esta hierba: "El bálsamo se extrae por cocimiento. Quebrántanse las raíces y así se ponen en agua clara: a ésta se le da un buen hervor, y sueltan las raíces el licor balsámico que nada sobre el agua. Recógese con una cuchara y se guarda para los usos". Estos son, toda especie de llagas y de heridas, escozores, grietas, quemaduras y excoriaciones de cualquiera parte del cuerpo.

La relación de las virtudes de la Batatilla, está tomada de Montenegro, diciéndonos, como él, que es eficaz para la sangre extravasada del pecho, pero que se ha de tomar de pie o sentado el paciente, porque hace expeler la sangre con mucha violencia por la boca.

Anota como nueva virtud del Güembé el tomar las cortezas y puestas sobre las brasas, hacer recibir el su "exhaumerio" para las personas que padecen flujo de sangre. Respecto de la Virga Aurea y de Suelda Consuelda no hace más que repetir sus conocidas propiedades, la primera para la retención de orina y la segunda para la consolidación de las fracturas.

Señala una variedad de Piña Americana o Ananás que él llama Cardo Naayogo al que atribuye dos nuevas propiedades, que no encontramos señaladas en Montenegro, como antiescorbútico y para las lombrices en los niños.

La caña agria. — Terminaremos con la referencia que hace de las virtudes de la caña agria, la que experimentó en cabeza propia sus benéficos resultados:

Las virtudes de esta caña son singulares. Mascándola y tragando el zumo agrio desembaraza la cabeza cargada de humores. Contra las cámaras es un grande específico, mascando la caña y tragando el zumo, en pocos días queda libre el paciente. Es también muy eficaz contra dolores pre-

(1) Tomo I, pág. 177.

cedidos de algún manjar en el estómago. A mí me curó en un viaje que por el despoblado hacía con los indios: Sentóseme en el estómago un poco de queso fresco que me dió uno. Sentí una calentura y dolor intenso de cabeza. Corté unas cañas y chupé de una bastante zumo. A pocas horas obró, como una purga suave, arrancó aquel alimento crudo, sacándome y quitando juntamente la calentura y el dolor de cabeza. En grandes calores interiores es de grande alivio". (1)

Así como Dobrizhoffer preconizaba contra las mordeduras de víboras venenosas el nardo, como supremo remedio. Sánchez Labrador, sin desconocer la eficacia y aún recomendando el nardo se hace el apologista del bálsamo de hojas de higuera, si bien recomienda otros antídotos más o menos extravagantes como la cabeza de la misma víbora machacada, y puesta sobre la herida con hojas de tabaco, la saliva en ayunas y el estiércol humano.

En otra ocasión nos refiere como en Belén, uno de los pueblos por él reducidos en tiempo de una epidemia de viruelas experimentó que "los puches de harina de mandioca Bachiare y el zumo de caña dulce, aquella comida en moderada cantidad dos veces al día y éste bebido otras dos, sirvieron para librar a muchos virulentos de la muerte". (2)

Fuera de los usos medicinales de las plantas, anota con un interés, no menor, los empleos útiles o curiosos de muchas especies, aquellas que pueden tener propiedades alimenticias, las que los indios empleaban para pintar sus cuerpos, las dotadas de cualidades tintóreas de utilidad para el teñido de tejidos, etc.

Así nos refiere las plantas de las que obtenían el tinte negro. (Notique) el rojo: Nibadenigo, una especie de Cürcuma, y el amarillo de los que describe tres variedades. Es curiosa la descripción que nos hace del empleo del Logoguigo, por los indios, para cambiar de color las plumas de los papagayos: Para ese efecto arrancaban las plumas ver-

(1) I, pág. 187.
(2) II, pág. 246.

des al ave en determinados sitios, en los que aplicaban el zumo de aquella planta refregando la piel pelada, fuertemente; las nuevas plumas, al crecer tomaban un hermoso tinte amarillo, y era lo curioso que aunque esas nuevas plumas se arrancaran, las que de nuevo crecían, siempre conservaban el tinte amarillo.

En la descripción botánica de algunas especiales, como en las de las palmas y de las sensitivas, nos enumera minuciosamente sus caracteres y variedades, acompañándolas de figuras, que no son por cierto de un muy esmerado dibujo, y que rivalizan desde ese punto de vista con las que de los animales nos ofrece. No es menos minucioso en la relación del reino animal. Después de anotar, por ejemplo los caracteres del Lagarto (Nigioyegui), de relatar sus costumbres y su género de vida, del hábito que tiene de engullir pequeñas piedras, del modo que empleaban los indios para cazarles, nos cuenta "las virtudes medicinales de este *pez*": En algo, dice, sirve a la restauración de la salud humana un bruto cuya braveza, si pudiera, la acabara. Su manteca aplicada como emplasto sobre las llagas, tiene virtud de curarlas. El omaso seco y reducido a polvos sirven éstos bebidos contra el mal de piedra. Las piedrecitas que se hallan en su estómago hechas polvo y administradas en bebida son singular remedio contra las piedras que causan el dolor de riñones. De la virtud antidotal de sus colmillos hay mucho escrito. Acaso tanto para negarla del todo, como para establecerla universal, o contra todo género de venenos; se necesita de mayor y más exacto número de experiencias: bien que hay muchas en su favor". (1)

No hemos de continuar con referencias análogas, pues bastan las que relatamos para apreciar las ya anotadas, en lo que a asuntos médicos se relacionan, del que gozó con merecida fama del título de diligentísimo investigador de la naturaleza. Terminaremos señalando que de sus descripciones se desprende un conocimiento familiar de toda la literatura botánica clásica, así como la de sus hermanos de

(1) Tomo I, pág. 223.

Compañía, siendo de lamentar una vez más que su obra capital "El Paraguay Ilustrado" no haya servido en su época para el conocimiento y la difusión de esos estudios y hoy para poder apreciar en todo su valor la obra del más distinguido de los naturalistas misioneros.

El Padre Tomás Falkner. Conocido por su "Descripción de la Patagonia" relación de carácter geográfico sobre todo, en la que trae referencias interesantes sobre las costumbres de los habitantes y un estudio sobre su lenguaje, el Padre Falconer gozaba entre sus compañeros de orden la fama de un excelente médico y botánico. Así el Padre Peramás nos dice de él: Falkner, five Falconer praestantissimus arte médica, pluriman apud Pampas patitur, refiriéndose, de paso a sus padecimientos entre los indios del sur. (1)

"Análogo juicio hace de él Dobrizhoffer: Un inglés muy versado en medicina y botánica".

Creemos que a él hace referencia igualmente el Padre Lozano cuando nos dice: Herbolario muy célebre, que con grandes experiencias adquiridas en Europa pasó a estas provincias y discurrió por ellas, solía decir que si sus moradores llegasen a tener noticias de las yerbas, plantas y raíces de estos países, y a conocer sus virtudes, morirían naturalmente de puro ancianos, pues hallaba en ellas toda una botica universal que preparó la divina providencia para beneficio de estas gentes. Exageración fué, pero que indica la riqueza inestimable del género que produce el país".(2)

Creemos que en esa referencia hace alusión a Falconer, por la analogía a la frase con que también encabeza su capítulo de plantas medicinales el P. Dobrizhoffer: "El jesuíta Padre Tomás Falconer, un inglés muy versado en medicina y botánica, a menudo declaraba, francamente, que el Paraguay había sido enriquecido, por la generosidad de la naturaleza, con tantas plantas, raíces, resinas, maderas y frutas, que cualquiera que fuera entendido en el conocimiento de

(1) PERAMÁS. — Vita et moribus six sacerdotem paraguayorum.
(2) LOZANO. — Tomo I, Cap. X, pág. 244.

estas cosas no tendría necesidad de los droguistas europeos para curar cualquier clase de enfermedad". (1)

Sin embargo, a pesar de su reputación no encontramos en su "Descripción de la Patagonia" nada que nos hubiera hecho sospechar tan famosos conocimientos. Escasas y rápidas alusiones a algunos árboles, algunas alusiones a las epidemias de viruelas entre los indios, que nos cuenta las llevaban a sus tiendas desde Buenos Aires, donde la contraían, es todo lo que a los temas médicos nos cuenta en su carácter de geógrafo.

Sin embargo, en los archivos de Córdoba, donde actuara, según nos refiere Garzón Maceda ha dejado algunos documentos, como informes médico-legales. El mismo autor, dice que había escrito un Tratado de Anatomía, cuyo destino no se conoce. En cuanto a su competencia como botánico no hay indicio que la haya reflejado, en obra alguna, y tampoco en las referencias de los jesuítas hay ninguna propiedad cuyo descubrimiento se atribuya a tan competente botánico.

Tal es a grandes rasgos lo que con respecto a los temas médicos ha quedado en la literatura misionera. Está lejos de estar el tema agotado, dada la escasez de las publicaciones, la rareza de las viejas ediciones, y los manuscritos que aguardan, bajo el polvo secular, que el tipo de imprenta los difunda entre los estudiosos.

Fuera de los autores a los que hemos dedicado una esencial crítica encontramos algunas notas interesantes, al pasar, en el conjunto de informes y de cartas de los misioneros, a algunas de las cuales hemos hecho referencia como las del Padre Cattaneo, cuando nos describe las epidemias de viruela en los indios sobre el Uruguay; algunas notas del mismo Muratori, de escaso valor referentes a plantas medicinales; en las vidas de Peramás, que como las de Jarque traen datos curiosos e interesantes, con frecuencia, pero cuya búsqueda

(1) Tomo I, pág. 349.



dificulta en el hecho de tener que hacerle en la única edición latina, etc. etc. No nos hemos querido guiar en nuestro trabajo, en las publicaciones posteriores, ni en las referencias de origen tradicional, tratando siempre de recoger los datos de los mismos autores de la época, como el único medio de poder presentar un conjunto que represente el estado de los conocimientos y el modus facendi en el largo período de la actuación de los jesuítas en los territorios de las Misiones, que tan íntima relación tienen con las repúblicas de la parte sureste de nuestra América.

Fin del Libro V y del Tomo I

ÍNDICE DEL TOMO I

ÍNDICE DEL TOMO I

Págs.



LIBRO IV. — La Medicina en las Misiones

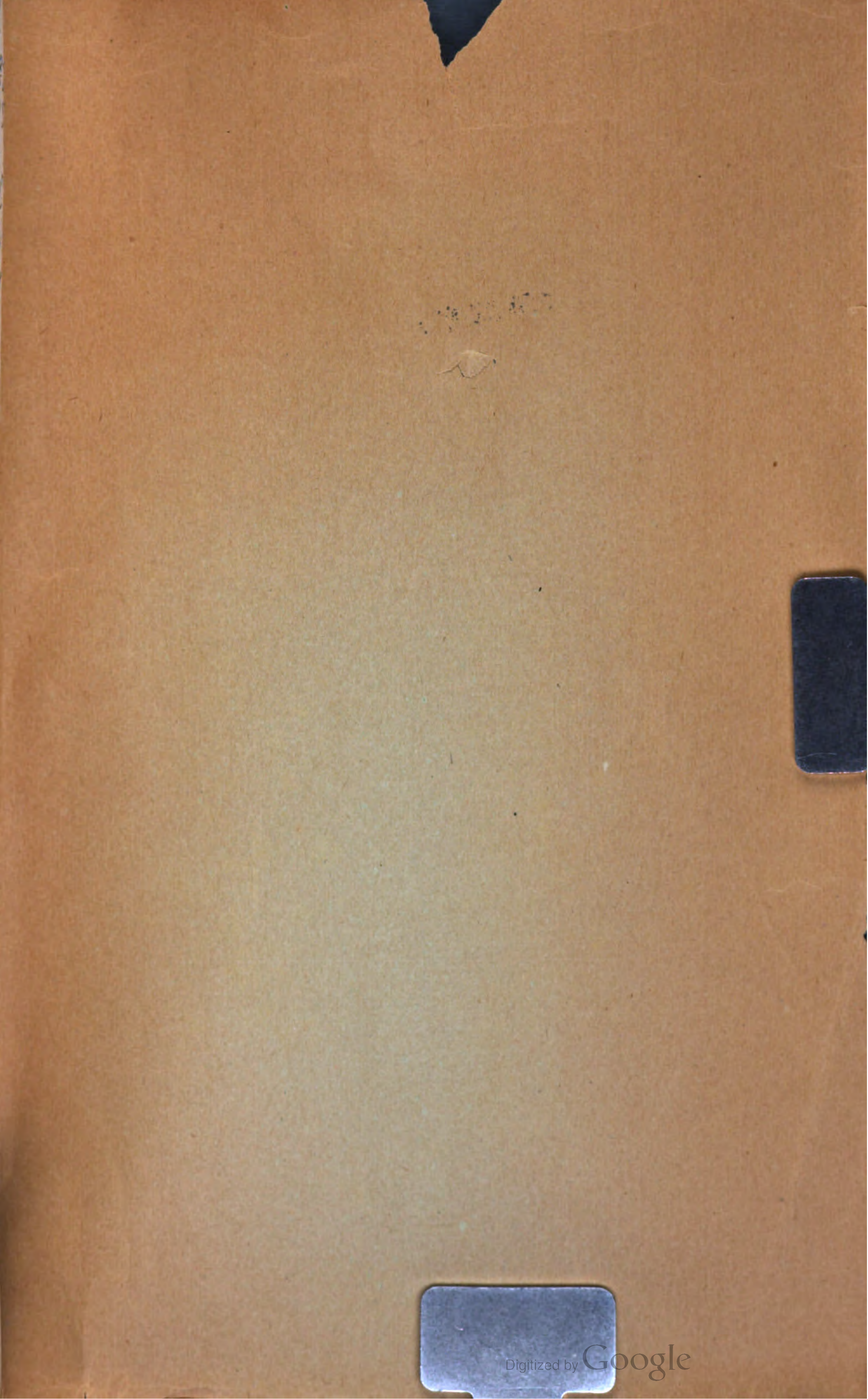




LIBRO V. — La Medicina en la Literatura

Págs.

ÍNDICE DE LAS LÁMINAS



AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES

25 de Mayo, 577
Montevideo - - -

1927

Rivadavia, 1571 -
Buenos Aires - -